



Javier Ruiz Arévalo

Afganistán

Claves para entender el pasado
Pistas para intuir el futuro

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MANDO DE ADIESTRAMIENTO Y DOCTRINA



**AFGANISTÁN.
CLAVES PARA ENTENDER EL PASADO.
PISTAS PARA INTUIR EL FUTURO**



JAVIER RUIZ ARÉVALO

AFGANISTÁN.
CLAVES PARA ENTENDER EL PASADO.
PISTAS PARA INTUIR EL FUTURO

GRANADA

2014



El Centro Mixto UGR-MADOC no se responsabiliza de las opiniones de los autores

© JAVIER RUIZ ARÉVALO

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

AFGANISTÁN. CLAVES PARA ENTENDER EL PRESENTE. PISTAS PARA INTUIR EL FUTURO

ISBN: 978-84-338-6587-8

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Fotocomposición: García Sanchis, M.J., Granada

Diseño de cubierta: José María Medina Alvea

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PRÓLOGO	xv
INTRODUCCIÓN. <i>Afganistán, ni paraíso, ni infierno</i>	1

Primera parte

AFGANISTAN. GEOGRAFÍA E HISTORIA

EL ESPACIO GEOGRAFICO	5
HISTORIA	12
LOS ORÍGENES	12
ALEJANDRO EN AFGANISTÁN	17
EL REINO GRECO-BACTRIANO	29
LOS IMPERIOS ASIATICOS EN AFGANISTAN	35
LA ISLAMIZACIÓN DE AFGANISTÁN	37
LOS MOGOLES	40
EL GRAN JUEGO	51
AFGANISTAN EN EL SIGLO XX. EL NACIMIENTO DE UN ESTADO ..	60
ABDUR RAHMAN. "EL EMIR DE HIERRO" (1880-1901)	60
LOS SUCESORES DEL EMIR DE HIERRO	64
DAOUD. EL GIRO HACIA LA URSS	71
EL FINAL DE LA MONARQUIA. EL RETORNO DE DAOUD	77
EL REGIMEN COMUNISTA	82
TRAS LA RETIRADA SOVIETICA	88
La ofensiva talibán 1994-96	97
El contexto internacional	105
EL RÉGIMEN TALIBÁN (1996-2001)	109

Segunda parte

LOS AFGANOS

CULTURA Y SOCIEDAD	113
RASGOS CULTURALES	113
Tolerancia hacia la desigualdad	114
Temor a lo desconocido	117
Colectivismo frente a individualismo	120

La cuestión de género	121
La problemática sexualidad de los pastunes	130
GRUPOS ÉTNICOS.	133
Tensiones interétnicas	139
“Pastunización”.	141
Los kuchi	143
¿UNA SOCIEDAD TRIBAL?.	149
EL <i>PASTUNWALLI</i>	152
El ancestral código de conducta de los pastunes	152
Ley, justicia y <i>pastunwali</i>	156
LA POLITICA AFGANA	163
Organización política, formal e informal	163
Los procesos electorales en el periodo post talibán	172
Los líderes políticos de Afganistán.	177
ISLAM Y AFGANISTÁN	185
EL HECHO RELIGIOSO EN AFGANISTAN	185
Religiones preislámicas.	185
Afganos no musulmanes.	186
EL ISLAM EN AFGANISTAN.	188
Las distintas manifestaciones del Islam	189
Sufíes y santones	191
Fundamentalismo, deobandismo y wahabismo	192
Los chiitas	196
Panislamismo e islamismo político	198
EL RENACIMIENTO MUSULMAN EN AFGANISTAN	200

Tercera parte
UN PAÍS EN LA ENCRUCIJADA

¿CONDENADO A LA POBREZA? POSIBILIDADES ECONOMICAS DE AFGANISTAN	207
ECONOMÍA SOSTENIBLE.	210
ACUERDOS DE COOPERACIÓN ECONÓMICA	212
LA RIQUEZA MINERAL DE AFGANISTÁN	216
Explotaciones mineras	218
PETRÓLEO Y GAS NATURAL	223
AGRICULTURA	224
INDUSTRIA Y ENERGIA.	228
CORRUPCIÓN.	232

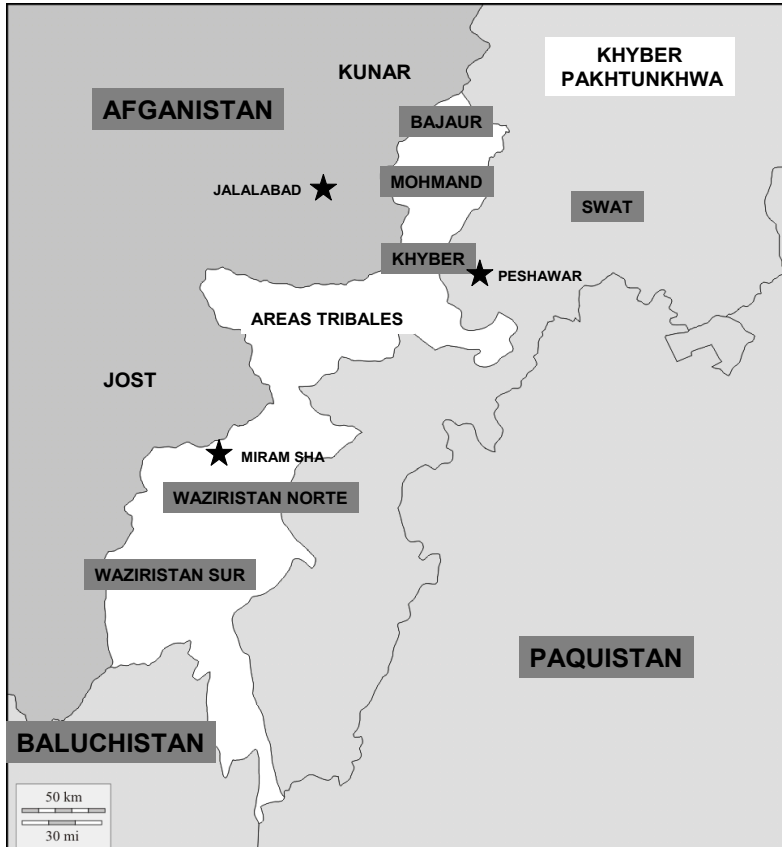
EL OPIO	239
¿CONDENADO A LA POBREZA?	250
EL PAPEL DE LAS GRANDES POTENCIAS Y LOS ESTADOS VECINOS	253
RUSIA.	253
CHINA	257
IRÁN.	260
LOS “STANS”	266
PAQUISTÁN	270
EL TANDEM PAQUISTÁN-INDIA	276
AFGANISTÁN TRAS EL 11-S	279
EL 11-S	279
EL AFGANISTÁN POST-TALIBAN.	282
LOS ACUERDOS DE BONN.	284
EL PROCESO DE RECONSTRUCCIÓN Y ESTABILIZACIÓN	290
LOS AÑOS PERDIDOS (2002-2008)	298
Contrainsurgencia y reconstrucción	298
La necesidad de desarrollo económico	302
El diálogo con los talibán	307
2009. EL NUEVO IMPULSO	310
LOS RETOS DE AFGANISTÁN.	323
COHESIÓN NACIONAL	325
GOBERNANZA Y DESARROLLO ECONOMICO	328
El problema político.	328
Las elecciones de 2014.	331
El problema económico	339
EL PAPEL DE LA MUJER	346
EL ENTORNO REGIONAL.	356
EL PROCESO DE TRANSICION	362
El papel de las ANSF en la transición	363
LA INSURGENCIA	369
El estado de la insurgencia	369
El fin de la insurgencia: ¿Combate o acuerdo?.	376
PAQUISTÁN	384
AFGANISTÁN DESPUÉS DE 2014.	387
EPILOGO	391
FUENTES	397
BILIOGRAFÍA.	399
RESEÑA DEL AUTOR	403





Mapa 1. Afganistán





Mapa 2. Frontera afgano-paquistaní. Áreas bajo administración tribal y provincia de Khyber Pakhtunkhwa (Antigua Frontera Noroeste)



PRÓLOGO

La presentación de esta obra del Teniente Coronel Javier María Ruiz Arévalo, supone un gran placer para mí. He coincidido con este buen militar y compañero en Afganistán en dos ocasiones, en 2006 y 2013; cada vez ocupaba puestos diferentes pero, en ambos casos, relacionados con las actividades llevadas a cabo por ISAF cerca de la administración afgana y otras organizaciones. Esto le ha colocado en una situación de privilegio más cercana a su sociedad de lo que habitualmente ocurre con los militares destinados en aquel lejano país, lo que le ha permitido conocerla más a fondo, circunstancia que sin duda ha servido para enriquecer el contenido del libro.

He de reconocer que cuando me propuso escribir estas letras, lo sentí como un importante compromiso; si algo he comprendido, durante mi prolongada estancia en Afganistán, es que no es tarea fácil para un occidental entender los resortes que mueven a la sociedad afgana y escribir sobre ella. Esto me lleva a apreciar el valor y el tesón que ha tenido Javier para afrontar una tarea tan ardua y arriesgada, lo que sin duda agradeceremos todos los que tengamos el privilegio de leer este libro ya sea por motivos profesionales o impulsados por el deseo de saber más sobre este área, tan alejada geográficamente, pero que hemos sentido tan cercana durante la última década, especialmente en muchos hogares españoles, que viven o han vivido con la zozobra de tener a sus seres queridos cumpliendo su misión allí a la vez que con el orgullo de saber que lo hacen por una justa causa. Aprovecho la oportunidad de mostrar mi reconocimiento a todos ellos.

La obra, está planteada con una metodología muy militar, muy meticulosa; el autor pretende mostrarnos todos los aspectos que conforman el «mundo afgano». En la lectura de cada página se percibe nítidamente su dedicación en la búsqueda de los datos y su voluntad de ofrecer al lector un conocimiento amplio, implicándose a fondo en la difícil y arriesgada tarea de pretender desentrañar las razones que han llevado al país a la difícil situación actual. Pero no se detiene aquí, también nos muestra los elementos que pueden afectar al futuro y las posibles vías y resortes que influirán en que se llegue a una situación, cercana o no, a lo que se puede considerar deseable.

Afganistán, como la mayor parte de los países, se ha forjado en su historia. El autor describe con gran acierto los hechos principales de la misma y con ello, unido a la descripción que hace de la geografía, nos sitúa en el camino para comenzar a entender algunos de los rasgos de sus habitantes; de una cultura y una sociedad lo suficientemente separadas de las occidentales, e incluso de las de su área geográfica y religiosa, como para no ser fácilmente entendible desde nuestros parámetros.

La sociedad afgana pasa por una difícil situación, prisionera de corrientes radicales, que la hacen difícilmente homologable en muchos aspectos a gran parte de los países islámicos. Pero ello no ha sido siempre así, los hechos que han llevado a una de las sociedades musulmanas más liberales y desarrolladas, hace medio siglo, a dar un vuelco hacia el extremo opuesto, son descritos por el autor. La detallada narración de lo ocurrido en las últimas cuatro décadas, nos sitúa en posición de reflexionar sobre cuáles han sido los factores externos e internos que la han llevado a la coyuntura actual.

Me permito sugerir al lector que no procese y analice la abundantísima información que va a recibir en base a nuestros esquemas y lógica, ni busque encontrar soluciones basadas exclusivamente en ellos sino, más bien, que trate de abstraerse de esa lógica e introducirse sin prejuicios en el mundo que nos presenta esta obra: su historia, sus principios, su percepción de la convivencia y de la religión, sus relaciones de vecindad, etc. Una vez conseguido esto, podrá sentirse más próximo a las esencias mentales y físicas que han impulsado a esta sociedad a llevar a cabo las actuaciones que la han llevado a la situación actual.

De gran interés es también la valoración del autor de las posibilidades económicas y políticas que tiene el país para salir adelante en unas condiciones de convivencia y desarrollo aceptables. Pero no se detiene aquí a la hora de intentar vislumbrar ese futuro, acierta al mencionar el papel de los países próximos y su influencia. Pues poca duda cabe que, si ya Afganistán ha sido históricamente influido e invadido por numerosos pueblos habiendo sido encrucijada de paso de diversas civilizaciones, su futuro se verá influido por su entorno inmediato, e incluso por países más lejanos que están en la mente de todos los lectores.

Concluyo afirmando que se trata de una obra muy completa, siendo muy destacable el gran esfuerzo realizado por el autor, que nos ayudará a entender mejor la realidad afgana e intentar prever cuáles son sus posibilidades de futuro. Sin duda, será de gran valor tanto para los militares que vayan a cumplir su misión en este lejano país como para el resto de los estudiosos del tema, estando llamado a convertirse en un libro de referencia e imprescindible lectura.

Sean mis últimas palabras de agradecimiento a Javier por el gran esfuerzo realizado para ofrecernos un libro tan interesante y deseable el éxito que su trabajo, sin duda, merece.

LUIS HERRUZO MADRID¹
En Añora, a 30 de octubre de 2013

1. Coronel del Cuerpo General del Ejército de Tierra (Caballería). Fue Agregado de Defensa de España en Kabul durante los períodos julio del 2006 a junio del 2007 y septiembre del 2009 a septiembre del 2013.



INTRODUCCIÓN
AFGANISTÁN, NI PARAÍSO, NI INFIERNO

Un país montañoso, sin salida al mar, rodeado a lo largo de su historia por grandes potencias. Un país en el que no hay una lengua única, en el que sus diferentes partes parecen estar culturalmente más vinculadas a los países vecinos que a sus propios compatriotas. Un país en el que sus habitantes se encuentran divididos entre dos facciones religiosas, próximas pero históricamente enfrentadas, a veces sangrientamente. Un país cuya principal fuente de riquezas, en determinado momento histórico, ha consistido en ofrecer a sus hombres como mercenarios a otras potencias vecinas... ¿Puede ser viable un país así? Suiza lo es; y todo lo dicho hasta aquí describe perfectamente a este país alpino, tan diferente en otros muchos aspectos de Afganistán, al que muchos consideran un problema insoluble por compartir, nada menos que con Suiza, las características enunciadas arriba.

Afganistán no es Suiza; pero tampoco es ese país condenado a la miseria y al conflicto permanentes que muchas veces se nos quiere hacer ver. Tampoco es ya ese paraíso que los *Hippies* descubrieron en los sesenta, en su camino a la India. Afganistán es un país con una historia tormentosa; un país pobre y que está viviendo una muy larga guerra civil. Pero nada nos obliga a pensar que esta realidad no pueda cambiar, a mejor, en el futuro. No tenemos por qué creer a quienes afirman que es un país sin solución, condenado a vivir en una eterna espiral de violencia y miseria.

Afganistán ha venido atrayendo intermitentemente la atención de la opinión pública internacional desde la invasión soviética de 1979. Desde entonces hemos llegado a familiarizarnos

con palabras como *muyahidín*, *talibán*¹ o *burka* y con personajes afganos como Ahmed Sha Masud, el *mulá* Omar o Karzai. Hemos sido testigos de una serie de conflictos en los que nos resultaba difícil entender quién luchaba contra quién y las razones que tenían para aliarse o enfrentarse entre sí. Hemos visto como los que en cada momento eran para nosotros «los buenos», pasaban en el siguiente capítulo a convertirse en el enemigo a erradicar, sin entender muy bien si nos equivocábamos al principio, al rectificar, o las dos veces. Pero sobre todo, la historia reciente de Afganistán nos ha acercado a la realidad de una sociedad, tan sumamente alejada de nuestros valores y creencias, que nos resulta incomprensible y, en muchas ocasiones, inaceptable.

Que no fuéramos capaces de entender a los afganos, ni a su interminable conflicto, no sería un problema particularmente serio si no fuera porque nuestros soldados, junto con los de cerca de otros cincuenta países, trabajan y mueren allí y una parte de nuestros impuestos acaba dedicándose tanto a mantener nuestro despliegue militar, como a reconstruir el país. Además, la historia reciente nos ha demostrado a todos que, hoy en día, no hay rincón del mundo, por muy alejado que esté, del que podamos asegurar que nada de lo que ocurra en él nos afecta. Desentendernos de los problemas que ocurren lejos de nuestras fronteras, equivale a adoptar la estrategia del avestruz: pretender que con no mirar hacia ellos, los problemas dejan de existir.

A todos nos gustaría que en el futuro Afganistán no fuera una amenaza para nadie, como lo ha sido en el pasado. Y también nos gustaría que los afganos gozaran de paz y prosperidad. Pero es difícil saber si a corto plazo eso va a ser posible. Conocer los problemas que a día de hoy atenazan a aquél país, nos puede permitir intuir qué puede pasar en el futuro; y sobre todo, analizar y entender los acontecimientos que vayan sucediéndose conforme el futuro vaya convirtiéndose en presente y vaya dándonos nuevas pistas. Pero es imposible entender el Afganistán de hoy, sin analizar previamente las características de su territorio y de sus

1. Talibán es el plural de *Talib*, que significa estudiante. Siendo por tanto una palabra plural, me parece más correcto hablar de «los talibán» que de «los talibanes».

gentes y su historia. No podemos entender a los afganos de hoy sin conocer cómo la historia y la geografía han ido forjando su personalidad a lo largo de los siglos; sin llegar a tener una idea, al menos aproximada, de cómo ven los afganos la realidad que les rodea. Sólo conociendo el pasado de Afganistán, su geografía humana y económica, su cultura y su religión, podemos llegar a entender cómo ha llegado al punto en el que hoy se encuentra y qué podemos esperar de cara al futuro.

Afganistán se encuentra a día de hoy en una encrucijada en la que todas las posibilidades están abiertas y en la que depende de los propios afganos tomar una u otra dirección. Uno de esos caminos es el que conduce a la estabilidad y la prosperidad, pero seguir este camino implica afrontar una serie de retos que sólo podrán superarse con grandes dosis de esfuerzo y determinación. Cada reto es una amenaza a ese futuro; fracasar frente a cualquiera de los muchos a los que se enfrenta Afganistán, implicará acabar en alguno de los caminos que conducen a la inestabilidad, la ingobernabilidad y la miseria. Porque el escenario afgano se asemeja a un balancín infantil; cuando dos niños se sientan en los extremos de uno de ellos, no suelen producirse situaciones intermedias, equilibrios en los que los dos quedan a la misma altura; siempre hay uno que pesa más y lanza al más ligero hasta lo más alto, mientras él descansa en el suelo. Así es el futuro de Afganistán, en el que las situaciones intermedias son difícilmente imaginables.

El objeto de este libro es ayudar a conocer todas estas dinámicas, para llegar a comprender el Afganistán de hoy y ser capaz de entender los acontecimientos que en los próximos años se vayan desarrollando. Hubiera querido ser capaz de anticipar qué va a pasar en Afganistán a partir de 2.015. Si lo supiera, sería el único. A lo más que he aspirado es a proporcionar la información necesaria para que cada uno intente hacerlo.



PRIMERA PARTE
AFGANISTÁN. GEOGRAFÍA E HISTORIA

EL ESPACIO GEOGRÁFICO

Situado en el corazón de Asia Central y privado de salida al mar, Afganistán es un país predominantemente montañoso, con alrededor de tres cuartas partes de su superficie constituida por tierras altas. El resto del territorio lo forman una serie de valles fluviales en el norte y varias regiones desérticas al sur y suroeste. Atravesando el centro del país de Noreste a Suroeste, el Hindu Kush es el principal sistema montañoso de Afganistán. Al norte del Hindu Kush, las llanuras de Turquestán descienden hacia el río Amu Daria que forma la frontera septentrional de Afganistán con las repúblicas centroasiáticas. Hacia el Oeste, después de la meseta central del Hazarajat, las montañas desaparecen en los desiertos occidentales que acaban en Irán. Hacia el sur ocurre lo mismo, las montañas van perdiendo altura hasta fundirse con los desiertos que Afganistán comparte con Baluchistán. Hacia el Este, una serie de macizos montañosos separan, o unen, a Afganistán y Paquistán, conformando una frontera muy borrosa.

La geografía de Afganistán está totalmente dominada por el Macizo del Hindu Kush, que es la prolongación más occidental de las cordilleras de Pamir, Karakórum e Himalaya y en el que se producen unos 50 seísmos por año. Los griegos lo atravesaron en la antigüedad bajo el mando de Alejandro Magno y le dieron el nombre de *Parapamisos*; posteriormente los autores latinos lo rebautizaron como *Paropamisos* o *Caucasus Indicus*. Con una extensión de unos 1.000 km, gran parte de este sistema orográfico supera los 5.000 m de altitud sobre el nivel del mar y cuenta con

más de 100 picos de más de 6.000 metros, siendo el más alto el Tirich Mir, que alcanza 7.690 m. El Hindu Kush es como un gran muro que divide el país en dos partes. Sólo un reducido número de puertos, bloqueados en invierno, permite atravesar esta formidable barrera, lo que da un valor estratégico muy singular al túnel de Salang construido por los soviéticos en 1960 para unir el valle de Kabul con las llanuras del Norte. Hacia el Este, el paso de Khyber, de triste recuerdo para los británicos, une Afganistán con Paquistán a través de un largo recorrido de cincuenta kilómetros que culmina en un puerto de 1.067 m, en las montañas de Safed Koh.

La nieve de estas montañas es la principal fuente de agua en un país donde las precipitaciones son muy escasas. De ahí el dicho afgano: «Mejor ver Kabul sin oro, que Kabul sin nieve.» Cuando la nieve comienza a fundirse en marzo, los ríos elevan su caudal que alcanza su máximo en la primavera, excepto en el Wakhan, la estrecha franja que une Afganistán con China, donde los ríos alcanzan su máximo caudal en agosto. Subidas de temperatura bruscas hacen frecuentes las riadas e inundaciones primaverales, muy dañinas en un país que concentra su población y sus medios de vida en los fondos de los valles.

En general, Afganistán es un país predominantemente árido o semiárido; solamente en las provincias nororientales de Nuristán, Jost y Paktia pueden encontrarse todavía masas forestales, aunque la deforestación está poniendo en peligro los pocos bosques que aún persisten. En el resto del país se consigue irrigar algunas tierras cercanas a los grandes ríos utilizando sistemas de acequias, o se aprovecha el agua de procedente de los acuíferos subterráneos utilizando un ingenioso sistema tradicional llamado *qarez*, empleado especialmente en el este y el sur del país. Consiste en una serie de pozos interconectados de hasta 30 metros de profundidad, que capta agua de los acuíferos y la transporta, en ocasiones a decenas de kilómetros, a través de una serie de túneles que conectan los pozos. El caudal medio de los cuatro ríos más importantes de Afganistán, aporta 2,773 m³ de agua superficial por afgano, lo que está por encima de los 1,700 m³ considerados como necesarios para satisfacer las necesidades de una población determinada. Esto quiere decir, que a pesar del carácter árido o semiárido que caracteriza al país, una gestión adecuada de los

recursos hidráulicos disponibles, permitiría disponer del agua necesaria para satisfacer las necesidades de los afganos ¹.

De las cuatro principales cuencas acuíferas (los ríos Amu Darya, Hari Rud, Helmand y Kabul) sólo el río Kabul vierte sus aguas en el Mar, a través del Indo; las aguas del resto se evapora en el desierto o acaba el mar de Aral. El Amu Daria, el mítico Oxus, el más caudaloso y regular, forma la frontera con Tayikistán, Uzbekistán, y parcialmente con Turkmenistán. El río Kabul, el principal en la parte oriental, nace en la sierra de Sanglakh y fluye hacia el Este durante más de 700 kilómetros antes de desaguar en el río Indo, cerca de la ciudad de Attock, después de haber atravesado las ciudades de Kabul y Jalalabad y fluir por Paquistán durante aproximadamente 30 kilómetros. El río Hari Rud, conocido en latín como Arius, fluye a lo largo de 1.124 km desde las montañas Koh-i-Baba, en la vertiente sur del Hindu Kush, hacia Turkmenistán. Atraviesa la ciudad de Herat para a continuación girar primero al noroeste y luego al norte delineando la frontera entre Afganistán e Irán. Más al norte forma la frontera entre Irán y Turkmenistán, para acabar internándose en este segundo, donde se le conoce por Torei o Tedzhen, antes de desaparecer en las arenas del desierto de Karakum. La construcción de una presa en Salma, al este de Herat, es vista con aprensión por Irán que teme las consecuencias que una reducción en el caudal que entra en su territorio puede tener en la agricultura de la zona.

El río Helmand, el más largo de Afganistán, nace también en las montañas Koh-i-Baba, a unos 80 km al oeste de Kabul, recorriendo unos 1.300 km en dirección sudoeste, hasta desembocar en el lago Hamún, situado en Irán oriental. Es muy caudaloso y se mantiene relativamente libre de sal en la mayor parte de su recorrido, por lo que se aprovecha extensivamente para la irrigación, aunque la paulatina acumulación de sales minerales ha contribuido a disminuir su utilidad para la agricultura. Su agua es esencial para los agricultores afganos del sur y también para los iraníes del Sistán y Baluchistán. A lo largo de su recorrido se han creado embalses artificiales, entre las cuales destaca la presa de Kajaki en la provincia de Helmand, con una capacidad de 1,2

1. Citado por Bowden, Mark y Haysom. Mayo 2013.

km³ de agua. Desde su construcción en 1953, la reducción del caudal de agua del río ha contribuido significativamente a la reducción del lago Hamún, afectando seriamente a la economía de la provincia de Sistán, y provocando conflictos entre Afganistán e Irán. En 1973, ambos países firmaron un acuerdo en el cual Afganistán se comprometió a garantizar un caudal mínimo de 26 m³/s. Sin embargo, debido a la necesidad de agua derivada de las frecuentes sequías, los talibán llegaron a cerrar completamente las compuertas provocando la desaparición del lago Hamún y la emigración de pueblos enteros del Sistán iraní. En octubre de 2002, tras una visita de delegados del nuevo gobierno afgano, Afganistán reabrió las compuertas de sus presas permitiendo el flujo del río hacia Irán.

Afganistán es un país relativamente seco cuyo clima varía según la altitud y la situación, aunque puede catalogarse de manera general como continental extremo, con escasas precipitaciones. Kabul, la capital del país, con una altitud de 1.795 m, tiene inviernos fríos y veranos suaves mientras que Jalalabad (585 m) es subtropical y Kandahar (1.006 m) es templado todo el año. En verano llegan a registrarse temperaturas de hasta los 49 °C en los valles septentrionales, mientras que son normales temperaturas de hasta -9 °C en el Hindu Kush. La precipitación media anual de alrededor de 300 mm y la mayor parte de las lluvias se producen entre los meses de octubre y abril. En los desiertos y en las llanuras áridas son frecuentes las tormentas de arena.

Una buena parte del territorio es desértico o semidesértico, excepto unos cuantos valles fértiles muy poblados, como el de Herat, al noroeste. Sin embargo, Afganistán no siempre ha sido el árido desierto en que a día de hoy consiste gran parte de su extensión. En otros tiempos, la masa forestal era mucho mayor, como lo era la superficie cultivable; sin embargo, durante siglos, la deforestación ha favorecido la erosión, mientras la irrigación ha dado lugar a un paulatino proceso de salinización; la suma de ambos factores ha conducido a un progresivo empobrecimiento del suelo que ha ido dificultando la labor de los agricultores. A pesar de ello, hace apenas un siglo, los británicos describieron a Kabul como un vergel y la masa forestal era aun abundante en zonas donde hoy apenas se ve un árbol. Los últimos treinta años de guerra civil han tenido un efecto devastador sobre la cubierta

forestal, que se reduce actualmente a un 2,1% de la superficie total del país. Hoy, con apoyo internacional, el gobierno afgano intenta invertir el proceso, realizando reforestaciones masivas y luchando contra la explotación ilegal de los recursos forestales; sin embargo, el empobrecimiento del suelo y las cada vez más prolongadas sequías hacen difícil invertir el proceso.

Aunque se hablará de ello con más detalle en el capítulo dedicado a la economía, conviene tener presentes ya las principales características que, desde la perspectiva de la geografía económica definen a Afganistán, empezando por el principal sector económico, el agropecuario. En un país tan seco no es de extrañar que la propiedad de la tierra y el modo en que se explota se hallen condicionados por el agua: mientras las tierras de regadío son de propiedad privada, las de secano son colectivas y se dedican mayoritariamente al pastoreo, en muchos casos en régimen de nomadismo o seminomadismo. Ambos modos están bastante extendidos, aunque en el último decenio se ha ido produciendo un importante proceso de sedentarización entre las tribus nómadas.

La agricultura es la principal fuente de riqueza y trabajo en Afganistán, donde un 80% de la población vive del campo que aporta casi un 60% al Producto Interior Bruto (PIB). Predomina el cultivo de cereales (trigo, maíz), seguido por los frutales arbustivos (principalmente vid, además de granadas, albaricoques y pistachos). En el norte hay importantes rebaños de ovejas de raza karakul, cuya lana es muy apreciada y constituye uno de los principales artículos de exportación junto con los frutos secos (uvas pasas, almendras, pistachos), las alfombras y el gas natural, del cual existen importantes yacimientos al norte del país (Sheberghan). Las industrias extractivas, minas, piedras preciosas, petróleo y gas representan un gran potencial y hay ya grandes proyectos para poner en valor las enormes riquezas que encierra el subsuelo afgano. Sin embargo, habrá que esperar unos cuantos años para que estos proyectos empiecen a generar beneficios y serán necesarios cambios importantes en la legislación y las políticas económicas y una mejoría clara en la seguridad para que la necesaria inversión privada se materialice.

En el sector secundario, si bien existe un reducido número de fábricas textiles y alimentarias, predomina la actividad artesanal. Las exportaciones, tradicionalmente dirigidas a la antigua URSS,

están lejos de equilibrar las importaciones; la descomposición de la antigua Unión soviética y el agravamiento de la situación política interna han venido a complicar, aún más, el desarrollo de la economía afgana, que ha visto en las últimas décadas cómo descendía su nivel de producción y se hacía más deficitario su comercio exterior. El aislamiento derivado de su situación continental, unido al papel de estado tapón que ha venido desempeñando entre las posesiones rusas y las británicas en Asia, han hecho de Afganistán un país con un alto nivel de subdesarrollo. La pobre infraestructura viaria, que ha crecido muy lentamente durante el pasado siglo XX, hace que gran parte de los transportes se realicen aún mediante caravanas, sustituidas poco a poco por camiones, dada la práctica inexistencia de ferrocarril. Sectores como la construcción o el transporte han sido testigos de un gran desarrollo en los últimos años, principalmente por el impulso derivado de la fuerte presencia internacional, pero es de suponer que en el futuro supondrán un impulso menor al crecimiento económico y deberán ajustarse a la menor demanda que significará a corto plazo la retirada de las fuerzas internacionales. El sector de las telecomunicaciones y tecnologías de la información se ha beneficiado de fuertes inversiones en infraestructuras y una fuerte demanda, también derivada en gran parte de la fuerte presencia internacional; se trata de un sector clave para el desarrollo de otros sectores económicos.

La circulación entre el norte y sur del país es muy problemática por la cadena del Hindu Kush, cuyos puertos están a menudo cerca de los 4.000 metros de altitud y cerrados durante el invierno, lo que convierte en una infraestructura de importancia capital al túnel de Salang, que atraviesa el Hindu Kush uniendo Kabul con las planicies del norte, siguiendo una ruta próxima a la que en su día empleó Alejandro Magno. El túnel mide 2.700 metros de largo y sus extremos están a una altitud de 3.360 m y 3.363 m lo que le convierte en el tercer túnel de carretera más alto del mundo actualmente en servicio. La anchura y la altura del túnel es de sólo 7 metros y soporta un tráfico de unos 1.000 vehículos por día. En 1955 la Unión Soviética, deseosa de promover el transporte entre su territorio y la capital afgana, firmó con el gobierno afgano un acuerdo para mejorar la antigua carretera del puerto de Salang entre las provincias de Baghlan y Parwan, construyen-

do un túnel que la hiciera más transitable. El túnel fue abierto en 1964, y permite el movimiento entre el norte y el sur durante todo el año y un ahorro considerable de tiempo entre Kabul y las ciudades del norte. Los vehículos pesados, que antes debían rodear las montañas a través de Herat, vieron como su viaje de 72 horas se reducía a menos de 10 horas.

Durante la guerra contra los soviéticos (1978-1992), el túnel fue vital para el Ejército Rojo y, por tanto, la carretera y los alrededores del túnel fueron atacados con frecuencia por los muyahidines. El 3 de Noviembre de 1982, se produjo una de las mayores tragedias de la guerra en Afganistán, cuando un camión de gasolina explotó en medio de un convoy militar soviético en circunstancias poco claras. El resultado tampoco quedó claro, 176 soldados (64 soviéticos y 112 afganos) fue la cifra oficial de muertos, aunque estimaciones más recientes elevan esta cifra a 3.000. Tras la salida de los soviéticos, la anarquía en la que se sumió el país hizo que el túnel se fuera deteriorando por la falta de un mantenimiento adecuado, ya que ninguna autoridad se responsabilizaba entonces de este tipo de problemas. Después de tomar Kabul en 1996, los talibán hicieron de él una prioridad, ya que era vital para acceder a las zonas septentrionales dominadas por sus enemigos de la Alianza del Norte. Precisamente por ello, a finales del año 1997, la entrada sur del túnel, la iluminación y el sistema de ventilación fueron destruidos por las tropas de la Alianza del Norte, durante su retirada. El túnel quedó transitable solamente a pie y carente de iluminación. Tras la derrota de los talibán, se acometió una renovación importante y el túnel se reabrió al tráfico el 19 de enero de 2002 para verse bloqueado menos de un mes más tarde por avalanchas en ambos extremos que causaron al menos cinco muertos y obligaron a cientos de personas a permanecer en el túnel durante cinco días. En invierno, la ruta es aún muy peligrosa y propensa a las avalanchas².

La economía en su conjunto está afectada por severas debilidades que harán difícil el reajuste necesario ante la reducción

2. En el invierno 2.012/13, ISAF asesoró a las autoridades afganas para que emplearan artillería para provocar avalanchas controladas. Aunque pueda parecer un sistema bárbaro, es utilizado habitualmente por países como Canadá.

en la ayuda internacional que se producirá en los próximos años y que hacen difícil ser optimista en cuanto a las perspectivas de crecimiento. Corrupción, falta de un gobierno efectivo e inseguridad son las mayores amenazas de cara al futuro por constituir un obstáculo a la inversión tanto pública como privada. Otros factores que dificultan el necesario crecimiento económico son la complejidad de la normativa, la escasa capacidad recaudadora de la administración y la debilidad de las infraestructuras de energía, transportes e irrigación. Aunque en todos estos campos se han realizado avances significativos durante los últimos años, es aun mucho el trabajo por hacer. En el caso de las infraestructuras, hay dudas sobre la capacidad de la administración afgana para mantener a largo plazo lo que se ha ido construyendo. Pero donde más dudas se plantean es en el campo de la lucha contra la corrupción, donde no se ha ido mucho más allá de hacer declaraciones de buena voluntad y desarrollar unas instituciones anti-corrupción que de momento no parecen demasiado efectivas.

HISTORIA

LOS ORÍGENES

Los primeros documentos históricos de la región en la que se encuentra el actual Afganistán datan del año 550 AC y están ligados al esplendor del imperio persa. Sin embargo los persas, más dedicados a grabar en piedra los edictos de sus reyes que sus avatares históricos, no son sus autores. Las primeras líneas de la historia en la que aparecen las tierras que hoy constituyen Afganistán, las escribieron los griegos y han llegado a nosotros a través de los romanos. El geógrafo Tolomeo nos da las primeras noticias de la provincia de Araeia, alrededor de la actual Herat. Araeia o Aria fue una satrapía persa descrita de una manera muy detallada tanto por Tolomeo como por Estrabón, que abarcaba principalmente el valle del río Hari, que daba nombre a toda la región, que venía a coincidir en gran medida con la actual provincia de Herat. En la Antigüedad fue considerada como particularmente fértil y, sobre todo, abundante en vino. Según sus datos, hacia el siglo VI AC, bajo el dominio persa, los arianos comenzaron a habitar en núcleos urbanos, poblando un reducido número de

pueblos y aldeas en el valle del río Hari, mientras algunas tribus nómadas permanecían en las montañas. En este período, la capital fue Artacoana, en cuyas inmediaciones fue construida una nueva capital, ya sea por el mismo Alejandro Magno o por sus sucesores: Alejandría Ariana, la moderna Herat.

Más al norte, las tierras de Bactria que nos describen los cronistas de la época no parecen ser muy distintas a las actuales. Entonces, como ahora, llamaba la atención lo heterogéneo de la región, que incluía tanto zonas desérticas carentes de cualquier tipo de vida animal o vegetal como zonas muy arboladas, regadas por numerosos arroyos, en las que, además de los pastos, abundaban los huertos y se cultivaba el trigo. Es difícil saber si el desierto ha ganado terreno desde los tiempos de Alejandro; posiblemente sí ya que las ruinas de Bactria, al igual que otras, se encuentran hoy en zonas completamente desiertas, que resulta difícil imaginar que fueran elegidas para este tipo de asentamientos. De la misma forma, debemos imaginar que la cubierta boscosa actual no es ni sombra de lo que fue en aquellos tiempos.

En cuanto a la presencia extranjera en la zona, según el historiador romano Arriano, asirios y medos llegaron al Indo antes que los persas, aunque no hay pruebas arqueológicas o literarias que avalen esta teoría. Sí parece que hay evidencias de que los Asirios alcanzaron la zona donde hoy se asienta Kandahar y de que los medos comerciaron en las áreas alrededor de Herat y Balkh, aunque debía ser ésta una zona de interés secundario para ellos, más preocupados por sus enfrentamientos constantes con lidios y babilonios. Lo que sí parece seguro es que, si en algún momento puede hablarse de dominación asiria o meda sobre estos territorios, se trataría de casos puntuales y de corta duración. Ni siquiera podemos asegurar que asirios y medos llegaran a tan remotas tierras, cosa que sí hicieron los persas bajo Ciro el Grande, que invadió en dos ocasiones las tierras del actual Afganistán, lo que nos permite, por primera vez, tener un conocimiento histórico sobre ellas. En la primera de sus incursiones, el ejército de Ciro atravesó el Masht-i-Dago, o Desierto de la Muerte, llegando en un estado lamentable a las orillas del río Helmand donde fue acogido por los Ariaspianos, rebautizados por los persas como «los Benefactores». Desde las riberas del Helmand, los persas llegaron a Kandahar y desde allí ascendieron hasta el valle del río Kabul,

llegando hasta las inmediaciones de Bagram, a los pies del Hindu Kush, donde fundaron la ciudad-guarnición de Kapish o Kanish, la actual Kapisa. No sabemos si llegó a atravesar el Indu Kush aunque podemos intuir que de haberlo hecho, nos hubiera llegado alguna noticia de ello. Sobre las conquistas de Ciro en el Norte de Afganistán hay pocas evidencias, pero si tenemos en cuenta que una de sus últimas campañas fue contra las tribus escitas que habitaban la franja comprendida entre los ríos Oxus y Jaxartes (Los actuales Amu Daria y Sir Daria) y que este segundo acabó siendo la frontera norte de su Imperio, podemos intuir que las tierras del norte de Afganistán, la Bactriana de los griegos, estarían incluidas entre sus dominios. No parece razonable concebir que Ciro pretendiera asentar su dominio al norte del Oxus sin haber garantizado su retaguardia, las fértiles llanuras alrededor de Balkh y Herat.

Ciro, que creó un Imperio que se extendía desde Palestina hasta el Jaxartes, acabó muriendo junto a este último río, luchando contra los masagetas. Su hijo Cambises dedicó su corto reinado a la conquista de Egipto, olvidándose de las lejanas tierras del oriente de su Imperio. A su hijo y sucesor, Darío I, debemos la primera descripción escrita del actual Afganistán. En la roca de Behistum, Darío relacionó los territorios heredados de su padre, incluyendo Bactria (Balkh) en el norte; Areia (Herat) al oeste; Aracosia (Kandahar) al sur y al este Gandara, la franja de tierras llanas comprendida entre Kabul y el valle de Peshawar, cerca ya del Indo. Pero la Lista de Behistum hubiera sido inútil si no hubiera sido comentada por el historiador Herodoto, que añadió numerosos detalles fruto de sus muchos viajes y de sus abundantes fuentes. Gracias a él aparecen en la historia los enigmáticos *Paktyke*, los belicosos habitantes del norte de la India, cuya apariencia y vestuario era muy similar a la de los bactrianos. Gracias a Herodoto sabemos también que Darío organizó una expedición naval, encabezada por el jonio Skylax, para explorar el Indo. Partiendo posiblemente del río Kabul, cerca de Peshawar, la expedición llegó hasta la desembocadura del gran río, donde a día de hoy se encuentra Karachi, atravesando una zona, el actual Sind, que describe como la más poblada del mundo. Como consecuencia de los informes de Skylax, Darío decidió conquistar esta región, incorporándola a sus dominios. Para hacernos una idea de la

riqueza de estas tierras, Herodoto nos recuerda que, mientras el tributo anual exigido a la región de Gandara era de 170 talentos de plata, a la nueva provincia se le exigieron 360 talentos de oro.

Bajo Ciro, los persas establecieron el mayor imperio conocido hasta el momento, sobrepasando militarmente a los griegos, culturalmente muy dinámicos, pero políticamente muy fragmentados. Sin embargo, el tiempo vendría a demostrar la supremacía de la técnica militar griega sobre la persa. Mientras los persas centraban su poder en Mesopotamia, una zona relativamente pacífica en aquellos tiempos, los griegos estaban acostumbrados a un continuo combatir entre ciudades estado muchas veces vecinas. Este continuo guerrear en la montañosa Grecia, produjo una evolución en la táctica que se demostraría decisiva frente a los persas. Mientras éstos seguían utilizando el arco como principal arma de combate, complementado con la jabalina y con unidades de caballería, todo ello muy apto para el combate en las llanuras mesopotámicas, los griegos desecharon las armas de largo alcance y las tácticas basadas en la movilidad, inadecuadas para una tierra muy compartimentada y en la que el caballo era un elemento muy escaso. Frente a ello, desarrollaron tácticas basadas en el choque frontal que acabaron conduciendo a la aparición del hoplita y la falange. El hoplita era un combatiente a pie, fuertemente armado con una lanza de más de dos metros y protegido por una coraza que le cubría todo el cuerpo, que combatía en el seno de una férrea formación, la falange. Batalla tras batalla, los persas pudieron comprobar la inutilidad de sus arcos frente a las corazas hoplitas y lo inadecuado de sus tácticas para hacer frente a las falanges.

Los intentos persas de invadir Grecia fueron desbaratados en batallas tan conocidas como las de Maratón, Salamis y Platea, batallas de una trascendencia histórica singular ya que supusieron la pervivencia de la civilización griega frente a la expansión persa. Las crónicas de estas batallas tienen para nosotros otro valor añadido debido a que, entre los contingentes movilizados por los persas, aparecen algunos procedentes del actual Afganistán. Cuando, tras la derrota de Maratón, Jerjes I intenta conquistar Grecia con el mayor ejército conocido hasta el momento, sabemos que cuenta entre sus filas con unidades de bactrianos vestidos con capas de fieltro similares a las de los medas, armados con sus tradicionales arcos de caña y espadas cortas. Junto a ellos, encontramos a los

escitas, vestidos con pantalones, su más perdurable aportación a la cultura universal. Además de arcos, los escitas utilizaban dagas y hachas de guerra. Ambos contingentes combatieron bajo el mando del hermano de Jerjes, el sátrapa de Bactria. Es significativo que este cargo fue siempre ostentado por príncipes de la casa Aqueménida del más alto rango, muchas veces por el heredero al trono.

Los aerianos, de la zona de la actual Herat, son descritos por Herodoto como muy similares a los bactrianos, si bien sus arcos se asemejaban a los de los medas. También se asemejaban a los bactrianos los gándaras, mientras los *paktuyke* vestían pellizas de piel y luchaban con arcos y dagas. Bactrianos, escitas y *paktuyke* incluían además contingentes de caballería armados de la misma manera que sus compatriotas infantes. Según Herodoto, el contingente de caballería más numeroso en el ejército de Jerjes lo constituían los *sagartioi*, un pueblo nómada, étnicamente persa y de idioma igualmente persa pero que combatía y vestía en un estilo mitad persa mitad *paktuyke*. No utilizaban armas metálicas, a excepción de las dagas, utilizando como arma principal una cuerda rematada por un grueso nudo. Los misteriosos *sagartioi* desaparecerán de la historia tras esta campaña. Quizá por haberse rebelado contra sus dominadores persas o simplemente porque su propio carácter nómada hiciera difícil asociarlos a un terreno concreto y en otras ocasiones fueran incluidos en otros contingentes. Algunos historiadores consideran la posibilidad de que pudieran ser los ancestros de la tribu pastún de los abdali, posteriormente rebautizados como Durrani, grupo que durante siglos ha dominado el oeste de Afganistán.

Afortunadamente para los persas, los griegos no pudieron explotar sus victorias militares por culpa de su falta de unidad política. Los intentos atenienses por encabezar una amplia coalición griega que arrasara los dominios del Rey Persa fueron finalmente abandonados al romperse la coalición con los espartanos e iniciarse una serie de brutales conflictos con ellos que hicieron imposible cualquier tipo de campaña contra los persas. Este empeño será retomado años más tarde, en la segunda mitad del siglo IV AC, pero ya no será Atenas quien lo lidere; serán los macedonios quienes se adentren hasta los últimos confines del Imperio Persa y vuelvan a demostrar la superioridad de las armas griegas.

Los cimientos para esta hazaña que encabezaría el legendario Alejandro Magno, fueron establecidos por su padre, Filippo II, Rey de Macedonia desde 359 AC, que logró someter a todas las tribus macedonias, convirtiendo su reino en la mayor ciudad-estado de la historia griega en número de habitantes (se calcula que alcanzó los cuatro millones) y posiblemente también en extensión. Estos logros, le permitieron formar el mayor ejército visto hasta la fecha en todo el mundo. En su juventud, Filippo había vivido en Tebas, donde conoció la innovación táctica de Epaminondas, consistente en emplear el rígido frente de la falange para ocultar una mayor potencia de un determinado punto de la misma, introduciendo la posibilidad de aplicar cierta flexibilidad a un modelo de combate que había llegado a ser casi ritual. A estas lecciones, los macedonios añadieron innovaciones propias, como la incorporación de la *sarissa*, una lanza excepcionalmente larga que, empuñada por filas sucesivas de guerreros, proporcionaba una considerable ventaja táctica sobre la tradicional lanza de los hoplitas que, al ser más corta, no permitía el combate simultáneo de varias filas de guerreros y reducía la distancia a la que podían enfrentarse al adversario.

En 338 AC el ejército macedonio avanzó hacia el sur y derrotó en Keronea a la coalición de tebanos y atenienses logrando formar la denominada Liga de Corintio, suficientemente potente como para abordar su plan de atacar al Imperio Persa. En esta batalla destacó el joven hijo de Filippo, Alejandro, que dirigió una carga de caballería contra la fuerza de élite enemiga, la Banda Sagrada de Tebas derrotándola estrepitosamente. De los 300 guerreros que formaban la banda, divididos en 150 parejas de homosexuales, sólo 46 sobrevivieron para rendirse a Filippo. Cuando Filippo murió asesinado en 336 AC, Parmenio, su mejor general, ya había cruzado el Helesponto y se encontraba en Asia Menor para iniciar la campaña que acabaría llevando a Alejandro Magno hasta Afganistán.

ALEJANDRO EN AFGANISTÁN

La auténtica irrupción de Afganistán en los anales de la historia se produce como consecuencia de la ocupación de esta provincia persa, al igual que todo el resto del Imperio, por Ale-

jandro Magno. La historia de esta campaña ha sido relatada en numerosas ocasiones y es suficientemente conocida como para que no valga la pena insistir en ella. Solamente recordaremos que Darío, una vez derrotado definitivamente en la batalla de Arbela, huyó con la caballería bactriana del príncipe aqueménida Bessus y un grupo de mercenarios griegos, los últimos restos de su ejército, completamente desbaratado en la batalla. Finalmente, Darío no fue capturado por Alejandro; lo encontró muerto al sur del mar Caspio: sus hombres lo habían abandonado en un carro, atado con cadenas de oro y asaeteado con jabalinas hasta la muerte. Este final no era lo que Alejandro buscaba; el macedonio hubiera preferido un Darío en toda su magnificencia rindiendo a sus pies su Imperio y transmitiéndole no sólo el poder, sino también la legitimidad. El triste final de Darío alejaba de sus manos el sueño de ser reconocido como legítimo emperador de los persas.

Para Alejandro, el enemigo ya no era Darío, sino los nobles de Bactria que habían decidido desligarse de la suerte de su emperador y acogerse a sus dominios en el extremo oriental del Imperio. Así, las esperanzas de retorno al hogar de los griegos se vieron frustradas. Cuando ya preparaban sus pertrechos para iniciar el regreso, Alejandro tuvo que convencerles de seguir hacia el este, donde esperaban tres de los sátrapas que habían ejecutado a Darío: Bessus de Bactria (Balkh); Satibarzanes de Areia (Herat) y Barsaentes de Aracosia (Kandahar). El primero de ellos, de sangre imperial, se coronó emperador con el nombre de Artajerjes, lo cual supuso un golpe de suerte para Alejandro, que pudo así motivar a sus hombres ante la idea de que iban a combatir contra un emperador, no contra los últimos vestigios de un Imperio fenecido. Para mejorar la disposición de sus hombres, les permitió tomar esposas entre las persas. Ahora el ejército era seguido por unas diez mil mujeres, con todos su séquito y enseres, un problema adicional para la futura campaña.

Frente a ellos, el nuevo emperador forjó una alianza en la que, además de Satibarzanes y Barsaentes, formaban escitas, sogdianos y quizá algunos príncipes de la actual India. Su principal baza, el hecho de que las fuerzas de Alejandro avanzaban a una enorme distancia de sus bases y a través de un territorio completamente nuevo para ellos. Los griegos, por primera vez, avanzaban hacia lo desconocido. Bessus decidió ceder espacio a los griegos

para ganar tiempo; posiblemente estuviera convencido que la dureza de los desiertos y montañas que debían atravesar diezmarían a los griegos e incluso podrían hacerles desistir de su empeño. Efectivamente, la travesía fue dura y diezmó las filas griegas, pero resulta irónico que fuera el hecho de que Bessus se hubiera coronado con la tiara imperial lo que en gran medida motivara a los griegos para seguir adelante.

En el verano del 330 aC, Alejandro reunió sus fuerzas al sur del Caspio. Desde allí, marcharon hasta Areia donde Satibarzanes decidió no oponer resistencia, rindiéndose a Alejandro que lo restituyó en su puesto: Alejandro siempre prefirió mantener a los nobles persas en sus puestos, para conseguir que el Imperio siguiera funcionando con normalidad. Es evidente que el ejército persa no contaba entre sus filas con las personas adecuadas para hacer funcionar la maquinaria administrativa de unos estados que ni siquiera conocían. Dejando una guarnición de cuarenta jinetes en Artacoana, la capital de Areia, Alejandro prosiguió el avance hacia Bactria. Sin embargo, al poco tiempo tuvo que desandar el camino, al conocerse le traición de Satibarzanes, que había ejecutado a los jinetes griegos. Con lo mejor de su caballería, Alejandro se plantó ante las puertas de Artacoana después de recorrer cerca de cien kilómetros en tan sólo dos días. Impresionado ante la rápida reacción de Alejandro, Satibarzanes huyó a Bactria con toda la caballería que pudo reunir.

Mientras, el resto del ejército macedonio, al mando de Craterus, rodeaba a 30.000 Aerianos que habían buscado refugio en una zona rocosa defendida por profundos desfiladeros que la hacían accesible sólo por el este. La posición, densamente arbolada, parecía inexpugnable; sin embargo, fuera por suerte o por inteligencia, los macedonios la vencieron. Los soldados de Alejandro apilaron al pie del acantilado gran cantidad de árboles cortados que, bajo el sol de agosto, se secaron rápidamente. Después, fuera intencionadamente o por accidente, la enorme pira ardió, transmitiendo el fuego a la montaña, en la que perecieron todos los defensores. Hasta aquí los hechos tal y como lo refieren las crónicas contemporáneas. Sobre ellos, podemos hacer algunas consideraciones. Por una parte es evidente que a Alejandro no le interesaba dejar a su retaguardia semejante fuerza enemiga. Pero también podemos imaginar que no debía tener especial empeño en aniquilarla absolutamente, lo cual

hubiera implicado empeñar a su ejército en la persecución de los numerosos fugitivos que huirían del fuego. Podemos imaginar que una vez incendiada la fortaleza enemiga, Alejandro se declararía vencedor, dejando tranquilos a los sobrevivientes que huyeran de la fortaleza en llamas³.

Solucionado el problema, Alejandro decidió modificar sus planes y dirigirse hacia el sur, hacia Aracosia. Este cambio podría parecerse caprichoso, pero puede tener una explicación muy sencilla: El ejército de Alejandro, como todos los de la antigüedad, vivía de lo que obtenía sobre el terreno. Atravesar zonas previamente esquilmas enfrentaba a los ejércitos al que era con frecuencia su peor enemigo: el hambre y la sed. Esta realidad explica la frecuencia con que los ejércitos en retirada han empleado a lo largo de la historia la táctica de tierra quemada, con la que se pretende impedir el avance de un ejército privándole de los recursos necesarios para sobrevivir. Habrá que esperar muchos siglos para que los ejércitos sean capaces de alimentarse sin esquilmar las tierras por las que operan. Podemos imaginar que el paso de un ejército de tal magnitud dejaría a las poblaciones y pastos en sus rutas esquilmas. En el caso de Alejandro, la ruta de Areia hacia Bactria había sido recorrida en dos ocasiones en un espacio de tiempo muy corto lo que, con toda probabilidad, la haría muy poco adecuada para sostener al ejército macedonio. Posiblemente esta fuera la razón que forzó a Alejandro a modificar sus planes y dirigirse hacia el sureste. Antes, fundó Alejandría-en-Areia, posiblemente la actual Herat, la primera de las Alejandrías afganas, cuya imponente ciudadela se supone heredera directa de la construida por los macedonios.

La siguiente etapa, tras 300 km, les llevó a Phrada, la actual Farah, capital de la provincia de Drangiana, rebautizada por Alejandro como Prophysia (Anticipación) porque fue allí donde descubrió una conspiración que pretendía acabar con su vida.

3. Artacoana, la capital de Areia, no ha sido localizada por los arqueólogos, lo que hace muy difícil identificar la roca en que buscaron refugio sus habitantes. Para algunos estudiosos de las campañas de Alejandro, la roca podría ser el Kalat-i-Nadiri, conocido como el Gibraltar de Persia, una fortaleza natural que tiene el inusual mérito de haber resistido un cerco del propio Tamerlán.

Descubiertos por la delación de un sirviente, costó la vida a los implicados. Lo más llamativo de este incidente fue la actitud de Filotas, uno de los mejores generales de Alejandro. Filotas había sido informado de la conspiración dos días antes de que el propio Alejandro lo fuera, sin que en ese tiempo hiciera nada al respecto. Ante Alejandro, Filotas defendió su inocencia y fue perdonado, pero su actitud resulta sospechosa. Quizá el hecho de que Alejandro, en su urgencia por proseguir el avance, no asistiera a los funerales de un hermano de Filotas muerto en Areia pudiera estar detrás de un enfriamiento en su lealtad,... Sobre todo teniendo en cuenta que era el segundo hermano muerto durante la campaña. El caso es que nunca sabremos si Filotas no comunicó la información que tenía sobre el complot por considerarla inconsistente o por otros motivos menos confesables.

Finalmente, Filotas fue torturado y tras confesar su traición, ejecutado. Con él, moría el último hijo de Parmenio, lugarteniente tanto de Alejandro como de Filipo, último vínculo del ejército de Alejandro con el de su padre y referente en las diferencias que habían surgido en el seno del ejército entre la vieja y la nueva guardia. La muestra más evidente de estas diferencias la podemos encontrar en el modo de vestir: mientras Alejandro y sus incondicionales habían adoptado el modo de vestir persa, otros seguían fieles a la vestimenta y las tradiciones griegas. Estas diferencias no eran sino la punta de un iceberg mucho más profundo, relacionadas con la actitud de Alejandro. Muchos veían en su orientalización un contrasentido o una traición: se trataba de conquistar Persia, no de convertirse en persa. En el malestar también influía el cansancio y el deseo de regresar a casa. Desde la conquista de Mesopotamia, los hombres de Alejandro no habían recibido prácticamente ningún botín y seguir avanzando y enfrentándose a nuevos peligros suponía poner en peligro lo ya conseguido. Para asegurarse frente a posibles venganzas, Alejandro envió a un grupo de leales, disfrazados de nativos y montando camellos, a encontrarse con Parmenio en Ecbatana, ciudad en la ruta hacia Grecia de la que era gobernador. Una vez recibidos por el gobernador, le entregaron dos cartas, una de Alejandro y otra de su propio hijo, matándole mientras leía esta segunda.

Desde Phrada, Alejandro siguió su avance hacia el valle del bajo Helmand, donde habitaban los «benefactores» que habían

ayudado a Ciro el Grande dos siglos antes. Alejandro mostró una gran admiración por los pueblos que poblaban esta zona, cuya forma de gobierno le pareció equiparable a la griega. Al partir no destituyó a ningún gobernante ni dejó ninguna guarnición.

En los albores del año 329 AC, Alejandro se encaminó hacia Aracosia provocando la huida de su sátrapa, Barsaentes, que buscó asilo entre los habitantes de la India; éstos lo entregaron a Alejandro, que mandó ejecutarle. En Aracosia, Alejandro fundó una nueva Alejandría, Alejandría-en-Aracosia, en las inmediaciones o en el mismo emplazamiento de la actual Kandahar. A diferencia de lo que ocurre hoy día, la región que se extiende entre Farah y el lago Sistán, así como a lo largo del río Helmand hasta Kandahar, era una zona fértil y muy poblada, a pesar del «viento de los 120 días» que según las crónicas soplaban desde el norte todos los veranos. En la nueva Alejandría, los macedonios pasaron el invierno y reunieron víveres para proseguir la marcha hacia el norte. Mientras, llegaron noticias de que Satibarzanes, con la ayuda de la caballería bactriana, había vuelto a Areia, mientras Bessus había enviado a su caballería más al oeste y nombrado un nuevo sátrapa de Partia, cortando las comunicaciones entre Alejandro y Babilonia. Esta situación obligó a Alejandro a dividir su ejército antes de partir hacia el Hindu Kush: Además de dejar 4.000 infantes y 6.000 jinetes para pacificar Aracosia, envió a su general Egidio con una numerosa fuerza de caballería hacia Areia.

Las siguientes etapas del avance de Alejandro constituirán una auténtica epopeya. Teóricamente, las fechas escogidas para iniciar la marcha, al inicio de la primavera, eran las apropiadas. Sin embargo, la suerte no acompañó esta vez a Alejandro y los macedonios hubieron de enfrentarse a un clima mucho más duro del esperado. Además, por los motivos que fueran, la ruta escogida para alcanzar el valle del río Kabul, no fue la más adecuada. Alejandro optó por avanzar más al este de lo que hubiera sido aconsejable, incrementando así las penalidades de una marcha que, de haberse retrasado un par de semanas o haberse realizado siguiendo la vía natural a través de Qalat y Gazni, hubiera sido mucho menos penosa.

La crónica de Curtius sobre esta etapa es suficientemente elocuente:

Alejandro se adentró con su ejército en el territorio de una tribu escasamente conocida incluso para sus vecinos, ya que no mantenía relaciones comerciales. Conocida como Parapamisadas, era una tribu muy atrasada, extremadamente incivilizada incluso para los bárbaros, con un carácter endurecido por la dureza del entorno... debido a la ausencia de madera en la zona sus chozas estaban construidas de barro desde sus cimientos... de hecho, la capa de nieve es tan gruesa y tan endurecida por el hielo, casi permanente, que no es posible encontrar ni pájaros ni rastro de ningún otro animal salvaje.

Aislado en esta área, carente de cualquier presencia humana, el ejército tuvo que sufrir todas las penalidades imaginables: falta de provisiones, frío, cansancio, desesperación. El frío de la nieve, algo sobre lo que carecían de experiencia, se cobró un buen número de vidas; entre el resto, causó un buen número de congelaciones de pies así como de cegueras. La nieve fue especialmente mortífera para los hombres que ya se encontraban agotados...

Los que consiguieron alcanzar las cabañas de los bárbaros, lograron recuperarse rápidamente... Sus habitantes nunca antes habían visto un extranjero y la súbita aparición de éstos les produjo un miedo casi mortal... el Rey hizo el recorrido a pie, ayudando a levantarse a los que estaban en el suelo y permitiendo que se apoyaran en su cuerpo a otros que necesitaban apoyo para mantenerse en pie. En ocasiones estaba al frente, mientras en otros momentos estaba en la retaguardia o en el centro, multiplicando para él mismo las penalidades de la marcha». (*Traducción realizada por el autor de la versión inglesa de Stephen Tanner. Op. cit.*).

La identidad de los Parapamisidas es todavía un enigma. Arriano, sin mucha base para ello, los describe como indios, pero si el dato proporcionado por Curtius sobre su aislamiento es cierto, podríamos más bien pensar que se trataba de aborígenes de las montañas hoy conocidas como Cordillera Suleimán o Montes Blancos no culturizados ni por indios, ni por iranos.

Finalmente, la penosa travesía finalizó y el ejército macedonio encontró descanso en el fértil valle del Kabul, con sus cosechas en plena maduración. Sin embargo, desde el valle podía apreciarse el próximo reto al que se enfrentaban: la cordillera del Hindu Kush, que se interponía como una muralla entre ellos y la Bactria de Bessus. Los griegos pensaron que esta cadena montañosa era el Cáucaso, que según ellos se prolongaría desde el Monte Taurus en

Asia Menor hasta la India. Según algunos historiadores, llegados a este punto, los macedonios estarían completamente perdidos, sin ser conscientes de cuán lejos de su patria se encontraban. Esa sería posiblemente la sensación que tendrían muchos de los macedonios, pero la realidad es que desconocemos si Alejandro, que había contado con los mejores geógrafos de la época, era consciente en esos momentos de su ubicación. Lo único que parece que tenía claro es que las provincias más orientales del Imperio eran la llave para conquistar su próximo objetivo, la India. Y que poco más allá se encontraba el Océano, el fin del mundo. Identificar el Hindu Kush con el Cáucaso serviría posiblemente a Alejandro para calmar a sus inquietos hombres, que se sentirían así menos lejos de Europa. A los pies del Hindu Kush, Alejandro fundó Alejandría-en-el-Cáucaso, cerca del actual Bagram, quizá en el mismo lugar en el que los persas fundaron Kapisa o Kanisa ⁴.

Recuperados y reabastecidos, los hombres de Alejandro se encaminaron hacia el siguiente reto, atravesar el Hindu Kush en dirección a Bactria. Se calcula que las fuerzas que acompañaron a Alejandro en esta etapa sumarían unos 64.000 hombres, incluidos unos 10.000 jinetes. A ellos habría que añadir no menos de

4. Alejandro fue uno de los grandes fundadores de ciudades de la historia, pasando de veinte el número de sus fundaciones (Plutarco las hace llegar a setenta), unas cuantas de ellas en Afganistán. Tenía dos razones para ello: la primera, la necesidad de contar con guarniciones autosuficientes que garantizaran el control de las zonas que iba dejando a su espalda. En segundo lugar, cada cierto tiempo, necesitaba dejar sobre el terreno a quienes, heridos, enfermos o agotados, ya no podían seguir al ejército en su avance. El ejército macedonio era muy móvil y carecía de la capacidad de transportar grandes números de heridos y enfermos. En el caso de Alejandría-en-el-Cáucaso podemos suponer que un número significativo de sus moradores iniciales lo constituirían los que habían sufrido congelaciones al atravesar la Cordillera Suleimán. Cuando no había un número importante de heridos y enfermos, como ocurrió en Aracosia, Alejandro asignaba una guarnición de griegos, manteniendo consigo a su elite de macedonios. Mientras atravesaron zonas pobladas, no hubo necesidad de crear ciudades, pero al adentrarse en las inhóspitas tierras del oriente del Imperio Persa su necesidad se fue haciendo patente por las dos razones ya citadas, siendo cada vez menor la distancia entre ellas, posiblemente debido al creciente cansancio de los soldados. En Afganistán, los arqueólogos aún buscan nuevas Alejandrías.

30.000 personas que seguirían al ejército en calidad de sirvientes, familiares y similares. Alejandro eligió para atravesar el Hindu Kush el paso de Khawak, el más oriental, para intentar alcanzar a Bessus por el flanco. El problema es que, a las penalidades de la travesía había que añadirle la posibilidad de que Bessus hubiera arrasado las tierras que se abrían al otro lado de los pasos. Aunque las fuerzas griegas iniciaran la marcha completamente aprovisionadas, tras los diecisiete días que supuso atravesar los desfiladeros de Khawak, llegaron a Bactria habiendo agotado todos sus víveres. Las primeras poblaciones bactrianas servirían de proveedores involuntarios al ejército griego. En esas condiciones, Alejandro llegó a Drapsaca (La actual Kunduz) virando hacia el oeste para llegar hasta la capital de Bessus: Bactria (Balkh).

No fue hasta este momento que Alejandro conoció la suerte del ejército que mandó a Areia a sofocar la rebelión de Satibarzanes. Las crónicas nos hablan de un encuentro épico propio de la época de la Ilíada y la Odisea. Según nos cuentan, ambos ejércitos se enfrentaron sin que ninguno pudiera imponerse al contrario. Finalmente, Satirbazanes, arrojando su casco, retó a los griegos, ofreciéndoles resolver la batalla con un combate singular entre él mismo y un campeón elegido por los griegos. Erigyus, el comandante griego, aceptó el reto, decidiendo ser él mismo quien se enfrentara al persa. El éxito le acompañó y, tras la muerte de su jefe, los persas rindieron sus armas permitiendo a Erigyus reunirse con Alejandro, al que entregó la cabeza de Satirbazanes.

Mientras, Bessus perdió la oportunidad de atacar a los griegos cuando, exhaustos, desembocaron en las llanuras de Bactria procedentes del Hindu Kush. En lugar de eso, huyó con lo mejor de su caballería cruzando el Oxus. Al lanzarse en su persecución, Alejandro iba a sufrir otro episodio dramático, motivado por su falta de conocimiento de la geografía afgana. Sin haberse preparado para ello, los macedonios se adentraron en la franja de desierto que se extiende entre las llanuras fértiles de Bactria y el Oxus. La travesía fue otra prueba de hierro para los agotados griegos que, según Arriano, tuvieron más bajas en esta travesía que en ninguna batalla anterior. Una vez alcanzado el Oxus Alejandro decidió licenciar a 900 veteranos macedonios, alentándoles a volver a casa y tener hijos. Se trata de una decisión que podemos considerar como normal; posiblemente se trataría de soldados ya poco aptos

para el combate por su edad o condiciones físicas, a los que se anticipaba la «jubilación». Más sorprendente es la decisión adoptada simultáneamente de licenciar a la caballería de Tesalia en bloque. Resulta chocante que, cuando iban a enfrentarse a un enemigo fundamentalmente montado, en las extensas llanuras que se extendían al norte del Oxus, Alejandro decidiera prescindir de su caballería de élite. Quizá la razón de esta decisión haya que encontrarla en la fidelidad de estos hombres hacia Parmenio. El trágico final del general podría haber creado cierto malestar entre los tesalios, es posible incluso que a oídos de Alejandro llegaran noticias de algún tipo de complot... el caso es que decidió prescindir de ellos sin que podamos saber a ciencia cierta las razones para ello.

El siguiente reto fue cruzar el Oxus para lo cual rellenaron tiendas con paja seca cosiéndolas de forma que resultaran impermeables. De esta forma el ejército logró cruzar el río en cinco días, preparándose para perseguir a Bessus a través de Sogdiana, región que viene a coincidir con las actuales Uzbekistán y Tayikistán. No fue necesario: dos nobles sogdianos, Spitamenes y Oxyartes entregaron a Bessus quien, tras una larga serie de torturas y humillaciones, fue ejecutado al estilo persa. Si los nobles sogdianos entregaron a Bessus pensando que con ello evitarían que el ejército de Alejandro entrara en sus dominios, erraron. Alejandro estaba dispuesto a dominar todas las tierras incluidas dentro de las fronteras del Imperio Persa en su momento de máximo esplendor y eso implicaba dominar las tierras entre el Oxus y el Jaxartes: Sogdiana. De forma que lejos de abandonar la zona, Alejandro se encaminó a la capital de Sogdiana, Maracanda (Samarcanda) y de allí al Jaxartes, considerado entonces el límite de las tierras civilizadas. Al norte de este río, el actual Sri Daria, habitaban las tribus nómadas escitas, frente a quienes Ciro había construido siete fortalezas apoyadas en el río. Más allá del territorio de los escitas muchos griegos pensaban que acababa el mundo y que sus cuerpos se irían desintegrando según se fueran adentrando.

En la parte suroeste del Valle de Fergana, en el banco sur del río Jaxartes, Alejandro fundó en agosto del 329 AC otra ciudad, Alejandría Eschate, *la lejana*, que corresponde a la actual ciudad de Kokan, en Tayikistán. No vamos a entretenernos en las campañas que Alejandro hubo de librar en Sogdiana contra Spitamenes,

que logró asociarse con algunas tribus escitas amenazando seriamente la posición de Alejandro y llegó a poner cerco a la misma Bakh. Basta saber que los macedonios lograron finalmente imponerse, sometiendo a las poblaciones de Sogdiana a castigos muy severos. Fueron finalmente los masagetas, aliados de Spitámenes los que entregaron a Alejandro la cabeza de éste.

Estamos en el año 327; Spitámenes y sus aliados han sido vencidos y dominados y en las filas macedonias crece el malestar por la orientalización de Alejandro que, además de vestir y comportarse como un persa, trata de imponer en su corte el protocolo imperial aqueménida. Esta actitud le enfrentará a parte de sus hombres y llegará a producir intentos de rebelión que serán severamente castigados por un Alejandro que, en esta fase de su vida, parece perder con frecuencia el control sobre sus propios actos. Es en este contexto cuando se produce el matrimonio de Alejandro con Roxanna. No es difícil descubrir las razones de este matrimonio, más allá de la legendaria belleza e inteligencia de la esposa. Con esta unión Alejandro reforzaba la alianza con la aristocracia bactriana a la vez que atendía a una necesidad vital: asegurar la pervivencia de su linaje. Alejandro tenía en aquel momento 29 años, edad que unida a las numerosas heridas que cubrían la totalidad de su cuerpo, aconsejaba ir atendiendo a esta necesidad.

El siguiente paso llevaría a Alejandro a su última conquista: India. Para ello, dejó en Bactria una guarnición de diez mil infantes y tres mil quinientos jinetes al mando de Amintas. Para reforzar su ejército tomó una decisión que, una vez más, despertó recelos entre sus veteranos macedonios: adiestró como infantes macedonios a treinta mil jóvenes bactrianos. El malestar de los veteranos por la orientalización de Alejandro se tradujo en otro complot contra su persona. Esta vez el detonante parece haber estado en la oposición de Calistenes, cabecilla del frustrado intento, a acceder a la introducción en la corte de Alejandro de la costumbre de la *proskynesis*, la reverencia tradicional ante los emperadores persas. Calistenes, que acabó ejecutado junto a un grupo de conspiradores, había sido el historiador oficial de Alejandro y uno de sus grandes apologetas. Una vez más, el resentimiento llegaba de quienes habían sido los más próximos a Alejandro en los primeros tiempos de su reinado.

Tras este incidente, Alejandro volvió a cruzar el Indu Kush. Esta vez sin presión enemiga. Esta vez, Alejandro elegiría posiblemente el camino más fácil, a través del Paso de Salang, donde siglos después los soviéticos construirían un famoso túnel para facilitar el sostenimiento desde el Norte de sus fuerzas desplegadas en Kabul. Atravesando Alejandría-en-el-Cáucaso, Alejandro entró en el valle del Indo, dividido en pequeños reinos tras haberse liberado del yugo persa. Allí le ofreció su sumisión el rey de Taxila quien, posiblemente, buscaba el apoyo de un gobernante lejano, a cambio de su apoyo contra su rival local, el rey Poros, que gobernaba más allá del río Yelum. La invasión de la India la cometió el ejército macedonio dividido en dos columnas. El grueso, mandado por Hefastión, avanzó a caballo del río Kabul entrando en las fértiles llanuras del actual Paquistán a través del Paso de Khyber. Alejandro, con la élite del ejército y las fuerzas ligeras, avanzó más al Norte, por el paso de Nhawak, atravesando el valle del Swat y Bajour donde fue reduciendo a las poblaciones locales hasta reunirse con el grueso de su ejército en las llanuras del Indo.

El río Yelum fue testigo de la última gran batalla de Alejandro que le enfrentó contra Poros. Una vez derrotado éste, los macedonios se negaron a proseguir el avance hacia el Este. Según los geógrafos griegos, sólo una estrecha franja de tierra separaba las tierras del Indo del océano que se extendía al Este. Sin embargo, una vez en la India, los griegos supieron por las fuentes locales que la distancia que les separaba del mar era aun enorme y oyeron hablar de las inaccesibles alturas del Tíbet. Todo ello, unido al cansancio acumulado durante años de campaña ininterrumpida, les llevó a desoír las exhortaciones de Alejandro, que aún soñaba con proseguir sus conquistas hacia el Este, pero que hubo de plegarse ante la firmeza de la postura de sus hombres e iniciar el repliegue, la vuelta a casa. Pero no abandonó del todo su deseo de conquista y, enviando un fuerte contingente al mando de Craterus a Arachosia, él mismo decidió regresar siguiendo la costa del Mar de Arabia, al sur de Afganistán. La travesía del desierto de Gedrosia, el actual Baluchistán, supuso la muerte de tres cuartas partes del ejército a causa del calor, el agotamiento y la deshidratación. Finalmente, Alejandro llegó a Babilonia, donde murió a los pocos años, mientras planeaba nuevas campañas de conquista: Arabia,

Cartago y las estepas del norte eran sus siguientes objetivos. Tenía tan sólo treinta y tres años.

EL REINO GRECO-BACTRIANO

La conquista por el ejército de Alejandro de las tierras que forman el actual Afganistán supuso que este rincón del mundo irrumpiera en los anales de la historia. Sin embargo, este brillo desaparecerá rápidamente tras la marcha de Alejandro y una especie de velo volverá a cubrir la historia de Afganistán, cuyos detalles a partir de este momento, parecen imposibles de descubrir. Y no es que la zona esté huérfana de acontecimientos. En los años posteriores a la muerte de Alejandro, Areia, Aracosia y Bactria fueron escenario de feroces guerras en las que intervinieron indios, escitas, persas y sucesivas hordas de nómadas de las estepas; pero ninguno de ellos nos ha dejado relatos tan detallados como los que dejaron los griegos, de forma que no nos es posible conocer los detalles de estas campañas. Arqueólogos y numismáticos son las únicas fuentes de las que disponemos para intentar reconstruir los detalles de este período histórico y, particularmente, la lenta agonía de la herencia helena en la zona⁵.

Inexplicablemente, Alejandro no estableció ningún criterio sobre su sucesión. Sus palabras en el lecho de muerte legando su Imperio «al más fuerte» no supusieron ninguna ayuda al respecto. Así las cosas, su muerte fue seguida por un período de veinte años de intrigas, asesinatos y enfrentamientos abiertos que dieron como fruto final la desaparición completa del linaje de los reyes de Macedonia y el reparto del Imperio entre los generales de Alejandro. Seleuco, uno de esos generales, se hizo con el control de los territorios centrales y orientales del antiguo Imperio Persa, gobernándolos desde Babilonia. Cuando Alejandro animó a sus hombres a contraer matrimonio con nobles persas, Seleuco hizo una elección curiosa: Apama, la hija de Spitamenes. A diferencia de otros griegos, Seleuco no repudió a su mujer y, finalmente, se hizo con la parte del león de la herencia de Alejandro. No sin

5. Los miles de monedas acuñadas por los greco-bactrianos han permitido a los historiadores reconstruir algunos detalles de su historia y sobre todo confirmar la pervivencia del reino a lo largo de tres siglos.

esfuerzo, ya que hubo de pelear para reconquistar gran parte de su territorio, lo que le ganó el sobrenombre de *Nicanor*, el conquistador.

Uno de los primeros problemas a los que tuvo que enfrentarse, una vez recuperado su territorio, fue mantener guarniciones en las lejanas guarniciones de Afganistán, donde los griegos dejados atrás por Alejandro no se sentían muy satisfechos con su situación e intentaban regresar a su tierra. Sabemos que en el 325 AC los trece mil griegos de guarnición en Bactria, en cuanto recibieron los primeros rumores sobre la muerte de Alejandro, intentaron abandonar la guarnición. Cuando Alejandro murió, se produjo una revuelta que tuvo que ser sofocada por la fuerza por Pérdicas. La solución de Seleuco consistió en un intento de helenización de la región, para lo que organizó un movimiento masivo de población desde Grecia hacia los límites orientales de su reino, en una de las empresas más asombrosas de los tiempos antiguos. Como pasaría años después en la América Hispana, las tierras del este estaban abiertas para todo aquél que tuviera el valor suficiente para afrontar el reto. De esta forma, las guarniciones se convirtieron en ciudades en las que los griegos actuaban como señores de la población nativa. Veinte años después, la colonia griega sufrió sus primeros embates, esta vez a manos de un ejército procedente de la India al mando del Rey Chandragupta Maurya que, tras arrasar las débiles guarniciones griegas del Punjab, cruzó los montes Suleimán enfrentándose a Seleuco. El conflicto acabó en un acuerdo según el cual, Seleuco cedía el control del sur de Afganistán, hasta cerca de Alejandría-en-Aracosia, que quedaba bajo control griego. A cambio, Seleuco recibió quinientos elefantes, que le serían de mucha utilidad en sus combates en el oeste⁶.

El final de estas cruentas guerras de sucesión fue, nuevamente, digno de la más castiza tradición griega. El último acto lo

6. Antígono, que había heredado de Alejandro Siria y Asia Menor, intentó reunificar el Imperio, enfrentándose en la batalla de Ipsos con Lisímaco de Tracia y Seleuco (301 AC). Parece que en esta batalla, los elefantes de este último fueron decisivos a la hora de derrotar a Antígono: su carga desbarató las falanges griegas y puso en fuga a la caballería. Según las crónicas, de los más de 75.000 hombres de Antígono, sólo 8.000 sobrevivieron a la larga persecución que siguió a la batalla.

protagonizaron los veteranos Seleuco y Lisímaco que, con cerca ya de ochenta años, se enfrentaron en combate singular antes la mirada atenta de sus respectivos ejércitos, para decidir la suerte de la guerra. Seleuco se alzó con la victoria, aunque poco le duraron los laureles: Al poco moría, dejando el imperio Alejandrino dividido en tres reinos: Grecia, Egipto y Asia, que incluía, además del antiguo Imperio Persa, Siria, Asia Menor y Palestina.

Mientras tanto, en Afganistán, el Imperio Mauriano había proseguido su expansión, llegando hasta los pies del Hindu Kush e incluyendo bajo su dominio las áreas de Kandahar, Kabul y Gazni. Bajo Chandragupta y su hijo Bindusara, el Brahmanismo se extendió por todo el subcontinente indio. Sin embargo, Asoka, hijo y sucesor de Bindusara cambiaría las cosas. Tras el terrible cerco de Kalinga (La moderna Orisa en el sur de la India) en el que su ejército forzó al exilio a más de 150.000 de sus habitantes y esclavizó a cerca de 100.000, Kalinga sufrió una crisis moral que le llevó a convertirse al Budismo. Tras su conversión, Asoka se lanzó a una campaña de evangelización, defendiendo el respeto por todo tipo de vida y plagando el imperio de los denominados «Pilares de Moralidad», columnas de piedra con mensajes morales esculpidos. Algunos de ellos, escritos en sánscrito, griego y persa, han aparecido en Afganistán. Asoka es aun recordado como uno de los grandes apóstoles del Budismo, que usó su poder institucional para difundir un mensaje que, hasta entonces, sólo se había extendido de forma oral. Sin embargo, su Imperio no sobrevivió a su muerte, comenzando una lenta decadencia acelerada por las continuas guerras que le enfrentaron con sus vecinos.

El imperio seleúcida, por su parte, comenzó a perder el control sobre sus territorios orientales hacia el 250 AC, cuando los partos, un pueblo de las estepas emparentado con los escitas, procedente de la zona del sur del Caspio, comenzaron a descender hacia Persia, interponiéndose entre Babilonia y Bactria. La presencia de los partos, que irían extendiéndose paulatinamente por las planicies del actual Irán, impediría el uso de las rutas que unían Bactria con la metrópoli sin que los seleúcidas, demasiado ocupados con sus enfrentamientos en el oeste, pudieran ejercer un poder real en esta otra dirección. Diodoro, sátrapa de Bactria, aprovechó esta oportunidad y espoleado por sus enfrentamientos con los seleúcidas, decidió crear un reino greco-bactriano

independiente. Su hijo, Diodoro II lo consiguió plenamente, inaugurando un misterioso reino que perduraría durante tres siglos completamente aislado del resto del mundo heleno. Conseguida la independencia efectiva, el hijo y sucesor de Diodoro II, Eutidemos, se dedicó a afianzar su dominio, recuperando Areia y realizando una expedición punitiva contra los escitas que le llevó hasta la provincia china de Sinkiang.

Sin embargo, los seleúcidas no habían desaparecido completamente de la escena. En el 209 AC Antíoco III «El Grande» trató de repetir la campaña de Alejandro, atravesando Partia arrasó Areia y Aracosia y cruzó el Hindu Kush llegando a Bactria. Sin embargo, el enfrentamiento directo entre los dos ejércitos hermanos finalmente no se produjo. Antíoco y Eutidemos y llegaron a un acuerdo que implicaba una defensa conjunta del helenismo, especialmente frente a los partos. Este acuerdo implicaba un reconocimiento implícito de la independencia de Bactria. Posiblemente, la campaña demostró a Antíoco la imposibilidad de mantener ningún tipo de control efectivo sobre los gobernantes de Bactria y decidió plegarse a la realidad: mejor un aliado en la retaguardia parta que un vasallo rebelde en una región tan inaccesible. Tras regresar a Babilonia se centró, con éxito, en ampliar sus territorios hacia el oeste, a expensas de Egipto. Mientras tanto, a orillas del Mediterráneo surgía un nuevo poder, Roma, que acabaría por someter a los griegos en las Termópilas (191 AC) y extender su poder hacia Palestina, derrotando al ejército Seleúcida. Tras ello, los griegos de oriente quedaron más aislados que nunca.

Pese a ello, el reino bactriano demostró un dinamismo sorprendente. No sólo recuperó Aracosia, devolviendo la totalidad de Afganistán al helenismo, sino que, aprovechando la debilidad de los maurianos, llegó a atravesar el paso de Khyber y ocupar Gandara. En años posteriores, los griegos cruzaron el Indus y llegaron hasta Patna, la capital mauriana a orillas del Ganges. En este momento, el reino greco-bactriano se extendía desde Merv, en el actual Turquestán, hasta Taxila, en Paquistán. Esta época de esplendor se asocia con el nombre del rey Menader, pero no persistió a su muerte, que fue seguida de una división de los griegos en facciones que, según parece deducirse de las noticias que nos aportan las monedas de la época, llevaron a una era de aguda inestabilidad: el estudio de las monedas de la época nos muestra

épocas en las que, en catorce años, se suceden cuarenta reyes. El último del cual conocemos el nombre, gracias a las monedas acuñadas en su nombre, es Hermaeus, que sucedió a su padre Amyntas el año 40 AC. Poco después, dejamos de encontrar monedas acuñadas por los reyes griegos de Bactria y la región desaparece de la historia por un largo período.

El final del reino greco-bactriano comenzó a escribirse unos años antes, muy lejos de Afganistán, en las estepas de Mongolia y Siberia, donde se había formado una poderosa confederación de tribus conocida como Kushán⁷. Por causas no completamente claras, los Kushán comenzaron a desplazarse hacia el Suroeste. Este movimiento tuvo un efecto inesperado en Afganistán: hacia el 130 AC los escitas, empujados por los Kushán, comenzaron a cruzar en masa el Jaxartes y el Oxus. Inicialmente se desplazaron hacia el suroeste, hacia el actual Irán, pero sus primos partos lograron detenerlos, lo que les forzó a cambiar su rumbo hacia el sur, atravesando Ariana y asentándose en Drangiana, a la que rebautizaron como Sajastán, hoy Sistán. De allí se extendieron hasta Kandahar y hacia la India, barriendo a su paso al reino greco-bactriano. No conocemos los detalles de la lucha entre escitas y greco-bactrianos. Tampoco sabemos cuál fue la actitud de los bactrianos ante la invasión de los escitas, pero lo que sí sabemos es que el sueño de crear una sociedad mixta, mezclando las raíces griegas y persas, fue rápidamente abandonado por los griegos de bactriana que, en cuanto Alejandro pasó a la historia, volvieron a recuperar las costumbres griegas, creando una sociedad dividida entre una élite griega dominante y una mayoría nativa sometida. Ante esta realidad, es difícil saber cuál sería la reacción de la población sometida respecto a sus dominadores y ante la llegada de los nuevos conquistadores.

Durante siglos perduró la duda de si los griegos habían mantenido en Bactria el helenismo o se habían diluido, culturalmente hablando, entre la población de la zona. La práctica ausencia de restos arqueológicos dejaba la puerta abierta a todo tipo de espe-

7. La presión de los Kushán hacia el sur, frente al Imperio Chino, está en el origen de la Gran Muralla China, construida a partir del 214 AC para contenerlos.

culaciones, pero no permitía sostener ninguna de ellas. El hecho de que el material preponderante utilizado en la construcción en aquella zona fueran los ladrillos de barro cocido permite comprender la práctica ausencia de restos arqueológicos; de hecho, si no hubiera sido por las numerosas monedas que nos han permitido seguir su rastro, dudaríamos incluso de la pervivencia de un reino heleno en Bactria tras la partida de Alejandro. Sin embargo, en 1963, una expedición francesa logró el sueño de todo arqueólogo: encontrar «la ciudad perdida». A orillas del alto Amu Daria se descubrieron los restos de Ali Kanum, en uzbeko, La Ciudad de la Luna. Posiblemente se trataba de la Alejandría-en-el-Oxus de Alejandro. En cualquier caso era una clásica ciudad griega, con todos sus detalles: entre columnas de estilo corintio pudo identificarse el gimnasio, los mausoleos de los héroes, el templo de Zeus,... e incluso un precepto tomado del Oráculo de Delfos: *«En la infancia decoro; en la juventud, auto-control; en la madurez, justicia; en la vejez, sabios consejos; en la muerte, ausencia de dolor* ». La ciudad, destruida por un fuego el siglo II AC es la prueba palpable de que los griegos que quedaron en Bactria permanecieron fieles a su cultura hasta el final.

Hay incluso quienes sostienen que la herencia helena a llegado mucho más allá y consideran a los habitantes de Nuristán, el País de la Luz, los descendientes directos de los conquistadores griegos. La presencia de palabras de origen Indo-ario, la religión que hasta hace prácticamente un siglo practicaban y que los convirtió en una isla pagana en medio de un mar musulmán, en los tiempos en que su reino era conocido como Kafiristán, el País de los Infieles, unido a una evidente dosis de romanticismo, llevaron a muchos a abrazar esta teoría, según la cual, ante el empuje de los pueblos invasores, apoyados quizá por los propios súbditos nativos de los griegos, éstos se vería obligados a huir a los rincones más inaccesibles de su reino, a las montañas de Nuristán, donde su cultura se mantendría durante siglos prácticamente aislada de influencias extrañas. Aunque sugerente, esta teoría no parece contar con una base científica seria; los nuristanis no serían en realidad sino los últimos supervivientes de los pueblos arios que habitaron aquellas tierras y que fueron siendo desplazados a las montañas más inhóspitas por las sucesivas invasiones que sufrió la región.

LOS IMPERIOS ASIATICOS EN AFGANISTAN

El dominio de los escitas sobre el actual Afganistán perduró un siglo, hasta el momento en que sus parientes los partos, liberados de la amenaza romana, volvieron su atención al Este y decidieron recuperar sus antiguos dominios. Es probable que no opusieran una seria resistencia al enorme poderío desplegado por Mitrídates II y se sometieran sin combatir, lo que ayudaría a explicar que los partos, una vez controlado el país, mantuvieran en sus puestos a los gobernadores escitas. Los escitas, según Herodoto la primera amenaza real para la Civilización, se desvanecieron poco a poco como nación, pero no desaparecieron sin dejar rastro. Al sur del Hindu Kush, a los largo de la Cordillera Suleimán y los Montes Blancos, a caballo entre los actuales Afganistán y Paquistán, dejaron como herencia un pueblo rudo y guerrero, de hombres de rostro oscuro y anguloso que hablan un idioma de origen ario con influencias del indio, el persa y el arameo: los pastunes o patanes.

Mirídates estableció su capital en Taxila, a orillas del Indo, pero el dominio parto fue breve. Hacia el año 30 de nuestra era, los Kushan alcanzaban el Oxus desde el norte y hacia el año 60 ya dominaban el valle del Kabul. Poco se sabe del origen de este pueblo, salvo que era de raza caucásica y hablaba una lengua de tipo iranio, como la mayor parte de los conquistadores de esta tierra. Hasta el año 225 reinaron en un imperio que se extendía desde el mar de Arabia hasta el Ganges y, aunque sabemos poco de su historia, debido a que no conocían la escritura, sabemos que dejaron dos legados muy valiosos. El primero fue la apertura de la Ruta de la Seda que bajo su dominio enlazó comercialmente por primera vez China con Europa. La segunda fue la expansión y reforma del Budismo; con ellos se extendió por la India y Afganistán dejando un gran legado artístico y una versión renovada del Budismo, el Mahayana, que se extendió además por China y Japón. Bajo su dominación, tolerante con las costumbres de sus súbditos, podemos imaginar que en los ricos valles de Afganistán la población toleraría de mala gana a una nueva horda de invasores bárbaros mientras en las montañas, las tribus de pastores nómadas continuarían sin ser sometidas.

Mientras tanto, hacia el 225 DC, un persa llamado Ardashir, autoproclamado descendiente de los aqueménidas y seguidor de

Zoroastro, acababa con el último decadente rey Parto e iniciaba la hégira de la monarquía sasánida, cuyo primer objetivo fue recuperar hacia el este los territorios del antiguo Imperio Persa. Los ejércitos sasánidas derrotaron a los kushánidas y llevaron la frontera del Imperio hasta el Indo, ocupando la práctica totalidad del actual Afganistán, a excepción de una pequeña franja al norte donde sobrevivió un pequeño reino Kushán. Pero el Imperio sasánida iba a ser barrido por algo parecido a una fuerza de la naturaleza: los hunos blancos o heftalitas. Poco se sabe del origen étnico de este grupo procedente de las estepas de Asia Central, pero el hecho es que en el siglo IV DC irrumpieron en el Imperio Sasánida precisamente por Afganistán, que pagó un alto precio por ser para los hunos la vía natural para ir más allá del Himalaya.

La irrupción de los hunos en Afganistán supuso un trauma cuyas consecuencias perdurarían por siglos. Su salvajismo y violencia, incluso su aspecto físico, superaban todo lo visto hasta el momento. Inicialmente, los hunos invadieron el país arrasando todo lo que encontraron a su paso, sin preocuparse por hacerse con riqueza o poder. A esta oleada inicial parece que hay que atribuir la desaparición definitiva de los ariaspianos, los benefactores que ayudaron a Ciro tras su travesía por el desierto. Los pueblos sedentarios de Afganistán llevaron la peor parte en esta invasión, mientras los montañeses fueron «respetados» por los hunos, bien por su incapacidad por luchar en terreno montañoso, bien por su falta de interés por ellos. De esta forma fue afianzándose una de las características de Afganistán que marcarán a este país a lo largo de su historia: la debilidad del elemento urbano y más civilizado frente a la mayor persistencia del elemento rural, tribal y menos evolucionado culturalmente. Como suele ocurrir con los pueblos bárbaros que entran en contacto con la civilización, tras una fase inicial de destrucción, los hunos comenzaron a valorar la cultura de los pueblos conquistados y a incorporar algunos elementos de ella. Sin embargo, la aculturación fue superficial: siguieron siendo un pueblo nómada, cuyos reyes gobernaban el país desde campamento móviles de tiendas y sólo llegaron a aprender los rudimentos mínimos de la escritura. Paralelamente, aunque inicialmente mostraron hostilidad hacia el budismo, finalmente se mostraron tolerantes con esta religión que, bajo su dominio, floreció en Bamiyán donde, en los siglos III y V se

construyeron las gigantescas estatuas que acabarían destruyendo los talibán.

Hubo que esperar hasta el siglo VI para que los persas se sintieran con fuerzas para abordar la reconquista de Afganistán. Para ello contaron con un aliado excepcional, un pueblo de origen turco situado al norte del Oxus, con la hija de cuyo rey se casó el rey persa Cosroes. Finalmente, el reino huno fue derrotado por una атаque en piza lanzado simultáneamente desde Persia y desde el norte del Oxus, posiblemente con la ayuda de algunos potentados y tribus afganos, hartos de la dominación huna. Tras esta derrota, los hunos desaparecen de la historia de Afganistán, aunque su herencia racial puede rastrearse aún en algunas de las tribus que pueden demostrar la pervivencia de grupos tribales hunos en el Afganistán que siguió a la conquista sasánida.

LA ISLAMIZACIÓN DE AFGANISTÁN

Pero quedaban por llegar los invasores que de una manera más duradera marcarían el futuro de Afganistán: los árabes, portadores de una nueva fe que iba a cambiar el futuro de gran parte de Asia y África. El año 632 el Profeta Mahoma había ascendido a los cielos desde Jerusalén. Para entonces, los persas eran conscientes de que era inminente un ataque de los árabes recién islamizados a su territorio así que, según las crónicas, prepararon un ejército de 100.000 hombres acompañados de elefantes. Contra todo pronóstico, tras tres días de combate, los árabes, inferiores en número e inicialmente impresionados por los elefantes, lograron finalmente imponerse a los persas en Qasidiya, en el actual Irak. Ese mismo año derrotaron a un segundo ejército sasánida en Jalula hasta que, finalmente, el rey persa Yazdegerd fue derrotado en Nihawand, al Sur de Hamadan. Su ejército fue destruido y él mismo, refugiado en las montañas, fue capturado y ejecutado⁸.

8. Las razones de la rápida expansión del Islam desde la Península Arábiga hay que encontrarla en la necesidad que un nuevo estado tenía de una ideología que aglutinara a la población urbana y a las tribus nómadas. La urbanización en La Meca y en Medina había conducido a una división en clases sociales que había debilitado a las tribus y que exigía un nuevo marco jurídico y social. El Islam se lo proporción. La extrema debilidad de los imperios bizantino y persa, derivada

A finales del siglo VII, los árabes irrumpieron en Afganistán por dos direcciones: una columna apareció por Sistán, conquistando Kandahar, mientras otra irrumpía más al Norte haciéndose con Herat y Balkh, ciudad natal del zoroastrismo y sede a la sazón de cientos de monasterios budistas. Desde Kandahar una columna llegó hasta Kabul, donde se limitaron a dejar una pequeña guarnición y un recaudador de impuestos. Afganistán no se sometió inmediatamente al Islam. Durante décadas, las tribus se mantuvieron fieles al zoroastrismo, budismo o chamanismo que habían venido practicando con anterioridad, pero por fuerza o por convencimiento, fueron gradualmente convirtiéndose a la nueva fe⁹. Un factor que sin duda facilitó este proceso fue el período de paz y florecimiento cultural que el Islam vivió en aquellos años bajo los abasidas. Herat, Balkh, Bojara y Samarcanda, se convirtieron en ricas ciudades llenas de mezquitas y palacios donde florecieron la poesía y las bellas artes en general.

A mediados del siglo IX, la decadencia de los sasánidas permitió a un pueblo de origen turco establecer un reino independiente en Transoxiana, con capital en Bojara. Los Samánidas, así se llamaban, realizaron desde allí *razzias* que llegaron hasta la India y Bagdad. En 977 un esclavo llamado Alptigin intentó derrocar a los Samánidas, pero fracasó, teniendo que huir hacia Gazni donde fundó el reino que, precisamente por tener la capital en esta ciudad, se llamó de los gaznávidas, fervientes musulmanes que pronto expandieron su poder y su religión por todo Afganistán. Finalmente desplazaron a los Samánidas al norte del Oxus y extendieron su poder hasta el mismo Mar Caspio. En 998 llegó al trono el tercer Gaznávida, Mahmud, el más grande de la dinas-

de la división entre clases y religiones, así como de las continuas guerras, ayudó a su expansión, una vez que se consolidó en Arabia. Los primeros musulmanes, lanzados a la Yihad, no pretendieron convertir a los pueblos conquistados; inicialmente, parece que ni se planteaban la posibilidad de que los no árabes abrazaran la nueva religión. La tolerancia a la que ello condujo les atrajo el apoyo de muchos grupos cristianos de Siria y Egipto, considerados como herejes por Bizancio.

9. El hecho de que el Islam establezca impuestos especiales para los no musulmanes ha actuado siempre como un aliciente importante en la conversión de las comunidades dominadas por los musulmanes.

tía. Condujo hasta diecisiete expediciones contra la India donde el furor iconoclasta del Islam unido al instinto predador de los nómadas del norte se conjugaron para arrasar templos y saquear ciudades. El botín convirtió a Gazni en una ciudad esplendorosa en lo monumental y en lo cultural, lo que ha permitido que en el año 2013 fuera elegida como una de las capitales de la cultura musulmana. Aunque el imperio Gaznávida no puede considerarse como indígena de Afganistán, jugó un papel muy importante a la hora de unificar su territorio a través del Islam; además, expulsó definitivamente a los pueblos de origen hindú de Afganistán. A la muerte de Mahmud en 1030, sus sucesores se orientaron hacia el Este, desplazando su capital a Lahore.

El final del imperio Gaznávida presenta una particularidad interesante: no fue desplazado por un renacimiento del poder persa o hindú, ni por una nueva oleada de pueblos nómadas de las estepas de Asia Central; los gaznávidas fueron desplazados por un pueblo de origen misterioso surgido en los remotos valles del centro de Afganistán, los góridas, originarios de la zona en la que se encuentra actualmente la provincia de Ghor. Los historiadores dudan sobre su origen, aunque bien podría tratarse de grupos de kushanes o eftalitas que habrían sobrevivido refugiados en las montañas. El caso es que, desde su capital inicial en Ghor salieron de las montañas y desplazaron su centro de poder a Herat, para finalmente arrasar Gazni, el centro del poder en ese momento en Afganistán. Derrotados los gaznávidas, los góridas ocuparon su puesto en Afganistán, quedando aquellos relegados a la parte hindú de su territorio.

Una vez más, su poder iba a ser efímero. Esta vez la amenaza procedía del norte, de otra expansión de pueblos turcos que acabaría tanto con los góridas como con el poder real de los califas de Bagdad. Los seleúcidas en el oeste y los corasmios en el Este redujeron al califa, al Príncipe de los Creyentes, a un papel meramente espiritual, mientras el Islam quedaba dividido en dos centros de poder, con capitales respectivas en Samarcanda y Estambul. Los corasmios, finalizada la completa conquista de Afganistán en 1215, actuaron como puente comercial entre China y Europa, logrando con ello una riqueza considerable. El imperio Corasmio consistía en una población mayoritariamente persa o persianizada dominada por una élite militar de origen turco. De

la misma manera que, al oeste, en grandes zonas del imperio Seleúcida, la minoría turca dominaba sobre mayorías cristianas o árabes. Pero una vez más, al norte se estaba fraguando una fuerza que acabaría con reinos e imperios; y esta vez su poder de destrucción sería tan brutal, que sus efectos se han hecho sentir hasta hoy: los mogoles.

LOS MOGOLES

Estamos acostumbrados a oír decir de Atila que por donde él pasaba no volvía a crecer la hierba. La realidad es que por donde Atila pasó, la destrucción que dejó fue pasajera. No puede decirse lo mismo de los mogoles que, procedentes de Asia Central, en el siglo XIII llegaron a dominar la práctica totalidad de Asia, desde Oriente Medio hasta India y China, incluyendo la Rusia europea. En Afganistán, su huella ha sido imborrable. Los mogoles asolaron el país, sin ninguna intención de dominarlo, dedicándose a destruir de manera sistemática pueblos y ciudades, de una forma tan meticulosa, que grandes partes de los actuales Irán y Afganistán no volvieron a recuperarse jamás. Esta destrucción no respondía a una ferocidad irracional, tampoco el desprecio de los mogoles a la forma de vida sedentaria explica esta actitud, que tiene una explicación más racional: aniquilando las poblaciones que encontraban a su paso, pretendían evitar que quedaran a retaguardia enemigos potenciales; era una cuestión de seguridad. Además, el terror se utilizaba como arma de guerra: las noticias sobre la ferocidad de los mogoles les precedían y aterrorizaban a sus siguientes víctimas que, en muchos casos, preferían no oponer resistencia a lo que se veía como una auténtica fuerza de la naturaleza.

Hijo de Yesugei, jefe de la tribu mongol de los kiutes, asentada en el suroeste del lago Baikal, y de la favorita de éste Oelon-Eke ('Madre Nube'), Gengis Kan fue capaz de aglutinar en torno suyo a las numerosas tribus nómadas mongolas que habitaban las estepas del Asia Central y crear uno de los más grandes imperios terrestres de la historia, con el que pudo lanzar un impresionante ataque contra el mundo civilizado, en especial contra el Imperio chino, secular enemigo de tártaros y mongoles. Kan demostró poseer unas excelentes dotes militares y grandes cualidades como

organizador, con las que fue capaz de extender su Imperio desde el Tíbet hasta los confines de la taiga siberiana y desde las inmediaciones del Danubio hasta la península coreana.

Inicialmente, la intención de Gengis Kan no pasaba de conquistar las estepas de Asia Central y China. Alcanzado este objetivo, entró en contacto con los corasmios, con los que inició un floreciente comercio. Ambos poderes intercambiaron embajadas y acordaron repartirse «el mundo». En principio, nada hace pensar que Gengis tuviera intención de invadir el reino de Muhamad II. Éste, sin embargo, siempre desconfió de las intenciones de los mogoles. Es evidente que muchos de los comerciantes mogoles que penetraban en sus dominios eran de hecho espías, como lo eran muchos de los corasmios que viajaban al norte del Jaxartes. El caso es que un incidente menor, relacionado con el apresamiento y ejecución de unos comerciantes mogoles acusados de espionaje provocó la invasión. En 1219 los mogoles estaban frente al Sir Darya con un ejército de entre 90.000 y 200.000 hombres, según las fuentes, acompañados de ingenieros chinos expertos en técnicas de asedio. Frente a ellos, Muhamad contaba con cerca de 400.000 hombres, pero dispersos a lo largo y ancho de un imperio que debía proteger. En 1220 caía Bojara, poco después Samarcanda forzando la huida de Muhamad a Balkh primero y a Nisapur después. La huida del rey hacia Occidente traería la ruina a millones de personas. Una vez más, no parece que fuera la intención de los mogoles continuar su avance hacia el oeste, pero un ejército mogol salió en persecución de Muhamad, que murió finalmente enfermo en una isla del Caspio. Sus perseguidores, sin embargo, solicitaron la autorización de Gengis Kan para seguir más adelante. Obtenida la autorización, continuaron su avance a sangre y fuego hasta la misma Crimea.

En 1221 el propio Gengis cruzaba el Amu Daria hacia Balkh, que se rindió sin combatir, sin evitar con ello un cruento castigo. Tras la capital, los mogoles asolaron todo el reino al norte del Hindu Kush, mientras Jala-al-Din, hijo de Muhamad, reunía a sus fieles en Gazni. Otra mala pasada para los habitantes de una zona que posiblemente no hubiera atraído a los mogoles en otras circunstancias. En esta ciudad, Jalal-al-Din reunió junto a sus hombres a las tribus de las montañas, plantando cara a los mogoles en Parwan, ciudad en la que los mogoles sufrieron su primera

y última derrota. Sin embargo, nada se consiguió con ello. Un segundo ejército cruzó el Hindu Kush, arrasando Bamyán a su paso. Finalmente Jala-al-Din fue derrotado y forzado a huir al Este, a las tierras del Indo, zona en la que los mogoles rehusaron permanecer por lo inadecuado del clima para su estilo de vida. Mientras tanto, la derrota mogola en Parwan había estimulado revueltas contra los mogoles en Herat y Balkh, provocando que los mogoles redujeran ambas ciudades a cenizas.

Aún hoy en Afganistán y el oeste de Irán son frecuentes los montículos que no son sino restos de poblaciones arrasadas por los mogoles. Los hombres perecieron, las ciudades fueron arrasadas hasta los cimientos y las tierras de labor vieron como sus sistemas de regadío, mejorados durante siglos, eran destruidos de forma definitiva. Tras ellos, el desierto conquistó lo que habían sido hasta entonces prósperas ciudades y fértiles valles. Merv, la ciudad de «Las mil y una noches», Balkh, «La madre de todas las ciudades» nunca fueron capaces de recobrar su pasado esplendor. Bamyán fue destruida hasta los cimientos; no sólo las personas, hasta perros y gatos fueron exterminados y Gengis Kan prohibió que nadie volviera a vivir en ella; la misma suerte siguió Balkh tras rebelarse y ser sometida por segunda vez. Las crónicas chinas escritas pocos años después, hablan de ruinas habitadas tan sólo por perros y gatos. Desde entonces es poco más que una aldea, interesante sólo para los arqueólogos. Sólo Herat, asentada en un fértil valle que ni los mogoles pudieron hacer estéril, lograría en el futuro recuperar algo de su esplendor.

La absoluta destrucción de la vida urbana y sedentaria en Afganistán consolidó de manera definitiva una tendencia que ha pervivido hasta hoy: el predominio de los pueblos seminómadas de las montañas sobre las poblaciones sedentarias de los valles, más cultas y desarrolladas, pero más expuestas también a la furia de los pueblo invasores. Afganistán ya nunca volverá a ser un reino en el que predominen ricas ciudades, será para siempre un territorio predominantemente rural, incluso nómada, en el que las tribus de las montañas, belicosas y poco desarrolladas culturalmente, asumirán el protagonismo. La destrucción de Gazni tuvo consecuencias particularmente importantes en este sentido. Hasta ese momento había sido, aparte del centro cultural de la región, el nudo comercial entre la India y Persia. La desaparición de este

centro de poder, dejó las rutas comerciales a merced de señores locales y tribus de las montañas, que lo mismo imponían peajes que directamente asaltaban las caravanas, sin estar sometidos a ningún poder superior.

Mientras Gengis Kan combatía con Jala-al-Din a orillas del Indo, su tren de bagajes era objeto de repetidos saqueos por parte de las tribus de las montañas al norte del Hindu Kush. Las señas de identidad que marcarán la idiosincrasia afgana van haciéndose patentes. Posiblemente esta fuera la causa de que los mogoles decidieran finalmente dejar guarniciones permanentes en las tierras altas del centro del país, en las laderas del Hindu Kush. A los descendientes de estos mogoles se les denominó «*hazat*», traducción persa del término mogol «*ming*», millar, denominación de las unidades de un millar de hombres que formaban los *tumen*, las grandes unidades que componían los ejércitos mogoles. Los actuales hazaras son los descendientes de estas guarniciones mogolas.

En el transcurso del invierno de 1226, Gengis Kan inició una campaña hacia el este que debía conducir a la conquista de toda la China. La campaña se desarrolló de un modo favorable, pero en un determinado momento, cuando todo hacía prever la inminente caída del reino chino, Gengis Kan ordenó parar la marcha. El gran jefe mongol, que siempre había gozado de una salud de hierro, a veces tenida por sobrenatural, advirtió por puro instinto la proximidad de su muerte. Antes de producirse ésta resolvió el problema de su sucesión, dividiendo su Imperio entre sus cuatro hijos: al primogénito Yuri le correspondieron las estepas del Aral y del Caspio; para Yagatay fue la región entre Samarkanda y Tufán; al tercero, Ogodai, le correspondió la región situada al este del lago Baikal; mientras que al cuarto, Tuli, le cedió todos los territorios originarias de la familia, cerca del río Onón.

Dos años más tarde, en 1229, la gran asamblea mongola nombró a Ogodai Gran Kan mongol. A pesar de que el rodillo mongol siguió aplastando pueblos y naciones enteras durante gran parte del siglo XIII, su poder fue diluyéndose a medida que se iba produciendo su dispersión en numerosos kanatos independientes, gobernados por los descendientes de Gengis Kan y enfrentados entre sí, lo que contribuyó a su propio desgaste y posterior desaparición. A este proceso ayudó la paulatina islamización que sufrieron los mogoles, que fue diluyendo su inicial salvajismo y

belicosidad. Las tierras de Afganistán quedaron como tierras de nadie entre el kanato Yagatai y el Kanato de Tuli, enzarzados en continuos enfrentamientos que permitieron a los señores de la zona establecer poderes independientes y al país en su conjunto recuperar algo de su perdido esplendor.

Pero aún quedaba un conquistador nómada más por hacerse con el territorio del actual Afganistán; sería el último de una larga saga, pero superaría a todos tanto en la extensión de los territorios que dominaría, como en el grado de brutalidad que acompañaría a este dominio. Nacido en 1336 en Transoxiana, Timur el Cojo, conocido como Tamerlán, era hijo de un caudillo tártaro de segundo orden que aseguraba ser descendiente de Gengis Kan, cosa muy poco verosímil. Para 1361 había logrado imponerse como líder de su propia tribu, momento a partir del cual se aplicó a unificar bajo su mando a los Yagatai. Una vez conseguido este objetivo, avanzó hacia el sur con su ejército, mayoritariamente uzbeko, asolando la rívera del Helmand, destruyendo sus sistemas de irrigación de tal manera que la zona ya nunca volvió a recuperar su antiguo esplendor. Pero esta fue la única ocasión en que, durante el reinado de Tamerlán, Afganistán se convirtió en campo de batalla; las tribus de las montañas ni siquiera fueron molestadas, posiblemente por la falta de interés que para los nómadas tenían las tierras altas en las que habitaban. La única excepción se produjo en 1398, cuando en su marcha hacia Delhi para someter a un Emir musulmán demasiado tolerante con los hindúes, forzó los pasos de las montañas luchando contra las tribus de las montañas y llegó a adentrarse en los valles de Nuristán.

Las campañas de Tamerlán carecían de cualquier diseño estratégico y acabaron siendo meras *razzias*; eso sí, acompañadas de un poderío militar y de una saña destructiva dignos de mejor causa. Este tipo de campañas alcanzaron su clímax en Ankara, donde Tamerlán derrotó al gigantesco ejército del sultán Bayaceto II en una batalla que marcaría el final del predominio de los pueblos nómadas sobre los sedentarios ante la aparición de las armas de fuego, que marcarían el final de una hegemonía que se había prolongado por más de 2000 años.

Cuando murió en 1405, Tamerlán había sometido a todos los pueblos de Asia Central y Oriente Medio y planeaba invadir China. Bajo su reinado la Ruta de la Seda alcanzó su máximo esplendor.

dor y propició una notable recuperación de las ciudades afganas. Su propia tumba en Samarcanda muestra hasta qué punto había sido cautivado por el arte y había sido capaz de movilizar a su servicio artesanos y artistas de toda Asia. Sus hijos establecieron su capital en Herat y demostraron mayor inclinación hacia las artes que hacia la guerra; el embajador castellano Ruy González de Clavijo¹⁰ nos describe en esta época una corte extremadamente lujosa: Asia Central nunca más volvería a vivir un período de esplendor como el que maravilló al castellano.

Ante la ausencia de enemigos exteriores, los nobles de las facciones asociadas a Tamerlán y a Gengis Kan se enzarzaron una serie de conflictos civiles por el control de ciudades como Balkh, Bojara, Khiva y Samarcanda. Al sur del Hindu Kush, las tribus volvieron la vista hacia la India, donde una escisión de los ghilzai, los lodi, lograron establecer una dinastía en Delhi. Al oeste, Sha Ismail Safavi establecía en Isfahán la dinastía que sería conocida como Safávida, mientras al norte, en Transoxiana, comenzaba a extender su poder Babur, descendiente por línea paterna de Gengis Kan y por la materna de Tamerlán. A la muerte de su padre fue desposeído por la fuerza de su poder, y por la fuerza lo recuperó posteriormente, ampliando los dominios de su padre. Babur conquistó Kabul casi sin necesidad de combatir; a quienes hemos conocido el Kabul de hoy, nos cuesta trabajo pensar que en su día fue una hermosa ciudad, rodeada de huertos y llena de jardines, que cautivaba a cuantos llegaban a conocerla. Esto es lo que le ocurrió a Babur, cuya tumba puede aún hoy visitarse en la ciudad que nunca dejó de cautivarle. A Babur hay que agradecerle el que, por primera vez desde los tiempos de los griegos, nos haya proporcionado una descripción detallada de los pueblos y las tierras de lo que hoy es Afganistán. Gracias a él aparecen en la historia por primera vez los nombres de las tribus afganas, Ghilzai, Yusufzai, Afridi,... que posiblemente habían existido durante siglos pero nunca antes habían sido citadas. Desde Kabul, Babur

10. Ruy González de Clavijo (muerto el 2 de abril de 1412) fue embajador del rey castellano Enrique III quien le encomendó la tarea de establecer una embajada ante la corte de Tamerlán con la intención de crear una alianza para guerrear contra los turcos.

governó un territorio que incluía la práctica totalidad de la actual India, incluido Bangla Desh.

En 1530 Humayan sucedió a su padre Babur, muerto en Kabul, pero no fue capaz de conservar su legado. Casi inmediatamente, Sher Sha organizó a la subtribu afgana de los Lodi y se hizo con el norte de la India, gobernándola de manera admirable durante 60 años. Pero una vez más, su obra no sobrevivió a la muerte de su creador. Como destacó el historiador Caroe haciendo referencia al carácter pastún: *«Surge un líder suficientemente grande como para reunir un gran número de hombres en torno a sí haciéndoles olvidar sus rivalidades personales durante una hora de gloria. El hombre muere, y con él muere su inspiración. En ausencia del hombre que inspiraba confianza los celos tribales reaparecen, todo lo ganado se pierde»*. Esta tendencia se repite invariablemente a lo largo de toda la historia de los afganos y en este caso permitió a Humaya reafirmar el control mongol sobre el norte de la India. Su hijo Akbar construyó la primera carretera a través del paso de Khyber, carretera que empleó para acercarse a Kabul a reafirmar su poder sobre un disoluto gobernador: sería la última vez que un ejército mongol cruzara libremente este paso. Akbar conquistó Cachemira e intentó hacer lo propio con las zonas tribales que constituyen la actual provincia de la frontera noroeste, fracasando en el intento. Particularmente relevante es el hecho de que no se pudiera dominar a las tribus que aún hoy controlan el paso de Khyber, lo que obligó a los mongoles a partir de entonces a utilizar su riqueza para poder atravesarlo.

A lo largo del siglo XVI, Afganistán es un territorio disputado por persas, mongoles y uzbekos, siendo la línea de fricción entre los dos primeros la que une las ciudades de Kandahar y Kabul pasando por Gazni. En el norte, los mongoles decidieron finalmente ceder a los uzbekos los territorios entre el Amu Darya y el Hindu Kush, desplazando a estas montañas la frontera. Mientras, al sur del Hindu Kush va reafirmandose la personalidad de los pastunes, los pueblos de las montañas que habían sobrevivido a las sucesivas invasiones manteniendo su identidad y sin «ablandarse» por las comodidades de la vida sedentaria. Los hombres de estas tribus adquirirían fama como guerreros, convirtiéndose durante dos siglos en los mercenarios favoritos de los grandes imperios de la región. Es en esta época cuando los pastunes comienzan a tomar

conciencia de su identidad, apareciendo los primeros rasgos de lo que podríamos denominar un nacionalismo afgano, encarnado por el guerrero-poeta Khusal Kan, el Guillermo Tell afgano:

El propio nombre Pajtún ¹¹ habla de honor y gloria,
Si falta el honor, ¿qué es la historia afgana?
Sólo en la espada descansa nuestra salvación.

El pasto, hablado durante siglos, aparece en estos años por primera vez como una lengua escrita, utilizada por poetas para cantar las glorias de los guerreros pastunes, agrupados en aquél entonces en unas 300 tribus, las más importantes de las cuales eran los ghilzai de las montañas Suleimán del este y los abdali de las tierras más abiertas del oeste. En la lucha que persas y mongoles mantenían por controlar el sur de Afganistán, tanto ghilzais como abdalís fueron inclinándose hacia los persas safávidas que aunque profesaban el credo chiíta, eran tolerantes con los sunitas afganos y eran en todo caso preferibles a los eternos rivales del este.

Sin embargo, la dureza con la que el georgiano Abdullah Kan gobernó Kandahar en nombre del Sha Sultan Husain, intentando imponer el chiismo, provocó una revuelta ghilzai liderada por Mir Wais que, aliado con las tribus baluchis, logró finalmente derrotar a los georgianos y unir bajo su bandera también a los abdalís, que expulsaron a los persas de Herat. Su hijo Mahmud fue más allá, atacando el territorio persa y conquistando su capital, Isfahán someténdola a un castigo inmisericorde que hizo que nunca más volviera a recuperar su anterior esplendor. Mahmud sería posiblemente considerado un héroe nacional en Afganistán si no fuera por los signos de demencia y crueldad que mostró y que llevaron a que sus propios hombres acabaran con su vida en 1725.

Mahmud fue sucedido por su sobrino Ashraf, a cuyo padre había asesinado previamente. Bajo su reinado los persas, liderados por Nadir Kan, rebautizado como Nadir Sha, se rebelaron contra los abdalís, barriéndolos de Afganistán y llegando hasta Delhi. De

11. Versión del término Pastún empleada en las zonas pastunes del actual Paquistán.

las proporciones del castigo que infligió a la ciudad da fe el hecho de que en el idioma de la zona se utiliza la palabra «Nadirshahi» como sinónimo de masacre. Por desgracia, Nadir Shah demostró ser un maníaco homicida más y acabó siendo asesinado por sus propios hombres que no pudieron evitar que el jefe de su guardia afgana, Ahmad Kan, lograra huir con sus cuatro mil jinetes hasta Kandahar.

En 1747 las tribus abdali celebraron una gran Yirga cerca de Kandahar en la que eligieron a Ahmad Kan como su líder. Su elección parece sorprendente ya que contaba sólo con 25 años y pertenecía a la poco relevante sub-tribu de los saddozai. Quizá este último dato facilitara su elección, al hacerle menos peligroso por lo limitado de los apoyos que podía movilizar. El caso es que fue coronado rey con el nombre de Ahmad Shah y el sobrenombre de Durri-i-Durran, perla de las perlas, sobrenombre que hizo cambiar el nombre de los abdalís, conocidos desde entonces como durranis. Por primera vez surgía en Afganistán un poder puramente afgano que se afianzó con la posterior alianza de los ghilzai. El surgimiento de este poder coincide con un momento de vacío de poder en la zona: Persia había caído en un estado de semi-anarquía, los uzbekos se habían desintegrado en una serie de emiratos despóticos y el imperio mogol había entrado en una decadencia de la que ya no saldría nunca. Por otra parte, la apertura de las rutas marítimas había hecho perder todo su valor a la Ruta de la Seda, privando a Afganistán de todo valor estratégico. Estas circunstancias permitieron a los afganos lograr la mayor expansión territorial de su historia: el Punjab, Herat, Mashad, Balkh, Mazar-e-Sharif, Kunduz, Lahore, Multan, Cachemira, Delhi componen la lista de estos avances que les llevaron finalmente a enfrentarse a los marathas del sur de la India a los que derrotaron en Panipat. La desmembración del poderoso reino de los marathas tendría dos consecuencias muy importantes: por una parte, permitiría el fortalecimiento de los sijes en el Punjab; por otra, facilitó sobremanera el dominio británico de la India ya que evitó que se enfrentara a un estado organizado y militarmente fuerte como había sido hasta ese momento el de los marathas.

El papel que Ahmad Sha ha jugado en la historia de Afganistán aún se discute. Para unos es el padre de la nación afgana; para otros fue más un líder de la tribu abdali que de un pretendido

estado afgano. El caso es que dio nacimiento a la primera dinastía realmente afgana. Góridas y gaznávidas habían gobernado importantes imperios desde tierras afganas, pero ellos mismos no eran de origen afgano, sino que pertenecían a los pueblos turcos que se expandieron por toda la región durante la Edad Media. El poeta-guerrero Ahmad Sha, en cambio, fundó por primera vez una dinastía realmente afgana y transformó una región que era una tierra de nadie entre poderosos imperios en un ente político independiente que comenzó a desarrollar un incipiente nacionalismo, cantado por el propio rey en una forma que refuerza la idea de que estamos ante el verdadero padre del actual Afganistán:

Por la sangre, estamos inmersos en el amor a ti,
 Los jóvenes pierden sus cabezas por ti,
 Vengo a ti y mi corazón halla reposo,
 Lejos de ti, la pena atenaza mi corazón como una serpiente.
 Olvidé el trono de Delhi,
 Recordando las cumbres de las montañas de mi tierra afgana,
 Si tengo que elegir entre el mundo y tú,
 No dudaré en reclamar como míos tus vacíos desiertos.

Sin embargo, el legado de Ahmad Sha presentaba dos puntos débiles: el primero es que no supo trascender las estructuras tribales para crear algo parecido a un estado. El segundo, que fue más un empeño pastún que la empresa multiétnica que hubiera necesitado Afganistán para consolidarse como una entidad política duradera. Su sucesor, Timur, redujo aún más la base de apoyo a la naciente monarquía Durrani perdiendo paulatinamente el apoyo pastún en que se basaba; primero por trasladar la capital de Kandahar a Kabul; después por rodearse de una guardia personal de guerreros Qizilbash, en lugar de apoyarse en las tribus; estos guerreros de origen turco, cuyo nombre significa «cabezas rojas», habían llegado a Afganistán procedentes de Persia. Más instruidos y mejor organizados que los afganos, fueron haciéndose con el control de la maquinaria del estado y se ganaron el odio de los pastún. Aun hoy, son una minoría presente en varias regiones del país; en general, son vistos con antipatía por el resto de los afganos, que ven en ellos a los descendientes enriquecidos de los sicarios que el poder utilizaba tradicionalmente para sojuzgarlos.

Timur dejó cerca de treinta hijos, sin nombrar entre ellos un sucesor, lo que condujo a la inmediata desintegración del país, repartido entre Zaman, en Kabul, Mahmud en Herat y Humayan en Kandahar. Ninguno de los tres conquistó el trono en la guerra civil que les enfrentó; fue Shuja, un hermano de Zaman, quien finalmente se hizo con el trono. Shuja intentó consolidar el poder afgano sobre el Punjab y el Sind, pero cada vez que cruzaba las montañas en dirección a estos territorios, en su retaguardia se producía una revuelta que le obligaba a volver. De esta forma, los Sijs reafirmaron definitivamente su control en estas regiones que se desvincularon para siempre de Afganistán. Posiblemente el mayor error de Shuja fue dejar marchar al exilio a Mahmud tras expulsarle de Kabul. En 1809 su medio hermano volvió y le arrebató el trono. Shuja acabó exiliado entre los Sijs cuyo líder, Ranjit Singh, le arrebató el Koo-i-Noor, el famoso diamante que así se acercaba poco a poco a su destino final en manos de la Reina de Inglaterra. Mahmud, que no demostró ser mucho mejor que sus predecesores, acabó siendo derrocado en una revuelta encabezada por el clan rival de los Barukzais, que acabaron haciéndose con la corona. Dost Mohammed es el primer miembro relevante de esta nueva estirpe real. En 1826 se hizo con el poder en un reino muy devaluado; de los estados iniciales, Punjab, Sind, Cachemira y Jorasán ya no pertenecían a Afganistán. Dost hubo de combinar fuerza y diplomacia para afianzarse en el trono.

Cuando arranca el siglo XIX, Afganistán era un país insignificante en términos estratégicos, con unas instituciones estatales muy débiles o inexistentes, en el que las tribus se manifestaban bastante indiferentes ante los cambios que se sucedían en el trono de Kabul y se las arreglaban para vivir como siempre: absolutamente independientes de cualquier poder externo, ajenas a cualquier idea de nación que fuera más allá de sus alianzas tribales. La naturaleza del terreno facilitaba esta tendencia a la independencia de las tribus que se mantenían crecientemente aisladas del mundo exterior, una vez las rutas comerciales dejaron de transitar por sus dominios. Los afganos se habían convertido en un pueblo de guerreros primitivos, ajenos a cualquier progreso económico, social o político y cada vez más recelosos frente a cualquier otra forma de civilización. Estas características marcarán su historia en los doscientos años siguientes.

EL GRAN JUEGO

El Imperio de Ahmad Shah Durrani apenas sobrevivió a su muerte en 1772, pero para el mundo exterior, desconocedor del escaso poder que el rey afgano ejercía sobre las tribus, incluyó a Afganistán en la lista de las naciones independientes, mientras la fama de bravura que los afganos se habían ganado los mantenía a salvo de cualquier intento de agresión exterior. El siguiente reto consistiría en mantener ese status cuasi-nacional frente a las tensiones internas y frente a los nuevos poderes mundiales. En la década de 1830, la derrota de Napoleón había modificado sensiblemente el tablero mundial de una forma que acabaría por afectar a los afganos de manera decisiva. Al norte aparecía una Rusia que, libre de enemigos en Europa, miraba hacia el sur y el este tratando de cumplir el sueño expansionista de Pedro el Grande; de esta forma, los ejércitos de los zares fueron incorporando territorios en el Cáucaso y en las estepas de Asia Central, «gobernadas» por Kanes de corte medieval desde Kiva, Samarcanda y Bojara. Hacia el este, la India había ido extendiendo su dominio en el Subcontinente hasta llegar a los dominios de los sijs, con cuyo líder, Ranjit Sigh, los británicos alcanzaron un acuerdo de paz.

Pero el auténtico poder emergente en la zona eran los británicos, lanzados a una expansión que les acercaba cada vez más a los dominios rusos. Este avance simultáneo de los imperios ruso y británico estaba llamado a producir tarde o temprano conflictos. Los primeros se produjeron en Irán, donde la torpe actuación británica forzó al Shah a arrojararse en brazos de los rusos, abriendo así a los ejércitos zaristas una peligrosa ruta de acceso a la India. El caso es que la pugna ruso-británica por el domino de Asia cambió completamente el papel de Afganistán en el escenario internacional: por primera vez en la historia, las rutas de tránsito afganas comenzaron a considerarse desde una perspectiva negativa, lo importante no era tener acceso a ellas, sino evitar su uso al rival; Afganistán se había convertido en un estado tampón cuyo valor estratégico residía en evitar el contacto directo entre Rusia y el imperio británico. Mientras tanto, en Kabul reinaba Dost Mohammed, cuyo poder real sólo se extendía desde los montes de Kohistán al norte hasta Gazni al sur, permaneciendo el resto del territorio teóricamente bajo su poder, controlado por príncipes y caudillos tribales que actuaban de forma totalmente independiente.

Cuando en 1837 accede al trono la reina Victoria, en Londres se enfrentan dos grupos, los más cautos que consideran que debe frenarse la expansión del Imperio en la India por considerar que ya ha excedido los límites de lo que puede controlarse de forma efectiva y los imperialistas, convencidos de que la expansión del poder británico no sólo beneficia a la metrópoli sino también a los pueblos bárbaros que deben considerarse afortunados por recibir la gracia de la superior civilización británica. Este grupo logrará imponer su criterio, alimentado por el temor a una expansión rusa que podría amenazar a la misma India. Este temor fue convenientemente espolcado cuando se supo que el Zar había enviado un representante ante Dost Mohammed, que parecía haber optado por aliarse con los rusos ante la negativa de los británicos de sellar un acuerdo que incluyera la recuperación de la antigua capital de verano afgana, Peshawar, en ese momento en manos de los Sijis, también aliados de los británicos¹². En las mismas fechas, un ejército ruso-persa asediaba Herat, continuando el empeño persa de recuperar los territorios afganos antiguamente bajo su control. El bando imperialista supo aprovechar los temores que estas noticias produjeron en Calcuta y Londres, convenciendo a unos y otros de la necesidad de emprender una acción militar que asegurara el control británico sobre Afganistán, considerado vital para salvaguardar la integridad del Imperio en la India. Para ello, se recurrió a Shah Shuja, nieto de Ahmad Shah que disfrutaba de un exilio dorado en la india británica.

Eufóricos y plenos de ardor imperial, los británicos prepararon el mayor ejército nunca puesto en armas por esta nación, al que se sumaron 6.000 mercenarios reclutados rápidamente por Shah Sujah. No aceptó unirse a la empresa Ranjit Singh, conecedor de los peligros que encerraba la aventura afgana. Los británicos, por su parte, se prestaban a adentrarse en un territorio completamente desconocido para ellos con un ejército que nunca tuvo un objetivo claro; y si alguna vez lo tuvo, éste dejó de ser válido una vez que los rusos desaparecieron de la corte de Kabul y se levantó el cerco de Herat. Si alguna vez hubo una razón para lanzar esta campaña, se había esfumado, pero la máquina se había

12. Irónicamente, el agente ruso, Teniente Vitkievitch, se suicidó en Kabul, posiblemente ante el fracaso de sus negociaciones con Dost Mohammed.

puesto en marcha y ya no podía detenerse. A principios de 1839 un ejército de más de 20.000 hombres, 38.000 sirvientes indios y 30.000 camellos¹³ cruzaba el paso de Bolan, ante la negativa de Ranjit Singh a que transitara por su territorio y empleara pasos más al norte. Para cuando la cabeza de la comitiva alcanzó Quetta, había dejado tras de sí un rastro de camellos muertos y bagajes abandonados y carecía prácticamente de víveres, efectos de un invierno particularmente duro y una logística muy pobremente planeada combinados con el hostigamiento de las tribus Baluchis.

La compra de diez mil corderos solucionó el problema y el 25 de abril Shah Shuja hizo su entrada triunfal en Kandahar, donde por primera y última vez, fue recibido con muestras de alegría por sus súbditos. A pesar de ello, sólo un centenar de afganos se dignó a presenciar la ostentosa ceremonia en la que, ante 20.000 soldados británicos, el nuevo rey hacía su presentación oficial. No es que los afganos tuvieran una animosidad especial contra su nuevo rey, era el hecho de que viniera rodeado de mercenarios indios y soldados británicos lo que comenzó a generar desconfianza. Siguiendo su avance hacia Kabul, Gazni hubo de ser sitiada y conquistada por la fuerza y durante el asedio hicieron su aparición los primeros contingentes de *Ghazis*, guerreros pertenecientes a diferentes tribus unidos por lo que comenzaba a considerarse una *Yihad* contra los infieles británicos; aunque fueron derrotados por los británicos, significaban un precedente preocupante; como también comenzaba a ser preocupante el talante despótico de una Shah Shuja que parecía hacer poco por ganarse el afecto de sus nuevos súbditos. Así las cosas, en la «entrada triunfal» del nuevo rey en Kabul, de la que Dost Mohammed huyó sin combatir, no hubo nada parecido al calor popular que podría haberse esperado. En palabras del historiador británico Sir Jhon Kaye, «Parecía más un funeral que la entrada de un rey en la capital de su nuevo reino»¹⁴.

13. Cada oficial estaba autorizado a llevar diez sirvientes, pero no era raro encontrar Tenientes con más de veinte sirvientes y un número aún mayor de camellos para su uso personal...

14. Citado por Stephen Tanner en *Afghanistan. A Military History from Alexander The Great to the War Against The Taliban*. Da Capo Press. Philadelphia, USA. 2009.

Con el apoyo británico, Shuja extendió su poder al sur del Hindu Kush, aunque desde el primer momento aparecieron movimientos rebeldes en la región de Bamyan que finalmente fueron encabezados por el depuesto Dost Mohammed, convertido en una auténtica pesadilla para los británicos que, para más *Inri*, eran cada vez más conscientes de que habían derrocado a un buen rey para entronizar a uno mucho peor que, aparte de ser dudosamente leal, era incapaz de ganarse el apoyo de sus súbditos hasta el punto de hacer necesario desmovilizar sus tropas afganas, por la dudosa lealtad a su rey que mostraron en todo momento. Por suerte para el rey y sus aliados, consciente de la imposibilidad de continuar indefinidamente su lucha, Dost finalmente se rindió a los británicos que lo enviaron con todos los honores al exilio a la India, a la misma mansión que en su día ocupó Shah Shuja. Con ello pensaron que sus problemas habían terminado y podrían disfrutar de una estancia pacífica en la, por otra parte, agradable ciudad de Kabul. Pero siempre hubieron de reconocer que, en aras de su propio interés, derrocaron sin motivos a un buen soberano, respetado por su pueblo y al que admiraron por su valor y su rectitud, para remplazarlo por otro que nunca gozó del favor de su pueblo ni demostró dotes similares.

A pesar de la aparente tranquilidad derivada de la rendición de Dost, la situación de las fuerzas británicas que quedaron en Afganistán tras la partida del grueso del ejército era poco envidiable. Baluchis y sijs eran ahora abiertos enemigos; los primeros como consecuencia de la cruel venganza tomada por el ejército británico en su retorno a la India; los segundos por verse rodeados por una potencia muy expansiva que podría considerarlos como su próxima presa y a la que se negaban por tanto a prestar ningún apoyo; en conjunto, su hostilidad dificultaba sobremanera un posible apoyo desde la India. Peshawar y Herat continuaban en manos afganas hostiles¹⁵; de hecho, Shah Shuja sólo controlaba los núcleos de población donde los británicos habían establecido

15. Londres se opuso a realizar nuevas campañas, a pesar de las peticiones elevadas desde Kabul para que ambas zonas se incorporaran al territorio controlado por Shah Shuja; se empezaba a pensar que se había llegado ya demasiado lejos.

guarniciones: Kabul, Kandahar, Gazni, Jalalabad, Bamyan y Charikar, quedando las montañas en manos de unas tribus cada vez más hostiles; el paso de Khyber se mantenía abierto mediante el pago de 8.000 libras anuales a la tribu ghilzai que lo controlaba y otras tribus recibían «subsidios» similares, aunque se era consciente de que no se podía confiar en su lealtad. Incluso en las zonas bajo control, el malestar entre la población era cada vez mayor, lo cual era doblemente preocupante en Kabul a la vista de las escasas posibilidades defensivas del enclave elegido por los británicos en la capital, una vez que cedieron a Shah Shuja la imponente fortaleza de Bala Hissar. En un difícilmente defendible poblado militar, residían las fuerzas británicas junto con muchas de sus familias, atraídas a Kabul por lo benigno de su clima y la belleza de su entorno, incomparablemente más atractivos que los de la India. Así las cosas no puede culparse a Shah Shuja de nadar entre dos aguas y tratar de ganarse apoyos entre las tribus, consciente de que el apoyo británico, que no podía perpetuarse, le hacía odioso a los ojos de su pueblo; posiblemente para compensar este imagen, se aproximó a los líderes tribales mostrándose tan anti-británico como ellos e interesado en la pronta partida de sus supuestos aliados (¿algo parecido a lo que le podría estar ocurriendo a Karzai en los últimos años de su gobierno?); mucho debía pesar en su ánimo la popularidad que iba ganando Akbar Kan, el único hijo de Dost que no le acompañó al exilio y que iba asumiendo un protagonismo cada vez mayor en la lucha contra los infieles británicos. Es difícil saber qué pasaba por su cabeza, pero posiblemente no esperaba una derrota tan pronta y tan completa como la que iban a sufrir sus socios.

La situación comenzó a deteriorarse definitivamente en el invierno de 1840-41 cuando el enviado británico y virtual gobernador, Macnaghton, se sintió suficientemente fuerte como para dar la orden de iniciar la recaudación de impuestos, algo a lo que los afganos no estaban demasiado acostumbrados y que a la larga alimentaría la rebelión, más que por el hecho de tener que pagar impuestos, porque eran los británicos quienes les obligaban a hacerlo y aparecían cada vez más como los auténticos gobernantes del país; la actitud «galante» de los británicos hacia las afganas y el incremento en los precios de los artículos de primera necesidad que la presencia del contingente británico supuso para los

kabulíes también ayudó a socavar el resto de apoyo popular que aún pudieran conservar. A pesar de ello, en la primavera de 1842 la situación parecía suficientemente tranquila como para que el nuevo jefe militar británico, el general Elphinston, fuera recibido por su predecesor con un escueto parte: «Aquí no tendrás nada que hacer. Todo es paz». El tiempo demostraría hasta qué punto la semilla de la rebelión estaba floreciendo, alimentada por la creciente animosidad de unas tribus que veían cómo tropas extranjeras ocupaban su papel tradicional de salvaguarda del monarca, poniendo en duda su razón de ser y deslegitimándolos frente a sus compatriotas. Esta situación no hacía sino incrementar día a día el número de afganos que se unía a los *Ghazis*, grupo pan-tribal que luchaba su propia *Yihad* contra los infieles.

Mientras, en Londres y Calcuta, se daba por zanjado el asunto afgano y la principal preocupación era reducir los costes de la presencia británica en un territorio que, una vez alejada la amenaza rusa, no se veía con demasiado interés. Esta reducción de costes implicó, entre otras cosas, la reducción en un 50% de los subsidios pagados a las tribus, perdiéndose así el débil apoyo que se recibía de ellas. La consecuencia inmediata de esta decisión fue el corte de la ruta que unía Kabul con la India debido a la creciente hostilidad de los *ghilzai*. El resultado final de la escalada que se produjo durante todo el otoño de 1841 es de sobra conocido: rodeados en su indefendible acantonamiento por una multitud de afganos y carentes de víveres, los británicos aceptaron finalmente abandonar Kabul para ser finalmente masacrados en los pasos de Khyber, donde murió la práctica totalidad de la guarnición y las familias británicas en una de las más humillantes derrotas sufridas por el imperio británico. Así acabó la denominada Primera Guerra Afgana.

La magnitud de la derrota dejó paralizados a los británicos, que dudaban sobre cómo reaccionar, atenazados entre el temor a las consecuencias de una nueva incursión en Afganistán y la necesidad de vengar de alguna manera la afrenta sufrida para reafirmar su poder y mostrar a rivales como los Estados Unidos, Francia o Rusia que cualquier revés sufrido por el Imperio sería convenientemente reparado. El 28 de febrero llegaba a Calcuta lord Ellenborough, el nuevo Gobernador General, que había conocido la noticia del desastre durante su travesía a su nueva re-

sidencia y relevaba a un deprimido lord Auckland que confesaba «Veo imposible vengar los sucesos de Afganistán pero mantendré la mejor y más firme actitud que todavía nos es permitido mantener». De momento, se limitó a incrementar las fuerzas británicas en Quetta y Peshawar. Mientras, contra todo pronóstico, Shah Shuja se mantenía en el trono en Kabul y ordenaba a las guarniciones británicas de Jalalabad, Gazni y Kandahar que abandonaran inmediatamente el país. Sólo en Gazni los británicos decidieron rendirse a cambio de la promesa de que se les dejaría vía libre hasta Peshawar, promesa que no fue cumplida por los *ghazis*, que mataron a los casi 400 cipayos e hicieron prisioneros a los nueve oficiales británicos. Las otras dos guarniciones, pese a lo precario de su situación y a la falta de órdenes claras, resistieron la presión afgana. En su favor jugaban las debilidades tradicionales de sus oponentes: mientras Akbar Kan asediaba Jalalabad, los guerreros ghilzai abandonaron la campaña y regresaron a sus hogares, mientras Shah Shuja, preocupado por mantener su trono frente a otros aspirantes, le negaba cualquier apoyo. Cuando finalmente decidió ponerse al frente de su ejército para expulsar a los británicos, fue asesinado por el hijo de uno de sus rivales. A pesar de ello, fue Fath Kang, un hijo del rey asesinado, quien le sucedió, aunque sus poderes reales seguían siendo tan limitados como los de su padre. De hecho, el país estaba sumido en una guerra que enfrentaba a las tribus ghilzai y barukzai con los qizilbash. Akbar Kan, Barukzai, llegó a forzar la entrada de la fortaleza real, el Bala Hissar, obligando a Fath Kang a aceptar un acuerdo por el que pasaba de ser rey a ser el visir del propio Akbar.

El dilema de Ellenborough no sólo se refería a hasta dónde debía llegarse para vengar la derrota, sino hasta dónde eran capaces de llegar las tropas británicas. Finalmente, se decidió enviar dos columnas para liberar a las guarniciones que aún resistían y castigar la afrenta sufrida. Una forzaría el paso de Khyber para llegar a Kabul vía Jalalabad, mientras la otra avanzaría por el sur, entrando por Kandahar. El mismo día en que el rey afgano era asesinado, ambas columnas iniciaban una marcha con un cometido no demasiado claro. De hecho, cuando la columna del sur hubo ocupado Kandahar, se hizo evidente que no había recibido instrucciones sobre cómo actuar a continuación. La decisión tomada sobre el terreno fue replegarse a la India, pero a través

de Gazni y Kabul. El objetivo no confesado era alcanzar la capital antes que la otra columna, cosa que finalmente no consiguió. Una vez alcanzado Kabul por las dos columnas y realizadas algunas expediciones de castigo hacia el norte, se dio por cumplido el objetivo de vengar la afrenta sufrida el año anterior y todas las fuerzas británicas abandonaron Afganistán en dirección a la India, no sin antes destruir el famoso Bazar de Kabul, una de las joyas más importantes de la arquitectura afgana. La opción más lógica hubiera sido destruir el Bala Hissar, pero se pensó que un acto así haría más difícil mantener relaciones cordiales en el futuro... En su camino de regreso, las columnas británicas se cruzaron con Dost Mohammed, enviado por Ellenborough para reclamar el trono del que los propios británicos le habían desposeído.

El estado de anarquía en que había quedado el país facilitó el propósito de Dost, que recuperó el trono nombrando a Akbar Kan visir. Tras su retorno, el nuevo emir se marcó como objetivos mantener buenas relaciones con los británicos, con los que firmó un tratado de amistad, y recuperar la unidad de sus dominios, cosa que consiguió, no sin esfuerzo, tan sólo un año antes de su muerte, cuando logró finalmente recuperar Herat, cuyo gobernador había buscado el apoyo de Persia para escapar al dominio del Kabul. Para rechazar a los persas, Dost apeló al tratado firmado con los británicos, en función del cual éstos debían ayudar militarmente al emir en caso de agresión. De esta forma, los británicos apoyaron militarmente el mantenimiento de la integridad territorial de Afganistán, sirviendo así a sus propios intereses ya que, en su opinión, Rusia estaba detrás del intento persa de incorporar la zona de Herat a los dominios del shah de Persia. Mientras, los británicos incorporaron a su Imperio Cachemira, Sindh y el Punjab, antiguo tributario de los emires de Kabul, de forma que ahora compartían una larga y borrosa frontera con Afganistán, donde Dost Mohammed logró reinar durante diez años que podrían calificarse como de paz y prosperidad. La «Rebelión de los Cipayos» en la India puso a prueba la sinceridad de Dost a la hora de tratar con los ingleses ya que sus hermanos musulmanes de la India le solicitaron que les apoyara en su lucha, cosa que, posiblemente muy a su pesar, el Dost rehusó hacer, posiblemente por un sentimiento de fidelidad a la palabra dada que sus aliados europeos no siempre demostrarían en el futuro.

A la muerte del Dost, en 1863, logró afianzarse en el trono su hijo Sher Ali, no sin antes superar las habituales guerras fratricidas como consecuencia de las cuales Abdur Rahman partió al exilio al Asia Central dominada por los rusos. Su reinado iba a verse condicionado por acontecimientos que se desarrollaban muy lejos de sus dominios, sobre los que no tenía ningún control, pero que iban a condicionar el futuro de Afganistán. La decadencia del Imperio Otomano, el paralelo ascenso de la Rusia Zarista y el temor británico a que su expansión acabara por incluir sus dominios en la India, combinado con la «*Forward Policy*» que se impuso en Londres tras la llegada al poder del conservador Disraeli, serían fatales para el futuro del estado que se estaba fraguando.

En estas circunstancias, Sher Ali se opuso a la petición británica de enviar una legación permanente a Kabul. La razón alegada por el emir fue que, en caso de aceptarla, sería difícil oponerse a una petición similar por parte de los rusos. Las cosas se complicaron cuando éstos enviaron a Kabul una legación no autorizada, lo que despertó el recelo británico que exigió que se les autorizara a hacer lo propio. La suerte quiso que la petición británica llegara en el momento en que la corte estaba paralizada por el luto tras la muerte del hijo del emir, lo que obligó a retrasar la respuesta. Este retraso se tomó en Londres como una ofensa y se decidió enviar una expedición de castigo. La Segunda Guerra Afgana acababa de comenzar. En 1879 Sher Alí murió y fue el regente quien hubo de firmar el tratado de Gandamak, que ponía fin a una guerra sin sentido. Este tratado imponía a los afganos, además de algunas cesiones territoriales, una soberanía limitada, ya que sus relaciones exteriores quedaban en manos de Londres, que se reservaba el derecho a mantener una legación permanente en Kabul. El primer legado, Cavagnari, fue asesinado durante una revuelta al poco de establecerse, lo que provocó una expedición de castigo británica que forzó la abdicación del Emir Yacub Kan.

AFGANISTÁN EN EL SIGLO XX. EL NACIMIENTO DE UN ESTADO

ABDUR RAHMÁN. «EL EMIR DE HIERRO» (1880-1901)

Durante los siglos XVII, XVIII y la primera mitad del XIX, la historia de Afganistán se escribe en función de las tensiones derivadas de ser el punto de encuentro entre los poderosos imperios que le rodeaban. En el marco de esa dinámica, las llanuras del norte se vieron sometidas a los uzbekos, el oeste del país a los persas y el valle del Kabul a los mogoles, mientras la zona de Kandahar se convirtió en una frontera disputada por persas y mogoles. Durante la segunda mitad del XIX las tensiones procederían de la lucha entre rusos y británicos, en las que Afganistán jugaría a su pesar un papel fundamental. Por contraste, el siglo XX, que podemos decir que para Afganistán comienza con la llegada al trono de Abdur Rahmán en 1880, es el siglo en que podemos vislumbrar el nacimiento, dificultoso, de un estado y de un cierto sentimiento nacional. Aunque también en este siglo los acontecimientos vendrán condicionados en gran medida por las tensiones entre grandes potencias que pugnan por el control de Afganistán, en este caso la URSS y EEUU.

Las presiones externas a las que se vio sometido Afganistán durante este periodo, particularmente durante «El Gran Juego», fueron produciendo como reacción el nacimiento de un cierto sentimiento nacional que, reforzado con el sentimiento religioso tan profundamente arraigado en los afganos, fue suficiente para reforzar el tradicional sentimiento de independencia. Sin embargo, las opiniones sobre lo que convenía al interés nacional divergían grandemente de forma que, si por una parte aparece un nacionalismo religioso de corte tradicional, que apelaba a la *Yihad* para oponerse a cualquier intento de atentar contra la propia independencia, también surgen movimientos nacionalistas de corte reformista, activamente apoyados por la corte de Kabul, que buscan reforzar la independencia de Afganistán a través de su modernización. La historia de Afganistán en el siglo XX será en gran medida la del choque entre estas dos corrientes, entre una corte y una burocracia que intentan occidentalizar el país frente a la oposición de una mayoría social muy conservadora y liderada

por un estamento religioso también muy conservador que ve en cualquier reforma un atentado contra la esencia misma del Islam.

El asesinato en 1879 del enviado británico provocó, como ya hemos visto, la abdicación del emir Yakub, de forma que el General Roberts quedó como virtual gobernador del país, al que sometió a un régimen de terror que provocó una resistencia generalizada. Aprovechando el vacío de poder, Abdur Rahmán cruzó el Oxus y con la ayuda de los *Begs* del norte marchó sobre Kabul y se proclamó emir. La subsiguiente derrota británica en Gazni, unida a la llegada de los liberales al poder en Londres, llevaron a la retirada de las fuerzas británicas, quedando el nuevo emir a cargo de un país nacido de las necesidades de las grandes potencias y con una soberanía limitada, ya que sus relaciones exteriores seguían sometidas a la aprobación de Londres. El reto de Abdur Rahmán, nada desdeñable, implicaba construir un auténtico estado sobre esos cimientos, luchando tanto contra las fuerzas centrífugas interiores, como contra las amenazas exteriores. Los años pasados en el exilio en el Asia Central rusa le habían enseñado que era de aquí de donde procedía la mayor amenaza exterior, más que de un Imperio Británico con el que intentó mantener buenas relaciones para compensar esa amenaza.

La actitud de las grandes potencias respecto a Afganistán quedó demostrada al poco tiempo, cuando una comisión anglo-rusa, sin participación afgana, definió la frontera noreste. Para evitar el contacto directo entre Rusia y el Imperio Británico, la frontera así definida atribuía a Afganistán el corredor de Wakan, nunca antes bajo dominio de los emires de Kabul, haciendo que por primera vez en la historia, Afganistán y China compartieran frontera. Esta atribución territorial se hizo contra la oposición abierta del emir, que se mostró contrario a hacerse cargo de los «bandidos kirguises» que habitaban la zona. Pero tanto en este caso, como en el de la famosa Línea Durand, era más que evidente que las fronteras de Afganistán no las marcaban la historia o los intereses de los afganos, sino las necesidades estratégicas de rusos y británicos.

Más difícil aún que lidiar con las grandes potencias iba a ser someter a las tribus a su autoridad. El propio emir definía su tarea como «poner en orden a cientos de jefecillos, salteadores, ladrones y degolladores. Hacía falta romper el sistema feudal y tribal y sustituirlo por una gran comunidad bajo una sola ley y una sola

autoridad». El nuevo emir trató desde un principio hacer llegar su poder a todos los rincones de su reino, tarea que implicó que sus veinte años de reinado supusieran una lucha continua, dura y cruel, en la que las ejecuciones y las deportaciones masivas estuvieron a la orden del día, haciendo al emir famoso por sus métodos expeditivos, su crueldad... y su eficacia. Sus primeras campañas, iniciadas en 1880, se dirigieron a asegurar el control del que sería el principal soporte de su poder: las tribus pastunes del sur y el este del país. Para ello se aprovechó inteligentemente de los enfrentamientos existentes entre las distintas tribus, lo que le permitió un triunfo relativamente fácil y no demasiado sangriento, a la vez que evitaba generar un odio excesivo contra su figura. En estas primeras campañas, ya puso de manifiesto lo que sería su política en el futuro: en todos los casos, el emir supo situarse por encima de los distintos grupos rivales, declarando que actuaba bajo la voluntad de Dios, que le había encomendado la formación de un emirato islámico. Este razonamiento le permitió hacerse con el apoyo del estamento religioso y declarar herejes a todos los que se opusieron a su poder. Una vez controladas las tribus pastunes, el emir dirigió su esfuerzo hacia el resto de grupos étnicos. En esta segunda fase, utilizó generosamente milicias de las recientemente sometidas tribus pastunes, lo que no ayudó demasiado a estrechar los lazos entre los distintos grupos étnicos, de cara a la creación de un sentimiento nacional común.

El primer objetivo de esta segunda fase de expansión de su poder real, fue el *Hazarajat*, conocido hasta entonces como *Yaguiistán*, el país de los rebeldes. Para controlar esta zona inaccesible y tradicionalmente ajena al poder de Kabul, el emir comenzó aplicando una política encaminada a aprovechar en su favor las rivalidades existentes entre los distintos clanes hazaras, apoyando principalmente a los más débiles contra los más fuertes. Esta política debilitó a sus rivales más poderosos a cambio de fortalecer a los clanes más débiles, totalmente dependientes del emir, de quien dependía en última instancia su poder. Esta maniobra logró someter una buena parte del *Hazarajat*, permitiendo incluso emplear milicias hazaras como fuerza de choque en las siguientes campañas, las dirigidas a someter a las provincias del norte, entonces conocidas como Turquestán, que fueron su siguiente objetivo.

Una vez sometido el Turquestán con un combinado de milicias pastunes y hazaras, el emir se sintió suficientemente fuerte como para reanudar sus esfuerzos por someter totalmente las tierras altas centrales, subyugando completamente a los indómitos hazaras. Éstos, conscientes de las intenciones del emir, lograron llegar a un acuerdo y juntar sus fuerzas para enfrentarse a él abiertamente (1892). El emir respondió declarando esclavos a los hazaras por su calidad de herejes chiítas y ofreciendo sus tierras como premio a quienes se unieran a la «Guerra Santa» declarada formalmente contra ellos. Cerca de 100.000 soldados y guerreros tribales pastunes conquistaron el Hazarajat y trataron a sus pobladores, definidos como infieles, de la manera más cruel: miles fueron ejecutados, otros tantos huyeron o murieron de hambre; muchos se convirtieron en esclavos. En los dos años siguientes, miles de hazaras fueron vendidos en el mercado de esclavos de Kabul, mientras sus tierras eran entregadas como botín a los guerreros pastunes. Se calcula que más de la mitad de los hazaras murió o fue deportada; las provincias de Zabul y Uruzgán perdieron toda su población, que fue reemplazada por colonos pastunes,... Según todos los indicios, la intención del emir era aniquilar a los hazaras y crear un estado totalmente suní, libre de tensiones religiosas. Para ello, el estado creó toda una serie de incentivos para los colonos pastunes, especialmente para los nómadas, que fueron posiblemente los mayores beneficiarios del intento de eliminar a los hazaras. Estado y nómadas compartían un interés común en la creación de un estado unificado, lo que les convirtió en los mejores aliados del emir. El conflicto abierto así entre los nómadas pastunes (Kuchis) y los hazaras sedentarios aún no se ha cerrado, como tendremos ocasión de comprobar en capítulos posteriores¹⁶.

Tribu a tribu fue sometiendo todo el país, llegando al remoto Kafiristán, «La Tierra de los Infieles», donde se refugiaron durante siglos los últimos afganos no sometidos al Islam. Tras el paso

16. Las zonas pastunes del norte y oeste del país, a día de hoy foco de actividades insurgentes, y las disputas a veces sangrientas entre Kuchis y hazaras en las tierras altas centrales, son herencia indirecta de esta política, seguida también en cierto modo por el rey Zahir y por los talibán.

del Emir de Hierro, la región, islamizada por la fuerza, pasó a ser denominada Nuristán, «El país de la Luz». El problema es que las campañas del Emir de Hierro, basadas en la explotación de las tensiones existentes entre etnias y tribus, habían unificado el país, pero a costa de enfrentar etnias y tribus entre sí, no logrando nada parecido a una verdadera cohesión nacional. Particularmente, puede decirse que no hizo ningún esfuerzo por incorporar a los no pastunes al proyecto nacional afgano, que para ellos siempre fue, y sigue siendo en gran medida, un proyecto pastún.

Para financiar sus campañas tuvo que recurrir a los británicos, cuyos subsidios anuales le permitieron reclutar un ejército regular de forma que, por primera vez, el emir podía prescindir de las tribus para formar un ejército que sólo respondía ante él mismo. Adicionalmente, también por primera vez, impuso el pago de impuestos a los terratenientes. Pero su decisión más controvertida fue la asumir el papel de *Imán* o líder espiritual de Afganistán, sumando a su poder temporal el espiritual. Sólo era un primer paso para privar a los *ulemas* del enorme poder del que gozaban hasta entonces. En calidad de *Imán* asumió la responsabilidad de interpretar la *Sharia* y de administrar el *Waq*, los fondos derivados del deber de caridad impuesto por el Islam. Por último, creó ministerios de Justicia y Educación, actividades tradicionalmente bajo responsabilidad de los religiosos. En resumen, se privó a los *Ulemas* de una importante fuente de poder y se les sometió al poder del emir que era ahora quien les pagaba.

Otro grupo poderoso al que era necesario neutralizar era el de los kanes. Para ello, era necesario desligarlos de sus grupos étnicos y tribales para alejarlos de su fuente de poder. Con esa finalidad, siguió una política que consistía en emplearlos para el gobierno de provincias y distritos, organizaciones creadas para extender la autoridad del estado a todo el territorio, en los que la población no pertenecía a su mismo grupo étnico o tribal; además, exigió que los impuestos recaudados por los gobernadores se remitieran en su totalidad a Kabul. Otras medidas encaminadas en la misma dirección fue la creación de una casta de burócratas dependientes únicamente del Emir y la concentración en la corte tanto de sus propios familiares como de los hijos de los grandes dignatarios del estado, convertidos en auténticos rehenes y educados en la lealtad al emir. Para dar forma a todas estas reformas,

convocó una gran *loya yirga* que, en la práctica, carecía de todo poder y era un órgano meramente asesor del emir. La mezcla de sentido político y brutalidad que caracterizó el reinado del «Emir de Hierro» dio sus frutos y, a su muerte, legó a su hijo un reino unificado, pacificado y políticamente articulado. El futuro diría si la paz y la unidad obedecían al nacimiento de un auténtico sentimiento nacional o al mero temor a la brutalidad del emir; de momento, su hijo Habibulá le sucedió pacíficamente, lo que ya supuso una novedad en el seno de las monarquías musulmanas en las que la ausencia de un derecho de primogenitura convertía cada sucesión en una guerra fratricida.

LOS SUCESOSES DEL EMIR DE HIERRO

Habibulá primero y su hijo Amanulá después del asesinato de su padre en 1919, lograron crear una administración independiente de las estructuras de poder tribales y étnicas, facilitando la aparición un nuevo grupo social de burócratas occidentalizados y desvinculados de su respectivo *qawn*. El *qawn*, fuese la tribu, el clan o la aldea, dirigido por sus jefes tradicionales y regido por una combinación de consenso y clientelismo, fue durante siglos la estructura social básica en Afganistán. Para el *qawn* el estado, fuera el que fuese, fue siempre un enemigo del que protegerse para garantizar la comunidad de intereses en que basaba su cohesión social. La creación de un auténtico estado pasaba inevitablemente por el debilitamiento de estas organizaciones sociales, de forma que la historia política del Afganistán del siglo XX podría muy bien resumirse como la de la lucha entre las fuerzas contrapuestas del estado y su burocracia con el *qawn*.

Habibulá (1901-1919), el hijo de Abdur Rahmán, era un hombre fascinado por Occidente, particularmente por sus adelantos técnicos que intentó trasladar a Afganistán. Aunque su afán modernizador no le impidiera disfrutar de cuatro esposas y 35 concubinas, se esforzó en introducir los últimos avances tecnológicos occidentales, utilizando asistencia técnica extranjera para abrir fábricas de textiles, zapatos, jabón,... y mejorar la minería. Con ayuda estadounidense, construyó la primera planta hidroeléctrica del país que llegó a suministrar electricidad a su palacio y los edificios públicos de Kabul. Enamorado de los coches, se hizo

construir una carretera, la primera de Afganistán, para disfrutar de su numerosa colección. En el campo religioso, Habibulá suavizó la posición de su padre frente a los clérigos, a los que permitió recuperar parte de su poder.

La mayor contribución del emir a la historia de su patria fue sentar las bases para su total independencia, limitada por el Tratado de Gandamak de 1879 que hacía depender su política exterior de la aprobación británica. Cuando en 1901 el nuevo emir informó al Virrey Curzon de su ascenso al trono éste, en una clara violación de los principios básicos del derecho internacional, le respondió que Gran Bretaña ya no se sentía vinculada por un tratado que, según él, tenía carácter personal y no vinculaba a los estados sino a quienes los firmaron. Una cínica burla al nuevo emir que consideró que desde ese momento su política exterior dejaba de sufrir las limitaciones impuestas en el tratado ahora denunciado por los británicos. Ante las presiones británicas por construir una línea férrea que uniera Quetta con Kabul, vía Kandahar y un telégrafo que uniera Kabul con el Virreinato, proyectos que hubieran ligado aún más Afganistán a la Gran Bretaña, el emir se opuso obstinadamente, insistiendo además en la necesidad de firmar un nuevo acuerdo que regulara las relaciones entre ambos estados. Finalmente, tal acuerdo se firmó en 1905 y en él no se incluían limitaciones a la soberanía afgana, ni se reconocía expresamente la validez de la línea Durand como frontera internacional. Adicionalmente, se estipulaba un subsidio de 40.000 Libras a favor de Kabul. Cuando en 1907 Habibulá visitó la India invitado por el Virrey Lord Minto, que había sucedido al conservador Curzon, fue recibido con los honores propios de un jefe de estado.

Durante la Primera Guerra Mundial, el emir logró mantener la neutralidad pese a las presiones de unos y otros. En 1915 una misión turco-alemana le visitó en Kabul, tratando de convencerle de atacar a los británicos en la India y a los rusos en el Turquestán en combinación con los levantamientos nacionalistas que se preparaban en ambos territorios. Los alemanes ofrecieron a cambio armas y 20 millones de libras y los turcos apelaron a la *Yihad* proclamada por el Sultán, pero no lograron su objetivo y Afganistán permaneció neutral.

En 1919 Habibulá fue asesinado durante una cacería sin que, a día de hoy, podamos decir quién estuvo detrás de este magnicidio.

Fue sucedido por Amanulá, su hijo, quien hubo de sofocar una breve revuelta encabezada por uno de sus hermanos. El nuevo emir estaba firmemente comprometido a modernizar su país a toda costa. Sin embargo, su clara determinación no estaba acompañada por el fino instinto político que demostraron su abuelo y su padre, lo que finalmente le conduciría al fracaso. Es muy posible que si hubiera seguido los consejos de su principal consejero, Mahmud Kan Tarzi, uno de los políticos afganos más sobresalientes del siglo XX, y hubiera sido más cauteloso a la hora de imponer las reformas modernizadoras, el resultado hubiera sido más positivo. Pero su impaciencia a la hora de introducir reformas modernizadoras originó una fuerte reacción que, al final, le costó el trono.

Sin embargo, la primera decisión de Amanulá no fue modernizadora sino puramente nacionalista y ésta sí contó con el apoyo entusiasta tanto de Tarzi como de las tribus y el ejército: el mismo año de su ascenso al trono, el nuevo emir declaró la guerra a los británicos iniciando la que sería la 3.^a Guerra Afgana, la única no iniciada por los británicos. En mayo de 1919 tres columnas afganas penetraban en la India británica, una de ellas encabezada por Nadir Kan, futuro emir. Una vez en territorio bajo control británico, las columnas se vieron reforzadas por milicias tribales procedentes de ambos lados de la línea Durand y por desertores de las fuerzas paramilitares fronterizas británicas. Sin embargo, los iniciales éxitos afganos fueron pronto ensombrecidos por la aparición de una nueva arma en manos de los británicos, la aviación, con la que bombardearon Kabul y Jalalabad forzando a los afganos a sentarse a la mesa de negociación.

Se trata de una guerra en la que es tan difícil establecer quien salió vencedor como dilucidar los motivos que llevaron a su desencadenamiento. Los combates duraron apenas cuatro meses, causando la muerte a unos 1.000 afganos, mientras que las fuerzas británicas e indias sufrieron 1.751 bajas. De ellas, 236 muertos en combate, 615 heridos; 566 murieron de cólera y 334 como resultado de otras enfermedades o accidentes. En este sentido, los resultados de la guerra son discutibles. Aparentemente, fue una victoria táctica británica ya que se repelió la invasión y se expulsó a los afganos del territorio indio, mientras que las ciudades afganas fueron sometidas a los bombardeos de la Fuerza Aérea británica. Sin embargo, las tropas anglo-indias sufrieron casi el

doble de bajas que los afganos y éstos fueron finalmente capaces de asegurar sus objetivos políticos y estratégicos. En cuanto a las causas, es difícil descubrir que llevó al emir a declararla. Incluso enfrentándose a un ejército agotado tras la reciente Guerra Mundial, una victoria táctica era poco probable. Pese a ello, la guerra sirvió al doble propósito de desviar las críticas internas y obtener ventajas políticas.

El Tratado de Rawalpindi, firmado en agosto, puso fin a la guerra; aunque dictado prácticamente por los británicos, contenía algunas concesiones como el reconocimiento de la plena soberanía de los afganos, a los que se reconocía oficialmente la libertad plena a la hora de conducir sus relaciones exteriores. Por esta razón, esta guerra es conocida en Afganistán como la Guerra de Independencia. Adicionalmente, como resultado de este tratado de paz, cesaron las subvenciones británicas y la venta de armas de la India a Afganistán. Pero los afganos lograron el pleno control sobre su política exterior, surgiendo de la guerra como un estado auténticamente independiente. Los británicos también lograron algunas ventajas políticas, en particular la reconocimiento de la Línea Durand y el compromiso de los afganos de no interferir en el lado británico de la línea. Aunque los combates cesaron en agosto de 1919, sus efectos se siguieron sintiendo en la región durante algún tiempo después. Las tribus pastunes del lado británico de la Línea Durand, armadas y enardecidas por la guerra, iniciaron una campaña de resistencia armada que ya no finalizaría hasta el final del Raj.

Para poner a prueba de la recién estrenada independencia, formulada de un modo un tanto ambiguo en el tratado, los afganos enviaron una legación diplomática a los Bolcheviques; en realidad una respuesta a la recibida anteriormente de ellos una vez que el 2.º Congreso Comunista Internacional hubiera decidido apoyar a los movimientos nacionalistas de corte «burgués» pero antiimperialista, como los encabezados por el propio Amanulá o los de Reza Sha en Irán o Ataturk en Turquía.

Menos exitoso fue Amanulá en sus intentos de modernizar el arcaico Afganistán. En 1923 aprobó una constitución inspirada en la persa de 1906, inspirada a su vez en los decretos promulgados por Ataturk. Según el nuevo texto, el emir pasaba a ser *padsha* (rey) siendo el cargo hereditario. La presión de los clérigos más

conservadores le obligó a convocar una *loya yirga* para revisarla y aprobarla. El resultado fue que se modificaron algunos aspectos permitiendo a los jueces recuperar parte de sus poderes a la hora de interpretar la ley. Mientras tanto, los fastuosos proyectos dirigidos por Amanulá y encaminados a convertir Kabul en una auténtica capital, llevaron al país a la bancarrota.

En 1927, acompañado de su esposa, el rey afgano inició una gira que le llevaría a recorrer numerosos países de Europa, el norte de África y Oriente Medio. Durante este periplo, fueron llegando a Afganistán noticias escandalosas, como la de su aparición en la mezquita de El Cairo vistiendo un traje occidental con sombrero o las fotografías de Soraya, la reina, sin velo y vistiendo trajes occidentales durante las recepciones oficiales. Estas noticias despertaron la indignación de los *mulás*, que clamaron que el rey se había vuelto contra el *Islam*. Amanulá visitó en su periplo Irán y Turquía, donde se estaban acometiendo reformas similares con notable éxito, lo que le animó en su empeño olvidando que tanto Ataturk como Reza Sha contaban con algo de lo que él carecía: una burocracia y un ejército leales y disciplinados que les apuntalaba en el poder y les permitía imponer medidas impopulares. Ambos elementos fueron cruciales en el éxito de la labor reformadora emprendida por ambos gobernantes; su ausencia en Afganistán impedía garantizar el éxito de las reformas. A su regreso a Afganistán, reunió una *loya yirga* compuesta por líderes tribales y religiosos ante la cual puso en conocimiento de las reformas que había decidido poner en práctica. Anunció el establecimiento de una monarquía de estilo occidental con un consejo de ministros, una cámara baja y otra alta; sus planes incluían entre otras cosas una estricta separación entre el poder religioso y el político así como la emancipación de la mujer, la abolición de la poligamia y la enseñanza obligatoria en escuelas mixtas. De haberse aprobado todas sus propuestas, el cambio hubiera supuesto una auténtica revolución en el país, pero la asamblea rechazó la mayoría de las propuestas. Ante ello, el rey convocó una segunda asamblea, en la que incluyó sólo a sus incondicionales, para asegurar la aprobación de las propuestas rechazadas por la primera. El proceso no careció de momentos dramáticos, como aquél en que el rey se dirigió de forma emotiva a sus súbditos, llegando a despojar a su esposa del velo frente

a la multitud, para demostrar hasta qué punto estaba comprometido con su misión modernizadora¹⁷.

Era demasiado para la arcaica sociedad afgana. En noviembre de 1928, un grupo de pastunes incendiaba el palacio de verano de Jalalabad (y ya de paso el consulado británico) mientras en el norte, un bandido tayiko conocido como Bacha Saqqao (El hijo del aguador) reunía un ejército de desarrapados. En nombre del Islam marchó sobre Kabul obligando a Amanulá a huir a Kandahar y a exilarse finalmente en Italia. Tras proclamarse emir con ayuda financiera británica, Bacha Saqqao sometió a Kabul a nueve meses de terror que le ganaron la enemistad de todos, incluidos finalmente los religiosos que habían aplaudido su «cruzada» contra el impío rey, aclamándolo como «Guerrero santo y servidor de la fe». La oposición al nuevo déspota se articuló en dos grupos: uno alrededor de Ghulam Nabi Charki, embajador en Moscú y nieto del Emir de Hierro, que contó con apoyo soviético para movilizar un ejército de mercenarios con el que marchar desde el norte, reponer a Amanulá y reiniciar su política modernizadora. El otro estaba liderado por Nadir Kan, el héroe de la tercera guerra anglo-afgana, miembro de la poderosa familia Musahiban, emparentada con la familia real. Nadir reunió un ejército ayudado por las tribus de ambos lados de la Línea Durand y por los británicos, derrotando a los bandidos de Bacha Saqqao en octubre de 1929 y ejecutando a éste junto a sus principales secuaces. A continuación, Nadir fue proclamado rey por el ejército tribal pastún movilizado para derrocar al usurpador.

El nuevo rey adoptó el nombre de Nadir Sha y para legitimar su entronización, en septiembre de 1930 convocó la tradicional *loya yirga*. El nuevo emir supo poner al país bajo control combinando conciliación y brutalidad. Para asegurar su poder frente a las tribus, formó un ejército regular de 40.000 hombres. Fue capaz

17. Esta actitud tuvo un efecto curioso. Muchos notables se vieron en la necesidad de seguir el ejemplo del rey y mostrar a sus mujeres en público. Para ello, algunos sintieron la necesidad de «adquirir» nuevas esposas por no considerar a las que tenían suficientemente hermosas o jóvenes. Mientras las tuvieron cubiertas, la mayor o menor belleza de sus esposas era un asunto meramente personal; pero para mostrarlas en público, debían estar a la altura de la posición social del esposo.

de recaudar impuestos y bajo su reinado se acometieron proyectos como la carretera que unía Kabul con el norte a través de los pasos del Hindu Kush. En el norte, obligó a drenar las malsanas marismas para convertirlas en tierras cultivables. En 1931 promulgó una nueva constitución mucho menos liberal que la anterior, tratando con ello de aplacar a los líderes religiosos. De hecho, el nuevo texto establecía una monarquía autocrática y reconocía un gran poder a los clérigos. Aunque se establecía una asamblea, el rey tenía poder de veto sobre sus miembros que, además, debían jurarle lealtad antes de tomar posesión de su escaño y no tenían capacidad para controlar la acción del gobierno, que sólo respondía ante el rey. En el ámbito religioso, se reconocía por primera vez el Islam de la escuela *Hanafi* como la religión oficial del estado. Para ganarse el apoyo de los clérigos, Nadir incluyó a los *Imam* en la nómina del estado y asignó a los principales líderes religiosos cargos lucrativos en la administración. Un consejo de *ulemas* era responsable de controlar los contenidos de la enseñanza.

En 1933 Nadir fue asesinado en Kabul por un estudiante universitario. El asesino era el hijo adoptivo del general Ghulam Nabi Charki, apaleado hasta la muerte unos días antes por sicarios del rey tras una discusión entre ambos; otro miembro de la familia Charki había sido ejecutado previamente por su supuesta implicación en el asalto a la legación británica realizado por un estudiante que aseguró haber querido asesinar al embajador británico para forzar la caída de Nadir Sha. La familia Charki representaba el partido pro-Amanulá, anti-británico (Nadir Sha había llegado al poder aupado por los británicos y frente al general Gulam, nieto de Abdur Rahman, que trató de derrocar a Sacha Baqqao con apoyo soviético), que acusaba a Nadir de carecer de legitimidad para reinar y haber usurpado el trono al nieto del Emir de Hierro.

Tras la muerte de Nadir Sha, el trono recayó en Zahir Sha (1933-1973), a la sazón un adolescente de apenas 19 años, por lo que el poder efectivo lo detentaron sus tíos Hashim y Sha Mahmud, que actuaron como primeros ministros en los periodos 1933-1946 y 1946-1953 respectivamente. Este fue un periodo de paz para Afganistán que, no sin dificultades, logró mantenerse al margen de la Segunda Guerra Mundial. Afganistán había seguido hasta ese momento una política de neutralidad procurando que ninguna potencia consiguiera una influencia excesiva en sus

asuntos; en esta línea, sólo aceptaba ayuda de países alejados y sin permitir que ninguno consiguiera una preponderancia excesiva. Bajo este criterio, se había rechazado la ayuda ofrecida por la URSS o Gran Bretaña, mientras que la presencia de Japón, Italia y sobre todo Alemania, era muy significativa. Al estallar la guerra, la URSS y el Reino Unido reclamaron a Kabul que todos los ciudadanos del Eje abandonaran el país inmediatamente. Esta petición ofendió a los afganos, por considerar que atentaba contra su neutralidad y su deber de hospitalidad; pese a que no faltaron exaltados que pidieron incluso una declaración de guerra, al final se impuso una respuesta de compromiso típicamente afgana: todo el personal no diplomático de todos los estados beligerantes, debía abandonar el país. La neutralidad quedaba salvada.

El relevo de Hashim por Sha Mahmud en 1946 supuso una mayor liberalización del régimen. Sin abandonar la constitución de 1931 se dieron pasos significativos sobre todo en los campos de la libertad de expresión y asociación. Las elecciones de 1949 condujeron a un parlamento en el que el 40% de los diputados pertenecía al bloque ilustrado aperturista. Representaban a una naciente clase media, formada y abierta, que abogaba por la modernización y liberalización del país. Esta línea de pensamiento, mayoritariamente urbana, tenía poco o ningún predicamento entre la ampliamente mayoritaria y muy conservadora población rural.

DAOUD. EL GIRO HACIA LA URSS

Es en este contexto en el que aparece en escena un personaje que será trascendental para el futuro de Afganistán: Daoud. Sobrino y cuñado del rey, estaba disconforme con la lentitud con que se abordaban las reformas, sobre todo en el campo económico, así que en 1953, con apoyo de la familia real, encabezó una revolución palaciega que le llevó a ocupar el puesto de primer ministro. Daoud podría definirse como un nacionalista modernizador, pero será su faceta de nacionalista la que condicionará a la larga sus políticas, sobre todo por su actitud ante el asunto de Pastunistán. El cambio de posición de Afganistán, en cuanto a su política exterior, que se produjo durante su mandato no fue algo que Daoud buscara de manera premeditada, fue más bien

su respuesta a situaciones no deseadas. El temor al todopoderoso vecino del norte, la URSS, llevó a Daoud a buscar ayuda militar en los EEUU, ayuda que le fue denegada por la falta de interés que en aquel momento despertaba en Washington un país no alineado y carente de importancia económica o política. En la misma línea, cuando pidió ayuda financiera para llevar adelante un plan de reformas económicas ambicioso pero factible y bien estructurado, la respuesta se limitó al apoyo a una serie de proyectos agrícolas en el valle del Helmand. Estas respuestas fueron distanciando a Daoud del que era en aquel momento su aliado preferido y fueron acercándolo a la URSS, siempre dispuesta a extender su esfera de influencia. Pero fue el asunto de Pastunistán lo que finalmente le hizo inclinarse de manera definitiva hacia la URSS. Como muchos otros afganos, Daoud no reconocía la Línea Durand como una frontera internacional definitiva y buscaba apoyos internacionales para reabrir conversaciones con Paquistán al respecto. Pero en aquellos momentos, toda la política internacional estaba condicionada por la política de alianzas derivada de la Guerra Fría. En virtud de ello, los EEUU apoyaron a su aliado preferente en la zona Paquistán frente a un menos relevante Afganistán; a la larga, esta situación acabaría provocando el deslizamiento de Afganistán hacia el bloque comunista.

La línea Durand fue establecida en el Tratado anglo-afgano de 1921, en el que se la definía en términos muy vagos ya que Afganistán no hubiera aceptado en ningún caso que se definiera claramente como una frontera internacional. En consecuencia, empleando una terminología premeditadamente ambigua, se definía más bien como una línea que dividía a las indómitas tribus pastunes en cuanto a la responsabilidad de su control. Al este de la línea, controlarlas sería responsabilidad británica; al oeste, afgana. Pero según el acuerdo era una línea provisional y no se definía como frontera internacional. De hecho, en la parte británica las tribus no fueron nunca sometidas, de forma que siguieron rigiéndose por sus instituciones y normas tradicionales. Para guardar las apariencias y dar cierta sensación de control, los británicos establecieron en 1901 dos demarcaciones administrativas, denominadas Frontera Noroeste (recientemente rebautizada como Khyber Pakhtunkhwa) y Aéreas Tribales con Administración Federal (*Federally Administered Tribal Areas*, FATA), que gozaban

de un estatuto muy particular dentro del imperio británico. De hecho, eran prácticamente autónomas y contaban incluso con su propia fuerza paramilitar, ya que el ejército británico prefirió no ocupar la zona. Incluso para los propios británicos, la pertenencia de estos territorios al Imperio era meramente nominal, como lo demuestra el informe del Comité Simon que en 1930 situaba el límite occidental del Imperio en la frontera con estos territorios. Cuando en 1947 se produce la partición del imperio británico de la India, a los territorios pastunes se les ofreció elegir en referéndum entre Paquistán y Afganistán. La opción elegida fue Paquistán, algo que Afganistán nunca aceptó ya que, a diferencia de lo que ocurrió con el resto de principados autónomos, a los pastunes no se les ofreció la opción de la independencia. El hecho es que la Línea Durand había pasado *de facto* a convertirse en una frontera internacional. El malestar afgano quedó patente cuando el mismo año Paquistán solicitó el ingreso en la ONU y sólo Afganistán votó en contra.

Lo realmente importante es que el problema de Pastunistán acabaría por arrojar a Afganistán a los brazos de la URSS. En esos años, las ayudas a Afganistán provenían tanto de la URSS como de los EEUU. Los primeros, a los que Daoud acudió con más intensidad ante los problemas con Paquistán y ante la negativa de EEUU de proporcionarle ayuda militar, proporcionaron entre 1956 y 1978 1.200 millones de dólares. Además proporcionaron ayuda financiera para construir fábricas de cemento, construyeron un oleoducto a través del Amu Darya y realizaron proyectos como la carretera entre Kandahar y Herat o el paso de Salang. También se preocuparon de realizar proyectos de menor entidad, pero muy visibles, como el hospital de Kabul, donaciones de autobuses,... proyectos que hacían muy visible su ayuda ante la población afgana sin implicar costes excesivos. Por el contrario, los EEUU se centraron en grandes proyectos, como la carretera Kabul-Kandahar, costosos y productivos, pero menos visibles para la población.

El punto de ruptura entre Paquistán y Afganistán se produjo cuando en 1955 Paquistán pretendió incluir los territorios pastunes en una gran unidad administrativa que englobaría a todos los territorios del Paquistán Occidental (Bangla Desh era todavía Paquistán oriental). Daoud consideró este paso como una medida

inaceptable que ponía fin a todo anhelo de autodeterminación para los pastunes paquistaníes. En su contra hay que decir que, como le recordaron desde Karachi, tampoco a los pastunes afganos se les ofreció en ningún momento esta posibilidad, un punto débil en la postura afgana que Paquistán siempre pudo esgrimir en sus enfrentamientos. La realidad parecía evidenciar que los pastunes orientales se encontraban a gusto en Paquistán, en cuyo seno estaban viviendo un periodo de evidente mejoría económica; resulta significativo que una proporción muy importante de los militares Paquistaníes fuera pastún. Posiblemente el golpe más duro para Daoud lo supuso el acceso a la presidencia de Paquistán en 1958 de un Pastún, Ayub Kan, que demostró una oposición frontal a la idea de Pastunistán.

En medio de estas disputas, Daoud continuó con sus proyectos de desarrollo económico y de potenciación de unas fuerzas armadas modernas y potentes, apoyándose cada vez más en exclusiva en la URSS y sus aliados del Pacto de Varsovia. En el campo social, los avances fueron más cautelosos y se intentó no darles demasiada publicidad, pero se dieron pasos importantes para modernizar el país. En el campo de los derechos de la mujer, volvemos a asistir a una escena familiar: en los actos de celebración de la independencia de 1959, Daoud ordenó a los miembros femeninos de la familia real y a las esposas de los dignatarios asistentes, a presenciar los actos sin velo, cosa que de mejor o peor grado hicieron todas. Este hecho fue considerado un escándalo por los más conservadores y a los pocos días Daoud recibió una delegación de clérigos que pretendían convencerle de que diera marcha atrás en sus decisiones aperturistas, que consideraban como anti islámicas; protestaban también por el hecho de que la enseñanza hubiera dejado de estar en sus manos para ser competencia del gobierno, algo que les quitaba gran parte de su poder real. Daoud, que se había hecho asesorar por un grupo de expertos que le aseguró que ni el *pardah* ni el velo eran exigencias del Corán, se negó a dar marcha atrás y acabó por encarcelar a los clérigos más díscolos. Los acontecimientos que se produjeron a continuación demostraron que algo había cambiado en Afganistán; cuando en Kandahar se intentó organizar una protesta aprovechando la oración del viernes, los revoltosos se encontraron con un potente despliegue de fuerzas llegadas de Kabul que impidió cualquier

manifestación. Daoud había conseguido organizar un ejército y unos servicios secretos que le permitían ejercer su autoridad en todo el país. De hecho, constituye un dato muy significativo que, en esos años, varios conflictos armados de carácter tribal surgidos en zonas como Jost o Paktya, fueran abortados por la intervención del ejército, algo que nunca antes había ocurrido.

Finalmente, el paso definitivo hacia la dependencia exclusiva de la URSS se produjo en 1961, tras decidir Daoud romper relaciones diplomáticas y cerrar la frontera con su vecino oriental. El cierre de fronteras se prolongó hasta 1963 y creó grandes problemas de abastecimiento de productos básicos en Afganistán, que hubo de solucionarlos acercándose aun más a la URSS, que supo aprovechar esta circunstancia para convertirlo en uno más de sus satélites. La ayuda soviética comenzó a llegar en grandes cantidades en forma de cereales, carburante, ayuda para la creación de infraestructuras y fábricas,... y ayuda militar. Pero las condiciones de la ayuda creaban un desequilibrio evidente: para pagarla, Afganistán debía exportar la práctica totalidad de los productos manufacturados en las fábricas construidas con ayuda soviética. Los soviéticos, por su parte, se habían preocupado muy mucho de que en Afganistán se produjeran productos necesarios para su economía. Así las cosas, no es de extrañar que para 1963 el valor de las exportaciones a la URSS no llegara a cubrir la cantidad que debía pagarse por los vencimientos e intereses de la deuda, situación que acabó por forzar la dimisión de Daoud.

La renuncia de Daoud dio paso a lo que se ha venido a denominar «El Experimento Democrático», proceso que abarca una década y que fue impulsado por el sucesor de Daoud, Mohamed Yusuf. Nada más llegar al poder, el nuevo jefe de gobierno anunció la promulgación de una nueva Constitución. Para aprobar el proyecto preparado por el gobierno, se reunió la que fue posiblemente la *loya yirga* más representativa de cuantas se habían celebrado hasta el momento. En ella estaban representados todas las etnias y grupos sociales, incluyendo un hindú de Kabul. Además, la *yirga* no se limitó a aprobar una propuesta impuesta por el rey, como había ocurrido en el pasado; en este caso hubo un verdadero debate y fruto del mismo, se introdujeron modificaciones al texto inicial. El texto aprobado finalmente puede calificarse como una constitución secular, basada en la división de poderes,

con un sistema legal basado no en la *Sharia* sino en la soberanía representada por el parlamento. Definía un sistema judicial basado en jueces profesionales que aplicaban las leyes aprobadas por el parlamento y establecía la libertad de culto, de expresión y de asociación. Una constitución modélica en el ámbito musulmán, muy al gusto de una minoría urbana e ilustrada, afincada principalmente en Kabul, pero muy alejada de la realidad del país. De entrada, encontró una fuerte resistencia en los clérigos, disconformes con el papel secundario asignado a la *Sharia*, y con su falta de competencia en los campos de la justicia y la enseñanza.

EL FINAL DE LA MONARQUÍA. EL RETORNO DE DAUD

Aunque en estos años se aprecian en Afganistán signos evidentes de avance social, la realidad es que en la mayor parte de los casos estos avances se circunscriben a Kabul, donde es de destacar el impulso que reciben la Universidad, que desde 1961 admitía mujeres entre su alumnado, y los centros de enseñanza de corte occidental que habían ido proliferando impulsados por países como Alemania o Francia. El desarrollo de la universidad condujo a la aparición de un gran número de licenciados a los que el sector privado no tenía oportunidad de ofrecer un trabajo, por lo que acabaron enrolándose mayoritariamente en una administración pública que fue engordando artificialmente para darles cabida.

En un país en el que las comunicaciones son un auténtico problema, la mayoría de los 20.000 alumnos de la Universidad residía en los alojamientos especialmente construidos para ello. Esto supuso un desarraigo de estos jóvenes con respecto a sus orígenes; este desarraigo unido al contacto con corrientes de pensamiento de todo tipo, facilitó la creación de un foco de rebeldía en el que se afianzaron corrientes islamistas y marxistas. Porque no fueron las fábricas donde se originaron los primeros grupos marxistas, ni las mezquitas o las madrazas donde aparecieron los primeros movimientos islamistas; ambas corrientes surgieron entre las minorías urbanas acomodadas que nutrían la Universidad de Kabul. En el campo comunista, los dos principales motores de este movimiento en sus años iniciales fueron Babrak Karmal (Babrak «El Camarada de los Trabajadores») y Taraki. Karmal,

hijo de un antiguo general y gobernador provincial, destacó pronto en el movimiento estudiantil, por lo que fue encarcelado entre 1953 y 1956. Taraki, por su parte, era un escritor que se acercó al marxismo durante su estancia en Bombay entre 1934 y 1937. Posteriormente estudió derecho y ciencias políticas en la Universidad de Kabul, acabando como agregado de prensa en la embajada de Afganistán en EEUU. Unas declaraciones contrarias a la monarquía le costaron el cese y el regreso inmediato a Kabul. Su biografía oficial dice que, una vez en el aeropuerto de esta ciudad, llamó a Daoud para preguntarle si debía dirigirse a su casa o a la cárcel. Volvió a casa y creó una agencia de traductores e intérpretes que le permitió ganarse la vida sin problemas.

Para Daoud, el acercamiento a la URSS era compatible con la persecución implacable de los izquierdistas más radicales, por lo que muchos de éstos pasaron largas temporadas en la cárcel y cuando finalmente fueron liberados, se les prohibió realizar actividades políticas. Ante esta situación, en los años sesenta surgieron varios grupos comunistas clandestinos, entre los que destacaban el encabezado por Karmal y Taraki que en 1964 crearon el Partido Democrático Popular de Afganistán (PDPA), conocido habitualmente como *Khalq* (Pueblo), que combinaba un programa leninista, que abogaba por unir fuerzas con burgueses y anti-imperialistas, con una organización rígidamente estalinista. En las elecciones de 1965 presentaron 8 candidatos y obtuvieron 4 escaños. Karmal y Taraki, los dos líderes principales del partido, no tenían diferencias ideológicas significativas, pero sí defendían estrategias diferentes. Mientras Karmal era más cauto y pretendía ir ganado fuerza sin enfrentarse abiertamente al régimen, Taraki era partidario de una acción más resuelta para forzar su caída. Pero fueron realmente sus diferencias personales las que llevaron finalmente a la ruptura del partido en dos facciones, *Khalq* (Pueblo) liderada por Taraki y *Parcham* (Bandera) liderada por Karmal. Además, surgió un tercer grupo, de orientación maoísta y anti-soviética. Este grupo, encabezado por el hazara Mahmoodi incluía, a diferencia de los dos anteriores, un importante número de trabajadores de Kabul, mayoritariamente hazaras.

Los islamistas fueron el otro gran grupo político originado en la Universidad de Kabul. En 1965 un grupo de profesores creó el partido Jamiat-i-islami. Es de destacar que, ya desde sus

orígenes, éste era ajeno a la jerarquía religiosa oficial; no nació alrededor de las mezquitas o de las madrazas, sino en la universidad. Este grupo, menos activo inicialmente que el comunista, no planteó un serio problema a las autoridades durante el periodo de la «Nueva Democracia». En 1970 ganó las elecciones celebradas en la Universidad, desbancando a los comunistas. Entre sus primeros miembros cabe citar algunos, como Rabbani, Massoud y Sayyaf, que han protagonizado la política afgana durante cuarenta años. En opinión de estos líderes, Afganistán no estaba aún preparado para la revolución que preconizaban; para ir preparando decidieron irse infiltrando en la administración y las fuerzas armadas. Frente a ellos, un Hekmatyar más radical prefería una confrontación directa con el estado. Adicionalmente, el movimiento islamista afgano estuvo desde sus inicios fragmentado según líneas étnicas.

La situación de Afganistán en este periodo podría resumirse diciendo que era un país muy pobre y subdesarrollado, eminentemente agrícola y dependiente de la ayuda exterior. En cuanto a su nivel de pobreza y desarrollo, da igual que el indicador empleado sea la renta *per cápita*, el nivel de alfabetización o el número de médicos por habitante; sea cual sea el indicador empleado, Afganistán se encontraba entre los peor situados del mundo. Más del 60% de la riqueza del país derivaba de la agricultura, una agricultura de subsistencia que ocupaba a cerca del 85% de la población, en la mayoría de los casos en condiciones cercanas a la pobreza. La falta de una estructura administrativa medianamente desarrollada hacía difícil al estado generar ingresos suficientes por vía de impuestos. Si a ello le añadimos la facilidad con que el régimen de Zahir Shah había liberado a los terratenientes más próximos a la corona de la obligación de pagarlos, podremos imaginar lo escaso de lo obtenido por esta vía y comprender su evolución descendente. Si en 1952 los impuestos directos sobre la tierra suponían un 18% de los ingresos del estado, en 1962 suponían tan solo el 6% y en 1972 el 1%. Algo más fácil resultaba gravar a las nacientes compañías comerciales, cuya aportación fiscal en los mismos años supuso respectivamente el 13%, 9% y 6%. A partir de 1972, los ingresos del estado por la explotación de los yacimientos de gas supusieron un importante 7% de los ingresos totales del estado, pero la brecha entre lo ingresado y lo gastado seguía siendo enorme.

Desde los tiempos del Emir de Hierro, los gobernantes afganos se habían acostumbrado a ingresar mucho menos de lo que gastaban y a solucionar este problema recurriendo a la ayuda exterior. Primero fueron los británicos, que durante la Guerra Fría fueron sustituidos por la URSS y los EEUU, de cuya competencia los gobernantes de Kabul supieron sacar un buen beneficio. El porcentaje de los ingresos del estado procedentes de la ayuda exterior en el periodo 1952-72, evolucionó del 52% al 72%. Evidentemente, Afganistán era un país totalmente dependiente de la ayuda exterior; un descenso significativo en esta fuente de ingresos tendría consecuencias catastróficas para un país que, con esta ayuda, era capaz de ir desarrollando infraestructuras y mejorando la calidad de vida en algunos centros urbanos, pero era incapaz de alejar a la mayoría de la población del umbral de la pobreza. Cuando a partir de 1965 los niveles de ayuda internacional comenzaron a decaer, los riesgos implícitos en esta situación se hicieron realidad. El desempleo entre los jóvenes que salían de la universidad sufrió un incremento que no hizo sino incrementar su malestar con el régimen. En 1968 se produjeron las primeras huelgas de estudiantes, seguidas poco después por huelgas de trabajadores, que también sufrían las consecuencias del deterioro de la situación económica. En el ámbito político, este periodo es testigo de una polarización de la sociedad entre comunistas e islamistas, mientras los poderes tradicionales descubren los beneficios de entrar en política y beneficiarse de los fondos del estado para beneficiar a los suyos. La reacción islamista a los avances sociales, sobre todo en el campo de los derechos de la mujer, se manifestaba en frecuentes ataques a mujeres por hechos como no vestir velo o llevar tacones. Sin embargo, a pesar de estas agresiones, el Kabul de la época presentaba en este aspecto la apariencia de una ciudad moderadamente abierta y moderna.

Sin embargo, no fueron ni comunistas, ni islamistas los que finalmente acabaron con el experimento democrático; fue la naturaleza, en forma de una larga sequía de tres años (1069-72), la que llevó al país a una situación de pobreza tal que acabó provocando la caída del régimen. El 17 de julio de 1973, aprovechando que el rey estaba de vacaciones en Italia, su sobrino Daoud dio un golpe de estado, proclamó la república y asumió los cargos de presidente, primer ministro y ministro de defensa y asuntos exteriores. Daoud

había vivido los últimos años apartado de la política activa ya que la constitución de 1964 prohibía expresamente a los miembros de la familia real dedicarse a la política. Incapaz de aceptar esta exclusión, convirtió su casa en el centro de reuniones de todo tipo de reformistas y descontentos. En estos encuentros, en los que fue tejiendo la red que le permitiría hacerse con el poder, entró en contacto con Karmal y ambos vieron en el otro un eficaz colaborador para sus propios planes. Para Daoud, la cohesión y disciplina de los miembros del *Parcham* suponían una ayuda inmejorable a la hora de hacerse con el control de la administración. Para Karmal, tenía sentido apoyar a Daoud para que fuera él quien diera los primeros pasos reformadores, a la espera de que la sociedad estuviera madura para la revolución que ellos encabezarían en su momento.

Conseguido el poder, Daoud se lanzó a poner en práctica su agenda sinceramente modernizadora, combinando una actitud dictatorial con sus opositores con una postura pragmática a la hora de poner en práctica reformas como la agraria, tratando de evitar que un ritmo demasiado vigoroso generara rechazo en una sociedad profundamente conservadora. Los comunistas deberían haber tomado nota de esta actitud; ignorarla les llevaría al fracaso en el futuro. Pero una vez más, el espinoso asunto de Pastunistán se cruzaría en su camino. En 1971, Bangladés obtuvo la independencia de Paquistán, lo que dio alas a los nacionalistas baluchis y pastunes de este país. Daoud no dudó en apoyar a ambos, permitiendo incluso que los nacionalistas baluchis instalaran un campo de entrenamiento en Kandahar. La actitud de Kabul apoyando a movimientos nacionalistas transfronterizos suponía una amenaza para toda la región, algo que la URSS no estaba dispuesta a consentir. Las presiones para que Afganistán cesara en su apoyo a pastunes y baluchis y abandonara el sueño de Pastunistán fueron acatadas por Daoud, que incluso reconoció la Línea Durand como frontera internacional, pero supusieron el inicio de un distanciamiento progresivo entre ambos: la luna de miel de Daoud con Moscú había finalizado. Este distanciamiento de Moscú vino acompañado de un acercamiento a Irán, el «Policía de los EEUU» en la zona, que estrechó las relaciones con su vecino, al que prometió ayuda económica y apoyo. Este nuevo escenario iba a cambiar dramáticamente a finales de los 70, cuando se produjeron acontecimientos que pusieron «pata arriba» la región. Entre

los años 77 y 79 se produjo la caída del Sha y el retorno triunfal a Irán de Jomeini, un golpe de estado en Paquistán hizo caer a Bhutto, derrocado por el pro-islamista Zia ul-Haq y en Kabul, Daoud fue asesinado en el curso de la denominada «Revolución Saur». Nada volvería a ser lo mismo en esta zona del mundo.

EL REGIMEN COMUNISTA

La denominada Revolución Saur fue en realidad un golpe militar sin ninguna participación popular. Los comunistas afganos habían planeado el golpe para el verano de 1978, pero los acontecimientos lo precipitaron. El 17 de abril fue asesinado el ideólogo comunista Mir Akbar Kyber. Aunque Taraki y Karmal acusaran al imperialismo americano, pocos dudan que Daoud estuviera detrás de este crimen, como parece confirmarlo el hecho de que, inmediatamente después del asesinato, los servicios secretos se lanzaran a arrestar a la cúpula del partido comunista. Pero lo que parecía una operación perfectamente preparada para descabezar al PDPA, se vino abajo por una serie de pequeños detalles en su ejecución. Curiosamente, Hafizullah Amin, el responsable del control de las fuerzas armadas, no fue detenido como el resto de sus compañeros del politburó, sino simplemente sometido a arresto domiciliario. Desde su casa, por una serie de fallos en los responsables de controlarle, pudo diseñar y hacer llegar a la 4 División Acorazada los planes para un alzamiento inmediato, que se produjo el 27 de abril. Las dos divisiones de infantería estacionadas en Kabul poca resistencia pudieron ofrecer a las unidades acorazadas sublevadas y sólo la Guardia Presidencial luchó hasta el final, aunque no pudo impedir que los golpistas acabaran por entrar en el palacio y asesinaran a toda la familia Daoud. Cabe decir que el golpe se produjo ante la indiferencia absoluta de la población y, según todos los indicios, sin intervención de la URSS. A los pocos días era proclamada la República Democrática Popular de Afganistán, en la que el poder se repartía de forma más o menos equitativa entre las dos facciones comunistas lideradas por Amin y Karmal, mientras Taraki desempeñaba el papel de «Líder Supremo». Las relaciones entre ambos grupos, lejos de mejorar, fueron deteriorándose y el control que Amin tenía del ejército, unido al apoyo de Taraki, permitieron ir arrinconando a los Par-

chami de Karmal, hasta expulsarlos completamente del Politburó y el Comité Central.

Los comunistas eran conscientes de que encabezaban una revolución en la que no participaban ni los obreros, ni los campesinos y a la que sólo una minoría urbana apoyaba (curiosamente, lo que podríamos denominar la burguesía urbana, una paradoja muy repetida en la historia del comunismo). Ante lo débil de su apoyo social y temerosos de que las fuerzas contrarias a la revolución pudieran derrocarlos, se lanzaron a una intensa campaña de represión acompañada de una serie de medidas que debían ganarles el apoyo popular; las más ambiciosas fueron la reforma agraria y la campaña de alfabetización. La primera pretendía acabar con los grandes latifundios, distribuyendo tierras entre los campesinos y acabar con el sistema de préstamos vigente en el medio rural, que había arruinado a miles de pequeños propietarios. Pero se hizo sin tener en cuenta la realidad social del medio rural afgano y la mentalidad de sus gentes, que no pasaba por alto el valor cuasi-sagrado que el Islam da a la propiedad privada; para sorpresa de los comunistas, su programa de redistribución de tierras gozó de muy escaso apoyo entre los campesinos. La campaña de alfabetización, por su parte, pretendía también alejar a los campesinos de la influencia de los clérigos y adoctrinarlos. En este caso, la actitud arrogante y el desconocimiento total del medio en el que se movían que demostraron los profesores llegados desde Kabul, tuvieron una gran parte de la culpa del malestar que generó esta campaña de «culturización». Finalmente, ninguna de las dos grandes reformas gozó del apoyo popular; muy al contrario provocaron un amplio malestar que se manifestó en revueltas que se iniciaron en Nuristán y Bamyan pero acabaron extendiéndose a todo el país.

La respuesta del gobierno comunista a la creciente oposición popular a sus políticas fue la represión. Primero selectiva, dirigida contra lo que consideraban los enemigos naturales del régimen: clérigos, liberales, intelectuales, maoístas, estudiantes islámicos, sufíes, ... Esta represión costó la vida a un número que oscila entre los 50.000 y los 100.000 según las fuentes, pero no evitó que las revueltas se generalizaran; ante ello, la represión también se generalizó, pero no logró evitar que provincias «rebeldes» como Nuristán y Bamyan se desvincularan completamente del gobierno de Kabul y funcionaran de hecho de forma autónoma. Sólo algunos grupos

de las clases medias urbanas y los campesinos que habían recibido tierras gracias a la reforma agraria apoyaban al gobierno de Kabul. El resto, agrupado según líneas tribales y étnicas, se preparó para la resistencia con el apoyo inmediato del Paquistán de Zia ul-Haq, deseoso de compensar de alguna manera la impopularidad de su régimen convirtiéndose en el campeón de la lucha contra los infieles comunistas. Habían nacido los campos de entrenamiento para afganos en Paquistán. Aun no han desaparecido.

Se calcula que el número de refugiados afganos en Paquistán en aquellos años oscilaba alrededor de los tres millones. La mayoría de ellos vivía en campamentos situados cerca de la frontera, donde recibían ayuda procedente de países como EEUU o Arabia Saudí y organizaciones como ACNUR. En 1986, el más grande de todos ellos era el de Jalozai, en la zona fronteriza del noroeste. Llegó a albergar alrededor de 100.000 refugiados. Entonces, el campo estaba rodeado de un muro y contaba con vigilancia armada paquistaní en su acceso. Entre sus servicios, contaba con hospital y escuelas, que proporcionaban sus servicios de forma gratuita. Hacia el año 2000, cuando la ayuda asociada a la lucha contra los soviéticos había dejado de fluir, los servicios se habían degradado y ya no eran gratuitos. Al calor de la mano de obra barata, el campo se había ido rodeando de fábricas artesanales de ladrillos, donde trabajaban en condiciones muy penosas familias enteras de afganos, únicos trabajadores de estas fábricas cuyos propietarios eran paquistaníes. En 2007 Paquistán decidió de forma unilateral clausurar el campo. Sus excavadoras lo arrasaron completamente y sus ocupantes se vieron transportados en autobuses a la frontera, alegando que era un retorno voluntario, dado que ACNUR proporcionaba ayuda económica a todos los retornados.

La presencia de los campos de entrenamiento y de refugiados en su territorio proporcionó a Paquistán la oportunidad de jugar un papel fundamental en el apoyo a los muyahidines. Aunque la mayoría de los fondos con que se nutría a éstos procedían de la CIA¹⁸, era

18. Ante la negativa del congreso a financiar a estos grupos, la CIA desvió fondos a cuentas en las Islas Caimán y Suiza para transferirlos de forma encubierta a Paquistán. Fue la mayor operación encubierta en la historia de la CIA, una operación clandestina realizada sin apoyo del Congreso.

el ISI, los servicios secretos paquistaníes, quien los distribuía; como distribuía también la ayuda procedente de Arabia Saudí, China y Egipto. Nadie controlaba la política seguida por el ISI en el uso de estos fondos, lo cual le proporcionó un poder enorme a la hora de manipular a su antojo a los grupos muyahidines. La ayuda, tanto humanitaria como militar, era distribuida a través de siete grupos opositores, los llamados partidos de Peshawar. Era necesario pertenecer a uno de ellos para recibir cualquier tipo de ayuda. Uno de estos grupos lo lideraba el moderado y conciliador Rabbani, claramente enfrentado con los seguidores del más radical Hekmatyar, el favorito del ISI. Otro de los grupos lo encabezaba el deobandista Maulana Yunis Khalis, líder tribal pastún que contaba entre sus seguidores al futuro líder talibán, el mulá Omar. El favorito de Arabia saudí era el wahabí Abdul Rassoul Sayyaf. Los últimos eran los más favorecidos por el ISI y, curiosamente, los más radicalmente islamistas. El dinero de la CIA escasamente llegaba a los grupos más moderados, relacionados con la familia real, con las hermandades sufíes y las clases medias urbanas.

Pese a la generosa financiación recibida, los muyahidines no se mostraron en esos años especialmente eficientes. Sus acciones estaban más ligadas a la consecución de botín o prestigio personal, o a afianzar el control sobre zonas concretas frente a otros grupos insurgentes rivales que a cualquier tipo de objetivo estratégico. En la práctica totalidad de los 325 distritos del país había al menos un grupo armado, pero no sólo no había coordinación, sino que eran frecuentes los enfrentamientos armados entre ellos. Los soviéticos, mientras tanto, seguían una estrategia básicamente estática y defensiva, centrada en la defensa de las principales ciudades del país y del paso de Salang; para ello llegaron a contar en Afganistán con 85.000 hombres. Las acciones más arriesgadas eran encomendadas al mal equipado e instruido ejército afgano, que era el que sufría la mayor parte de las bajas. Para un ejército que había perdido el 75% de sus efectivos y que debía mantener un servicio militar de cuatro años ante el elevadísimo número de desertiones, era un esfuerzo excesivo. Así lo entendieron los soviéticos, que finalmente se decidieron a mejorar sus capacidades. Para 1983 el ejército afgano era una fuerza de 100.000 hombres razonablemente equipados e instruidos y acompañado en sus operaciones por asesores soviéticos.

Este refuerzo de las capacidades del ejército afgano vino acompañado de una estrategia más ofensiva encaminada a destruir a la insurgencia, bien atacándola directamente, bien destruyendo sus fuentes de apoyo. Es decir, aparte de atacar a los muyahidines allí donde estuvieran, se inició una campaña de bombardeo de las comunidades en las que se apoyaban, aplicando una táctica de tierra quemada en las zonas en las que encontraban su sustento. El número de aldeas arrasadas y de campos destruidos en esta fase hace que se recuerde aún con horror entre los afganos, que se vieron obligados a abandonar su país por cientos de miles huyendo de los bombardeos o del hambre. Ante la magnitud de la respuesta soviética, el recién llegado presidente Reagan autorizó en 1984 el empleo de todos los medios disponibles para ayudar a los rebeldes afganos en su lucha contra los comunistas.

Paralelamente, se habían ido produciendo algunos intentos de solucionar el conflicto por vías pacíficas. Ya en 1981, Paquistán solicitó la mediación de la ONU, que designó a Kurt Waldheim mediador. Los inicios no fueron muy esperanzadores: Las condiciones iniciales puestas sobre la mesa por el PDPA incluían el cese de todo apoyo paquistaní a los insurgentes, mientras Paquistán, que se negaba a cualquier contacto directo con las autoridades de Kabul, exigía como requisito previo la retirada de las fuerzas soviéticas y la «autodeterminación de Afganistán». Con tales posiciones de partida, no es de extrañar que durante mucho tiempo no se produjera ningún avance. Las cosas sólo mejoraron cuando en la URSS accedió al poder Andropov, que siempre se había mostrado contrario a la intervención militar en Afganistán. En las mismas fechas, Waldheim fue sustituido en su papel de mediador por Diego Cordovez, que demostraría ser un negociador mucho más tenaz y persuasivo. En las conversaciones que se mantuvieron en Ginebra, ante la negativa paquistaní a mantener conversaciones directas, accedió a actuar como mensajero entre las delegaciones afgana y paquistaní, reunidas en sendas habitaciones entre las que el mediador se desplazaba para transmitir los respectivos mensajes, actuando como un auténtico correveidile.

Un golpe a las negociaciones se produjo cuando Andropov fue sustituido por el más duro Chernenko; pero su paso por la secretaria general del partido fue breve y en febrero del 1984 fue sucedido por Gorbachov que en el XXVII Congreso del Partido

Comunista anunció la retirada de las fuerzas soviéticas de Afganistán. La retirada no sería inmediata, antes de hacerse efectiva era necesario asegurar un gobierno pro soviético que garantizara los objetivos estratégicos del Kremlin. Para este cometido, Gorbachov eligió a Nayibulá, el jefe de los servicios secretos afganos, apodado «El Buey» tanto por su tesón, como por su complexión física, potenciada por años de dedicación a la halterofilia y la lucha. Su cometido principal era lograr la reconciliación nacional, para lo que ofreció un alto el fuego unilateral de seis meses, la formación de un gobierno de unidad nacional y el libre retorno de los refugiados. Creó para ello la Comisión Suprema Extraordinaria para la Reconciliación Nacional, dedicada a difundir el mensaje de la reconciliación entre exiliados y familiares de insurgentes, así como de apoyar económicamente el retorno de los refugiados que decidieran hacerlo. La oferta de participación en un gobierno de unidad nacional no fue aceptada por los islamistas de Peshawar, apoyados por Paquistán. Según todos los datos disponibles, parece que estos grupos no representaban realmente ni al 50% de la población de los campos de refugiados, pero el sistema ideado por el ISI les había dado un control pleno sobre ellos. Indirectamente, gracias al apoyo de EEUU, era el ISI el que decidía la postura de los *muyahidines*. A pesar de ello, Nayibulá prosiguió con su plan de reconciliación y renovó el alto el fuego por otros seis meses, lo que le dio tiempo para redactar una nueva constitución que fue aprobada por la correspondiente *loya yirga* en noviembre de 1987. La nueva constitución, además de definir a Afganistán como un estado islámico, establecía un sistema parlamentario, con participación de partidos políticos. No se podía hacer más para ganarse el apoyo de al menos los grupos más moderados de la oposición.

Poco después de la aprobación de la nueva constitución, Diego Cordovez lograba un acuerdo que se materializó en los llamados Acuerdos de Ginebra de abril de 1988. El acuerdo alcanzado entre Afganistán, Paquistán, los EEUU y la URSS fijaba un plazo de nueve meses para la retirada de las fuerzas soviéticas, prohibía a Paquistán inmiscuirse en los asuntos internos de Afganistán y garantizaba un retorno seguro a los refugiados. Los EEUU y la URSS se convertían en garantes del acuerdo al que se había llegado considerando al conflicto afgano como una parte del más

amplio entre los EEUU y la URSS; tanto es así que ni siquiera se consideró necesario contar en la mesa de negociaciones con los *muyahidines*, ni tener en cuenta la postura de otros actores regionales como Irán. Los problemas vendrían de la intransigencia de los partidos de Peshawar y de la postura siempre ambivalente de Zia ul-Haq, siempre atento a sus propios intereses estratégicos.

TRAS LA RETIRADA SOVIETICA

En la URSS el temor a que la retirada de sus tropas fuera seguida de un baño de sangre, llevó a Gorbachov a tantear al rey Zahir sobre un posible retorno, consciente de que el rey gozaba de las simpatías de gran parte de los refugiados, pero el veto impuesto por los fundamentalistas impidió explorar esta vía, apoyada también por Cordovez. Mientras, el presidente Zia mantenía una actitud equívoca ante el futuro de Afganistán. Oficialmente, abogaba por un acuerdo que incluyera a los *muyahidines*, los refugiados y el gobierno de Kabul, pero la esperanza de un rápido colapso de éste no le animaba a darse prisa a la hora de negociar con Nayibulá. Además, el crónico desacuerdo entre los partidos de Peshawar, que tomaban sus decisiones por unanimidad, hacía difícil llegar a un acuerdo, lo cual beneficiaba a Zia. Las propuestas de Cordovez para un referéndum en los campos de refugiados que permitiera crear un liderazgo fuerte y representativo fue rechazado radicalmente; de hecho, Cordovez ni siquiera fue autorizado a visitar los campos. Mientras, el tiempo seguía corriendo. El 8 de febrero de 1988 Gorbachov desvelaba el calendario de la retirada: se iniciaría el 15 de mayo y duraría diez meses. La inminencia del repliegue parecía dar fuerzas a Zia que manifestó su resolución de no llegar a ningún tipo de acuerdo con Nayibulá, echando por tierra los planes de Cordovez. Ante este ultimátum, los soviéticos presionaron a Zia para que dejara a los afganos decidir sobre su futuro. Su respuesta consistió en sabotear cualquier intento de formación de un gobierno de unidad nacional, presionando a los partidos de Peshawar para que nombraran su propio gobierno al margen del de Kabul. El mandato de este gobierno se limitaría a controlar el repliegue soviético y convocar elecciones en seis meses para un parlamento en el que un 25% de los escaños estarían reservados para «musulmanes actualmente residentes en

Afganistán», es decir, los no comunistas ajenos a los partidos de Peshawar. Se establecía también un Consejo de Guardianes de la Revolución, a semejanza del iraní, para controlar la ortodoxia del gobierno. Según todos los indicios, toda la operación no era sino una maniobra de Zia para torpedear cualquier otra iniciativa que pudiera poner en peligro sus propios intereses en Afganistán.

Finalmente, las presiones de EEUU lograron sentar al presidente paquistaní a la mesa de negociaciones en Ginebra, donde el 14 de abril se lograba al fin firmar un acuerdo que, en la práctica, no supuso sino una pausa en la guerra que prosiguió a pesar de ello. Los EEUU continuaron apoyando a los *muyahidines* a través de Paquistán. Así las cosas, se esperaba que el gobierno de Kabul no sobreviviera a la retirada soviética. Pero lo hizo. El ejército afgano demostró ser más eficaz que las desorganizadas y descoordinadas milicias a las que se enfrentaba, lo que llevó a algunos partidos de Peshawar a desempolvar el plan de retorno del rey para encabezar un gobierno de unidad nacional. El ISI se encargó de reforzar a Hekmatyar, el más radical, para evitar cualquier posibilidad de acuerdo. Finalmente, tras un mes de negociaciones, los partidos de Peshawar lograron formar un gobierno de 35 ministerios, presidido por Sibgatula Mujaddedi, en el que no estaban incluidos ni los chiítas¹⁹ ni algunos de los líderes militares más eficaces en la lucha contra los comunistas.

19. En el caso de los hazaras, el tradicional enfrentamiento entre chiitas y sunitas persistió durante la guerra contra los soviéticos. De hecho, ninguna de las organizaciones muyahidines fue capaz de incorporar miembros de los dos grupos, ni la presencia de un enemigo común hizo demasiado por limar las desconfianzas mutuas. En general, sus relaciones fueron pacíficas hasta el momento en que se empezó a discutir el reparto de poder que debía seguir a la retirada soviética, pero cuando empezó a atisbarse la posibilidad de alcanzar el poder, las cosas cambiaron. En las negociaciones de Peshawar, la mayoría sunita relegó a los chiitas a un papel secundario, que éstos trataron siempre de superar, luchando por conseguir una representación relevante en los gobiernos que se formaron, primero en el exilio y después en Kabul. Las continuas negativas a sus exigencias, reforzaron el tradicional sentimiento de exclusión de los hazaras, que acabaron por superar rivalidades internas y formaron un frente común único, que acabó por lograr algunos de sus objetivos políticos. Pero, finalmente, estas rivalidades unidas al ansia de poder que siguió a la caída de Nayibulá, acabaron desembocando en la guerra civil que asoló el país, especialmente Kabul, en la

El nuevo presidente prometió que en un mes establecería su gobierno en Afganistán. Para ello, el ISI planeó una operación que debía permitir tomar Jalalabad, la tercera ciudad del país, muy próxima a la frontera con Paquistán y un emplazamiento perfecto para el nuevo gobierno, al que se quería lo antes posible en territorio afgano. La ejecución de la operación por los *muyahidín* demostró a las claras su debilidad a la hora de enfrentarse abiertamente al ejército afgano: en vez de un conjunto coordinado de unidades militares, actuaron sin atenerse al plan establecido, mientras sus rivalidades internas les impedían actuar coordinadamente. En el bando contrario no se produjeron las deserciones masivas que todos esperaban y la brutalidad de algunos comandantes muyahidines que ejecutaron indiscriminadamente a los soldados afganos capturados, no hizo sino reforzar la voluntad de combatir del resto. Finalmente la operación se saldó en un estrepitoso fracaso para los *muyahidines*, que además pudieron advertir cómo el éxito obtenido reforzaba la moral de las fuerzas gubernamentales.

Consecuente con su intención de formar un gobierno de amplia base, Nayibulá intentaba ganarse apoyos concediendo gran autonomía a los *qawns* que le apoyaban mientras, allí donde su poder no llegaba, iban surgiendo espontáneamente centros de poder independientes, al margen tanto del gobierno de Kabul como de los partidos de Peshawar. Lo que de hecho estaba ocurriendo es que el país se estaba fragmentando a medida que los poderes así surgidos iban creando sus propias milicias y se iban haciendo completamente independientes de cualquier poder superior.

Un ejemplo claro de esta situación podemos encontrarlo en Ismatulá Mashim. Entrenado en la Unión Soviética, encabezaba una milicia que controlaba la región entre Kandahar y Paquistán, actuando al más viejo estilo de la zona: el contrabando y el control sobre el tráfico de drogas eran su fuente principal de riqueza y no reconocía ninguna autoridad superior. Cuando el ISI le presionó

que todos acabaron enfrentándose contra todos. Inicialmente, los hazaras fueron exitosos a la hora de unar al resto de grupos no pastunes para evitar una reedición de la supremacía de este grupo. Pero la postura de los tayikos, poco propensos a compartir el poder, acabó con esta alianza.

para que se uniera a los partidos de Peshawar y amenazó su negocio con el contrabando, decidió alinearse con Kabul. Nayibulá supo aprovechar la ocasión y para garantizar su lealtad le nombró miembro del Consejo Revolucionario. De forma parecida solucionó el problema de asegurar la ruta hacia el norte a través del paso de Salang. La zona estaba controlada por los ismaelitas de Sayyed Mansur que dominaban la zona al norte del paso. Los ismaelitas son una minoría despreciada por hereje tanto por suníes como por chiitas y estaba organizada en milicias para defenderse de los grupos hostiles que le rodeaban. En este caso, Nayibulá decidió nombrar a Sayyed general, le nombró gobernador de Baghlan y miembro del Consejo Revolucionario. Sus milicias se convirtieron en la 80.^a División, al mando de su hijo Jafftar. Pero fue en el norte, en la provincia de Jawzjan, donde surgió la mayor y más eficaz milicia progubernamental, encabezada por Dostum. Esta milicia, que alcanzó los 40.000 hombres, comenzó cuando los uzbekos, tradicionalmente explotados por los terratenientes pastunes de la zona, decidieron organizar la defensa de los campos de gas de su provincia. Lo que comenzó como una mera empresa de seguridad, acabó convirtiéndose en un partido, el Jumbesh, que logró incorporar a miembros de otras etnias y organizar un auténtico ejército al servicio de Kabul. Además de proporcionar seguridad a los campos de gas y a las rutas que unían Kabul con la Unión Soviética, las fuerzas de Dostum combatieron a favor de Nayibulá tanto en Kandahar como en la defensa de Jalalabad. Este tipo de actitudes sólo demuestran una cosa: muchos jefes de milicias sólo se sentían vinculados por lazos de lealtad a su propio *qawn*; sus decisiones reflejaban básicamente lo que ellos consideraban en cada momento que era lo mejor para su propio grupo, no para el conjunto del país. Desde esa perspectiva no puede hablarse de traición, sino de adaptación a la realidad de cada momento. La labor de Nayibulá consistió en convencerles de que sus intereses estaban mejor garantizados si combatían a su lado.

Un área que se había acostumbrado a vivir en un estado de autonomía absoluta era el Hazarajat. Los hazaras habían sido los primeros en alzarse contra el PDPA, gozando desde entonces de una independencia *de facto*. Tras conseguirla se enzarzaron en luchas intestinas entre los más tradicionalistas y los elementos izquierdistas, muy importantes entre los hazaras. Estas luchas

sólo finalizaron cuando Irán, muy influyente en este grupo, les obligó a llegar a un acuerdo que situó a Abdolalí Mazari como líder único.

En el oeste, la estrella emergente fue Ismail Kan, líder tradicionalista que había aparecido como uno de los cabecillas de la revuelta antisoviética de la División Hamza en Herat en 1988. Ante la subsiguiente presión soviética, se había visto obligado a refugiarse en la inaccesible provincia de Ghor, desde donde organizó una *Shura* con todos los líderes muyahidines de Herat, Badghis, Farah y Ghor para conseguir cierta unidad de esfuerzo en la lucha contra el gobierno comunista. Aunque Ismail Kan destacara sobre todo como caudillo guerrero, no desatendió otros campos y de hecho creó un embrión de administración y se preocupó por atender a las necesidades básicas de la población que de hecho estaba bajo su responsabilidad. Esto es algo que le diferenció del resto de cabecillas *muyahidines*, no muy propensos a preocuparse por el gobierno de las zonas bajo su control.

En el noreste del país, entre los numerosos señores de la guerra, comenzó a destacar uno que llegaría a convertirse en una figura legendaria: Ahmed Sha Masud, conocido como «El León del Panshir». Masud demostró ser muy eficiente a la hora de organizar la resistencia en su valle natal, el Panshir. Organizó milicias en cada pueblo y por cada media docena de ellas, organizó una base en la que concentraba sus fuerzas de choque móviles, que dirigía personalmente. Con esta organización pudo resistir en 1983 hasta seis ofensivas. Después de la séptima, Masud abandonó el Panshir y se refugió en Takan. Allí, en 1985, el Consejo de Jefes del partido Jamiat le nombró jefe militar, abriéndole la posibilidad de convertirse en un caudillo de alcance regional. El éxito de Masud consistió en ser capaz de agrupar a gran número de jóvenes con formación procedentes de todas las etnias y *qawms*. En el Panshir organizó una rudimentaria estructura administrativa cuyos ingresos procedían del botín capturado a los soviéticos, las tasas a la extracción de lapislázuli y esmeraldas y un impuesto del 5% a los empleados públicos. El resto de la población no estaba obligada a realizar ninguna contribución.

El surgimiento dentro de Afganistán de líderes que escapaban a su control preocupaba a Zia ul-Haq, empeñado en controlar la insurgencia y manipularla en función de sus propios intereses.

Consecuente con ello, se esforzó en todo momento en reforzar el poder de los partidos de Peshawar, sobre todo el de Hekmatyar, impidiendo que una *Shura* que incluyera a los líderes de dentro de Afganistán llevara a un mando unificado fuera de su control. Pero la realidad es que ninguno de los partidos de Peshawar, organizados por etnias y tribus, tuvo nunca alcance nacional; sólo el Jamiat de Rabbani intentó seriamente trascender esas líneas y extender su influencia a todos los afganos.

El problema para Zia era que el país estaba de hecho dividido en feudos dominados por señores de la guerra que conseguían sobrevivir sin la financiación del ISI, gracias muchas veces a actividades delictivas, particularmente al tráfico de opio. Cuando los diferentes líderes llegaron a ser conscientes del potencial económico que escondía este negocio, su control se convirtió en fuente de enfrentamientos entre diferentes grupos *muyahidines*. Un buen ejemplo de ello lo constituye el mulá Nassim, que controlaba la provincia de Helmand, donde obligaba a cultivar opio a los agricultores y obtenía pingües beneficios de su comercialización. Cuando en 1989 el ISI recibió presiones de los EEUU para que dejara de suministrar armas a los grupos relacionados con el narcotráfico, Nassim ordenó reducir la producción, pero al poco tiempo fue asesinado en Peshawar, posiblemente por sicarios de Hekmatyar, que ya controlaba el negocio en otras zonas del país pero estaba empeñado en lograr un control absoluto a nivel nacional. El caso es que en el arco comprendido entre Helmand y Jalalabad había surgido un grupo de poderosos líderes *muyahidines* que no eran en realidad sino narcotraficantes a gran escala.

Por aquél entonces, en EEUU comenzaron a surgir dudas sobre la estrategia que se estaba siguiendo. Dentro y fuera de la administración Bush surgieron voces que ponían de manifiesto que en Afganistán se estaba apoyando a los grupos más radicalmente islamistas, mientras se dejaba de lado a un Irán mucho más conciliador y moderado. Las dudas sobre la eficacia de la estrategia seguida hasta el momento, unida a la evidente incapacidad de las guerrillas muyahidines para derrocar al gobierno de Kabul, llevaron a los EEUU a la búsqueda de un acuerdo político con la URSS. Paquistán, temeroso de la pérdida de control de la situación que tal acuerdo podía implicar, propuso a los EEUU una ofensiva política y militar para poner fin al conflicto con la

derrota comunista. Para ello, organizó una potente fuerza militar bajo el mando de Hekmatyar que atacó Kabul por el sur en connivencia con un golpe de estado lanzado por el ministro de defensa de Nayibulá, general Tanai, que bombardeó simultáneamente el palacio presidencial. El problema es que, a pesar de las presiones de Paquistán y Arabia Saudí, el resto de comandantes *muyahidines* no secundó la operación, que fracasó por falta de apoyos suficientes. En su negativa contaron con el apoyo de EEUU, que también se opuso a que el ISI entregara grandes cantidades de armas a Hekmatyar. Para contrarrestar el poder del ISI y de su protegido Hekmatyar, los Muyahidines de dentro de Afganistán organizaron en octubre de 1990 una *shura* nacional en Kunar. A diferencia de los planes del ISI, centrados en atacar Kabul, los comandantes reunidos en Kunar decidieron seguir el ejemplo de Masud, ocupando poblaciones alejadas de Kabul y organizando en ellas administraciones regionales, intentando hacerse con el control del país de forma gradual.

En este momento es cuando se produce la invasión de Irak por EEUU, hecho que polarizará a todo el mundo musulmán. En Paquistán, se produjo una clara fractura entre el nuevo gobierno civil de Nawaz Sharif que con el apoyo de nacionalistas y moderados apoyaba a los EEUU frente a los islamistas más radicales que, con el apoyo del ISI y el ejército, adoptaron una postura antiamericana. Paralelamente, el nuevo conflicto relegó a Afganistán a un segundo plano. Hubo que esperar a la finalización de la Guerra de Irak para que EEUU volviera los ojos a Afganistán; entonces se produjo un endurecimiento de la postura de EEUU; con el apoyo de Paquistán, se organizó una ofensiva que, esta vez sí, consiguió tomar la ciudad de Jost. Pero los *muyahidines*, en vez de establecer una administración y utilizarla como embrión del nuevo estado que querían construir, lo que hicieron fue dedicarse al pillaje, haciendo que todos perdieran la esperanza en que la solución al conflicto pudiera venir de un triunfo militar de los *muyahidines*. Hasta Paquistán y Arabia Saudí acabaron por reconocer la necesidad de un acuerdo político. Pero, como tanta veces ocurre en la historia, el futuro de Afganistán iba a decidirse por acontecimientos acaecidos muy lejos de sus fronteras: En 1991 el Imperio Soviético colapsó, desgajándose sucesivamente de él las Repúblicas Bálticas, Georgia... y las repúblicas centroasiáticas. La

nueva Rusia estaba ahora muy lejos; y preocupada por otros problemas más acuciantes que la revuelta *muyahidín* en lo que ahora era un lejano e insignificante país. Nayibulá se había quedado solo, sus días estaban contados.

Sin el apoyo soviético, estaba claro que Nayibulá no tardaría en caer; la duda era quién iba a reemplazarle. En aquél momento, el Jamiat de Masud era el partido mejor preparado para hacerse con Kabul, pero Masud era consciente de la necesidad de llegar a un acuerdo político previo para repartir el poder entre todos los grupos. Con estas premisas, se firmó el 24 de abril de 1992 el Acuerdo de Peshawar, auspiciado por Nawaz Sharif, que estipulaba un gobierno por fases: en primer lugar ostentaría la presidencia Mujaddedi, líder de un pequeño grupo pastún, aceptado como solución de compromiso precisamente por su escasa relevancia, como sucediera en su día con Ahmad Shah Durrani, el primer rey afgano. Según lo estipulado, tras dos meses le sucedería en la presidencia Rabbani, el líder del Jamiat, por un período de cuatro meses. Durante esos cuatro meses debía constituirse un consejo que gobernaría el país durante 18 meses, dando tiempo a la celebración de elecciones. Un proceso muy complicado que buscaba contentar a todas las partes sin romper los inestables equilibrios de poder existentes, pero que se demostraría inviable en la práctica, debido a las ambiciones y celos de unos y otros.

De hecho, el acuerdo tan laboriosamente tejido no llegó ni siquiera a ponerse en práctica debido a la intransigencia de Hekmatyar, que se negó a firmarlo alegando que el puesto de primer ministro, reservado a su partido, no debería estar subordinado al de presidente. También pedía para su partido el ministerio de defensa, en manos de Masud según el acuerdo y rechazaba que se aceptara al ex comunista Dostum en el gobierno. En agosto de 1992 las milicias de Hekmatyar comenzaron a bombardear Kabul, ocupado de hecho por las milicias de Masud. Incluso tras ser nombrado primer ministro, Hekmatyar siguió fuera de la ciudad y continuó bombardeándola. A finales de ese mismo año, una *Shura* decidió prorrogar otros 18 meses la presidencia de Rabbani. Este hecho frustró a Mujaddedi que aspiraba a alargar su presidencia más allá de los dos meses pactados y le llevó a aliarse con Hekmatyar y también con Dostum, que una vez más decidió cambiar de bando y fue aceptado por Hekmatyar, poco preocupa-

do ahora por su pasado comunista. En 1994 sometieron a Kabul a los peores bombardeos vistos hasta el momento. 25.000 muertos y decenas de miles de refugiados en Paquistán fueron su saldo más dramático. El objetivo buscado por Hekmatyar era impedir que Rabbani se afanzara en el poder, pero lo que realmente logró fue desacreditar a los *muyahidines* ante los afganos y preparar el camino para la llegada de los talibán. Además, su fracaso a la hora de tomar Kabul hizo que perdiera muchos puntos ante su principal aliado, Paquistán.

Esta pérdida de prestigio coincidió con la aparición en escena de un nuevo actor, los talibán, grupo insignificante todavía, pero que llegaría a imponerse a todos los demás. El ascenso de los talibán (talibán es el plural de la palabra dari *Talib*, estudiante) es sorprendente tanto por su naturaleza como por su velocidad. Aún hoy, sorprende cómo un grupo puramente religioso en sus orígenes pudo transformarse en una efectiva fuerza militar y hacerlo en tan poco tiempo. En este súbito auge hay que contar con el apoyo recibido de Paquistán y Arabia saudí, e indirectamente de EEUU, todos ellos preocupados por contrarrestar la amenaza que veían como más preocupante, Irán. Los talibán se convertirían en la herramienta elegida para abrir una ruta terrestre alternativa para las inagotables reservas de gas de las repúblicas centroasiáticas, que podrían evitar así el tránsito a través de Irán.

Para entender a los talibán es necesario analizar sus orígenes. En su mayor parte se trata de jóvenes pertenecientes a una generación que sólo había conocido la guerra; que había crecido mayoritariamente en campos de refugiados en los que se habían alejado de sus raíces; que había sido adoctrinada en madrazas dirigidas en su mayoría por clérigos cercanos al Jamiat-i-Ulema-i-Islami (JUI), partido paquistaní de tendencia deobandista, rígidamente ortodoxo y opuesto a la *ijtihad*, innovación por adaptación a las nuevas circunstancias. En este entorno se creó una generación de fanáticos desarraigados que pretendía aplicar el Corán de manera literal a la sociedad afgana.

El sueño no confesado de Paquistán en los años anteriores había sido el de convertirse en el punto de paso necesario para el comercio de las repúblicas centroasiáticas, enlazándolas con el resto del mundo a través de sus puertos; para ello necesitaba que Afganistán fuera transitable; el papel de Hekmatyar en este plan

era asegurar la ruta que enlazaba Paquistán con estas republicas a través del paso de Salang. Sin embargo, el estancamiento del caudillo *muyahidín* mantenía cerrada esta ruta echando por tierra los sueños de Karachi. En esta tesitura, el ministro paquistaní Babar cambió de idea y orientó su esfuerzo a abrir una ruta por el sur, a través de Kandahar y Herat, sin contar con el gobierno de Kabul para ello. El problema de esta ruta es que atravesaba los territorios de varios señores de la guerra que entorpecían y gravaban enormemente el transporte. Era necesario neutralizarlos para hacer la ruta practicable. Dado que comprarlos a todos era una tarea muy costosa y poco fiable a largo plazo, los talibán se convirtieron en su aliado ideal en esta empresa. A finales de 1994 una operación conjunta entre el ISI y los talibán puso a prueba las posibilidades de la nueva ruta. Se trataba de hacer pasar por esta ruta 30 camiones con destino a Turkmenistán. Como primer paso, los talibán tomaron Spin Boldak, desde donde se controla el lado afgano de la frontera. Ante la oposición encontrada en Kandahar, los talibán se hicieron con la ciudad en 48 horas, prácticamente sin combatir²⁰. Finalmente el convoy alcanzó su objetivo y los talibán se hicieron con el control de Kandahar, que sería desde entonces su principal centro de poder. Ahora sólo tres poderes se repartían el control de la ruta: los talibán, Ismail Kan y Dostum.

La ofensiva talibán 1994-96

Una vez controlado Kandahar, los talibán se lanzaron a controlar las provincias limítrofes, haciéndose sin muchas dificultades con Zabul y Uruzgan. En Helmand por primera vez se produjeron combates de importancia, al verse envueltos en enfrentamientos entre clanes rivales. Ante la amenaza que suponía el avance talibán Hekmatyar decidió atacar Gazni, para cerrarles el acceso a la capital. El gobernador no dudó en pedir ayuda a los talibán, a pesar de pertenecer al partido de Rabbani y con esta ayuda pudo resistir el ataque con éxito. Aunque de hecho habían apoyado a

20. La generosidad con que el ISI distribuyó dinero a varios de los jefes tribales implicados puede ayudar a explicar la escasa resistencia que sus aliados encontraron en Kandahar.

un gobernador nombrado por el gobierno frente a Hekmatyar, los talibán quisieron dejar clara su neutralidad en la lucha entre Rabbani y Hekmatyar. Pero el hecho es que todavía no se habían ganado la hostilidad del Jamiat. Después de Gazni, el siguiente paso fue atacar las bases de Hekmatyar al sur de Kabul, como primer paso de la anunciada cruzada para acabar con todos los «criminales *muyahidines*». Acosado por el norte y por el sur, el líder *muyahidín* no tuvo otra opción que la huida; en febrero de 1995 abandonó el cerco de Kabul para refugiarse en Sarobi.

El avance de los talibán les supuso ir apoderándose de material de guerra que incluía carros de combate y piezas de artillería, así como ir engrosando sus filas con voluntarios que se unían continuamente a sus filas. De esta forma, pronto formaron un ejército de más de 12.000 hombres. Una de las claves de su éxito fue el empleo tácticas completamente diferentes a las utilizadas hasta entonces en Afganistán. Hasta entonces, las acciones de los *muyahidines* habían consistido básicamente en golpes de mano seguidos de rápidas retiradas. Frente a ellos, los talibán llevaron a la práctica tácticas puramente militares, apoyadas por un eficiente sistema de mando y control y un apoyo artillero muy efectivo. No cabe duda que el conocimiento profesional que demostraron en este tipo de operaciones no lo adquirieron en las madrazas de Paquistán, ni se lo pudo proporcionar el ISI en unas semanas. La realidad es que el ejército talibán estaba dirigido por ex oficiales y técnicos pastunes del ejército afgano que recibían un salario por su colaboración. Los estudiantes de las madrazas añadían a estos conocimientos técnicos motivación y disciplina; el resultado fue una fuerza de choque imbatible para sus rivales del momento. Un elemento adicional en las filas talibán, lo constituyeron los kuchis, los nómadas mayoritariamente pastunes. El apoyo de los nómadas se basaba más que en motivaciones ideológicas, en el convencimiento de que sólo los talibán serían capaces de someter la totalidad del país a un solo poder, asegurando así sus movimientos migratorios. Tal y como ocurrió en tiempos del Emir de Hierro, motivaciones oportunistas llevaron a los kuchis a apoyar al nuevo poder pastún en su intento por dominar las tierras altas del Hazarayat. Para los hazaras, la llegada de los kuchis de la mano de los talibán, debió ser un amargo recuerdo de tiempos pasados que volvían a repetirse. Como ocurrió en tiempos del Emir de Hierro, quien les enviaba

a los nómadas era un autoproclamado emir, que había recibido la bendición de los clérigos sunníes para subyugar a los herejes chiítas. No todo era nuevo en el fenómeno talibán.

La llegada al poder de Bhutto en octubre de 1993 supuso la puntilla para Hekmatyar por varias razones. Por una parte, los estrechos vínculos que mantenía con el Jamiat paquistaní, ahora en la oposición, no le hacían muy agradable al gobierno de turno. A ello había que añadir la impopularidad que estaba cosechando por sus bombardeos de Kabul. Los enormes sufrimientos a los que estaba sometiendo a la población de la ciudad le estaban ganando la hostilidad de la comunidad internacional, haciendo difícil para Islamabad mantener el apoyo en esas condiciones. Había por último, otro factor de carácter regional: la amenaza del presidente iraní Rafsanjani de que si Paquistán lograba instalar un gobierno títere en Kabul, Irán se vería obligado a actuar en defensa de sus intereses y de los de la minoría chií. Bhutto se tomó en serio la amenaza.

Mientras tanto, el ministro Babar seguía con su plan de abrir la ruta del sur al comercio internacional. El siguiente paso obligaba a tratar con Ismail Kan, señor de Herat y de todo el oeste del país. Babar trató de convencerle de que apoyara el proyecto, por los beneficios que le reportaría a la zona bajo su control. Ismail Kan aceptó, de la misma manera que lo hizo Dostum, el señor de la guerra uzbeko que controlaba el noroeste del país. Pero, cuando Paquistán creía haber solucionado el problema, los talibán demostraron tener sus propios planes y no estar dispuestos a actuar como meros títeres suyos. En marzo de 1995 decidieron tomar Herat. Estaba claro que Paquistán no estaba teniendo suerte a la hora de elegir sus socios.

Mientras tanto en Kabul, tras la retirada de Hekmatyar, los talibán y Masud llegaron a un pacto de no agresión que permitió al segundo atacar a su enemigo interno: los hazaras de Mazari que controlaban la zona oeste de la ciudad. Cuando éstos fueron víctimas de una ofensiva en toda la regla, se volvieron hacia los talibán en busca de ayuda. Según el pacto alcanzado por Mazari, sus hombres cederían a los talibán sus posiciones en Kabul y su armamento pesado. Sin embargo, a la hora de la verdad, los hombres de Mazari desobedeciendo las órdenes de su jefe prefirieron aliarse con Masud antes que con los talibán y se unieron a éste, lo que los talibán consideraron una traición del líder hazara, al que

estos hechos le costaron la vida. Estas circunstancias permitieron a Masud controlar por primera vez toda la ciudad. El sucesor de Mazari, Karim Jalili decidió retirar sus fuerzas al Hazarajat, retomando las ciudades de Bamyan y Yakaolang, en manos del gobierno.

En el oeste, los talibán iban aproximándose a Herat, su objetivo, haciéndose dueños de Nimroz y Farah, comenzando así a arrebatar a Ismail Kan parte de sus dominios. Finalmente, su avance se vio detenido ante la importante base de Shindand, en la que sufrieron una seria derrota. Tras este contratiempo, en el verano de 1995 se produjo una tregua que permitió a los talibán recuperarse de los últimos reveses. Durante ese tiempo el ISI incrementó la preparación militar de los talibán, para que fueran capaces de superar las carencias en logística que habían sido la causa principal de su fracaso en Shindand. La donación por Arabia saudí de una gran cantidad de pick-up aumentó notablemente su capacidad de acometer acciones móviles. Al final de ese verano, las fuerzas talibán llegaban a los 25.000 hombres, incluyendo a los hombres del muyahidín Haqqani, aliado suyo ahora.

En agosto, el gobierno de Kabul ordenó a Ismail Kan que iniciara una ofensiva para obligar a los talibán a distraer fuerzas y aliviar la presión sobre Kabul. Para ello contaría con el apoyo de hombres de Masud llegados por vía aérea para la ocasión. La ofensiva se inició con éxito y el avance hacia el sur llegó a amenazar Kandahar. Sin embargo, las líneas de comunicaciones se habían hecho demasiado largas hasta el punto de hacer logísticamente insostenibles las fuerzas de Ismail, debilitándolas justo en el momento en que los talibán empezaban a hacerlas objeto de continuas emboscadas. La presión llegó a ser tal que finalmente se dio la orden de retirada. Lo malo es que, lanzados en persecución del ejército que huía en medio del caos más absoluto, los talibán llegaron hasta Herat y tomaron la ciudad. La pérdida de Herat fue un golpe tremendo para el gobierno de Kabul, que acusó a Paquistán de apoyar a los talibán. No hay pruebas de que fuera así, pero lo que es evidente es que el ISI jugó un papel crucial en el desarrollo de sus capacidades militares.

Solucionados los problemas en Herat, el mulá Omar volvió los ojos hacia Kabul, repitiendo la táctica que había criticado en Hekmatyar: bombardeos diarios para amedrentar a la población.

Simultáneamente, derrotaron a Hekmatyar en sus bases del este, a pesar de que Masud, venciendo los escrúpulos que le producía apoyar a su antiguo rival, desplazó sus fuerzas para apoyarle. Pero ni siquiera así pudieron evitar que los talibán acabaran controlando todo el territorio al este de Kabul, hasta la frontera con Paquistán, el tradicional santuario de Hekmatyar. Finalmente, el rápido avance de las columnas móviles que desde los territorios recién conquistados se dirigían a la capital, aconsejaron a Masud abandonar Kabul el 26 de septiembre. Para los talibán fue el final de una campaña perfectamente planeada y ejecutada; una fuerza de unos 10.000 hombres bien dirigida y equipada y el empleo de abundantes fondos para ganarse aliados, o al menos neutralidades²¹, fueron las clave de un éxito tan rápido: el 70% del país estaba bajo su control. El resto de la guerra, hasta que se hicieron con la franja norte que aun escapaba a su control, será el período más sangriento y cruel conocido hasta entonces. Los talibán demostrarían que no estaban dispuestos a seguir un juego de alianzas con grupos no pastunes, sino que buscaban el poder absoluto y lo conseguirían por medios puramente militares. El modo en que ejercieron el poder en Kabul, especialmente el trato que dispensaron a los «herejes» hazaras, demostró lo lejos que estaban de convertirse en una fuerza capaz de aglutinar a todos los grupos del país y de seguir la senda de la reconciliación. Su actuación en Kabul hizo que miles de tayikos y hazaras huyeron de la ciudad, la mayoría hacia el norte y el Hazarajat. Incluso violaron la inmunidad diplomática de la sede de la ONU y ejecutaron al ex presidente Nayibulá, que había permanecido refugiado en ella hasta entonces.

Sólo la amenaza creciente de los talibán creó las condiciones para la creación del Frente Nacional, que agrupaba a hazaras, tayikos y seguidores de Rabbani. Ante la presión militar que estaban sufriendo, Masud, Dostum y Khalili formaron el denominado Consejo Supremo para la Defensa de la Patria, estableciendo su capital en Mazar-i-Sharif. Pero para entonces era demasiado tarde. Sus

21. Se dice que el propio Osama Bin Laden contribuyó con 3 millones de dólares y que Haji Qadir, señor de la guerra que controlaba Jalalabad, recibió 2 millones por rendir la ciudad.

luchas internas y sus alianzas temporales con los talibán los habían debilitado hasta el punto de hacer inútil cualquier resistencia. En su avance hacia Kabul, a los talibán no les resultó difícil derrotar a las milicias hazaras y forzarlas a huir hacia el Hazarayát, sobre todo porque habían logrado convencer a muchos hazaras de que se mostrarían respetuosos con su fe. Allí, los hazaras sufrieron un embargo que se hizo aún más insoportable cuando las provincias del norte, único vínculo con el exterior que les quedaba, acabó cayendo en manos talibán. Finalmente, también el Hazarayát cayó y los distintos líderes hazaras hubieron de elegir entre el exilio o la negociación.

Mientras, los talibán seguían presionando: en poco tiempo tomaron la provincia de Badghis y forzaron a Masud a retirarse hasta el Salang. El siguiente paso era Mazar-i-Sharif, cuya conquista se acometería con una amplia implicación de Paquistán. Previamente, el ISI consiguió un acuerdo con el General Malik, lugarteniente de Dostum, en virtud del cual éste apoyaría a los talibán a cambio de una amplia autonomía para los uzbekos. Ante esta defección, Dostum hubo de exiliarse en Turquía y Malik quedó como señor de los uzbekos. En este punto, Paquistán reconoció al gobierno talibán y presionó a EEUU y Arabia Saudí para que hicieran lo mismo, mientras su personal diplomático abandonaba Mazar-i-Sharif. A finales de mayo de 1997 una columna de 2.500 talibán atacó la ciudad desde el noroeste, mientras la defección de uno de los hombres de Masud, permitió a otra columna atravesar el paso de Salang y atacar simultáneamente desde el sur. Las dos columnas convergieron sobre la ciudad, que cayó con facilidad. Una vez tomada la ciudad, desarmaron a uzbekos y hazaras e impusieron su rígida versión del Islam a la que había sido hasta entonces la ciudad más abierta y moderna de Afganistán y que había escapado hasta entonces de los efectos de la guerra y era un oasis de paz y relativa prosperidad.

Como era de esperar, la rigidez del régimen impuesto y el sectarismo con que se aplicó no tardaron en provocar un creciente descontento entre los hazaras y otros grupos de la población que finalmente se alzaron en armas. Los talibán, no preparados para lucha armada urbana, fueron derrotados y las milicias uzbekas retomaron el control tanto de la ciudad como de las provincias del norte. Miles de talibán fueron capturados y ejecutados. Masud

aprovechó la ocasión para salir del Panshir hacia el sur y avanzar hasta recuperar Bagram, mientras los hazara de Khalili hicieron lo propio desde el Hazarajat, expulsando a los talibán hasta la entrada del valle de Bamyán. El 13 junio, Masud, Khalili y Malik, el antiguo lugarteniente de Dostum, crearon una nueva alianza, el Frente Unido Nacional Islámico para la Salvación de la Patria, que reeligió a Rabbani como presidente y nombró a Masud ministro de defensa. El Frente, establecido en Mazar, prometió la formación de un gobierno inclusivo, en el que se contaría con los principales líderes tribales y religiosos. Con las fuerzas Hazaras al oeste y las de Masud al norte, el Frente estaba en condiciones de tomar Kabul. El Mulá Omar, ante la magnitud de las derrotas y el riesgo de perder Kabul, pidió ayuda a Paquistán, donde se cerraron las madrazas para que los estudiantes acudieran en masa a apoyar a los talibán. El mismo Omar, abandonó Kandahar y se trasladó a Kabul para reforzar la moral de sus hombres.

Aprovechando que las fuerzas del Frente estaban empeñadas en la toma de Kabul, los talibán de la zona de Kunduz, al norte, descendieron sobre Mazar y la cercaron. Ante la amenaza que volvía a cernirse sobre todo el norte del país, Dostum regresó del exilio, reunió a sus hombres para desbancar a Malik y, convertido de nuevo en líder de las milicias uzbekas, les obligó a retroceder de nuevo a Kunduz. A continuación intentó hacerse con el poder en Mazar, pero los hazara le obligaron a abandonar la ciudad, que quedó en sus manos. La respuesta talibán a la ofensiva hazara fue brutal: sus fuerzas cerraron todos los accesos al Hazarajat para rendirlo por hambre. Por primera vez en casi veinte años de guerra se empleaba el hambre como instrumento de guerra. Nunca antes se había impedido el acceso a las poblaciones necesidades de los convoyes de ayuda de la Cruz Roja o el Programa Mundial de Alimentos. Sólo los iraníes pudieron paliar parcialmente la dramática situación que se vivió en los meses siguientes abasteciendo a la población por aire. Se trata de otro episodio más del odio pastún a los hazaras, considerados como una casta inferior en su presunta calidad de falsos musulmanes.

Parte del problema del Frente derivaba del hecho de que no formaba un grupo realmente unido. Cada facción conservaba su propia cadena de mando y de hecho, en muchos casos luchaban entre ellos por el control de determinadas áreas, como sucedía a

uzbecos y hazaras en Mazar. En esta ciudad los enfrentamientos alcanzaron tal intensidad que en febrero de 1998 Masud tuvo que viajar a Irán para que Teherán interviniera para poner fin a luchas entre ambos; el gran ascendiente de Irán sobre ambos grupos, unido a la ayuda que hacía llegar ambos, logró el efecto deseado y cesaron los combates. A mediados de 1998 la intervención extranjera era evidente y afectaba a ambos bandos. Irán apoyaba a la población hazara asediada en el Hazarajat y en connivencia con Rusia proporcionaba armamento a Masud. Arabia Saudí y Paquistán continuaban apoyando a los talibán con armamento y equipo de todo tipo, mientras el ISI asesoraba sobre el terreno a los comandantes talibán.

En julio de 1998 una nueva ofensiva talibán lanzada desde Herat derrotó a los uzbecos, haciéndoles perder Faryab y Shebergan, el cuartel general de Dostum, que tuvo que huir de nuevo a Turquía, provocando con ello la desmoralización y la desbandada de las fuerzas que cubrían los accesos a Mazar-i-Sharif. Una vez más, las fuertes sumas pagadas a algunos de sus comandantes para que no se opusieran al avance talibán, jugaron un papel importante en la derrota de su jefe. El abandono por parte de las fuerzas uzbecas de las defensas que cerraban los accesos a Mazar hizo que los defensores hazaras de la ciudad cayeran por sorpresa. Rodeados por los talibán, lucharon hasta morir prácticamente todos. A esta derrota le siguió una masacre de la población hazara de la ciudad como venganza a su derrota el año anterior. Se trató de una acción metódica en la que participaron los habitantes pastunes de la ciudad; en los primeros momentos se ejecutó en el acto a todos los hazaras que se sorprendió por las calles. Posteriormente, se procedió a una búsqueda minuciosa del resto. Los así capturados fueron conducidos a la cárcel desde donde se les introdujo en contenedores y se les dejó morir asfixiados al sol. El mulá Omar había autorizado a sus seguidores matar durante dos horas; lo hicieron durante dos días.

El Mulá Niazi, nuevo gobernador de la ciudad, emitió un decreto que fue leído en todas las mezquitas, en el que se daba a los chiítas tres opciones: convertirse al Islam suní, huir a Irán o morir. Durante el saqueo de la ciudad se produjo un incidente que pudo haber tenido repercusiones importantes; pese a las promesas dadas por Karachi a Teherán garantizando el respeto a la inmu-

nidad diplomática, una unidad mixta de talibán y paquistaníes del partido fanáticamente anti-chií Sepah-i-Sahaba procedió al asesinato a sangre fría de once diplomáticos iraníes en su consulado. Según parece, el propio Omar autorizó la matanza a través de una llamada telefónica efectuada desde el lugar de los hechos. Estos hechos provocaron una respuesta inmediata de Irán, que incluso desplegó unidades militares en la frontera. Este incidente agrió las relaciones entre los dos vecinos de Afganistán ya que en Teherán eran conscientes de que miembros del ISI acompañaban a los talibán que tomaron Mazar.

El contexto internacional

Llegados a este punto, es necesario hacer un breve repaso al contexto internacional en el que se produce la aparición de los talibán como poder político dominante en Afganistán, empezando por el asunto de los gasoductos. Las Repúblicas de Asia Central, recién independizadas de Moscú, guardaban unas enormes reservas de gas y petróleo que durante el período soviético no se habían explotado. Turkmenistán, en particular, tenía unas reservas de gas enormes que pretendía explotar para afianzar su independencia; para ello, intentaba encontrar vías alternativas a los gasoductos que, a través de Rusia, podían llevar su gas a Europa. Las posibilidades alternativas eran dos: Irán o Paquistán. La primera opción era la más rentable, ya que una vez que el gas alcanzara el Golfo Pérsico, podía exportarse a través de una desarrollada red de gasoductos ya existente en la zona. Pero esta opción se enfrentaba al problema de las sanciones de EEUU al régimen de Teherán. La alternativa era Paquistán, lo que implicaba construir un gasoducto que atravesara Afganistán. Con esta idea, el presidente Niyazov alentó los proyectos que trataron de hacer realidad este plan. La magnitud de los intereses en juego llevó a una fiera competencia, no siempre limpia, entre la argentina Bridas y la estadounidense UNOCAL, mientras Niyazov trataba de explotar en su provecho esta rivalidad. Para garantizar la viabilidad del proyecto, ambas se vieron en la necesidad de negociar con los talibán que, aparte de los beneficios económicos, vieron en esta empresa una vía para conseguir su reconocimiento por los EEUU. Sin embargo, el hecho de que se negociara con los talibán y de que el proyecto pudiera beneficiarles

políticamente produjo reacciones en contra en la opinión pública doméstica, principalmente entre los grupos feministas. Estas presiones, unidas a los problemas de seguridad que el tránsito por Afganistán representaba, acabaron por convertir los proyectos de construir un gasoducto a través de Afganistán en papel mojado. Por el momento.

La caída de Kabul en manos de los talibán y la manera en la que ejercieron su poder despertaron alarmas a todos los niveles. Por una parte, amenazaba con producir una partición de facto del país, siguiendo líneas étnicas, lo que suponía una amenaza para las repúblicas centroasiáticas, cuyas fronteras habían sido diseñadas de forma caprichosa por Stalin sin tener en cuenta la distribución étnica de la población. Ante una amenaza así, estas repúblicas se sentían indefensas; la independencia les había empobrecido en proporciones mucho mayores que al resto de los antiguos territorios soviéticos y además les había dejado huérfanas de fuerzas militares propias. El Distrito Militar de Turkmenistán, unidad militar que encuadraba a las fuerzas soviéticas de la zona, se había desmantelado con la independencia, sin que hubieran quedado apenas fuerzas militares a disposición de las recién nacidas repúblicas. Para garantizar su seguridad, su única opción era recurrir a Rusia, lo que no podían hacer sin temor a ver amenazada su independencia real.

Para los EEUU la principal preocupación en la zona había sido la de contener a Irán, visto como el principal enemigo en la región. Sin embargo, la evolución de los acontecimientos fue matizando esta postura y la llegada de la administración Clinton supuso un cambio significativo al respecto. En 1997 Madeleine Albright puso de manifiesto este cambio, reconociendo el papel que Irán debía jugar en la estabilidad de Afganistán ²², y expresando sus deseos para Afganistán: un gobierno multiétnico, que representara a todos los afganos, respetara los derechos humanos, particularmente los de las mujeres, y que «observara las normas de conducta internacionales». Las presiones de los grupos de

22. También se flexibilizaron las sanciones, permitiendo que empresas de EEUU participaran en la construcción de gasoductos en Irán, cosa que ya venían haciendo empresas europeas y australianas.

fensores de los derechos humanos y feministas estaban dando su fruto, especialmente en época electoral.

Para Rusia, una vez producida la independencia de las repúblicas centroasiáticas, Afganistán había perdido su interés como «colchón» frente al pro estadounidense Paquistán. Su temor ahora se refería a la posibilidad de que su inestabilidad se contagiara a sus vecinos del norte, que Moscú seguía considerando como su zona de interés. Moscú consideraba un posible contagio del islamismo radical afgano como una amenaza seria para su seguridad. Esta amenaza afectaría no sólo a los estados que le rodean por el sur, sino también a cerca de un 13% de su población que profesa la religión musulmana y que parecía cada vez más abierta a la influencia del islamismo radical. Para evitar el colapso de sus protegidos, que facilitaría ese contagio, Moscú se volcó en apoyarles militarmente, pero no consideró necesario impulsar cambios políticos o prestar ayuda económica de otro tipo.

En cuanto a Paquistán, su participación en el conflicto ha sido siempre tan directa que surgen dudas a la hora de calificarlos como un actor externo. Es sabido que el movimiento talibán nació en las madrazas paquistaníes y que, cuando el aparato militar paquistaní decidió que Hekmatyar, su protegido tradicional entre los grupos exiliados, no era ya el «caballo ganador» que ellos habían pretendido crear, volvieron los ojos a otra herramienta que garantizara sus intereses estratégicos en el conflicto afgano; esta nueva herramienta fueron los talibán que, aunque pronto demostraron tener su propia agenda y no querer ser unos meros títeres del ISI, continuaron siendo por mucho tiempo la mejor baza de Karachi.

Los aspectos religiosos que llevaron al deobandismo a degenerar en la versión extrema que representan los talibán se analiza en el capítulo dedicado al *Islam* en Afganistán, aquí nos interesa analizar otros factores que ayudaron al afianzamiento del movimiento talibán. Uno de los factores fundamentales en los inicios del movimiento fue el poderoso sindicato de transportistas de Quetta. La inseguridad en las provincias del sur de Afganistán, dominadas por señores de la guerra que ejercían como auténticos bandoleros, suponía un impedimento para el comercio con las economías emergentes de Asia Central, dificultando un negocio muy prometedor para los transportistas paquistaníes. Cuando tras

conquistar Kandahar los talibán demostraron que eran capaces de asegurar el tránsito a través de Kandahar, Helmand y Farah, decidieron apoyarles económicamente, proporcionándoles así su primera fuente de financiación al margen del ISI. Cuando Ismail Kan, que controlaba el siguiente tramo de la ruta, comenzó a excederse en las «tasas» que cobraba a estos transportistas, éstos supieron movilizar al ISI para que impulsara a los talibán a tomar Herat.

A partir de ese momento, los peajes cobrados a los transportistas paquistaníes se convirtieron en una de las principales fuentes de financiación para los talibán. Pero pronto apareció una mucho más lucrativa: la droga. Los señores de la guerra habían hecho de su producción y comercialización su principal fuente de riqueza, hecho al que sus aliados nunca prestaron atención²³. La conquista de las provincias del sur había puesto en manos de los talibán las principales zonas de cultivo, proporcionándoles una fuente de riqueza aún mayor que la derivada de los transportes. Pero tampoco ésta fue la mayor; una vez que controlaron la mayor parte de las fronteras del país, fueron las «tasas» impuestas al contrabando de todo tipo de bienes de consumo lo que supuso su mayor fuente de financiación. Se calcula que hacia 1999, de un presupuesto total de 100 millones de dólares, 70 procedían de las tasas al contrabando, que suponía un movimiento de uno 5.000 millones de dólares.

Un contrabando de tal magnitud suponía un daño enorme a la economía paquistaní, origen de la mayor parte de los productos así «importados». Otras consecuencias derivadas del comercio extensivo a través de la frontera afgano-paquistaní, fue la deforestación de las provincias afganas de la frontera y el nacimiento de una industria dedicada al robo de coches en Paquistán, su traslado a Afganistán para su «tratamiento» y su recolocación en el mercado paquistaní. Poco a poco, su implicación en el conflicto afgano había ido afectando a la sociedad paquistaní, acentuando su ya crónica corrupción, fracturando a su sociedad y radicalizando a sus movimientos islamistas hasta hacer al país prácticamente

23. Sólo tras la retirada soviética este problema empezó a preocupar algo a los gobiernos que apoyaban a los muyahidines.

ingobernable. Éstas fueron las causas que dieron pie al golpe de estado del general Pervez Musharraf en octubre de 1999. Los males de Paquistán se demostrarían más fuertes que el hombre que pretendía erradicarlos y el fracaso de Musharraf como gobernante tendría influencias nefastas en Afganistán, cuyo conflicto no hubiera nunca alcanzado los niveles que hemos conocido sin la mezcla de connivencia e ineficiencia de las distintas administraciones paquistaníes.

EL RÉGIMEN TALIBÁN (1996-2001)

Poco se podía esperar de los talibán como gobernantes. Los antecedentes no eran especialmente halagüeños: el mulá Omar, su líder, era un pastún de origen humilde que en su juventud hubo de abandonar el hogar familiar, pobre y sin un *status* social reconocido, para fundar una madraza en una aldea del distrito de Maiwand en Kandahar ²⁴. Omar nunca destacó por sus dotes de liderazgo o su carisma pero, tras haber luchado contra los soviéticos, cobró cierta relevancia cuando encabezó un grupo de aldeanos que logró frenar algunos abusos de los señores de la guerra de su zona. A su intervención a la hora de liberar a dos adolescentes secuestradas por un señor de la guerra y a un ado-

24. Se sabe muy poco de la vida pública del mulá Omar, del que se llega a decir que nunca ha hablado con un no creyente y del que no existen apenas fotos. Aún más escasa es la información sobre su vida privada. La mayoría de los autores cree que nació en la provincia central de Oruzgán hacia 1962 aunque otros, como Ahmed Rashid, creen que nació alrededor de 1959 en Nodeh, cerca de la ciudad de Kandahar, en una familia de campesinos pobres sin tierra. Creció en chozas de barro en una aldea en la zona de Maiwand en la provincia de Kandahar, aunque otros señalan que creció en los alrededores de la aldea de Singesar. A raíz de la intervención soviética, la familia de Omar se trasladó a Oruzgán, provincia pobre y atrasada pero resguardada de los estragos bélicos. El padre falleció prematuramente y el joven, que había tenido que abandonar sus estudios religiosos en Kandahar, le reemplazó en la tarea de mantener a su madre y sus varios hermanos. En los años ochenta estudió en varias madrazas en Quetta. Buscando trabajo en el pueblo de Singesar, al noroeste de Kandahar, se convirtió en el mulá de una pequeña madraza local. Durante la guerra contra los soviéticos fue herido cuatro veces y perdió un ojo como consecuencia de una explosión. Es étnicamente un pastún de la tribu hotak que forma parte de la confederación ghilzai.

lescente disputado como amante por otros dos, siguieron unos castigos ejemplares a los responsables que hicieron que su reputación se extendiera por toda la región. Cuando los talibán decidieron elegirle como Emir de los Creyentes, título que ningún rey afgano había adoptado desde Abdur Rahmán, y le cubrieron en Kandahar con el manto verde del Profeta, no pensaban en otras cualidades distintas a su piedad. Además, el consejo que le eligió no fue una *shura* al estilo afgano, sino una al estilo árabe, un consejo islámico reunido para alcanzar el consenso de la comunidad. De hecho, el procedimiento empleado fue una copia de la *shura* organizada por Uthman, el tercero de los Califas, para elegir a su sucesor. Estos detalles nos señalan algunos aspectos que caracterizarán al régimen talibán: su desconexión de los poderes tradicionales, su ansia por retornar en todos los aspectos al Islam originario y la supeditación de cualquier consideración política, social o económica a los mandatos del Islam tal y como ellos lo conciben.

Cuando finalmente lograron alcanzar el poder, su órgano supremo de gobierno consistió en una *shura* de diez miembros que actuaba desde Kandahar a las órdenes de Omar. De ella dependían otras dos *shuras*, la militar y la de Kabul, una especie de gabinete con 14 miembros que tenían asignadas algo parecido a competencias ministeriales. Los miembros del «gobierno» de Kabul demostraron ser algo más pragmáticos a la hora de gestionar sus asuntos que los de Kandahar, pero éstos ostentaban el poder absoluto y no permitieron ninguna desviación respecto a su rígida interpretación de lo que debía ser un estado islámico. Como consecuencia de ello, el débil aparato administrativo que había sobrevivido al régimen de los *muyahidín* colapsó absolutamente con los talibán, que siempre consideraron a Kabul en general, y a los funcionarios en particular, un foco de corrupción y occidentalización. De hecho, ni uno solo de los «ministros» era de Kabul. Los burócratas aun presentes en Kabul a la llegada de los talibán, mayoritariamente hazaras, tayikos o uzbekos, fueron reemplazados por pastunes con un gran celo religioso pero sin ninguna experiencia previa y la prohibición del trabajo femenino dejó las escuelas sin profesores y los hospitales sin enfermeras. Lo mismo ocurrió con los gobiernos de las principales capitales provinciales, que recayeron en pastunes, casi todos de Kandahar,

ajenos a las zonas que gobernaban y sin experiencia administrativa previa. Una vez más, nombrando gobernadores ajenos a la zona se pretendía evitar que pudieran crear una base de poder propia. En cualquier caso, la «fuga de cerebros» producida en el país en las últimas décadas, acentuada con la llegada de los talibán, hacía difícil reclutar personal preparado para cualquier tipo de tarea, no sólo administrativa, que requiriera una mínima formación.

En lo referente al ejército, no podemos olvidar que el talibán nació como un movimiento puramente militar: el propio Mulá Omar era el jefe de la *shura* militar, que aunque contaba con un jefe de estado mayor, no se prolongaba en una cadena jerárquica claramente definida. Los jefes militares de las diferentes regiones eran autónomos a la hora de reclutar a sus hombres, equiparles y pagarles. Aunque la mayoría de los combatientes no cobraba por sus servicios, había «mercenarios pastunes» que sí recibían un salario; muchos de ellos procedían del ejército de Nayibulá, como su propio ex ministro de defensa Tanai, que tras su fallido golpe de estado huyó a Paquistán y fue reclutado por el ISI para los talibán; normalmente ocupaban puestos de mando, manejaban carros de combate y piezas de artillería o se dedicaban a tareas de mantenimiento. Pero la mayor parte de los cerca de 30.000 hombres que debían componer el ejército talibán, no cobraba; o eran voluntarios, muchos desertores de las milicias de los señores de la guerra o eran reclutas forzosos.

La realidad es que los talibán no estaban especialmente interesados en ejercer un gobierno efectivo en Afganistán. Sí lo estaban en ejercer el monopolio de la fuerza y en velar por un estricto cumplimiento de unas normas de conducta muy rigurosas en todos los campos de la vida; pero más allá, no se preocuparon por el desarrollo del país, ni por la situación de sus habitantes. Esta actitud llevó al país a una situación social y económica insostenible a largo plazo.

Un dato que conviene tener en cuenta es que los cambios sociales introducidos por los talibán no son sino la última etapa de un largo proceso que ha trastocado profundamente las estructuras sociales tradicionales afganas. El gobierno comunista, la invasión soviética y los conflictos posteriores han hecho que las élites de Afganistán sean hoy completamente diferentes a las anteriores a toda esta secuencia de catástrofes. Hasta los momentos anteriores

a la invasión soviética, el poder en Afganistán lo detentaban la aristocracia de los durrani y los terratenientes más poderosos, íntimamente ligados a la monarquía. Las nacientes élites urbanas, la clase media educada con tendencias comunistas o islamistas, era irrelevante en términos de poder real. Sin embargo, la invasión soviética trastocó totalmente el orden social tradicional. Primero eliminó tanto a la aristocracia durrani como a los terratenientes como poder real. Luego provocó la huida de una gran parte de las clases medias con formación; sólo los comunistas, dentro de este grupo, quedaron en Afganistán. Finalmente, éstos hubieron de huir tras la retirada soviética y la caída del régimen comunista. Lo poco que pudiera quedar de la élite cultural y económica, fue finalmente relegado por los talibán y, en su mayor parte, eligió el exilio. Como consecuencia de todo ello, el nuevo orden social que se instauró tras los acuerdos de Bonn no contaba con unas élites económicas o intelectuales en las que apoyarse. Sólo al cabo de los años, tras la caída de los talibán, se ha producirá un lento retorno de las antiguas élites: monárquicos, izquierdistas y afganos occidentalizados volverán a su país y constituirán uno de los principales apoyos de Karzai.

SEGUNDA PARTE
LOS AFGANOS

CULTURA Y SOCIEDAD

RASGOS CULTURALES

De una manera simple, podemos definir Cultura como la manera de afrontar la vida, el mundo que le rodea, una determinada sociedad. Este concepto incluiría aspectos tan variados como modales, modo de vestir, lengua, religión, ritos y normas de conducta. Existe otro modo más complejo, pero también más sugerente, de definirla. Esta segunda definición se basa en la analogía con el *software* de un ordenador; según ella, la cultura sería la programación colectiva de la mente que distingue a los miembros de un grupo humano; de la misma manera que los programas de un ordenador condicionan su respuesta a determinadas acciones provenientes del exterior, la cultura condiciona nuestra respuesta a los estímulos del medio ambiente; actúa como un programa que determina respuestas ante estímulos determinados. Dicho de otra forma, la cultura «programa» nuestro cerebro; ese programa, al que podríamos definir como pautas culturales, es análogo para los miembros de una misma sociedad, lo que explica que, colectivamente, su respuesta sea diferenciable de la que tendrían otros grupos culturales ante un estímulo externo análogo.

Como quiera que sea definida, es importante ser consciente de que para entender la conducta de los individuos y sociedades, es fundamental conocer tanto el entorno en que se desenvuelven como su cultura. El conocimiento de los patrones culturales básicos permite hacer ciertas previsiones sobre cómo va a reaccionar un individuo ante una situación determinada. Por ejemplo, un

niño afgano en un autobús probablemente aceptará sin ningún problema comida de extraños, cosa que normalmente no hará uno español. Esta actitud es típica de sociedades no individualistas como la afgana. Este no-individualismo es un factor cultural diferencial respecto a España y el resto de países occidentales que explica numerosas diferencias entre ambas sociedades, desde la importancia de la familia extensa hasta la diferente actitud ante las citas de jóvenes solteros. En este último ejemplo, las citas entre jóvenes solteros se consideran como algo claramente positivo en occidente ya que favorecen el conocimiento mutuo y el establecimiento de lazos sentimentales, mientras en Afganistán es rechazable ya que carece de sentido que los jóvenes intenten buscar pareja por sí mismos. Estos ejemplos muestran que, a la hora de acercarse a una cultura diferente, lo importante no es conocer las manifestaciones externas de su cultura, lo realmente importante es llegar a conocer los motivos por los que esas manifestaciones se producen. Sólo así podremos llegar a predecir la conducta de las personas y valorar las reacciones que nuestros actos pueden provocar en persona con mentalidades diferentes a la nuestra. Las personas no somos robots y nuestra conducta nunca es predecible al cien por cien, pero el conocimiento de los patrones culturales de una persona resulta de gran ayuda para predecir sus reacciones ante los estímulos externos.

A la hora de analizar una cultura, podemos valernos de cuatro factores básicos: tolerancia ante la desigualdad, temor a lo desconocido, individualismo y masculinidad. Todos ellos son factores culturales existentes en toda sociedad, pero que se manifiestan de manera diferente en cada una, proporcionándole su singularidad.

Tolerancia hacia la desigualdad

Cierto grado de desigualdad es algo inherente a cualquier sociedad humana y es por tanto aceptado en todas ellas. Lo que diferencia a unas sociedades de otras es el nivel de desigualdad considerado como aceptable. Podemos decir que, frente a un Occidente poco tolerante ante las desigualdades sociales, en Afganistán, la tolerancia hacia estas diferencias es mucho mayor y se manifiesta en todas las facetas de la vida: los empleados de cualquier clase tienden a evitar discrepancias con sus superiores,

mientras éstos acostumbran a tomar decisiones unilateralmente y de modo paternalista. El mismo patrón se aplica en la familia, donde la autoridad del padre es indiscutida, en la escuela, en la administración,... una característica asociada a la tolerancia a la desigualdad es el ejercicio coercitivo de la misma. La autoridad, en Afganistán, se impone con frecuencia mediante la fuerza y la intimidación; poder y derecho van de la mano. En las culturas occidentales, estamos habituados a que el poder se imponga, con mayor frecuencia, a través de la persuasión; en Afganistán, se entiende con mayor facilidad una autoridad impuesta por la fuerza que un intento de lograr la obediencia mediante la persuasión; este tipo de actitud se verá, con facilidad como una muestra de debilidad y con carácter general, los afganos no respetarán a un jefe, un profesor o un padre al que consideren débil. El Rey Abdur Rahman (1880-1901) *El Emir de Hierro* parece haberlo entendido perfectamente cuando se defendía de los extranjeros que le acusaban de gobernar a su pueblo con puño de hierro alegando que «el Emir gobierna con puño de hierro porque tiene que gobernar a un pueblo de hierro».

En el seno familiar, el padre representa la autoridad absoluta e indiscutible. Sus ideas deben ser obedecidas y respetadas y él es responsable de tomar decisiones que afectan a todos los miembros de la familia: matrimonio, educación, economía familiar,... La desobediencia en el ámbito familiar se traduce en castigos que pueden limitarse a reprensiones verbales pero alcanzan con frecuencia el castigo físico. Pero el castigo mayor es la expulsión del núcleo familiar: en el caso de las esposas, el castigo puede incluir el divorcio; en el de los hijos se les puede llegar a repudiar. Se dice que un afgano, en su primera noche de casado, matará un gato en presencia de la novia para demostrarle quién ejerce la autoridad y las consecuencias que conlleva la desobediencia.

Otra fuente de poder paralela en estas sociedades es la edad. Los ancianos, los «barbas grises» (*reesh safaid* o *aqsaqal*) gozan de autoridad en la familia, la aldea, la tribu; aconsejan y resuelven disputas apoyándose en el respeto que su experiencia despierta; esta autoridad les convierte en el vínculo natural entre la comunidad y las autoridades oficiales, algo que se ha tardado en comprender en Afganistán y que finalmente todos hemos acabado por comprender y aceptar: las relaciones con las comunidades rurales

deben canalizarse a través de sus representantes naturales, los ancianos. A través de ellos puede lograrse la aceptación y la colaboración de la comunidad; al margen de ellos sólo se conseguirá rechazo o indiferencia.

Otra característica que suele acompañar a las sociedades con una gran tolerancia hacia la desigualdad es la estrecha unión entre riqueza y poder. En este tipo de sociedades, la riqueza es fuente de poder y el poder fuente de riqueza, de forma que a la larga tienden a ir siempre unidos. Se trata de un problema muy relacionado con la corrupción y que muestra una pauta de conducta muy arraigada en la sociedad afgana. Cuando un afgano ocupa un cargo en la administración, lo utilizará para incrementar su riqueza personal y para fortalecer sus lazos sociales mediante la concesión de puestos o ayudas de otro tipo. Esta actitud no provoca rechazo en una sociedad que la considera legítima, lo que explica que la corrupción sea un problema endémico en Afganistán y que erradicarla hasta niveles propios de sociedades occidentales sea, por lo menos a día de hoy, utópico.

En el caso de las sociedades musulmanas podría objetarse que hay una segunda fuente de poder ajena a la economía, se trata del prestigio religioso. Desde sus orígenes, en las sociedades musulmanas han gozado de un gran ascendiente moral personas caracterizadas por su gran religiosidad. En Afganistán y Paquistán son frecuentes los casos en los que las residencias y posteriormente los sepulcros de estos santones se han convertido en centros de peregrinaje. Sin embargo, es interesante destacar como, a la larga, por esta vía y por la de las donaciones, la santidad ha conducido finalmente a la riqueza, sino a los propios santones, sí a sus sucesores: no olvidemos que en Islam la santidad es hereditaria, de forma que el hijo del santón hereda su ascendiente moral.... Aunque quizá no su integridad.

La tolerancia ante la desigualdad está también en el origen de otra deficiencia de sociedades como la afgana: la falta de correlación entre conocimientos, sea en forma de experiencia o de formación, y posición social. Mientras que en las sociedades occidentales cabe esperar que personas con un alto grado de preparación y experiencia ocupen puestos de mayor responsabilidad en cualquier organización, en Afganistán esta correlación es prácticamente inexistente y la ocupación de puestos relevantes en las

organizaciones va asociada a la existencia de lazos personales o a la capacidad de ejercer cualquier tipo de presión para conseguirlos.

En parte como consecuencia de esta tolerancia a la desigualdad, podemos concluir que en Afganistán, como en otras muchas culturas, el poder emana de la persona, no de la institución o de la ley y que las leyes son obedecidas sólo si se respeta o se teme a quien las impone. Estos aspectos son fundamentales a la hora de entender la forma de actuar de los afganos.

Temor a lo desconocido

El temor hacia lo desconocido es un problema que ha preocupado a los hombres desde los albores de la historia. Estos temores se refieren a la incertidumbre ante los fenómenos de la naturaleza, la actitud de otros hombres y las realidades sobrenaturales. La actitud de las diferentes sociedades ante esta realidad permite clasificarlas según su mayor o menor tolerancia hacia la incertidumbre. La sociedad afgana se encuentra, según los análisis más reconocidos, entre las sociedades poco tolerantes ante la incertidumbre, lo que se traduce en una baja tolerancia ante la ansiedad, el rechazo instintivo al cambio, sea del tipo que sea, y la tendencia a someterse a la autoridad aun cuando no exista coerción. Son todos ellos factores que contribuyen a incrementar la sensación de seguridad al reducir la incertidumbre.

A lo largo de la historia, el hombre ha desarrollado tres métodos para minimizar la incertidumbre: frente a las incertidumbres originadas en la naturaleza, la tecnología; frente a las provenientes de otros seres humanos, la ley; contra las que se escapan a nuestras posibilidades, la religión. Las sociedades más avanzadas tienden a apoyarse prioritariamente en tecnología y leyes. Las más atrasadas, como la afgana, se apoyan mucho más en la religión. La tecnología y las leyes permiten que podamos predecir, hasta cierto punto, tanto los fenómenos de la naturaleza como las actividades de otras personas. Pensemos cómo tanto las predicciones meteorológicas como las normas de tráfico desempeñan un papel similar a este respecto: Ambas sirven para reducir la incertidumbre. La religión, complementada por las ideologías, que no son sino modernas religiones, permite al menos encontrar alguna explicación a aquellas incertidumbres que no podemos soslayar;

la muerte es la más clara. La religión es la principal herramienta de que disponen los afganos para enfrentarse a la incertidumbre.

En un país tecnológicamente tan atrasado como Afganistán, la tecnología no es un buen aliado para combatir la incertidumbre. Pensemos simplemente en cómo las tecnologías de la información han ayudado a eliminar incertidumbres en las sociedades más avanzadas en las que cualquier problema de un familiar, cualquier accidente o un mero retraso a la hora de volver del trabajo son inmediatamente conocidos por aquéllos a quienes pueda afectar, eliminando de raíz la incertidumbre. De la misma manera, si surge la necesidad de un médico, una ambulancia o un policía, en cuestión de segundos se puede poner en marcha el proceso que los pondrá a nuestra disposición en minutos. En Afganistán la situación es muy diferente y la incertidumbre sigue estando muy presente en el día a día de las personas. Si un padre de familia no regresa a casa a la hora habitual, poco puede hacerse aparte de esperar; si se necesita un médico, en el mejor de los casos tardará horas en aparecer; en según que lugares tardará días o no aparecerá nunca.

Tampoco el imperio de la ley es de gran ayuda en países en los que realmente podemos más bien hablar del imperio de los poderosos. El propósito de la ley es proteger a unos hombres frente otros, reduciendo el temor y la incertidumbre. El imperio de la ley significa que las relaciones entre las personas están regidas por unos códigos que pueden imponerse de modo coercitivo a todos, sea cual sea su posición social o económica, lo que conduce a que podamos tener una cierta confianza en cuanto a cómo actuarán los demás en determinadas circunstancias: cuando dos coches lleguen a un cruce simultáneamente, habrá pocas dudas sobre qué es lo que va a hacer cada uno. En Afganistán, a pesar de los intentos por democratizar el país, no puede hablarse de imperio de la ley; la corrupción, la falta de medios humanos y materiales y la fuerza de poderes ajenos a los legales, hacen que los afganos tengan poca confianza en que, en caso de necesidad, la justicia vaya a venir en su apoyo si son objeto de cualquier tipo de ataque o injusticia. Si un afgano recibe una agresión de un vecino, poco puede esperar de la justicia, a no ser que se trate de una persona poderosa, en cuyo caso podrá movilizar a su favor todos los resortes policiales y judiciales. En caso contrario, si el poderoso es el

otro, no conseguirá que la justicia actúe contra él, sólo le queda tragarse su orgullo y esperar a una ocasión que le permita tomarse la venganza por sí mismo; o pedir que Dios haga justicia y castigue al agresor. Todo ello conlleva un mayor grado de incertidumbre en cuanto a los efectos que los actos de los demás pueden tener en nuestras vidas.

Si los afganos no pueden confiar en la tecnología ni en la ley para luchar contra la incertidumbre, sólo les queda recurrir a la religión, que en estas circunstancias servirá no sólo para reducir el temor a lo sobrenatural, sino para enfrentarse a las incertidumbres de la naturaleza y de las demás personas. A Dios se rezará para que lleguen las lluvias y a Dios se pedirá el castigo de quienes obren de forma injusta. La confianza de los afganos en Dios se basa en tres presunciones básicas. La primera es que esta vida es un período de prueba para la vida eterna, que es la que realmente importa. La tradición sufista, muy presente en Afganistán, va más allá al sostener que cuanto más se sufre en esta vida, mayor es el premio que se obtiene tras la muerte. Con estas premisas, los padecimientos de esta vida se hacen mucho más llevaderos. La segunda premisa es que nada ocurre contra la voluntad de Dios, de forma que las adversidades deben aceptarse como manifestaciones de Su voluntad. Esta idea conduce a la eterna discusión mantenida dentro del Islam entre los defensores del fatalismo y quienes lo rechazan haciendo hincapié en la libertad de elección que Dios ha concedido a los seres humanos. Sea cual sea el resultado de este debate teológico, de lo que no cabe duda es de que referir los sufrimientos actuales y el destino futuro a la voluntad de Dios resulta una actitud balsámica que reduce de manera evidente la incertidumbre y el sufrimiento. No podemos perder de vista una realidad ajena a cualquier debate ideológico: mientras en las sociedades más desarrolladas el destino de las personas depende en gran medida de sus propias decisiones, en sociedades como la afgana, el futuro de las personas depende de factores que difícilmente pueden controlar sus protagonistas. Es por ello que el hacer planes a largo plazo es algo completamente ajeno a la cultura afgana. No puedo evitar recordar aquí una anécdota que ilustra de qué manera los afganos sienten que no son dueños de su futuro. En el año 2006 el Doctor Ziarmal era asesor cultural en la sección del Cuartel General de ISAF en la que yo prestaba

servicio; por aquél entonces acababa de ser padre por primera vez, mientras yo ya era padre de mis dos hijos; en un momento dado, el Doctor me preguntó si pensaba tener más hijos; ante mi respuesta negativa me preguntó con toda naturalidad: «¿Y si se te mueren?» Me dejó sin palabras y me hizo asomarme al enorme abismo cultural que nos separaba. Semejante incertidumbre no se baraja en la Europa del siglo XXI, en la que nadie considera como una posibilidad el fallecimiento de un hijo, pero es una realidad en Afganistán. La tercera certidumbre que aporta la religión es la de la absoluta justicia de Dios, que acaba castigando al que obra de forma injusta y premiando al justo, incluso en esta vida. Otro efecto balsámico para la vida de los afganos, en la que la injusticia suele estar muy presente.

Este recurso a lo sobrenatural para hacer frente a las incertidumbres de origen natural o humano explica el recurso a los santos y la creencia en los milagros. Rechazado por el wahabismo, el culto a los santos está muy extendido en Afganistán. Este culto, muchas veces relacionado con el sufismo y el chiismo, se ha traducido en que numerosos sepulcros de santos se hayan convertido en lugares de peregrinaje donde los fieles acuden para pedir la intercesión de los santos o directamente pedir algún milagro.

A nadie se le escapa que el Islam es en Afganistán mucho más que un fenómeno religioso. Aparte del componente cultural aquí expuesto, el Islam impregna la política, la educación, las relaciones sociales,... haciéndolo suficientemente relevante como para merecer un capítulo específico en este libro.

Colectivismo frente a individualismo

El colectivismo, como característica contrapuesta al individualismo, es otra de las características que definen a la sociedad afgana y que suele estar presente en las sociedades con una alta tolerancia hacia la desigualdad. El Afganistán, de manera inequívoca, los intereses individuales están subordinados a los del grupo. Las decisiones más importantes en la vida de un afgano, no son adoptadas por él mismo, sino por la familia, que es la que decidirá sobre estudios, matrimonio, adscripción política, trabajo,... el individuo, en esta sociedad, renuncia a la capacidad de decidir a cambio de obtener la protección que le proporciona

el grupo. Como consecuencia de ello, la responsabilidad por los actos de los individuos, trasciende a éstos, haciéndose extensiva a las familias. Así, si un afgano comete un crimen y huye, no será raro que la policía detenga a algún miembro de la familia para forzar así su entrega. De la misma forma, una acción inmoral de un individuo, mancha el honor de toda la familia. Esta actitud colectivista o gregaria tiene efectos muy importantes en la sociedad afgana: conduce a una muy escasa movilidad geográfica y laboral, desincentiva la iniciativa individual y, en definitiva, frena el desarrollo socioeconómico, basado en última instancia en la iniciativa individual.

La cuestión de género

El cuarto aspecto que vamos a emplear para definir a la cultura afgana es el de la diferenciación sexual o «masculinidad», partiendo de la base de que el grado de desigualdad entre sexos es un factor muy relevante a la hora de definir una cultura o sociedad. El concepto de masculinidad deriva de la dualidad natural entre hombre y mujer. Sin embargo, esta dualidad natural tiene consecuencias diferentes en cada sociedad, diferencias que no son ya naturales sino culturales y que cristalizan en un sistema de roles asociado al sexo que varía grandemente en cada sociedad y que, en muchos casos, se traduce en una diferencia clara en cuanto a los derechos relativos, normalmente en perjuicio de la mujer. El sistema de roles se traduce también en un conjunto de cualidades y actitudes asociado al género, que permiten hablar de masculinidad y feminidad. De acuerdo con ello, en según qué cultura, los hombres deberán ser valientes, fuertes, emprendedores,... y las mujeres discretas, tiernas, recatadas,...

Incluso pasando por alto los excesos cometidos en su día por los talibán, es evidente que en la sociedad afgana las mujeres ocupan una posición de clara inferioridad frente a los hombres. Pese a los esfuerzos realizados en los últimos años, y sin negar los enormes avances conseguidos desde la caída de los talibán, las mujeres están lejos de ocupar una posición de igualdad, incluso de lo que podríamos denominar una «desigualdad tolerable». Ello se debe a que la masculinidad ha estado siempre muy arraigada en la cultura afgana. Para comprenderlo con claridad, es interesante hacer

un repaso a algunas peculiaridades lingüísticas muy significativas. Para empezar, en Dari las acciones relativas al género femenino se enuncian en pasiva, mientras que sus equivalentes masculinas lo son en forma activa. Así, mientras un hombre se casa, besa o hace el amor, una mujer es desposada, besada o se le hace el amor. De la misma forma, es altamente indicativo de los hábitos culturales afganos, el hecho de que no existan palabras en Dari o Pasto equivalentes a novio, novia o cita, o las dificultades que estos idiomas tienen para designar el amigo de una mujer o a la amiga de un hombre. Para terminar con estas peculiaridades lingüísticas es también significativo que las mujeres son normalmente definidas en relación a los hombres. Así, no existen palabras como reina o princesa; en Dari, tendremos que denominarlas «mujer del rey» e «hija del rey». Estas particularidades idiomáticas, lejos de ser meras anécdotas, son una muestra clara del papel secundario que la cultura tradicional afgana ha atribuye a la mujer.

Un recorrido por la literatura afgana nos llevará a las mismas conclusiones. A lo largo del tiempo, los poetas y literatos afganos han definido a los hombres como valientes, honrados, fuertes, nobles,... frente a ellos, las mujeres tienden a ser taimadas, mentirosas, débiles,... ayuda a entenderlo el hecho de que todos los escritores fueran hombres y que la mayor parte de los textos fueran escritos en el entorno de una corte en la que los grandes potentados disponían de varias mujeres y de concubinas. La vida en un harén no parece el entorno ideal para que las mujeres desarrollen los aspectos más positivos de su personalidad.

En Afganistán, como en todo el mundo musulmán, masculinidad y religión están estrechamente relacionadas. Así, de acuerdo con el Corán, dentro de una misma familia la herencia de las hermanas será menor que la de los hermanos y la de la viuda se reducirá a un octavo de la fortuna del fallecido y a la hora de declarar ante un tribunal la declaración de un testigo varón equivale a la de dos mujeres. La idea de que la mujer no está obligada a proporcionar ingresos a la familia y el presunto carácter más emocional y menos racional de las mujeres, están en el fondo de este trato discriminatorio. Es evidente que, se diga lo que se diga, el Islam, incluso en sus versiones más moderadas, limita de manera sensible los derechos de las mujeres, pero son el islamismo radical y tradiciones culturales como la pastún los

que realmente han degradado el status de las mujeres en países como Afganistán. En el Islam, los roles de hombre y mujer están claramente diferenciados y afectan a cuestiones como matrimonio, divorcio, herencias, capacidad para testificar, educación y empleo. Las tradiciones locales y el radicalismo exacerbado han llevado estas diferencias a límites extremos.

En lo referente al matrimonio, los aspectos más relevantes hacen referencia a la poligamia, el matrimonio acordado, el matrimonio de emergencia y la edad para contraerlo. El Corán permite a los musulmanes mantener hasta cuatro mujeres simultáneamente, siempre y cuando sus recursos se lo permitan. Esta costumbre es desaconsejada por los jurisperitos chiíes, basándose en lo difícil que resulta cumplir con los requisitos que el Corán establece para la poligamia, pero en la doctrina suní no hay oposición expresa a la poligamia. Una razón para la menor tolerancia en el caso chiíta puede derivar de la existencia en este caso del denominado «Matrimonio Temporal», un matrimonio acordado para un periodo de tiempo determinado, que puede ser de horas, y cuya finalidad queda claramente reflejada en el nombre con el que popularmente se le conoce: «Matrimonio para el Placer». En Afganistán la poligamia es una rara excepción (Quizás alcance al 1% de las familias) y va asociado a situaciones de riqueza y poder, esterilidad de la esposa o al denominado «Matrimonio de Emergencia». Lo que realmente limita el número de casos de poligamia es el aspecto económico: es necesario ser muy rico para poder afrontar varios matrimonios. No se trata sólo de los gastos derivados de la celebración; además, según la costumbre afgana, debe pagarse un precio por la novia, un precio que es relativamente alto para el nivel económico de Afganistán, ya que puede llegar a los cientos de miles de afganis, cuando el salario medio de un funcionario gubernamental roza los cincuenta. Son pocos los afganos que pueden permitirse semejante lujo; de hecho, para muchos jóvenes afganos, resulta difícil que sus familias puedan aportar el dinero suficiente para pagarles su matrimonio.

Dado que el papel fundamental de la mujer en la sociedad afgana es el de proporcionar hijos varones, un hombre casado con una mujer que no puede dárselos intentará casarse de nuevo; así, la mujer estéril o empeñada en procrear sólo hembras unirá a la vergüenza de no ser capaz de dar varones a su marido, la de

recibir en su casa a una nueva mujer «adquirida» para ello. Una última causa para la poligamia deriva del llamado «Matrimonio de Emergencia». Cuando una mujer enviuda, salvo que sea muy mayor, será normal que se case con uno de los hermanos u otro miembro de la familia del fallecido, esté casado o no y tenga la edad que tenga. Esto es así por varias razones. Una es que el Corán, salvo muy raras excepciones, en estos casos asigna la tutela de los hijos a la familia del padre que, además, consideraría vergonzoso que la viuda pasara a formar parte de otra familia por matrimonio. Si la viuda quiere permanecer junto a sus hijos, deberá casarse con alguien de la familia del difunto, esté o no casado. Pero hay además una razón económica de peso: mantener a la viuda en la familia implica retener su dote y evitar que la herencia de fallecido vaya a parar fuera del grupo. En éste, como en los demás casos, los gustos o intereses de la novia no son un factor a considerar. En el Islam, el matrimonio es una cuestión de interés, no de afecto.

Entre las tradiciones afganas que violan claramente los derechos de la mujer está el *badal*, que consiste en la entrega de una mujer de la familia para compensar una ofensa causada a otra. La entrega en matrimonio de una hija, que en ocasiones puede sustituirse por una suma de dinero, es el medio empleado para poner fin a una disputa y evitar que la familia ofendida recurra a la venganza. Esta costumbre da lugar a situaciones muy duras para las así desposadas que, en muchos casos, son recibidas en la familia del marido con manifiesta hostilidad y reciben un trato deliberadamente vejatorio. No olvidemos que su llegada a la nueva familia se produce como consecuencia de una ofensa de la familia de origen. Pese a los intentos realizados por erradicar esta costumbre, hay evidencias de que aun se aplica con relativa frecuencia.

Otro aspecto de las costumbres matrimoniales, derivado de la concepción del matrimonio más como un instrumento en las relaciones sociales y económicas que como una unión afectiva, es el hecho de que, salvo entre las clases urbanas más educadas, los novios no tienen ninguna opción a la hora de elegir a su futura pareja. Algunos padres preguntan a sus hijos, sólo a los varones, sobre sus preferencias, pero la mayoría no lo hace. Será el padre quien tome la decisión por ellos. Durante la ceremonia

de la boda, el *Mulá* no pedirá el consentimiento a la novia, sino a su representante, que será el que en todo momento hable por ella, sin sentir la necesidad de consultarla antes de responder. El novio sí deberá consentir personalmente. Es normal que novio y novia se conozcan el mismo día de la boda, aunque la costumbre de celebrar matrimonios entre primos reduce esta posibilidad notablemente. En 2006, se estimaba que cerca de un 60% de los matrimonios en Afganistán eran forzados; el porcentaje puede ser hoy menor, pero nada hace pensar que haya disminuido drásticamente. La realidad es que los casos en los que los jóvenes se oponen a matrimonios acordados por sus padres son muy raros, por lo que, a la hora de la verdad, el porcentaje de matrimonios forzoso, en el caso de las mujeres, podría estar cercano al 95%; a la hora de la verdad, son muy pocas las mujeres que tienen algo que decir a la hora de elegir marido. Primero, porque las posibilidades de iniciar una relación con un joven y enamorarse de él, son francamente escasa dada la estricta separación de sexos. Segundo, porque muy pocas serán capaces de decir no al novio que les proponga su padre o hermano mayor.

En su libro *Afganistán, Crónica de una Ficción*¹, Mónica Bernabé relata su experiencia tras ser invitada a la boda de la hija de una compañera de trabajo. Durante la celebración aprenderá mucho sobre las costumbres afganas y se sorprenderá porque la madre de la novia, una mujer moderna y culta, haya permitido que sea el padre el que elija al novio para su hija, sin contar con la voluntad de ésta. La respuesta de la madre no deja de tener su lógica: cómo va a escoger marido una joven que no tiene posibilidad alguna de relacionarse con varones que no pertenezcan a su familia; y quién mejor para elegirle marido que su padre, que conoce tanto a su hija como al futuro esposo. Con estos planteamientos no es de extrañar que en las bodas afganas, la tradición exija que, tanto la novia como su madre, ni ríen, ni bailen; para ellas es un día triste en el que mostrarán su desconsuelo llorando. La hija se irá a vivir con un desconocido, a una casa nueva en la que vivirá rodeada de extraños; perderá de vista lo que hasta entonces han sido su hogar y sus allegados para pasar a ser miembro

1. Bernabé, Mónica. 2012.

de una nueva familia; la madre perderá a una hija que habrá sido como su sombra hasta entonces y a la que no sabe cuándo ni con qué frecuencia podrá ver en el futuro; no resultaría demasiado correcto mostrar alegría por ello. Y en la mayoría de los casos, al menos al principio, el sexo será una auténtica tortura. Ante la más que probable tentación de escapar y retornar a su hogar de origen, la tradición exige que durante el primer mes de matrimonio, la novia no vea a su familia.

Por otra parte, aquéllos que decidan casarse sin el consentimiento de sus padres, huyendo lejos de la familia, tienen muchas posibilidades de acabar en la cárcel. En las cárceles de mujeres afganas, la mayor parte de las presas, que en muchos casos comparten celda con sus hijos, han sido condenadas por lo que se viene a denominar «crímenes sociales»: adulterio, abandono del hogar,... Esta concepción del matrimonio no ayuda demasiado a la felicidad conyugal y sí en cambio a la violencia doméstica y está en el origen de incontables sufrimientos para muchas mujeres. Según las organizaciones de derechos humanos, a pesar de los avances realizados desde el derrocamiento de los talibán, las estadísticas sobre mujeres auto inmoladas, maltratadas y violadas demuestran que estos problemas están lejos de irse solucionando.

Otro problema relacionado es el de la edad de matrimonio. En teoría, las niñas deben tener dieciocho años para poderse casar, pero según las estadísticas, un 57% se casa antes de los dieciséis. Hay varias razones para que los padres sientan cierta prisa por «colocar» a las hijas en una sociedad en la que «hijas son dolores de cabeza». Desde poner fin a la ociosidad de unas niñas que normalmente no van a la escuela; el ansia por ver su vida solucionada o, más comúnmente, librarse de una boca que alimentar a la vez que se recibe una cantidad de dinero, son razones de peso en una gran mayoría de las empobrecidas familias afganas.

Hay otros aspectos de la vida en los que la mujer recibe un trato discriminatorio en el mundo musulmán: a la hora de solicitar el divorcio, tanto el hombre como la mujer pueden hacerlo, teóricamente, porque a la hora de la verdad, sólo el hombre puede ejercer este derecho. En el ámbito doméstico las mujeres deben mostrar sumisión absoluta; en caso contrario serán reprendidas o castigadas con severidad. Y si una mujer acude a un juez para

denunciar que ha sido violada o maltratada por su marido, tiene más posibilidades de ser castigada ella misma que el agresor.

En la era talibán, las disposiciones discriminatorias del Islam se vieron superadas por una interpretación radical sumada a las tradiciones pastunes, muy discriminatorias para con la mujer. Es de sobra conocida la situación que las mujeres soportaron en aquellos años: prohibición de trabajar fuera del hogar, incluso de salir sin «escolta»; obligatoriedad de vestir el *burka*², castigos inhumanos ante faltas tan graves como cantar, citarse con un novio o salir solas de casa,... Como ya hemos visto, esta actitud de los talibán hacia las mujeres les granjeó la animosidad de la opinión pública mundial y contribuyó a que prácticamente ningún gobierno los reconociera. Uno de los objetivos que debían alcanzarse con la derrota de los talibán era el de devolver a las mujeres afganas su libertad y su dignidad. No se puede negar que desde 2001 la situación de la mujer afgana, especialmente en los núcleos urbanos, ha mejorado sustancialmente; aunque queda mucho por andar, hoy hay un gran número de niñas que acuden a la escuela y a la universidad. Legalmente, a las mujeres se les reconoce una igualdad que, aunque dista mucho de ser real, se ve por lo menos como una meta. Hoy hay mujeres en el Parlamento, ministras y hasta una gobernadora. Hay mujeres estudiando en las universidades, dando clases y trabajando en cada vez más campos. Aunque en las zonas rurales, particularmente en las pastunes, la situación de las mujeres no dista mucho de la que sufrían en tiempos de los talibán, la semilla del cambio parece estar germinando; sin embargo, hay miedo a que en las negociaciones iniciadas para poner fin al conflicto se sacrifique a las mujeres a cambio de conseguir un acuerdo en el que parece que se está dispuesto a hacer demasiadas concesiones con tal de dar por cerrado un conflicto demasiado largo.

2. Aunque está muy extendida la creencia de que el burka es una prenda tradicional afgana, la realidad es que es relativamente moderna. La introdujo en rey Habibulá a principio del siglo pasado para proteger a las mujeres de su harén de miradas indiscretas. Paulatinamente, la costumbre se extendió entre las clases alta y, finalmente, fue abrazada con entusiasmo por el resto de la sociedad, que lo consideraba un signo de distinción.

La posición a la que la mujer queda relegada en la sociedad afgana ha dado lugar a fenómenos llamativos. Uno de ellos es el de los adolescentes que, vestidos y arreglados como mujeres «animan» las reuniones de varones sirviéndoles el té, cantando, bailando,... Más curiosa es la institución del *Bacha Posh*. La preferencia de los padres afganos por tener hijos varones ha conducido a la aparición de esta curiosa figura tradicional que consiste en disfrazar a las niñas de niños. De esta forma, hasta cierta edad, las niñas son, a los ojos de todos, niños. Y como niños se visten y actúan. Un caso típico sería el de una familia con cuatro hijas; para ir a la escuela, una de ellas se viste de manera diferente. Mientras tres de ellas visten vestidos blancos y cubren sus cabezas con pañuelos, una cuarta niña, iría vestida con traje y corbata. Al salir a la calle, esta cuarta hija ya no es una niña, sino un chico. La familia en cuestión carecería de hijos varones y para llenar el hueco y evitar burlas de la gente por ello, habría optado por esta decisión radical. Un simple corte de pelo y algo de ropa juvenil es suficiente para ello. Así, la familia gana reconocimiento social por el hecho de tener un hijo varón, lo que se considera tradicionalmente como símbolo de prestigio y el honor. También puede haber motivos más pragmáticos, los niños pueden trabajar, las niñas no: En los mercados afganos se pueden encontrar con facilidad chicas disfrazadas de varones, que así pueden trabajar para alimentar a sus familias. Esta situación no es permanente, cuando las niñas cumplen 17 o 18 años recobran su identidad femenina y continúan la vida que les corresponde como mujeres. Hoy en día, esta opción se ha convertido también en la vía para que chicas jóvenes puedan estudiar sin las limitaciones que su sexo implica en muchas ocasiones y para que tengan la posibilidad de desenvolverse en la sociedad de la forma que sólo a los varones les está permitido. De esta forma, aparecen entre las mujeres personalidades formadas en la independencia y en la autosuficiencia y dispuestas a ocupar en la sociedad puestos hasta ahora reservados a los varones.

Mónica Bernabé nos relata en su libro *Afganistán, Crónica de una Ficción*³ el caso de Nadia, una joven a la que conoció en Kabul

3. Bernabé, Mónica. 2012.

en 2006. En 1990 los hombres de Dostum mataron a su hermano, lo que dejó medio loco a su padre. Su madre estaba enferma y ella misma, durante los bombardeos de los *Muyahidines* fue herida por un proyectil que impactó en su casa, desfigurándole media cara y afectándole a todo el cuerpo. Siendo sólo una niña, Nadia se vio en la necesidad de trabajar para mantener a su familia. Para ello, en la época talibán, hubo de hacerse pasar, durante años, por un varón, lo cual le permitió no sólo trabajar, sino acceder a todo un mundo que en Afganistán está vedado a las mujeres. El relato de Mónica permite adentrarse en los problemas psicológicos que esta situación provocaba. Gracias a los esfuerzos de Mónica, Nadia acabó siendo operada en Barcelona, donde consiguieron hacer desaparecer los efectos de las heridas en su rostro y cuerpo y comenzó a vivir como una mujer.

En el Afganistán de hoy en día conviven unas costumbres tradicionales no muy alejadas de los usos que en su día impusieron los talibán, con una normativa legal que otorga a las mujeres derechos que en la práctica no es fácil para ellas ejercer. Un ejemplo claro de esta dualidad lo representa el caso de la joven Lal Bibi que, de forma totalmente novedosa en el contexto afgano, decidió denunciar públicamente haber sido violada por un oficial de la Policía Local de su localidad, en Kunduz. La familia del presunto violador, que no negó los hechos, alegó en su defensa que momentos antes un *Mulá* había firmado un contrato matrimonial y que una vez formalizado el matrimonio, la violación no es posible; insistía también en el hecho de que, de acuerdo con su tradición, las mujeres no tienen derecho ni a elegir marido ni a oponerse a mantener relaciones con él una vez se ha firmado el contrato matrimonial. Según esta versión, el matrimonio habría sido acordado en una reunión de ancianos para saldar algún agravio mediante la entrega de la joven. Aunque la familia de la mujer afectada niega tal versión, es interesante ver cómo este caso pone de relieve la dualidad entre la legislación afgana, que prohíbe el matrimonio forzoso, y la realidad sobre el terreno, donde esta costumbre sigue viva, al igual que la entrega de mujeres como compensación o la obligación de mantener relaciones sexuales con el marido. En una muestra más de lo complicado del escenario afgano, el Presidente Karzai decidió destituir al Jefe de Policía y al resto de agentes implicados en el caso. Podría pensarse que se trata de una

muestra de que las cosas evolucionan a mejor, sino fuera porque el sustituto enviado fue el propio hermano del destituido, lo cual desencadenó el temor entre los allegados a Lal Bibi que, junto con su familia, decidió finalmente abandonar su pueblo por temor a las represalias.

La problemática sexualidad de los pastunes ⁴

La estricta separación de sexos que se impone a los pastún desde su más tierna infancia no puede dejar de tener consecuencias en su desarrollo personal; y muy particularmente en sus relaciones con el sexo opuesto. Aunque es muy difícil obtener testimonios directos en los que éstos relaten los pormenores de sus relaciones sexuales, no faltan testimonios indirectos que permiten entrever las complejidades de las relaciones entre sexos en la sociedad pastún tradicional. Desde declaraciones en procedimientos judiciales o en consultas médicas hasta comentarios escuchados en todo tipo de reuniones, hay multitud de fuentes que permiten ir obteniendo datos parciales que, convenientemente analizados, aportan datos muy reveladores en este campo.

Pensemos que a los niños pastunes (y a la mayoría de los afganos no pastunes) se les separa de sus madres a la edad de siete años. A partir de este momento, pasan a vivir en un mundo totalmente masculino, en el que las mujeres son unos seres prácticamente invisibles que pululan alrededor dedicados a todo tipo de tareas domésticas sin mantener ningún tipo de conversación con los miembros masculinos de la familia, más allá de lo necesario para organizar la vida doméstica. Así, se pasa de la infancia a la adolescencia y de ésta a la juventud sin tener la oportunidad de relacionarse con personas del sexo opuesto, que pasan a ser unos seres completamente ajenos al joven pastún; en todos estos años, serán muy escasas las ocasiones en las que el joven hable con jóvenes del sexo contrario, que pertenecerán en todo caso a su familia. A ello hay que añadir una realidad innegable: en la mayoría de los casos, las mujeres son definidas por los maestros

4. Lo que aquí se va a exponer en relación a la sexualidad de los pastunes, es aplicable en gran medida a las otras etnias, aunque en general, la separación de sexos no suele ser tan estricta en el resto.

religiosos como sucias e indeseables fuentes de todo tipo de pecados; la mujer, en el Islam, es representada inequívocamente como una fuente de tentaciones, como una amenaza a evitar. Si se vive en una madraza y de ahí se pasa a engrosar las filas de los combatientes talibán, la ausencia de mujeres es aún mayor, absoluta; en este caso, ni siquiera existirá un contacto con madres, tías o hermanas, que suavice ese alejamiento del sexo opuesto. El desconocimiento personal unido a las enseñanzas recibidas darán paso a la desconfianza y al desprecio hacia los miembros del sexo femenino que caracterizan a los jóvenes más radicales. Esta realidad esté posiblemente en el fondo de dos realidades que han sido y son frecuentes en la sociedad afgana: la homosexualidad masculina y el maltrato a las mujeres en el ámbito familiar.

Puede resultar paradójico que en una sociedad en la que la masculinidad es considerada como un valor indiscutible y se considere la fuente de todo tipo de atributos positivos como la sinceridad, el valor, la fortaleza,... la homosexualidad masculina haya sido aceptada tradicionalmente e incluso haya sido fuente de prestigio social. En el Afganistán tradicional, era normal que jóvenes imberbes se convirtieran en amantes, más o menos voluntarios, de hombres maduros, acomodados y respetables, que no dudaban en exhibir públicamente su «posesión», una muestra más de su posición social. Cuesta trabajo imaginar hoy que, antaño, Kandahar era famosa por sus bellos *halekún*, jóvenes mancebos a los que sus poseedores exhibían públicamente no sólo sin ningún pudor, sino con orgullo, sin que ello produjera ningún escándalo. Esta costumbre, soterrada pero no desaparecida en la época talibán, ha renacido con los nuevos aires de apertura que surgieron tras su caída. De la misma forma que muchos señores de la guerra y caudillos de milicias hacían ostentación de sus mancebos, hoy siguen dándose casos no sólo entre los líderes de las milicias tribales o insurgentes, sino también en el respetable mundo de los negocios y la política. Aparte de estos casos en los que jóvenes mancebos son mantenidos por poderosos «protectores», parece que tampoco son infrecuentes las relaciones homosexuales entre jóvenes solteros; los lazos de camaradería que se forjan en los campos insurgentes o en las filas del ejército facilitan este tipo de relaciones que permiten dar salida a unas necesidades emocionales y físicas que no pueden satisfacerse a través de personas

del otro sexo, totalmente inaccesibles para la mayor parte de los jóvenes afganos.

Pero es interesante resaltar un dato: un afgano puede reconocer que mantiene relaciones de este tipo, pero a la vez manifestará su rechazo más absoluto a la homosexualidad; no se trata de una postura cínica: en el seno de la sociedad tradicional afgana, este tipo de relaciones no se consideran asociadas con la homosexualidad. Un respetable padre de familia pastún compartirá su lecho con un joven imberbe, sin ocultarlo y sin por ello ser considerado o considerarse como homosexual, de forma que su virilidad y por tanto su autoridad, no se vean comprometidas... De la misma forma, un soldado podrá reconocer haber contraído una enfermedad venérea a través de relaciones sexuales con sus compañeros de armas, sin admitir en ningún caso haber mantenido relaciones homosexuales ni, faltaría más, declararse homosexual... de acuerdo con el antiguo proverbio pastún: «Las mujeres están hechas para procrear, los jóvenes (varones) para el placer» y no hay ningún inconveniente en «desahogarse» por una vía que, para muchos, es la única posible. Para los que no gozan del poder o la riqueza suficientes para mantener un *halekún* hay otras soluciones más asequibles. Así, hay una larga tradición, aún viva, de jóvenes que acompañan a los grupos de adultos, sean combatientes, pastores o transportistas. Estos jóvenes, siempre imberbes, cumplen un sinnúmero de misiones auxiliares y, además, deben entretener a sus señores. Al final de la jornada, mientras los adultos cenan o fuman una *sissha*, sus jóvenes acompañantes, muchas veces vestidos y maquillados como mujeres, les sirven, bailan para ellos y satisfacen todas sus necesidades. Aún hoy, esta costumbre persiste no sólo entre las milicias, también entre otros grupos masculinos ligados por lazos similares de solidaridad: hay evidencias de este tipo de costumbres entre los transportistas del sur del país y resulta sintomática la insistencia con la que se prohíbe que en los cuarteles afganos vivan menores en compañía de los soldados.

Es fácil que, con la educación recibida y el aislamiento impuesto, a un joven pastún acabe por resultarle difícil asociar al sexo femenino con el disfrute y el placer. Posiblemente, tendrá problemas para mantener cualquier tipo de relaciones con personas del sexo opuesto, unas objetivas, impuestas por la sociedad,

otras subjetivas, derivadas de una educación profundamente misógina. ¿Cómo acercarse a ellas? Y en caso de conseguirlo, ¿Cómo relacionarse con ellas? Pero las necesidades de afecto, intimidad y satisfacción sexual están ahí y deben satisfacerse. El problema es que resultará más fácil satisfacerlas con sus iguales, accesibles y adornados como él de virtudes de las que carecen en absoluto las mujeres. Más adelante, para los más afortunados llegará el momento del matrimonio y tendrán a su lado una mujer, a la que se habrán unido por interés familiar, pero a la que no podrá evitar ver como un ser extraño, ajeno a su vida... e inferior.

Un ejemplo dramático de lo complicado de las relaciones hombre-mujer en este ámbito lo refleja un dato sobrecogedor: no resulta extraño que los hombres acaben sintiendo un amor auténtico hacia sus imberbes amantes y que, una vez que éstos superen la edad en la que es socialmente aceptado que jueguen este rol, deseen mantenerlos a su lado. Qué mejor solución para ello que casarlos con sus propias hijas, permitiendo así que permanezcan en el ámbito familiar. Los datos disponibles hacen pensar que esta opción no sería excepcional, como tampoco lo es que quien ha sido el *halekún* de un barbudo cuando era aún imberbe, anhele poseer su propio *halekún* una vez pase a la condición de adulto. El hecho de que un hombre sea capaz de casar a su propia hija en estas condiciones dice mucho sobre el valor que se otorga a las mujeres y sobre lo que pueden esperar del matrimonio.

GRUPOS ÉTNICOS

Un grupo étnico es una formación basada en un nombre colectivo, unos mitos comunes, una historia compartida y una cultura propia, todo ello asociado con un territorio y un sentido de solidaridad. Estas son las características que permiten distinguir a un grupo étnico de otro. *Qawmparasti* es la palabra *pasto* que podríamos traducir como grupo étnico y hace referencia tanto al idioma como a la etnia.

La falta de censos fiables hace que no conozcamos con exactitud la población de Afganistán, que oscilarían entre los 26,5 millones de las autoridades afganas y los 31,1 que sugiere la CIA. Es posible que haya algo de verdad en quienes acusan al gobierno de Kabul de no estar interesado en realizar un censo exhaustivo,

porque los datos reales revelarían que el peso de los pastunes es menor que el que le atribuyen ahora los datos oficiales⁵. En cualquier caso, lo cierto es que a día de hoy cualquier dato que se dé incluye un elevado margen de error. Esta población se halla dividida en grupos étnicos perfectamente diferenciados, de los cuales los pastunes (Antiguamente conocidos como patanes) son el grupo más numeroso. Un dato muy a tener en cuenta, es que los pastunes se asientan a ambos de lados de la frontera Afgano-Paquistaní, cuya legalidad en general no reconocen y que en la práctica tienden a ignorar. Tradicionalmente, este grupo ha dominado al resto de grupos étnicos, catorce en total, de los cuales los principales son tayikos, uzbekos y hazaras. Los dos primeros son también grupos transfronterizos, mientras los hazaras, habitantes del interior de Afganistán no mantienen este tipo de vínculos étnicos, aunque sí mantienen cierta vinculación con Irán por motivos religiosos: son chiítas. Este grupo, supuestamente descendiente de los conquistadores mogoles, presenta la particularidad de profesar el chiismo, frente a la preponderancia absoluta del sunismo entre la casi totalidad del resto de grupos étnicos afganos, lo que les ha convertido en una minoría tradicionalmente despreciada. Junto a estos grandes grupos, hay grupos menores como nuristanis, baluchis, ayaqs, árabes, pashais o qizilbash. A pesar de que cada uno de estos grupos tiene su propia historia y hábitos culturales particulares, presentan muchas similitudes y sus diferencias, enfatizadas por ellos mismos y la mayoría de los analistas, no pasan en muchos casos de ser superficiales. En España tenemos sobrada experiencia de cómo pueden exagerarse las diferencias en aras de un interés político particular como para que nos sorprendan este tipo de actitudes.

5. En junio de 2013 unos 1.000 uzbekos se manifestaban en Faryab protestando por la decisión de la Comisión Electoral Independiente de no incluir la etnia del individuo en las tarjetas electorales que se estaban distribuyendo de cara a las elecciones de 2014. Tanto Dostum como Atta, los hombres fuertes de los uzbekos y los tayikos apoyaban estas propuestas. El motivo, más probable, de este apoyo es que con la inclusión de este dato en las tarjetas personales pretendieran demostrar que el número de no pastunes es mucho mayor que el que reflejan los datos oficiales.

Los pastunes, que suponen aproximadamente el 42% de la población, dominan Afganistán desde su nacimiento como estado en 1.747. Se trata de una etnia sólidamente estructurada a través de relaciones tribales, que tiene su propio idioma, el pasto, y una rica tradición cultural propia. La mayoría de los pastunes no vive en Afganistán sino en Paquistán, en las provincias fronterizas del Norte y Noroeste. Según las fuentes, el número de pastunes en Paquistán ronda los 15-25 millones, número en cualquier caso muy superior al de pastunes afganos. Los pastunes de ambos lados de la frontera tienden a considerarse como un único pueblo, separado por una frontera artificial impuesta por los británicos, que no reconocen ni ellos, ni el gobierno de Afganistán que, tras más de cien años, sigue considerándola provisional, tal y como fue acordada en su momento. Aunque predominantemente pastunes, los Kuchi constituyen un grupo perfectamente individualizado, caracterizado por su naturaleza nómada y pastoril. Su población se estima en unos dos millones y medio, lo que representa alrededor del 6% de la población total de Afganistán.

El segundo grupo étnico, numéricamente hablando, lo forman los tayikos, cuyo idioma, el dari, es de origen persa; de hecho, los tayikos suelen mostrarse muy orgullosos de sus raíces persas. Son también el segundo grupo en cuanto a influencia política y social, tras los pastunes. Al igual que éstos, son mayoritariamente suníes, aunque hay entre ellos algunos grupos que profesan el chiismo (En Afganistán, como ocurre en el resto del mundo musulmán, la religión no es una cuestión personal, sino de grupo; no es la creencia personal lo que determina la religión de las personas, sino su nacimiento). Los tayikos son el grupo más urbanizado de todos y tradicionalmente han copado los puestos en la administración y el ejército, así como en el comercio. A día de hoy, el resto de grupos étnicos se queja de lo que considera una sobrerrepresentación de los tayikos en puestos clave de la administración y el ejército. Su alianza con los Estados Unidos para derrocar a los talibán está también en el origen de este hecho.

Los hazara habitan el corazón de Afganistán, conocido por ello como Hazarajat. Su idioma es el Hazaragi y son el único grupo mayoritariamente chií del país. En parte por ello, han ocupado tradicionalmente los puestos más bajos en la escala social. Considerados por ellos mismos como una minoría discriminada,

bajo los talibán lo fueron claramente. Reclaman ser descendientes directos de los mogoles que invadieron Afganistán, lo que les hace sentirse más próximos a los uzbekos que a pastunes o tayikos. El hecho de practicar el chiísmo ha hecho de ellos una minoría muy diferenciada y ha contribuido al apoyo que tradicionalmente han recibido de Irán y a la hostilidad con que se enfrentaron al régimen talibán. Como los tayikos, los hazaras constituyen una minoría relativamente modernizada, culta y moderada, lo que favorece cierta sobrerrepresentación en el parlamento y otras instituciones. Este nivel cultural ha permitido a la numerosa diáspora hazara dar a conocer por todo el mundo la problemática de esta minoría y atraer la atención de los medios de comunicación hacia ellos. Un dato significativo: de las tres mujeres que formaban parte del gobierno afgano en 2012, dos eran tayikas y una hazara. También era hazara la gobernadora de Bamyán, la única del país. En el ámbito privado, los hazaras, incluidas muchas mujeres, están obteniendo un elevado número de titulaciones en tecnologías de la información, medicina y otras profesiones altamente cualificadas y se están convirtiendo en dominantes en muchos de estos sectores, los mejor remunerados de la economía afgana. Los celos por el progreso hazara en estos campos y en la administración⁶, podrían haber sido uno de los motivos de los atentados del seis de diciembre de 2011, que mataron a sesenta hazaras en tres ciudades afganas. Los ataques se produjeron cuando visitaban sus mezquitas para celebrar el día sagrado chiíta de la *Ashura*. El grupo paquistaní *Lashkar-i-Jhangvi*, aliado de los talibán, mayoritariamente pastunes, se atribuyó la responsabilidad. Posiblemente trataban de provocar un conflicto sectario en Afganistán.

Los uzbekos representan aproximadamente el 8% de la población afgana. Son suníes y hablan su propio idioma, el uzbeko. Junto con los tayikos, dominan el norte del país. Debido a su origen turco, mantienen estrechas relaciones con Turquía. A pesar de las posibles coincidencias étnicas, los uzbekos no se consideran próximos a los hazaras a los que, como el resto de las etnias afganas, consideran un grupo inferior.

6. En 2013, por primera vez en la historia de la administración Afgana, hazaras y tayikos, conjuntamente, superaban en número a pastunes.

Un grupo poco numeroso pero interesante en muchos conceptos, lo constituyen los nuristanis. Este grupo étnico habita en la remota y montañosa región de Nuristán, en el noreste del país. Existen también pequeños núcleos de esta etnia en las provincias limítrofes de Kunar y Laghman, así como en el vecino Paquistán. La principal particularidad de este grupo es que, hasta que fueron convertidos por la fuerza al Islam por el Emir de Hierro, profesaban un politeísmo en el que algunos creían ver vestigios griegos. Descartadas teorías más románticas que científicas, que querían ver a los nuristanis como los últimos descendientes de los griegos, parece que este grupo representa a los primitivos pobladores de la zona, que en este remoto rincón lograron resistir durante siglos a la presión de los sucesivos pueblos que dominaron el resto de la región, manteniendo su independencia e identidad cultural. De hecho, parte de estos rasgos culturales diferenciados son aun visibles entre los nuristanis, que conservan tradiciones y costumbres muy diferentes a las de sus vecinos. El Nuristán está formado por una serie de valles muy encajonados en los que la población se distribuye en pequeñas aldeas colgadas de los acantilados, al estilo de las casa Colgadas de Cuenca. Lo abrupto del terreno y la falta de vías de comunicación ha hecho que estos pueblos nunca hayan gozado de algo parecido a un gobierno centralizado.

Después de su conversión, el antiguo Kafiristán (Tierra de los Infieles) se convirtió en Nuristán (Tierra de la Luz) y fue normal encontrar a sus habitantes ocupando puestos de confianza en la corte y en el ejército. Esta vinculación de los nuristanis con la corte de Kabul hizo que los comunistas los vieran con cierta hostilidad y, con la llegada de éstos al poder, sufrieron importantes purgas. Quizá por las mismas razones, los nuristanis fueron los primeros en sublevarse contra los comunistas. Cinco meses antes del golpe de estado comunista de abril de 1978, las tribus Kom, Mumo y Kshito se rebelaron contra el gobierno comunista, atacando los puestos gubernamentales de Kamdesh y Barg-e-Matal, desde donde rechazaron numerosos contraataques lanzados por las fuerzas leales al gobierno de Kabul. Hacia 1980 los nuristanis formaron la Alianza Tribal de Kunar para la Guerra Santa que logró expulsar a los comunistas de Nuristán casi por completo. En 1982 se fundó, también en Nuristán, el autodenominado Estado Revolucionario Islámico de Afganistán que fue capaz de crear una

estructura de gobierno paralela que administraba el territorio, recaudaba impuestos e incluso distribuía documentos de identidad. A mediados de los 90, al sentirse amenazados por otros grupos *muyahidines*, acabaron aliándose con los talibán, que respetaron la estructura administrativa existente. La historia de los nuristanis, tanto anterior como posterior a su conversión, les ha ganado en Afganistán fama de pueblo guerrero, orgulloso y muy celoso de su independencia, por lo que son mirados con cierta reverencia por el resto de sus compatriotas.

Un caso particular entre las etnias afganas lo constituyen los aymaqs. Los miembros de este grupo viven en el noroeste del país, en zonas de mayoría hazara, y en el noreste, en zonas mayoritariamente tayikas; el caso es que no hay un acuerdo general sobre si se trata de un grupo étnico independiente, o se trata realmente de subgrupos de hazaras, de tayikos o de ambos. Mientras la mayor parte de los estudios científicos niegan a los aymaq la categoría de grupo étnico independiente, la constitución afgana les reconoce como tales. Y el asunto no es meramente científico, la calificación de una determinada tribu como aymaq o como tayika/hazara puede tener consecuencias importantes en cuanto a la asignación de tierras, distribución del poder político, etc. De ahí que el tema no se limite a los ámbitos académicos y sea discutido también en los políticos. En el noreste, los aymaqs parecen tener mucho en común con sus vecinos tayikos en cuanto a lengua, costumbres, estructura social y aspecto físico, aunque algunos de los aymaqs de la zona de Kunduz presentan rasgos típicamente hazaras. En las provincias occidentales de Ghor y Badghis, los aymaqs se mezclan con los hazaras. Aquí las dinámicas son más complejas y posiblemente den más pistas sobre el trasfondo del problema. Los aymaq de esta zona, a diferencia de la práctica totalidad de los hazaras, son suníes, lo que les aleja de un grupo social tradicionalmente despreciado en Afganistán y les permite ascender un peldaño en la escala del reconocimiento social. De hecho, es difícil encontrar alguna diferencia entre los aymaqs y las escasas comunidades de hazaras suníes. Estas similitudes permiten la existencia de casos de hazaras que sólo en privado reconocen pertenecer a esta etnia, declarándose públicamente aymaqs o incluso tayikos, evitando así ser tratados como «parias». Parece evidente, a la vista de la información disponible, que los

aymaq no constituyen realmente un grupo étnico diferenciado, sino variantes locales de tayikos y hazaras y que su reconocimiento como una etnia independiente obedece más a criterios políticos que etnográficos.

Los qizilbash son chiítas descendientes de los guerreros y burócratas persas que los monarcas Safávidas que dominaron Afganistán en el siglo XVIII emplearon para gobernar y controlar Afganistán. Desde entonces han sido muy influyentes en la corte y en la administración. Además, fueron empleados por los reyes afganos como guardia personal y para sofocar las revueltas populares. Este último hecho, unido al desproporcionado poder que siempre han tenido y a su adscripción al credo chiíta, les ha ganado la animadversión del resto de etnias, particularmente de los pastunes. La necesidad de defenderse frente a la hostilidad de los otros grupos, ha hecho sea muy frecuente entre ellos recurrir a la *taqiya* u ocultación del propio credo por motivos de seguridad, algo expresamente permitido por el Corán.

Tensiones interétnicas

Los pastunes han sido la etnia dominante en Afganistán desde que éste aparece como realidad política en 1.747, cuando Ahmad Sha Durrani, un pastún, creó el moderno Afganistán. Desde entonces, los pastunes han utilizado todo tipo de estrategias para controlar al resto de etnias, desde asentamiento de nómadas pastunes en territorios hazara, hasta ataques directos a comunidades de otras etnias. Históricamente, en Afganistán la mayoría de los conflictos étnicos se han producido entre los pastunes y el resto de etnias, especialmente hazaras y tayikos. Recientemente, los enfrentamientos más violentos han sido con los hazaras, contra los que ya en la década de 1.880, el Rey Abdul Rahman lanzó una gran ofensiva que causó miles de muertes. Tras ello, desposeyó a muchos hazaras de sus tierras, entregándoselas a pastunes, esclavizó a muchos otros y el resto quedó, para siempre, como una minoría empobrecida; paradójicamente, esta desposesión les forzó a una emigración hacia las ciudades, particularmente a Kabul, que a la larga ha hecho de ellos una minoría más urbanizada, preparada e influyente. Más recientemente, los más sangrientos episodios de la guerra civil que llevó al poder a los talibán, se

produjeron entre éstos, mayoritariamente pastunes, y los hazaras. En el área de Bamyán pueblos enteros fueron reducidos a cenizas y completamente despoblados.

También han sido frecuentes los choques entre tayikos y pastunes. Posiblemente los más sangrientos se produjeron en 1929, cuando el pastún Mohammed Nadir Kan derrocó al tayiko Habibullah Kalakani con el apoyo de las milicias pastunes que, tras conquistar Kabul, arrasaron el valle de Shomali, poblado por tayikos, matando a gran parte de sus habitantes, esclavizando a sus mujeres y apropiándose de toda su riqueza transportable. La historia se repitió durante la pasada guerra civil, durante la cual los talibán volvieron a asolar el Shomali, destruyendo casas y huertos y asesinando a sus pobladores. En la era talibán, ante la deliberada limpieza étnica orquestada por los «estudiantes islámicos», miles de tayikos se vieron forzados a abandonar sus lugares de residencia huyendo hacia zonas más seguras en el interior del país o hacia el extranjero. Lo que la historia de Afganistán parece dejar claro es que, en el curso de un conflicto en el que esté implicado un actor externo, los afganos evitarán enfrentarse con grupos de su misma etnia. Así, los Durrani y otras tribus Pastún evitaron enfrentarse a los talibán, mayoritariamente Ghilzai, cuando éstos luchaban contra hazaras y tayikos. Paralelamente, durante la guerra civil que siguió a la expulsión de los soviéticos, los comunistas tayikos unieron sus fuerzas a las del también tayiko Ahmad Sha Massud, mientras los comunistas pastunes se aliaron con el también pastún Gulbuddin Hekmatyar, demostrando en ambos casos que las lealtades étnicas eran más fuertes que las ideológicas.

Tradicionalmente, los gobernantes (pastunes) de Afganistán se han apoyado en los grupos pastunes y utilizado a éstos frente a otros grupos étnicos para mantenerse en el poder. Hasta el golpe de estado comunista de 1978, la mayoría de los cuadros de mando del ejército, la policía y los servicios de inteligencia era pastún, mientras la mayoría de sus miembros era de otras etnias, entre otras razones porque muchas tribus pastunes estaban exentas del servicio militar. Esta disparidad era buscada deliberadamente para evitar el riesgo de un golpe de estado: el hecho de que los mandos y las tropas pertenecieran a etnias diferentes hacía muy difícil una acción concertada, alejando de esta manera el riesgo de acciones

sediciosas. Después de los pastunes, los tayikos eran el siguiente grupo en cuanto a número de oficiales; el resto de etnias era prácticamente inexistente en este gremio. Con la misma finalidad, los jefes de las grandes unidades eran de etnia diferente a la mayoría de sus oficiales y mandaban unidades en zonas en las que no predominaba su propia etnia. Las lealtades étnicas, como se desprende de estas precauciones, han constituido siempre un problema en el seno de las fuerzas armadas afganas; y lo siguen constituyendo con toda seguridad, aunque es difícil encontrar datos al respecto. Por motivos similares, aunque relacionados con el segundo nivel de lealtades, la Guardia Real afgana estuvo siempre integrada por pastunes de la tribu Ghilzai; siendo los Durrani el grupo al que pertenecía la familia real, se consideraba más seguro proteger al Rey con miembros de una tribu cuyos miembros no aspiraban al poder como podrían hacerlo otros Durrani. En el asalto final al Palacio Real por los comunistas, los hombres de esta guardia lucharon hasta el último hombre, demostrando una lealtad digna de elogio y confirmando una vez más las virtudes guerreras de las que siempre se han mostrado orgullosos los pastunes.

Algo similar ocurre con los cargos de la administración; aún hoy en día, el reparto de ministerios y gobiernos provinciales debe hacerse teniendo en cuenta las etnias de los designados, para evitar desequilibrios indeseables. Lo habitual, es que una vez designado un ministro o gobernador, sus oficinas se cubran mayoritariamente con miembros de su etnia. En la misma línea, un ministerio cualquiera, tenderá a beneficiar en su actuación las áreas en las que predomine la población de la correspondiente «etnia ministerial».

«Pastunización»

En Afganistán se hablan aproximadamente veinte lenguas, pero el *pasto* en el sur y el *dari* en el norte son las más importantes, aunque el *dari* ha sido y es la lengua en la que se entienden los afganos de diferente etnia. Intentando evitarlo, ha sido frecuente que los gobernantes pastunes hayan tratado de imponer el *pasto* como lengua dominante. En la década de 1940 se lanzó una campaña de «*Pastunización*», uno de cuyos componentes consistía en convertir el *pasto* en la única lengua utilizada en la enseñanza

y en la administración, obligando a los no pastunes a asistir a cursos de pasto e imponiéndolo como lengua única en las escuelas; es lo que llamamos en España inmersión lingüística. Sin embargo, tras diez años, el programa hubo de abandonarse porque no había logrado que los no-pastunes aprendieran el pasto, pero sí que lo aborrecieran. Otro componente de esta campaña fue la «purificación» del pasto, eliminando influencias extrañas, sobre todo del dari. De hecho, vocablos proveniente del turco, el urdu o el inglés sí se respetaron. En un proceso que también podemos presenciar en España, se ha procedido a eliminar artificialmente palabras incorporadas al pasto siglos atrás, sustituyéndolas por otras supuestamente puramente pastunes... El golpe comunista de 1978 puso fin a esta campaña, incluyendo entre las lenguas oficiales no sólo al dari, sino también el uzbeko, el turcomano y el baluchi. La actual constitución mantiene estas cooficialidades.

Como parte de la misma campaña de «*Pastunización*», en los años 60 del siglo pasado se redibujaron las fronteras internas, con el propósito manifiesto de fortalecer a los pastunes frente al resto de etnias. Para ello se fraccionó el *Hazarajat* y se incrementó el número de provincias de mayoría Pastún. Partes del *Hazarajat* pasaron a formar parte de provincias de nueva creación de mayoría Pastún, como Wardak, o se integraron en provincias ya existentes, también de mayoría pastún, como Oruzgan, Zabul, Helmand y otras, quedando sólo una provincia de mayoría hazara: Bamyan⁷. Para incrementar aún más el número de provincias de mayoría Pastún, Kandahar fue dividida en tres provincias: Kandahar, Helmand y Oruzgan y Gazni se dividió en dos: Gazni y Zabul. En los alrededores de Kabul, sólo el distrito de Logar, de mayoría Pastún, pasó a convertirse en una nueva provincia. Con ninguno de los demás distritos, de mayoría hazara o tayika, se hizo lo mismo. El resultado de todo ellos fue una sobrerrepresentación pastún en la administración y en los tres poderes del estado.

7. La administración de Karzai creó otra: Daikundi. Esto no hubiera ocurrido sin un vicepresidente hazara.

Los kuchi

Los kuchi (de la palabra persa Koch que significa «migración») son pastores nómadas de origen mayoritariamente pastún, aunque hay algunos grupos baluchis entre ellos, que se dedican al pastoreo de ovejas y cabras en forma nómada o seminómada. El pastoreo nómada es una especialización social, económica y ecológica que permite a los pastores hacer un uso óptimo de los pastos y recursos forrajeros, disponibles en diferentes localizaciones espaciales a través del año. En Afganistán sólo alrededor de 8 millones de hectáreas de tierra son aptas para la agricultura permanente, mientras unos 30 millones de hectáreas ofrecen pastos estacionales para el ganado; En consecuencia, el recurso al nomadismo permite a los kuchis hacer un uso productivo de tierras que no son aptas para otros fines agrícolas. Otro factor que favorece la migración estacional de los ganaderos en Afganistán es la crudeza del invierno en las tierras altas, que obliga a los nómadas y sus rebaños a descender a las tierras bajas. Hasta principios de 1960, había grupos que se desplazaban desde las montañas de Afganistán hasta el valle del Indo, en Paquistán. Estas migraciones de larga distancia cesaron cuando se cerró la frontera entre Afganistán y Paquistán aunque a muchos kuchis todavía se les permite cruzarla incluso en tiempos de agitación política. En las últimas décadas, las migraciones dentro de Afganistán continúan, aunque se va imponiendo el empleo de camiones para transportar ganado y familia de un lugar a otro.

La mayoría de los nómadas de Afganistán conduce rebaños de ovejas y cabras, aunque también mantienen animales de carga, principalmente camellos y burros, para transportar sus tiendas negras de pelo de cabra y sus enseres a lo largo de sus rutas migratorias. El producto de estos animales (carne, productos lácteos, pieles y lana) se intercambia o se vende para la compra de grano, verduras, frutas y otros productos propios de las comunidades sedentarias. De este modo, a lo largo de las rutas principales seguidas por los nómadas se ha desarrollado una extensa red de intercambio comercial. A los kuchi el ganado les proporciona unos ingresos que si se dan las condiciones adecuadas, pueden generar un excedente que, a falta de un sistema bancario mejor, se «almacena» a su vez en forma de ganado, cuya acumulación en

las temporadas buenas es una estrategia para superar temporadas menos favorables. De esta forma, el ganado constituye el ahorro generado en las temporadas buenas, que puede transformarse en dinero cuando las circunstancias son menos favorables.

El examen de los hábitos de producción y consumo de los kuchi muestra que, tradicionalmente, sus actividades económicas se han visto profundamente integradas con los mercados de las zonas por las que se desplazan y, en particular, han dado lugar a intercambios comerciales con las aldeas asentadas a lo largo de sus rutas de migración. Los investigadores que estudiaron a los pastores nómadas en Afganistán durante los años 1960 y 1970 describen un sistema que integraba perfectamente la ganadería nómada con en el ciclo agrícola. Los nómadas venden ovejas en los mercados urbanos durante el otoño y el invierno, mientras que acampan en las tierras bajas y venden sus excedentes de leche, tejidos de fibras animales y pieles y su propio trabajo el resto del año. A cambio, los kuchi dependen de los agricultores para la compra del grano que constituye la base de su dieta y generan una demanda importante a los artesanos rurales que fabrican los utensilios necesarios para la vida nómada (Sillas de montar, cuerdas, utensilios para el equipaje,...). La oportunidades para el comercio de temporada que ofrecen los kuchi son especialmente importantes para los pueblos aislados que practican la agricultura de secano en las tierras altas, donde después de haber contribuido a la cosecha aportando mano de obra, hacen pastar a sus rebaños en los campos de trigo y cebada cosechados. Este sistema se sustenta en relaciones de intercambio mantenidas durante generaciones entre los pastores y las comunidades de las tierras a través de los cuales viajan.

Según sus patrones migratorios, los kuchis suelen clasificarse en grupos migratorios de largo alcance (migración entre provincias), de corto alcance (movimientos localizados dentro de las provincias) y grupos sedentarios. También suele distinguirse entre comunidades totalmente migratorias (que migran como un solo grupo) y comunidades parcialmente migratorias (en las que algunos miembros migran con el ganado, mientras otros permanecen en un lugar fijo). Hay finalmente kuchis que han abandonado el nomadismo ya sea por haber perdido su ganado a causa de la sequía o por haber aprovechado tiempos más prósperos para com-

prar tierras y establecerse. En los últimos tiempos, a los problemas tradicionales se ha sumado la inseguridad, que ha provocado que alrededor de un millón haya abandonado el nomadismo. Dentro de este factor, la proliferación de zonas minadas ha tenido un efecto devastador sobre sus hábitos migratorios. Pero un kuchi sedentario, sigue siendo un kuchi: Aunque el factor determinante en el nacimiento de su identidad cultural haya sido y siga siendo el nomadismo, por parentesco y cultura, los que han decidido asentarse se siguen considerando parte de la familia kuchi.

La producción extensiva de ganado es la actividad dominante de la mayoría de los hogares kuchi. Se trata de una actividad siempre orientada al mercado: Mediante la explotación de las tierras de pastoreo comunales y la negociación del aprovechamiento de los restos de las tierras cosechadas, los kuchis pueden minimizar los costos de alimentación del ganado y lograr márgenes de producción brutos superiores a los de otros sistemas de producción ganadera. Sin embargo, como la mayoría no posee tierra ni cultiva forraje, su sistema de producción es intrínsecamente arriesgado y son altamente vulnerables a una falta generalizada de pastos o a cualquier circunstancia que les niegue el acceso a los pastos.

La mayoría de los grupos de kuchi utiliza caminos claramente definidos en sus migraciones estacionales. El reconocimiento y expansión de los derechos consuetudinarios de los nómadas pastunes a los pastos en las tierras altas centrales pueden fecharse en la época del emir Abdur Rahman Kan, quien en el siglo XIX, utilizó el asentamiento en estas áreas como estrategia política en el marco del proceso de *pastunización* de Afganistán, como un medio de debilitar a los hazara, que se vieron desplazados por estos asentamientos. Posteriormente, algunos kuchi enriquecidos por el comercio, fueron capaces de arrendar o comprar tierras de pasto. Otros grupos nómadas, vieron confirmados sus derechos sobre los pastos de las tierras altas centrales en documentos formales otorgados principalmente por el rey Mohammed Zahir Shah, en el marco de la misma política de hostigamiento a los hazara y fortalecimiento de los pastunes. A pesar de ello, muchos kuchis nunca han tenido ningún derecho formal sobre los recursos de los que depende su subsistencia y sus posibilidades de acceso a los mismos han variado en el tiempo de acuerdo a las simpatías políticas y étnicas del régimen en el poder.

En zonas rurales de Afganistán, donde el acceso al agua es un asunto particularmente polémico y politizado, los derechos consuetudinarios sobre las aguas superficiales están habitualmente vinculados a explotaciones agrícolas individuales y están teóricamente sujetos a normas sancionadas por la comunidad que rigen su asignación y uso. La situación con respecto a las aguas subterráneas es diferente. Si un individuo o grupo ha hecho el esfuerzo o el gasto necesario para excavar un pozo o un *karez* en sus propias tierras, se le reconoce derecho exclusivo sobre el producto de esa fuente de agua. La mayoría de los pozos no son construidos por particulares, sino por comunidades rurales que, de forma colectiva, ostentan los derechos sobre el agua así obtenida, que se utiliza para abastecer a toda la comunidad local. El acceso a pozos, establecido como un servicio público, es algo relativamente reciente en Afganistán. En el caso de los kuchis, el acceso al agua es un requisito esencial para la supervivencia. No sólo necesitan agua para beber, cocinar y lavar, igual que cualquier otra comunidad, también tienen que proporcionársela a los animales de los que depende su subsistencia. Pero, a diferencia de otras comunidades, los nómadas sin tierra no pueden poseer derechos consuetudinarios sobre el agua. Por el contrario, dependen para su acceso al agua de las fuentes de propiedad común, tales como ríos, arroyos y manantiales, o, alternativamente, del acceso negociado o incluso de la compra de derechos de uso en las fuentes de agua de propiedad privada o comunal. Un problema adicional deriva de los hábitos nómadas que dificultan el almacenamiento de agua más allá de la cantidad suficiente para uno o dos días de consumo humano. Esto significa que durante sus viajes, los nómadas deben ser capaces de llevar a sus rebaños a fuentes de agua cada dos días, incluso todos los días durante el verano. Cada oveja o cabra bebe 4-6 litros de agua diarios, más aún durante el verano y el periodo de lactancia.

Aunque históricamente los kuchi han construido sólidas relaciones de intercambio con los productores, el desplazamiento de ganado a través de o junto a las áreas cultivadas siempre supone un riesgo. Las acusaciones de daños causados por el Ganado en las cosechas están en el origen de muchos conflictos. En consecuencia, cuando los kuchi establecen campamentos en las proximidades de las áreas cultivadas (por ejemplo, valles de los ríos),

necesitan equilibrar la necesidad de un acceso fácil al agua, con la de mantener los rebaños lejos de los pueblos y tierras de cultivo, lo que a la postre supone casi siempre la exigencia de un esfuerzo adicional para el acarreo del agua para uso doméstico. El acceso a la propiedad de la tierra ofrece la posibilidad de lograr el seguro acceso al agua ya sea mediante la excavación de pozos (si esto es posible) o a través de cualquiera de los derechos a los recursos hídricos que la tierra brinda. Como muy pocos kuchi poseen tierras en las inmediaciones de sus lugares de pastoreo de verano, incluso los que tienen el agua asegurada en sus residencias de invierno deben buscar la manera de acceder al agua a lo largo de sus rutas de migración y en los pastos estivales.

Los hombres kuchi están a menudo ausentes de los campamentos, dedicados a labores propias de la cría de animales, recolección de información y negociación de acceso a los recursos. En consecuencia, las mujeres quedan solas en sus campos durante períodos prolongados y además de dedicarse a las labores consideradas como propias de la mujer (como la transformación de productos lácteos para la venta) y de ocuparse de los niños, se espera de las mujeres que sean capaces de realizar toda la gama de actividades relacionadas con los rebaños y la administración del campamento. En los grupos de kuchi, mientras los hombres y los niños son responsables del pastoreo del ganado, las mujeres son responsables de ir a buscar agua para el consumo familiar. Debido a la necesidad de mantener rebaños y campamentos lejos de las aldeas y tierras de cultivo, a menudo las mujeres tienen que caminar distancias considerables para recoger agua y pueden encontrarse en el camino con hombres ajenos a sus comunidades. Posiblemente estos hábitos estén en el origen del hecho de que las mujeres kuchi tengan una reputación de independencia y libertad de movimiento que las distingue del resto de las mujeres afganas. Incluso los talibán reconocieron esta realidad y consintieron a estas mujeres libertades impensables para el resto de las afganas, empezando por la de no llevar el *burka*, prenda nunca utilizada entre las kuchi y que los talibán no trataron de imponerles. Quizá, por una vez, el pragmatismo se impuso al dogmatismo y prevaleció el interés por mantener buenas relaciones con quienes eran aliados a la hora de introducir y transportar armas dentro del país. Esta alianza con los talibán, debida posiblemente a meras

consideraciones de supervivencia y no a criterios ideológicos, ha ganado para los kuchi la desconfianza de las etnias no pastunes. A cambio, los talibán siempre se han mostrado muy comprensivos con ellos cuando han tenido que dirimir disputas sobre derechos de agua o pastos.

Los kuchi han sido identificados por la Misión de Asistencia de las Naciones Unidas en Afganistán (UNAMA) como una de las poblaciones más vulnerables del país. A medida que la población de Afganistán aumenta, aumenta también la competencia por los pastos de verano con las comunidades asentadas, incrementándose el número de conflictos por la tierra en el centro y el norte de Afganistán. Esta situación ha llevado a frecuentes enfrentamientos entre kuchis y hazaras, habitantes habituales de las zonas en que se encuentran los pastos de verano. Kuchis y hazaras son comunidades antagónicas en muchos sentidos: relativamente cultos y chiítas los unos, mayoritariamente analfabetos y suníes los otros; aliados de los talibán, enemigos acérrimos,... los problemas derivados del derecho de uso de pastos y aguas no hacen sino acrecentar estas tensiones y conducir a enfrentamientos muchas veces violentos. El hecho de que el gobierno de Kabul no haya abordado el problema, para el que carece de una política definida, ha dejado en manos de las autoridades locales la resolución de los conflictos, de forma que la manera habitual de solucionar las disputas sigue siendo recurriendo a los sistemas tradicionales: reuniones de ancianos de las comunidades afectadas que tratan de buscar un acuerdo aceptable para ambas partes. Cada vez más, el acuerdo consiste en el pago de una suma de dinero a los kuchi a cambio de que abandonen las tierras, lo cual no hace sino trasladar el problema a otra zona ya que, a la larga, el dinero no puede suplir al agua y a los pastos. Un ejemplo claro de a dónde pueden conducir estas tensiones se produjo en mayo del 2011 en la provincia de Wardak. Los hazaras de la zona, una vez más, se opusieron a que los rebaños de los kuchi utilizaran sus tierras comunales. La tensión creció hasta que, a pesar de la presencia de la policía, grupos kuchi atacaron varias aldeas hazaras, empleando armas de fuego y matando a varios vecinos. Finalmente, la mediación de los ancianos puso fin a los enfrentamientos y, una vez más, el pago de dinero sirvió para alejar a los kuchis de las tierras de las comunidades afectadas.

De acuerdo con la Comisión de las Naciones Unidas para los Refugiados, antes de los 30 años de guerra, los kuchis poseían el 30 por ciento de las cabras y las ovejas del país y la mayoría de los camellos y eran en gran parte responsables del suministro de animales para carne, lana, manteca y derivados lácteos a la economía nacional. Hoy es difícil dar datos al respecto, pero todo apunta a que las cifras actuales son muy inferiores dado el progresivo deterioro de su situación. Para paliar este declive, la actual Constitución de Afganistán establece algunas disposiciones sobre vivienda, representación y educación destinadas a mejorar el bienestar de los kuchi. De hecho, tienen puestos reservados en el parlamento.

¿UNA SOCIEDAD TRIBAL?

En Afganistán, es normal emplear la palabra *qawn*, que hace referencia a un segmento de la sociedad ligado por lazos muy estrechos. Aunque en ocasiones se ha asociado con el concepto de tribu, es un concepto más amplio que puede aplicarse también a clanes, familias extensas, habitantes de una determinada población o incluso grupos profesionales. Un *qawn* es fundamentalmente un grupo de solidaridad, basado en la hermandad y las relaciones de clientelismo. Su principal función es proteger a sus miembros, tanto del estado⁸, como de otros *qawns* con los que normalmente competirá por la supremacía o por el aprovechamiento de los recursos existentes en un territorio determinado. Desde su más tierna infancia, los afganos son conscientes de su pertenencia a un determinado grupo y de la importancia que esta pertenencia va a tener durante toda su vida. Este sentido de pertenencia se refuerza con el uso de lenguas, modos de vestir, rezar e incluso enterrar a sus muertos, diferentes del resto de grupos y condicionará el estatus, el matrimonio, la educación, las posibilidades de trabajo y otros muchos aspectos de la vida de cualquier afgano. De hecho, la expulsión del grupo es una de las peores sanciones para un afgano ya que el grupo, además del

8. En la mentalidad afgana, el estado es un ente ajeno del que no hay nada bueno que esperar y del que conviene protegerse.

componente emocional, significa protección, posibilidades de trabajo, ayuda en momentos de necesidad,...

Al hablar de la articulación de la sociedad afgana, es frecuente referirse a ella como una sociedad eminentemente tribal. Sin embargo, esta afirmación debe, como poco, matizarse. En primer lugar, hay grupos étnicos tan importantes como hazaras, tayikos o uzbekos, de los que de ninguna manera puede decirse que se organicen bajo pautas tribales. En estos grupos, el *qawn* obedece fundamentalmente a criterios geográficos y es el hecho de habitar en un mismo pueblo o distrito lo que determinará el grupo al que se sientan vinculados, sin que la tribu sea un factor relevante al respecto. En el caso de los pastún, es frecuente referirse a ellos como uno de los mayores grupos tribales del mundo, pero incluso en este caso, habría que matizar su pretendido tribalismo.

Por tribu entienden los antropólogos un grupo humano conectado por lazos de parentesco y que en sus relaciones con otros grupos actúa de forma unitaria, lo que exige que disponga de algún mecanismo para la toma de decisiones colectivas. Partiendo de un tronco común, estos grupos se van ramificando en sucesivas generaciones, dando lugar a un modelo de actuación que queda perfectamente definido por el proverbio árabe: «Yo, contra mi hermano; mi hermano y yo, contra mi primo; mi primo, mi hermano y yo contra un extranjero». Es decir, a la hora de tomar partido en cualquier clase de conflicto, en las sociedades tribales se optará siempre por alinearse junto a aquéllos que se encuentren más próximos en la línea de parentesco. Lo que caracteriza a la tribu es que, ante los demás, responde como un grupo; su articulación interna puede responder a distintos modelos, pero el caso es que es capaz de tomar decisiones y una vez que lo hace, se espera que todos los miembros actúen en consecuencia.

Es cierto que, cuando se les pregunta al respecto, los pastunes dicen dar una gran importancia al hecho de pertenecer a una determinada tribu. Sin embargo, esta afirmación por sí sola no es suficiente para poder considerarlos como una sociedad tribal, ya que puede obedecer a una imagen que el propio grupo tiene de sí mismo y que puede no corresponderse con la realidad. Es lo que los antropólogos denominan el «modelo nativo», situaciones en las que un grupo determinado se ve a sí mismo de manera un tanto deformada por mitos y estereotipos; en mayor o menor me-

didada, todos los grupos sociales padecen de este síndrome; cuanto más cerrados o más amenazados, mayor será su incidencia en el imaginario colectivo. En el caso pastún, su carácter tribal ha sido fomentado tanto por los gobernantes mogoles, como por los propios británicos, que veían en la articulación en tribus una manera más fácil de controlar las denominadas zonas tribales; para ambos, dar poder a los jefes tribales mediante subsidios o prebendas, era la manera más efectiva de controlar a la población. También es cierto que la palabra *qawn*, como ya hemos visto, tiene un significado mucho más amplio que el de tribu, lo que ha llevado en muchas ocasiones a confusión a muchos occidentales. Y también es cierto que cuando un pastún se refiere con orgullo a su tribu, en muchas ocasiones se está refiriendo a un grupo hacia el que siente una vinculación sentimental que no se traduce en ningún tipo de articulación social o proceso de toma de decisiones colectivo. Estas consideraciones han llevado a numerosos antropólogos a poner en duda la vigencia del modelo tribal entre los pastunes.

Para los que ponen en duda la vigencia del modelo tribal entre los pastunes, el hecho de que este modelo no haya triunfado en las tierras pastunes se debe a las propias dinámicas internas de estos grupos, perfectamente explicados por la particular relación entre primos paternos. Una pista sobre esta relación nos la da el hecho de que, en pasto, la palabra *tarbur* significa tanto «primo paterno» como «enemigo». En un territorio donde la mayor fuente de riqueza es la tierra, en la que ésta es escasa y poco productiva y se va fraccionando en generaciones sucesivas, los primos paternos son ante todo rivales que acaban poseyendo parcelas cada vez más pequeñas y colindantes, lo que supone una fuente inagotable de conflictos intrafamiliares por lindes, derechos de paso, reparto del agua,... Esta enemistad intrafamiliar hace que, a diferencia de otras sociedades puramente tribales, cuando los pastunes toman partido en un conflicto, muchas veces no se alineen automáticamente con la facción más próxima en el árbol familiar, sino con la que le garantice una posición mejor en sus enfrentamientos intrafamiliares. La experiencia demuestra que las facciones en las que se dividen, no suelen responder al modelo de lazos de sangre típicamente tribal, viniendo a reforzar la teoría de los que niegan un auténtico carácter tribal a los pastunes.

Posiblemente, estas teorías que niegan el carácter tribal a la sociedad pastún vayan demasiado lejos a la hora de extraer consecuencias de determinadas realidades sociales; o sean demasiado rígidas a la hora de definir el fenómeno tribal. Y parecen compadecerse poco con las realidades que a diario se observan sobre el terreno. Para la mayoría de los que trabajan o han trabajado con ellos, resulta cuanto menos chocante negar el carácter tribal a los pastunes afganos. Quizá sea mejor decir que los lazos tribales no significan exactamente lo mismo en Afganistán que en Oriente Medio, o que se han visto debilitados por procesos como la urbanización, las migraciones motivadas por la guerra o la politización del conflicto⁹. De ahí a negar el carácter tribal de la sociedad pastún va un trecho que pocos están dispuestos a recorrer.

EL PASTUNWALLI

El ancestral código de conducta de los pastunes

En Occidente, es frecuente oír comentarios sobre la enorme diferencia cultural que separa a un occidental de un afgano; normalmente, para justificar esa enorme diferencia en cuanto a valores y creencias, suele hacerse referencia a aspectos religiosos: a la extrema religiosidad de los afganos, a su interpretación radical del islam... Sin embargo, es evidente que los afganos son culturalmente muy diferentes a otros pueblos igualmente musulmanes, así que parece necesario encontrar alguna otra raíz a su singularidad. La raíz última de esta particular idiosincrasia afgana, la que permite diferenciar sus hábitos culturales tanto respecto de los pueblos occidentales como de otros pueblos musulmanes, reside más que en el Islam, en el *Pastunwali* (en la bibliografía en lengua inglesa suele transcribirse como *Pashtunwali*), literalmente «el modo de

9. Es interesante reseñar que en el vecino Paquistán, donde la emigración a las ciudades no ha derivado de conflictos, sino de dinámicas puramente económicas, el desarraigo es menor. Quienes llegan a las ciudades provenientes del medio rural, son acogidos por miembros de sus tribus ya asentados, de forma que los lazos de solidaridad y clientelismo que caracterizan a los grupos tribales se mantienen vivos. En el caso afgano, donde la emigración implica un desarraigo mucho mayor, estos lazos parecen desdibujarse en una medida mucho mayor.

los pastunes». El *Pastunwali* es el código de conducta más importante entre los afganos, no sólo entre los pastún, como su nombre podría hacer pensar; es la referencia ideológica básica para el conjunto de los afganos y regula tanto las relaciones personales entre individuos, como las relaciones sociales y políticas entre familias, clanes y tribus. Además proporciona mecanismos cuasi legales para la resolución de disputas e imposición de sanciones e incluye un conjunto completo de normas de comportamiento social.

El valor fundamental establecido por este código de conducta es el honor, alrededor del cual fluye el resto de valores sociales. La necesidad de preservar el honor propio y el del grupo familiar y preservarlos de la vergüenza es un elemento central en las relaciones sociales entre los afganos. Es importante tener en cuenta que el honor no es un valor puramente personal, sino colectivo; lo que en la sociedad tradicional afgana se debe preservar a toda costa, no es el honor individual, es el honor del grupo. Las actuaciones deshonorosas de los individuos no son relevantes en tanto en cuanto desacreditan a quien las comete, sino en la medida en que trascienden al grupo, particularmente a la familia. Una actitud indecorosa de cualquiera de los miembros del grupo familiar, acarrea el deshonor para la familia en su conjunto y hace necesaria una reparación. De alguna forma, el resto de valores que veremos a continuación, no son más que medios para preservar el honor.

La hospitalidad (*melmastia* o *mehmopalineh*) es otro valor hacia el que los afganos se sienten particularmente obligados y del que se sienten especialmente orgullosos. La negativa a prestarla o aceptarla supone una ofensa grave, algo que hay que tener en cuenta cuando a uno se le ofrece te, comida o algún presente. Tan obligado está el oferente a hacerlo, como el receptor a aceptarlo.

El concepto de justicia (*bodal*) tiene un alcance sensiblemente diferente al vigente en Occidente y podría más bien traducirse por reparación. Cualquiera que haya visto el honor propio o el de su familia comprometido, tiene derecho a perseguir una reparación. En este contexto, el *bodal* no debe asociarse a un mero «ojo por ojo», es un concepto más complejo que establece un sistema de contraprestaciones para re-equilibrar las relaciones tras una disputa. No se trata tanto de encontrar la solución más justa en términos de justicia objetiva, como de llegar a un acuerdo acepta-

ble para ambas partes que ponga fin a la disputa; una resolución absolutamente condenatoria para una de las partes difícilmente puede dar lugar a la paz social que es el objetivo último del *bodal*. Tales mecanismos pueden limitarse a meras compensaciones económicas, alcanzar el derecho a privar de la vida al ofensor o buscar arreglos a través de mecanismos como la entrega en matrimonio de mujeres pertenecientes al grupo ofensor. Estrechamente relacionado con el *bodal* está el *ghoch*, la pura venganza. Hay que tener en cuenta que el concepto de venganza no tiene aquí las connotaciones negativas que normalmente le atribuimos en Occidente, sino que es un componente de la justicia. En este sentido, si se nos ocurriera decir que las fuerzas de la OTAN están en Afganistán buscando venganza tras el 11-M, este mensaje sería inaceptable en Occidente, pero perfectamente aceptable entre los afganos, que posiblemente encontrarían esta explicación más creíble que las que habitualmente reciben.

La lealtad, *sabat*, es otro de los valores centrales del *Pastunwali*. Es un concepto jerarquizado e implica que el individuo debe lealtad a la familia en primer lugar; a partir de ahí, la fidelidad se debe, subsidiariamente, al clan, la tribu... Faltar al deber de lealtad supone un deshonor tanto para el individuo como para el grupo y puede acarrear castigos para ambos. Esta es una idea que es clave en el *Pastunwali* y que lo diferencia del sistema de valores occidental, donde las faltas individuales sólo merecen una sanción individual. Las cosas no son así en Afganistán y eso explica que la conducta de los individuos sea tan relevante para la comunidad. Asociado al *sabat* está el concepto de *nanawati*, que podríamos traducir como derecho de asilo. Este principio fue esgrimido en su momento por los talibán para oponerse a la entrega de Osama Bin Laden, su huésped, a las autoridades estadounidenses.

Uno de los principios del *Pastunwali* que más a dado que hablar es el *namus*, la defensa del honor de las mujeres. Como ya hemos visto, las faltas de los individuos tienen consecuencias no sólo para ellos, sino para todo el grupo social. Esto es especialmente cierto en el caso de las mujeres: las familias deben ser especialmente celosas a la hora de preservar la virtud de sus mujeres ya que una actitud indecorosa por parte de una mujer, acarrea un deshonor particularmente doloroso para su grupo; sólo un castigo ejemplar, aplicado por la propia familia, puede lavar la mancha

al honor familiar derivada de la actuación deshonrosa de una de sus miembros femeninos. Por ejemplo, si una joven decide huir con un joven sin el consentimiento familiar, el propio cabeza de familia, quizá el padre de la joven, ayudado por otros miembros varones, posiblemente sus hermanos, tratarán de localizar a la joven e imponerle ellos mismos un castigo que deje limpio que el honor familiar. Para nosotros puede resultar de una crueldad inconcebible que sean los propios familiares directos quienes lleguen a ejecutar a un miembro de la familia por este tipo de actitudes; para un afgano, la defensa del honor familiar está por encima de todo, y pocos condenarán una actitud así. El *purdah* o conjunto de medidas que aíslan a las mujeres del contacto con varones ajenos a la familia, tiene precisamente la finalidad de preservar la honorabilidad de las mujeres, protegidas por el grupo como un bien valioso que debe preservarse de cualquier tipo de influencia nociva.

Otro aspecto diferencial con respecto a los valores occidentales es que, debido principalmente a la raíz cristiana de la cultura occidental, en ésta no hay pena sin culpa; es decir, sólo se es culpable si se ha tenido intención de obrar mal. No es así en el caso del *Pastunwali* en el que, por ejemplo, una mujer violada comete un acto indecoroso en la misma medida que lo hace una que mantiene relaciones sexuales voluntarias fuera del matrimonio; es el acto en sí, no la intencionalidad, lo que califica un acto como deshonroso. De acuerdo con ello, es la mujer violada quien debe restaurar su honor y el de su familia, aunque sea a través del matrimonio con el violador.

Otros valores relevantes en el *Pastunwali* son el valor (*tureh*), la defensa de la propiedad o de la patria (*ghayrat*), la perseverancia (*isteqamat*) y la rectitud (*imamdari*).

Teóricamente al menos, los valores del *Pastunwali* están subordinados a los derivados del Islam. Es interesante recordar a este respecto que, en su momento, el *mulá* Omar emitió un edicto según el cual ciertas reglas relativas a la transmisión de la propiedad, derivadas del *Pastunwali* debían considerarse como contrarias al Islam y por tanto dejar de aplicarse. Sin embargo, la realidad es normalmente más confusa y, para la mayoría de los afganos, los mandatos del *Pastunwali* no son algo diferente a las exigencias del Islam, sino su directa consecuencia. En la mentali-

dad del afgano medio, no existe una conciencia de la existencia de un código de valores propio diferente de los del Islam, de forma que, *de facto*, el *Pastunwali* se convierte en un código obligatorio para todos, sean pastunes o no.

Ley, justicia y pastunwali

Durante los últimos cien años, Afganistán ha sido testigo de intentos sucesivos de sustituir los sistemas tradicionales de resolución de conflictos por un sistema judicial formal, basado en la aplicación de códigos por parte de tribunales formales al estilo occidental. El éxito ha sido muy limitado; aun hoy, en la mayor parte de Afganistán, los sistemas tradicionales son más efectivos y gozan de más confianza entre la población que el incipiente sistema judicial que trata de implantar el Gobierno de Kabul con el apoyo de Occidente. De hecho, uno de los éxitos más evidentes de los talibán en su lucha por ganarse el apoyo de los afganos, proviene de su capacidad para impartir justicia. Por ruda y carente de garantías que pueda parecer a nuestros ojos la justicia que imparten, la realidad es que es efectiva, rápida, gratuita, limpia y acorde en general con la mentalidad de las poblaciones entre las que se practica. Frente a ella, la justicia oficial intenta imponer unos códigos vistos como ajenos por los sujetos afectados y lo hace a través de una administración vista mayoritariamente como lenta y corrupta. De lo que no hay duda es que una de las mayores fuentes de popularidad de los talibán, sino la mayor, deriva de su capacidad para impartir justicia en áreas donde no hay otra instancia en la que confiar. Conviene hacer una matización sobre la justicia impartida por estos tribunales. Para la mayoría de los comentaristas, la aplicación directa de la *Sharia* por estos tribunales populares está en el origen de la brutalidad y falta de consideración hacia los derechos humanos que caracteriza a muchas de sus actuaciones. A pesar de las continuas declaraciones de los talibán, en el sentido de que su objetivo último es imponer la *Sharia* en Afganistán, podemos decir que esto no es completamente cierto; sus actuaciones más brutales no suponen una aplicación de la *Sharia*, sino que derivan directamente del ancestral código de conducta pastún, el *Pastunwali*.

Cuando en una remota aldea afgana, uno de sus moradores tiene un problema con un vecino, relacionado con sus propieda-

des o con algún tipo de ofensa personal, tiene dos opciones. La primera es acudir a los tribunales que, poco a poco, el Gobierno de Afganistán va abriendo por todo el territorio. A los ojos del afectado esta opción implica tener que esperar un plazo de tiempo muy prolongado hasta obtener una resolución; en la mayoría de los casos, al menos esa es su percepción, tendrá que invertir grandes sumas de dinero en sobornos y, al final, la resolución dependerá más de factores espurios que de la aplicación de unos códigos que, en cualquier caso, ni entiende ni considera como propios. El resultado del juicio creará una situación en la que, en la mayoría de los casos, una de las partes podrá considerarse perdedora, frente al triunfo de su oponente, dejando abierta una herida que podrá desembocar en futuros enfrentamientos, muchas veces violentos. La opción alternativa consiste en acudir al sistema tradicional de resolución de disputas, administrado en muchas áreas por los talibán. Las ventajas de este sistema: su rapidez, su gratuidad, el hecho de que aplica normas comprensibles para los afectados y, muy importante, el hecho de buscar básicamente un compromiso, un acuerdo que ponga punto final a la disputa, evitando ulteriores conflictos. Más que la justicia, se busca la paz social.

Los sistemas de justicia de corte occidental que estamos tratando de implantar en Afganistán, derivados del Derecho Romano, tienen como objetivo fundamental la erradicación de las conductas delictivas a través del castigo de los delincuentes; el derecho actúa a la vez como medida disuasoria y punitiva. Los códigos tradicionales vigentes en Afganistán parten de unas premisas completamente diferentes que podríamos resumir en la defensa del honor colectivo, la restauración de la paz y el mantenimiento del orden en el seno de la comunidad. Los grupos en el seno de los cuales se imparte esta justicia, sean tribus o aldeas, se ven a sí mismos como grupos soberanos y, bajo esta perspectiva, es lógico que los criterios para resolver disputas nazcan de los propios valores de estos grupos, no de la legislación nacional, que ven como algo completamente ajeno a su realidad social; se basan más en la diplomacia que en la aplicación de normas concretas y buscan más un acuerdo que un castigo.

Ese valor central que el *Pastunwali* tiene en la vida de muchos afganos explica una curiosa particularidad de su conducta frente

a la justicia que ya fue observada en su día por los británicos. En sus relaciones con los pastunes del virreinato, advirtieron que, aunque para los afganos la sinceridad era un valor muy apreciado y practicado en su vida diaria, ante la justicia oficial la mentira se practicaba de una forma sorprendentemente amplia y, lo que era más llamativo, sin que generara ningún tipo de sentimiento de culpa o vergüenza. Podemos decir que a día de hoy la situación es la misma y que hay una explicación para ello. Cuando un afgano miente en el transcurso de una investigación policial o de un procedimiento judicial, normalmente lo hace para proteger a un familiar o miembro de su clan o tribu. Lo único que está haciendo es subordinar el valor de la sinceridad al muy superior de la lealtad a la familia o al grupo. No es casualidad que en el vecino Paquistán, con unos hábitos culturales muy similares, esté prohibido jurar sobre el Corán en el curso de los procedimientos judiciales, lo que no es sino una muestra de reconocimiento de una realidad social que se considera aceptable e inmutable. Pero, lo que está aceptado en el ámbito de la justicia formal, no lo está en el de la informal. Cuando un afgano acude a solventar un problema por los procedimientos tradicionales, puede esperarse de él absoluta sinceridad. Aquí la mentira no está socialmente tolerada y, además, al sustanciarse el procedimiento en el seno de una comunidad mucho más reducida, en la que todos los implicados se conocen y suelen tener conocimiento de las circunstancias que rodean el caso, es mucho más difícil falsear la realidad.

Esta actitud, viene a confirmar el hecho de que una gran mayoría de afganos considera el sistema de justicia que se está implantando en su país como algo completamente ajeno a su realidad social. De hecho, acudir a los tribunales para buscar solución a una ofensa puede poner en riesgo el honor de quien lo hace y de su grupo. A la vista de sus conciudadanos, puede aparecer como un reconocimiento implícito de que el individuo no cuenta con peso específico suficiente dentro del grupo o de que el grupo en cuestión carece de la fuerza suficiente para buscar por sí mismo una reparación adecuada. Un comportamiento adecuado según las reglas del *pastunwali* implica buscar la solución en el seno de la propia comunidad. Si la disputa afecta a los miembros de una misma familia, es en el seno de ésta donde debe solventarse, normalmente mediante la actuación del patriarca. Si

el conflicto afecta a un ámbito superior, será necesario constituir una *yirga*, un consejo de notables constituido específicamente para solucionar el litigio. Esto es especialmente importante en los casos que afectan a la conducta sexual de las mujeres, donde se considera absolutamente impropio «ventilar» el honor de una familia o clan sometiéndolo a un proceso público. La *yirga* buscará una solución equilibrada teniendo en cuenta para ello, no un conjunto de leyes perfectamente codificado, sino conceptos más amplios como la equidad, el poder relativo de cada grupo y sobre todo, buscando preservar a toda costa la paz en el seno de la comunidad. Esta última consideración hace que habitualmente se huya de decisiones que dejen en una posición demasiado incómoda al perdedor. Se trata de buscar una compensación, más que un castigo, de forma que todos «salven la cara» y no queden heridas abiertas.

Sin embargo, el sistema tiene su lado perverso. No debemos olvidar que estas *yirgas*, en muchas zonas de Afganistán, están organizadas por los talibán y que es a ellos a quienes se acude en busca de justicia. Estos «tribunales populares» son las responsables de decisiones particularmente repugnantes a nuestros ojos y de la imposición de castigos particularmente crueles, especialmente en el caso de las mujeres. Se trata de decisiones que repugnan no sólo a los occidentales y a los afganos más occidentalizados; se trata de decisiones que no encuentran justificación alguna en la *Sharia* y que suponen la vuelta a una concepción del *pastunwali* que repugna a muchos pastunes. Las *yirgas* pueden imponer la ejecución de un acusado, el intercambio de menores como medida de compensación, o incluso la violación colectiva, normalmente encaminada a «poner en su sitio» al grupo al que pertenece la violada. Conviene volver a insistir en que este tipo de castigos responde a conductas que en muchos casos son normalmente aceptadas entre nosotros (Como casarse con un miembro de otro clan o fugarse con el novio) o que son frecuentes los casos en que se castiga a la mujer por faltas cometidas por el grupo; el intercambio de menores responde típicamente a esta circunstancia.

En Afganistán, todos los intentos reformistas han intentado acabar con este sistema y sustituirlo por un sistema judicial de corte occidental. Sólo en los últimos años, en el curso de la campaña contra la insurgencia de los talibán y sus socios, se ha

comenzado a reconocer su valor y a estudiar el modo de potenciar sus aspectos más positivos, limando los que podríamos considerar como inaceptables desde la perspectiva del respeto a los derechos humanos. No es ajeno a esta nueva tendencia el hecho de que una de las mayores fuentes del apoyo popular a los talibán deriva de su capacidad para administrar justicia de una forma rápida y acorde con la mentalidad de los propios afganos, al menos en determinadas áreas rurales. Ante la práctica imposibilidad de implantar un sistema alternativo efectivo, a menos a corto plazo, el Gobierno de Afganistán y sus valedores internacionales están buscando la manera de apoyarse en estos sistemas informales de administración de justicia para evitar que la única forma posible de buscar justicia sea, para muchos afganos, acudir a los talibán, considerados en muchos casos como un mal menor, por no compartirse ni su interpretación de la ley islámica ni la brutalidad de sus métodos. La generalización de *yirgas* no asociadas a los talibán y más moderadas en sus planteamientos supondría un éxito indudable en la lucha contra ellos, una vez reconocido el fracaso del intento de imponer un sistema de justicia de corte occidental; o al menos la necesidad de pensar en plazos más dilatados para hacerlo.

Ligar el sistema tradicional con el formal supondría una mejora del primero, que se vería legitimado y purificado de sus elementos más negativos. También el estado se vería fortalecido ya que contribuiría a que los afganos lo vieran como algo próximo, cercano a sus tradiciones y útil para su vida diaria. Idealmente, esta integración permitiría dividir los casos entre uno y otro sistema, según su naturaleza: mientras los casos penales más serios quedarían en general bajo la jurisdicción formal, la informal asumiría disputas sobre derechos sobre la tierra o juicios de faltas. Además, aquéllas resoluciones de tribunales tradicionales que fueran contrarias a la ley, podrían recurrirse a la justicia formal, lo que supondría una garantía jurídica inexistente a día de hoy; también permitiría cierta supervisión que podría evitar ciertos abusos y violaciones de derechos humanos. Por último, esta integración de los sistemas tradicional y formal permitiría que las resoluciones adoptadas por tribunales tradicionales pudieran registrarse en el sistema formal, lo cual contribuiría notablemente a la seguridad jurídica: piénsese lo que esto supondría en el caso

de disputas sobre propiedad de la tierra, u otros derecho asociados; el hecho de que la resoluciones adoptadas en este ámbito se registren oficialmente pondría fin a numerosas disputas que se originan precisamente por la falta de registros fiables.

Las conclusiones de un estudio de campo realizado por el Instituto para la Paz de EEUU ¹⁰ ponen de manifiesto que la integración de los sistemas de justicia informales en el sistema formal, no es sencilla. De entrada, existen muchas reticencias en las comunidades que utilizan sistemas informales a que se registren sus decisiones. Hay un sentimiento muy generalizado de que la participación formal del gobierno o el uso de registros ofrecen pocos beneficios tangibles frente a un coste social potencialmente importante. Esto es particularmente cierto cuando se trata de pleitos por asuntos de familia, que se consideran demasiado privados como para exponerlos en un registro público. También ocurre en los casos penales, en los que el condenado por un tribunal tradicional puede exponerse a unas consecuencias mucho más duras si su caso llega a un tribunal formal. En los casos de litigios derivados de los derechos sobre la tierra, se teme que el registro de las decisiones pueda conducir a la apropiación de tierras, exigencia de sobornos o aparición de impuestos. Un registro no compartido con las autoridades civiles parece que es aceptado más fácilmente, siempre y cuando no incluya asuntos de familia; en este caso, la opinión prácticamente unánime es que asuntos tan sensibles queden reflejados en ningún tipo de registro público. Nada puede repugnar más a un afgano que ver aireados sus asuntos de familia. Existe un último factor que dificulta esta integración de la justicia formal e informal: la percepción que los afganos tienen de su sistema judicial, al que consideran caro, lento y corrupto. Salvo que esta percepción cambie radicalmente, va a resultar difícil convencer a las comunidades tradicionales de la conveniencia de integrarse en un sistema por el que no sienten ningún respeto. Mientras esto ocurre, parece inteligente no tratar de erradicar lo que es, en la práctica, el único medio de resolución de disputas en grandes zonas del país.

10. Gaston, Erica; Sarwari Akbar y Strand Arne. Junio, 2013.

Convendría hacer aquí una reflexión sobre cómo se produjeron en su día los avances en este campo en Occidente, teniendo en cuenta que, en Afganistán, una solución absolutamente democrática nos conduciría a códigos absolutamente inaceptables desde el punto de vista del respeto a los derechos humanos básicos. En Occidente, no fue normalmente la presión popular la que en su día llevó a avances en este campo; se trató más bien de cambios impuestos desde arriba, frente a una mayoría social muy conservadora que se aferraba a sus valores tradicionales. Cuando afrontamos situaciones como las que hoy se viven en Afganistán y en gran parte del mundo musulmán, tendemos a olvidar esta realidad corriendo el riesgo de aplicar decisiones «demasiado democráticas para su propio interés».

Si algo está claro a día de hoy en Afganistán y en muchos otros países musulmanes, empezando por el vecino Paquistán, es que la mayoría de la población siente una gran desconfianza hacia los sistemas de justicia que se ha intentado implantar en sus países, durante los últimos cien años, por una combinación de reformas locales y colonizadores europeos. Frente a ello, anhelan un sistema basado en la *Sharia*. Este anhelo, vagamente romántico, aspira a la «restauración» de un sistema mejor, más simple, más equitativo, menos corrupto y más accesible que la justicia oficial que han conocido en las últimas décadas. Más allá de estas vagas ideas, no es fácil que la mayoría de los que abogan por la *Sharia* sean capaces de aportar detalles sobre su contenido o sobre la interpretación concreta que prefieren. De hecho, cuando se aboga por la implantación de códigos basados en la Ley Islámica, más que en los contenidos, se piensa en la limpieza, la accesibilidad y la rapidez.

La realidad es que, pese a lo que se diga, antes de que comenzaran a implantarse los sistemas judiciales de corte europeo, en los países musulmanes se aplicaba un sistema de justicia basado en las costumbres de cada zona, a pesar de que nominalmente se hablara de Ley Islámica. De hecho, resulta curioso recordar que en la vecina Paquistán, entonces parte del Virreinato Indio, los británicos defendían la aplicación de la *Sharia* ya que, ante la práctica imposibilidad de aplicar los códigos occidentales, esta normativa permitía al menos suavizar el extremadamente duro derecho consuetudinario que aplicaban pastunes o baluchis, por

más que lo hicieran invocando la *Sharia*. La diferencia es particularmente patente en el campo de los derechos de la mujer; al hablar de herencia, divorcio o de las penas impuestas a las mujeres por delitos de corte sexual, la *Sharia* es mucho más respetuosa con los derechos de la mujer que el *Pastunwali*. Al igual que el Corán en su momento trató de moderar los hábitos más salvajes de las tribus árabes, en tierras de pastunes o baluchis se ha considerado como una normativa civilizadora frente a costumbres ancestrales más alejadas de nuestra idea de Derecho.

LA POLÍTICA AFGANA

Organización política, formal e informal

La Constitución aprobada como consecuencia de los acuerdos de Bonn establece un sistema político presidencialista fuertemente centralizado. Aunque en los primeros años de su presidencia, Karzai era definido como «El Alcalde de Kabul» por el corto alcance de su poder, la Constitución aprobada en 2004 concentra en sus manos un poder enorme, por mucho que en ocasiones no pase de ser teórico. La Constitución define un estado presidencialista y fuertemente centralizado, en el que el presidente concentra unos poderes que difícilmente pueden encontrarse en otros estados democráticos. En las discusiones previas a la aprobación de la Constitución, hubo quienes abogaron por un sistema menos centralizado, con un parlamento más fuerte o un presidente de la república más institucional, acompañado de un presidente del gobierno más ejecutivo. Pero se temía que un parlamento fuerte, dominado por las facciones aun dominantes en el país, diera al traste con el proceso democratizador. O que dividir el poder entre un presidente y un primer ministro pudiera debilita al ejecutivo. El resultado, que ha llegado hasta nuestros días, es un presidente al que los otros poderes constitucionales tienen muy poca capacidad de controlar. *De facto*, su poder se ha visto muy limitado por su dependencia de los poderes internacionales y la persistencia de los grandes señores regionales, pero no por los poderes establecidos por la Constitución.

Según el texto constitucional, la labor del presidente es controlada por una asamblea nacional y para su administración, el país se divide en provincias y distritos. Aunque sus gobernadores

son nombrados por el gobierno, disponen de cuerpos legislativos elegidos por sufragio. De acuerdo con el artículo 64 de la Constitución, el presidente tiene la facultad de nombrar todos los «altos cargos». Esta autorización ha sido interpretada por Karzai en el sentido de que incluye no sólo a los ministros, sino también a los miembros del Tribunal Supremo, gobernadores provinciales y de distrito y miembros de comisiones supuestamente independientes como la Comisión Electoral Independiente y la Comisión Independiente de Derechos Humanos de Afganistán (AIHRC). Aunque los nombramientos deben ser ratificados por el parlamento, la facultad de proponerlos da al presidente un considerable poder, al menos para impedir nombramientos no deseados.

La Asamblea Nacional está formada, según la Constitución, por una cámara baja de elección popular de 249 escaños (*Wolesi Yirga*, Cámara del Pueblo) y una cámara alta de 102 miembros (*Meshrano Yirga*, Cámara de los Ancianos) nombrados por tercios: un tercio por el presidente para un mandato de cinco años, un tercio por los consejos provinciales por cuatro años y un tercio nombrado por los consejos de distrito por un período de tres años¹¹. De los nombramientos del presidente, la mitad deben ser mujeres. La Asamblea Nacional se ha convertido en la institución formal clave para los políticos independientes o no pastunes que quieren «hacer oposición» al gobierno de Karzai. Aunque la Constitución define a la asamblea como un cuerpo relativamente poderoso con capacidad para controlar los poderes del presidente, los grupos críticos a Karzai dicen que no tiene el poder suficiente para poner freno al poder presidencial. En los últimos años han sido los miembros más jóvenes y más tecnócratas de la asamblea los que han ejercido en mayor medida esta labor de oposición. Así, en mayo de 2006, la oposición obligó a Karzai a cambiar nueve miembros del Tribunal Supremo, e incluso a cesar a su presidente Fazl Hadi Shinwari, un anciano de 74 años de tendencia muy conservadora. La Cámara Baja causó serios quebraderos de cabeza a Karzai a la hora de aprobar su nuevo gabinete tras las elecciones de 2009 y se impuso de nuevo en agosto 2012 cuando

11. Como las elecciones a consejos de distrito no han tenido lugar todavía, los consejos provinciales eligen a los parlamentarios que les correspondería a ellos.

forzó el cese del ministro de Defensa, Abdul Rahim Wardak y del de Interior, Bismillah Khan Mohammadi, supuestamente por no combatir con la necesaria eficacia la corrupción en sus ministerios. Karzai tuvo que acatar la decisión, aunque posteriormente propuso y logró la confirmación de Khan como ministro de Defensa. Una característica muy relevante de la cámara baja afgana, es que sus miembros generalmente no están encuadrados en partidos políticos. La Constitución no contempla la posibilidad de que concurran a las elecciones formando parte de listas de partidos políticos, sino que deben hacerlo a título individual, con independencia de que pertenezcan a alguno.

Aunque la Constitución establece que los consejos provinciales y municipales deben elegirse por sufragio popular, tales elecciones no se han producido hasta el momento, careciéndose de órganos representativos a este nivel. Hasta el momento, los alcaldes han sido designados por el presidente, atendiendo normalmente las propuestas de los gobernadores provinciales. De todas formas, debe tenerse en cuenta que de los poco más de 40.000 municipios, un porcentaje significativo se gobierna según sistemas tradicionales ajenos a los establecidos por la Constitución. En estos municipios, los líderes tradicionales actúan como intermediarios entre la comunidad y la autoridad de nivel superior, sean los gobernadores de distrito en las zonas bajo control gubernamental, u otros líderes *de facto* en las zonas bajo control de los insurgentes u otros actores no estatales. Estos órganos locales informales juegan un papel fundamental ya que son los que deciden si una determinada comunidad se alinea con los insurgentes o con las autoridades formales; este tipo de decisiones no es normalmente de tipo ideológico, sino puramente pragmático: una comunidad se alineará normalmente con aquél que le garantice un mayor nivel de seguridad y bienestar. Si la situación se lo permite, en muchas ocasiones tratan de no alinearse claramente, tratando de mantenerse al margen del conflicto ¹².

Otro aspecto a tomar en consideración es el papel que juegan las ideologías en la política afgana. La ideología es un factor rela-

12. En el escenario afgano, las cosas no suelen ser blancas o negras, sino que tienden a adoptar una gama de grises.

tivamente reciente en la sociedad afgana. En los años sesenta, la aparición por primera vez de partidos políticos, supuso la introducción en el país de doctrinas foráneas: comunismo, maoísmo, islamismo y nacionalismo. El golpe de estado de 1978 y el régimen comunista subsiguiente supusieron una bipolarización de la sociedad afgana entre comunistas e islamistas, con lo que la lucha política se tradujo en un enfrentamiento entre Islam y ateísmo. Aunque esta bipolarización ideológica no logro superar las divisiones tradicionales: en ambos bloques, los partidos se organizaron de acuerdo con las divisiones étnicas que desde siempre han configurado el panorama político afgano. En el caso del gobernante Partido Comunista, los Pastunes se agrupaban mayoritariamente en la facción denominada *Khalq* (Pueblo), mientras la facción *Parcham* (Bandera) agrupaba al resto de etnias. En el otro bando, suníes y chiítas combatieron a los comunistas de forma independiente, librando cada uno sus propias batallas, llegando incluso en ocasiones a luchar entre ellos.

Este agrupamiento político en función de la identidad étnica sigue presente hoy en día en Afganistán a todos los niveles. La sociedad afgana se ha caracterizado históricamente por estar vertebrada por estructuras tradicionales que han seguido ocupando el puesto que, en las sociedades modernas, ocupan la administración pública, los partidos políticos y otras organizaciones sociales. Desde la caída de los talibán, se ha producido un crecimiento de la sociedad civil, liderado por un número creciente de afganos con estudios, muchos de los cuales regresaron a Afganistán desde el exilio tras la caída de los talibán. Con ellos se ha producido una proliferación de organizaciones y grupos centrados en diversos temas, como los derechos de la mujer, la justicia, la libertad de expresión o el medio ambiente. La comunidad internacional ha tratado de fomentar este tipo de grupos, potenciando su papel de control sobre el gobierno y de consolidación de la democracia. Sin embargo, estos grupos emergentes no han sido capaces todavía de desplazar, ni siquiera mínimamente, la influencia de la estructura de poder informal de los grupos étnicos y tribales o de los clanes, estructura que sigue ejerciendo una gran influencia en todos los niveles.

A nivel local, estas estructuras eran muy firmes hasta finales de los 70, pero se han debilitado posteriormente por décadas de

guerra y por la actuación del régimen talibán. Bajo este último régimen, que supuso el ataque más efectivo contra las estructuras de poder tradicionales, muchas de las figuras más importantes de estas autoridades tradicionales huyeron o fueron asesinadas. Las que permanecieron, fueron desplazados por los comandantes *muyahidines*, por líderes de milicias o por militantes talibán. Pero los nuevos poderes locales, que sustituyeron a las estructuras tradicionales, nunca llegaron a gozar de su autoridad moral. Además de que muchos consideran que ostentan un poder que se han arrogado de forma ilegítima, se les ha acusado con frecuencia de una aplicación selectiva de la ley afgana y de utilizar su autoridad para enriquecerse. Algunos consejos tribales tradicionales lograron sobrevivir, conservando el respeto de sus administrados. Estos supervivientes del antiguo régimen, en general, mantienen una orientación muy conservadora. Algunos de ellos siguen ejerciendo su autoridad sin aceptar la del gobierno central o la de las autoridades locales designadas por el gobierno. El problema es que las estructuras tradicionales se han debilitado; los poderes que las sustituyeron se consideran ilegítimos, tanto por su origen, como por el modo en que han ejercido su poder y el gobierno afgano es visto en general como débil y corrupto. A este último le corresponde la tarea de ocupar el puesto central en la vertebración de la sociedad afgana que le corresponde, sustituyendo a unos y otros sin que su eliminación conduzca a un vacío de poder.

La aparición de partidos políticos fuertes, de alcance nacional y desvinculados de grupos étnicos o religiosos, debería ser una herramienta esencial en este proceso de articulación del estado. Sin embargo, los partidos políticos no han jugado un papel demasiado significativo en la última década en Afganistán. Existen varios motivos para ello. Durante la época de la ocupación soviética y la guerra civil de 1992-1996, muchos de los partidos *muyahidín* eran de naturaleza étnica, dependientes de los jefes de las principales milicias. Estos partidos defendían fundamentalmente los intereses de los Señores de la Guerra respectivos y fueron financiados y armados en gran medida por potencias extranjeras, lo que llevó a una aversión popular hacia ellos que trascendió, extendiéndose a los partidos políticos en general. Esta aversión hacia los partidos políticos sigue presente en la sociedad afgana. En parte por el recelo con que son vistos los partidos, el presidente Hamid

Karzai nunca ha militado en ninguno, aunque muchos de sus partidarios en el parlamento y cargos de su confianza pertenecen a una facción moderada de Hizb-e-Islami, partido, compuesto casi en su totalidad por miembros de la etnia pastún. Es el único de los grupos *muyahidín* inscrito legalmente como partido político. El ala moderada del Hizb-e-Islami está comprometida a trabajar dentro del sistema político, mientras el ala más radical es leal al líder insurgente pro-talibán Gulbuddin Hekmatiar. De ahí su denominación: Hizb-e-Islami Gulbuddin (HIG).

A pesar de esta desconfianza generalizada y del hecho de que la Ley Electoral afgana no permita que los candidatos a las elecciones acudan en listas de partidos, desde 2009, parece haber habido una cierta evolución en estas actitudes y los partidos y coaliciones electorales se han fortalecido notablemente. Y algo han avanzado en su desvinculación respecto a grupos étnicos o religiosos. A pesar de que en muchas partes del país son todavía relativamente homogéneos étnicamente, al menos ya no se anuncian como tales. La Constitución afgana prohíbe los partidos basados en el origen étnico o la creencia religiosa.

En los momentos inmediatamente posteriores a la caída de los talibán, se esperaba que el nuevo escenario político produjera un número importante de partidos democráticos seculares y multiétnicos. Sin embargo, este proceso se ha desarrollado de una manera mucho más lenta de lo esperado. De hecho, en ambas campañas electorales, los supuestos intentos por crear partidos con una amplia base social han consistido, de hecho, en negociaciones con los personajes más poderosos de cada zona, en las que lo que se intentaba era utilizar sus redes clientelares a favor de la propia candidatura. Sólo a raíz de las elecciones presidenciales de 2009, parece que se ha producido un cierto cambio. Un personaje clave en ello ha sido el Dr Abdulá, candidato alternativo a Karzai en esas elecciones. Desde 2004, el Dr. Abdulá, había formado varios partidos, por lo general compuestos casi exclusivamente por tayikos. Posteriormente, estas agrupaciones han ido aliándose, cada vez con más frecuencia, con grupos de diferentes etnias e ideologías, buscando con ello ganar fuerza a la hora de controlar al gobierno. En la misma línea, el ex ministro del interior Mohammad Hanif Atmar fundó en octubre de 2011 el Partido de los Derechos y la Justicia, de carácter laico y multiétnico. Otro

partido, la Coalición para la Reforma y el Desarrollo, se formó a principios de 2012 para tratar de garantizar que las elecciones presidenciales de 2014 sean transparentes. Queda por ver el apoyo que estas formaciones van a recibir de los electores en las elecciones de 2014. A pesar de este tipo de iniciativas, el partido más importante en la escena política afgana sigue siendo el *Jamiat-i-Islami*, que surgió entre los tayikos en los 70 como un importante grupo *muyahidín*. Transformado posteriormente en partido político, ha logrado incorporar a algunos grupos de hazaras y uzbekos, aunque sigue siendo un partido predominantemente tayiko. El *Jamiat* ha tratado desde 2001 de contrarrestar la supremacía de los pastunes. Aunque a día de hoy su mensaje se centre en la regeneración política y la lucha contra la corrupción, su principal objetivo político sigue siendo el mismo de siempre, evitar la supremacía pastún en el gobierno de Kabul. Su mayor problema es que nunca ha logrado la cohesión suficiente, debido sobre todo a los múltiples líderes que siempre se han disputado al poder en su seno. No es predecible que supere este problema en el futuro próximo. Desde la muerte de Rabbani en 2011, el partido ha tratado sin éxito de encontrar un sucesor. Entre los aspirantes figuran personajes tan influyentes como Fahim Khan y Atta Noor, pero ninguno ha logrado aglutinar a su alrededor apoyos suficientes como para hacerse con las riendas de la organización.

Como dato positivo podemos decir que, aunque los afganos continúan siguiendo los patrones tradicionales de afiliación, se va abriendo camino la idea de que, a la hora de agruparse para defender sus intereses, hay factores que pueden ser tan importantes o más que la filiación étnica o religiosa. Cada vez son más los casos en que los afganos adoptan posturas ante determinados problemas sin verse condicionados por su pertenencia a determinado grupo étnico. También es cierto que los casos de violencia por motivos étnicos han sido muy escasos desde la caída de los talibán. Esporádicamente se han manifestado celos entre las diferentes comunidades étnicas, derivados de las posiciones económicas y políticas relativas, pero se han traducido normalmente en enfrentamientos políticos que no han degenerado en violencia.

Pero la realidad demuestra que, a pesar de que el Afganistán post-talibán, en particular en las zonas urbanas, se está modernizando política y económicamente, los patrones de afiliación polí-

tica basados en el clan, la tribu y la etnia siguen siendo los preponderantes, han sido evidentes en todas las elecciones celebradas desde la caída de los talibán y lo serán con toda seguridad en las elecciones de 2014. Los candidatos, sobre todo a nivel nacional, siguen estrategias de campaña diseñadas para atraer bloques de votos étnicos y geográficos. Pocos candidatos han tratado de ganar apoyos en base a un programa político concreto, dirigido a los ciudadanos afganos en general, apoyándose en criterios ideológicos o de interés ajenos a la vinculación étnica. Estos patrones tradicionales son aún más evidentes en las campañas para los consejos provinciales y el parlamento. Cuanto más pequeña es la circunscripción electoral, más fácil es para los candidatos explotar las relaciones familiares y de clan para ganarse el voto de grupos completos. El voto, como tantas veces ocurre en Afganistán, rara vez es una decisión individual, es normalmente una decisión del grupo, guiada por el interés del propio grupo.

Un ejemplo exitoso de organización secular y multiétnica lo constituye la Comisión Independiente de Derechos Humanos de Afganistán (AIHRC), cuya creación ha supuesto uno de los mayores avances institucionales en el campo de los derechos humanos desde la caída de los talibán. La comisión está dirigida por una mujer, Sima Simar, una chiíta hazara de la provincia de Gazni y actúa como órgano de supervisión en casos de presuntas violaciones de los derechos humanos. Dado que sus miembros son nombrados por el gobierno, no es tan agresivo o independiente como algunos esperaban. Sus miembros son nombrados por el presidente y como ejemplo de la interferencia del gobierno, en diciembre de 2011, Karzai cesó a su vicepresidente Ahmad Nader Nadery, por unos escritos que acusaban a abiertamente de violaciones de derechos humanos a algunos aliados tradicionales de Karzai. Nadery dirige hoy otra organización civil, la Fundación para unas Elecciones Libres y Justas, que fue muy crítica con Karzai y sus aliados por el fraude electoral de 2009 y 2010.

Desde 2002, se ha producido en Afganistán una proliferación de organizaciones civiles que exigen transparencia en los casos de violaciones de los derechos humanos. Como muestra de la relevancia que han llegado a alcanzar, la Conferencia de Bonn de diciembre de 2011, fue precedida por una serie de reuniones de activistas de la sociedad civil afgana, destinadas a ayudar a evaluar

el progreso del gobierno afgano en este campo y de potenciar el papel de las organizaciones civiles en la gobernanza. El trabajo de estos grupos ha producido algunas respuestas positivas por parte del gobierno. Por ejemplo, la Dirección de Seguridad Nacional (Servicio de inteligencia, pero con poderes de detención), que ha sido acusada con frecuencia de abusos y torturas en sus centros de detención, estableció a finales de 2011 una Unidad de Derechos Humanos, para investigar tales acusaciones. No es el único ejemplo en el que el gobierno afgano ha respondido de forma positiva a las presiones de los grupos de derechos humanos. Otro de los grupos civiles más importantes es la Red de Mujeres de Afganistán, que cuenta con más de 3.000 miembros. Sus líderes presumen de que 75 organizaciones no gubernamentales trabajan bajo sus auspicios. En parte gracias a sus esfuerzos y al impulso que ha supuesto contar con un Ministerio de Asuntos de la Mujer, desde 2001 se han producido logros muy notables en el campo de los derechos de la mujer.

El desarrollo de este tipo de grupos políticos y sociales, no vinculados ni a las estructuras de poder tradicionales, ni a los grupos de poder surgidos a raíz de la guerra civil, es un factor esencial en el desarrollo social de Afganistán. Pero se trata de un proceso lento contra el que juegan muchos factores. El poder casi ilimitado de los grupos que controlan actualmente el poder; el conservadurismo de la mayor parte de la sociedad afgana y la corrupción y el nepotismo generalizados harán muy difícil el cambio. El creciente nivel cultural de las nuevas generaciones de afganos juega a favor y podría potenciar un cambio positivo en la sociedad afgana. Pero este tipo de cambios es muchas veces demasiado lento y sus promotores son demasiadas veces arrollados por el tren de la historia.

El contrapeso a la influencia modernizadora de estas instituciones, lo constituyen, además de los poderes tradicionales ya citados, cuerpos como el Consejo Nacional de Ulemas. El Consejo se compone de 150 clérigos que representan una red de cerca de 3.000 religiosos de todo el país. Dado que sus miembros tienen la reputación de ser los clérigos más eminentes del país, sus manifestaciones son ampliamente respetadas en todo Afganistán. El consejo, que siempre se ha caracterizado por adoptar posiciones muy conservadoras sobre asuntos como la libertad de expresión y

los derechos civiles, ha incidido en asuntos como los contenidos que deben considerarse aceptables en los medios privados de comunicación y ha llegado a forzar la prohibición de actuaciones de cantantes y otros artistas cuyos actos los clérigos consideran incompatibles con los valores islámicos. Pero su carácter quedó aun más claramente de manifiesto cuando en agosto de 2010, 350 clérigos vinculados al Consejo votaron a favor de exigir la aplicación de la ley islámica (*Sharia*), incluyendo castigos como lapidaciones, amputaciones y latigazos, con el fin, según ellos, de mejorar la prevención de la delincuencia. El gobierno no aplicó la recomendación, que hubiera requerido modificar la Constitución afgana, pero quedó advertido de la postura al respecto del consejo. Como dato anecdótico, aunque teóricamente su venta no está prohibida a los no musulmanes, debido al poder de los conservadores islámicos, el alcohol es cada vez más difícil de conseguir en los restaurantes y tiendas afganos. Su papel en lo referente a los derechos de la mujer se analiza en el apartado específicamente dedicado a la problemática de las mujeres en Afganistán.

Los procesos electorales en el periodo post talibán

Uno de los retos a los que se enfrenta Afganistán a corto plazo, es la celebración de las próximas elecciones presidenciales y parlamentarias de 2014. Para tener una idea más clara del reto al que se enfrentan los afganos, resulta interesante hacer un pequeño repaso de los problemas que se han ido poniendo de manifiesto durante las sucesivas citas electorales desde 2001. Tal y como hemos tenido ocasión de ver, los acuerdos de Bonn incluían el compromiso de celebrar elecciones presidenciales y parlamentarias. Muchos, entre ellos la ONU y la UE, consideraron estas elecciones precipitadas, proponiendo que se propusieran y se diera prioridad al esfuerzo por reconstruir el país. Pero, para los EEUU, era fundamental poder esgrimir el triunfo político que representaba contar en Kabul con un presidente y un parlamento elegidos democráticamente. Y para Karzai era fundamental dejar de ser el presidente impuesto por un grupo de países extranjeros y grupos internos con una representatividad dudosa. De forma que se dio la máxima prioridad a la celebración de las elecciones presidenciales y legislativas, que finalmente tuvieron lugar en

2004 y 2005 respectivamente. A pesar del poco tiempo con que se había contado para organizarlas, las elecciones presidenciales de 2004 y las parlamentarias de 2005 fueron un éxito. Sobre todo porque despertaron una gran ilusión entre los afganos, lo que se tradujo en un considerable número de candidatos y un porcentaje de participación alto para las condiciones del país. A pesar de los casos de fraude cometido por los seguidores de Karzai en el sur, los resultados de las elecciones fueron aceptados por propios y extraños sin mucha discusión. Con un 60% de participación, Karzai logró un 55,4% de los votos, superando ampliamente a los otros 23 candidatos. Quedaba claro que contaba con la confianza de los afganos para liderarles en la nueva etapa que el país abordaba con ilusión.

En las elecciones parlamentarias se elegían representantes provinciales para los 249 escaños de la *wolesi yirga* (cámara baja) repartidos según el número de habitantes de cada circunscripción electoral¹³. Hubo 2.707 candidatos al parlamento, (328 mujeres y 2.379 hombres), todos ellos independientes ya que la ley electoral, aún vigente en 2013, no reconoce a los partidos políticos y no había por tanto listas sino candidatos individuales. Entre los postulados, fueron rechazados 45 candidatos debido a sus conocidas conexiones con grupos armados o a que trabajaban para el gobierno. A pesar de ello, la mayor parte de los escaños fueron a parar a antiguos señores de la guerra o a sus seguidores. En total, las mujeres obtuvieron un 28% de los escaños, seis más que el 25% garantizado por la Constitución. La participación rondó el 50%, inferior a la de las recientes elecciones presidenciales. Esta menor participación podría deberse a que en muchos casos, debido al alto nivel de analfabetismo y a las relativamente complejas papeletas empleadas, los electores no eran capaces de localizar a su candidato preferido.

La Ley Electoral no permitía que los candidatos se incluyeran en listas de partidos políticos, sino que debían concurrir como candidatos independientes. El hecho de que los parlamentarios

13. Los kuchis podían votar en cualquier colegio electoral, pero sus votos se contabilizaban aparte, como una circunscripción independiente a la que le correspondían diez escaños.

electos no pertenezcan a partidos políticos ha creado desde entonces graves problemas para la gobernabilidad del país. Cada vez que el presidente pretende ratificar en el parlamento un decreto, tiene que negociar, casi uno por uno, con los parlamentarios necesarios para lograr la mayoría necesaria. A pesar de los problemas que ello ha acarreado, el sistema sigue vigente y la nueva Ley Electoral que se discute en 2013 no parece que vaya a introducir modificaciones en este campo.

Desde entonces hasta la siguiente cita electoral, prevista para 2009, las cosas cambiaron mucho en Afganistán. Los talibán renacieron de sus cenizas, tanto Karzai como los EEUU perdieron gran parte de su popularidad y el desencanto se había ido extendiendo entre los afganos. Además, habían surgido serias diferencias entre Karzai y sus mentores internacionales, que comenzaron a dudar de que fuera el mejor de los candidatos posibles, sobre todo por su falta de empeño en combatir una corrupción que estaba minando todos los esfuerzos por estabilizar el país. Según la fecha de las elecciones de 2009 se aproximaba, Karzai empezó a sospechar que Obama quería aprovechar la ocasión para sustituirle. Estaba convencido de que el embajador Hoolbroke estaba alentando al tayiko Abdulá Addulá y al ex ministro de economía Ashraf Ghani Ahmadzai para que concurrieran a las elecciones, con la intención de apoyarles para que uno de ellos le sustituyera. Mientras Karzai veía conspiraciones contra él por todas partes, los talibán estaban en plena ofensiva, intentando impedir la celebración de las elecciones. Se temía que este incremento de la violencia impidiera a los pastunes acudir a votar en las zonas más conflictivas, precisamente las de mayoría pastún. De hecho, en los meses anteriores a las elecciones, distribuyeron «cartas nocturnas»¹⁴ entre la población, amenazando con cortar el dedo a todos aquéllos que lo llevaran manchado con la tinta indeleble que iba a utilizarse para marcar a los votantes y evitar

14. Las «Cartas Nocturnas» han sido una práctica frecuente de los talibán. Cuando pretendían amenazar a alguien por motivos como llevar a sus hijas a la escuela o colaborar con el gobierno, depositaban una carta durante la noche en su domicilio, informándole del castigo que se le iba a imponer si no obedecía las instrucciones incluidas en la carta.

que votaran más de una vez. Para evitarlo, se lanzó una ofensiva en Helmand encaminada a desalojar a los talibán y permitir que los pastunes de la zona pudieran acudir a las urnas. En agosto, 47 soldados americanos perdieron la vida. Su muerte se presentó en los medios de comunicación de EEUU como un sacrificio para hacer posibles unas elecciones libres y justas.

Si las de 2004 fueron las elecciones de la ilusión, las de 2009 fueron las de la inseguridad y la desconfianza entre todos. Los afganos no confiaban ya en Karzai, éste no confiaba en los EEUU y éstos y sus aliados no confiaban ya en Karzai.

Durante todo el año 2009, Obama centró su esfuerzo en crear las condiciones necesarias para la celebración de las elecciones presidenciales. Ante la amenaza representada por la creciente insurgencia, la seguridad se convirtió en la primera prioridad, lo que supuso relegar a un segundo plano los esfuerzos encaminados a fomentar el desarrollo económico y social. También para Karzai, las elecciones se convirtieron en la primera prioridad. A pesar de que una vez más, especialmente desde Europa y la ONU, muchos recomendaran posponer las elecciones y centrar el esfuerzo en la reconstrucción, finalmente se decidió celebrarlas en la fecha prevista. Según Karzai y los EEUU, aplazarlas significaría mostrar debilidad ante los talibán.

El 20 de agosto se celebraron las elecciones presidenciales, con una participación del 38% en el conjunto del país, muy inferior a la de las elecciones de 2004. Sin embargo, la participación fue muy desigual; de hecho, en las zonas más afectadas por la insurgencia, sobre todo en el sur, la participación fue mínima. Esta baja participación en las zonas pastunes, las zonas en las que Karzai podía esperar mayores apoyos, suponía un grave riesgo para su reelección. Según todos los indicios, o bien el mismo presidente o bien sus allegados y beneficiados decidieron no correr riesgos. El hecho es que, según todos los informes, sus partidarios llenaron urnas enteras en las que el 100% de los votos iba dirigido a Karzai. A pesar de que el índice de participación en el sur rondó el 5%, en algunos colegios llegó a sobrepasar el 100%, todos para Karzai. Los talibán, por su parte, hicieron el daño que pudieron, matando a un total de 26 soldados afganos y de ISAF en 76 ataques, pero no pudieron impedir la celebración de las elecciones. No fueron los insurgentes, sino el fraude masivo lo

que puso en riesgo el resultado del proceso electoral. Los meses anteriores, Karzai se había aliado con señores de la guerra, narcotraficantes y gobernadores provinciales, todos ellos temerosos de que un cambio en el equilibrio de poder les desalojara de sus lucrativas posiciones. Según todos los indicios, entre todos lograron manipular los resultados para garantizar la reelección de su protector. La falta de un control internacional efectivo facilitó las cosas. En 2004 la ONU había controlado el proceso, garantizando hasta cierto punto la limpieza de las elecciones. Esta vez Karzai pidió el control pleno para la recién creada Comisión Electoral Independiente (CEI), cuyos miembros habían sido designados por él mismo. A pesar de que muchas voces en la comunidad internacional pusieron de manifiesto el riesgo de fraude que ello implicaba, no se les hizo caso. El tiempo vino a darles la razón. A pesar de las evidencias de fraude masivo, que llevaron a la CEI a anular un millón de votos, Karzai se proclamó vencedor con un 49,7% de los votos, lo que obligaba a una segunda vuelta, al haberse quedado por debajo del 50%. Abdulá Abdulá, su más directo competidor, decidió no presentarse a la segunda vuelta, alegando que con el nivel de fraude evidenciado en la primera, no tenía ninguna opción contra Karzai.

Las elecciones parlamentarias se celebraron un año más tarde y demostraron un nivel de fraude análogo y no pudieron evitar que la escasa participación en las zonas pastunes hiciera que el número de parlamentarios de esta etnia pasara de 129 a 94, de un total de 249, lo cual les dejaba muy lejos de la mayoría. En Gazni, por ejemplo, aunque la población se divide a partes iguales entre pastunes y hazaras, el hecho de que éstos habitaran en las zonas más seguras de la provincia permitió que acudieran a votar masivamente y que lograran la totalidad de los once escaños asignados a la provincia, lo que enfureció a los pastunes, que en su mayoría tuvieron graves problemas para acercarse a las urnas. Situaciones como ésta generaron agrios enfrentamientos entre la IEC y Karzai por una parte, los representantes de las comunidades no pastunes por otra y la comunidad internacional, cuyas relaciones con Karzai sufrieron un deterioro notable. Karzai temía que una mayoría no pastún en el parlamento pudiera bloquear cualquier intento de acuerdo con los talibán y tratara de modificar la constitución, pasando a un modelo parlamentario en el que los poderes del

presidente quedaran mermados. Para evitarlo, retrasó todo lo posible la constitución del nuevo parlamento.

Los enfrentamientos provocados por sus maniobras dilatorias se prolongaron hasta enero de 2010, cuando, de manera conjunta, la ONU, EEUU y la UE expresaron su preocupación ante el hecho de que aún no se hubiera constituido el nuevo parlamento. Ante la amenaza de que cerraran el grifo de la ayuda, Karzai se vio obligado a ceder. El acuerdo de compromiso al que se llegó para desbloquear la situación pasaba por aceptar la sustitución de nueve parlamentarios, acusados por la IEC de haber cometido fraude. Los parlamentarios recién elegidos no aceptaron este cambio, lo que congeló las actividades de la cámara por cerca de un año.

Al hilo de estos problemas, las relaciones entre pastunes y no pastunes se estaban agriando. Los segundos protestaban por el hecho de que un 70% de los fondos de ayuda al desarrollo se emplearan en Kandahar y Helmand, por estar vinculados a las operaciones militares. Los pastunes, por su parte, veían con desagrado que, por primera vez en la historia de Afganistán, hazaras y tayikos dominaban la administración y los cuadros de mando de las fuerzas armadas y la policía. Sólo un 30% de los miembros de las fuerzas armadas y de seguridad era pastún. De éstos, casi todos procedían de las provincias occidentales de Farah y Herat; sólo un 1% procedía de Kandahar y Helmand.

Los líderes políticos de Afganistán

Hablar de los personajes más relevantes en la escena política afgana tiene una ventaja: han sido los mismos durante, al menos, los últimos treinta años, lo cual facilita mucho el trabajo. Los mismos personajes nos sirven para el capítulo dedicado a la guerra contra los soviéticos, el período talibán, el post talibán y, por desgracia, también nos valen para el capítulo dedicado al futuro de Afganistán. Conocer las principales pautas culturales de la sociedad afgana nos permite intuir y entender algunas características de estos dirigentes políticos. El respeto a las canas, la aversión al cambio, el autoritarismo, la lealtad al clan,... son factores determinantes a la hora de dar forma al liderazgo político afgano y hace que todos los personajes que vamos a tratar a continuación

compartan unas características básicas comunes: hace ya mucho tiempo que dejaron de ser jóvenes y han liderado sus respectivas facciones por mucho tiempo. Sobre casi todos pesan acusaciones de comportamientos corruptos asociados a redes de clientelismo. Son personas de que ejercen su autoridad de una manera autoritaria y que lideran grupos étnicamente homogéneos, arrogándose la representación total de la etnia correspondiente. Su poder no depende de los cargos que ostentan en cada momento; los cargos ayudan, pero no son decisivos. Y por supuesto, todos son hombres. Nada de ello nos puede sorprender a la vista de lo dicho sobre la cultura afgana.

No vamos a tratar aquí de Karzai y el mulá Omar, ambos van a ser los protagonistas de varios capítulos de este libro y en ellos se encontrará suficiente información sobre ellos. Aparte de ellos, hay un puñado de líderes políticos que concentran en sus manos un gran poder, con independencia del cargo público que ocupen en cada momento. Casi todos ellos vienen liderando sus respectivos grupos étnico-políticos desde la época de la guerra contra los soviéticos y varios de ellos son fuertemente contestados por su implicación en crímenes de guerra. En febrero de 2007, el Parlamento aprobó la ley de Reconciliación Nacional que amnistiaba a quienes cometieron crímenes durante las pasadas guerras. Sin embargo, Karzai envió al parlamento un proyecto modificado, que daba a las víctimas el derecho a llevar ante la justicia a los responsables de los abusos; no habría persecución oficial, pero no se cerraba la puerta a la privada. A pesar de que el proyecto ratificado contenía su enmienda, Karzai no firmó la versión final, dejando la situación poco clara. Las presiones de algunos de sus ministros, susceptibles de ser imputados de acuerdo con la enmienda introducida, podrían estar detrás de este cambio de actitud. Finalmente, en diciembre de 2009, el gobierno de Afganistán publicó el texto en el boletín oficial, dándole fuerza de ley. Esta aprobación deja abierta una puerta, teórica, para la incriminación de varios, si no todos, los personajes que vamos a analizar a continuación.

Aunque Rabbani fue el líder supremo de la Alianza del Norte, en los últimos años fue desplazado en gran medida por los tayikos de la línea más dura, entre ellos el actual «líder de la oposición», Abdulá Abdulá. Hijo de madre tayika y padre pastún, su papel

de embajador del difunto Ahmad Shah Masoud ha hecho que siempre se le haya identificado como tayiko. Nombrado ministro de Asuntos Exteriores en el primer gabinete de Karzai, fue cesado en una remodelación del gabinete en marzo 2006, provocando la ruptura política entre ambos. Abdulá emergió como líder de la oposición después de su poco exitoso desafío contra Karzai en las elecciones presidenciales de 2009. Aunque actualmente no es parlamentario, actúa como líder de la oposición a través de sus aliados en la Cámara Baja, de sus intervenciones públicas y de sus frecuentes reuniones con Karzai. La piedra angular de su ideología reside en el establecimiento de un sistema parlamentario en el que la Asamblea Nacional elija a un poderoso primer ministro. Karzai le acusa de tratar simplemente de lograr el máximo poder para los tayikos. En 2010, Abdulá creó un partido llamado Movimiento Esperanza y Cambio, que concurrió a las elecciones de 2010. Los resultados no fueron demasiado brillantes: consiguió 60 diputados, aproximadamente los mismos que ya tenía anteriormente.

Mohamed Fahim es un líder *muyahidín* tayiko del Valle de Panshir que fue nombrado jefe militar de la Alianza del Norte después de la muerte de Ahmed Shah Masud. Tras su llegada a la presidencia del gobierno, Karzai le nombró vicepresidente, lo que fue muy criticado por las organizaciones de derechos humanos debido a su pasado como líder de las milicias *muyahidines*. Parece ser que durante 2002-2007, retuvo algunas armas pesadas que debería haber entregado a los funcionarios de desarme de la ONU, encargados de verificar el programa de desarme de las milicias. En septiembre de 2012, sorprendió a todos declarando que los *muyahidines*, en referencia a los antiguos miembros de la Alianza del Norte, deberían reorganizarse después de 2014 si las fuerzas afganas demostraran no ser capaces de mantener a raya a los talibán. Los antecedentes del Fahim no han impedido, ni a las sucesivas administraciones de EEUU, ni a la comunidad internacional en general, considerarle un interlocutor válido. Se le ha acusado de implicación en el tráfico de drogas en el norte de Afganistán siendo ministro de Defensa (2001-2004) ¹⁵. Otras

15. Según un artículo del 27 de agosto 2009 del New York Times.

denuncias sugieren que ha orquestado confiscaciones de propiedades en beneficio de los suyos. Su hermano Abdul Hussain Fahim, fue uno de los beneficiarios de préstamos en condiciones preferentes del Banco de Kabul y también se ha asociado con Mahmoud Karzai en negocios relacionados con la minería del carbón y la fabricación de cemento.

Dostum, el líder de los uzbekos afganos, comenzó su carrera como líder de las milicias de su provincia natal Jowzjan. A lo largo de las tres últimas décadas ostenta un reto difícil de batir en cuanto a cambios de bando: con los soviéticos, contra los soviéticos, contra los talibán, con los talibán, con la Alianza del Norte,... A pesar de las acusaciones que pesaban sobre él por crímenes de guerra, fue nombrado en 2005 Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, intentando con ello separarlo de sus milicias uzbecas. A principios de 2008, tras unos incidentes en los que se le acusó de participar en el asesinato de turcomanos en su feudo de Jowzjan, partió al exilio a Turquía, para evitar ser perseguido por la justicia. En 2009 regresó a Afganistán, apoyando a Karzai como candidato a la presidencia. Posiblemente, lo que pretendía con ello era limitar las posibilidades de su rival en el norte, Atta Mohamed Noor, hombre fuerte en Balkh, provincia en la que habitan numerosos uzbekos. En 2010 fue nombrado asesor presidencial para asuntos de defensa. No logró ser nombrado ministro, pero dos miembros de su partido, el *Jumbesh Melli*, fueron propuestos por el presidente a la asamblea, que los rechazó. Esta pérdida de poder en el gobierno llevó a Dostum a cambiar de bando una vez más, uniéndose a las filas de la oposición. Recientemente se le ha acusado de presionar a la compañía china concesionaria de los derechos de explotación de los yacimientos de petróleo de su provincia, para que contratara a sus partidarios. Dostum, por su parte, alegó que se trataba de una maniobra de Karzai para mejorar la posición del grupo Watam, en el que participan familiares del presidente. La figura de Dostum es muy discutida dentro y fuera de Afganistán por su notoria implicación en crímenes de guerra durante la guerra contra los talibán, pero a inicios del verano de 2013 era todavía una figura suficientemente poderosa como para forzar la dimisión del gobernador de Jowzjan y poner en serios aprietos al de Taqar.

Atta Mohammad Noor es otro antiguo miembro de la Alianza del Norte y gobernador desde 2005 de la provincia de Balkh,

cuya capital es la próspera ciudad de Mazar-e-Sharif. Es un ex comandante *muyahidín* tayiko que respaldó abiertamente al Dr. Abdulá en la elección presidencial de 2009. A pesar de ello, Karzai mantuvo a Noor en su puesto de gobernador, por su éxito a la hora de garantizar la seguridad en Balkh, permitiendo que Mazar-e-Sharif haya llegado a convertirse en un importante centro de comercio y porque su remoción podría causar disturbios étnicos. Sus críticos le acusan de gobernar pensando sólo en favorecer a los poderes económicos locales, enriquecidos gracias al éxito de su firme empeño por garantizar la seguridad en la zona. Algunos informes dicen que manda dos milicias privadas en la provincia que, al menos en dos distritos (Chimtal y Charbolak), superan en número a la policía afgana. También se le ha acusado de apoyar la ocupación de tierras pertenecientes a pastunes. En la primavera de 2013, eran muchas las informaciones que apuntaban que Noor estaba valorando la posibilidad de presentarse como candidato a las elecciones presidenciales de 2014, aunque otras fuentes apuntaban a que podría aceptar apoyar al candidato propuesto por Karzai, a cambio del puesto de vicepresidente, consiguiendo así formar una alianza que podría alcanzar una amplia mayoría en las urnas.

Mohammad Mohaqeq es el líder más relevante de la facción hazara. Durante la guerra contra la Unión Soviética y los talibán, Mohaqeq fue jefe de los combatientes hazaras en los alrededores de la provincia de Bamyán y una figura importante entre los hazaras chiítas del partido islamista *Hezb-e-Wahdat* (Partido de la Unidad), que fue apoyado por Irán durante ese período. Actualmente, Mohaqeq está alineado con Dostum y los tayikos de la «línea dura» dentro del Frente Nacional. En julio de 2012, exigió Karzai el cese del jefe de la Academia de Ciencias por la publicación de un atlas nacional que, según Mohaqeq, exageraba el porcentaje de pastunes en Afganistán hasta cifrarlos en un 60%. Karzai cesó al jefe Academia y otras tres personas de esa institución. Otra importante figura hazara, Karim Khalili, está alineado con Karzai y ha servido como su segundo vicepresidente durante los dos mandatos de Karzai.

Ismail Kan es otro hombre fuerte de la Alianza del Norte al que Karzai ha tratado tanto de cooptar como de debilitar. Militar profesional de origen humilde, comenzó a destacar con ocasión

de la revuelta contra los soviéticos de la 17 División afgana, en la que servía como capitán, pero su carrera política comenzó realmente en 1981, cuando fue elegido líder provincial del *Jamiat-e-islami*, por sus dotes organizativas y sus probadas capacidades militares. Desde entonces, es el líder político de los tayikos del oeste y ha sido, bajo las órdenes de Karzai, gobernador de Herat y jefe del 4 Cuerpo de Ejército, simultáneamente. En parte gracias a él, Herat es una de las ciudades más desarrolladas de Afganistán, además de razonablemente segura. En 2006, pese a su falta de interés por participar en la política a nivel nacional, Karzai le nombró ministro de energía y agua, para alejarle de su base política. Pese a ello, Khan sigue manteniendo su influencia en el oeste de Afganistán, donde sigue siendo la figura más influyente. Su alianza con él, ayudó a Karzai a ganar en la provincia de Herat en las elecciones de 2004 y 2009. A pesar de las reservas de la comunidad internacional, Karzai le confirmó en su cargo el tras las elecciones de 2009. El nombramiento fue inicialmente rechazado por la Asamblea Nacional, pero Kan se mantuvo en el puesto con carácter accidental hasta que, finalmente, fue confirmado en marzo de 2012. En 2010, Karzai le designó miembro del Alto Consejo de Paz, que es el órgano que supervisa el proceso de reconciliación con los líderes talibán. Las preocupaciones sobre el papel de Kan como líder de los tayikos y sobre el resurgimiento de los poderes tradicionales se reforzaron en noviembre de 2012. Anticipándose a una presunta ofensiva talibán que seguiría al repliegue de las fuerzas internacionales, Kan reunió a miles de sus seguidores en el desierto, cerca de Herat, abogando ante ellos por la reactivación de sus milicias, para prepararse para la posible batalla final con los talibán. Según algunos informes, Kan estaría volviendo a reclutar combatientes para reorganizar sus milicias. Pero también puede ser que esté tratando simplemente de tranquilizar a la comunidad empresarial de Herat, crecientemente nerviosa por la retirada en 2014 de las fuerzas militares internacionales. Previsiblemente, Ismail Kan seguirá siendo una figura poderosa en el oeste del país y su apoyo será crucial para cualquier candidato que pretenda ganar las elecciones.

Es interesante reseñar los casos de algunos políticos de segunda línea, que representan, de manera muy clara, las dinámicas de poder a las que se enfrentan los grandes líderes afganos a la

hora de mantener su posición de poder. La relación de Karzai con Sher Mohamed Akhunzada, un hombre fuerte de los pastunes de Kandahar, muestra los dilemas a los que se enfrenta Karzai en el gobierno de Afganistán. Akhunzada era un estrecho colaborador de Karzai durante su exilio en Quetta, durante el régimen talibán. Al ser nombrado presidente, Karzai le nombró gobernador de Helmand. En 2005, como condición a su implicación en la pacificación de Helmand, Gran Bretaña exigió que fuera cesado por sus abusos y su implicación en el narcotráfico. Karzai accedió a la demanda, pero posteriormente se tomó su venganza, afirmando públicamente que Akhunzada tuvo más éxito contra los talibán con sus milicianos locales, que Gran Bretaña con sus más de 9.000 soldados. Akhunzada promovió la reelección de Karzai, en las elecciones de 2009. Un aliado Akhunzada, Abdul Wali Khan, fue cesado de manera similar por la presión británica en 2006 como jefe de policía del distrito de Musa Qala, en Helmand. Sin embargo, el gobierno afgano consiguió su reincorporación unos años más tarde. Su milicia se convirtió a raíz de ello en el núcleo de la fuerza policial del distrito.

El gobierno Kandahar, una provincia de alrededor de 2 millones de habitantes, de los cuales aproximadamente la mitad vive en la ciudad de Kandahar, es un tema delicado en Kabul, debido al interés del presidente Karzai en su provincia natal. Por otra parte, Kandahar es particularmente crítico para las operaciones militares dirigidas contra la insurgencia. Cuando fue asesinado el 12 de julio 2011, Ahmad Wali, un medio hermano de Karzai, era presidente del consejo provincial de Kandahar. Aunque el puesto implicaba un poder formal relativamente limitado, siempre fue más poderoso que cualquier gobernador designado de Kandahar. Para afianzar su posición, Karzai cambiaba con frecuencia los gobernadores, para garantizar que ninguno de ellos adquiriera demasiado poder. Para los habitantes de la provincia, resultaba meridianamente claro que si necesitaban agilizar alguna gestión administrativa o necesitaban algún apoyo de Kabul, Wali era la persona indicada. Antes de su asesinato, la comunidad internacional, sobre todo EEUU, había tratado de reforzar el peso del recién nombrado gobernador, Tooryalai Wesa, apoyando sus esfuerzos por distribuir equitativamente los fondos de ayuda al desarrollo y por desarrollar una estructura administrativa. Karzai

había nombrado a Wesa, un afgano-canadiense en diciembre de 2008, posiblemente con la esperanza de que sus lazos con Canadá convencieran a este país de continuar su misión en Kandahar después de 2011. La comunidad internacional esperaba que la muerte de Ahmad Wali Karzai reforzara al gobernador Wesa. Sin embargo, Karzai instaló a otro de sus hermanos, Shah Wali Karzai, como jefe del clan Popolzai, para que asumiera los poderes de su hermano fallecido. Shah Wali al principio carecía de la visión y la influencia de su hermano, pero desde mediados de 2012, la impresión es que se ha convertido en un poder real, mientras sigue involucrado en ciertos negocios que ponen en duda a la familia Karzai en su conjunto.

Otro personaje clave en la escena política afgana es Ghul Agha Shirzai, gobernador de Nangarhar. Es un pastún del poderoso clan Barakzai, asentado en la provincia de Kandahar, que fue previamente gobernador de esa provincia, donde su enfrentamiento con Ahmad Wali Karzai le costó el cese. Sigue conservando gran parte de su poder en Kandahar, en competencia con el clan Karzai. Shirzai estuvo a punto de enfrentarse a Karzai en las elecciones de 2009, pero optó finalmente por no presentarse, tras alcanzar un presunto acuerdo cuyos términos nunca se han llegado a conocer, pero que Shirzai sostiene que se materializará en 2014. En Nangarhar, Shirzai es visto como un intruso, pero al igual que Noor en Balkh, ha ejercido un liderazgo relativamente eficaz, sobre todo en la reducción del cultivo de la de amapola. Por el contrario, se le acusa de actuar arbitrariamente contra sus opositores y de no remitir a Kabul los derecho aduaneros recaudados en el paso fronterizo de Torkham (Paso de Khyber) uno de los más importantes del país. Ante las evidencias de que maneja importantes sumas de dinero de procedencia dudosa, sus partidarios le defienden sosteniendo que se ve obligado a manejar un fondo con el que financiar proyectos en la provincia, ante la poca confianza en que Kabul proporcione los fondos necesarios.

ISLAM Y AFGANISTÁN

«No compares tu nación con las naciones de Occidente,
La nación del Profeta del Islam es diferente,
Su solidaridad depende del territorio,
Vuestra solidaridad descansa en la fuerza de vuestra religión,
Si la religión desaparece, ¿Dónde estará la solidaridad de la comunidad?
Y cuando la comunidad desaparece, no hay nación.»

Sir Muhammad Iqbal

EL HECHO RELIGIOSO EN AFGANISTAN

Religiones preislámicas

Aunque son pocos los vestigios religiosos previos al Islam y hoy todos tendamos a pensar que Afganistán fue siempre un país musulmán, lo cierto es que la zona no se mantuvo ajena a las principales corrientes religiosas de cada momento. En la antigüedad, en la zona al norte del Indu Kush gozó de amplia difusión el zoroastrismo¹⁶, compleja religión basada en el dualismo, en la existencia de una deidad del bien y otra del mal, que sostenía la existencia de recompensas y castigos en la otra vida, así como la intercesión de los ángeles, por lo que muchos estudiosos consideran que es una de las fuentes de las que bebió el cristianismo. También era de naturaleza dualista otra de las religiones presentes en la misma zona en la era antigua, el maniqueísmo, fundada por el profeta Mani en el Irak del siglo III. Tanto antes como después de la llegada del Islam, los maniqueos fueron considerados como peligrosos herejes y sufrieron persecución. Pero la religión preislámica que con más fuerza arraigó en Afganistán fue el budismo, que lo convirtió en un centro cultural y religioso de primer orden. Los dos primeros discípulos laicos del primer Buda, Trapusa y Bahalika, eran de Balkh y fueron los primeros en llevar esta fe a su tierra natal. La conquista posterior de la zona por Alejandro Magno, que incorporó el área durante un tiempo al mundo griego, dio lugar a una fuerte influencia helenística en el arte religioso budista. En el 305 AC, el imperio seléucida llegó a una alianza con el Imperio Maury de la India, lo que supuso

16. Zoroastro vivió en Balkh hacia el año 800 AC.

la expansión del budismo de la India al sur del Hindu Kush. Muchos de los antepasados de los pastunes, incluidos los escitas, siguieron el budismo hasta la llegada del Islam. La existencia de un gran número de monumentos da testimonio del esplendor de la cultura budista en el actual Afganistán. La religión budista sobrevivió a la conquista islámica de Afganistán por los Omeyyas y al califato abasí, pero fue erradicada por los imperios musulmanes posteriores.

Un caso particular a la hora de hablar de las religiones es el de la provincia de Nuristán. Su nombre, «Tierra de la Luz», sustituyó al originario, Kafiristán, «Tierra de los Infieles» cuando el Emir de Hierro logró finalmente someter en los últimos años del siglo XIX a los indómitos infieles que habitaban esta agreste región, que había resistido la presión del Islam durante siglos. Hasta ese momento profesaban una religión politeísta en la que muchos, guiados más por el romanticismo que por razones científicas, quisieron ver el último vestigio del helenismo en las tierras de la antigua Bactria. La religión profesada por los kafiríes era posiblemente el último vestigio de las creencias ancestrales de los pueblos arios y habría sobrevivido en una zona que se mantuvo durante siglos aislada del exterior; de hecho, la única relación entre los kafiríes y sus vecinos giró durante siglos en torno a las periódicas incursiones que realizaban contra sus vecinos musulmanes de los valles más bajos del sur. En los años 60, los viajeros europeos que se adentraron en la zona llegaron a la conclusión de que la conversión de los nuristanis al Islam era en muchos casos o muy superficial o claramente falsa, actuando los *mulás* de las aldeas como auténticos comisarios políticos enfrentados a la tarea de evitar cualquier vestigio de costumbres infieles entre sus fieles. Es difícil saber cuál es la situación a día de hoy, habida cuenta de que se trata de una de las regiones más inaccesibles del país y de la necesidad de ocultar cualquier tipo de «desviación» que pudiera pervivir en una zona con fuerte presencia talibán y de *Al Qaida*.

Afganos no musulmanes

La práctica totalidad de la población afgana es de religión musulmana. Se calcula que unas 350 familias sijis y unas 30 hindúes

habitan en Afganistán, concentradas en el área de Jalalabad, en la provincia de Nangarhar. La comunidad cristiana se estima entre 500 y 8000 personas y la comunidad Bajai, considerada herética por los clérigos musulmanes, es de aproximadamente 2000. El Informe Sobre Libertad Religiosa Internacional de 2012 (publicado el 20 de mayo 2013) concluye que ni la ley ni el gobierno afgano atentan de manera sensible a la libertad religiosa. Los miembros de las minorías religiosas presentes en el país, cristianos, sijs, hindúes y bajais, sufren a menudo discriminación, pero también es posible encontrarlos ocupando cargos de responsabilidad en la administración. Karzai ha tenido un hindú como asesor económico y uno de los miembros de la comunidad Sij sirve en la *Meshrano Yirga*. Hay cuatro ismailíes en la Asamblea Nacional. Los bajais son los que están en peores condiciones, desde en mayo de 2007, el Tribunal Supremo de Afganistán declaró su fe como una forma de blasfemia. En Afganistán no hay ninguna iglesia cristiana pública y sólo cuatro sinagogas, que no se utilizan porque sólo hay un ciudadano afgano judío. Hay, además, tres además *gurdwaras* activos (lugares de culto sij) y cinco *mandirs* hindúes (templos). Los extranjeros de religión budista están autorizados a utilizar los templos budistas para sus oraciones.

Los cristianos afganos están autorizados a realizar su culto, siempre y cuando lo hagan en privado. Pero, más que el ejercicio del culto por parte de los cristianos, los problemas con esta confesión han derivado de algunos casos de conversión sucedidos en los últimos años y que han llamado la atención pública. El primer caso lo protagonizó en 2006 Abd al-Rahman, un afgano que se había convertido al cristianismo hacía 16 años, mientras trabajaba para una organización humanitaria cristiana en Paquistán. La conversión a otra fe está expresamente prohibida para los musulmanes por la ley islámica y es, de acuerdo con ello, un delito previsto en la ley afgana, que deja abierta la posibilidad de condenarlo incluso con la pena de muerte. El apóstata fue encarcelado y se enfrentó a una posible condena de pena de muerte por apostasía, dada su negativa a volver a convertirse al Islam. Ante la presión internacional que desató este caso, Karzai tuvo que imponerse finalmente a las autoridades judiciales afganas, que finalmente decretaron su puesta en libertad. Curiosamente, su liberación se produjo el 29 de marzo de 2006, el mismo día en

que el parlamento aprobó un proyecto de ley que aseguraba la protección a los conversos afganos. En mayo de 2010, el gobierno afgano suspendió las actividades de dos grupos de ayuda internacionales, de inspiración cristiana (*Church World Service* y *Norwegian Church Aid*), alegando que estaban tratando de promover el cristianismo entre los afganos, algo que negaron ambos grupos. Ese mismo mes se presentó otro caso, cuando otro afgano, Said Musa, fue encarcelado por convertirse al cristianismo. Como ya hemos tenido oportunidad de ver, Said se enfrentaba por ello a una condena penal que podría llegar a ser la pena capital. La detención se produjo días después de que la estación de televisión local Noorin transmitiera un programa sobre cómo los cristianos afganos realizan su culto. Las presiones de gobiernos y grupos de derechos humanos, consiguieron que fuera liberado discretamente el 24 de febrero de 2011 y obtuviera asilo en Italia.

EL ISLAM EN AFGANISTÁN

Que no es posible entender Afganistán sin entender qué es el Islam y cómo lo entienden los afganos es algo que parece evidente. El Islam está tan profundamente arraigado en la sociedad afgana, que podemos decir que es el principal de los factores que la moldean. Más aún, para muchos el Islam es el único factor que puede mantener unido un país como Afganistán, dividido en etnias y tribus y con una muy escasa tradición como estado. El Islam es una realidad que homogeneiza a una gran comunidad de creyentes, la *Umma*, y que además lo ha hecho a lo largo de los siglos. Sin embargo, no podemos pensar que el Islam es absolutamente homogéneo en todas partes y en todos los tiempos; ni siquiera lo es en un momento y lugar determinados para todos los creyentes. Por eso, para entender qué significa hoy en día el Islam para los afganos, es necesario analizar las diferentes formas que esta creencia religiosa adopta y cómo se enfrenta cada una de ellas a la realidad del mundo actual.

Las distintas manifestaciones del Islam

Aunque la categorización del Islam en escuelas y tendencias puede parecer un simple alarde de erudición inútil y a menudo confunde más que clarifica, la verdad es que resulta necesaria para comprender la dinámica que ahora mismo está jugando la religión en Afganistán.

En primer lugar, podríamos hablar de un Islam Popular. Afganistán es una nación habitada casi exclusivamente por musulmanes y el Islam impregna la vida afgana, proporcionando el sistema de normas que conforma la moral social. El término «Islam Popular» se refiere a la forma en que la religión impregna la vida cotidiana, habita en el lenguaje y contribuye a crear una identidad cultural; en principio, no supone la introducción de variaciones locales de la doctrina islámica, aunque los preceptos ortodoxos pueden ser diluidos por influencias pre-islámicas y por creencias y costumbres locales. Pese a ello, esta categoría no se define en oposición a la religión «formal» tal y como es entendida por los *ulemas*, es simplemente la manifestación de ese Islam formal en una sociedad concreta, influida por su historia, su cultura y su realidad social. Esta versión popular es la que moldea de una manera más efectiva las costumbres y los sentimientos de la mayoría de los afganos que, en muchas ocasiones, aceptan prohibiciones u obligaciones impuestas por usos culturales, convencidos de que es el Islam quien los impone. Una variante de este Islam popular sería lo que suele denominarse el «Islam tribal». Aunque el Islam conecta a la práctica totalidad de la población afgana, no diluye las diferencias étnicas y tribales que subyacen dentro de ella. Las tribus, para muchos el grupo social más relevante en Afganistán, se forman a través de la descendencia patrilineal; por esta línea, todos los pastunes se dicen descendientes de Qays, que recibió el Islam directamente del profeta Mahoma. Curiosamente, los pastunes reniegan de cualquier influencia pre-islámica e incluso rechazan la idea de la conversión, como si no hubiera existido un momento anterior a su entrada en la *Umma*. Para ellos, ser musulmán es algo inseparable de su herencia tribal. De esta manera, lo islámico y lo tribal se superponen y la defensa de las formas tribales, por ejemplo, puede escalar fácilmente a una defensa de la fe, como se demostró en la primera Guerra Anglo-afgana y la

yihad contra los soviéticos, cuando las tribus lucharon unas junto a otras en contra de una entidad no-musulmana. Cuando surgen conflictos entre los códigos tribales y la ley islámica, se someten al juicio del *mulá*, en su papel de autoridad religiosa responsable de aclarar «lo que dice el libro» y su interpretación jurídica consagrada en el *fiqh* (jurisprudencia islámica). Teóricamente, la doctrina islámica prevalece sobre las costumbres tribales; en la práctica no siempre es así, aunque esto nunca se reconocerá; como hemos visto, tribu e Islam están tan entrelazados, que las costumbres tribales se sienten como normas religiosas.

Otra manifestación más formal es lo que podríamos denominar el Islam de los *ulemas*. En Afganistán, los *ulemas* se definen por su formación, no por la pertenencia a una institución formal, y basan su actuación en una larga tradición de comentarios escolásticos. El *Fiqh* es el cuerpo que recoge las interpretaciones de la *Sharia* emitidas a lo largo de los años por los estudiosos de la religión, los *ulemas*, que leen e interpretan la *Sharia* mediante la aplicación de un conjunto particular de normas. Las fuentes fundamentales del Islam son el Corán y la *Sunna*, la práctica normativa del Profeta, pero sin los comentarios e interpretaciones de los *ulemas*, estos textos no tendrían aplicación directa, así que estos comentarios también se incluyen en el cuerpo doctrinal, dando lugar al nacimiento de diferentes escuelas. En Afganistán la escuela Hanafi es absolutamente hegemónica. La doctrina tradicional de los *ulemas* considera que la sociedad debe regirse por el derecho derivado del Corán, al que no puede contradecir ninguna norma jurídica secular. Aunque su ámbito de actuación tradicional ha sido la jurisprudencia y la legislación, no la política, históricamente han pretendido regular la sociedad mediante la implantación de un sistema legal islámico, donde el desarrollo y la interpretación de la ley no la hacen el estado sino ellos mismos. Además, a medida que el Estado ha ido asumiendo funciones antes reservadas a los religiosos, como la regulación del estatuto personal o la enseñanza, los *ulemas* se han visto impelidos a hacer oír su voz en la esfera política.

El supuesto papel hegemónico de los *ulemas* a la hora de interpretar el Corán y de traducirlo en normas concretas se ha visto desde siempre atenuado por tendencias que han pretendido socavar su autoridad: el sufismo, el fundamentalismo reformista y el islamismo.

Sufíes y santones

El sufismo es una forma mística del Islam que pretende un ascenso a la Verdad (*haqiqa*) a través de la espiritualidad. Se trata de buscar la iniciación espiritual a través de un maestro (*sheij* o *pir*) que enseña al alumno (*alim*) un camino espiritual (*tariqa*) para llegar al conocimiento intuitivo de lo divino. Los sufíes se agrupan en órdenes que no establecen ningún programa político; muy al contrario, los suffes rechazan todo lo secular, incluida la política, y adoptan posturas anti-materialistas y prácticas de meditación tendentes al ascetismo y al eremitismo. Muchas de las prácticas sufíes, como la total de sumisión a un *pir*, el recuerdo de Dios en los círculos rituales y el culto a los santos, no se ajustan a la ortodoxia representada por los *ulemas* que tienden a considerar a los seguidores de los sufíes como incultos y supersticiosos y a los *pires* como inmorales que se aprovechan de la inocencia de la gente sencilla. Ante ello, los ulemas, como guardianes de la ortodoxia, han oscilado históricamente entre la resistencia y la tolerancia ante estas prácticas de devoción popular. Las tres órdenes sufíes dominantes en el mundo musulmán, *Naqshbandi*, *Qadiri* y *Cheshti*, se encuentran presentes en Afganistán, donde el sufismo adopta una forma poco desafiante con el poder de los *ulemas*, lo que ha permitido que, especialmente en el norte, muchos de ellos estén asociados a una orden sufi e incluso sean venerados como *pires*. Además de un movimiento espiritual, los sufíes constituyen un grupo social importante y sus *pires* son en muchas ocasiones personalidades con gran influencia social y poder económico.

Estrechamente ligado a los sufíes está el fenómeno de los santones, personas que se han destacado por su extrema religiosidad y bondad y a las que llega a atribuirse milagros. Los santones generan una gran devoción que trasciende a su muerte, transmitiéndose a sus descendientes y dando lugar a santuarios en los que se venera a su persona. A semejanza de los monasterios cristianos de la Edad Media, estos lugares de culto van acumulando riquezas a través de donaciones de los fieles, de forma que los descendientes de los santones acaban uniendo a su poder religioso una gran riqueza económica y normalmente, derivado de ello, un gran poder político. En Afganistán la riqueza por sí misma no es fuente de poder político, necesita apoyarse en una fuerte red familiar, en un

sólido prestigio espiritual, o en ambos factores que hacen que una persona se gane el respeto de sus conciudadanos y asuma el papel de líder y juez entre ellos. En el mundo musulmán, especialmente en el sur de Asia, el prestigio espiritual se hereda y, acompañado de la riqueza que atrae, es una importante fuente de poder¹⁷.

Los santones afganos suelen estar asociados al sufismo y, en muchos casos, son sospechosos de profesar en secreto el chiismo¹⁸. En general, el culto a los santos y el carácter hereditario de su poder espiritual, son considerados por los suníes ortodoxos como desviaciones doctrinales. Si a ello unimos lo estrechamente unidos que estos grupos están a los sistemas tradicionales de poder podemos intuir que tanto los talibán como los islamistas se han enfrentado siempre a ellos, tanto por motivos doctrinales como prácticos. De hecho, tanto los sufíes como el movimiento de los santones, son obstáculos importantes en la expansión del islamismo radical, por su carácter socialmente conservador y religiosamente heterodoxo. La tradicional alianza de las principales familias sufíes con la monarquía, materializada en frecuentes matrimonios, ayuda a acentuar este rechazo de los islamistas hacia los sufíes. Aun hoy, hay familias sufíes, como la Mujaddedi o la Gailani, que se cuentan entre las más poderosas e influyentes del país.

Fundamentalismo, deobandismo y wahabismo

Otra de las amenazas al monopolio tradicional de los *ulemas* proviene del Fundamentalismo Reformista, que predica un regreso a los orígenes, a la Verdad tal y como fue revelada por el Profeta, desprovista de interpretaciones y manipulaciones posteriores, aplicando un enfoque muy similar al que supuso en su momento la Reforma Protestante en el mundo cristiano. En el caso del Islam, podemos diferenciar tres variantes principales

17. En todo el mundo musulmán, ser descendiente del Profeta supone rodearse de una halo de santidad que con el transcurso del tiempo se ha transformado en riqueza y poder.

18. En el vecino Paquistán, donde gran parte del poder económico y político está en manos de personas pertenecientes a linajes de santones, hay evidencias de que muchos de ellos son cripto-chiíes. Los Bhutto pertenecen a esta doble categoría.

del fundamentalismo. La variante que podríamos denominar de las madrazas (Escuelas coránicas), que exige una vuelta al estudio del Corán y la *Sunna*, las bases del Islam, sin dar valor doctrinal a las enseñanzas de las diferentes escuelas del *fiqh*. La variante de los *ulemas*, que propugna un retorno a la ley religiosa, incluyendo tanto el estudio de los textos sagrados como de los comentarios del *fiqh*. Por último, la variante islamista propugna un retorno a las prácticas de la primera comunidad musulmana. Todos ellos abogan por un estado islámico, buscando reconstruir la vida social y política de la comunidad musulmana utilizando la Verdad revelada por el Profeta. Para ellos, la sola aplicación de la *Sharia* no es suficiente, además el jefe del estado debe ser el Comandante de los Creyentes (*amir al-mu'minin*), elegido de acuerdo con los principios islámicos y todas las instituciones deben estar basadas en el Corán y la *Sunna*. En Afganistán, es notable la influencia de dos movimientos reformistas de corte fundamentalista: el Deobandismo, surgido en el subcontinente indio, y el Wahabismo, importado de Arabia Saudí. Una de las diferencias más notables entre ambos movimientos es su actitud ante el sufismo, corriente que tradicionalmente ha contado con un gran predicamento en Afganistán.

El Deobandismo fue iniciado por Ahmad Sirhindi, un sufí *Naqshbandi* nacido en la India en el siglo XVI. Sirhindi inició un movimiento que tenía como objetivo purificar el Islam de la influencia hindú, volviendo a sus fuentes, el Corán y la *Sunna*. Fue capaz de formular una forma de sufismo que podía coexistir cómodamente con el texto del Islam de los *ulemas*. Hizo hincapié en que la única Verdad (*Haqiqa*) es la *Sharia* y que el camino para la ascensión de un fiel hacia Dios se basa en su capacidad para actuar en el mundo y luchar desde dentro de la sociedad. Para evitar dudas al respecto, Sirhindi advirtió que si las enseñanzas sufíes entraban en contradicción con las enseñanzas del Islam ortodoxo, no debían ser seguidas. Aunque históricamente los *Naqshbandi* eran solitarios, Sirhindi destacó la importancia de una estrecha relación entre los *pir* y los círculos políticos, para hacer de los gobernantes instrumentos con los que guiar los musulmanes por el camino de la virtud. En el fondo, las enseñanzas Sirhindi no eran sino la reacción de un jeque *Naqshbandi* ortodoxo que pretendía preservar la pureza del Islam frente a las prácticas sincréticas que

empezaban a extenderse por la India en aquellos momentos. Una rama de su familia, los Mujaddedi, familia aún muy influyente en la política y la economía afganas, se asentó en Kabul en el siglo XIX y convirtió a la Orden *Naqshbandi* en la orden sufí dominante en Afganistán.

Shah Waliullah (m. 1762), también un sufí de la India, continuó el trabajo de Sirhindi. Waliullah insistió en la necesidad de mantener la unidad, para lo que trató de reconciliar las diferencias entre los fundadores de las cuatro escuelas de jurisprudencia islámica e incluso trató de racionalizar las diferencias entre suníes y chiíes. Afirmó que la Verdad no se encuentra dentro de los límites de una escuela, sosteniendo la importancia de la *ijtihad*, la interpretación a través de la razón de las únicas fuentes verdaderas, el Corán y la *Sunna*. Su enfoque fundamentalista parecía excluir en principio la tolerancia hacia el sufismo, pero afirmó que en su faceta de búsqueda individual, no era contradictorio con el Islam y de hecho, para él, suponía un camino hacia la experiencia de lo divino. Esta actitud testimonia la popularidad del sufismo en la región y la dificultad que los *ulemas* reformistas experimentaban en sus intentos de debilitar su influencia en el Subcontinente Indio y Afganistán. En otro orden de cosas, Waliullah predicó la *Yihad* para restaurar el poder musulmán en el sur de Asia, amenazado principalmente por el dominio británico sobre los decadentes estados mogoles. Evidentemente, se trataba de una *yihad* defensiva animada por el sentimiento de amenaza que la mayoría de los musulmanes sentía ante su evidente pérdida de poder en todo el mundo. Desde el Imperio Turco hasta el Mogol, los poderes musulmanes parecían incapaces de hacer frente a la expansión cultural, económica y militar de Occidente, lo que creó un sentimiento de acoso que aún hoy sigue vivo.

En 1867 un grupo de *ulemas* en la India, invocando la autoridad de Shah Waliullah, fundó una madraza en Deoband en la que se trataba de integrar las enseñanzas de las escuelas de jurisprudencia islámica dentro de la más estricta ortodoxia. La escuela aceptó la práctica del sufismo, pero purgado de elementos no ortodoxos. De hecho, muchos de sus profesores se asociaron a las órdenes *Naqshbandi* o *Qadiri*, reafirmando así una vez más la influencia perdurable del sufismo en el subcontinente indio. Las miles de madrazas autodenominadas deobandistas que han

surgido con posterioridad no están necesariamente vinculadas formalmente a la escuela de Deoband, pero comparten inequívocamente la misma orientación doctrinal. Ante la ausencia de una red de madrazas privadas de prestigio en Afganistán, muchos de los *ulemas* de este país se formaron en las madrazas del subcontinente indio, introduciendo así el deobandismo, cuya influencia en la sociedad afgana es innegable desde entonces. Sin embargo, con el tiempo esta influencia sería matizada: A partir de 1920, cuando el Emir de Hierro prohibió los estudios en la escuela de Deoband, algunos afganos comenzaron a formarse en la conservadora Universidad Al Azhar de Egipto, abriendo el Islam afgano a otras fuentes de influencia, particularmente al wahabismo.

El wahabismo, imperante en entonces en la Universidad egipcia, fue fundado por Muhammad ibn Abd al-Wahhab (fallecido en 1792), un contemporáneo de Shah Waliullah que criticó las creencias y costumbres de los *Najdis* de la Península Arábiga, donde las relaciones sociales se organizaban sobre la base de un código consuetudinario y la ley islámica estaba desvirtuada por la inclusión de tradiciones locales. Al igual que Shah Waliullah, basó su doctrina en la oposición a lo que él consideraba aspectos no islámicos de la vida musulmana. Pero, a diferencia de Shah Waliullah, su principal preocupación no era la unidad, sino la pureza, como lo demuestra su actitud abiertamente hostil hacia los chiíes, muy alejada de los intentos conciliadores del anterior. Ibn ‘Abd al-Wahhab consideraba que la sociedad debía articularse en términos religiosos, rechazando la restructuración de la sociedad a lo largo de líneas políticas. En su trabajo se basó estrictamente en el texto del Corán y la *Sunna*, negando cualquier relevancia a la metodología establecida para obtener el *fiqh*.

Tanto Shah Waliullah como Ibn ‘Abd al-Wahhab daban primacía a los textos sagrados; sin embargo, el wahabismo se diferencia por su enfoque puritano que se refleja en su rechazo absoluto del sufismo y su hostilidad hacia el chiísmo. El wahabismo ha tenido una gran influencia en Asia central desde 1912, cuando un nativo de Medina estableció células wahabíes en Tashkent y el valle de Fergana. En la década de 1950, los wahabíes comenzaron a establecer madrazas en la provincia de la frontera noroccidental de Paquistán, donde han recibido formación muchos afganos, y posteriormente en las provincias al este de Kabul. Aunque el

movimiento wahabita no es ni mucho menos predominante en Afganistán, su influencia ha ido creciendo desde la década de los 80, coincidiendo con la llegada de grandes cantidades de dinero y armas de Arabia Saudí.

Los chiítas

El chiísmo encuentra sus orígenes en el siglo VII, cuando a la muerte del profeta Mahoma surgen discrepancias en torno a la sucesión. Por una parte, el Partido de ‘Ali (Shi’at’ Alí), primo y yerno del Profeta, apoyó a éste como sucesor legítimo del Profeta. Frente a ellos, Abu Bakr se impuso como líder de la comunidad musulmana. No aceptando este hecho, los chiítas ven a los descendientes de Ali como los únicos líderes legítimos (*imanes*) de la comunidad musulmana¹⁹. Chiítas y suníes discrepan también en aspectos doctrinales: los segundos insisten en que el líder de la comunidad no posee ningún tipo de poder divino, mientras que los primeros creen que los *imanes* están imbuidos de infalibilidad y los consideran el instrumento a través del cual Dios provee orientación a la comunidad. Aunque Mahoma fue el último profeta, Dios no puede dejar a su pueblo sin guía, papel que desempeña una cadena ininterrumpida de *imanes* que, sin ser profetas, actúan

19. Quienes tomaron partido por Alí, primo y yerno de Mahoma, consideraron que él era el único sucesor legítimo ya que había sido la persona más cercana a Mahoma y se negaron a reconocer a los notables sucesivamente elegidos para desempeñar el papel de califas o sucesores del profeta: Abu Bakr, Omar y Otmán. Tras la muerte de este último, Alí fue finalmente elegido califa. Sin embargo, acusado de haber instigado la muerte de su predecesor, su poder fue contestado por Muawiya, gobernador de Siria y miembro de la familia de los Omeyas, iniciándose así una guerra civil entre ambas facciones. Cuando ambos líderes aceptaron en el campo de batalla de Siffín someter sus diferencias al dictamen de un árbitro independiente, de las filas de Alí surgirá una tercera facción, la de los jariyíes, que no aceptaban el arbitraje. Esta facción asesinó a Alí en el 661, y el mismo día trataron de acabar también con Muawiya y con el árbitro, sin lograrlo. Los partidarios de Alí pusieron entonces sus esperanzas en su hijo Hasan, que renunció al poder, y luego en Husain. Éste instigará una rebelión contra el poder omeya. Su muerte en el campo de Batalla de Karbala (Irak), en 680, marcará el principio del cisma entre los chiítas (Literalmente, facción, partido) y aquéllos a quienes se llamará más tarde suníes.

como interlocutores entre Dios y su pueblo. Como consecuencia de la existencia de esta figura, se hace necesaria la existencia de algo parecido a un clero, algo inexistente en el Islam sunita. Esta fe en los *imanes* es considerada por los sunitas una forma de politeísmo o la negación del Sello de la Profecía, es decir, la promesa de que después de Mahoma ya no vendrán más profetas. Según algunos sunitas, especialmente los salafistas y wahabbies, para los chiítas los *imanes* son iguales o incluso superiores a los profetas. Esta es la razón por la que, según estas dos sectas, los chiítas están fuera del Islam.

Los chiítas, que representan aproximadamente el 15-20% de la población de Afganistán, son principalmente de etnia Hazara y Qizilbash. En el Islam popular, hay muchos conceptos y rituales comunes a suníes y chiítas, de forma que muchas veces, las diferencias entre un *mulá* chií y otro suní son difíciles de determinar, aunque existen. Los *ulemas* chiítas normalmente estudian en Irán o Irak (Qom o Nayaf) y son formados como *mujtahid* (persona capacitada para interpretar la ley islámica a través *ijtihad*)²⁰.

Los chiítas afganos tienden a ser menos religiosos y socialmente más abiertos que sus correligionarios de Irán. Entre los chiítas afganos se consideró un triunfo histórico la aprobación en julio de 2009 de la Ley sobre el estatuto personal chiíta, que equiparó en derechos a los chiítas afganos con la mayoría sunita y proporcionó un marco jurídico a las particularidades del derecho de familia chiíta. Posteriormente, como muestra del creciente respeto a la minoría chiíta, en junio de 2012, Karzai denunció un libro publicado por la Academia de Ciencias de Afganistán que definía a los hazaras como anti-islámicos por practicar el credo chiíta. Sin embargo, este reconocimiento creciente de esta minoría ha despertado resentimiento entre algunos círculos suníes, principalmente pastunes. En noviembre de 2012, los estudiantes pastunes de cuatro universidades de Kabul atacaron a los estudiantes hazaras que intentaban conmemorar el día de duelo chiíta (*Ashura*), lo que provocó el cierre temporal de las universidades.

20. Una interesante descripción de la figura del *mulá* en las comunidades chiítas puede encontrarse en la novela de Kader Abdolah, *La Casa de la Mezquita*. Ediciones Salamandra. Barcelona 2008.

Panislamismo e islamismo político

La unidad de toda la comunidad de los creyentes (*umma*) es para muchos musulmanes un hecho espiritual eterno ajeno a las realidades políticas. Frente a esta idea de unidad espiritual, el panislamismo considera a la *Umma* como una realidad política. Esta corriente surge como respuesta a la expansión colonial en el mundo musulmán y fue articulada por las enseñanzas de Jamal al-Din al-Afgani (m. 1897), que pasó su vida viajando y propagando el panislamismo antimperialista por todo el mundo musulmán. El panislamismo de Al-Afgani representaba una ideología unificadora que movilizaba a los creyentes para frenar el proceso de fortalecimiento de Occidente y decadencia paralela del Islam. Purificación y retorno al imperio de la *Sharia* serían las vías para conseguirlo. Al-Afgani se opuso a la adopción de sistemas parlamentarios y códigos legislativos al estilo europeo ya que, según él, los países musulmanes no necesitan leyes occidentales para tratar los nuevos fenómenos. En la misma línea, abogó por la resistencia a la invasión extranjera y trató de armar a los musulmanes, en la idea de que su propia religión era suficiente para tratar cualquier nueva situación. Esencial en su pensamiento era el concepto de un califato universal y la aplicación de la *Sharia*. Por esta razón, el panislamismo se opone al nacionalismo, considerado como una fuente de división. El Panislamismo como expresión política es en muchos sentidos el precursor de los movimientos islamistas que aparecerán en el futuro.

A pesar de que al-Afgani pasó la mayor parte de sus primeros años en Afganistán, su doctrina no arraigó en su patria, donde su mensaje fue a menudo manipulado por los gobernantes, especialmente por Abdur Rahman, para apoyar sus iniciativas de política exterior amparándose en la solidaridad musulmana. Estas iniciativas podían incluir tanto campañas de conquista, como la de Nuristán, como ayuda militar a los musulmanes de otras naciones que participaban en conflictos contra no musulmanes. Las políticas panislámicas iniciadas por Abdur Rahman no prosiguieron con su hijo Habibulá, cuyo principal consejero, el reformista Mahmud Tarzi (m. 1933), se había familiarizado con las ideas panislámicas durante un breve período de exilio en Damasco, pero se sentía atraído hacia un panislamismo modernizador y contrario a la idea de califato islámico.

El islamismo es la consecuencia natural de la noción de panislamismo formulado por al-Afgani, una vez que se vio obligado a actuar en el seno de un sistema de estados-nación. Cuando al-Afgani viajó a Egipto en 1871, enseñó en la Universidad al-Azhar donde su discípulo más devoto, Muhammad Abdu, adaptó sus enseñanzas al contexto egipcio. Abdu coincidía en que la reforma del Islam era necesaria para resistir a Occidente y asaltar el Estado egipcio. Aunque se mantuvo fiel a la ideología panislamista de su mentor, Abdu habló cada vez más en términos de Egipto, abandonando toda referencia a un califato. Incluso defendió el concepto de *Watan* (nación), contrario al ideal islámico de la *Umma* (comunidad islámica). Abdu se refirió al movimiento que él y al-Afgani impulsaron como «salafista». Salaf literalmente significa «antepasados» y generalmente se refiere a la primera generación de los compañeros del Profeta. Los salafistas afirman que el Islam puro de los primeros días supone un mensaje racional, práctico y científico, y por lo tanto flexible y dinámico, perfectamente válido en cualquier momento histórico. De acuerdo con los salafistas, el Islam originario es inherentemente adaptable y se ha debilitado por la estructura rígida impuesta por las generaciones posteriores. Al abogar por un retorno al Corán y la *Sunna*, el salafismo es un movimiento reformista fundamentalista similar al wahabismo y al deobandismo. Sin embargo, pone más énfasis en la conciliación entre Islam y modernidad y presta más atención a la primera comunidad como objeto de emulación. A Al-Afgani y 'Abduh también se les conoce como los intelectuales *Nahda* (Renacimiento), ya que se consideran parte de un renacimiento árabe más grande que se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX (1.850-1914) y trató de asimilar los logros modernos occidentales.

A medida que la confrontación con Occidente se intensificaba, los herederos del movimiento salafista se preocuparon cada vez más por la forma de devolver la dignidad al Islam, cuestionada por la hegemonía europea. Con la expansión del colonialismo y la difusión de la cultura occidental en el ambiente tradicional del Islam, los pensadores musulmanes fueron conscientes de una gran cantidad de rupturas políticas, sociales, económicas y lingüísticas en el seno de sus sociedades. Esta crisis religiosa e intelectual generó la transformación del islamismo, que se transformó en un movimiento político moderno con un programa que propugnaba la transformación de

todas las relaciones de poder en la sociedad. El Islam debía ser el referente único en la regulación de todos los aspectos de la sociedad: religión, política, derecho, economía y cultura debían ajustarse a los mandamientos del Corán. Aunque envuelto en terminología religiosa, se trataba de un ideario netamente político.

EL RENACIMIENTO MUSULMÁN EN AFGANISTÁN

Afganistán, como el resto del mundo islámico, ha vivido en las últimas décadas un «renacimiento del Islam», lo que no significa que los musulmanes sean hoy más religiosos que antes; no hay evidencias de que se haya producido un incremento en la religiosidad de los individuos; tal renacimiento significa más bien una nueva incursión del Islam en el ámbito de la política y el gobierno, con una fuerza y una militancia que no había demostrado desde hace mucho tiempo. Aunque la interrelación entre religión y política la inauguró el propio Mahoma y ha sido una constante en el mundo musulmán, hoy asistimos a una revitalización sin precedentes de esa idea que es lo que suele denominarse islamismo. Tanto Egipto como lo que más tarde llegó a ser Paquistán, los dos países que más han influido en el Islam afgano, estuvieron expuestos intensamente a las influencias occidentales antes de la aparición del islamismo. Ambos países adoptaron modelos occidentales de desarrollo político, jurídico, social y económico y en ambos casos el islamismo fue una reacción a la crisis cultural provocada por la exposición a Occidente, a la vez que una respuesta a la crisis del nacionalismo, que fue la primera respuesta del mundo musulmán a la creciente injerencia occidental. Este movimiento se aglutinó alrededor de dos grupos, los Hermanos Musulmanes en Egipto y Jamaat-e-Islami en Paquistán, que intentaron hacer un frente común frente a los gobiernos de orientación occidental de sus respectivos países. Sin embargo, su incapacidad para constituir una coalición de amplia base hizo que ambos proyectos islamistas fracasaran, a diferencia de lo que ocurrió en su día en Irán, donde esa amplia coalición sí se produjo ²¹.

21. El éxito electoral de los Hermanos Musulmanes en Egipto en 2012 tiene mucho que ver con su capacidad de abrirse a la sociedad adoptando una apariencia menos radical y dogmática.

En Afganistán, el movimiento islamista surgió a finales de 1950 entre las élites cultivadas de la Universidad de Kabul y debido en gran parte a que muchos de los profesores que iniciaron el movimiento en Afganistán se educaron en Egipto, se inspiró en los Hermanos Musulmanes más que en los islamistas de Paquistán, cuya influencia siempre ha sido mucho menor. Un grupo de «profesores», dirigido por Rabbani fundó el movimiento *Jamiat-i-Islami* (que no debe confundirse con el de Paquistán *Jamaat-i-Islami*) que introdujo por primera vez el Islam político como una ideología moderna. Bajo el liderazgo del estudiante de ingeniería Gulbuddin Hekmatyar, los estudiantes más activos del movimiento islamista se agruparon en un movimiento llamado *Sazman-i-Jawanan* (Organización de la Juventud Musulmana), que lideró la oposición a las reformas introducidas por el rey Zahir Shah y su primer ministro Daoud y las críticas a la influencia extranjera en los asuntos de Afganistán. En la universidad, este grupo se opuso enérgicamente a los comunistas, que superaron en número a los islamistas hasta las elecciones de 1970 que dieron el triunfo a los islamistas. En 1975, los miembros de la Organización de la Juventud Musulmana intentaron organizar un levantamiento popular contra el régimen; mal coordinado, el movimiento fracasó, dando lugar a una fuerte represión gubernamental. Los elementos supervivientes del movimiento se exiliaron en Peshawar, de donde resurgirían años más tarde al calor de las revueltas contra los soviéticos. Diferencias sobre la estrategia a seguir derivaron en un enfrentamiento entre el *Jamiat-i-Islami* de los «profesores» y la más radical Juventud Musulmana.

Como ya se ha dicho, la confrontación con la expansión colonial de Occidente en el mundo musulmán es la causa última del surgimiento del islamismo. Afganistán nunca ha sido colonia o protectorado, ni ha estado expuesto a una intensa interacción con el mundo occidental como lo han estado Egipto o Paquistán. Hasta la invasión soviética en 1979, el Islam en Afganistán no se sintió amenazado desde el exterior, lo que diferenció claramente al movimiento islamista afgano respecto a los de otras partes del mundo musulmán. Es precisamente por ello que el movimiento islamista que surge en el ámbito donde la occidentalización era más generalizada y se hacía necesario de defender el Islam frente a influencias externas: la Universidad de Kabul. El tratarse de un

escenario aislado de la confrontación entre Oriente y Occidente explica también por qué el islamismo en Afganistán no se desarrolló como un movimiento de masas, tal y como acabaría ocurriendo en Egipto, por ejemplo.

En Afganistán, donde el desarrollo social y económico era considerablemente más lento que en los países vecinos y la polarización cultural, por lo tanto, menos pronunciada, el movimiento de renacimiento islámico sólo arraigó en una élite de jóvenes urbanos formados y muy politizados, no en las masas. Además, los afganos se veían a sí mismos como musulmanes ejemplares, no afectados por la corrupción de Occidente, por lo que la apelación a la re-islamización apenas tuvo eco entre ellos. Por último, en Afganistán no había habido una emigración masiva del campo a las ciudades que hubiera creado la masa de jóvenes pobres y desarraigados que fue la base del islamismo en otros países que sí sufrieron ese proceso. Por todo ello, en Afganistán el movimiento islamista fue incapaz inicialmente de movilizar un apoyo popular significativo. Esta realidad cambió en 1978, justo antes de la invasión soviética, cuando gran parte de la población sintió sus creencias más profundas amenazadas por las reformas iniciadas por el gobierno marxista. Por primera vez, las zonas rurales que contenían a la mayoría de la población afgana entraron en contacto con ideologías extranjeras. Pero lo que realmente convulsionó a la población fueron las altas dosis de propaganda marxista, combinadas con la actuación carente de tacto, confusa y arbitraria de los nuevos e inexpertos funcionarios desplazados desde Kabul para imponer dichos cambios a un medio rural que ni conocían ni comprendían. La confrontación directa con las sensibilidades rurales fue la causa de una primera revuelta en Nuristán, a la que siguieron otras en las zonas pastunes de Afganistán. A la larga, todo ello acabaría provocando la invasión soviética de diciembre de 1979, que significó el momento decisivo para los islamistas afganos. En el exilio en Paquistán desde 1975, organizaron grupos de *muyaidines* para canalizar la resistencia a la invasión y su llamada a la *yihad* desempeñó un papel clave a la hora de ganar el apoyo popular. En ausencia de esta confrontación, es poco probable que el movimiento islamista hubiera sido capaz de incrementar su influencia en la sociedad afgana.

La afgana es una sociedad altamente segmentada, dividida por líneas étnicas y tribales, pero al mismo tiempo, es una socie-

dad compuesta casi exclusivamente por musulmanes; cuando el Islam es amenazado, los afganos de todos los grupos étnicos reconocen la necesidad de unirse para defender la comunidad de los creyentes contra el infiel. Invocar la *Yihad* para hacer frente a la amenaza, implica conferir una mayor autoridad a las figuras religiosas a expensas del *kan*, el líder tradicional de las comunidades rurales y propietario de la tierra, cuya autoridad es secular. Supone contraponer la solidaridad musulmana con la solidaridad tribal, lo que explica la ausencia de *kane*s a la cabeza de los grupos *muyahidines*. Históricamente, una amenaza externa proporciona al elemento religioso supremacía sobre la solidaridad tribal, pero sólo de manera temporal; a la larga la sociedad tradicional y su liderazgo reaparecen en un proceso que se ha reiterado a lo largo del tiempo. Las estructuras sociales se subordinan a la religión por un tiempo, para reasumir su papel posteriormente. El problema al que estamos asistiendo en Afganistán y en el mundo musulmán en general, es que el sentimiento de amenaza se ha enquistado, forma parte de la realidad cotidiana de los musulmanes, lo que debilita a los poderes seculares tradicionales frente a los elementos religiosos. Embarcados en una *Yihad* permanente, los líderes religiosos se han perpetuado en la dirección efectiva del grupo, desplazando *sine die* a sus líderes naturales.

La naturaleza de la relación entre los islamistas y los *ulemas* en la *yihad* no consiste en la alianza automática que podría esperarse, dado que los *ulemas* también apoyan la aplicación de la *Sharia*, no compiten por el poder político y una alianza con ellos supondría para los islamistas un impulso en su camino hacia el poder. Esta fue la actitud adoptada por algunos islamistas, especialmente por el *Jamiat* de Rabbani. Sin embargo, la Juventud Musulmana de Hekmatyar no compartía este punto de vista. Para los islamistas más revolucionarios, los *ulemas* estaban demasiado cerca del poder establecido como para poder considerarles como sus aliados. Por otra parte, éstos tenían su propio punto de vista respecto a los islamistas y, aunque no faltaron casos de *ulemas* que se asociaron a la *Jamiat* y en menor medida a la Juventud Musulmana, la mayoría no se sintió atraída por el creciente radicalismo del movimiento islamista y se mantuvo a distancia. En cuanto a los sufíes afganos, aquéllos para quienes la influencia de la escuela Deobandista fue más fuerte, se mostraron más abiertos hacia el islamismo. Entre

ellos se contaba el *pir Naqshbandi* de la región de Kabul, donde muchos *Naqshbandis* eran miembros del movimiento islamista. Pero se trataba más de una excepción que de la regla. La actitud de los islamistas hacia los sufíes tampoco era homogénea, aunque en su mayor parte condenaron el sufismo como una mala interpretación del Islam.

Aunque las estructuras tradicionales de la sociedad afgana y las raíces preislámicas no han desaparecido completamente de Afganistán, la lucha contra los soviéticos cambió de manera sustancial la realidad social del país. La guerra llevó a muchos afganos a campamentos de refugiados, sobre todo en Paquistán, donde se produjo un proceso paralelo de desvinculación de sus raíces tradicionales y de islamización. El exilio coincidió con un momento en que, bajo el mandato de Zia ul-Haq, Paquistán se «reislamizaba» y en los campos de refugiados los islamistas, apoyados por Paquistán, capitalizaban tanto la resistencia frente a los soviéticos como la formación de las nuevas generaciones de afganos, cuya evolución política se ha visto radicalmente afectada por esta realidad. En general, la *Yihad* afgana ha implicado la destrucción de las viejas élites y el desarrollo de nuevas élites políticas basadas en un papel destacado de los jóvenes y de los ideólogos islamistas. La guerra, prolongada mucho después de la retirada soviética, mantuvo a las nuevas élites que se habían desarrollado como resultado de la *Yihad*. Los muchos afganos nacidos en Paquistán, que habían asistido a las madrazas Deobandi dirigidas por los islamistas, constituyeron su fuente principal de reclutamiento y la de los talibán.

Después de que los soviéticos se retiraran de Afganistán, los *muyahidines* intentaron formar un estado islámico liderado por Rabbani. Sin embargo, la intensa guerra civil que se desarrolló entre 1992 y 1995 entre las distintas facciones, echó por tierra la esperanza de que la derrota de los comunistas diera paso al nacimiento de tal estado. Pero, a pesar de este fracaso y del triste recuerdo del estado islámico establecido por los talibán, la idea de que la solución a los problemas de Afganistán pasa por el establecimiento de un estado islámico está en la mente de muchos afganos. No en balde, el nombre oficial del país es «República Islámica de Afganistán», guiño evidente a una corriente que se sabe muy fuerte y a la que conviene contentar.

Aunque los talibán formaron un movimiento con claras raíces religiosas empeñado en unificar y purificar Afganistán apelando a sus raíces islámicas, es importante señalar que los islamistas y los talibán difieren en aspectos importantes. Los islamistas trataron de imponer un cambio radical en la estructura social tradicional a través de la revolución desde arriba. Los talibán, por su parte, aparecen como un movimiento reformista puro, ajeno a islamistas, sufíes o tradicionalistas, cuyo objetivo era transformar el estado mediante una revolución popular, alejada de los poderes tradicionales. Muchos han señalado que el fondo Deobandi de los talibán les proporcionó la base de su ideología, que puede decirse que representa una forma extrema de deobandismo, a veces llamado neo-deobandismo. Sin embargo, los *mulás* que enseñaban en los campamentos paquistaníes estaban muy lejos de la agenda reformista original de deobandismo y su interpretación de la *Sharia*, que muchos caracterizan como muy estricta, estaba en realidad muy influida por el código tribal de los pastunes y en realidad estaba más próxima al wahabismo que al deobandismo.

Al igual que los deobandis, los talibán se opusieron a la estructura tribal y feudal y no permitieron que los jefes tradicionales ocuparan posiciones de liderazgo. Pero, fuera de disquisiciones más o menos teológicas, lo que más caracteriza a los talibán es indudablemente su intransigencia: hacia las mujeres, a las que niegan cualquier derecho frente a los islamistas que se manifiestan a favor de su derecho a la educación y a cierta participación en la vida social; hacia el sufismo y los chiítas; hacia cualquier forma de modernidad, incluso hacia aquéllas que los islamistas más radicales aceptan. La ideología talibán no tiene precedentes en la historia del Islam o de Afganistán y se puede decir que carece de sentido de lo histórico, mientras los islamistas se incluyen en una larga tradición histórica de debate y pensamiento académico que también se desarrolló en Afganistán.

Hoy en día, a pesar de lo violento de las experiencias de los gobiernos islámicos de Rabbani y los talibán, no se puede ignorar el hecho de que la sociedad afgana se ha vuelto más islamizada. Las estructuras tradicionales de poder se han visto gravemente dañadas por treinta años de guerra y las nuevas generaciones no guardan memoria de las antiguas estructuras sociales. En particular, la clase de los *kanes*, que representaba la autoridad pater-

nalista vinculada con el gobierno central, se ha debilitado hasta casi desaparecer. Por otra parte, la exposición intensa al Islam fundamentalista se ha traducido en una pérdida de influencia del sufismo, una fuerza tradicionalmente moderadora que hacía hincapié en la *Yihad* mayor, o esfuerzo espiritual, frente a la *Yihad* menor, la materializada a través de la lucha. La historia demuestra que los islamistas tienen éxito sólo cuando logra reunir una amplia base de apoyo popular. Hoy parecen ser los actores más poderosos en Afganistán, pero queda por ver si tendrán el poder suficiente para islamizar absolutamente las instituciones y la sociedad, o será posible mantener en el futuro un gobierno más o menos secular. Como la mayoría de los grupos revolucionarios, los islamistas obtienen su máximo apoyo cuando su ideología se expresa en términos morales, sin ofrecer una agenda política detallada; cuando han tenido que gestionar aplicando políticas concretas, el resultado ha sido catastrófico y les ha generado el rechazo popular. Hoy, los islamistas afganos están formando alianzas que sugieren que están interesados en mantener la más absoluta ambigüedad en cuanto a su programa político. Con esta ambigüedad pretenden ampliar su base social, pero queda por ver si estas apelaciones a la moral serán suficientes para ganar el apoyo tanto de la juventud como de la clase media urbanizada que está volviendo a surgir en Afganistán y que recuerda con horror el régimen talibán.

TERCERA PARTE
UN PAÍS EN LA ENCRUCIJADA

¿CONDENADO A LA POBREZA? LAS POSIBILIDADES ECONÓMICAS DE AFGANISTÁN

Desde hace siglos, posiblemente desde que los mogoles arrasaron la región y acabaron con sus centros urbanos y arrasaron sus mejores tierras agrícolas, Afganistán ha sido y sigue siendo un país deficitario, dependiente de ingresos externos para sobrevivir. Siglos atrás, estos ingresos provenían del intenso tráfico comercial que recorría la Ruta de la Seda y que dejaba pingües beneficios en forma de «peajes» o, directamente, a través del bandidaje. Una vez sustituida la Ruta de la Seda por las rutas marítimas, este déficit siguió cubriéndose mediante el recurso al bandolerismo en territorios vecinos o mediante la oferta de servicios militares, principalmente a los reyes persas que, durante mucho tiempo, utilizaron fuerzas afganas para apuntalar su poder. En los dos últimos siglos la fuente principal de ingresos ha provenido de los subsidios procedentes del exterior; en función de sus propios intereses geoestratégicos, Rusia, Gran Bretaña y EEUU han ido tomando el relevo o han competido como principales proveedores de subvenciones a gobiernos y tribus.

Hoy, Afganistán sigue siendo un país deficitario que sobrevive gracias a los fondos que recibe del exterior en forma de ayuda al desarrollo. Sean los que sean los indicadores empleados, Afganistán es uno de los países más pobres del mundo. En 2010 el PIB *per cápita* era según el Banco Mundial de aproximadamente 410 dólares, incluyendo los ingresos derivados del opio que representaban aproximadamente una tercera parte del total. La esperanza de vida es de sólo 43 años y los demás indicadores sociales

se encuentran también entre los peores del mundo, a lo que hay que añadir una enorme desigualdad en función del género. La agricultura y la ganadería, con sus actividades conexas, han sido tradicionalmente el pilar de la economía afgana, que está muy condicionada por la escasez de recursos y el deficiente aprovechamiento del agua, en un clima árido con una topografía muy montañosa. Afganistán era muy pobre incluso antes de los más de treinta años de conflicto que ha sufrido a partir de 1978, que han dejado al país y a varias generaciones de sus habitantes, al margen cualquier tipo de crecimiento económico o de desarrollo. Entre 1978 y 2001 el incremento en el ingreso *per cápita* fue prácticamente nulo y los indicadores sociales se estancaron.

La caída de los talibán supuso un cambio notable: el crecimiento del PIB desde 2001 ha sido del 245%; en 2010 fue del 22,5% y en 2011 del 8,2%, convirtiendo a Afganistán en uno de los países con mayor crecimiento del mundo. También se han hecho grandes avances desde entonces en la restauración y mejora de infraestructuras básicas como carreteras, redes de suministro eléctrico y sistemas de regadío y en el sector agrícola empieza a verse algo más allá de la agricultura de mera subsistencia que ha sido la tónica en las últimas décadas. Desde la caída del régimen talibán en 2001, las mejoras han sido evidentes en áreas más visibles para los afganos: 5,8 millones de niños escolarizados en comparación con sólo un millón en 2001; de ellos, 2,2 millones de niñas en comparación con sólo 5.000 bajo el régimen talibán. Aproximadamente el 57% de la población puede acceder ahora a un centro de salud en menos de una hora, en comparación con el 9% en 2002 y más de una de cada tres mujeres embarazadas (36%) recibe atención prenatal en comparación con el 16% de 2003.

Sin embargo, estos datos aparentemente positivos ocultan debilidades muy importantes de la economía afgana: es frecuente que las economías de países afectados por conflictos experimenten fuertes crecimientos, ya que parten de una base muy baja y se benefician de grandes dosis de ayuda internacional. Esto último es especialmente cierto en Afganistán, donde se estima que en 2010-2011 entre un 91 y un 97% del PIB procedía de la ayuda exterior, lo que hace a la economía muy vulnerable a las reducciones en el volumen de ayuda que se prevén para el futuro. Otra muestra

de la debilidad de la economía afgana es el balance exterior: Desde 2004 las exportaciones afganas se mantienen prácticamente estancadas mientras las importaciones se han incrementado en un 380%. Sólo muy recientemente, estos datos han comenzado a mejorar, por el todavía tímido incremento en las exportaciones de productos agrícolas, minerales e hidrocarburos. Otra debilidad clara la constituye la tasa de desempleo, que se mantiene en tasas que oscilan entre el 30 y el 40%. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) publicó en 2012 un informe titulado «*Afganistán: La hora de cambiar hacia trabajos sostenibles*» en el que señalaba que el mercado de trabajo en Afganistán es muy vulnerable a las futuras reducciones en la ayuda internacional dado, en parte, a que esta ayuda se ha encaminado principalmente a proporcionar oportunidades de trabajo a corto plazo, dando lugar a pocos puestos estables. El estudio sugiere además que el empleo se convertirá en un problema aún mayor, dado que las altas tasas de natalidad incrementan el mercado laboral en unas 400.000 personas por año.

El largo período de conflicto no sólo devastó la economía a través de la muerte o emigración de gran parte de la población activa y la destrucción de la infraestructura, las instituciones y los medios de subsistencia. Además, una guerra tan larga ha minado y hecho cada vez más ineficaz al estado, que perdió toda apariencia de monopolio sobre el uso de la fuerza y la administración de justicia. La construcción de un Estado eficaz y responsable, aparece como el núcleo esencial de los esfuerzos de reconstrucción de Afganistán. La situación a día de hoy, es que las drogas, la resistencia por parte de señores locales a someterse al gobierno formal y la escasa capacidad del estado, incluyendo las dificultades para obtener ingresos, crean un «círculo vicioso» que mantiene a Afganistán inseguro, fragmentado políticamente, débilmente regulado, pobre, dominado por la economía informal o ilegal y rehén de la industria de la droga. Este «equilibrio informal» es estable en el sentido de que en ausencia de acciones contundentes para desplazarlo, se perpetuará. A pesar de los importantes cambios acaecidos desde 2001, la economía ilícita y otros elementos del círculo vicioso siguen siendo tan importantes como siempre.

ECONOMÍA SOSTENIBLE

La economía de Afganistán sigue siendo hoy, quizá más que nunca, altamente dependiente de la ayuda exterior. Con un nivel de ayuda internacional superior al 90% de su producto interno bruto (PIB), una disminución de la asistencia extranjera en los próximos años podría socavar gravemente los avances económicos logrados en el transcurso de la última década. Para corregir esta situación, es cada vez más importante promover formas de crecimiento económico que sean autosuficientes y no dependientes de la ayuda exterior, así como incrementar la capacidad de la administración afgana de generar ingresos propios. A la hora de valorar la sostenibilidad de la economía afgana, hay que tener en cuenta dos aspectos: por una parte, el crecimiento macro-económico, medido por indicadores como el PIB y por otra las condiciones micro-económicas de los hogares afganos. El primer aspecto parece reflejar en los últimos años un crecimiento considerable, que se refleja en las cifras del PIB, mientras que en el segundo, en el que se toman en consideración variables como los índices de pobreza, la seguridad alimentaria, el empleo o la inflación, la situación es menos optimista. La comparación de ambos aspectos, la interrelación entre crecimiento, desigualdad y pobreza, viene a demostrar que desarrollo económico no implica necesariamente erradicación de la pobreza. Así, proyectos que tienen un impacto positivo importante sobre el PIB global, pueden tener un impacto relativamente pequeño sobre las comunidades rurales o sobre la población que vive en la pobreza. En esta línea, el Banco Mundial señalaba en el 2011 que la expansión de la minería en Afganistán es probable que suponga unos ingresos significativos para el gobierno afgano, pero sólo modestas ganancias en empleo. Según su análisis, existen varios factores que hacen que los datos económicos de Afganistán sean altamente inestables. Entre ellos destacan las fluctuaciones en los niveles de inversión de los donantes, los niveles muy variables de producción agrícola y el fuerte impacto de las importaciones de alimentos y combustible. Por ejemplo, desde 2002 el crecimiento del PIB ha sido siempre positivo, pero osciló entre un mínimo del 3,4% en 2008 y un máximo de 20,4% un año más tarde (ver tabla).

Indicadores Económicos de Afganistán 2003-2010

Year	GDP (USD Mil)	GDP Growth (%)	Per Capita GNI(USD) ¹	Development Assistance (USD Mil)	Poverty Rate (%)	Consumer Price Inflation (%)
2003	4,766.13	14.3	-	1,590.70	-	-
2004	5,704.20	9.4	200	2,303.10	-	-
2005	6,814.75	14.5	230	2,817.89	33	12.7
2006	7,721.93	11.2	270	2,955.78	-	7.3
2007	9,707.37	11.1	300	3,964.60	42	8.5
2008 ²	11,940.30	3.4	290	4,865.08	36	30.6
2009	14,213.67	20.4	370	6,235.28	-	-8.3
2010	17,243.11	8.2	410	-	-	0.9
Mean ³	8,491.20	11.56	295.71	3,533.20	37	8.62

Source: World Bank, World Development Indicators

El análisis de estas cifras demuestra que la producción agrícola, que está fuertemente influenciado por las precipitaciones y las plagas, juega un papel importante e impredecible en la economía afgana. Además, los cambios en la producción agrícola y el precio del trigo en los mercados locales tienen un impacto muy fuerte en el bienestar económico de los hogares. Por ejemplo, la sequía de abril-junio de 2011 incrementó el precio del trigo hasta en un 44%, lo que fue la causa principal de que los precios medios de los alimentos subieran a nivel nacional en un 12,7% en los doce meses siguientes. Se trata de un aumento económicamente significativo, especialmente para los hogares más pobres, dado que la familia afgana promedio invierte el 60% de sus ingresos en alimentos. La inflación es otro indicador que ha sufrido grandes oscilaciones en los últimos años. Según el Banco Mundial, en 2008 los precios subieron un 30,6% y un año más tarde un 8,3%. Estas cifras crean una sensación de inestabilidad económica y pueden crear dificultades muy serias a las economías tan vulnerables como la afgana: en 2008 el 36% de los afganos vivía con menos de 1,2555 afganis (25,93 dólares) al mes, cantidad considerada como el límite de la situación de pobreza. La inflación o las malas cosechas pueden aumentar dramáticamente el número de afganos oficialmente clasificados como pobres.

El estudio del Banco Mundial «Transición en Afganistán: Una mirada más allá de 2014», publicado en noviembre de 2011,

ofrece una perspectiva interesante sobre las perspectivas a corto y medio plazo para el crecimiento económico. El informe indica que, suponiendo una reducción de la ayuda, un crecimiento significativo en el sector minero y el mantenimiento de los niveles de seguridad, la economía afgana crecería a un ritmo del 5.6% después de 2014. Sin embargo, un crecimiento demográfico del 2,8% anual unido a la inflación pueden anular los efectos de este crecimiento. Si los ingresos mineros no se materializan, el Banco Mundial predice que el crecimiento del PIB sería del 3-4%. Si la situación de seguridad se deteriora o la ayuda se retira rápidamente, la economía crecería a un ritmo aún mucho menor, llegando a no compensar el crecimiento demográfico, con el consiguiente aumento de la pobreza. Como destaca el estudio, es necesario identificar las vías para promover el crecimiento económico una vez que la ayuda internacional desaparezca o se reduzca significativamente. Acuerdos de cooperación económica, el desarrollo de la llamada Ruta de la Seda, la explotación de los recursos minerales o la inversión en agricultura parecen las vías para lograr una economía autosuficiente.

ACUERDOS DE COOPERACIÓN ECONÓMICA

Afganistán tiene numerosos acuerdos sobre cooperación económica con los países vecinos de Asia Central, Asia Meridional y Oriente Medio, así como con los Estados Unidos y varios países europeos. Como miembro de la Organización de Cooperación Económica (ECO), forma parte de un sistema regional de comercio preferente. Afganistán es también miembro del Centro Regional de Cooperación Económica de Asia y el Caribe (CARREC), programa operado por el Banco Asiático de Desarrollo (BAD). Las periódicas Conferencias de Cooperación Económica Regional sobre Afganistán le permiten extender aun más sus lazos económicos.

Especialmente relevante resulta el Tratado de Libre Comercio firmado entre Afganistán y Paquistán (APTTA) en julio de 2010 en Islamabad, poco antes de la Conferencia Internacional de Kabul, que sustituye a un acuerdo previo establecido entre los dos países en 1965. El acuerdo establece un marco normativo según el cual las empresas afganas pueden exportar bienes a través de

Paquistán a la India, China y más allá empleando los aeropuertos y puertos paquistaníes. También permite a Afganistán importar bienes a través de Paquistán con menores retrasos y gastos. La aplicación plena y sin trabas del APTTA podría producir enormes oportunidades para la exportación de productos afganos: en 2011 el comercio entre Afganistán y Paquistán alcanzó los 2,5 mil millones de dólares. Sin embargo, en Afganistán se teme que estos acuerdos de cooperación podrían acabar beneficiando más a las exportaciones de la India hacia Afganistán que a la inversa ¹.

Afganistán y China firmaron en 2006 un Acuerdo sobre Comercio y Cooperación Económica para promover la cooperación comercial entre ambos países. Como resultado de este acuerdo y la posterior formación de la Comisión de Comercio Sino-afgana, los dos países acordaron eliminar los derechos de aduana en 278 artículos de uso común. Estos acuerdos pueden facilitar el acceso de Afganistán a los mercados chinos. Más recientemente, en octubre de 2011, Afganistán y la India firmaron el Pacto Indo-afgano de Seguridad y Comercio, un pacto relativo a la seguridad y cooperación económica que codifica formalmente la participación de la India en el sector de la seguridad de Afganistán al prometer apoyo indio para la formación de las fuerzas de seguridad afganas (ANSF) y establecer vínculos entre los asesores de seguridad nacional de los dos países. El acuerdo también incluye la promesa de 500.000 millones de dólares de ayuda y planes para la cooperación en torno a la minería y la explotación de hidrocarburos (petróleo y gas natural). El gobierno indio también se comprometió a apoyar una mayor integración de Afganistán en la economía del sur

1. Kan Alokzai, Segundo de la Cámara de Comercio de Afganistán declaraba a principios de 2012 que los comerciantes afganos sufren graves dificultades a la hora de exportar sus productos a la India a través de Paquistán, en los términos del Tratado de Libre Comercio de 2011 (APTTA), según el cual Paquistán debe permitir a los comerciantes afganos exportar sus mercancías hasta la frontera indo-Paquistaní. La realidad es que las autoridades paquistaníes no han logrado aplicar el acuerdo y Alokzai declaraba que el 55% de los productos con destino a la India tiene que ser vendido en Paquistán a bajo precio porque los funcionarios no permiten que proceda a la India. De acuerdo con la Cámara de Comercio, los problemas en la aplicación del APTTA habrían costado a los comerciantes afganos 5 mil millones de afganis (104 millones de dólares) en los 12 meses anteriores.

de Asia. Este acuerdo fue seguido poco después por el anuncio de que el gobierno afgano otorgaría los derechos de explotación de los yacimientos de hierro de Hajigak (Bamyan) a un consorcio de empresas de la India encabezado por una empresa estatal india (SAIL). Varias empresas de la India anunciaron posteriormente su intención de invertir más en la explotación de los recursos minerales afganos, especialmente oro y cobre.

Además de estos acuerdos, hay una serie de proyectos e intervenciones que también pueden contribuir a un crecimiento económico sostenible de Afganistán, particularmente la iniciativa de la denominada Nueva Ruta de la Seda. En septiembre de 2011, los representantes de los gobiernos de Afganistán, Alemania y los EEUU anunciaron el lanzamiento de la «Nueva Ruta de la Seda». Los tres gobiernos emitieron una declaración conjunta según la cual «es un compromiso compartido para promover la inversión del sector privado, aumentar el comercio regional y fomentar una red de vínculos en toda la región». El Departamento de Estado de EEUU aclaraba a continuación que la iniciativa incluiría una serie de proyectos entre los que se citaban: la construcción y la integración de las redes ferroviarias, la mejora de la infraestructura fronteriza y aduanera; la promoción de proyectos de energía transfronterizos como el oleoducto de gas natural Turkmenistán-Afganistán-Paquistán-India (TAPI) y la adopción de políticas y regulaciones que faciliten y estimulen el comercio transfronterizo. La Nueva Ruta de la Seda representa una gran promesa de cara al futuro económico de Afganistán, que volvería a convertirse en zona de tránsito para gran parte del comercio regional, pero no es una estrategia que vaya a producir resultados en el futuro inmediato.

El proyecto TAPI es una de las grandes esperanzas de Afganistán. Convertirse en el corredor por el que transite el gas procedente de Turkmenistán, proporcionaría a Afganistán una fuente de ingresos considerable en forma de derechos de paso, además de permitirle acceder a una fuente de energía barata y limpia. Aunque en los acuerdos suscritos Afganistán se haya «desenganchado» de la posibilidad de importar el gas, ante la imposibilidad de refinarlo, no descarta esta posibilidad para el futuro. Para el resto de socios, el TAPI también supone una buena oportunidad. A Turkmenistán le permite exportar su gas

a nuevos clientes, sin depender de Rusia. A Paquistán e India acceder a un suministro de energía relativamente barata, paliando en parte sus problemas energéticos. Pero el proyecto presenta problemas que afectan a su viabilidad, al menos a corto plazo. En primer lugar, el volumen de gas que se pretende transportar, requiere inversiones en los campos de gas, para hacerlos más eficientes; el problema es que Turkmenistán se niega a aceptar inversión extranjera para ello, haciéndolo muy difícil a corto plazo. La situación de seguridad en Afganistán, por donde discurren casi 800 Km de los 1.700 totales, es otro de los problemas que amenazan el proyecto: la ruta prevista para el gasoducto pasa a través de las provincias de Helmand y Kandahar, donde los talibán continúan siendo muy activos. Por último, el proyecto de gasoducto Irán-Paquistán a través de Baluchistán es otra amenaza clara al proyecto. Si Paquistán lograra solucionar sus problemas energéticos por esta vía, no sentiría la necesidad de apoyar el TAPI, que vería seriamente amenazado su futuro. El tramo iraní de este proyecto alternativo ya está finalizado, quedando pendiente el paquistaní. En Marzo de 2013 Paquistán se comprometía a iniciar los trabajos de inmediato, pero el hecho de que la línea discurra por Baluchistán, donde libra una larga guerra civil con los independentistas planea dudas sobre su viabilidad. Además, aunque el Banco Asiático de Desarrollo se ha comprometido a apoyar financieramente el oleoducto, serán necesarias fuertes inversiones de empresas privadas para un proyecto que se estimó inicialmente en 7,6 mil millones de dólares pero que a día de hoy se calcula en unos 12. Todas las dificultades expuestas ponen en duda un proyecto que, pese a todo, parece que llegará a ponerse en práctica, pero no se espera que sea efectivo antes del año 2018, en el mejor de los casos.

La integración en las redes de comercio regionales es una de las vías por las que Afganistán puede avanzar hacia la autosuficiencia económica. Si logra gestionar de modo inteligente la explotación de sus recursos minerales y su posición entre el subcontinente indio y las repúblicas centroasiáticas, habrá conseguido dar un paso de gigante de cara a su autosuficiencia económica. Los acuerdos comerciales citados anteriormente establecen unos buenos cimientos para ese desarrollo comercial. Pero para seguir desarrollando sus posibilidades es necesario generar confianza

en los inversores extranjeros y los países vecinos. Confianza que requiere unos mínimos de seguridad y gobernanza sin los cuales no se puede esperar un desarrollo económico sostenido.

LA RIQUEZA MINERAL DE AFGANISTÁN

Que el subsuelo afgano es rico en minerales de diferentes tipos no es una novedad. El primer auge de la minería en Afganistán se produjo hace más de 2000 años en la época de Alejandro Magno, cuando se extraía de forma rutinaria oro, plata y piedras preciosas. La minería histórica se concentraba principalmente en la extracción de piedras semipreciosas; algunas de las minas de este tipo más antiguas del mundo se encuentran en suelo afgano. El lapislázuli, que se extraía en la provincia de Badakhshan ya en el 3er milenio AC, era la piedra favorita para amuletos y adornos en el antiguo Egipto; Cleopatra utilizaba polvos de lapislázuli como sombra de ojos. También fue utilizado en la antigua Mesopotamia por sumerios, acadios, asirios y babilonios. La mina de cobre Aynak por su parte, tiene más de 2000 años de historia y el oro de Zarkashan, en la provincia de Gazni, se extraía ya hace más de 2000 años. Las minas de rubíes de Afganistán son mencionadas a partir del siglo X en numerosos escritos de los primeros viajeros árabes. Más recientemente, prospecciones realizadas por británicos y rusos demostraron hace más de un siglo la magnitud de su riqueza mineral. Ya en la década de 1930 una empresa estadounidense ofreció hacerse cargo de una concesión para explotar en exclusiva la riqueza minera de todo el país. El gobierno afgano no aceptó la oferta. A pesar de que este potencial minero era conocido, sólo a partir de 2010, cuando el Pentágono encargó un informe del Servicio Geológico de EEUU, se ha manifestado un interés internacional por explotar las riquezas minerales que encierra el país. A día de hoy, se estima que el subsuelo afgano esconde depósitos minerales por un valor de entre uno y tres billones de dólares, además de hidrocarburos y carbón. Aunque hasta ahora esta riqueza sólo ha aportado un 1% al PIB afgano, se tiene la esperanza de que, con la necesaria inversión, podría convertirse en la más importante fuente de ingresos del país.

Uno de los problemas a los que se enfrentaba el relanzamiento de esta fuente de riqueza era la ausencia de un marco legal que facilitara la necesaria inversión extranjera. Para solventar este problema en 2006 fue aprobada una nueva Ley de Minas (modificada en 2009), que proporciona el marco formal necesario para la exploración y la extracción de minerales y regula el proceso de solicitud de derechos mineros. Según esta normativa, todos los minerales que se encuentran sobre o debajo de la superficie, son de propiedad exclusiva del Estado, a excepción de los hidrocarburos y el agua, que están reguladas por leyes independientes. El papel principal del Gobierno con respecto a los minerales, es el de promover un desarrollo eficiente de la industria minera por el sector privado. La ley se preocupa de dar garantías jurídicas a los potenciales inversores especificando que el Gobierno no puede expropiar los derechos mineros sin una compensación adecuada, de conformidad con las normas internacionales y regulando las tasas de las concesiones mineras que van desde un 5% de los ingresos brutos en los minerales industriales, hasta un 10% para las piedras preciosas. Otros cambios introducidos por la normativa de 2009 incluyen la legalización del comercio de piedras preciosas, el control gubernamental de su industria y el fomento de la inversión en minería. Pero el hecho de que esta normativa separe los derechos de exploración de los de explotación, supone un freno importante a la inversión extranjera que debería solucionarse para fomentar la inversión exterior en la prospección y explotación de nuevos yacimientos. La nueva ley de minas, en trámite de aprobación a mediados de 2013, trata de despejar este problema, ligando los derechos de exploración y de explotación, lo que debería facilitar las inversiones en el futuro.

El mayor problema al que se enfrenta la explotación de los recursos mineros afganos es la falta de seguridad, un problema que puede verse agravado cuando en 2015 los afganos asuman la plena responsabilidad en este campo. Otro problema que se suma al anterior es el de la ausencia de las infraestructuras de transporte necesarias para exportar los minerales, lo que obligará a quien quiera invertir en estos recursos, a asumir unos costes previos muy elevados para desarrollar esas infraestructuras y a aplazar el momento en el que la inversión será rentable.

En 2010, funcionarios del Pentágono y geólogos estadounidenses descubrieron alrededor de 1 billón de dólares en depósitos minerales sin explotar, cantidad suficiente para alterar radicalmente la economía afgana. Según otros informes, las riquezas minerales totales de Afganistán podrían triplicar lo calculado por los estadounidenses. Según estos informes, «los depósitos previamente desconocidos incluyen grandes vetas de hierro, cobre, cobalto, oro y metales industriales críticos como el litio; son tan grandes e incluyen minerales tan esenciales para la industria moderna, que Afganistán podría llegar a convertirse en uno de los más importantes centros mineros del mundo». La provincia de Gazni puede tener las mayores reservas mundiales de litio, un mineral considerado estratégico por su amplio empleo en la industria de la electrónica. El presidente Hamid Karzai comentó al respecto: «Mientras que Arabia Saudita es la capital mundial del petróleo, Afganistán será la capital del litio». Esta riqueza supone una oportunidad para que el gobierno afgano pueda «redondear» sus ingresos, así como un incentivo para desarrollar infraestructura de transporte y energía muy necesarias para el conjunto del país. A corto plazo, el cobre de Aynak (Logar, al sur de Kabul) y el hierro de Hajigak (Bamyán) suponen las explotaciones más prometedoras².

Explotaciones mineras

Aunque en 2006 no había minas de cobre activas en el país, en el pasado se había extraído en las provincias de Herat y de Farah en el oeste, la provincia de Kapisa en el este y las provincias de Kandahar y Zabul en el sur. A partir de este año, el interés se centró en los yacimientos de Aynak y de Darband, así como en las perspectivas del de Jawkhar en el sureste de Afganistán. En el marco de la nueva Ley de Minas, en el año 2006 se procedió a licitar la explotación de la mina de Aynak, en la provincia de Logar. Se cree que el yacimiento contiene las segundas mayores reservas de mineral de cobre del mundo, con un valor de hasta

2. Aparte de estos dos yacimientos, a principios de 2013 se habían iniciado negociaciones para contratar la explotación de los depósitos de cobre de Balkhab (Sar-i-Pul) y Shaida (Herat); oro de Badakhsan y oro y cobre de Zarkhasan (Gazni).

88 mil millones de dólares³. Nueve empresas mineras de Australia, China, India y Estados Unidos se interesaron por la oferta. Finalmente, la china *Metallurgical Group* ganó la licitación, en un proceso que ha sido criticado por su rival canadiense y empresas de Estados Unidos por considerarlo corrupto y por cuestionarse el compromiso de la compañía china con el proyecto. Las acusaciones acabaron por provocar la renuncia del Ministro de Minas, que fue acusado de aceptar un soborno de 30 millones de dólares, pero la concesión no se rescindió. El contrato implica una concesión de 30 años por 3.000 millones de dólares en lo que es la mayor inversión de una empresa privada extranjera en la historia de Afganistán. El contrato firmado en 2008 suponía que en 2013 comenzaría la extracción del mineral. El acuerdo firmado obligaba a la empresa a desminar la zona y acometer una serie de inversiones en infraestructuras necesarias para poner en marcha la explotación. Además de carreteras, se comprometía a construir una línea férrea que permitiera la exportación del mineral. Problemas de seguridad y retrasos en la transferencia de derechos de propiedad sobre el suelo, unidos a la necesidad de excavar los yacimientos arqueológicos antes de iniciar los trabajos, han ido retrasando el proyecto: a principio de 2013 el problema de los yacimientos arqueológicos se había resuelto, pero aun no se había comenzado a trabajar en las infraestructuras prometidas, de forma que las previsiones más optimistas retrasan al 2018 el inicio de la extracción de mineral. Sin embargo, las inversiones previas son de tal magnitud y las incertidumbres sobre el futuro de Afganistán tantas, que muchos dudan que el proyecto llegue a llevarse a la práctica. La hipótesis más plausible es que la empresa no acometerá grandes inversiones hasta ver cómo se desarrollan los acontecimientos tras la retirada de ISAF a finales de 2014.

La siguiente licitación importante, para el depósito de mineral de hierro en Hajigak en Bamiyán, se inició en 2010 y se completó a finales de 2011. El depósito se extiende a lo largo de más de 32 km y contiene 16 zonas distintas de hasta 5 km de longitud, de las

3. El descenso sostenido en el precio del cobre en el mercado internacional, donde su valor es un 26% menor en 2012 respecto al valor máximo de 2011 introduce serias dudas sobre estas valoraciones.

cuales sólo siete han sido estudiados en detalle. En los 70 se expropiaron algunas tierras con la idea de comenzar la explotación, pero el depósito ha permanecido sin explotarse hasta el momento. La presencia de carbón de coque en las inmediaciones⁴ y los grandes recursos de mineral de hierro hacen viable la explotación que permitiría el desarrollo futuro de una industria siderúrgica en Afganistán y podría suponer una fuente de riqueza para una zona particularmente pobre. Tres de los cuatro lotes en que se dividió el yacimiento fueron adjudicados a la empresa estatal india *Steel Authority India Ltd.*, mientras que el cuarto fue adjudicado a una empresa canadiense. Se calcula que el yacimiento contiene 1.800 millones de toneladas de mineral de hierro con una concentración del 62%. Además, las características del yacimiento permiten su explotación a cielo abierto, lo que lo hace mucho más rentable. Por el contrario, el hecho de que la mina se encuentre a 3.800 m de altitud, en una zona muy inaccesible, supone un coste añadido. El proyecto aprobado incluye la construcción de una línea férrea hasta el puerto iraní de Chabahar y una planta para el tratamiento del mineral de hierro; indirectamente, supone comenzar a explotar los yacimientos de carbón existentes en la zona, que alimentarán a la central térmica proyectada. En este caso no se prevén retrasos tan significativos como en Aynak; previsiblemente, en 2017 la explotación empezará a funcionar y proporcionará a las autoridades afganas unos ingresos de 200 millones de dólares anuales.

Por las mismas fechas se concedieron los derechos de perforación de petróleo en el norte de Afganistán a una empresa estatal china. Según datos del Ministerio de Minas, tras explorarse en colaboración con el Servicio Geológico de EE.UU un 30% del país, se han encontrado otros yacimientos con depósitos estimados de alrededor de 250 millones de dólares en otras seis provincias, además de oro por valor de 30.000 millones de dólares en Gazni, litio por valor de 20.000 millones en las provincias de Farah y Nimroz

4. Para que sea comercializable, el mineral de hierro debe tratarse en las inmediaciones de la mina, transportándose el hierro ya fundido. De otra forma, los costes de transporte serían prohibitivos. Esto quiere decir que es necesario contar con una planta de tratamiento en las inmediaciones y carbón en abundancia para hacerla funcionar.

y berilio en Helmand. Según los datos recogidos, en el distrito de Balkhab, Sar-i-Pul, además de los importantes yacimientos de cobre mencionados, podría haber también reservas de oro. Para acabar con esta enumeración, en mayo de 2012 el Ministro del Carbón Indio firmó un acuerdo para iniciar prospecciones en busca de yacimientos en Afganistán.

Afganistán tiene una gran tradición en la extracción de piedras preciosas y semipreciosas, cuyos depósitos se han explotado desde épocas inmemoriales. Los depósitos más importantes incluyen aguamarina, esmeralda, fluorita, granate, kunzita, rubí, zafiro, lapislázuli, topacio, turmalina y variedades de cuarzo. La producción se concentra en Kabul, Badakhshan, Nuristán y Panjshir y emplea sistemas artesanales muy primitivos tanto en la extracción como en la comercialización. De hecho, durante los años de guerra, muchas piedras preciosas se exportaron ilícitamente, en su mayoría a la India, que era el líder mundial en el mercado de importación de piedras preciosas y la salida de las gemas de mayor calidad, y al mercado interno de Paquistán⁵.

Parece que el país es rico también en oro. A partir de 2006 se comenzó a extraer de la mina Samti, en la provincia de Taqar en el norte, por grupos de mineros que empleaban métodos artesanales ante la falta de capital e infraestructuras para emplear métodos más eficientes. También se han encontrado depósitos de oro en la provincia de Badakhshan y se cree que las regiones del sur de Afganistán contienen grandes depósitos.

5. Los rubíes se extraen ilegalmente por delincuentes comunes, insurgentes y funcionarios corruptos. Las minas de Jegdalek, en el distrito de Surobi de la provincia de Kabul son conocidas para la producción de rubíes de alta calidad, de un color rojo particularmente profundo. Estas minas, al igual que otras de piedras preciosas y semipreciosas en Afganistán, no están de hecho bajo el control del gobierno. Los locales, a menudo a instancias de los talibán, las extraen utilizando medios artesanales de excavación y voladura. Procedimiento que además de ser poco seguro, daña los rubíes. Una vez extraídos, los grupos insurgentes o criminales —a menudo son la misma cosa— dan a los mineros el 25% del valor de los rubíes y se quedan con el resto, empleando a menudo el dinero para comprar armas. Existe el temor de que Afganistán pudiera caer en la denominada «maldición de los recursos», por la que los recursos naturales alimentan la violencia y la inestabilidad política en lugar de facilitar el desarrollo social y económico.

Afganistán cuenta también con una considerable cantidad de mármol en diferentes partes del país. En la ciudad de Herat, ha comenzado a funcionar en los últimos años una fábrica de mármol. En 2012 el valor de las exportaciones de mármol afgano se estimaba en 15 millones de dólares anuales. Con la mejora en la extracción y el procesamiento y una mayor inversión, particularmente en infraestructura, se calcula que esta industria podría generar un negocio de 450 millones de dólares anuales.

Cada uno de estos depósitos minerales tiene el potencial de generar importantes ingresos para el gobierno afgano. Por ejemplo, la MCC está obligada a proporcionar 808 millones de dólares al gobierno afgano antes de que la extracción comience en Aynak. Para evitar ser demasiado optimistas, muchos expertos han expresado su preocupación por el resultado final de estas operaciones mineras, en particular las otorgadas a los chinos. Un informe del Servicio de Investigación del Congreso de EEUU sugiere que la oferta china podría ser, más que generosa, poco realista hasta el punto de no ser comercialmente rentable. El ferrocarril transnacional propuesto por China para poder exportar el cobre de Haynak costaría aproximadamente 6.000 millones de dólares, según cifras citadas por el Asia Times. Además, el 20% del beneficio ofrecido al gobierno afgano en el caso del cobre y el 70 en el del petróleo superan con mucho la media en proyectos similares en el sector privado. Conviene recordar que en otros países en desarrollo China ha realizado ofertas excepcionalmente altas en proyectos similares para, una vez puestos en marcha los proyectos, renegociar los términos con los gobiernos nacionales. Además, es evidente que harán falta varios años para que proyectos como el de Aynak comiencen a producir ingresos a las arcas afganas⁶ y sólo si la situación de seguridad lo permite y se mejoran las infraestructuras. Lo mismo puede decirse sobre el depósito de Hajigak donde el consorcio de empresas indias no tiene previsto comenzar la extracción antes de 2016.

6. En general, los proyectos mineros requieren entre siete y veinte años para comenzar a ser rentables. En este caso, hay que añadir a ello la necesidad de construir infraestructuras como el ferrocarril trans-afgano.

PETRÓLEO Y GAS NATURAL

Entre los años 1960 y mediados de 1980, los soviéticos habían identificado más de 15 campos de petróleo y gas en el norte de Afganistán, pero sólo explotaron tres campos de gas en los alrededores de Sheberghan. A finales de 1960, se puso en explotación uno de los campos de petróleo, pero la producción de petróleo fue intermitente, con salidas de unos 500 barriles diarios. Los volúmenes estimados según un estudio realizado conjuntamente por el Ministerio de Minas y el Servicio Geológico de los EEUU son de 1.600 millones de barriles (Mbbl) de petróleo crudo, 444 millones de metros cúbicos de gas natural y 562 Mbbl de gas natural líquido. Se trata de unas cantidades considerables si consideramos que Afganistán consume unos 5.000 barriles/día. Las reservas de hidrocarburos localizadas se encuentran en dos áreas: la cuenca del Amu Darya y la cuenca afgano-tayica ambas en el norte del país. No se descarta la existencia de reservas en la provincia de Logar.

En diciembre de 2011, Afganistán firmó un contrato de exploración de petróleo con la *China National Petroleum Corporation* (CNPC) para el desarrollo de tres yacimientos de petróleo a lo largo del río Amu Darya. Según el acuerdo firmado, Afganistán tendría sus primeras refinerías de petróleo en los tres años siguientes, después de lo cual recibirá el 70% de las ganancias de la venta del petróleo y el gas natural. En mayo de 2012 el Ministerio de Minas anunciaba oficialmente que en el plazo de cinco meses se iniciaría la extracción de petróleo en los yacimientos de la cuenca del Amu Darya. A principios de 2013 comenzó la extracción de petróleo, con una producción inicial de 5.000 barriles diarios; se calcula que cuando los pozos estén a pleno rendimiento, podría llegarse a los 45.000. De momento, el petróleo se exporta para su refinado, pero en el futuro se refinará en Afganistán, en plantas que ya se encuentran en fase de construcción⁷. En lo referente a la cuenca afgano-tayika, a finales de 2012 el ministro de minas anunciaba que había

7. El petróleo afgano contiene una concentración muy alta de sulfuros, lo que le hace muy corrosivo y complica su transporte sea por oleoductos o por barco. Para solucionar el problema, sería necesario refinarlo en el propio país antes de exportarlo.

iniciado negociaciones con un consorcio turco-kuwaití interesado en la explotación del depósito. El Banco Mundial calcula que para 2015 la producción podría alcanzar los 15.000-30.000 barriles diarios, lo que supondría para el estado afgano unos ingresos anuales cercanos a los 200 millones de dólares.

AGRICULTURA

La Conferencia de Bonn sobre Afganistán de 2011 publicó una serie de recomendaciones encaminadas a propiciar un crecimiento sostenible de la economía afgana. Estas recomendaciones incluían una llamada a un enfoque renovado de la agricultura. En concreto, el documento afirma que «A largo plazo el crecimiento económico de Afganistán dependerá sobre todo del desarrollo de sus sectores productivos, especialmente la agricultura y la minería». Podríamos decir que la minería supone una esperanza de futuro, mientras la agricultura, convenientemente mejorada, representa la mejor oportunidad económica a corto plazo para mejorar la situación económica de Afganistán. De acuerdo con ello, establece un compromiso de la comunidad internacional para apoyar el desarrollo de una agricultura de exportación, crucial para lograr la seguridad alimentaria, la reducción de la pobreza, la creación de empleo y la ampliación de la capacidad de generación de ingresos por parte del Gobierno. En este sentido, los datos sobre el incremento en las exportaciones de productos como uvas, melones o frutos secos, suponen un dato esperanzador en la medida que suponen la reaparición de Afganistán en el mercado internacional, del que había desaparecido virtualmente hace ya años.

El desarrollo de una agricultura competitiva impone centrar el esfuerzo no sólo en la mejora de la producción, como había venido haciéndose hasta hace bien poco. No basta con proyectos dirigidos a mejorar la producción aumentando los regadíos y distribuyendo semillas y aperos, el esfuerzo debe dirigirse a toda la cadena de valor de los productos ya que la producción por sí sola, si no va acompañada de una posibilidad real de comercialización, no es garantía de riqueza. Sin olvidar que en un país de las características de Afganistán, la agricultura no sólo es valiosa para promover el crecimiento económico, sino también para ali-

viar la pobreza y promover la seguridad alimentaria. Vale la pena recordar que a mediados de los 70, Afganistán era prácticamente autosuficiente en cuanto al suministro de alimentos; por aquel entonces la superficie cultivada se acercaba a los 3,3 millones de hectáreas y los productos procedentes de tierras de regadío suponían un 85% de la producción agrícola. En 2011, la superficie cultivada rondaba los 2 millones de hectáreas y el porcentaje de productos procedentes de regadío, aunque difícil de calcular, era con toda seguridad sensiblemente inferior al anterior. En el caso de la ganadería, los datos son análogos: Conscientes de ello tanto las autoridades afganas como los actores internacionales, los esfuerzos en este campo se han ampliado, incluyendo proyectos a largo plazo de desarrollo de los sistemas de transporte y comercialización, incluyendo los acuerdos ya expuestos para facilitar las exportaciones. Se quieren evitar situaciones como la de 2013, año en el que se esperaba una cosecha que permitiría a Afganistán ser autosuficiente en trigo,... pero la práctica totalidad de la cosecha, como todos los años, tendría que exportarse a Paquistán, para importarla en forma de harina, dada la falta de molinos en el país.

En los últimos años, el Gobierno de Afganistán, con el apoyo fundamentalmente de los EEUU, ha puesto en marcha varios programas dedicados a mejorar la calidad y la productividad, así como a potenciar cultivos más rentables que los tradicionales. Gran parte de estos proyectos se han basado en ligar la concesión de créditos blandos⁸ a la introducción de cambios en los sistemas de producción y de distribución que hagan más rentables las explotaciones agrarias. En general, allí donde se han aplicado estos programas, las mejoras han sido notables tanto en la productividad como en la comercialización. Es de destacar la inestimable aportación de los Equipos de Desarrollo Agrícola que los EEUU han desplegado por todo el país. Integrados por expertos en

8. La poca fiabilidad de los rendimientos del capital invertido en la agricultura tradicional, hacía que los créditos a los agricultores sufrieran intereses desmesurados, que rondaban normalmente entre el 15 y el 40%. Un ciclo de malas cosechas asociado a este tipo de endeudamiento llevaba a los pequeños propietarios a la ruina con facilidad.

técnicas agrícolas y comercialización, su labor ha consistido en formar y asesorar a los agricultores para mejorar tanto la producción como la comercialización de sus productos.

A la hora de tratar de impulsar una revitalización de la agricultura como fuente de riqueza y empleo, ha faltado en muchas ocasiones una visión de conjunto, lo que ha hecho que en ocasiones se haya invertido en proyectos insostenibles o poco productivos. De nada sirve invertir en semillas y sistemas de regadío para mejorar las cosechas, si luego no hay posibilidad de almacenar los productos o de distribuirlos adecuadamente; numerosos errores cometidos en este campo han hecho que hoy se haga hincapié en la cadena de valor⁹. Cualquier proyecto encaminado a potenciar la producción agrícola debe analizar la cadena de valor del producto, de forma que se garantice su rentabilidad. Este análisis permite invertir en los puntos débiles del sistema, logrando así mejoras efectivas y sostenibles en el sector.

El sector agrícola, tan importante para la economía afgana, presenta debilidades importantes. Una de ellas es la falta de capacidad del Gobierno afgano, particularmente del Ministerio de Agricultura; falta de infraestructuras adecuadas; falta de conocimientos actualizados en materias como fertilizantes y semillas; escasa eficiencia en el tratamiento de las cosechas, con un alto porcentaje de pérdidas derivadas de los deficientes sistemas de recolección, almacenamiento y transporte; excesiva fragmentación de la producción, que dificulta una distribución eficiente y el empleo de sistemas que mejoren la productividad; escasa inversión por parte del sector privado, debido a los omnipresentes problemas de seguridad y corrupción; transportes caros y poco

9. La cadena de valor de un producto agrícola incluye todas las operaciones que permiten unir al agricultor con el consumidor final: transportistas, empaquetadores, distribuidores,... Cada elemento de esta cadena añade algún valor al producto y pretende obtener un beneficio basado en la diferencia entre el precio que paga para adquirir el producto y el precio mayor que obtiene, al haber incorporado algún valor al mismo. La eficiencia de la cadena de valor depende de la de cada uno de sus eslabones: una gran producción agrícola de productos de los que existe una gran demanda no representa ningún valor si se carece de los medios para hacerla llegar a los consumidores.

seguros; estándares de calidad insuficientes para competir en los mercados internacionales; corrupción en los pasos de fronteras.

Para mejorar la eficiencia en el sector de la agricultura se deben introducir mejoras en todas sus fases. Sigue siendo necesario apoyar la producción, proporcionando semillas y fertilizantes y mejorando los sistemas de riego. Pero hay que ir, y se está yendo, más allá con acciones como, por ejemplo, la reconversión de las asociaciones de productores en centros locales de procesamiento, proporcionando así a los productores una vía para incrementar sus beneficios; la mejora de la red de carreteras, para facilitar un acceso rápido de los productos a los mercados; invertir en adecuados sistemas de almacenamiento, para evitar las pérdidas que habitualmente se producen por falta de lugares para mantener refrigeradas las cosechas. Para que estos sistemas sean efectivos, es necesario que la red de distribución de energía garantice un suministro fiable, algo en lo que también se está trabajando como queda de manifiesto en lo expuesto sobre el desarrollo del sector de la energía. También son necesarias mejoras en los sistemas de empaquetado y un control estricto en los pasos fronterizos para evitar «peajes» indebidos. En cada caso, un análisis minucioso de la cadena en su conjunto permitirá descubrir donde es más rentable invertir para conseguir mejoras en la eficiencia del conjunto.

Gracias en parte a estas acciones, en los últimos años la producción agrícola ha ido creciendo a un ritmo superior al 10%, algo fundamental para garantizar la seguridad alimentaria. Más recientemente, los esfuerzos en la potenciación de la cadena de valor de los productos agrícolas ha comenzado a dar sus frutos: cada vez más agricultores son capaces de vender sus excedentes, e incluso de exportarlos: más de un 30% de la producción agrícola se dedicaba a la exportación en 2012. Un buen ejemplo de estos podemos encontrarlo en Wardak, una de las provincias más pobres del país. En los últimos años, con la ayuda del PRT turco que operaba en la zona, se implantó con éxito el cultivo de manzanas, lográndose una producción considerable. El problema es que, a falta de instalaciones adecuadas para conservar las manzanas, estas debían venderse a comerciantes paquistaníes a bajo precio; llegaba a darse el caso de tener que importar parte de esas mismas manzanas en invierno, pagando por ellas diez veces el precio recibido anteriormente. De nuevo no la ayuda turca, se

acabó por construir una gran nave refrigerada, que ha permitido que el beneficio de la producción de manzanas quede en la zona en vez de en los bolsillos de los intermediarios paquistaníes. El proyecto ha ido acompañado de la construcción de un mercado de frutas y verduras al por mayor, lo que ha permitido a los agricultores vender a mejor precio sus productos, al no depender de los intermediarios procedentes de la cercana Kabul, que eran sus compradores habituales. Proyectos similares se están realizando por todo el país, permitiendo a miles de familias pasar de la agricultura de mera subsistencia, a la comercialización de sus productos, con la consiguiente generación de excedentes.

INDUSTRIA Y ENERGIA

La industria en Afganistán es un sector embrionario que se enfrenta a retos muy difíciles, como queda reflejado en el caso de la fabricación de alfombras, una industria tradicional cuya evolución reciente demuestra perfectamente los problemas a los que se enfrenta este sector de la economía afgana. La producción de alfombras es una de las pocas actividades económicas tradicionales en Afganistán que ha permitido exportar productos manufacturados. Tras una época en la que las exportaciones prácticamente desaparecieron, durante los últimos años habíamos asistido a una recuperación de este mercado que parece que últimamente se ve amenazada. Los datos demuestran que las exportaciones de alfombras de Afganistán están disminuyendo rápidamente debido en parte a la competencia de las alfombras fabricadas con medios mecánicos en Irán. Las alfombras iraníes son más baratas que las artesanales producidas en Afganistán por lo que los afganos importan cada vez más alfombras persas. Además de la competencia de Irán, la industria de alfombras se enfrenta también a problemas a la hora de exportar sus alfombras, cosa que en cualquier caso debe hacer a través de terceros países. Cada vez más alfombras afganas son vendidas a un precio reducido a empresas Paquistaníes para que se realicen en este país las labores de corte y limpieza previos a la venta. Finalmente, las alfombras son exportadas como alfombras Paquistaníes. Para hacer frente a este problema, las empresas afganas del sector están solicitando del gobierno afgano ayudas para la exportación. Para detener el

flujo de alfombras iraníes, el sector de los fabricantes ha solicitado la imposición de tasas aduaneras, opción que no parece que sea del agrado de Kabul, que teme iniciar una guerra arancelaria con Irán.

La actividad empresarial tiende a concentrarse en los grandes centros de población, siendo muy limitada la actividad de este tipo en las zonas rurales. A mediados de 2013 operaban en Afganistán unas 30.000 empresas, un 15% de ellas extranjeras, principalmente de India, China, Irán y Turquía. Prácticamente la mitad de ellas pertenecía al sector servicios, un 37% al de manufacturas, un 14% a la construcción y un pobre 2% al agrícola, lo que da idea del escaso desarrollo de un sector tan crítico para el futuro de Afganistán. El desarrollo del sector privado, que supone actualmente un 10% del PIB, es fundamental para la sostenibilidad a largo plazo del país. Según la Cámara de Comercio e Industria de Afganistán ¹⁰, los empresarios que operan en el país se muestran optimistas sobre el futuro de este sector. Según ellos, las mayores amenazas para su futuro derivan de la falta de seguridad, el mal gobierno y la corrupción; pero sobre todo de la falta de infraestructuras adecuadas, sobre todo en lo referente a electricidad ¹¹. Organizaciones como la Cámara de Comercio e Industria y la Agencia para el Apoyo a la Inversión están jugando un papel fundamental en el desarrollo del sector privado, pero el crecimiento es débil y las amenazas enunciadas por los propios empresarios suponen un peligro real de cara al futuro.

Una de las aéreas que ha experimentado un mayor desarrollo económico desde la caída de los talibán, es la zona de Herat. Se trata de una zona relativamente segura, tradicionalmente desarro-

10. Creada en 1931, aglutina al 90% del empresariado afgano y actúa como un nexo muy eficaz entre éstos, la administración y las fuentes de financiación. A raíz de una feria organizada por la Cámara de Comercio en Bélgica, este país importa productos manufacturados, sobre todo textiles, por valor de 2 millones de euros (datos de 2012). En 2013, una segunda Feria afgano-belga se centro en el sector agroalimentario, especialmente frutos secos y azafrán, abriendo la puerta a nuevas exportaciones.

11. Datos extraídos de una encuesta entre empresarios de la Cámara de Comercio e Industria de Afganistán, publicada en el Business Monitor. Abril 2013.

llada, que ha sabido beneficiarse de su cercanía a la frontera con Irán, que le ha proporcionado un suministro eléctrico regular y un mercado para sus exportaciones, consistente principalmente en productos agrícolas. En 2012 se inauguró cerca de la ciudad una zona industrial en la que llegaron a instalarse hasta 400 empresas, incluyendo las dos únicas plantas productoras de acero del país. Esta zona se ha visto afectada muy negativamente por los problemas económicos que afronta Irán y por la devaluación de su moneda. En parte por ello, para mediados de 2013, algo más de la mitad de las empresas inicialmente instaladas habían cerrado; pero aún quedaban 200 funcionando. Además del de Herat, se han ido desarrollando parques industriales similares en las principales ciudades del país: Kabul, Balkh, Kandahar, Nangarhar, Helmand y Herat,... y hay proyectos para seguir construyendo más. Paralelamente, el esfuerzo realizado fundamentalmente por los PRT,s en colaboración con las autoridades afganas, ha permitido la creación de numerosos centros de formación profesional, que permiten nutrir a las nuevas empresas con personal capacitado en sectores como la electricidad, mantenimiento de vehículos, informática,...

Uno de los problemas a los que se enfrenta Afganistán a la hora de asegurar un desarrollo sostenible, es el de garantizar el acceso a fuentes de energía fiables y económicas, condición indispensable para el desarrollo de cualquier industria. Existe un claro paralelismo entre el consumo de electricidad *per cápita* y el nivel desarrollo humano; el dato de que Afganistán tenga un consumo del 10% respecto a la media mundial es coherente con el resto de datos de los que disponemos para valorar su nivel de desarrollo y demuestra la urgencia con la que deben acometerse acciones encaminadas a rehabilitar la infraestructura energética, desarrollar las fuentes propias y mejorar las redes de distribución. Son todas ellas prioridades recogidas por el gobierno afgano y los donantes internacionales en la Estrategia Nacional de Desarrollo, que reconoce que el acceso a la energía es una condición necesaria para la revitalización de la economía afgana, centrándose principalmente en el sector de la electricidad, considerado prioritario respecto a otras fuentes. En la misma línea, el Banco Mundial identifica la falta de acceso a la electricidad como el primer obstáculo para la inversión y el desarrollo empresarial en el sur de Asia.

Según las estimaciones del Ministerio afgano de Energía y Agua (MEW), en 2012 uno de cada tres afganos tenía acceso a la electricidad. Lo cual no es un dato negativo ya que, históricamente, nunca había superado el 22%. Sin embargo, los datos son mucho peores si nos centramos en el medio rural, donde sólo el 9% tiene acceso a la electricidad: 28 millones de afganos, en su mayoría campesinos pobres, no tienen acceso a fuentes seguras de energía y en su lugar utilizan fuentes como madera, estiércol y otros tipos de biomasa como combustible. El acceso a la electricidad en las zonas urbanas supera el 75% y un 60% de las conexiones de todo el país se encuentran en Kabul, que consume el 50% de la electricidad de Afganistán (en 2001, sólo el 6% de la ciudad de Kabul tenía acceso a la electricidad). Aunque el suministro de energía se duplicó en el periodo 2009-2012, estas cifras están muy lejos de las metas marcadas en 2008 por la Estrategia Nacional de Desarrollo y hay que destacar que este aumento se consiguió principalmente a través de las importaciones, que se triplicaron en este periodo y no a través del desarrollo de fuentes propias. De hecho, en el mismo período, la producción nacional disminuyó ligeramente. El acceso a la energía en los centros económicos más importantes también ha ido mejorando de manera significativa. Por primera vez en décadas, zonas de Kabul, Herat, Mazar-e Sharif y Pul-e Khumri disponen de electricidad las 24 horas del día, gracias al desarrollo de la denominada Red Eléctrica del Nordeste (NEPS) que distribuye la electricidad procedente de Uzbekistán. Para mejorar la situación se está trabajando en varios frentes. En primer lugar, se pretende incrementar la producción propia. Para ello se trabaja en centrales hidroeléctricas como la de Kajaki (Kandahar) y Salma (Herat), que también permitirán incrementar las tierras de regadío en sus respectivas zonas. Adicionalmente, se quiere acelerar la explotación de los yacimientos de carbón, gas y petróleo ¹². Sin olvidar la necesidad de hacer llegar el sistema

12. La producción de crudo era ya una realidad en la primera mitad del año 2013. La producción inicial era de unos 5.000 barriles/día, esperándose alcanzar los 25.000 antes de finalizar el año. De momento, el crudo será exportado en camiones para su refinado en un país vecino, hasta que se pongan en funcionamiento las plantas de refinado actualmente en construcción.

de distribución a las zonas rurales y enlazar los dos sistemas de distribución en que actualmente está dividido el país.

CORRUPCIÓN

Según *Transparency Internacional Corruption*, en 2011 Afganistán ocupaba el tercer puesto a nivel mundial en cuanto a niveles de corrupción, sólo superado por Myanmar y Somalia. La corrupción es uno de los mayores problemas a los que actualmente se enfrenta Afganistán, donde se ha convertido en un desafío clave para la gobernanza y el imperio de la ley, un obstáculo para conseguir un crecimiento económico sostenible basado en el desarrollo del sector privado y un problema para el día a día de los afganos, que se ven en la necesidad de emplear sus escasos recursos económicos en obtener servicios teóricamente gratuitos. Aunque, como ya hemos visto, puede considerarse hasta cierto punto como una característica propia de la cultura afgana, es cierto que en los últimos años se han rebasado límites que no resultan asumibles ni siquiera aplicando criterios atenuantes como el citado. No parece que sea posible evitar que, a todos los niveles, se utilice el poder para el enriquecimiento personal y el favorecimiento de familiares y afines, sobre todo si tenemos en cuenta que es una práctica aceptada por una gran mayoría de los afganos. Según la Oficina de las Naciones Unidas para las Drogas y el Crimen (UNDOC), aproximadamente dos tercios de los afganos considera aceptable que un funcionario público «redondee» su sueldo recurriendo a sobornos o que los lazos familiares ayuden a encontrar un puesto de trabajo en la administración¹³. El hecho de que los afganos se sientan más ligados al clan o a la tribu que al estado, ayuda a mantener estas actitudes; pero es necesario un esfuerzo por parte de todos para que la corrupción quede reducida a sus niveles tradicionales y no suponga una amenaza para el desarrollo del país. En el marco de la Estrategia de Desarrollo Nacional Afgano (ANDS), el gobierno ha adoptado varios compromisos para hacer frente a la corrupción. Sin embargo, de acuerdo con todas las informa-

13. Corruption in Afghanistan. Recent Patterns and Trends. UNDOC. Diciembre 2012.

ciones disponibles, el problema sigue estando muy extendido y no sólo afecta al sector público; como reconocía ante la BBC el presidente Hamid Karzai en enero de 2009, la corrupción afecta tanto al gobierno, como a las organizaciones internacionales, los organismos de cooperación y ayuda al desarrollo y las empresas privadas que participan en la reconstrucción y el desarrollo del país.

Transparencia Internacional describe la corrupción como el «abuso del poder encomendado para beneficio privado», definición muy amplia, pero válida. La corrupción suele tomar dos formas diferentes. La que podríamos denominar «conforme a las normas», implica el pago de un soborno a cambio de un trato legal pero preferencial. Por ejemplo, un soborno pagado para que una licencia de apertura de un negocio se tramite con mayor rapidez. En la «contraria a las normas», el soborno se paga para que alguien haga algo que no debe hacer, como pasar por alto infracciones reglamentarias o dejar en libertad a un preso. Pensar en erradicar el primer tipo parece, al menos a medio plazo, un objetivo inviable, pero al menos se debe tratar de evitar el segundo.

Los tipos más comunes de conductas corruptas son: El soborno menor, o petición de pequeñas propinas a cambio de favores o de un trato preferencial; la compra de cargos, el clientelismo en la adjudicación de puestos u otros beneficios; pago de sobornos o uso de conexiones para conseguir un trato preferencial o actuaciones ilegales y la gran corrupción, que puede traducirse en el empleo de cualquiera de las anteriores, pero a un nivel muy elevado. La realidad es que muchas de estas formas de corrupción son aceptables para muchos afganos como algo que forma de su realidad social. El general Petraeus, ex comandante de ISAF, fue criticado muy duramente en 2010, por sostener públicamente que la corrupción había formado parte de la historia y la cultura afganas, abriendo el debate en torno a qué nivel y tipo de corrupción podría considerarse como aceptable y cual no, debate que está aun abierto. Pero, se compartan o no las declaraciones de Petraeus, es evidente que la corrupción es algo más que una forma de delincuencia, es un reflejo de factores sociales, culturales y económicos más profundos, que deben abordarse si quiere hacerse frente al problema. Para poder atacar las raíces del problema, por tanto, es necesario analizar las condiciones que favorecen el surgimiento

de un sistema corrupto. Una de estas condiciones es la existencia de leyes y procedimientos administrativos complicados y costosos, que obligan a ofrecer sobornos con el fin de navegar por el laberinto de las administraciones. También se fomenta la corrupción cuando a los administradores se les da una gran flexibilidad para interpretar las normas; la subjetividad en la aplicación de las normas a que ello conduce puede crear oportunidades para la corrupción y el soborno. Una tercera condición bajo la cual es probable el desarrollo de la corrupción es la existencia de un sistema con mecanismos de aplicación débiles e incapaz de castigar a los responsables cuando la corrupción se pone de manifiesto. Otros factores a considerar son los bajos ingresos de los funcionarios públicos, los beneficios en comparación con los riesgos que implica el comportamiento corrupto y la baja probabilidad de ser detectado. Todos estos factores coexisten en Afganistán.

Es importante resaltar que la corrupción no es un mero problema moral, sino que tiene unos costes políticos y económicos y produce una serie de efectos no deseados. Políticamente, la corrupción hace que las instituciones pierdan su credibilidad y legitimidad, generando un descontento que plantea un gran desafío para los sistemas políticos relativamente jóvenes, como el de Afganistán. Económicamente, la corrupción contribuye al mal uso de la riqueza nacional en beneficio de un pequeño segmento de la población. Socialmente, provoca un empobrecimiento de la población, obligada utilizar parte de sus recursos económicos en bienes teóricamente gratuitos o a pagarlos a un precio mayor al teórico; además, aleja a los ciudadanos honestos del servicio público y desincentiva el esfuerzo en la propia formación¹⁴. Según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, la corrupción aumenta el precio de los servicios públicos y disminuye su calidad, socavando así la prestación de servicios sociales y aumentando la pobreza. Además, la imposición de sobornos en los servicios públicos implica que el ciudadano tenga que pagar

14. Según UNDOC, menos de un 20% de los puestos adjudicados en la administración afgana en 2012 lo fueron sin intervención de sobornos o influencias. Con estos datos, resulta evidente que una buena formación no es el mejor camino para acceder a un empleo público.

para poder recibir servicios públicos supuestamente gratuitos¹⁵. La evasión fiscal, otra forma de corrupción, implica pérdidas de ingresos para el estado: se estima que cada año la administración afgana deja de recaudar entre 1.000 y 2000 millones de dólares a causa de la corrupción.

Todos los datos disponibles ponen de manifiesto que la corrupción constituye un gran desafío para Afganistán. Según todos los indicios, en los últimos años no sólo no se ha erradicado, sino que posiblemente se ha extendido, impulsada por las enormes sumas de dinero que han llegado al país en forma de ayuda humanitaria o al desarrollo. Los datos disponibles así parecen corroborarlo: Afganistán ocupaba en 2011 el puesto 180 de 183 en el Índice de Percepción de la Corrupción de Transparencia Internacional, en comparación con el 117 de los 158 del año 2005. En el caso de los fondos procedentes de la ayuda internacional, cabe decir que, en general, los mecanismos de supervisión se han visto incapaces de ejercer su cometido, mientras que la inseguridad hace que sea imposible para muchos donantes visitar los proyectos que financian. Algunos incluso han institucionalizado la falta de supervisión. También hay que tener en cuenta que las entradas masivas de ayuda implican una presión para gastar rápidamente, lo que ha llevado a menudo a emplear sistemas que fomentan la discrecionalidad en la toma de decisiones y dificultan la exigencia de responsabilidades. Según algunos analistas, podría producirse una reducción significativa de la corrupción, cuando se reduzca la ayuda; otros piensan que las redes de clientelismo están tan profundamente arraigadas que es difícil pensar que la corrupción vaya a desaparecer por este o por otros motivos.

Pero la corrupción es una amenaza cada vez mayor no sólo para la eficacia de la ayuda internacional, sino también para la legitimidad del estado ante los ojos de los afganos y en última instancia, para la viabilidad a largo plazo del Gobierno. El hecho de que los afganos perciban a la administración de justicia como particularmente corrupta e ineficiente, hace que en la mayor parte de los casos no se denuncien las prácticas corruptas; la mayor

15. Según el informe ya citado de UNDOC, en 2012 los afganos gastaron una cifra cercana a los 3.900 millones de dólares en sobornos.

parte de las denuncias que se tramitan no acaban en un proceso penal y las que lo hacen, rara vez conducen a sentencias condenatorias que, en muchos casos, no llegan a cumplirse.

La magnitud del problema ha hecho que, en vísperas de la cumbre de Tokio de julio de 2012, países como Gran Bretaña amenazaran con cortar su ayuda económica si el gobierno de Karzai no adoptaba medidas serias al respecto. Tal vez sea por este motivo que poco antes de la Conferencia Karzai, que ha sido acusado frecuentemente de ser blando contra la corrupción, declarara «Me habéis acusado de llegar a acuerdos. Lo he hecho, pero tenía razones para ello. Y ahora voy a actuar de forma diferente. Voy a introducir reformas desde dentro». En la misma línea, en la Conferencia de Chicago declaraba: «Vamos a acabar con todas las estructuras paralelas, mejorar los servicios públicos y luchar contra la corrupción, esté dentro o fuera del Gobierno de Afganistán. Durante la última fase de mi mandato continuaré centrando mi esfuerzo en crear una administración pública apolítica, profesional, limpia y basada en el principio de seguridad en el empleo para los empleados públicos». Toda una declaración de intenciones para hacer frente a las presiones cada vez mayores por parte de la comunidad internacional que, a las puertas de la Conferencia de donantes de Tokio, exigía avances significativos en este campo para comprometer su ayuda.

Conscientes de la magnitud del problema y de la necesidad de presionar al presidente Karzai para que adoptara medidas al respecto, durante el año 2010 la administración Obama debatió extensivamente la cuestión de en qué dirección presionarle, para que se enfrentara al problema de manera efectiva. Se dudaba si era mejor atacar inicialmente la corrupción de alto nivel, o empezar por abajo. Finalmente, se decidió dar prioridad a la reducción de la corrupción de bajo nivel, en lugar de investigar los casos en los que estarían implicadas personas muy próximas al presidente. Se pensaba que investigando a estos personajes, no sólo se correría el riesgo de provocar una reacción Karzai, sino que además se podría perder apoyos fundamentales para garantizar la estabilidad en determinadas zonas del país. Se dice que algunos de ellos reciben dinero de la CIA a cambio de información y otros apoyos. Según algunas informaciones, el propio Karzai recibiría regularmente maletines con dinero de la CIA para «apuntalar»

apoyos. Karzai lo ha admitido, aunque alegando que se trataba siempre de pequeñas cantidades.

Como consecuencia de esta presión internacional se han creado varios organismos gubernamentales y se han lanzado varias iniciativas para combatir la corrupción. El primero de ellos, la Oficina de Supervisión y Lucha contra la Corrupción, con poderes para investigar casos de corrupción y llevarlos a la fiscalía así como para llevar el inventario de los bienes que los altos cargos mantienen en el extranjero. También se ha creado el Grupo de Delitos Mayores en la Oficina del Fiscal General, encargado de perseguir casos de corrupción y un tribunal especial para este tipo de delitos. Más recientemente, el 21 de junio de 2012, el presidente Karzai lanzó un impulso anti-corrupción en el Parlamento afgano, apelando a los donantes a no conceder contratos a los funcionarios del gobierno afgano o a sus familiares. Hasta ahora, la efectividad de estas iniciativas ha sido muy limitada, y se ha visto a menudo obstruida por la interferencia de funcionarios de alto nivel.

El escándalo del Banco de Kabul ha sido posiblemente el caso de corrupción más grave hasta la fecha en Afganistán. Antes del escándalo, el Banco gestionaba las cuentas de varios ministerios y pagaba los salarios de funcionarios, maestros, policías y otros empleados gubernamentales. Se sabe que la dirección del banco tenía vínculos con personajes poderosos como el vicepresidente Fahim y el hermano del presidente, Mahmoud Karzai, quien supuestamente recibió un préstamo importante del propio banco para comprar su participación en el mismo. En septiembre de 2010, se registraron cientos de millones de dólares en pérdidas, principalmente por inversiones realizadas en Dubai, que llevaron al banco a la bancarrota; las investigaciones subsiguientes demostraron que había habido una apropiación de fondos por parte de directivos y accionistas principales del banco. Como consecuencia de las circunstancias que rodearon al caso, la confianza en el sistema bancario se vio severamente afectada. Varios donantes suspendieron su ayuda; el Fondo Monetario Internacional (FMI), por su parte, suspendió su programa de crédito al Gobierno afgano y solicitó una auditoría de los bancos afganos. Desde entonces se ha podido seguir la pista a unos 120 millones de dólares de los fondos «desaparecidos» y se sospecha que va a ser difícil incrementar esta

cifra en el futuro. El colapso del mercado inmobiliario en Dubai, en el que estaba invertida una gran proporción de los fondos del banco, hace difícil pensar en recuperarlos. A pesar de la gravedad de los hechos, que supusieron la quiebra del banco por apropiarse de los fondos los directivos; a pesar de las sospechas sobre implicaciones que podrían llegar hasta el propio presidente y su hermano; a pesar del escándalo que supuso la quiebra del mayor banco del país y la presión internacional para que se hiciera justicia, la sentencia emitida en marzo de 2013 se limitaba a imponer penas moderadas a los directivos del banco, no yendo más allá en la búsqueda de responsabilidades. Por desgracia, no se trata de un caso aislado y los escándalos de alto nivel siguen apareciendo con cierta frecuencia. Otro ejemplo: En junio de 2012 la UE suspendió la financiación del fondo que provee fondos para los sueldos de los 120.000 policías afganos, debido también a acusaciones de corrupción

La credibilidad de Karzai en este campo no es muy alta debido a que en el pasado reciente ha sido acusado de favorecer a sus familiares a la hora de obtener suculentos contratos y de ser blando con figuras poderosas involucradas en casos de corrupción. Valga de ejemplo el caso de sus sobrinos los hermanos Popal. En el verano de 2012 grupos como *Global Witness* dedicados a la lucha contra la corrupción llamaban la atención sobre el hecho de que el contrato multimillonario para la explotación de importantes yacimientos de gas se concediera a un consorcio liderado por la *China National Petroleum Corporation* del que también forma parte *Watan Oil and Gas*, propiedad de los hermanos Popal; los mismos que fueron acusados de desviar fondos de la compañía de seguridad *Watan Risk Management*, de la que eran propietarios, a los talibán; estos pagos constituían en su momento la principal fuente de financiación de los talibán en algunas zonas del país y eran la manera de evitar ataques a las empresas «protegidas». En Junio de 2012 un antiguo diplomático británico comentaba sarcásticamente «Creo que todos pensábamos que los soldados británicos estaban dando su vida por algo más noble que ayudar a los sobrinos narcotraficantes de Karzai a vender el gas del Norte de Afganistán a China». El adjetivo «narcotraficantes» hace referencia a los nueve años que los Popal pasaron en cárceles de EEUU por delitos relacionados con el tráfico de drogas. Por esas mismas

fechas, la Oficina para el control de la Corrupción, la instancia superior en esta materia, se lamentaba de las dificultades que encontraba para actuar contra personajes como el Ministro Ismail Kan o el veterano señor de la guerra Abdul Rashid Dostum ¹⁶, ambos implicados en casos de corrupción. Todo ello no es sino reflejo de una situación en la que la corrupción se ha extendido hasta las más altas instancias del Estado, hasta unos niveles que hacen difícil luchar contra ella, suponiendo que realmente exista la voluntad política de hacerlo.

El tiempo dirá si las medidas anunciadas por Karzai tras la Conferencia son algo más que un mero lavado de cara frente a los donantes de los que depende para su subsistencia. De momento, no se pueden apreciar avances significativos y el modo en que a principios de 2013 se saldaba el escándalo del Banco de Kabul no permite ser muy optimista.

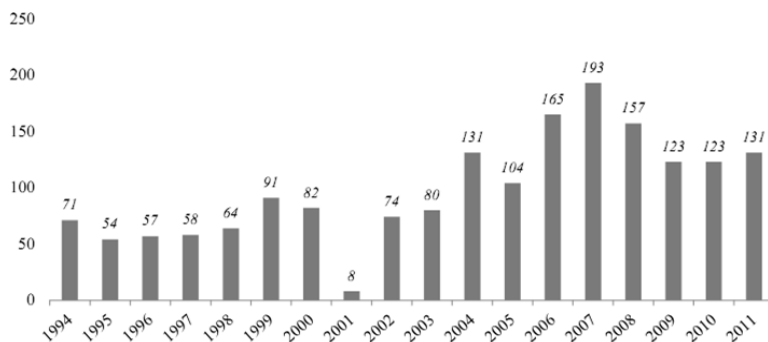
EL OPIO

Si hubiera que resumir en pocas palabras el porqué del *boom* del cultivo de opiáceos en Afganistán, deberíamos decir que el conflicto alimenta al opio y el opio alimenta el conflicto. Esta es la interrelación entre estas dos realidades tan presentes en su historia reciente. Prácticamente desde sus orígenes, los sucesivos conflictos de Afganistán se han asociado con la aparición y el rápido crecimiento de una economía ilícita dominada por el opio, que proporcionaba recursos financieros para sostener los conflictos que, a su vez, creaban una situación de alegalidad en la que las actividades ilícitas prosperaban con facilidad. Además, la guerra acabó en gran medida con los medios de vida tradicionales, fomentando también de esta forma las actividades informales e ilícitas, especialmente las relacionadas con la producción y distribución de drogas. No es de extrañar que en este entorno, la

16. De acuerdo con algunas denuncias publicadas por la prensa, Dostum estaría tratando de impedir que los trabajos iniciados por la CNPC para explotar el gas en la zona de Sar-e-Pul. El Fiscal General del Estado investiga si son ciertas las denuncias de extorsiones a ingenieros chinos. Al verse excluido de los beneficios derivados de este proyecto, Dostum podría estar interesado en entorpecerlo, intentando sacar de ello algún beneficio.

economía ilegal haya generado un fuerte interés por mantener un *status quo* basado en la inseguridad, la falta de imperio de la ley y la debilidad del gobierno. Este «círculo vicioso» ha conducido a que grandes zonas del país estén dominadas de hecho por los grupos que controlan las diferentes formas de economía ilegal, perpetuando un Afganistán inseguro, políticamente fragmentado, débilmente regulado, pobre y dominado por la economía ilegal o al menos informal. De las formas de economía ilegal, la economía del opio constituye la más importante por muchas causas que iremos analizando en las siguientes páginas.

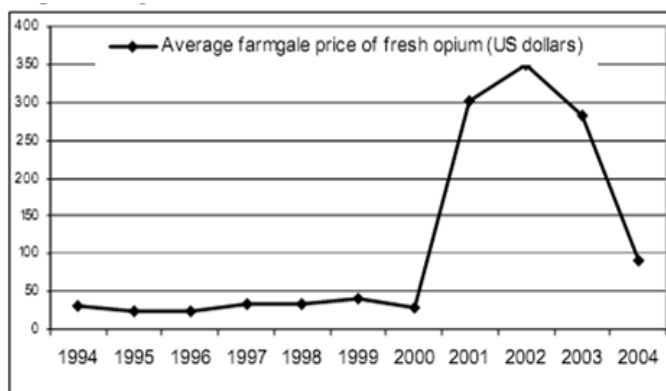
El cultivo del opio en Afganistán se inició en los años setenta, tratándose al principio de una actividad marginal. Aprovechándose de las condiciones de falta de gobierno efectivo y del empobrecimiento generalizado, el opio se ha convertido desde entonces en el líder de la actividad económica de Afganistán. En general, incluyendo los beneficios derivados de todas las fases del proceso de producción, elaboración y distribución, la economía del opio puede representar más de un tercio de los ingresos nacionales. Aunque la proporción de tierras dedicadas al cultivo de opiáceos es relativamente pequeña, suponiendo en torno al 7% de la superficie de las tierras de regadío, se calcula que hasta dos millones de personas pueden estar involucrados en el negocio del opio. Dada la proporción relativamente pequeña de tierras y recursos humanos dedicados al opio, los ingresos modestos derivados de otros cultivos, el nivel de conocimientos sobre esta actividad y la organización del mercado, existe un amplio potencial para nuevos aumentos en la producción, con pocas limitaciones en la demanda. Lo que sabemos sobre el negocio del opio en Afganistán sugiere que se asemeja más a un mercado competitivo en el que el opio se compra y se vende abiertamente, que a un cártel criminal. El caso es que, a pesar de todos los esfuerzos realizados para evitarlo, Afganistán sigue jugando un papel estelar en la red mundial del comercio de drogas. Aproximadamente el 90% del opio del mundo, la mayoría del cual se transforma en heroína, se origina en los campos afganos (datos de abril del 2012).



Superficie dedicada a la producción de droga por en miles de hectáreas.

Fuente: UNDOC Afghanistan Opium Survey.

En lo referente a las cifras de producción de opio, siempre se había sostenido que la prohibición que los talibán impusieron sobre su cultivo en 2001 produjo una reducción drástica, tal y como se refleja en la figura. Hoy, los datos parecen demostrar que esta supuesta prohibición no era sino una estratagema. Las autoridades de la vecina Tayikistán han puesto de manifiesto que la cantidad de opio que cruzó la frontera en aquellas fechas, lejos de disminuir, se incrementó. Los datos disponibles sugieren que la actitud de los talibán era parte de un plan para elevar el precio del opio almacenado por el grupo. Además, el informe ya citado de la Oficina de las Naciones Unidas para la Droga y el Crimen, afirma que en 2001 no se produjo escasez de opio en los mercados mundiales, lo que parece confirmar que el opio había sido almacenado por los talibán, que nunca se propusieron acabar con su comercio. De hecho, los precios en origen del opio fueron relativamente bajos durante los años 90, pero se multiplicaron casi por diez cuando los talibán prohibieron la producción del opio en el 2000.



Source: UNODC (2003a, 2003b, 2004b).

*Evolución de los precios del opio.
Fuente: UNDOC Afghanistan Opium Survey.*

Para entender las variaciones en el volumen de producción en los últimos años, hay que tener en cuenta que, aparte de otros factores como las políticas de erradicación acometidas por el gobierno afgano con el apoyo de ISAF, las fluctuaciones en los precios influyen en el volumen de amapola sembrada. Por ejemplo, el aumento del cultivo entre 2005 y 2009 se tradujo en un aumento de la oferta, que a su vez condujo a una disminución gradual en el precio del opio. Del mismo modo, una disminución en la cantidad de opio producido en el período 2009-2010 ha contribuido a un incremento en el precio y al aumento del cultivo en 2011. Hay además otros factores que fomentan el cultivo de la amapola. Según el informe del Banco Mundial sobre «Drogas y Desarrollo en Afganistán»¹⁷, este cultivo es atractivo para los agricultores porque permite acceder a financiación en todas sus fases. De hecho, según el mismo informe, muchos de los hogares más pobres son obligados a cultivar amapolas por sus acreedores y por los propietarios de las tierras que trabajan, que así se aseguran de que serán capaces de cobrar sus deudas. Hay evidencias también de que muchos agricultores son

17. William Byrd, Christopher Ward. Drugs and development in Afghanistan. Social Development Papers núm. 18. Banco Mundial. Diciembre 2004.

obligados a cultivar esta planta por los insurgentes que recurren para ello a amenazas e intimidaciones.

El cultivo de la amapola beneficia a numerosos grupos implicados de una u otra manera en su producción, elaboración y distribución; sin embargo, estos beneficios están lejos de distribuirse equitativamente entre todos los grupos involucrados en este negocio. El Banco Mundial señala que los agricultores que trabajan tierras de pequeña extensión, en la mayoría de los casos como aparceros, son los que menos se benefician, mientras que los agricultores con tierras más grandes reciben normalmente mayores ingresos. En el sector de la distribución, los pequeños comerciantes de opio también se benefician, aunque sus ingresos se ven eclipsados por los de los mayoristas encargados del transporte y el procesamiento de las materias primas en opio y heroína. No hay que olvidar el cerca de medio millón de trabajadores asalariados, la mayoría de ellos próximos a la pobreza, que participan en las labores relacionadas con un cultivo que requiere una gran cantidad de mano de obra y el gran movimiento de trabajadores estacionales que se van desplazando según las necesidades de mano de obra asociadas a las labores de la amapola¹⁸. También hay un número considerable de funcionarios que recibe pagos a cambio de favores relacionados con sus puestos. Lo que resulta más preocupante es que los ingresos del cultivo de la adormidera y el tráfico de estupefacientes benefician sobre todo a un pequeño grupo de señores de la guerra entre los que cabe incluir a los talibán, cuyos beneficios derivan fundamentalmente de los pagos que reciben a cambio de proporcionar seguridad a todo el proceso. Aunque el papel de los talibán en este comercio no es muy claro, el informe de la Oficina de las Naciones Unidas para la Droga y el Crimen sobre «El comercio mundial del opio afgano»¹⁹, estima que reciben

18. Otro dato revelador de la importancia del cultivo de la amapola: cada año, la fecha de comienzo de la campaña anual de los insurgentes depende de dos factores fundamentales: el deshielo en los pasos de montaña entre Afganistán y Paquistán y el final de las labores de recolección de la amapola, que suele producirse en abril o mayo, según los años. Hasta que estas labores no hayan acabado, se mantiene la tregua de invierno.

19. The Global Afghan Opium Trade. A Threat Assessment. Oficina de las Naciones Unidas para la Droga y el Crimen. Julio 2011.

aproximadamente el 10% del valor de los opiáceos que transportan los traficantes. Teniendo en cuenta que el valor total de la heroína introducida en 2009 en Irán y Paquistán se estima en unos 700 millones de dólares, la ONUDD calcula que los talibán pueden haber recibido aproximadamente 70 millones de dólares solo en concepto de impuestos sobre el transporte. En realidad, la cantidad que los talibán pueden haber recibido es mucho mayor, dado que el valor total del comercio de opiáceos fue en 2009 de 2.200 millones de dólares²⁰. No es casualidad que el opio se produzca principalmente en aquellas provincias en las que los talibán son más activos. Para empeorar aún más las cosas, Afganistán ha conseguido convertirse también en el mayor productor mundial de hachís: Según la revista Time, los agricultores afganos ganaron en 2011 aproximadamente 94 millones de dólares de las ventas de entre 1.500 y 3.500 toneladas de hachís.

Son varios los factores que estimulan el cultivo de adormidera en Afganistán, empezando por la salida de otros proveedores del mercado y el crecimiento de la demanda. Tres productores tradicionales de opio, Irán, Paquistán y Turquía, han dejado de producir opio, lo que ha abierto una brecha en la oferta en el mercado mundial que Afganistán se ha apresurado a llenar. La creciente demanda de heroína en los países vecinos, especialmente Paquistán, unida a la creciente demanda en Europa a partir de mediados de 1980, también incrementó las posibilidades de expansión de la producción. Otros estímulos derivan del colapso del gobierno en Afganistán, la utilidad de los fondos derivados de la droga para financiar a las milicias enfrentadas en el intermina-

20. En septiembre de 2012 la ONU emitía un informe sobre las finanzas de los talibán, según el cual las finanzas de este grupo habrían ido mejorando desde 2006 de forma que sus ingresos en 2011 habrían alcanzado los 310 millones de euros. De esta cantidad, la mayor parte procedería de lo que podríamos denominar un impuesto sobre la producción agraria que, fundamentalmente, gravaría la producción de opiáceos. Otras fuentes de ingresos procederían de la imposición de «impuestos» a empresas de ámbito nacional dedicadas a sectores como el transporte o las telecomunicaciones. Entre un 10 y un 20% se obtendría a cambio de protección a empresas que operan en zonas bajo su control. Por estas dos últimas vías, fondos procedentes de la ayuda internacional e incluso destinados a las fuerzas de ISAF acaban financiando a la insurgencia.

ble conflicto afgano, el empobrecimiento del medio rural como consecuencia del conflicto, las sequías y el paulatino deterioro de las tierras cultivables. Pero, son los beneficios económicos que produce, unido a que se trata de un mercado desarrollado en el que es posible acceder al crédito y la comercialización lo que estimula definitivamente a los agricultores, a pesar de los escrúpulos religiosos y morales que ello plantea, a cultivar la amapola. Para los agricultores, las amapolas son percibidas como un producto no perecedero y duradero, que tiene un alto precio y que tiene un mercado garantizado. Además, los narcotraficantes ofrecen créditos y otras ayudas que hacen que su cultivo resulte atractivo para muchos agricultores. En resumen, la razón más importante y evidente que lleva a muchos agricultores afganos a cultivar la amapola es su rentabilidad, muy superior a la de cualquier otro cultivo.

El ya citado informe del Banco Mundial sobre «Drogas y Desarrollo en Afganistán», cita otros factores que influyen en la decisión de los agricultores afganos de cultivar amapolas. Según las conclusiones del informe, la decisión de cultivar amapolas responde a una estrategia de gestión de riesgos por parte de los agricultores. Mientras que algunos, especialmente aquéllos muy endeudados y con tierras muy pequeñas, pueden cultivar la amapola debido a la ausencia de alternativas viables, muchos otros la cultivan como parte de una estrategia diversificada que les permite combinar los beneficios en efectivo de las amapolas, con la seguridad alimentaria de los cultivos lícitos. El cultivo de amapola proporciona dinero en efectivo, necesario para la mayoría de los hogares que disponen así de dinero para satisfacer sus necesidades básicas, en especial la alimentación. El alto riesgo asociado con el cultivo de la adormidera, dado que es ilícito y vulnerable a las enfermedades o las condiciones climáticas, empuja a los propietarios de tierras en aparcería a forzar a sus aparceros a cultivar la adormidera, difundiendo así el riesgo entre muchos agricultores. Los agricultores más pobres a menudo se ven obligados a cultivar la adormidera, debido a las altas deudas o a los costes de la aparcería.

Un negocio del volumen del de la droga, en un país empobrecido como Afganistán, tiene efectos que de una u otra manera alcanzan a la práctica totalidad de los afganos. En primer lugar,

produce unos efectos muy importantes en la economía. A corto plazo, la industria de la droga se traduce en importantes beneficios macroeconómicos para el país. Fuente de una gran parte de la actividad económica total, es un componente muy importante de la demanda agregada de servicios, bienes duraderos, construcción, ... y proporciona ingresos a un gran número de personas. En los últimos años los agricultores afganos han recibido anualmente alrededor de 500 millones de dólares de la producción de opio, además de los otros cientos de millones que van a parar a los trabajadores empleados en su recolección. Esto constituye una enorme inyección de ingresos para la maltrecha economía rural de Afganistán y ayuda al equilibrio económico con un impacto neto positivo que es difícil de determinar, pero puede estar entre los 500-1.000 millones de dólares anuales, lo que supone un apoyo indudable a la moneda afgana y a la situación macroeconómica del país. Además, las importaciones procedentes de las ganancias de la droga generan una proporción significativa de los ingresos aduaneros.

A largo plazo, los efectos pueden ser más inciertos. De hecho, la industria de la droga es una fuente de volatilidad macroeconómica, no sólo por la exposición a fenómenos climatológicos adversos y a la disponibilidad de agua; la experiencia reciente en Afganistán ha demostrado una enorme volatilidad de los precios del opio. Los esfuerzos por erradicar su cultivo pueden estimular aumentos en los precios del opio en origen, mientras que los esfuerzos por impedir su comercialización y distribución pueden conducir a una reducción de esos mismos precios. Una campaña de erradicación efectiva a gran escala podría suponer la pérdida de mil millones dólares más para la economía rural. Otro potencial efecto macroeconómico adverso derivado de la economía del opio es la «maldición de los recursos naturales» o «enfermedad holandesa». La entrada neta de divisas asociada a las drogas podría estimular la apreciación real del tipo de cambio, haciendo el resto de la economía menos competitiva y desalentando la producción de bienes no asociados con el mercado del opio. En muchas zonas rurales del país, con las rentas y los acuerdos de aparcería basadas cada vez más en valores relacionados con la producción de opio, se hace prácticamente imposible para los agricultores obtener beneficios de otras actividades agrícolas. Por último, un aumento de la fuga de capitales del narcotráfico a

otros países, resultado por ejemplo de medidas efectivas de aplicación de la ley, podría tener un efecto adverso significativo en la balanza de pagos, así como en los mercados nacionales.

Otro campo en el que la industria de la droga tiene efectos muy importantes es el de la pobreza y el bienestar social. Aunque los ingresos de la economía del opio están distribuidos de manera desigual, beneficiando claramente a los grandes actores involucrados en su comercio y procesamiento, son muchos los pobres que dependen del opio para su subsistencia. La mayoría de las cerca de 350.000 familias rurales que participan en el cultivo de amapola son, con toda seguridad, pobres y el opio es prácticamente el único medio por el cual pueden tener acceso al crédito y a la tierra. La producción de opio genera gran demanda de mano de obra; hay un gran número de trabajadores asalariados, posiblemente hasta medio millón, que trabaja en el cultivo y la recolección de la amapola. La alta demanda de mano de obra asalariada para la producción de opio aumenta los ingresos de los pobres, tanto directamente a través de los salarios pagados, como indirectamente en la medida en que contribuye a un aumento general de los salarios rurales. Así, la economía del opio tiende en algunos aspectos, a aliviar la pobreza y a proporcionar un medio de subsistencia a los pobres a los que permite ganarse la vida. En estas condiciones, no cabe duda de que una contracción brusca de la economía del opio o la caída de los precios del opio a pie de granja sin la aparición de nuevos medios de subsistencia, intensificaría considerablemente la pobreza rural. Esto es algo que debe tenerse en cuenta a la hora de planear planes de erradicación, que deben ir acompañados necesariamente de medidas que permitan a los agricultores obtener beneficios alternativos. Si no se hace así, la mera erradicación de los cultivos de adormidera sólo conduciría a un empobrecimiento de los agricultores afganos que, de una u otra manera, volverían a recurrir a la única fuente de riqueza al alcance de su mano o se verían arrojados a los brazos de la insurgencia, otro medio de vida alternativo....

Evidentemente, en la economía del opio no todo son ventajas para los pobres, especialmente para los que quedan sumidos en deudas relacionadas con el opio de las que es casi imposible escapar y que pueden requerir medidas drásticas, como la hipoteca de sus viviendas, la pérdida de tierras y otros bienes, o incluso de sus

propias hijas frente a los acreedores. Los pobres son desproporcionadamente vulnerables a los efectos adversos de la volatilidad de la economía del opio y se ven muy afectados por el desorden general y la inseguridad asociada a la industria de las drogas.

Para finalizar con los efectos derivados de la economía del opio, hay que hacer referencia a cómo afecta a la gobernanza, aspecto al que afecta de una manera inequívoca y grave, presentando profundas implicaciones negativas para la seguridad, la política y la construcción del Estado. El opio está en el origen de un círculo vicioso en el que la producción de droga alimenta a los señores de la guerra y sus milicias, que a su vez socavan al gobierno que se ve cada vez más impotente para afrontar este problema. De hecho, muchos señores de la guerra y comandantes locales, patrocinan directamente la industria de la droga o están involucrados en ella. Como resultado, el Estado sigue siendo ineficaz y la seguridad débil, lo que perpetúa un entorno en el que la industria del opio puede seguir prosperando. Los vínculos entre las drogas, señores de la guerra y la inseguridad constituyen un círculo vicioso de problemas que se refuerzan mutuamente. Hay también alguna evidencia anecdótica de vínculos entre el dinero del narcotráfico y las redes terroristas. Lo que es evidente es que los señores de la droga y de la guerra comparten con los terroristas el interés por mantener la inseguridad y debilitar al Estado, aun cuando sus intereses no coinciden en otros aspectos. De esta manera, la economía del opio de Afganistán presenta un grave peligro para la construcción del Estado y la agenda de reconstrucción.

Como cualquier otra actividad penalizada, aunque a una escala masiva debido a su tamaño, la industria del opio se dedica a la corrupción y socava el buen gobierno a través del soborno. Todos los datos apuntan a que muchos funcionarios de todos los niveles del gobierno se están beneficiando o están involucrados en el negocio de las drogas. La economía del opio también tiene un efecto corruptor sobre la sociedad en general, con una porción considerable de la población involucrada de una forma u otra en las actividades que son ampliamente reconocidas como ilegales e inmorales. Y no podemos olvidar que, aunque los talibán justifiquen su implicación en el tráfico de drogas en el hecho de que va destinada a los infieles, cerca de un millón de afganos estarían «enganchados» a la droga.

Otro aspecto importante se refiere a los costos para el Gobierno asociados a su postura política sobre el opio. El Gobierno está destinando recursos crecientes a programas de lucha contra los estupefacientes, recursos que evidentemente no puede dedicar a otros gastos. A ello hay que añadir que, como manifestaba en mayo de 2012 Jean-Luc Lemahieu, director de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito en Afganistán, la disminución de la ayuda exterior durante el proceso de transición en curso reducirá el volumen de la economía lícita del país haciendo a la economía afgana más dependiente del opio en los próximos años.

La realidad es que los resultados en la lucha por la erradicación del cultivo de la adormidera distan de ser brillantes. Son muchos los que temen que, si con la presencia de las fuerzas internacionales, no se ha sido capaz de avanzar demasiado en la erradicación de este cultivo, la retirada de estas fuerzas conducirá a un incremento significativo en la producción. Este incremento en el cultivo de la dormidera que seguiría inevitablemente al repliegue de las fuerzas de ISAF, ha llevado a algunos a aconsejar medidas enérgicas e «imaginativas», que permitan conseguir efectos decisivos a corto plazo y que no exijan una fuerte presencia militar o policial. Entre las medidas propuestas, cobran cada vez más fuerza las de emplear gases para destruir las plantaciones y autorizar la producción controlada de opio con fines terapéuticos. Debe tenerse cuidado con los efectos colaterales que estas medidas pueden producir. El empleo de gases para destruir los cultivos parece a primera vista una solución atractiva, pero presenta problemas que parecen desaconsejarla: su limitada efectividad debe contrastarse con los efectos negativos en otras cosechas próximas y en la salud de la población. La posibilidad de autorizar la producción limitada y controlada de opio para usos terapéuticos, no parece aplicable en un país en el que no se puede esperar un control efectivo que impida que el opio producido legalmente acabe en las redes del narcotráfico. Quizá sea más sensato fijarse en la experiencia de países como Paquistán o Tailandia, que han logrado erradicar el cultivo masivo de drogas. Su experiencia demuestra que no hay estrategias exitosas a corto plazo y que sólo un desarrollo rural sostenido puede lograr resultados decisivos. Sólo un esfuerzo sostenido en la mejora de la productividad y

comercialización de los productos agrícolas, puede dar paso a un paulatino abandono del cultivo de la adormidera ante la posibilidad de sustituirla por cultivos realmente rentables.

¿CONDENADO A LA POBREZA?

Afganistán no es un país condenado a la pobreza por la falta de recursos naturales. Posee una riqueza natural que, convenientemente explotada, puede permitirle alcanzar un nivel de desarrollo suficiente como para atender a las necesidades de su población sin necesidad de ayuda externa. Para ello necesita alcanzar acuerdos comerciales con sus vecinos que le permitan exportar sus recursos y desarrollar una red de infraestructuras que hagan posible una explotación rentable de los mismos. En los últimos años se ha avanzado mucho en ambos campos, pero hay otras dos condiciones necesarias para un desarrollo económico sostenible en los que los avances son menos claros: la gobernanza y la seguridad. La debilidad del gobierno y la corrupción generalizada amenazan con disuadir a los inversores extranjeros, necesarios para el desarrollo de industrias como la minera, que requieren grandes inversiones para comenzar a dar beneficios. Lo mismo puede decirse de la seguridad que, si se deteriora sensiblemente, puede dar al traste con todos los esfuerzos hechos hasta hoy para modernizar Afganistán.

Aunque la atención internacional en Afganistán se centra en la violencia generada por la insurgencia, éste no es el único conflicto al que se enfrentan los afganos. Como en cualquier otra sociedad, hay una serie de conflictos que, potencialmente, pueden degenerar en actuaciones violentas. La mayor parte de estos conflictos no relacionados con la insurgencia, lo están con la lucha por los siempre escasos recursos naturales, particularmente tierra, agua, madera, recursos minerales y drogas. Según datos de una encuesta realizada por OXFAM, un 55% de los casos de violencia registrados en 2008 estaban motivados por conflictos relacionados con la posesión de tierras y el aprovechamiento de los recursos hídricos²¹. Las tierras cultivables han sido siempre un recurso escaso en Afganistán,

21. Citado por Bowden, Mark y Haysom, Nicholas. Mayo 2013.

como lo es el agua, que es también fuente de conflicto con países vecinos (los principales ríos afganos, con la excepción del Amu Darya, nacen en Afganistán, pero cruzan sus fronteras hacia Paquistán, Irán o Turkmenistán). La presión derivada de la creciente población afgana y de su mayor desarrollo económico, supone que los conflictos sobre estos recursos no sólo no disminuirán, sino que crecerán de manera significativa en el futuro (se calcula que las necesidades de agua se multiplicarán por seis en los próximos 40 años). A escala más local, principalmente en las provincias de Nuristán, Nangarhar y Jost, la madera es otro recurso conflictivo que enfrenta a las comunidades donde se encuentran las masas forestales, con contrabandistas y otros beneficiarios del comercio ilegal. La presión demográfica y el contrabando de maderas preciosas está poniendo en peligro la sostenibilidad de una masa forestal que, convenientemente gestionada, supondría una muy importante fuente de riqueza para la zona. Un caso particular en los conflictos por el aprovechamiento de la tierra lo constituye el caso, ya analizado, de los frecuentes enfrentamientos entre los nómadas kuchis y las poblaciones sedentarias con las que compiten. También la droga y los recursos minerales son recursos naturales fuente de conflictos; pero presentan características suficientemente particulares como para ser tratados de manera independiente.

Lo que resulta evidente a la vista de estos datos es que, de cara a «pacificar» Afganistán, no basta con acabar con el conflicto que protagoniza la insurgencia, es necesario también hacer frente a estas otras fuentes de inestabilidad. En el caso de las disputas por el aprovechamiento de las tierras cultivables, la primera causa de conflicto, el principal problema deriva de la falta de unos registros fiables a los que se pueda acudir para verificar a quien corresponde la propiedad y los aprovechamientos de las tierras en disputa. El gobierno afgano ha intentado hacer frente a este problema; para ello creó en 2011 un sistema basado en un nuevo ente administrativo responsable de este registro. Pero el problema es demasiado complejo como para que en tan poco tiempo hayan podido apreciarse avances significativos. Mientras tanto, la falta de registros fiables, el incremento de la población, el retorno de refugiados, la apropiación de tierras por parte de los más poderosos o de aquellos más cercanos al poder suponen una fuente interminable de conflictos, que muchas veces desembocan en

enfrentamientos violentos. La recién creada autoridad responsable de la gestión de los derechos sobre la tierra debe acelerar el proceso de registro y establecer un sistema de resolución de conflictos que permita solucionar las disputas sin recurrir a la violencia. Una vez más, la corrupción es una de las amenazas más serias a este empeño: la ausencia de registros y controles ha permitido a señores de la guerra, caciques y autoridades apropiarse de grandes extensiones de tierra que sus legítimos propietarios tienen muy pocas posibilidades de recuperar.

En el caso del agua, lo que urge es mejorar el aprovechamiento de los recursos disponibles. Si en el primer capítulo de este libro decíamos que las aguas superficiales disponibles son suficientes para satisfacer las necesidades actuales de los afganos, ahora debemos decir que, para 2024, se calcula que el agua disponible *per capita* se habrá reducido en un tercio, lo que hace urgente adoptar medidas para afrontar el incremento de demanda derivado del aumento de población y el desarrollo económico. Para ello, debe continuarse con el esfuerzo actualmente en curso de construir o reconstruir las infraestructuras que permitan la optimización en el uso del agua, evitando en todo caso, crear con ello tensiones con los países vecinos. En el caso de la riqueza forestal, hay dos frentes en los que luchar. Por una parte debe evitarse el recurso a la madera como fuente habitual de energía en los hogares, acelerando el desarrollo de fuentes de energía convencionales, fundamentalmente la electricidad, y a más largo plazo el gas. De otra parte, debe asegurarse una explotación comercial sostenible de la masa forestal, luchando contra el comercio ilegal de madera.

Afganistán ha experimentado un rápido desarrollo económico en el transcurso de la última década, en gran medida gracias los flujos de ayuda extranjera, lo que le ha permitido hacer grandes avances en la lucha contra la pobreza y desarrollar infraestructuras esenciales para su futuro desarrollo socioeconómico; el país dispone de riquezas naturales y de posibilidades de comercializarlas, al menos en el ámbito regional; la formación de su población se ha visto notablemente mejorada en los últimos años. La combinación de estos factores permitiría ser optimista respecto a la evolución de la situación económica en el futuro si no fuera por la falta de seguridad, la debilidad de la administración y la corrupción. Estos factores hacen temer sobre el futuro del país

una vez que las fuerzas internacionales se retiren y la ayuda internacional vaya disminuyendo.

EL PAPEL DE LAS GRANDES POTENCIAS Y LOS ESTADOS VECINOS

Es difícil decir hasta qué punto el futuro de Afganistán está en manos de los afganos o de otros poderes externos. Está claro que EEUU y sus aliados juegan un papel fundamental y que, aunque sea en menor medida, seguirán jugándolo cuando finalice la transición, al finalizar el año 2014. Pero no son el único, tanto las grandes potencias regionales como los vecinos más próximos, van a jugar un papel, mayor o menor, en el futuro afgano, como de hecho lo han venido haciendo hasta ahora. Que este papel sea más o menos importante y que juegue a favor o en contra del proceso de estabilización de Afganistán, depende de los propios intereses y posibilidades de cada uno; conviene por tanto dedicar cierta atención a esos intereses y a esas posibilidades para intentar predecir el papel que cada uno jugará en el futuro. Los analizados a continuación no son los únicos que están jugando y van a seguir jugando un papel importante en Afganistán; hay otros, como Turquía, que se han comprometido de manera significativa en su estabilización y que mantienen lazos muy particulares con algunos grupos afganos y con su gobierno. Pero por su lejanía no están tan afectados por el conflicto y su papel es menos relevante.

RUSIA

Históricamente, Rusia ha jugado un papel decisivo en Afganistán. Desde los tiempos del Gran Juego hasta la invasión de 1978, la influencia rusa (o soviética) ha sido en muchas ocasiones decisiva. Hoy parece que Rusia no muestra tanto interés por su antiguo satélite y el papel que viene jugando en el actual conflicto es poco más que testimonial. La versión oficial difundida desde los EEUU y sus socios europeos ofrece una visión optimista sobre el papel que Rusia va a desempeñar en el futuro en Afganistán. Esta versión se apoya en el reconocimiento expreso hecho por el presidente Dimitry Medvedev en el sentido de que Afganistán sigue siendo una «causa común» entre Rusia y los socios de la

OTAN. Según esta visión, para Rusia lo importante es neutralizar la amenaza que un Afganistán inestable representaría para Asia Central y el Cáucaso, lo que se conseguiría a través del éxito de la misión de ISAF, cuyo resultado debe ser un Afganistán estable y seguro capaz de contener la propagación del extremismo islamista y el flujo de narcóticos hacia Asia Central y Rusia.

En los últimos años, aunque el papel de Rusia haya sido secundario, se ha demostrado decisivo en un aspecto fundamental para las fuerzas de la coalición. Desde abril de 2010, ha facilitado el tránsito de los recursos necesarios para ISAF a través de su territorio, sea empleando rutas terrestres (la conocida como Red de Distribución Norte, que enlaza los puertos europeos del Atlántico con Afganistán a través de la red de ferrocarriles rusos) o aéreas²². De esta manera, ha permitido a las fuerzas de ISAF contar con una ruta de abastecimiento complementaria a la que discurre a través de Paquistán. En determinados momentos, cuando Paquistán ha cerrado su territorio al tránsito de recursos destinados a ISAF, la ruta del norte ha pasado de ser complementaria a ser alternativa. Más recientemente, esta colaboración se está demostrando esencial para el repliegue de las fuerzas de la coalición. Ante la falta de garantías y capacidad de las rutas que transitan a través de Paquistán, el hecho de que Rusia haya facilitado el tránsito aéreo y terrestre a través de su territorio ha resultado decisivo para asegurar una retirada ordenada y en plazo. Sin esta disposición por parte de Moscú, el repliegue de Afganistán en los plazos previstos hubiera sido una operación prácticamente imposible. Además, hubiera dado a Paquistán una capacidad de presión inasumible.

Pero la implicación de Rusia no va mucho más allá. La ayuda económica y militar prestada a Afganistán desde 2001 puede

22. A principios de 2012, el número de contenedores que habían utilizado esta ruta se acercaba a los 30.000, mientras el acuerdo de tránsito aéreo permite hasta 4.500 vuelos militares y un número ilimitado de vuelos comerciales cada año en ruta a Afganistán a través de Rusia, reduciendo significativamente los tiempos de tránsito y el consumo de combustible. En 2011-12, durante el tiempo en que Paquistán decidió cerrar sus fronteras al tránsito de recursos destinados a ISAF, estas rutas se convirtieron en imprescindibles para EEUU y sus aliados, lo que confirmó la necesidad de disponer de rutas alternativas a las que atraviesan el territorio del inestable y poco fiable vecino oriental.

calificarse de simbólica. Acuerdos como los que han permitido la adquisición por Afganistán de 21 helicópteros de transporte militar Mi-17 para la Fuerza Aérea afgana y la formación en Rusia del personal responsable de su mantenimiento o la promesa de financiar la construcción de viviendas en Kabul no colocan a Moscú entre los mayores apoyos con que cuenta Afganistán para su desarrollo económico o militar. Sólo cuando EEUU puso fecha al final a su presencia militar en Afganistán, Moscú pareció cambiar su actitud, temerosa del impacto que la Transición podría tener en el futuro de la región. Sin embargo, este cambio no debe hacernos perder de vista que, desde su perspectiva estratégica, el interés de Rusia por Afganistán es marginal y, como tantas otras veces ha sucedido a lo largo de la historia, a Rusia Afganistán le interesa, básicamente, en términos de contención. Para Rusia la presencia de EEUU y de la OTAN en Afganistán constituye un medio de limitar el riesgo de que la inestabilidad de Afganistán se extienda hacia el norte, a Asia Central. Pero por otra parte, a Rusia le resulta incómoda la presencia de la OTAN en su «patio trasero» y no tiene motivos para creer que la coalición liderada por EEUU vaya a encontrar una solución al problema que más le preocupa en esta zona: las drogas, campo en el que Rusia no ha tenido inconveniente en colaborar estrechamente con las fuerzas de la OTAN²³. A largo plazo, a Rusia le preocupa que se mantenga una presencia significativa de fuerzas de los EEUU o de la OTAN y le inquietan las informaciones sobre el establecimiento de bases permanentes. En este sentido, el viceministro de Asuntos Exteriores manifestaba en septiembre de 2012 que cualquier presencia de la OTAN a largo plazo debe ser mínima, limitándose a la necesaria para garantizar la seguridad de sus instructores. Además, tal presencia debería discutirse en todo caso en el seno de la ONU. En sus propias palabras: «Cualquier otra opción constituiría una fricción muy seria en las relaciones Rusia-OTAN».

23. Un ejemplo: En septiembre de 2012, una operación en la que participaron conjuntamente Rusia, fuerzas de la OTAN y de la policía afgana decomisó cerca de 6.000 Kg de droga de diferentes clases y desmanteló seis laboratorios de producción en Badakhsan.

Pese a todo ello, la Transición, en la medida en que implica la retirada de las fuerzas militares de EEUU y sus aliados, a los ojos de Rusia crea más problemas que beneficios en términos de estabilidad. La posible revitalización de los grupos islamistas más radicales y el más que probable uso del suelo afgano para el entrenamiento de voluntarios que podrían actuar en Rusia y Asia Central obligarían a Rusia a adoptar algún tipo de política de contención. Esta necesidad sería aun más patente si se produjera una división de Afganistán que supusiera la reaparición de una suerte de «Alianza del Norte» que agrupara a los grupos no pastunes del norte, con vínculos muy fuertes con Turkmenistán, Uzbekistán, y Tayikistán. Tal contingencia podría empujar a Rusia a proporcionar de nuevo dinero y armas a esta reaparecida alianza en caso más que probable de que se viera envuelta en un conflicto con el sur Pastún. Lo último que desearía Moscú sería que los talibán volvieran a controlar Afganistán y llenaran las repúblicas centroasiáticas de terroristas islamistas y drogas.

El principal interés estratégico de Rusia en Afganistán sería ser capaz de actuar como si no existiera, salvo en los pocos casos en los que intereses comerciales aconsejen otra cosa. A día de hoy, los intereses estratégicos de Rusia se centran más bien en el mar Caspio, China, y Asia central, donde pretende continuar jugando el papel de potencia dominante; parte de este papel dominante depende de que oleoductos, líneas ferroviarias y rutas de todo tipo transiten a través de su territorio, de forma que le permitan retener el control sobre los recursos de carácter estratégico de la zona. También mantiene en Irán, Irak y el Golfo intereses estratégicos mucho más importantes que los que puedan ligarle a Afganistán. Esto no significa que Rusia no vaya a apoyar los esfuerzos diplomáticos encaminados a lograr la paz y la estabilidad en Afganistán, o que no vaya a proporcionar cierta ayuda e inversiones siempre y cuando le resulte rentable. Oficialmente, apoya proyectos como el gasoducto TAPI (Turkmenistán-Afganistán-Paquistán-India) y el Proyecto de Comercio y Transmisión de Electricidad del Sur de Asia (CASA 1000) que beneficiarán a los estados de Asia Central. De la misma forma, Rusia ha impulsado el Grupo de Contacto de Afganistán en el seno de la Organización de Cooperación de Shanghai (SCO, *Shanghai Cooperation Organization*), organización establecida en 2005 que proporciona un foro

para que sus miembros proporcionen de forma conjunta ayuda al desarrollo y la estabilidad de Afganistán. Finalmente, Rusia apoyó a Afganistán para que fuera aceptado como Estado miembro de pleno derecho de la SCO en octubre de 2011.

Sin embargo, estos pasos son más gestos políticos que una muestra de que Rusia tenga intención de asumir un papel importante en Afganistán. La Organización de Cooperación de Shanghai se centra en Asia Central y no en los estados periféricos. Del mismo modo, la Organización de Cooperación de Asia Central, que Rusia fundó en 1996 y que condujo a la creación de la Comunidad Económica de Eurasia en octubre de 2000, se centra en Asia Central, Ucrania, Moldavia y Armenia y es más que nada una unión aduanera diseñada para aumentar la influencia rusa en los antiguos miembros de la Unión Soviética. Hay pocas posibilidades de que amplíe su alcance para desempeñar un papel significativo en Afganistán. En lo relativo a la seguridad el objetivo principal de la SCO ha sido mejorar las relaciones entre Rusia y China y limitar la influencia de EEUU, así como coordinar la lucha contra el terrorismo. Estos foros nos dan pistas sobre dónde están los intereses estratégicos de Rusia y parecen demostrar que hay pocas posibilidades de que pretenda asumir un papel protagonista en la seguridad de Afganistán o vaya a proporcionar una ayuda económica o militar significativa al gobierno afgano.

CHINA

El papel de China en Afganistán es más complejo que el de Rusia. Afganistán ofrece oportunidades a China en dos áreas vitales para su crecimiento económico: la explotación de recursos minerales y energéticos. Siempre y cuando las reservas de hidrocarburos, gas y minerales de Afganistán lleguen a tener un volumen significativo y pueden ser explotadas de forma segura, de manera que puedan satisfacer las crecientes necesidades del gigante asiático. De hecho, como ya hemos tenido ocasión de ver, China ya está invirtiendo en estos sectores en Afganistán. A la hora de analizar el papel de China en la actual coyuntura afgana, podemos partir de la base de que a la República Popular le interesa un Afganistán estable que deje de hacer necesaria la presencia de EEUU en su frontera occidental. Además, estaría

interesada en garantizarse el acceso a las materias primas afganas, para lo cual es esencial que Afganistán, además de convertirse en un estado estable, desarrolle unas infraestructuras que hagan posible la explotación y exportación de sus recursos minerales. China está colaborando activamente en lo segundo, pero en cuanto a la estabilidad, prefiere dejar esta responsabilidad a EEUU y sus aliados occidentales, fiel a su modelo de explotar los recursos de terceros países sin inmiscuirse en sus asuntos internos.

Desde el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Afganistán y la República Popular China, ésta ha tratado de promover unas relaciones amistosas, prestando ayuda económica a Afganistán de forma puntual. Ambos países intercambian visitas regulares y tratan de alcanzar acuerdos de cooperación bilateral en materia de lucha contra el terrorismo y contra el narcotráfico; en concreto, los esfuerzos de China en la lucha contra el terrorismo se centran en los grupos extremistas islámicos uigures que mantienen vínculos con Afganistán. Beijing ha expresado su apoyo a los esfuerzos de reconciliación con los talibán, pero limita su participación para evitar posibles repercusiones en el caso de los extremistas uigures. En el campo comercial, la Comisión Económica Conjunta Sino-Afgana es el marco en el que las relaciones comerciales entre ambos países siguen estrechándose y pone de manifiesto el interés chino por la estabilidad de Afganistán y por impulsar el acceso al comercio internacional por parte de Kabul.

China y Afganistán han llegado en el pasado a diversos acuerdos bilaterales, aunque la mayoría son de naturaleza simbólica. Beijing sigue prestando apoyo a la diplomacia regional, especialmente mediante la inclusión del Presidente Karzai en las cumbres anuales de la Organización de Cooperación de Shanghai y el apoyo al Grupo de Contacto SCO-Afganistán, ya que China considera a esta organización como una importante plataforma para la promoción de la estabilidad y la reconstrucción de Afganistán. La situación de seguridad en Afganistán plantea preocupaciones particulares a China por el apoyo externo que los separatistas uigures pudieran recibir desde un Afganistán inestable, por la seguridad de los trabajadores de la República Popular China en el país y por el tráfico de narcóticos hacia su territorio. Por ello, aunque China mantiene una estricta política de no-participación en las operaciones de ISAF, desde el año 2006 viene proporcio-

nado formación en su territorio a personal de las ANSF, tanto en el campo policial como en el militar. En esa línea, en septiembre de 2012 Zhou Yongkang, miembro del Comité Permanente del Politburó responsable de ley y orden, visitaba Kabul por sorpresa y tras reunirse con el presidente Karzai firmó una serie de acuerdos de cooperación no sólo económica, sino también en el campo de la seguridad, comprometiéndose a participar en el entrenamiento y financiación de la policía afgana. En el campo de la ayuda al desarrollo, China ha aportado desde 2002 más de 180 millones de dólares y en 2009 anunció una cantidad adicional de 75 millones durante los siguientes cinco años. Cabe esperar además que compañías chinas continúen invirtiendo en el desarrollo minero y en el desarrollo de las infraestructuras necesarias para su explotación y comercialización. Sin embargo, los progresos siguen siendo lentos y persisten los problemas de seguridad que paralizan algunos de los proyectos existentes y dificultan nuevas inversiones.

El campo en el que más evidente es el interés chino en Afganistán es el de la minería y los recursos energéticos. Además de haber alcanzado acuerdos para explotar el hierro de Haynak y el petróleo y gas del norte, la compañía *China Metallurgical Corp* (CNPC), de propiedad estatal, llegó en 2008 a un acuerdo para garantizarse el acceso a las minas de cobre de Mes Kayak, al sur de Kabul, acuerdo que no comenzará a proporcionar ingresos significativos a Afganistán antes de 2014. El futuro de éste y otros acuerdos, así como los efectos positivos que puedan tener sobre la economía afgana dependen en gran medida de la evolución de la situación de seguridad. Sólo India ha alcanzado acuerdos de la misma naturaleza, como el firmado en 2011 para la explotación de yacimientos de hierro en Hajigak.

En la práctica, Afganistán no ocupa un lugar relevante en la lista de prioridades de China, pero el hecho de compartir frontera y la posibilidad de que Afganistán pueda convertirse en un santuario para grupos terroristas islamistas, particularmente uigures y disidentes chinos, es algo que Beijing no pasa por alto. Como tampoco puede olvidar el problema que plantea Afganistán en el campo del narcotráfico, que también afecta seriamente a China. Afganistán, por su parte, puede verse tentado a imitar a Paquistán en la búsqueda de aliados más fiables o menos exigentes que los EEUU; China podría ser un perfecto sustituto en este caso. Pero

la realidad es que China tiene mucho más interés en los demás países de Asia Central que en Afganistán. El tráfico este-oeste que discurre a través de Rusia, Kazajstán, Kirguistán y Tayikistán, resulta mucho más importante que los potenciales corredores comerciales a través de Afganistán. La principal preocupación de China es evitar la desestabilización de la provincia de Xinjiang, pero ha delegado en los EEUU y la OTAN la neutralización de la amenaza procedente de Afganistán, sin implicarse militarmente. Sí está dispuesta a contribuir al desarrollo de Afganistán, pero sin inmiscuirse en la gobernabilidad del país y adoptando un «perfil bajo»: una vez que Occidente ha asumido el liderazgo, China tiene poco interés en una mayor implicación que supondría una subordinación a EEUU y la OTAN que quiere evitar de manera absoluta.

IRÁN

Aunque Irán no puede ser calificado como una «gran potencia», sí juega un papel importante en la región, implicándose más que Rusia y apoyando activamente el desarrollo de Afganistán, particularmente de su zona oeste, donde sus vínculos históricos y culturales tienden a traducirse en influencia política. El oeste de Afganistán, que durante mucho tiempo perteneció al imperio persa y en el que se habla farsi, una variante del persi iraní, siempre ha mantenido vínculos muy estrechos con Irán, que además es mucho más cercano y accesible que Kabul. En las provincias de Herat, Farah y Nimroz, el comercio se realiza con Irán, de donde viene la energía en forma de electricidad y hacia donde se emigra en busca de trabajo o se huye en busca de refugio. Un poco más al oeste, los hazaras siempre se han sentido unidos a Irán por compartir el mismo credo religioso, el chiísmo; Irán ha sido el tradicional defensor de esta minoría despreciada por sus compatriotas suníes. Los líderes políticos hazaras siempre han mantenido un contacto muy estrecho con Teherán, de quien han recibido apoyo cuando lo han necesitado y presiones cuando no han actuado a su gusto. Estas vinculaciones son las bazas con las que cuenta Irán a la hora de extender su influencia. Porque Teherán quiere ser un actor importante en Afganistán, para ello, además de prestar ayuda económica y militar, se apoya en los par-

tidos políticos y líderes religiosos chiítas y trata de influir en los centros de poder y medios de comunicación afganos. A través de ellos, Irán ha intentado en todo momento influir en los acontecimientos que se han ido produciendo en Afganistán, apoyando abiertamente al gobierno afgano, abordando proyectos económicos y culturales dirigidos a la población afgana, particularmente a minorías como la hazara y apoyando de modo encubierto tanto a los insurgentes como a diversos grupos políticos de la oposición. Irán, que a largo plazo aspira a desempeñar un papel dominante en Afganistán y en la región en general, no ha perdido ocasión de pedir la retirada de las fuerzas militares extranjeras y ve con recelo un gobierno pro-paquistaní en Kabul o una presencia militar norteamericana tan próxima a sus fronteras.

Irán se esfuerza por mantener relaciones positivas con el Gobierno afgano en el que, a pesar de las denuncias sobre el apoyo encubierto de Teherán a los insurgentes, hay una facción pro-iraní muy influyente. Además de mantener una presencia diplomática y consular muy importante, Irán utiliza a menudo visitas de alto nivel para afianzar su influencia y ya de paso, criticar públicamente la injerencia de la comunidad internacional en Afganistán y pedir la retirada de ISAF. En junio de 2011, los ministros de Defensa de Irán y Afganistán emitieron una declaración conjunta expresando su intención de aumentar la cooperación para hacer frente a las amenazas comunes y luchar contra el crimen organizado y el narcotráfico. A día de hoy, ya hay en marcha algunas actuaciones de cooperación en estos campos, entre ellas la Iniciativa Triangular auspiciada por la Oficina de las Naciones Unidas de Lucha Contra las Drogas que incluye una nueva célula de planificación conjunta en Teherán, oficinas fronterizas de enlace y operaciones antinarcóticos conjuntas. De momento los resultados han sido limitados.

Desde 2001, Irán ha comprometido más de mil millones de dólares en ayuda y ha aportado realmente algo más de la mitad, concentrando sus esfuerzos en el oeste del país. En 2012 mantenía consulados en Herat, Jalalabad, Kabul, Kandahar y Mazar-e-Sharif, y estaba considerando la apertura de consulados adicionales en Bamayán y Nimroz. Su objetivo es aumentar su influencia entre la población local con el fin de crear un ambiente favorable a Irán. Paralelamente, sigue prestando asistencia, incluyendo armas y

entrenamiento, a los talibán y otros grupos insurgentes²⁴. La relación de Teherán con estos grupos es consistente con la meta a corto y medio plazo de socavar los esfuerzos de la coalición, a pesar de las diferencias ideológicas existentes entre ambos. En cualquier caso, Irán mide la ayuda que presta a los insurgente, de forma que supongan una amenaza para la coalición, pero no lleguen a hacerse demasiado fuertes. Las razones que explican este comportamiento son claras: tanto los talibán como los EEUU son enemigos de Irán, que prefiere que el conflicto afgano se resuelva sin un triunfo claro de ninguno de los dos. Afganistán es importante para Irán para asegurar su flanco oriental, para controlar el flujo ilícito de armas, estupefacientes y emigrantes a través de sus fronteras y para contrarrestar la presencia de EEUU en Asia Meridional y Central. Aunque los EEUU e Irán comparten un interés común en la derrota de los talibán y sus asociados y en la estabilidad de Afganistán a largo plazo, la competencia por ganar influencia, tanto en Afganistán como en el resto de la región y su enfrentamiento político impide cualquier tipo de cooperación.

Para Afganistán, las relaciones con Irán han fluctuado a lo largo de los años y han estado marcadas por conflictos periódicos sobre los derechos sobre las aguas del río Helmand, cuyo aprovechamiento en territorio afgano afecta al caudal del que finalmente pueden disponer los iraníes. Irán se opuso a la invasión soviética de 1979 y apoyó la resistencia afgana, prestando asistencia financiera y militar a los líderes rebeldes que se comprometieron con los ideales de la revolución islámica iraní, empezando por Ahmed Shah Massoud, líder militar de la Alianza del Norte. A raíz de la aparición de los talibán y su duro trato a los hazaras, Teherán intensificó su apoyo a la Alianza del Norte en dinero, armas y ayuda humanitaria. Para Teherán, las relaciones con los talibán se deterioraron aún más en 1998 después de que

24. Se sospecha que Teherán financia grupos insurgentes que hostigan los trabajos en la presa de Salma, en el río Hari, afluente del Farah. La construcción de esta presa reduciría el caudal remanente para Irán de 300 a 90 millones de metros cúbicos, disminuiría las importaciones de electricidad de Irán y aumentaría el potencial agrícola de la provincia de Herat; todo ello supondría un perjuicio económico considerable para Irán. El aprovechamiento del caudal del río Farah ha sido causa de frecuentes desencuentros entre ambos países.

éstos tomaran el consulado iraní en Mazar-e-Sharif y ejecutaran a once diplomáticos iraníes mientras en toda la ciudad masacraban a miles de chiitas. Las tensiones subsiguientes llevaron a Irán a desplegar 300.000 soldados a lo largo de la frontera y a amenazar a los talibán con una ruptura abierta de hostilidades, que en última instancia fue desechada.

Cuando a raíz del 11-S Estados Unidos lanzó su campaña contra el régimen talibán, los elementos más conservadores del régimen convencieron al líder supremo Jatami de que a Irán le convenía apoyar en este caso a EEUU, para asestar un golpe definitivo a los talibán, debilitando así indirectamente a Paquistán y ampliando el peso de Irán en la región. De acuerdo con ello, Irán apoyó en su momento a la Alianza del Norte y desempeñó un papel constructivo en las negociaciones de la posguerra en Bonn, además de proporcionar ayuda económica para la reconstrucción del país. En diciembre de 2002, Irán firmó una declaración «buena vecindad», en la que se comprometió a respetar la independencia de Afganistán y su integridad territorial. Y hasta ahí llegó el concierto entre Irán y los EEUU. Desde entonces, la renuencia de EEUU a tratar con Irán y la preocupación de Irán al verse rodeada de bases militares estadounidenses, no sólo en Afganistán sino también en Asia Central, ha propiciado un aumento constante de las tensiones entre los dos países. No faltan quienes critican que EEUU haya sido tan intransigente con Irán y tan tolerante con Paquistán. En realidad, los intereses de EEUU en la zona estaban posiblemente más próximos a los de Teherán que a los de Karachi.

Irán ha participado activamente en los esfuerzos de reconstrucción de Afganistán, sobre todo en las provincias limítrofes de Herat, Farah y Nimroz. La Cámara de Comercio de Afganistán, calcula que hay 2000 empresas privadas iraníes operando dentro de Afganistán (mayo de 2012), mientras el gobierno iraní financia proyectos de transporte e infraestructura energética, incluyendo la construcción de carreteras, enlaces ferroviarios y la red eléctrica de Herat. Se cree también que la Guardia Revolucionaria de Irán entrena a algunas unidades de las fuerzas de seguridad afganas. Paralelamente, el gobierno iraní actúa en Afganistán como un potente *Lobby* que alienta a los miembros del Parlamento a apoyar políticas anti-estadounidense y anti-OTAN, utilizando asuntos

como las bajas civiles causadas por los ataques de EEUU o la OTAN entre la población civil para tratar de forzar un estado de opinión contrario a la presencia militar extranjera. Por la misma vía, trata de promover los derechos de la minoría chiíta, incluyendo viejas aspiraciones de esta minoría como la de un sistema judicial independiente. Para ello, la embajada iraní ha cultivado relaciones con los miembros de grupos de la oposición como el Frente Unido, parlamentarios hazara y diputados de Herat y otras provincias occidentales. Las relaciones diplomáticas entre Kabul y Teherán también han ido en aumento: En marzo de 2010, el presidente Ahmadinejad visitó Kabul, un gesto de reciprocidad hacia el presidente Karzai, que había visitado Teherán en agosto del año anterior. A mediados de junio de 2011, el ministro de Defensa iraní Ahmad Vahidi hizo un viaje histórico a Afganistán para reunirse con su homólogo afgano, la primera visita en 92 años. Actualmente, su empeño reside en ampliar su influencia más allá del cinturón chií.

En conjunto, el efecto neto de la influencia iraní en el oeste de Afganistán puede calificarse como positivo; ha contribuido a la estabilidad y la prosperidad en la zona y ha facilitado la transferencia del control de la seguridad a las fuerzas afganas, aunque según todos los indicios Teherán siga ofreciendo algún tipo de apoyo material a los talibán. El general David Petraeus, comandante de las tropas estadounidenses en Afganistán, declaró ante el Senado en 2011 que Irán «sin lugar a dudas» ofrece «armas, entrenamiento y financiación», a los talibán, pero insistió en que esa cooperación se presta en «cantidades limitadas», «Suficiente para hacernos la vida difícil, pero no para que realmente tengan éxito». Desde 2007, se han interceptado en Afganistán varios envíos de armas procedentes de Irán.

Irán ha cooperado con otros países de la región para ganar influencia en el Afganistán post-ISAF, en particular con India y Rusia, los otros dos países que junto con Irán constituyeron el bloque que apoyó a la Alianza del Norte contra a los talibán, apoyados a su vez por Paquistaníes y saudíes. Irán y la India han tratado en todo momento de contrarrestar el dominio de Paquistán sobre las rutas comerciales de afganas a través de la construcción de una carretera de 220 kilómetros que enlazará Zaranj (Nimroz) con el puerto iraní de Chabahar en el Océano Índico. Esta carre-

tera, financiada en su totalidad por la India, proporcionará una ruta alternativa a Paquistán para el comercio por tierra. Teherán ha construido también un tramo de red ferroviaria para enlazar la frontera afgana con su propia red ferroviaria. Actualmente se trabaja para hacer llegar este tramo hasta Herat.

Tratando de romper el aislamiento diplomático al que su empeño en mantener su programa nuclear le está conduciendo, Irán se ha acercado a la India para discutir con Afganistán, a tres bandas, el futuro de este país. Sin embargo, la cooperación indo-iraní en Afganistán se ha visto limitada por la presión de EEUU sobre la India y seriamente dañada por el apoyo de la India a las sanciones de EEUU contra Irán, un reflejo más de un acercamiento indo-estadounidense que dificulta enormemente cualquier colaboración entre Irán y la India y se ve con gran recelo desde Paquistán.

Irán ve como una amenaza a la estabilidad de la región la intención de EEUU de mantener una presencia permanente en Afganistán, intención que ha quedado clara a los ojos de Teherán en el acuerdo estratégico alcanzado en mayo de 2012 entre los presidentes Karzai y Obama²⁵, que incluye efectivamente una presencia militar estadounidense más allá de 2014. Sin embargo, la confrontación con EEUU no es el factor dominante a la hora de moldear la conducta de Irán hacia Afganistán. El mayor problema para Irán lo constituye la porosa frontera que comparten, testigo de un importante tráfico de drogas y armas, así como de un flujo de refugiados e inmigrantes ilegales muy importante, factores que pueden tener un efecto indeseable en la seguridad y la estabilidad iraníes. El 60% de la heroína de Irán proviene de los campos de adormidera afgana; el aumento en el consumo de drogas ha puesto a prueba la capacidad de la policía iraní y ha causado graves problemas de la sociedad, como la creciente incidencia del SIDA y la criminalidad asociada al consumo de drogas. Irán es también una zona de tránsito para muchos afganos víctimas del comercio de seres humanos, incluidos niños pequeños que se venden con fines de explotación sexual.

25. Acuerdo aun pendiente de ratificación por el Presidente Karzai.

Un problema particularmente espinoso entre Afganistán e Irán lo constituyen los refugiados. En la actualidad, aproximadamente tres millones de refugiados afganos residen en Irán, de los cuales sólo un tercio está registrado en la Comisión de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Los refugiados registrados tienen acceso a educación, sanidad y están autorizados a trabajar en Irán, todo ello coordinado por ACNUR con la autoridades iraníes. Para limitar el impacto en su economía, muy castigada por las sanciones económicas impuestas como consecuencia de su programa nuclear, Irán está siguiendo una política de repatriación forzada de los no registrados, a un ritmo de entre 17.000 y 25.000 personas por mes (datos de otoño del 2012). Desde 2005, el presidente Ahmadinejad ha intensificado la repatriación forzosa de refugiados afganos, a menudo sin la necesaria coordinación con Afganistán. Según datos oficiales afganos, Irán devolvió hasta 160.000 refugiados entre marzo de 2010 y febrero de 2011, lo que ha provocado tensiones entre los dos países. De todas formas, a pesar de las continuas amenazas en tal sentido, no es previsible un retorno forzoso masivo a corto plazo. De hecho, es más bien el deterioro de la situación económica en Irán lo que está provocando un aumento significativo en los retornos voluntarios. Las autoridades afganas, mal equipados para lidiar con la carga humanitaria que suponen estos retornos, han llegado a acusar a Irán de usar a los refugiados como un instrumento de desestabilización.

LOS «STANS»

En teoría, las naciones que hacen frontera con Afganistán al norte, conocidas como «Stans» (Turkmenistán, Uzbekistán, Tayikistán y, más al norte, Kirguizistán y Kazajstán), podrían beneficiarse de una estabilidad duradera en Afganistán que produciría un aumento en la seguridad del comercio en la zona y un mayor control del flujo de drogas a través de sus fronteras. Sin embargo, a la hora de definir el papel de los «Stans» en el conflicto afgano, suele hacerse hincapié en la escasa ayuda que han dado a Afganistán y en lo limitado que su papel ha sido hasta la fecha. Pero lo cierto es que se han convertido en un aliado imprescindible para los EEUU y la OTAN, sobre todo a raíz de los problemas que Pa-

quistán viene creando al uso de su territorio como ruta de tránsito hacia Afganistán. Los estados de Asia Central son anfitriones de la Red de Distribución Norte²⁶ (NDN) y de las principales rutas de transporte aéreo hacia y desde Afganistán, más importantes que nunca ante el repliegue de las fuerzas de ISAF y la posibilidad de que en cualquier momento Paquistán cierre sus fronteras al tránsito de recursos de esta organización, como hizo durante más de un año tras la muerte de una veintena de sus soldados en un trágico error cometido por tropas de EEUU a finales de 2011. Para reforzar estas rutas, Afganistán finalizó en noviembre de 2010 una línea de ferrocarril de 75 km que une Mazar-e-Sharif con Hairatan, en la frontera con Uzbekistán, enlazando a partir de allí con la red de ferrocarriles que, a través de las repúblicas centroasiáticas y Rusia, llega hasta Europa occidental. Kirguizistán, por su parte, alberga el Centro de Tránsito de Manas, un importante punto de tránsito aéreo para las fuerzas de la coalición en su camino hacia y desde Afganistán.

Las preocupaciones en cuanto al papel que los *Stan* puedan jugar en el conflicto afgano incluyen tanto una posible propagación del extremismo violento en la región como las amenazas derivadas del narcotráfico y otras actividades delictivas. Siendo estos estados, sobre todo Tayikistán, la principal ruta de la droga afgana hacia los mercados de Rusia, la seguridad fronteriza seguirá siendo una de las principales preocupaciones en la zona, sin olvidar que la evolución de los acontecimientos en Afganistán es un factor fundamental en este problema.

Es difícil encontrar proyectos comunes que impliquen grandes beneficios a corto plazo para Afganistán y sus vecinos del norte; quizá el único sea el proyecto de gasoducto TAPI que uniría Turkmenistán con Paquistán y la India a través de Afganistán, ofreciendo ventajas económicas muy importantes para todos ellos, pero cuyos problemas de ejecución ya han sido explicados. Sin

26. La red de rutas terrestres denominada Red de Distribución Norte fue desarrollada para evitar a EEUU y sus aliados depender exclusivamente de las rutas que transitan a través de Paquistán. Ver: Ruiz Arévalo, Javier. Afganistán y la Red de Distribución Norte. Algo más que un Problema Logístico. Cuadernos del CESEDEN. Núm. 319. Madrid 2011.

embargo, sí es posible pensar en una serie de proyectos de cooperación regional que podrían llevarse a efecto si Afganistán lograra un mínimo de estabilidad y no se dejara arrastrar por prejuicios étnicos en las relaciones con sus vecinos. Son proyectos que, con una inversión mínima, podrían tener un impacto económico significativo. A modo de ejemplo podrían citarse el intercambio transfronterizo de electricidad o el fomento de programas transfronterizos de salud, incluyendo campañas contra enfermedades como la tuberculosis (los estados de Asia Central tienen una tasa de tuberculosis de las más altas del mundo).

En la práctica, todos los *Stan* se enfrentan a incertidumbres económicas y de seguridad tras el repliegue de ISAF de Afganistán; este repliegue implicará importantes disminuciones en sus ingresos y una situación de seguridad incierta a la que tendrán que enfrentarse cada uno desde su posición particular, que dista mucho de ser homogénea para todos ellos. Turkmenistán tiene una frontera larga (744 kilómetros), con terreno relativamente abierto en muchas zonas, en la que la seguridad fronteriza ha mejorado significativamente en los últimos años. Uzbekistán, a pesar del famoso «Puente de la Amistad» que la une con Afganistán superando el Amu Darya, cuenta con este río como barrera de separación a lo largo de sus 137 kilómetros de frontera, que es una de las más fuertemente custodiadas del mundo. Afganistán y Tayikistán comparten una frontera de aproximadamente 1.206 kilómetros de longitud que discurre por un terreno muy accidentado. Esta frontera no está bien guardada y podría presentar problemas en el futuro. Adicionalmente, Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán tendrán que lidiar con el problema de la existencia de minorías étnicas en Afganistán muy vinculadas con las suyas propias, sobre todo si surge algo parecido a una nueva Alianza del Norte o si los talibán tienen suficiente éxito en Afganistán como para amenazar con ocupar el norte.

Hay quienes han acuñado el término «Oportunistas» para describir la manera en que estas repúblicas abordan sus relaciones con Afganistán ya que, sin que ello debiera sorprendernos demasiado, cada una de ellas lo hace en función de sus propias necesidades internas, buscando toda la ayuda exterior posible y explotando todas las oportunidades de comercio e inversión que pueda conseguir. Cada una tiene sus propios problemas

de gobernabilidad, corrupción, estabilidad política y seguridad interna, entre ellos la existencia de varios movimientos islamistas²⁷ y diferencias tribales, sectarias y étnicas. Cada uno desea la cooperación regional, pero sobre una base oportunista ligada a los beneficios que pueda obtener para su economía. Todos ellos son conscientes de que EEUU y Occidente van a jugar un papel cada vez menor en Asia Central y ven a China y Rusia como socios clave en el futuro, por su importancia creciente en relación con los EEUU y la Unión Europea, conscientes de los efectos que la retirada de Afganistán y la crisis económica que padecen va a suponer en cuanto a los niveles de inversión privada que puedan esperarse de ellos.

A modo de resumen, podríamos concluir que los *Stan* seguirán jugando un papel limitado en el futuro de Afganistán. Su principal apoyo a EEUU y Occidente se traduce en el uso de su territorio para el tránsito a y desde Afganistán, pero tanto este como cualquier otro apoyo dependerá siempre de los propios intereses de cada república. Para los *Stan* el principal problema respecto a su vecino del sur lo constituyen los kilómetros de frontera que comparten, por la que quieren evitar que se difundan la droga y el islamismo radical procedentes de un Afganistán que podría no ser capaz de controlar su propio territorio tras la retirada de ISAF. Turkmenistán, Uzbekistán, Tayikistán (junto con Kirguistán, Kazajistán, Irán, China y Rusia) tratarán de crear tampones dentro de Afganistán si se produce una división entre las áreas pastún y el norte y probablemente proporcionarían armas y ayuda si esa división se volviera violenta. Es previsible que al menos Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán se centrarán mucho más en los lazos locales con áreas específicas del norte de Afganistán que con Afganistán como nación. Cada uno intentará aprovechar las mejoras en la seguridad y la capacidad de las rutas comerciales y los oleoductos.

27. El Movimiento Islamista de Uzbekistán (IMU) está fuertemente asentado tanto en Paquistán como en Afganistán, donde colabora activamente con otros grupos islamistas.

PAQUISTÁN

De todos los vecinos de Afganistán, Paquistán es sin duda alguna el que ha jugado un papel más relevante en el actual conflicto y el llamado a jugar un papel más decisivo en su desarrollo futuro. Es también el que tiene un interés mayor en que el conflicto se resuelva de una manera favorable a sus intereses. Lo primero que debe decirse respecto a las relaciones entre Afganistán y Paquistán es que ambos están separados por una frontera artificial, trazada de modo arbitrario por los británicos en función de sus intereses y que nunca ha sido reconocida por Afganistán. Esta línea parte por la mitad el territorio de los pastunes, que nunca han reconocido una frontera que incluso aquéllos que la trazaron definieron como una línea política no llamada a modificar realidades de hecho. También es necesario entender la realidad de Paquistán, un estado que nace de la partición, con criterios religiosos, de la antigua India Británica; que, con razón o sin ella, se ha sentido amenazado desde su nacimiento por la India; que ha mantenido desde entonces un conflicto interminable sobre Cachemira y que aglutina una diversidad de grupos étnicos cuyo único denominador común es el Islam, causa del nacimiento del estado paquistaní y para muchos la única fuerza que puede mantenerlo unido. El conflicto de Cachemira en concreto, ha dado origen a varias guerras abiertas con la India y a unas relaciones muy tensas por el apoyo de Paquistán a grupos terroristas musulmanes que actúan en la India y Cachemira y la subsiguiente respuesta India de apoyar a grupos terroristas independentistas baluchis.

Para entender la actitud que los sucesivos gobiernos Paquistaníes han mantenido en los últimos años respecto al conflicto afgano, es necesario analizar las razones que llevaron al poderosísimo estamento militar a apoyar a los talibán. El apoyo paquistaní a este grupo no se debe a motivaciones ideológicas, sino más bien a motivaciones estratégicas fáciles de entender. El carácter estratégico de estas motivaciones queda reflejado en el hecho de que la postura Paquistaní en este campo se ha mantenido inalterable a lo largo de los años, a pesar del diferente color político de los diferentes gobiernos. Desde que el General Babar, ministro de Bhutto, la formulara en 1994, esta estrategia se ha mantenido inalterada: El apoyo a los talibán pretende evitar que un Afganistán

gobernado por la pro-India Alianza del Norte, o simplemente por los no-pastunes del norte, suponga que Paquistán quede rodeado y pueda verse obligado a luchar una guerra contra la India en dos frentes. Parecerá poco realista, pero es la percepción que las élites políticas y la mayoría de los paquistaníes tienen de su situación. Los gobiernos de Islamabad han considerado siempre imprescindible contar con un gobierno amigo en Kabul o, en su defecto, que las zonas pastunes fronterizas estén controladas por fuerzas afines, para evitar que la India pueda alentar desde las zonas pastunes afganas movimientos separatistas en Paquistán, como ya hiciera Kabul en los años 50. El probable apoyo de Kabul a los separatistas baluchis y la negativa a reconocer la línea Durand no hacen sino abonar estos temores y la idea absurda pero muy extendida entre los paquistaníes de que la India está detrás de los talibán paquistaníes.

Sin embargo, a pesar del éxito militar obtenido por los talibán con el apoyo paquistaní, ya en 1998 empezó a quedar claro que la estrategia adoptada era peligrosa. Estos temores se acentuaron cuando Osama Bin Laden y *Al Qaida*, tras ser expulsados de Sudán, buscaron refugio entre sus antiguos socios de la época de la lucha contra los soviéticos. *Al Qaida* se ganó el aprecio de los talibán por la afinidad ideológica, por sus aportaciones económicas y por proporcionar fuerzas de choque dispuestas a luchar en el norte del país, donde la mayoría de los pastunes afganos se mostraban más que reacios a actuar. En agosto de 1998, como respuesta al ataque de las embajadas de EEUU en Nairobi y Dar-El-Salaam que causaron más de 200 muertos, EEUU bombardeó bases de *Al-Qaida* en Afganistán. A raíz de estos ataques, los gobiernos de Nawaz Sharif y de Musharraf intentaron infructuosamente que los talibán rompieran con el grupo de Bin Laden y trataran de mejorar sus relaciones con los EEUU, aunque lo cierto es que estos intentos no fueron acompañados por ningún tipo de presión. Pero, a pesar de que los talibán se le iban yendo de las manos, para Musharraf no había otra alternativa disponible que garantizara los intereses de Paquistán, que seguía ligado a los talibán cuando se produjeron los ataques del 11-S.

A partir de este momento, las presiones de EEUU sobre Paquistán para que dejara de apoyar a los talibán y colaborara en la aniquilación de *Al Qaida* se hicieron mucho más fuertes y obli-

garon a Musharraf a comprometerse a apoyar logísticamente el esfuerzo militar de EEUU en Afganistán, detener a los miembros de Al-Qaida en Paquistán e impedir la retirada de los talibán hacia su país. Esta última promesa nunca fue cumplida al cien por cien; de hecho, las fuerzas Paquistaníes se aplicaron a detener a miembros de *Al-Qaida* árabes o de otras nacionalidades, pero respetando a afganos y paquistaníes. Musharraf tuvo que emplearse a fondo para convencer a sus conciudadanos de que estas concesiones eran necesarias para evitar que EEUU optara por aliarse con la India y finalmente ambos destruyeran Paquistán. Sin embargo, la alianza con los EEUU no fue nunca popular entre los paquistaníes. Aún hoy, cualquier acción contra los talibán afganos se ve como una concesión inaceptable a los EEUU contra un grupo hermano que lucha contra la ocupación extranjera, e infiel, de su territorio. En el caso de los talibán paquistaníes, la actitud es menos clara; muchos paquistaníes, para evitar conflictos de conciencia, sostienen que EEUU y la India están detrás de estos grupos, que sólo pretenden debilitar a Paquistán frente a la eterna amenaza de la India.

La retirada de los talibán afganos a Paquistán y el apoyo que allí recibieron de los pastunes paquistaníes llevó a Washington a presionar a Musharraf para que se enfrentara a ellos; paralelamente, se le presionaba para que dejara de apoyar a las milicias anti-indias de Cachemira a las que se venía apoyando desde 1988... Si todo ello no bastaba para inflamar el antiamericanismo en Paquistán, la invasión de Irak generalizó un sentimiento que hacía cada vez más difícil a Musharraf mantener su alianza con los EEUU. La aparición en Paquistán de grupos terroristas como *Lashkar-e-Taiba* no hizo sino aumentar las presiones de EEUU para que Paquistán fuera adentrándose en lo que iba convirtiéndose en una auténtica guerra civil. A cambio de promesas americanas de presión a la India para solucionar el problema de Cachemira, Paquistán se mostró más receptivo a las peticiones americanas, pero siempre centrándose más en *Al-Qaida* que en los talibán.

Finalmente, en 2004 se tomó la decisión de actuar militarmente en Waziristán del Sur, donde los talibán paquistaníes se habían hecho fuertes y los afganos contaban con una base de operaciones segura desde la que organizar sus acciones en Afganistán. La ofensiva del ejército produjo una revuelta de las tribus, celosas de una

independencia que desde los tiempos de los británicos siempre se había respetado: ni el ejército británico, ni el paquistaní habían operado nunca en esta zona, dejada en manos del Cuerpo de Fronteras, una fuerza paramilitar reclutada localmente. En el seno del ejército, se produjeron deserciones y negativas a combatir de soldados y oficiales,... ante la evidencia de que se estaba tensando demasiado la cuerda, se llegó a un acuerdo con las tribus: a cambio de la retirada del ejército, los militantes de la zona no atacarían Paquistán, aunque se reservaban el derecho de actuar en Afganistán. Tal acuerdo, como es lógico, nunca fue aceptado por los EEUU y la continuación de sus ataques en la zona hizo que las tribus se consideraran traicionadas y rompieran el acuerdo. Los enfrentamientos continuaron hasta 2005, momento en que se firmó un segundo acuerdo. Sin embargo, los incidentes de la Mezquita Roja, donde el ejército acabó atacando lo que se había convertido en un foco de rebeldía en el mismo corazón de Paquistán, provocando 173 muertos, incluidos 19 soldados, desencadenó una revuelta generalizada en las zonas pastunes que acabó cristalizando en 2007 en la creación de los talibán paquistaníes, grupo que actuaba tanto en apoyo de sus colegas afganos, como contra el ejército paquistaní si éste se adentraba en las zonas tribales bajo su control.

Paquistán siempre ha alegado que le resulta muy difícil luchar contra unos grupos perfectamente mimetizados entre la población, que actúan en zonas en las que su control es muy tenue y que gozan con el apoyo generalizado de la población, que ve en ellos una continuación de la *Yihad* afgana contra los americanos. Esta asimilación entre unos y otros se ve facilitada por el hecho de que, si la frontera afgano-paquistaní nunca fue reconocida como tal por los pastunes, ni formalmente ni en la práctica, el éxodo de tres millones de afganos, casi todos a estas zonas, ayudó a desdibujar aún más esta frontera y a considerar como una misma cosa la lucha a ambos lados.

Un factor adicional a tener en cuenta es la dependencia que Paquistán tiene de la ayuda económica de EEUU para subsistir. Entre 2002 y 2011, los EEUU transfirieron 14.600 millones de dólares en concepto de ayuda militar (para 2012 la previsión era de 1.600 millones más) y unos 1.500 millones en concepto de ayuda al desarrollo. Evidentemente estas transferencias, vitales

para la subsistencia del país, están condicionadas a los intereses estratégicos de EEUU, que nunca ha intentado utilizarlas para impulsar cambios económicos o políticos mientras Paquistán ha sido útil para sus políticas en Afganistán. El continuo deterioro de las relaciones entre los dos países, unido a presiones derivadas de la situación económica, hacen previsible que en el futuro estas cantidades se vean reducidas drásticamente, lo que contribuiría a que Islamabad se sintiera menos inclinado a apoyar las políticas de EEUU. La próxima retirada estadounidense también contribuye a que se sienta inclinado a centrarse más en sus propios intereses estratégicos.

Y este es el reto al que se enfrenta Paquistán, presionado por EEUU y Afganistán para que actúe contra los insurgentes que utilizan su territorio como santuario desde el que actuar en Afganistán; preocupado por una insurgencia islamista que se le va escapando de las manos; presionado por una opinión pública que no entiende que se ataque a los combatientes afganos; y preocupado siempre por las repercusiones que en su seguridad pueda tener la situación en Afganistán... una ecuación muy difícil que a día de hoy trata de solucionar combinando una actitud hostil hacia los EEUU, a los que ha ido negando apoyos paulatinamente, con un acercamiento a China, potencial relevo de los EEUU a la hora de sostener le débil economía paquistaní. Todo ello combinado con una ofensiva selectiva contra los grupos insurgentes que más pueden amenazar sus intereses. Fruto de estas tensiones es también su actitud poco clara en el conflicto de Afganistán, donde su postura es clave tanto para una solución negociada como para la derrota de los insurgentes. En ambos casos ha demostrado una actitud ambigua que no permite descubrir sus intenciones últimas. Lo que sí parece que está claro es que Paquistán no está dispuesto a renunciar a dos objetivos respecto a Afganistán: una presencia significativa de los pastunes en cualquier régimen que pueda establecerse en Kabul y un nivel de influencia en su vecino que le permita, como mínimo, garantizar que su territorio no pueda emplearse como una base desde la cual atacar al propio Paquistán. Cualquier situación futura que no garantice estos dos requisitos nunca será aceptable para el gobierno de Karachi. Y es la necesidad que siente de garantizar estos intereses lo que lleva a los gobiernos de Karachi a intentar estar presente en cualquier negociación que se lleve a cabo para

poner fin al conflicto afgano. Otra de las fuentes de discordia entre EEUU y Paquistán es precisamente la percepción que este segundo tiene de que se le está dejando al margen de las negociaciones que EEUU está iniciando con los talibán, algo que de ninguna manera está dispuesto a consentir²⁸.

Conviene resaltar por último que Paquistán, aparte de su implicación en el conflicto afgano, es un problema en sí mismo. Y que se trata de un país demasiado grande y de una potencia nuclear, lo que hace necesario evitar a toda costa su colapso. No viene mal tener en cuenta también que la campaña iniciada por los EEUU en Afganistán está en el origen del mayor problema que amenaza la estabilidad de Paquistán: la amenaza creciente del islamismo radical. El riesgo que implica el colapso de Paquistán es indudablemente mayor que el que supone un Afganistán fallido, por lo que muchos analistas aconsejan a los EEUU dar la máxima prioridad al primero frente al segundo, reduciendo la presión para que actúe militarmente contra los talibán y acelerando un repliegue de Afganistán que, según ellos, tendría efectos balsámicos en Paquistán, al privar a los insurgentes islamistas de la mayor baza con la que cuentan frente a la opinión pública: la *Yihad* contra los americanos en Afganistán y contra su propio gobierno, descrito como un títere al servicio de EEUU. Con la misma finalidad, deberían reconocerse como legítimos los intereses de Paquistán en Afganistán; por parte de EEUU debería hacerse un esfuerzo por reconciliar estos intereses, con los que demuestra la India, no descartando una cierta contención en la creciente influencia que este país viene desplegando en todos los ámbitos de la vida afgana. Por último, nada ayudaría

28. El «Asunto Pastunistán» es otro de los factores que puede estar condicionando la postura paquistaní. No parece que los talibán se planteen como un objetivo la unificación de los pastunes de ambos lados de la frontera en un solo estado. Su objetivo declarado es mantener Afganistán unido; sólo en el caso de que Afganistán se fraccionara, como consecuencia de las tensiones étnicas entre pastunes y grupos de lengua dari, podrían los talibán reorientar su estrategia y tratar de reunir a todos los pastunes en un hipotético Pastunistán. La influencia de Paquistán en la cúpula talibán puede haber ayudado a que estos hayan aparcado este espinoso problema, tan preocupante para Paquistán y puede ser uno de los factores que animan a Karachi a mantener su alianza con los talibán, como instrumento de un Afganistán unido que desactive el «asunto Pastunistán».

más a estabilizar Paquistán, que una solución aceptable al conflicto de Cachemira, solución que sólo una fuerte presión de EEUU y Occidente en general sobre ambos países podría propiciar.

El resultado de las elecciones de mayo de 2013 que dieron el triunfo a la islamista liga musulmana de Sharif despertó ciertos temores en el sentido de que podría implicar cambios en la política hacia Afganistán. Podría esperarse que un gobierno más próximo a las tesis de los talibán podría demostrar cierta inclinación a entenderse tanto con los insurgentes afganos como con los propios talibán paquistaníes, dificultando la lucha contra estos grupos. Sin embargo, estos temores resultan poco realistas si tenemos en cuenta que, sea cual sea el resultado en las urnas, el poder real seguirá en manos de las fuerzas armadas, en el seno de las cuales no se prevén cambios de estrategia, al menos a medio plazo.

EL TANDEM PAQUISTAN-INDIA

Resulta difícil analizar el papel de India en Afganistán sin ponerlo en relación con el de Paquistán, aunque sea sólo porque la política de este segundo hacia su vecino occidental viene casi absolutamente condicionada por su actitud hacia India. Para Paquistán, las consideraciones sobre su propia seguridad prevalecen sobre las relativas a sus necesidades de desarrollo, posiblemente por el peso excesivo que sus fuerzas armadas tienen a la hora de orientar la política paquistaní; basta comparar el esfuerzo en defensa realizado en los últimos 50 años, con el gasto realizado en el mismo periodo para intentar modernizar el país y atender a las necesidades de su población; o pensar que se trata de una potencia nuclear con una población cada vez más empobrecida. Con este planteamiento, su principal problema como nación no lo constituyen la pobreza o el subdesarrollo, sino la amenaza India que sea o no real, es percibida como tal. Toda la política de Paquistán en Afganistán viene condicionada por esta premisa, en virtud de la cual un Afganistán débil e inestable es posiblemente la opción preferida, dentro de las que actualmente se ven como posibles.

Delhi, en cambio, se ha esforzado por reforzar el gobierno de Kabul e integrar a Afganistán en las estructuras políticas y económicas regionales, además de ser uno de los mayores inversores en

Afganistán y el donante regional más importante. Evidentemente, no es el altruismo sino el propio interés el que ha guiado esta actitud. Mediante el fortalecimiento de Afganistán, persigue sus propios objetivos de seguridad nacional, a saber, la eliminación de un refugio seguro para los grupos terroristas que han atacado su territorio y siguen planeando hacerlo en el futuro, proyectar su poder en todo el sur de Asia (y más allá) y acceder al comercio de Asia Central y a sus recursos energéticos. Aunque los objetivos de Delhi en Afganistán implican minimizar la influencia de Islamabad, la política india está orientada a la consecución de objetivos más amplios, independientemente de su rivalidad con Paquistán.

En cambio, los objetivos de Paquistán para Afganistán están estrechamente relacionados con la amenaza que perciben de la India y se centran principalmente en socavar la influencia de Delhi. Islamabad busca un gobierno débil en Kabul, dominado por los talibán, para que Paquistán pueda mantener «profundidad estratégica» frente a un ataque indio; garantizar un refugio seguro para los grupos islamistas que apoya; evitar que Delhi proyecte su poder en el sur de Asia y obstruir la capacidad de la India para apoyar a los separatistas de Baluchistán²⁹. Para desgracia de su propia población, en los cálculos de Islamabad, protegerse contra la invasión india tiene prioridad sobre cualquier otro objetivo geopolítico y económico. En tanto que la India sea vista como una amenaza existencial y siempre y cuando el ejército juegue un papel central en el establecimiento de la política paquistaní, es poco probable que haya un cambio fundamental en esta tendencia política.

La actitud que Paquistán viene adoptando respecto al conflicto afgano, está afectando también a su posición regional. Muestra de ello es que a finales de mayo de 2013, tras una visita de Karzai, India decidía cambiar su estrategia de apoyo a Afganistán, incluyendo a partir de ese momento la ayuda militar. Durante la última década India limitó su ayuda a la asistencia al desarrollo y a la reconstrucción, evitando la ayuda militar para no molestar a Paquistán. Ahora, la evidencia de que el respeto por la sensi-

29. Paquistán acusa a India de prestar apoyo a los separatistas de Baluchistán y de utilizar el territorio afgano para ello.

bilidad de los paquistaníes no ha sido suficiente para librar a los indios de ser víctimas de ataques provenientes de su vecino, ha llevado a los indios a cambiar de postura. Paralelamente, el aliado tradicional de Paquistán, China, también ha comenzado a mostrar preocupación ante la postura de Paquistán frente a los talibán y otros grupos islamistas radicales³⁰. Los cambios han llegado al seno del propio todopoderoso ejército paquistaní, que ha tenido que resignarse, ante el riesgo evidente de colapso del Estado, a la idea de mejorar las relaciones con India.

En claro contraste con el papel desestabilizador jugado por Paquistán, la actuación de la India en Afganistán contribuye a los objetivos de desarrollo y estabilización que comparten con la India tanto los Estados Unidos como sus aliados. La ayuda al desarrollo en campos como la atención sanitaria, la educación, la generación de energía y otros sectores críticos, unida a la creciente inversión privada y a los esfuerzos por integrar a Afganistán en los acuerdos comerciales regionales contribuyen al tipo de crecimiento económico a largo plazo que es fundamental para una estabilidad duradera.

Lo que parece evidente que en la lucha contra el terrorismo y en el esfuerzo por estabilizar Afganistán, un mayor protagonismo de la India sería mucho más positivo a largo plazo que la continuación de la alianza con Paquistán, cuyos objetivos difieren claramente de los perseguidos por los EEUU y sus aliados. La reacción negativa que una mayor presencia india en Afganistán desencadenaría en su vecino occidental es un factor a tener en cuenta. Sin embargo, las posibilidades reales de Islamabad a la hora de tomar represalias no parece que puedan ser muy eficaces a la hora de influir en las políticas de Estados Unidos o la India. La cooperación de Paquistán en la lucha contra el terrorismo se ha demostrado muy tibia y el Acuerdo de Asociación Estratégica recientemente firmado entre Estados Unidos y Afganistán da a Estados Unidos la posibilidad de seguir utilizando el territorio afgano para perseguir a *Al Qaida* y a los militantes talibán³¹. Una posible respuesta en forma de ataques terroristas contra la India por parte de grupos próximos

30. Requena del Río, Pilar. 2013.

31. El acuerdo está pendiente de ratificación por el presidente afgano.

a Islamabad no causaría entre la población de la India una reacción contra la presencia en Afganistán, ya que los indios perciben esta amenaza como una posibilidad real, con independencia de cuál sea su actitud en el conflicto afgano.

AFGANISTÁN DESPUÉS DEL 11-S

EL 11-S

Los trágicos atentados del 11-S marcan un antes y un después en la historia de Afganistán

En los momentos inmediatamente anteriores al 11-S, Afganistán se encontraba en una situación límite. La guerra civil había quedado reducida a una pequeña zona al norte del país, el Valle del Panshir, donde los tayikos dirigidos por Shah Masud representaban el último reducto contra los talibán, que habían logrado imponerse en el resto del país. Los talibán, mientras tanto, habían ido ganándose poco a poco la antipatía de la práctica totalidad de sus antiguos aliados y simpatizantes fuera y dentro de Afganistán, incluyendo finalmente a los EEUU. Tan sólo Paquistán continuó apoyándolos cuando sus políticas contrarias a los más elementales derechos humanos y sus implicaciones con el terrorismo islámico les acabaron convirtiendo en unos apestados en el ámbito internacional. Otro ámbito en el que los talibán también se ganaron una oposición generalizada fue en el de las organizaciones que llevaban a cabo tareas humanitarias en el país. Tanto la ONU como las ONG,s que durante años venían desarrollando proyectos de ayuda, tuvieron que ir enfrentándose a unas condiciones cada vez peores, por las crecientes trabas que los talibán imponían a sus actividades. Estos problemas, llevaron finalmente al representante del Secretario General en Afganistán, Ibrahim, a dimitir en octubre de 1999. Al mismo tiempo, por el mismo tipo de problemas, un buen número de ONG,s abandonaba el país ante la imposibilidad de llevar a cabo sus cometidos. Esto ocurría precisamente cuando Bin Laden comenzaba a cobrar fama y a convertirse en la «bestia negra» de los EEUU. La negativa del mulá Omar a entregárselo a los EEUU tras los atentados de Nairobi y Dar es Salaam, a pesar de las presiones de Arabia Saudí y Paquistán, dieron lugar a unas sanciones económicas que no hicieron sino agravar el grave problema humanitario en el que se estaba sumiendo el país.

Francesc Vendrell, sustituto de Ibrahimi como representante del Secretario General de la ONU, trató de poner fin a esta situación lanzando la Iniciativa de Ginebra, que implicaba a los EEUU, Irán, Alemania e Italia en el intento de poner de acuerdo a los grupos afganos disidentes presentes en Europa. La propuesta pasaba por el rearme de la Alianza del Norte para evitar un triunfo completo de los talibán. Simultáneamente, se producía otra iniciativa, liderada por Bernett Rubin y respaldada por personajes como Ahmed Rashid, ambos antiguos asesores de Ibrahimi, que pretendían emplear los fondos de la ayuda dedicada a la reconstrucción de Afganistán como una herramienta política para aislar a los talibán, idea que también circulaba en algunos círculos oficiales americanos y europeos. En resumidas cuentas, se pretendía desbancar a los talibán, pero no se coincidía en los medios más adecuados para ello. En su último informe previo al 11-S, Kofi Annan proponía una nueva «aproximación integral» para solucionar el problema de Afganistán, olvidando otras vías para alcanzar la paz que se habían demostrado infructuosas. La iniciativa partía de la necesidad de abordar un plan para reconstruir el país como requisito previo a cualquier otra acción, ante la evidencia de que las sanciones aprobadas por la ONU contra el régimen talibán no habían incentivado el camino hacia la paz al no incluir un plan de reconstrucción y limitarse a solicitar la entrega de Bin Laden.

En los momentos inmediatamente anteriores al 11-S, la administración de EEUU por fin había decidido romper su estrategia de actuación en la zona que, desde los tiempos de la lucha contra los soviéticos, se había basado en el empleo de Paquistán como aliado preferente. El tiempo había ido demostrando que, en todo momento, Paquistán había seguido sus propios intereses, apoyando a los grupos *muyahidines* más radicales en la lucha contra los soviéticos y a los talibán en la posterior guerra civil. La nueva estrategia implicaba un apoyo comprometido a la Alianza del Norte para detener a los talibán. Los ataques del 11-S precipitaron los acontecimientos e hicieron entrar a Afganistán en una dinámica completamente nueva.

Después del 11-S, EEUU se enfrentó con la enorme dificultad que suponía lanzar una operación militar de envergadura en un escenario muy lejano, de acceso difícil y rodeado de estados más o menos hostiles, como Paquistán e Irán, o inaccesibles, como las

repúblicas ex-soviéticas centroasiáticas. La solución la aportó la CIA y consistió en librar la guerra de forma indirecta, financiando a la Alianza del Norte y apoyándola con medios aéreos para que fuera ella la que derrotara a los talibán. Así, EEUU libró y ganó la guerra más barata de su historia. Afganistán no fue ni conquistado, ni liberado por la coalición internacional. La operación *Enduring Freedom*, liderada y ejecutada casi en solitario por los EEUU, consistió básicamente en una serie de ataques aéreos y en la provisión de apoyo logístico y, sobre todo, económico a la Alianza del Norte, para que fuera ella quien desalojara a los talibán del poder. La implicación de EEUU se limitó «en total, a 110 agentes de la CIA y 316 miembros de las Fuerzas de Operaciones Especiales, además de un masivo apoyo aéreo»³².

El 7 de octubre, pocos días después de los terribles atentados, EEUU y su aliado incondicional, el Reino Unido, informaban al Consejo de Seguridad de su ataque a Afganistán, realizado al amparo del artículo 51 de la carta de las NNUU, es decir, como respuesta al ataque de Al Qaida del 11-S. EEUU había optado por la respuesta unilateral, sin ampararse en las resoluciones que había aprobado el Consejo tras el 11-S y que abogaban por una intervención internacional. Tampoco aceptó EEUU las ofertas de apoyo de sus aliados de la OTAN. Ese mismo día comenzó el bombardeo americano, al tiempo que se lanzaban desde el aire 37.500 paquetes de comida, para mostrar a la población que la guerra no era contra Afganistán, sino solamente contra los talibán. Mientras, los bombardeos procuraban no debilitar demasiado las defensas de Kabul, para evitar una caída prematura, ya que no se quería que la guerra finalizara antes de que se hubiera solucionado el problema del gobierno que debía sustituir al de los talibán, problema creado fundamentalmente por las exigencias contrapuestas planteadas por Paquistán y Rusia. Pero los acontecimientos se precipitaron y el 14 de noviembre, con Kabul ya en manos de la Alianza del Norte, la ONU encomendó a Lajdar Brahimi la formación de un gobierno que reuniera a todas las facciones.

32. Jones, Seth G. 2009.

EL AFGANISTÁN POST-TALIBAN

Una vez derrocados los talibán, el objetivo era estabilizar Afganistán para evitar que volviera a convertirse en una amenaza para la estabilidad internacional. Pero para estabilizar, era necesario reconstruir. El problema que se les planteaba a los responsables de la reconstrucción en Afganistán puede resumirse recordando el dilema de los pilotos estadounidenses que, a partir del segundo día de la campaña aérea, comenzaron a regresar de sus acciones con su carga de combate intacta. Después de más de veinte años de guerra ininterrumpida, era difícil encontrar en suelo afgano algo que destruir. Los mandos militares se quejaban con frecuencia: «no tiene mucho sentido lanzar un misil de un millón de dólares contra una tienda de diez dólares»³³. Desde abril de 1978 hasta el derrocamiento de los talibán, el conflicto afgano se cobró alrededor de un millón de vidas, la mayoría civiles; un millón de afganos quedaron huérfanos, discapacitados o mutilados; un tercio de la población tuvo que huir al extranjero y muchos más fueron desplazados dentro de su propio país. Las poblaciones en las que residía la mayor parte de la población fueron devastadas y una gran parte de la población con formación fue forzada al exilio³⁴. Gran parte del terreno agrícola y ganadero estaba minado y era, por tanto, improductivo. Los sistemas de regadío estaban destruidos, como lo estaba la mayor parte de las infraestructuras básicas, incluyendo carreteras, puentes, redes de distribución de energía... y las que permanecían, no estaban mantenidas... al menos una generación perdió la oportunidad de recibir educación... los desmoralizados funcionarios no recibían auténticos salarios... La sequía que asoló al país en los años 1999-2001 y la prohibición del cultivo de opio impuesta por los talibán en el 2000, habían

33. Conor Foley. 2008.

34. Este éxodo de las escasas clases medias afganas ocasionó la falta de personal con cualificación suficiente como para hacerse cargo de las tareas administrativas, lo que fue una de las razones que impidieron al gobierno afgano hacerse con las riendas de la situación y está en el origen de que una gran parte de los fondos se canalizara directamente por los donantes sin pasar por el gobierno de Karzai o directamente se perdieran. Mardsen, Peter. 2009.

aportado su granito de arena para hacer llegar a Afganistán a una situación de pobreza límite.

La situación se había visto agravada por las cortapisas que los talibán habían ido poniendo a la llegada de ayuda internacional. Cuando los talibán ocuparon las principales ciudades del país, entre la Cruz Roja y un puñado de ONG,s garantizaban la supervivencia de millones de afganos y mantenían los pocos hospitales y escuelas que aún funcionaban. De hecho, a principio de 2002, la mayor parte de la población de Kabul llevaba cinco años viviendo de la ayuda en forma de alimentos distribuida por diversas organizaciones humanitarias. Los talibán temían la influencia occidental que esta ayuda podía implicar; de hecho, se mostraban convencidos de que la ONU, aliada con los países occidentales, estaba conspirando contra el Islam y acusaban a esta organización de presionar a los países vecinos para que no reconocieran al régimen de Kabul. El caso es que, cuando se producen los ataques del 11-S, el programa de ayuda internacional en su conjunto, estaba al borde del colapso y se vivía una profunda crisis entre el poder político y los agentes humanitarios. En esta crisis había jugado un papel importante la discriminación que el régimen talibán practicaba contra las mujeres y que estaba llevando a que las ayudas a Afganistán fueran decreciendo paulatinamente. La prohibición por los talibán de los programas de ayuda a mujeres o las crecientes restricciones impuestas a la actuación del personal humanitario femenino, llevaron a numerosas ONG,s a abandonar el país, ante la imposibilidad de desarrollar su trabajo. Los talibán más «duros» estaban interesados en tensar las relaciones con la ONU y las agencias humanitarias para que acabaran abandonando el país, utilizando para ello el pretexto de que estaban difundiendo ideas occidentales.

La crisis humanitaria que ello creó no supuso un problema para quienes nunca se preocuparon en exceso de las necesidades materiales de la población, convencidos de que la Providencia premiaría a los justos y satisfaría sus necesidades. Ni los señores de la guerra ni los talibán demostraron nunca mucha preocupación por las condiciones de vida de la población, acostumbrándose a que fueran las organizaciones humanitarias las que trataran de garantizar unas condiciones de vida mínimas, repartiendo alimentos y medicinas, prestando ayuda sanitaria,

abriendo escuelas, etc.³⁵ Pero, aunque los señores de la guerra, en general, no habían demostrado nunca demasiado interés por las condiciones de vida de sus «administrados», con las salvedades quizá de Ismail Kan y Masud, que sí se preocuparon por conseguir un cierto bienestar en las zonas que controlaban, lo cierto es que el nivel de despreocupación al respecto que demostraron los talibán superaba todo lo visto hasta entonces y, con la ayuda de la sequía y de la guerra civil, llevó a la población afgana a una situación de necesidad nunca antes vista.

Para agravar más la situación, se esperaba que alrededor de 1,5 millones de afganos huyeran de sus hogares como consecuencia del conflicto. El Programa Mundial de Alimentos (*World Food Program*, WFP) calculaba que sus recursos le permitirían alimentar a esta población durante unas tres semanas y no era factible enviar más ayuda, dado el cierre de fronteras decretado por los talibán y la ruptura de comunicaciones con la ONU. Todo ello venía a poner de manifiesto que la comunidad internacional se enfrentaba a un problema humanitario de gran envergadura y que los afganos no podían dejarse a merced de sus propias capacidades.

LOS ACUERDOS DE BONN

Una vez derrocados los talibán, se hacía necesario sustituirlos por un nuevo gobierno aceptable a nivel nacional, regional e internacional. Los acuerdos básicos para la constitución de este nuevo gobierno se alcanzaron en la Conferencia de Bonn (diciembre 2001), auspiciada por la ONU y dirigida por Brahimi, en la que participaron 22 delegados afganos, incluyendo a algunos representantes del llamado Grupo de Roma (La «Corte» del rey Zahir Sha). Frente a ellos, el grupo que representaba a la Alianza del Norte, en el que los Tayikos del Panshir estaban fuertemente representados, a diferencia de los uzbekos de Dostum, los heratíes

35. Esta situación provocó, como en otros conflictos, un agrio debate en el seno de la comunidad humanitaria, consciente de que su ayuda permitía a los responsables políticos desentenderse de este tipo de preocupaciones, permitiéndoles dedicar todo su esfuerzo a continuar la guerra, mientras otros atendían a las necesidades de la población.

de Ismail Kan y los hazaras, todos ellos mínimamente representados. No había ningún delegado de los pastunes del sur, aunque sí los había de los pastunes de Peshawar. Esta situación creó cierto resentimiento entre los grupos menos representados³⁶. Todos eran conscientes de que el hecho de que los talibán, en su versión más moderada, no estuvieran presentes en la Conferencia, dificultaría grandemente la aplicación de los acuerdos logrados; más adelante, Brahimi reconocería que esta ausencia fue un error. Por el contrario, otros, como Kofi Annan, han seguido sosteniendo esta decisión, basándose en que la presencia talibán hubiera llevado a otros participantes, incluidas algunas repúblicas vecinas, a no participar en la Conferencia; es posible que, de haber sido invitados, no hubieran asistido, aunque su talante en aquellos momentos no era tan cerrado como pudiera pensarse. De hecho, un grupo de líderes talibán escribió a Karzai en 2002, aceptando su designación como presidente y ofreciendo su rendición a cambio de impunidad. Entre ellos había figuras como Agha o el número dos Baradar. Tanto Baradar como Karzai pertenecen a la tribu de los popalzais de Kandahar, lo que podría haber facilitado un acuerdo al que el recién elegido presidente se mostraba proclive. Sin embargo, las presiones de EEUU y la Alianza del Norte le convencieron de que no prestara oídos a tal oferta, aunque Karzai nunca llegó a cerrar completamente las vías de diálogo. Sus hermanos Qayum y Ahmed Wali se encargarían en el futuro de mantener abierto el contacto entre el presidente y los insurgentes.

De todas formas, conviene no olvidar que todos estos acontecimientos se producen cuando está todavía fresco el recuerdo

36. Cuando los EEUU derribaron finalmente a los talibán, los tayikos de la Alianza del Norte tomaron el control de Kabul, copando inmediatamente los puestos del gobierno con sus propios partidarios y parientes, excluyendo a los Pastunes, el grupo de población más grande, y a la minoría Hazara. En un intento por evitar motivos adicionales de disensión, las reuniones de Bonn de diciembre de 2001, ratificaron este peligroso status quo. La «Loya Yirga» de junio de 2002, ratificó los errores de la conferencia de Bonn, perpetuando un problema que, a día de hoy, aún sigue «coleando». A modo de ejemplo, el Mariscal Fahim, nuevo ministro de defensa tras los acuerdos de Bonn, mantuvo a su milicia armada en Kabul y desde su puesto obstaculizó cualquier intento de desarrollar el nuevo ejército afgano. Starr, Frederick. 2004.

de los atentados del 11-S. Es comprensible que los ánimos no estuvieran para muchas concesiones a quienes habían apoyado y seguían apoyando a sus perpetradores. Por el contrario, no se puso ninguna pega a que participaran en las reuniones *muyahidines* responsables notorios de crímenes de guerra. Personajes como Dostum, Mohaqeq, Ismail Kan o Yunus Qanuni fueron aceptados en el proceso a pesar de su notoria responsabilidad en crímenes de guerra. Y seguirían siendo figuras relevantes en el futuro, participando en las sucesivas *yirgas*, ocupando puestos como ministros o gobernadores. Algunos incluso fueron aceptados como candidatos a la presidencia

El de Bonn fue un acuerdo muy diferente a cualquier otro, por muchas razones: a diferencia de la mayoría de los acuerdos encaminados a cerrar un conflicto, el de Bonn no forzó a las partes a dejar las armas; tampoco instauró un proceso para establecer la verdad y rendir cuentas sobre los crímenes del pasado; *Al Qaida* y los talibán fueron excluidos de este proceso, mientras muchas de las facciones participantes estaban siendo armadas por Estados Unidos para luchar contra ellos. De hecho, el acuerdo legitimó a estos señores de la guerra, otorgándoles poder y puestos importantes dentro del gobierno. Aunque hubo intentos de incluir disposiciones en el Acuerdo de Bonn que impidieran futuras amnistías a los criminales de guerra, muchos participantes en las negociaciones (incluyendo los que serían vulnerables a una investigación) se movilizaron para bloquear tales medidas, que fueron finalmente descartadas. También se resistieron con éxito a cualquier disposición que les exigiera el desarme de sus milicias, como resultado de lo cual, el texto no contiene referencia alguna a un acuerdo sobre el desarme y la desmovilización de combatientes. De hecho, los acuerdos borraron de golpe el pasado de los *muyahidines*, nadie quiso recordar las atrocidades que cometieron en el pasado; su lucha contra los talibán los había convertido en «los buenos» y ningún recuerdo del pasado debía borrar esa imagen. En el Kabul post talibán proliferaron las fotos de Masud, el líder *muyahidín* cuyas milicias habían bombardeado inmisericordemente la ciudad.

Brahimi, que no tenía un plan preconcebido para la Conferencia, dejó que ésta discurriera por sus propios cauces durante dos días en los que fueron aflorando y derrumbándose las ambi-

ciones de algunos de los presentes, hasta que se llegó a un acuerdo, que incluía la designación de un presidente interino, Hamid Karzai, un importante líder tribal pastún no presente en Bonn ³⁷, y un calendario para el desarrollo de un proceso de transición democrática. El acuerdo propugnaba la formación de un gobierno provisional de amplia base, multiétnico, con representación femenina y representativo, así como la creación de un Banco Central, un Tribunal Supremo y una Comisión de Derechos Humanos. El siguiente paso era reunir una *loya yirga* que establecería una Autoridad de Transición que ejercería el poder hasta que pudieran celebrarse elecciones. Además, los acuerdos incluían apartados relativos a la (re)construcción de las infraestructuras destruidas por la guerra; a un desarrollo económico liderado por el sector privado; a la reforma de la administración pública y lo más importante, a la reforma del sector de la seguridad, apartado en el que se incluían la creación de un nuevo ejército afgano y de una fuerza policial reformada, pero también el desarme, la desmovilización y la reintegración. Había también estipulaciones referentes a la reforma del sector de la justicia y a la lucha contra el narcotráfico. La ausencia de unas fuerzas de seguridad afganas capaces de asegurar el monopolio del estado sobre la violencia significaba que la estabilización dependería de la capacidad de la comunidad internacional a la hora de reaccionar con rapidez a los desafíos de seguridad que surgieran en el período de transición. Por ello, el acuerdo incluía la creación de una fuerza internacional de seguridad que desplegaría en Kabul, aunque se dejaba abierta la puerta a una posterior expansión al resto del país ³⁸.

37. Karzai pertenecía a una importante familia pastún de Kandahar. Durante la guerra contra los soviéticos estuvo a cargo de la oficina de Sibghatullah Mojaddedi, líder de uno de los grupos muyahidines que lucharon contra el gobierno comunista y que tenía lazos con la CIA. Participó en el gobierno muyahidín desde 1992 a 1996. Con la llegada del régimen talibán, se exilió a París. Su padre fue asesinado por los talibán en Quetta, donde se había refugiado. Cuando es elegido presidente, se encontraba en Uruzgan, tratando de levantar a las tribus pastunes contra los talibán.

38. Para dejar claro que la seguridad era una responsabilidad de los propios afganos y que la misión de la fuerza internacional era apoyarles, no proporcionarla ellos mismos, la administración americana consiguió que se modificara el nombre,

Y el plan se cumplió. A primeros del año 2002 comenzó el despliegue de Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad (*International Security Assistance Force, ISAF*). La *loya yirga* se reunió como estaba previsto, en Octubre de 2004 se eligió al presidente y en septiembre de 2005 se celebraron elecciones al parlamento. Sin embargo, ya en la convocatoria de la asamblea de notables se pusieron de manifiesto las debilidades del proceso: frente a la opinión de Karzai, la ONU cedió a las presiones de EEUU y, finalmente, los señores de la guerra fueron invitados a participar, con independencia de que muchos de ellos fueran responsables notorios de horriblos crímenes de guerra. La senda del ninguneo a Karzai y el apoyo a los poderes reales, fueran los que fueran, quedaba marcada y sería uno de los factores clave de los fracasos futuros. Para muchos, EEUU seguía una estrategia no declarada que pretendía conseguir un gobierno sin poderes reales en Kabul, mientras se apoyaba en los jefes tribales para proseguir sin interferencias su misión fundamental en Afganistán: la lucha contra *Al Qaida* y la captura de Bin Laden. En defensa de la política adoptada por los EEUU debe apuntarse que, de hecho, el gobierno de Karzai era demasiado débil como para hacerse con las riendas del país en una situación tan convulsa,... El caso es que el resultado real de la política impulsada por los EEUU se cobraría un alto precio en el futuro, cuando se demostrara los nefastos efectos que tendría la incapacidad del gobierno de Kabul para garantizar la gobernabilidad y seguridad de amplias zonas del país; entonces vendrían las rectificaciones y los intentos por reforzar a un gobierno al que, inicialmente, se le negó toda posibilidad de ejercer un control real sobre su territorio y que había quedado totalmente deslegitimado ante su población.

Hamid Karzai fue elegido presidente; a pesar de tratarse de un pastún, en su gobierno hubo de dar carteras clave a los poderosos tayikos, grupo dominante en la Alianza del Norte y aliado elegido por EEUU para derrotar a los talibán. Las luchas de poder entre las distintas facciones dentro del propio gobierno y la renuencia de la comunidad internacional a implicarse en la seguridad del país,

añadiendo el término «asistencia». La fuerza internacional finalmente creada al amparo de estos acuerdos se denominaría Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad (*International Security Assistance Force, ISAF*).

condujeron a que la autoridad del nuevo gobierno no se extendiera mucho más allá de los arrabales de Kabul. Como ya hemos dicho, la política no declarada de los EEUU parecía consistir en dejar en Kabul a un Karzai inoperativo, protegido por una fuerza multinacional, recurriendo a las milicias de los señores de la guerra para mantener su influencia en territorio afgano. Más allá, el vacío de poder dejado por los talibán fue ocupado, fundamentalmente, por una serie de señores de la guerra enfrentados entre sí, mitad bandidos, mitad narcotraficantes, que sumieron el país en el caos³⁹. No hay que olvidar que los talibán fueron inicialmente bien recibidos en Afganistán, precisamente porque significaban orden y cierto sentido de justicia, frente a la anarquía que les precedió. Fue su régimen despótico y su despreocupación absoluta por el bienestar de la población lo que les granjeó la animadversión de una población que vio esperanzada el fin de su tiranía y que recibió con esperanza la intervención internacional. Tras su caída, la falta de un apoyo decidido al gobierno de Karzai, hizo que el país volviera a caer en manos de los antiguos señores de la guerra y que la inseguridad volviera a extenderse por todo el país, repitiéndose las circunstancias que propiciaron en su momento el ascenso de los talibán.

Cuando se inician las reuniones que conducirían a los Acuerdos de Bonn, la sociedad afgana era consciente de la necesidad de un cambio político en Afganistán que permitiera un futuro mejor y eran optimistas en cuanto a los resultados que la implicación de la comunidad internacional podía tener para su futuro. Pero las expectativas creadas entre la población fueron exageradas. Las informaciones que llegaban a Afganistán a través de los medios de comunicación internacionales, hacían pensar que se iba a producir una llegada masiva de fondos que iba a producir una mejoría inmediata en sus condiciones de vida. En el campo de la seguridad, el apoyo público al establecimiento de un gobierno central fuerte estaba enraizado en la creencia de

39. Del primer grupo de 32 gobernadores provinciales nombrados en 2002, el menos 20 eran jefes de milicias o señores de la Guerra. Raashid Wali Kanjua. Brigadier, Ejército de Paquistán. *State Failure In Afghanistan and Security Challenges for Paquistán*. Canadian Army Journal Vol.121 Primavera 2009.

que de esta manera se sometería tanto a los talibán, como a los señores de la guerra y se impediría la reanudación del conflicto. Por último, muchos afganos esperaban que bajo un líder con un pasado limpio, como Hamid Karzai, que contaba con el apoyo activo de los países más poderosos del mundo, se pondría fin al comportamiento depredador y cortoplacista que había caracterizado a las pasadas administraciones. El futuro demostraría que estas expectativas eran demasiado optimistas y ello causaría un sentimiento de frustración que es una de las causas del desapego de los afganos a su gobierno y a quienes lo sostienen.

EL PROCESO DE RECONSTRUCCIÓN Y ESTABILIZACIÓN

A principios de 2002 el *International Crisis Group* publicaba un informe según el cual eran necesarios al menos 25.000 cascos azules, o fuerzas de paz similares, para asegurar Afganistán. Esta era la cifra que barajaban también fuentes militares estadounidenses y británicas, que consideraban necesarios unos 5.000 hombres para garantizar la seguridad de Kabul y unos 20.000 más para hacer lo propio en las principales ciudades del país. Ante estos datos, en la administración americana se enfrentaban dos posiciones. Por una parte estaba el grupo partidario de una fuerte implicación de EEUU en la pacificación de Afganistán, tarea que se consideraba inalcanzable sin una fuerte presencia militar en todo el país⁴⁰. Esta era la tesis predominante en el Departamento de Estado liderado por Collin Powell, que consideraba necesaria una fuerza internacional, no necesariamente bajo mando americano, para apuntalar la situación. Esta idea era sostenida por el propio Karzai, que solicitaba apoyo militar internacional para garantizar la paz en todo el país, lo cual no chocaba con lo aprobado en los acuerdos de Bonn, que establecían el despliegue de una fuerza de asistencia en Kabul pero dejaban expresamente abierta la posibilidad de expansión de la misma al resto de Afganistán. En contra estaban quienes abogaban por que la presencia militar internacional se limitara a Kabul, postura predominante en el Departamento de Defensa

40. De hecho, mientras en EEUU se discutían estas cuestiones, llegaban ya noticias de enfrentamientos entre milicias de diferentes señores de la guerra.

y sostenida principalmente por su Secretario, Donald Rumsfeld. Entre los militares británicos y estadounidenses esta era la postura más extendida; el temor a encontrarse con una situación parecida a la que vivieron los soviéticos alimentaba esta postura ⁴¹. Desde este bando se hacía hincapié en el fracaso que habían supuesto en el pasado las Operaciones Mantenimiento de la Paz que, en todo caso, habían implicado esfuerzos muy prolongados en el tiempo. Desde el Departamento de Defensa se quería evitar a toda costa una implicación prolongada de fuerzas militares en Afganistán; entre otras cosas, porque ya se tenía puesta la vista en la siguiente jugada: Irak. Finalmente, quienes consideraban que la mejor forma de garantizar la seguridad futura de Afganistán era apoyar el desarrollo de sus propias fuerzas armadas y no involucrarse en proporcionar seguridad con fuerzas militares se impusieron y convencieron a Condolezza Rice, que decidió desplegar 8.000 hombres ⁴² con la finalidad de capturar talibanes y miembros de *Al Qaida*, no de proporcionar seguridad. Esta misión, bajo mando americano, se desarrollaría en paralelo con la de ISAF.

Finalmente, la fuerza internacional (ISAF) contó con apenas 4.500 hombres y su actuación quedó limitada a Kabul. Los señores de la guerra pudieron así consolidar su poder sin interferencias: en 2004 se estimaba que la mitad de los gobernadores y jefes de las fuerzas de seguridad se había auto designado. Pero, a pesar de

41. El General Tommy Franks, jefe del Mando Central lo dejó claro: «No repetiremos los mismos errores que los soviéticos». Desde su punto de vista 10.000 hombres serían suficientes para apoyar al gobierno afgano en la tarea de asegurar el país. La línea preponderante en el pensamiento militar americano de aquellos momentos consideraba que la clave del fracaso soviético había residido en que inundando el país con tropas extranjeras se habían granjeado la oposición de la población, lo que finalmente había hecho triunfar a la insurgencia del momento. Para otros, la clave del fracaso soviético sería la misma que explicaría el de los EEUU: la insuficiencia de fuerzas sobre el terreno hizo imposible ganar la batalla en el medio rural, donde se han ganado y perdido todas las guerras a lo largo de la historia de Afganistán. Jones, Seth. 2009.

42. Este número suponía 1,6 militares por cada mil habitantes. Compárese con los datos de otras situaciones post-conflicto: Bosnia (17,5), Kosovo (19,3), Timor (9,8). No es casualidad que los mayores fracasos de la ONU hayan coincidido con los menores ratios en este campo: Congo (1,3), Somalia (5,7) y Haití (2,9).

las insistentes peticiones de Karzai y la ONU⁴³, la administración Bush se negó a la ampliación de la misión de ISAF, temiendo que pudiera interferir con las operaciones que sus fuerzas estaban realizando contra *Al Qaida*. La administración Bush, enfrascada en la lucha contra *Al Qaida*, no estaba por la labor de implicarse en la reconstrucción y estabilización de Afganistán. En febrero de 2002 el portavoz de la casa Blanca manifestaba en una rueda de prensa que «el Presidente continúa pensando que la razón de ser de los militares es luchar y ganar guerras y no implicarse en operaciones de paz de esta naturaleza»⁴⁴.

Una vez «finalizada» la guerra de Afganistán la preocupación de la administración Bush fue cómo declarar la victoria, abandonar el país y desplazar el esfuerzo a Irak. No se quería ninguna responsabilidad en la reconstrucción del país. EEUU no demostró ningún interés en reconstruir o democratizar Afganistán, sino que se limitó a controlar el país pagando a quienes detentaban el poder real y dirigiendo a la administración de Karzai, adoptando una postura muy similar a la que, más de un siglo antes, adoptaran los británicos. El gobierno de EEUU optó conscientemente por emplear a los poderes locales y las redes sociales existentes, de forma que se permitió a los antiguos señores de la guerra, no sólo participar en la *loya yirga*, sino también presentarse como candidatos en las elecciones parlamentarias de 2005. De hecho, en muchas áreas, los proyectos de desarrollo de la Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional (*U.S. Agency for International Development*, USAID) fueron gestionados por la CIA o las unidades de operaciones especiales que, en muchos casos, denegaron las ayudas a líderes tribales que habían sido identificados por el gobierno afgano o la ONU como «agentes positivos de cambio» capaces de fomentar la estabilidad a su nivel y, en su lugar, las canalizaron hacia los señores de la guerra y jefes de mi-

43. Inicialmente, Brahimi había sustentado la postura de mantener una presencia militar internacional reducida, dentro de su idea general de tratar de robustecer desde el principio las capacidades propias de los afganos. De acuerdo con esta postura, a diferencia de lo que había ocurrido en Kosovo o Timor, la ONU no asumió un papel protagonista en la administración, que se quiso dejar en manos afganas.

44. Citado por Conor Foley. *The Thin Blue Line*. Verso 2008.

licias preferidos por la CIA, haciendo evidente para la población, un vez más, la irrelevancia del gobierno afgano, obligado a alcanzar acuerdos continuamente con los auténticos detentadores de poder. «La política afgana estaba ahora en manos de la CIA y las unidades de operaciones especiales, que tenían grandes sumas a su disposición pero no un mandato para reconstruir el país»⁴⁵. En la misma línea, no fueron los funcionarios del Departamento de Estado quienes asumieron el liderazgo en la tarea de reconstruir Afganistán, sino que fueron sus compañeros, militares, del Departamento de Defensa quienes recorrieron las cancillerías de medio mundo desarrollado recaudando fondos para este cometido, para sorpresa, en muchos casos, de los gobiernos visitados. La prioridad no era reconstruir Afganistán, sino capturar a Bin Laden y a otros miembros de *Al Qaida*, lo que explica este protagonismo del Departamento de Defensa en esta fase del conflicto.

Los EEUU tenían una amplia experiencia en operaciones de reconstrucción post-conflicto. Aparte del exitoso ejemplo de la reconstrucción de Alemania y Japón tras la 2.^a Guerra Mundial, participaron con posterioridad en este tipo de operaciones en Somalia, Haití, Camboya, Timor y la Antigua Yugoslavia. A la vista de esta experiencia, de las evidentes necesidades de Afganistán y del interés internacional en la estabilidad del país, diplomáticos y expertos de todo tipo abogaban, tras la ocupación, por un *Plan Marshall* para Afganistán. Ante estas propuestas y a pesar de que en el Departamento de Estado había voces que abogaban por afrontar esta tarea, George Bush declaraba «Lo nuestro no es la construcción de un estado. Nuestro interés es la justicia». También Tony Blair presionó a Bush en el sentido de no pasar por alto la necesidad de reconstruir Afganistán tras el conflicto y asegurar la consolidación de un estado viable, ante lo cual, Colin Powell convocó a un grupo de expertos en Afganistán para recibir asesoramiento al respecto; la opinión fue unánime: EEUU debería estar involucrado en la formación del nuevo gobierno, pero la «voz cantante» debería ser responsabilidad de la ONU. EEUU debería centrarse en garantizar cierta estabilidad, más que en el establecimiento del nuevo estado.

45. Ahmed Rashid. 2008.

Pero los datos ponen en evidencia que, pese a que en abril del 2002 Bush sorprendió al mundo pidiendo un «Plan Marshall» para Afganistán ⁴⁶, su administración no estaba interesada en la reconstrucción del país asiático. El compromiso de su administración con la reconstrucción habría de esperar todavía unos años, al momento en que la evolución de la situación viniera a poner de manifiesto el riesgo que para la estabilidad de la zona suponía un Afganistán fallido o retomado por los talibán y la necesidad de empeñarse en estabilizar el país para evitarlo. De momento, de acuerdo con su intención de abandonar el país lo antes posible, EEUU volvió los ojos hacia una ONU a la que había ninguneado en la preparación de la ocupación. Es entonces cuando Bush inició una aproximación a Kofi Anan y manifestó que «sería una misión útil para la ONU hacerse cargo de la reconstrucción». Y así fue como, a pesar de no haberse implicado mediante el despliegue de Cascos Azules, la ONU asumió la responsabilidad de la reconstrucción. Pero, la misión civil de la ONU para Afganistán (UNAMA) se mantuvo deliberadamente reducida y se le denegaron los poderes ejecutivos que sus correspondientes tenían en los Balcanes o Timor Oriental, por ejemplo. Se pretendía actuar con una «huella mínima» y restringir la presencia de la ONU al mínimo imprescindible, dando el mayor protagonismo posible a las autoridades afganas; de hecho, hasta 2006 la ONU sólo abrió dos oficinas provinciales en Afganistán. La Resolución del Consejo de Seguridad establecía, en esta línea, que «mientras que la

46. En un discurso en el Instituto Militar de Virginia, el 17 de abril de 2002 Bush declaraba: «Ayudando a construir un Afganistán libre de sus enemigos y que sea un mejor lugar para vivir, trabajamos en la mejor tradición de George Marshall. Marshall sabía que a la victoria militar sobre nuestros enemigos en la IIGM debía seguir una victoria moral que resultara en una vida mejor para las personas. Después de 1945, los Estados Unidos de América eran la única nación capaz de ayudar a la reconstrucción de Europa y Japón, que había sido diezmadas durante la IIGM. Hoy, nuestros antiguos enemigos son nuestros amigos y Europa y Japón son fuertes socios para reconstruir Afganistán.» Aunque en el discurso no se aportaban datos concretos, las alusiones al Plan Marshall despertaron esperanzas entre algunos miembros de la administración afgana, que lo vieron como un anuncio de un cambio de rumbo en cuanto a la implicación de los EEUU en la reconstrucción de Afganistán.

ayuda humanitaria debe proporcionarse allí donde sea necesaria, la asistencia para la reconstrucción debe proporcionarse a través de la Administración Interina de Afganistán y sus sucesores»⁴⁷.

Aunque la misión de Afganistán no se planteó como una operación de ayuda humanitaria, la realidad a la que se enfrentaron los actores humanitarios y los empeñados en la reconstrucción fue la típica de escenarios post-conflicto, escenarios en los que la acción humanitaria y la ayuda al desarrollo tienen un peso muy importante. Lo que Afganistán necesitaba era, además de enormes cantidades de ayuda urgente, una gran inversión en proyectos de desarrollo a largo plazo y una potente fuerza de paz internacional para garantizar la seguridad hasta que pudieran desarrollarse capacidades de gobierno y seguridad propias, teniendo en cuenta que cuando hablamos de seguridad en la era de los estados fallidos, nos referimos a algo que va más allá de la mera protección física de las personas y que incluye proporcionar trabajo a la población, garantizarle la cobertura de sus necesidades mínimas, que sus hijos puedan acudir a la escuela... Proporcionar esta «seguridad humana» debería haberse considerado tan importante como ganar la guerra contra el terrorismo.

Afganistán, en 2001, necesitaba no sólo que se reconstruyera el país, también precisaba que se reconstruyera el estado o, más bien, que se creara un nuevo estado sobre las ruinas del anterior. Ése fue el propósito de la Conferencia de Tokio de 2002, cuyos resultados no fueron los deseados por los que realmente anhelaban la reconstrucción de Afganistán. La causa principal del fracaso de la conferencia fue la falta de implicación del principal actor, los EEUU, cuya delegación había recibido instrucciones de manifestar la falta de interés de la administración Bush en participar en otro aspecto de la reconstrucción que no fuera la formación del nuevo ejército afgano. E incluso en este campo, la implicación estadounidense distó mucho de ser ejemplar: debieron pasar un par de años antes de que los EEUU se empeñaran en desarmar a las milicias de los señores de la guerra e impulsaran de un modo efectivo la formación del ejército afgano.

47. Resolución 1401 del Consejo de Seguridad de la ONU.

En lugar de ello, los EEUU distribuyeron ayuda indiscriminadamente a cualquier milicia o señor de la guerra que se identificara como anti-talibán, mientras los donantes internacionales, más interesados en Irak, desatendían los compromisos adquiridos con el desarrollo a largo plazo de Afganistán. En la conferencia se comprometieron algo más de 5.000 millones de dólares, pero en el verano de 2003 sólo una pequeña proporción de esta cantidad había llegado a Afganistán, mientras Karzai reclamaba multiplicar por cuatro la cantidad comprometida, solicitando entre 15 y 20 mil millones en cinco años para asegurar la reconstrucción del país y erradicar la corrupción y la producción de drogas. Y a la falta de fondos habría que añadir algunos problemas en su aplicación. No deja de ser significativo que un 71,6 % del presupuesto de los proyectos bilaterales financiados por los EEUU se dedicara a adquirir bienes y servicios de empresa de esa nacionalidad, con escasa o nula repercusión a la hora de desarrollar capacidades propias en Afganistán; y esta política no es muy diferente de la seguida por otros donantes internacionales. El antiguo ministro de asuntos exteriores afgano, Abdullá Abdullá comentaba en mayo de 2007 que la tendencia de las empresas a subcontratar la ejecución de los proyectos a empresas que, a su vez, volvían a subcontratarlos, quedándose con su parte del beneficio, conducía a que finalmente, de una donación internacional de 100.000\$, sólo 30.000 repercutieran en la ejecución del proyecto. Si a ello le añadimos las dificultades de supervisión de la ejecución derivadas de la situación de inseguridad podremos explicarnos la ineficiencia con la que se ejecutan muchos proyectos y que, en los momentos inmediatamente posteriores a la caída de los talibán, la comunidad internacional fracasara a la hora de demostrar a la población afgana una mejoría sustancial en sus condiciones de vida.

La ayuda humanitaria sirvió para rellenar el hueco entre lo necesitado y lo donado, pero la realidad es que, con una fracción de los fondos de los que se había dispuesto en Los Balcanes, había que afrontar un problema mucho más grave. En 2002, casi dos millones de refugiados regresaron a sus hogares en un proceso apoyado por ACNUR, en un momento en el que la infraestruc-

tura del país no estaba todavía preparada para ello ⁴⁸. Ante esta situación, una de las primeras decisiones fue la de responsabilizar a los militares de la distribución de parte de la ayuda, a través de los Equipos Provinciales de Reconstrucción (PRT) ⁴⁹. Otra fue el lanzamiento por el Ministerio de Desarrollo Rural del Programa de Solidaridad Nacional (*National Solidarity Program*, NSP), financiado por el *Afganistán Reconstruction Trust Fund*, un fondo multilateral operado por el Banco Mundial que incluía en su comité ejecutivo al *Asian Development Bank*, al *Islamic Development Bank*, la ONU (UNDP) y el Ministerio de Economía Afgano. Este programa, que puede considerarse como un éxito, se basó en la organización de 4.000 comités locales en todo el país. Estos comités eran los responsables de priorizar los proyectos en su comunidad, para lo que recibían 200\$ por familia. Con este programa, el primero que inyectó dinero en el medio rural, se pretendía involucrar a las instituciones locales en la distribución de ayuda, para así debilitar a los señores de la guerra.

48. En 2002 se calculaba que había tres millones de refugiados en Paquistán y un millón y medio en Irán. En este momento, ACNUR, con la colaboración de algunas ONG,s, acometió un proyecto de ayuda al retorno voluntario, mediante el que se proporcionaba a las familias que retornaban grano, dinero y algunos enseres. Uno de los «Indicadores de Progreso» considerados desde entonces, ha sido el número de refugiados retornados al país. A este respecto es conveniente tener en cuenta dos factores. El primero es que mucho de estos retornos, sobre todo de Irán, no fueron totalmente voluntarios. El segundo es que en Afganistán, tradicionalmente, las familias enviaban a algún miembro de su familia al extranjero, normalmente a Paquistán o Irán, para conseguir unos ingresos extra, necesarios en una economía tradicionalmente deficitaria. Cortar esta vía de ingresos adicional implicaba condenar a muchas familias a la pobreza o a la dependencia de la ayuda internacional. De hecho, si en algo fracasó la política de retorno de refugiados fue en proporcionar medios de vida a la población que iba reasentándose y que, en muchas ocasiones, volvía a emigrar ante la falta de expectativas. Mardsen, Peter. 2009.

49. Los PRT,s creados por los EEUU en esta primera fase, tienen muy poco que ver con los que actualmente se reparten la responsabilidad de la reconstrucción. Estos iniciales eran pequeños equipos puramente militares, cuya labor de reconstrucción se limitaba, en la práctica, a la financiación de proyectos de impacto rápido: proyectos de pequeña envergadura y efectos inmediatos.

LOS AÑOS PERDIDOS (2002-2008)

Contrainsurgencia y reconstrucción

La falta de medios materiales y humanos con la que se acometió la posguerra en Afganistán, debido principalmente a que la nueva prioridad, Irak, absorbió la práctica totalidad de las capacidades disponibles, hizo que durante los años 2002 y 2003 los avances en el proceso de reconstrucción fueran muy tímidos, a pesar de que las condiciones en cuanto a apoyo popular y seguridad eran entonces las más adecuadas. Una semana después de la caída de Bagdad, el *Washington Post* resumía así la situación en Afganistán: «Los militares están divididos en facciones, la policía no está entrenada, la justicia está controlada por religiosos conservadores que tienen más en común con los talibán que con Karzai y la recaudación de impuestos es enormemente ineficiente»⁵⁰. El problema en aquel momento no era la falta de fuerzas de combate para combatir a la insurgencia, ya que los talibán se habían desintegrado hasta el punto de no constituir una amenaza seria⁵¹; el problema era la falta de fuerzas de seguridad e instructores para las fuerzas afganas que permitieran al gobierno afgano afirmar su autoridad fuera de Kabul. La administración estadounidense comenzó a comprender que el error de los soviéticos en Afganistán fue desentenderse de las zonas rurales, que quedaron en manos de los *muyahidines*, los insurgentes del momento; el mismo fallo que se estaba cometiendo tras la derrota de los talibán. Sin embargo, habría que esperar un par de años para que desde la administración de EEUU se diera credibilidad a los datos que apuntaban a un resurgimiento de los talibán.

A principios de 2003, las fuerzas extranjeras en Afganistán eran aproximadamente 13.800. En estas fechas se produjo un desplazamiento de medios hacia Irak para apoyar la invasión en ciernes, con lo que Afganistán quedó relegado a un esfuerzo secundario. Sólo una vez finalizada la ocupación de Irak, algunos comenzaron a volver la vista hacia Afganistán. Dentro de la administración Bush comenzaron a aparecer voces críticas con la poca atención que se había venido prestando a la reconstrucción, constatando que con

50. Citado por: Stephen Tanner. 2009.

51. En 2002, los EEUU y sus aliados sufrieron solamente 19 muertos.

la política seguida hasta el momento, ni se estaba ganando la guerra contra *Al Qaida*, ni se estaba ganado el apoyo de la población afgana⁵². La clave del cambio de rumbo fue el embajador de EEUU ante la ONU, Khalilzad, que logró convencer a Condoleezza Rice de la necesidad de un cambio y fue finalmente nombrado embajador en Kabul, convirtiéndose en la pieza clave del nuevo impulso a la reconstrucción, acometido bajo el nombre de Guerra de Éxito Acelerado. Contó para ello con el apoyo del general Barno, nombrado jefe de las fuerzas de EEUU en Afganistán y otro convencido de la necesidad de la nueva estrategia. Aprobada por el presidente Bush el 20 de junio de 2003, la nueva estrategia pretendía avanzar en tres frentes principales: potenciar el desarrollo de las instituciones afganas, mejorar su administración para lograr un apoyo más amplio y avanzar en el proceso de desmovilización de las milicias y de reconciliación con los talibán. Por primera vez, la prioridad para los EEUU no era la lucha contra los talibán y *Al Qaida*, sino la reconstrucción de Afganistán. Una vez más, el mayor error del proyecto fue que se acometió por EEUU de manera unilateral, sin coordinarlo con la UE, la ONU o el propio gobierno afgano. Quizá la relación entre esta búsqueda de rápidas mejoras y la cercanía de las elecciones presidenciales estuvieron en el origen del secretismo y falta de coordinación con que se acometió este cambio de rumbo.

Desde una perspectiva puramente militar, la nueva política que se inicia en Afganistán a finales del 2003 puede resumirse en tres líneas de acción: Por una parte, se pretendía afianzar la situación de las zonas no amenazadas por la insurgencia, realizando proyectos que mejoraran de forma ostensible la situación de la población; por otra, se buscaba recuperar las zonas del sur y este del país que estaban controladas *de facto* por la insurgencia; por último, se consideraba fundamental hacer que la autoridad del gobierno de Kabul fuera efectiva y alcanzara a todo el país. Para conseguir los objetivos marcados, se adoptaron medidas en todos los frentes. Se acometió, por fin, la tarea de desarmar a los señores de la guerra y de crear

52. En aquellos momentos, la posición oficial de los EEUU obligaba a hablar de una acción contraterrorista contra *Al Qaida*, no de una campaña de contrainsurgencia contra los talibán, considerados como un enemigo ya virtualmente eliminado, incapaz de constituir una amenaza seria de cara al futuro.

un ejército afgano. Se trabajó para reforzar las capacidades y la autoridad del gobierno de Kabul, iniciando un esfuerzo encaminado a conseguir que los gobernadores provinciales y los jefes de policía fueran nombrados por y respondieran ante el gobierno central y se dio un impulso a la reconstrucción. Se consiguió al fin forzar la oposición del gobierno de EEUU e ISAF salió de Kabul y se extendió por todo el país. A la vez, se impulsó la participación internacional en el proceso, como consecuencia de lo cual numerosos países asumieron el reto de responsabilizarse de la seguridad y la reconstrucción en una provincia concreta, creando su correspondiente Equipo de Reconstrucción Provincial (*Provincial Reconstruction Team*, PRT). La aparición de los PRTs fue en general bien acogida por demostrar la implicación internacional en la reconstrucción de Afganistán. Pero también supuso cerrar la puerta definitivamente a un posible despliegue de una fuerza militar bajo mandato de la ONU.

Los PRT eran equipos conjuntos de civiles y militares dedicados en exclusiva a tareas de reconstrucción y ayuda al desarrollo. Inicialmente contaban con entre cincuenta y cien militares dedicados a prestar seguridad a los reservistas civiles, expertos en gobernanza, agricultura, infraestructuras,... que se dedicaban a las tareas propias del equipo. Aunque se pensaba que la seguridad en el área del PRT mejoraría como consecuencia de su presencia, el elemento de seguridad de los PRT no tenía como misión ofrecer una protección directa ni a los civiles afganos, ni a otros actores dedicados a la acción humanitaria y la ayuda al desarrollo. El primer PRT se creó en Gardez, en el este, en enero de 2003; cuatro años después, eran veinticinco los PRT, pertenecientes a trece países diferentes, distribuidos por las provincias de todo el país. Las hipótesis de partida en 2002 era que la reconstrucción y el desarrollo serían el principal medio para ampliar la autoridad del gobierno central más allá de Kabul y, de forma indirecta, producirían una mejoría en la situación de seguridad en sus zonas de actuación. Pero lo cierto es que no había un plan estratégico detallado de los PRT que, en general, actuaron de acuerdo con directrices puramente nacionales⁵³. Por parte de ISAF

53. Barbara J. Stapleton. A Means to What End? Why PRTs Are Peripheral to the Bigger Political Challenges in Afghanistan. *Journal of Military and Strategic Studies*, Fall 2007, Vol. 10, Issue 1 Centre for Military and Strategic Studies.

se justificó esta ausencia de mandato en el hecho, innegable, de que la situación no era homogénea en todo el país y que era necesario dar a los PRTs suficiente flexibilidad para adaptarse a cada entorno.

Con el paso de los años, se hizo evidente que el deterioro de la situación impedía en muchas áreas acometer proyectos de ayuda al desarrollo y potenciar el desarrollo de las autoridades locales. Para hacer frente a esta realidad, los medios militares de los PRT fueron creciendo y sus cometidos en el campo de la seguridad ampliándose. Finalmente, acabaron responsabilizándose de la seguridad en su provincia respectiva, como prerrequisito para cualquier mejoría en la gobernanza o el desarrollo. En muchos casos, posiblemente en la mayoría, el componente de seguridad acabó convirtiéndose en el preponderante; hacia 2008 puede decirse que el cometido principal de la mayoría de los PRT era garantizar la seguridad en la zona bajo su responsabilidad. En el año 2013 se clausuró la práctica totalidad de los PRTs.

Aunque cada país adoptó un modelo propio y priorizó sus actividades de acuerdo con su propio criterio, los PRTs han supuesto una herramienta muy útil para integrar los esfuerzos civil y militar. En general, sus mayores fallos han derivado de su renuencia a dejarse coordinar por el gobierno de Kabul y su empeño en ejecutar proyectos directamente en vez de centrarse en crear capacidades en la sociedad y la administración afganas, algo que sólo en los últimos años se ha convertido en una prioridad. En general, los PRT centraron su actuación en torno a los denominados proyectos de impacto rápido proyectos de reconstrucción de pequeña entidad, pero muy visibles y de ejecución rápida, destinados a ganar el apoyo de la población y, en ocasiones, a obtener información útil para la lucha contra la insurgencia. Algunos de los proyectos se asemejaban mucho a los proyectos humanitarios que realizan las ONGs, lo que provocó tensiones entre los actores humanitarios y los militares por el desdibujamiento de competencias que ello implicaba y el riesgo para la neutralidad y seguridad que ellos implicaba⁵⁴.

54. Ruiz Arévalo. 2011.

La necesidad de desarrollo económico

Era evidente que para enderezar la situación no era necesario únicamente acometer medidas de tipo militar para frenar el avance de los insurgentes. Era también necesario acometer acciones que implicaran una clara mejoría en las condiciones de vida de los afganos, fortalecieran al gobierno de Kabul y crearan los cimientos de una economía sostenible. Con estas ideas en mente, en 2004 se celebró en Berlín una conferencia de donantes en la que se logró comprometer 8.000 millones de dólares para los tres años siguientes. En 2006, en Londres, se revisó lo acordado en Berlín, estableciéndose el denominado *Afghanistan Compact*, un programa que pretendía vincular a los donantes y al gobierno afgano en la realización de proyectos concretos y en plazos determinados, todo ello con la finalidad de dar un mayor impulso al proceso de reformas. Uno de los problemas a afrontar era que, a raíz de los acuerdos de Bonn, la ONU había actuado durante años, en muchos aspectos, como un gobierno *de facto*. Aspectos tan relevantes como la educación, la sanidad pública, el suministro de agua o la rehabilitación de carreteras, eran supervisadas por la ONU que, aunque consultaba con el gobierno afgano las líneas políticas a seguir, era la principal suministradora en estos campos y, de hecho, tenía un papel muy protagonista en la formulación de la estrategia a seguir. Los acuerdos de Bonn situaron a la ONU en una difícil tesitura al verse en la necesidad de colaborar con el nuevo gobierno en los procesos de toma de decisiones, mientras seguía supervisando la prestación de numerosos servicios, a la espera de que el nuevo gobierno fuera capaz de hacerse cargo de ellos. Además, la posición de la ONU en Afganistán no era todo lo fuerte que debiera para afrontar este reto.

En 2008, los resultados no eran todo lo halagüeños que cabría esperarse, como lo demuestra el hecho de que muchos de los refugiados que habían comenzado a regresar masivamente a partir de 2002 estuvieran ahora regresando a Irán y Paquistán ante la falta de perspectivas en su país. El problema de los refugiados mostraba en 2008 una realidad evidente: no se había logrado avanzar sensiblemente en la creación de riqueza y oportunidades de trabajo, algo a todas luces fundamental a la hora de estabilizar el país y evitar el resurgimiento del conflicto armado. La población, en general, no

había sentido grandes avances en este campo, debido principalmente a la falta de seguridad y de un estado de derecho que garantizara una resolución justa de las disputas. Ambas carencias han sido fundamentales a la hora de frenar las necesarias inversiones, impidiendo o entorpeciendo la ejecución de numerosos proyectos.

Los intentos de promover un desarrollo industrial fracasaron por la falta de competitividad frente a rivales como China o Paquistán, debido en parte a la política de ausencia de barreras comerciales seguida por el gobierno afgano, que impedía un cierto grado de proteccionismo sobre la producción propia. En la construcción, debido sobre todo a las necesidades generadas en Kabul por la numerosa comunidad internacional, sí se habían producido oportunidades de trabajo, aunque este *boom* debe considerarse pasajero y, como contrapartida, generó un notable incremento en el precio de la vivienda que no ha beneficiado a la creciente población urbana. La educación era posiblemente el campo en el que los avances fueron más notables. A pesar de los ataques de la insurgencia a los centros escolares, entre 2002 y 2008 se pasó de un millón de niños escolarizados a seis⁵⁵. En cuanto al desarrollo de infraestructuras, el proyecto estrella en estos años iniciales fue la Autovía 1, conocida como *Ring Road*, la carretera que circunvala el país enlazando las principales ciudades afganas entre sí y a éstas con los países vecinos⁵⁶. Este proyecto ha contado con la colaboración de numerosos donantes internacionales y, a pesar de las dificultades derivadas de la falta de seguridad, puede considerarse un éxito y supone un apoyo inestimable para el desarrollo económico de Afganistán. Dentro todavía del capítulo de las infraestructuras, el acceso a la electricidad era un problema en casi todo el país. Sólo Herat, gracias a su enganche a la red iraní, disfrutó en estos años de un suministro eléctrico regular y suficiente, lo que le permitió un crecimiento económico notable, impulsado por las inversiones

55. Otro dato significativo es el porcentaje de escolarización entre las niñas; mientras en algunas zonas rurales del Sur no pasaba del 10%, en Herat o Kabul superaba el 50%, lo que constituye un dato muy positivo.

56. En 2006, la práctica totalidad del proyecto estaba finalizado, quedando solamente por cerrar el tramo noroeste, entre Herat y Maimana, todavía sin finalizar en 2013.

iraníes. Poco a poco, el norte del país fue enlazándose a las redes de distribución de los vecinos del norte y el sur y el este a las de Paquistán, creando «islas» no conectadas entre sí, separadas por amplias zonas del país sin acceso a la red de suministro.

Lo malo es que la comunidad internacional, en general, no consideró prioritario fomentar la aparición de fuentes de ingresos propios, prefiriendo financiar directamente todo tipo de proyectos y la prestación de la mayor parte de los servicios públicos. Son varios los factores que contribuyeron a que la comunidad internacional no demostrara un particular interés en la potenciación de fuentes de ingresos propios. La falta de seguridad derivada de la actuación de los insurgentes; la falta de control del gobierno sobre los actores locales; la escasa legitimidad popular de las autoridades formales; la facilidad de acceso a las fuentes de financiación externas y la prioridad que los donantes han dado a proyectos que producen efectos inmediatos en los campos de la seguridad y de la ayuda humanitaria, son todos ellos factores que han hecho menos atractivas las iniciativas destinadas a incrementar las capacidades de generar recursos propios a largo plazo. Ahora estamos pagando las consecuencias de esta política, al darnos cuenta de que, tras más de diez años de vivir de la ayuda internacional, la administración afgana se ha hecho absolutamente dependiente de ella, sin haber invertido demasiado esfuerzo en crear fuentes de ingresos alternativas.

En cuanto a la reforma del sector de la seguridad, puede considerarse que la situación del ejército afgano constituía un éxito en cuanto al grado de eficacia alcanzado; no puede decirse lo mismo en el caso de la policía, donde una larga tradición de corrupción y nepotismo seguía y sigue lastrando a esta institución, en la que no confiaban ni la población afgana ni la comunidad internacional. Para terminar este repaso a la situación de Afganistán en el 2008, quedan dos sectores fundamentales en la reconstrucción de un estado: la justicia y la administración. La reforma del sector de la justicia fue asumida en los acuerdos de Bonn por Italia, bajo cuyo auspicio se realizaron importantes avances en la codificación de la normativa existente y avances más discretos en la formación de los jueces. Sin embargo, los avances a la hora de desarrollar una estructura que hiciera posible una aplicación efectiva del derecho eran muy escasos y la realidad era que, a la hora de solucionar sus disputas, los afganos seguían recurriendo mayoritariamente a los

sistemas tradicionales, únicos realmente efectivos. El problema era que estos sistemas tradicionales aplicaban códigos muchas veces inaceptables desde la perspectiva del respeto a los derechos humanos y en cada vez más casos, los responsables de su aplicación eran los talibán, que iban así ganado presencia entre las poblaciones rurales, que preferían su justicia rápida, gratuita y percibida como no corrupta a la que teóricamente podía proporcionarles la justicia formal: lejana, lenta, corrupta y cara. En cuanto a la reforma de la administración, el problema fundamental era el mismo que hemos visto en el caso de la policía, la corrupción, al que había que sumar la falta de personal formado, sobre todo para la administración provincial y local. En este ámbito, los PRT optaron por la ejecución directa de proyectos, desatendiendo la formación de capacidades entre las autoridades afganas de este nivel. Tampoco prestaron la debida atención a potenciar los vínculos entre las autoridades provinciales y las nacionales; mal lo podían hacer cuando ellos mismos eran reacios a canalizar los proyectos financiados por sus respectivos países a través de las autoridades de Kabul.

En el campo humanitario, el principal problema, al menos desde la perspectiva de los agentes humanitarios, era que, paulatinamente, el esfuerzo humanitario en Afganistán había pasado a convertirse en parte de una operación de contrainsurgencia más amplia. Se planteó así un problema que no ha dejado de crecer desde entonces: el de la consideración de la ayuda humanitaria como una herramienta más para conseguir objetivos políticos o militares, buscándose con ella ganarse el favor de la población, sus «corazones y mentes» y acabando así con cualquier anhelo de preservar la neutralidad de la acción humanitaria.

ACBAR⁵⁷ ofrece un resumen muy interesante de la realidad en Afganistán en 2008 en lo referente a los problemas que en ese momento lastraban el proceso de reconstrucción: «Cerca de dos terceras partes de la ayuda extranjera se recibe al margen del Gobierno afgano, menoscabando así los esfuerzos por desarrollar unas instituciones públicas eficaces, sobre todo a nivel provincial.

57. Agency Coordinating Body for Afghan Relief. Agencia que coordina a la mayor parte de las ONGs que trabajan en el país.

Esto se debe en parte a los problemas en la ejecución del presupuesto, la debilidad de gobierno, una capacidad insuficiente en cuanto a recursos humanos gubernamentales y la corrupción generalizada... Existe una falta de coordinación entre los donantes, y entre éstos y el Gobierno... Unas proporciones enormes de ayuda se pierden en beneficios corporativos de contratistas y subcontratistas, beneficios que en ocasiones pueden llegar a superar el 50% en un único contrato. La falta de transparencia en los procesos de compra y en las licitaciones impide la competencia y la eficacia. Una gran cantidad de la ayuda acaba destinada a pagar los elevados sueldos, generosas prestaciones y demás gastos del personal extranjero que trabaja para las empresas de consultoría y los contratistas... Hay poca transparencia respecto de los donantes, y escasos mecanismos de rendición de cuentas, o para realizar una labor eficaz de vigilancia, seguimiento y evaluación»⁵⁸.

Según los analistas más destacados, el problema al que se enfrentaba Afganistán en el 2008, cuando un esfuerzo militar impresionante apenas lograba mantener a raya a unos talibán que, siete años después de ser derrotados de una manera contundente, estaban presentes en el 80% del país y controlaban amplias zonas del mismo, derivaba de que, en los momentos inmediatamente posteriores a la ocupación, no se implicaron los medios militares y económicos necesarios para consolidar la victoria. Una vez «liquidado» el problema iraquí, tanto la administración de EEUU, como occidente en general, volvieron los ojos hacia Afganistán, constatando que recuperar el tiempo perdido se iba a demostrar una tarea muy difícil. La política seguida en los años inmediatamente posteriores a la ocupación había impedido que la autoridad del gobierno de Karzai llegara más allá de los suburbios de Kabul, donde también estaba confinada la fuerza de estabilización, ISAF; el resto del país estaba en manos de los señores de la guerra, lo que permitió que se volviera a la situación de injusticia e inseguridad previa a la llegada al poder de los talibán. Sumado a ello, la falta de avances en la reconstrucción, tanto política como económica, hacía que la población no se sintiera especialmente identificada ni con el gobierno de Karzai, ni con las fuerzas ex-

58. Waldam, Matt. 2008.

tranjeras que lo sostenían. Una vez más, una guerra ganada y una paz perdida que ahora se quería ganar.

El diálogo con los talibán

La historia de las iniciativas de paz en el Afganistán post talibán tiene actores y motivaciones diversos: Paquistán comenzó a dialogar con ellos ya en 2004, pero se trataba de un proceso dirigido más bien a buscar la paz en Paquistán, tratando de forzarles a dirigir su atención hacia Afganistán. El gobierno de Karzai inició sus primeras aproximaciones en 2005, cuando comenzó a poner en práctica las iniciativas de reintegración dirigidas a los «soldados rasos» de la insurgencia. La OTAN, por su parte, puso en marcha en 2009 un programa de reintegración mejor financiado que trataba de convencer a los talibán de que dejaran las armas ofreciéndoles a cambio dinero, trabajo y la posibilidad de reasentarse. Los datos oficiales de EEUU hablaban de hasta un 70% de los combatientes insurgentes que podrían acogerse a estas medidas. El error fue intentar la reintegración al margen de la reconciliación: La exigencia de aceptar al gobierno de Kabul y de romper el juramento de fidelidad al mulá Omar hizo que los resultados fueran muy inferiores a los esperados⁵⁹. EEUU, el último en incorporarse al grupo, mostró por primera vez su voluntad de mantener conversaciones con los elementos más moderados de los talibán en marzo de 2009, sólo unos meses después de que Barack Obama reemplazara a George Bush como presidente. En cuanto a las motivaciones, mientras el objetivo perseguido por Paquistán ha sido en todo momento su propia seguridad interior, sobre todo una vez que aparecieron en escena los talibán paquistaníes, para el gobierno afgano se trata de incorporar a los talibán al proceso político para evitar una nueva guerra civil cuando las fuerzas internacionales se retiren en 2014. Para los EEUU, sólo la evidencia de que una victoria militar absoluta era prácticamente imposible hizo que se plantearan la posibilidad de una negociación que les permitiera salir de Afganistán de manera airosa.

59. A mediados de 2013 el número de reintegrados rondaba los 6.500, la mayoría de ellos de las provincias del norte y oeste del país, las menos conflictivas.

En el caso de Paquistán, puede decirse que sus esfuerzos han ido encaminados más a entorpecer que a apoyar un proceso que sólo apoyaría si fuera dirigido por él mismo u obtuviera algo a cambio. Trataría en primer lugar de asegurar que no se llegara a un acuerdo que afectara negativamente a sus intereses estratégicos o, alternativamente, obtener una reducción de la presencia India en Afganistán. La idea de reducir la presencia de uno de los mayores donantes, es impensable, como lo es supeditar un posible acuerdo a los intereses de Karachi. Esta actitud lo que ha conseguido de hecho es que Paquistán haya quedado cada vez más al margen en las negociaciones. Cuando en 2008 Karzai se dirigió al rey saudí Abdula bin Abdul Aziz para que le pusieran en contacto con los talibán, Paquistán no fue informado porque así lo exigieron los propios talibán. También ellos han dejado de confiar en su antiguo aliado, que ha demostrado en demasiadas ocasiones que en este asunto persigue sus propios intereses. Finalmente esta iniciativa no prosperó ante la desconfianza saudí hacia los afganos.

Aunque en el período 2002-2009 había más actores implicados en potenciales intentos negociadores, no cabe duda que los actores fundamentales eran EEUU, el gobierno de Afganistán y los talibán. En el caso de EEUU, mucho antes del 11-S, tanto Clinton como Bush negociaron con los talibán para intentar que formaran un gobierno de base más amplia y para que no pusieran pegas a los intentos de compañías estadounidenses empeñadas en la construcción de un oleoducto desde Turkmenistán a Paquistán a través de Afganistán. A finales de los 90 los contactos entre ambos eran esporádicos y materializados sobre todo por compañías petroleras estadounidenses. El contacto se mantuvo incluso después de los ataques de *Al Qaida* de 1998 contra las embajadas de EEUU en Kenia y Tanzania. En el primer semestre de 2001 la Casa Blanca todavía intensificaba sus esfuerzos para mantener canales de comunicación abiertos. En marzo de 2001 varios representantes de los talibán, incluido Sayed Hashimi Rahmatullah, uno de los embajadores del mulá Omar, fueron invitados a Washington. Los temas de discusión incluyeron a Bin Laden y el acceso de las compañías estadounidenses a las reservas de petróleo de Asia central. Estos contactos no se demostraron fructíferos y en julio de 2001 las conversaciones estaban estancadas, momento en que la Administración Bush amenazó con represalias militares si no

se aceptaban sus exigencias, especialmente la entrega de Bin Laden. La última reunión conocida entre los talibán y EEUU tuvo lugar en agosto de 2001, sólo cinco semanas antes de los ataques del 11-S, cuando la Secretaria de Estado Adjunta para Asuntos de Asia Central, Christina Rocca, se reunió con el embajador talibán en Paquistán, Abdul Salam Zaeef. Tras el 11-S los contactos cesaron. En palabras del presidente Bush, «ninguna nación puede negociar con terroristas». E inmediatamente se puso en marcha la operación encaminada a derrocar al régimen de Kabul. El presidente Karzai tenía otra visión y ya en diciembre de 2001 propuso que los talibán formaran parte del gobierno para evitar que un sector importante del país quedara excluido del nuevo estado que se estaba fraguando. EEUU no sólo vetó tal posibilidad, además, condicionó cualquier diálogo al abandono de las armas, la ruptura de cualquier vínculo con *Al Qaida* y la aceptación de la constitución, exigencias tan maximalistas que hacían de hecho imposible cualquier diálogo.

A pesar del veto de EEUU, Karzai seguía convencido que el diálogo era la única vía para poner fin al conflicto; ya en 2003 insistía en la necesidad de distinguir entre los talibán ordinarios, a los que había que esforzarse por reintegrar en la sociedad afgana, y quienes «sólo pretenden acabar con la paz y la convivencia». De acuerdo con esta lógica, lanzó un programa de reintegración de combatientes que se puso en marcha el año siguiente. El programa generó cierta esperanza cuando en agosto de 2005 el sub-comandante talibán de la provincial de Paktika, Mulá Haji Jilani, dio un paso al frente y anunció su renuncia a la violencia. Siguiendo su ejemplo, otros doce líderes insurgentes de la misma provincia decidieron acogerse al programa de reintegración. Pero, a pesar de estos inicios tan prometedores, el programa, conocido como *Tahkim-e Solh* (Fortalecimiento de la Paz) fracasó por culpa de la corrupción de sus gestores y de la falta de una verdadera voluntad política. Habría que esperar a los nuevos vientos que soplarían a partir de 2009 para ver nuevas iniciativas en este campo⁶⁰.

60. Las vías de dialogo nunca se cerraron completamente como lo demuestra el hecho de que en febrero de 2007 Karzai expulsara a dos diplomáticos por negociar con los talibán sin su consentimiento. Se trataba de Michael Semple,

2009. EL NUEVO IMPULSO

Los datos enumerados hasta aquí pusieron de manifiesto que algo se estaba haciendo mal y que los errores que se estaban cometiendo, fueran los que fueran, estaban conduciendo a un retorno triunfal de los talibán. Al igual que ocurriera en la primera «talibanización», la falta de una autoridad efectiva, la ausencia de justicia, la corrupción generalizada, ... hacían que muchos volvieran los ojos hacia los talibán. Esta situación sufrió un cambio radical en los primeros meses de 2009, poco después del triunfo de Obama en las elecciones presidenciales de los EEUU, cuando, en un acto con pocos precedentes en la historia de este país, el General al mando de ISAF, McKiernan, fue cesado y sustituido por el general McChrystal, designado para que imprimiera un giro radical a la estrategia seguida hasta entonces, aplicando los mismos criterios que había aplicado con éxito en Irak. Y lo hizo, con un equipo completamente nuevo, impulsó un cambio radical en las operaciones de ISAF ⁶¹. De acuerdo con la nueva estrategia, las operaciones en Afganistán pasaban de ser una campaña de operaciones especiales, encaminada a capturar miembros de *Al Qaida*, a una de contrainsurgencia con unos objetivos y unas necesidades mucho más amplias ⁶². El objetivo fundamental de la operación ya no era, como lo había venido siendo, derrotar a los insurgentes; el objetivo era ahora más ambicioso, la nueva estrategia de contrainsurgencia convertía a la población afgana, y no a los insurgentes, en el centro de todas las operaciones.

número dos de la oficina del representante de la Unión Europea y Mervyn Patterson número tres de la ONU en Afganistán. Posiblemente, lo que llevó a Karzai a tomar esta decisión no fuera tanto el hecho de que estuvieran negociando, como que lo estuvieran haciendo a sus espaldas.

61. El cese en junio de 2010 del Gral McChrystal como consecuencia de una polémica entrevista concedida a la revista Rolling Stones no tiene que ver, al parecer, con desacuerdos con la Casa Blanca en cuanto a la política a seguir en Afganistán. La llegada de Petraeus para sustituirle parece confirmar que no habrá cambios en la política iniciada por su predecesor.

62. Desde 2001, la postura oficial de la casa Blanca era que en Afganistán no se luchaba contra la insurgencia, sino contra el terrorismo. Ahora se cambiará esta postura y se hablará claramente de campaña de contrainsurgencia.

El análisis de la situación en Afganistán que McChrystal hacía a principios de 2009 no puede considerarse demasiado novedoso. Su análisis se basaba en la idea, ya muy repetida, de que la victoria en Afganistán sólo podía conseguirse si los afganos veían que el proceso les aportaba seguridad, un gobierno efectivo y progreso económico, lo que implicaba que el centro de gravedad de las operaciones no debía ser derrotar a los insurgentes, sino ganarse a la población; en sus propias palabras: «Los insurgente no tienen capacidad para derrotarnos, son nuestros errores los que nos pueden derrotar.» La ausencia de avances significativos en estas tres direcciones había venido siendo la vía por la que el apoyo de la población había ido decantándose hacia los talibán, que sí eran capaces de proporcionar cierta seguridad y justicia, aunque sea en una forma inaceptable para nosotros.

La falta de integración de los planeamientos civil y militar, las reticencias por parte de los Equipos de Reconstrucción Provincial, es decir, de las naciones integrantes de la coalición, a dejarse coordinar en los aspectos no puramente militares y la tendencia a relegar a las autoridades afganas a un segundo plano aparecían como otras de las claves del problema. Ante todo ello, McChrystal lanzó una estrategia muy diferente a la seguida hasta entonces, poniendo el acento no en las victorias militares sobre el terreno, sino en conseguir el apoyo de la población afgana a través de una mejoría visible en sus condiciones de vida: seguridad, gobierno y progreso económico. El lema acuñado, «*As civil as possible, as military as necessary*» (tan civil como sea posible, tan militar como sea necesario) es muy significativo del cambio que se quería acometer.

Otro problema al que había que hacer frente si se quería evitar tensiones tanto con el gobierno como con la población afgana, era el de las bajas civiles causadas por las acciones de la coalición, principalmente por las acciones aéreas. En 2007 habían sido 1.700 y en 2008 2100⁶³. Este problema ha sido, desde

63. Pese a que las bajas civiles han sido en este conflicto muy inferiores a las de los anteriores y el mayor porcentaje de ellas ha sido producido por la insurgencia, la población en general, siente que las operaciones de ISAF producen un número innecesario de bajas y esta percepción es más importante que el dato estadístico objetivo. Lo mismo puede decirse en lo referente a los daños

2001, fuente frecuente de tensiones entre el gobierno de Karzai y las fuerzas de la coalición y una de las causas más evidentes del creciente desapego de la población con respecto a las fuerzas de ISAF. Consciente de ello, McChrystal asumió como una de sus prioridades su reducción, imponiendo a sus fuerzas unas reglas de enfrentamiento más restrictivas y un uso más restrictivo del apoyo aéreo, lo que implicaba un aumento del riesgo y una disminución de la eficacia, que fueron asumidos por el jefe de ISAF como un mal menor frente a las ventajas que de cara a ganarse el apoyo de la población podía suponer. Estas limitaciones en el empleo del apoyo aéreo y las condiciones impuestas al empleo de la propia fuerza, fueron mal acogidas por las fuerzas desplegadas en los lugares más conflictivos que consideraron que limitaban su capacidad de defenderse y fueron la causa de bajas que podrían haberse evitado con unas reglas de enfrentamiento menos rígidas.

Pese a lo que pudiera pensarse, esta nueva estrategia no sólo no implicaba una reducción de la fuerza militar de ISAF, sino todo lo contrario, implicó un notable incremento de fuerzas que, eso sí, se subrayó que era provisional. Según McChrystal, una de las razones por las que la guerra se había eternizando sin haber llegado nunca a resultados definitivos, fue que nunca se contó con medios militares suficientes como para imponerse a la insurgencia. A principios de 2003, el número total de fuerzas en Afganistán era de aproximadamente 13.800, lo que equivale a decir que se les encomendó una misión imposible: para una fuerza tan reducida era materialmente imposible asegurar un área tan extensa como la que tenía asignada; hasta 2006, fecha en la que se alcanzaron los 38.000 hombres, no se produjo ningún incremento significativo. Desde entonces, este número se ha ido incrementando hasta alcanzar los cerca de 100.000 hombres de 42 países que formaban la coalición internacional en el momento en que se lanza la nueva estrategia, para la que McChrystal consiguió un incremento tem-

a la propiedad, infinitamente inferiores a los de los conflictos anteriores, pero que, debido a la falta de mecanismos rápidos de compensación, generan resentimiento entre los afectados y una sensación generalizada entre la población de que las fuerzas internacionales actúan de forma irresponsable y no son sensibles al daño que ocasionan.

poral de unos 30.000 soldados que formaron lo que se denominó el *New Surge* (el nuevo impulso). Los objetivos perseguidos eran de diferente naturaleza según las áreas del país. En el norte y el oeste se pretendía consolidar la seguridad ya lograda eliminando los focos insurgentes localizados principalmente en algunas zonas de Badghis y en la zona de Kunduz. En el sur es donde se iba a realizar inicialmente el mayor esfuerzo, lanzando sendas ofensivas para recuperar el control en las zonas de Kandahar y Helmand. En el este, donde la insurgencia era más persistente y más difícil de aislar de Paquistán, se pretendía inicialmente mantenerla a raya, impidiendo que se expandiera, especialmente hacia Kabul. En teoría, este incremento de fuerzas militares debía ir acompañado del despliegue de un importante contingente de funcionarios civiles destinados a apoyar el desarrollo de la administración afgana. Este despliegue nunca llegó a materializarse al 100%, de forma que los militares continuaron siendo en gran medida los responsables principales a la hora de apoyar al gobierno de Kabul en el desarrollo de una administración efectiva.

Un elemento clave de la nueva estrategia fue un desarrollo de las fuerzas de seguridad afganas que permitiera ir transfiriéndoles unas responsabilidades que hasta el momento habían sido casi exclusivas de ISAF. Para ello, el general McChrystal pidió un crecimiento más rápido de las fuerzas de seguridad afganas⁶⁴. Según él, era necesario un aumento en la eficacia del ejército para invertir «el ímpetu de los insurgentes». Además, para conseguir una rápida mejoría en su eficacia, exigió a las unidades de la coalición y a las afganas «planear, vivir y actuar juntas» y alentó a una mayor integración en los cuarteles generales.

El déficit en las fuerzas de seguridad, uno de los puntos débiles crónicos en las estrategias de ISAF, hizo surgir la idea de armar milicias locales que asumieran la responsabilidad de la seguridad en zonas donde la presencia de ISAF y las ANSF fuera escasa o inexistente. Con ello se pretendía también involucrar a los pro-

64. A finales de 2009, el Ejército Nacional Afgano (Afghan National Army, ANA) contaba ya con 97.200 hombres y la policía (Afghan National Police, ANP) con 93.800; una proporción considerable de estas fuerzas trabajaba habitualmente junto a las tropas de ISAF.

pios afganos en la lucha contra la insurgencia y terminar en una situación en la que aparecía como meros espectadores de una lucha que les era ajena. Para ello se creó la denominada Policía Local Afgana, que en 2012 contaba con unos 30.000 hombres y que en algunas zonas incluyó a los grupos que, espontáneamente, se levantaron en armas contra la presencia de los talibán en sus territorios. Esta iniciativa ha sido muy positiva en el sentido de involucrar a los propios afganos en la lucha contra los talibán, pero ha creado recelos por lo que puede suponer de cesión por parte del estado del monopolio del uso de la fuerza y por poder ser una vía para rearmar a los «Señores de la Guerra» o a milicias tribales que pueden alentar el faccionalismo. Lo efectivo de esta medida se demuestra por el hecho de que los miembros de esta fuerza se hayan convertido en objetivo preferente de los ataques de los insurgentes, que ven en ellos una amenaza muy real en zonas en las que la presencia del gobierno o de ISAF es muy débil. Las reticencias que plantea este tipo de milicias se han tratado de vencer integrándolas en el organigrama del Ministerio del Interior y tratando de someterlas a su control.

Los levantamientos antitalibán constituyen una de las mejores noticias que podríamos haber recibido en el campo de la seguridad. En el mes de junio de 2012 comenzaron a producirse una serie de incidentes, novedosos en su naturaleza y realmente esperanzadores: en diferentes áreas pastunes dominadas por los talibán, la población harta de sus excesos y de su brutalidad, se alzó espontáneamente contra ellos, logrando en algunos casos expulsarles completamente de zonas que venían dominando tradicionalmente. El primer incidente de esta naturaleza tuvo lugar en el distrito de Andar, en Gazni, donde seis estudiantes reaccionaron ante el cierre de su escuela por los talibán tomando las armas contra ellos; en poco tiempo, cientos de sus paisanos se habían unido a ellos logrando expulsar a los odiados talibán y reabriendo la escuela. Un año después, con el apoyo del gobierno afgano, el movimiento se ha consolidado y se ha convertido en una especie de milicia anti talibán. Pocas semanas después de los primeros incidentes de Andar, en la provincia de Laghman, en una zona habitada predominantemente por pastunes, la población se alzó también en armas contra los talibán, expulsándolos completamente de dos distritos; algo similar ocurría en las mis-

mas fechas en varios distritos de Badghis y Nangarhar... Desde entonces, el número de zonas en lo que se han producido este tipo de levantamientos, no ha hecho sino aumentar, llegando a producirse levantamientos anti-talibán incluso en las supuestamente más pro-talibán provincias del sur. Si hubiera que resumir las motivaciones que han llevado a esta reacción popular, habría que utilizar la palabra «hartazgo». En las zonas dominadas por los talibán, la gente parece estar harta de su brutalidad, de la falta de progreso social y económico que ven que se produce en otras partes, de no poder llevar a sus hijas a la escuela, de no poder vivir en paz. La certeza de que los talibán nunca van a lograr derrocar al gobierno de Kabul, condena a las zonas bajo su control a un estado de guerra civil permanente cuya única salida es la de alinearse con el gobierno de Kabul.

Aunque resulta imposible no ver con optimismo este tipo de acontecimientos, conviene analizarlos detenidamente para calibrar su relevancia y posibles consecuencias. No cabe duda que este tipo de reacciones populares demuestran la existencia de un malestar evidente entre una población que parece comenzar a hartarse de la manera de actuar de los talibán. Hasta qué punto está extendido este sentimiento es algo difícil de valorar, aunque la rapidez con la que la chispa de la revuelta ha prendido en todos los casos hace pensar en un sentimiento ampliamente compartido. Aunque conviene hacer una matización; al menos en algunos casos, la rapidez con la que se han extendido este tipo de reacciones se debe a que han sido hábilmente aprovechadas por las milicias de *Hezb-i-Islami*⁶⁵, un grupo tradicionalmente rival de los talibán que ha visto la oportunidad de aumentar su área de influencia a coste de ellos. También las autoridades de Kabul se han movilizado rápidamente para impulsar este tipo de acciones, proporcionando apoyo, abierto y encubierto, en forma de dinero y armas, para recuperar el control de zonas anteriormente bajo control insurgente.

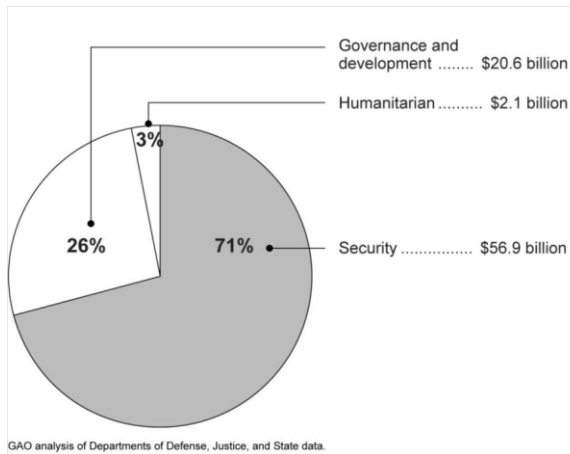
65. Se trata de un grupo conservador aunque mucho más moderado que los talibán que combina su participación en política con el mantenimiento de milicias armadas. Es uno de los grupos que podría avenirse a alcanzar un final negociado de la violencia.

Pese a ello, no podemos calificar estos levantamientos populares como acciones progubernamentales. En algunos casos, quienes han tomado las armas contra los talibán no muestran demasiadas simpatías hacia el gobierno de Kabul y ven con desconfianza su implicación en la expulsión de los talibán. En la más pura tradición afgana, los pastunes alzados contra los talibán, lo que buscan es librarse de cualquier forma de control ajeno y seguir viviendo sometidos a sus propias normas y autoridades. De todas formas, es esperanzador constatar que en su búsqueda de paz y tranquilidad vean más rentable apostar por el gobierno que por la insurgencia.

Aparte de la seguridad, había otros dos campos que la nueva estrategia consideraba igualmente importantes: la gobernanza y el desarrollo. De nada servirían los avances en el campo de la seguridad, si paralelamente no se desarrollaba un gobierno capaz de atender a las necesidades de la población y de impartir justicia. Y para que todos los avances fueran perdurables, era imprescindible conseguir que un desarrollo sostenible, hiciera posible a Afganistán salir de la pobreza y convertirse en un país autosuficiente. Una labor muy ardua, para la que se quería integrar los esfuerzos de todos los actores, organizaciones internacionales, países donantes, organizaciones no gubernamentales,... y en la que se pretendía que el gobierno de Kabul se convirtiera en la figura central a la hora de coordinar esfuerzos y asignar prioridades.

Pero no sólo ISAF realizaba en esas fechas análisis y propuestas para reconducir la situación, también la comunidad humanitaria tenía sus propios criterios al respecto. Partiendo de la base de que la ayuda había supuesto hasta ese momento unas mejoras notables en la vida de los afganos, pero reconociendo asimismo la existencia de serias limitaciones que habían afectado notablemente a su capacidad de reducir la pobreza, ACBAR, la asociación que agrupa a las principales ONG,s afganas, hacía sus propias recomendaciones tanto a los donantes como al Gobierno de Afganistán. En primer lugar, proponían incrementar la ayuda humanitaria y al desarrollo en detrimento del gasto militar, mucho más elevado; según los datos de ACBAR, por cada 100\$ en gasto militar, sólo se invierten 7\$ en proyectos humanitarios y de ayuda al desarrollo. Los datos oficiales del gobierno de EEUU, reflejados en la figura, no son tan exagerados, pero confirman un claro des-

equilibrio a favor del gasto militar. Y una vez más, ACBAR insistía en que no es sólo un problema de cantidad. Tan importante como mantener un nivel de ayuda suficiente es velar porque los fondos sean empleados de manera eficiente, controlando de manera efectiva su empleo. Como recomendaciones finales, los donantes deberían asignar más fondos a través del gobierno afgano, preocuparse por seleccionar ONGs eficaces, cumplir sus promesas y adoptar compromisos de ayuda plurianuales coherentes con los objetivos a largo plazo marcados por el gobierno afgano.



Distribución del gasto de EEUU en Afganistán. Fuente: *United States Government Accountability Office (GAO)*, febrero 2013.

En lo referente a los fondos de ayuda al desarrollo, es interesante destacar la importante diferencia entre lo prometido y lo realmente aportado. Desde 2001 hasta 2011 se gastaron aproximadamente 25.000 millones de dólares en asistencia para la seguridad en Afganistán, fondos destinados por ejemplo al desarrollo de las fuerzas de seguridad afganas. La comunidad internacional se había comprometido a dedicar la misma cantidad a la reconstrucción y el desarrollo, pero algunos de los principales donantes no han cumplido apenas con la mitad de sus compromisos de ayuda. Por ello, el déficit de ayuda alcanzaba en 2011 casi los 10.000 millones de dólares, una cantidad muy importante para los parámetros afganos. Hasta la fecha (verano de 2013) se han gastado tan sólo 15.000 millones de dólares en ayuda, y se calcula que nada menos que el 40%

de esa cantidad ha vuelto a los países donantes como beneficios corporativos y sueldos de consultores. En cifras absolutas, EEUU es con mucho el mayor donante, pues ha aportado un tercio de la ayuda total entre 2001 y 2011. Le siguen Japón, Reino Unido, la Comisión Europea (CE), el Banco Mundial (BM), Alemania y Canadá, y las aportaciones relativas de los Países Bajos, Noruega y Suecia han sido también considerables. Francia y España, por el contrario, han realizado escasas aportaciones bilaterales, concretamente 80 y 26 millones de dólares, respectivamente.

Pero, como adelantaba ACBAR, más importante aún que el incremento en la cantidad, es el establecimiento de unos procedimientos que garanticen su empleo efectivo en la atención de las necesidades reales de los afganos. De hecho, pocos afganos cuentan con que haya más dinero, pero sí esperan que la comunidad internacional se asegure de que la ayuda sea más eficiente y su gobierno se haga responsable del modo en que la emplea. Uno de los compromisos alcanzados en la Conferencia de Tokio de 2012 establece que el 50% de la ayuda debe canalizarse a través del gobierno afgano (la Conferencia de Londres había marcado como objetivo un 40%) y un 80% debe estar alineado con los Programas Nacionales Prioritarios. Estos programas, desarrollados por el gobierno afgano, definen el plan estratégico a seguir para lograr un desarrollo equilibrado; todas las inversiones deberían hacerse de acuerdo con sus prioridades. Desde luego, se trata de un objetivo encomiable que busca dos objetivos difícilmente criticables: que la ayuda se coordine a nivel nacional para asegurar que se emplea en la forma más eficiente y que sea el gobierno afgano quien decida dónde debe emplearse y se responsabilice de su gestión.

Igual de encomiable resulta el acuerdo alcanzado en la misma conferencia en el sentido de que la ayuda comprometida es condicional y está supeditada al cumplimiento de determinadas condiciones por parte del gobierno de Kabul; es lo que se denomina el Marco de Responsabilidad Mutua, que implica básicamente, que mientras la comunidad internacional se compromete a seguir apoyando económicamente a Afganistán durante la denominada Década de Transformación (2015-2024), el gobierno afgano asume el compromiso de realizar determinadas reformas y cumplir ciertas condiciones relativas a aspectos como la lucha contra la corrupción, el respeto a los derechos humanos básicos, la mejora

en la gobernanza o la celebración de elecciones justas. El incumplimiento de estas condiciones llevaría aparejado el cese o una disminución de la ayuda económica. Buenas intenciones que plantean dificultades en la práctica. Canalizar un porcentaje tan alto de la ayuda a través del presupuesto puede superar las capacidades reales del ministerio de hacienda afgano. Ser demasiado estricto en la valoración de las condiciones establecidas en Tokio podría obligar a dejar de financiar al país, lo que le condenaría al desastre. No parece que sea esta la intención de ninguno de los firmantes del acuerdo. Aunque se trata en última instancia de una decisión individual de cada uno de los donantes, es muy posible que estén decididos a pagar, pase lo que pase, y que tan solo pretendan presionar así al gobierno de Karzai para que se mueva en la dirección adecuada, especialmente en lo referente a la lucha contra la corrupción. Posiblemente, sólo el incumplimiento de la condición relativa a la celebración de unas elecciones justas, o un retroceso en aspectos relativos a los derechos humanos, podrían implicar alguna sanción económica importante. En el segundo aspecto, es de prever que se preste especial atención al respeto a los derechos de la mujer, ya que se trata de un aspecto particularmente sensible, que desata una oposición muy clara entre las fuerzas más conservadoras y en el que se pretende constatar la determinación del gobierno afgano a la hora de hacer frente a estos grupos. Un indicador sobre la dirección en la que va a evolucionar el gobierno afgano en esta materia y sobre su actitud ante las presiones de los grupos más conservadores, va a ponerse de manifiesto con ocasión de la aprobación de la ley que pretende regular la violencia contra las mujeres. A finales de la primavera de 2013 pasaba a la cámara baja el texto aprobado por el gobierno, que aborda este asunto desde una perspectiva «progresista». Aspectos como el matrimonio forzoso, la edad para contraer matrimonio o la violación en el ámbito conyugal⁶⁶,

66. El texto contempla la posibilidad de que el marido viole a la propia esposa, en el caso de que la fuerce a mantener relaciones sexuales. Esta posibilidad es contestada por los clérigos más ortodoxos que no consideran que la esposa pueda oponerse a mantener relaciones sexuales con el marido. De hecho, de acuerdo con la Sharia, el marido puede negar el alimento a la esposa si ésta no consiente.

reciben un tratamiento respetuoso con los derechos de la mujer, pero contrario a las posturas de los grupos que consideran que el texto es contrario a la *Sharia*, lo que ya ha generado protestas desde los sectores más conservadores. El texto que finalmente se apruebe será analizado con lupa, para determinar hasta qué punto el gobierno afgano está comprometido con la preservación de los derechos ganados por las mujeres afganas en los últimos años. Un texto que cediera de manera evidente a las posturas más intransigentes podría considerarse como un incumplimiento de lo acordado en Tokio y provocar que, al menos parte de los donantes, decidiera reconsiderar su apoyo financiero.

Otro campo en el que la llegada a la presidencia de Obama supuso un giro radical, fue en el de la postura sobre un posible diálogo con los talibán. Si para Bush el diálogo con ellos fue una línea roja que nunca estuvo dispuesto a cruzar, para Obama se convirtió en una de las claves de su estrategia de salida. Descartada la posibilidad de una victoria militar completa, para dejar un Afganistán estable en 2015 era necesario, además de fortalecer la administración y la economía afganas, debilitar a la insurgencia, lo cual implicaba, aparte del esfuerzo militar que implicaba el *new surge* incorporar tantos insurgentes como fuera posible al proceso político. Para ello era necesario hablar con el enemigo. En esta línea, en 2010 EEUU comenzó a apoyar iniciativas que tenían por objeto reintegrar a combatientes talibán en la sociedad afgana. La estrategia consistía en proporcionar incentivos económicos a los combatientes de menor rango que abandonaran las armas. Tal vez era más una táctica de contrainsurgencia para debilitar a los talibán que parte de una auténtica iniciativa de paz. Posteriormente, ya en 2011, el mensaje de *Eid* del Mulá Omar, en el que mostraba una postura menos dogmática y más abierta a acuerdos, fue interpretado como una oportunidad para dar un paso más, dado que Omar parecía mostrarse abierto a mantener algún tipo de diálogo. Durante 2011 EEUU amplió su enfoque de la reintegración extendiéndola a los líderes talibán de más alto nivel.

Cuando Obama llegó al poder sus consejeros se dividían entre los partidarios de una negociación inmediata y los que abogaban por una ofensiva previa que debilitara a los insurgentes obligándoles a negociar en desde una postura más débil. Desde el Departamento de Estado se proponía una negociación inmediata con la

insurgencia que permitiera abandonar Afganistán cuanto antes, mientras desde el Departamento de Defensa se pedían dos años más de esfuerzo militar para debilitar a la insurgencia antes de comenzar a negociar, incrementándose para ello la fuerza militar. Paralelamente, el acuerdo suscrito tras la Cumbre de la OTAN en Lisboa en 2010, que ponía fecha al final del compromiso militar de la Alianza, convirtió la negociación en una urgencia. Finalmente se impuso la segunda línea, la que pretendía debilitar a la insurgencia antes de comenzar las negociaciones. Aunque el gobierno de Karzai había iniciado conversaciones informales con los talibán en Arabia Saudí en 2008, el contacto directo y público no comenzó hasta noviembre de 2010 cuando un grupo de funcionarios estadounidenses del Departamento de Estado y el Consejo de Seguridad Nacional se reunió en Múnich con Tayyab Agha, secretario del mulá Omar. Las conversaciones, mantenidas inicialmente en secreto, fueron facilitadas por las autoridades alemanas y la familia real de Qatar. Karzai reaccionó negativamente ante estas conversaciones, alegando que los estadounidenses no podían negociar en su nombre y pidiendo a Arabia Saudí o Turquía que acogieran unas conversaciones lideradas por el gobierno de Afganistán, tales conversaciones nunca se materializaron. Incluso llamó a consultas a su embajador en Qatar (14 diciembre 2011) en protesta por su apoyo a las negociaciones iniciadas por EEUU. La realidad es que los talibán siempre han mantenido, al menos públicamente, que no están dispuestos a negociar con el «gobierno títere» de Kabul, al que no reconocen ninguna legitimidad. En su discurso, ellos son la representación legítima de los afganos y con quien quieren negociar es con el estado que ocupa militarmente su país, EEUU. A pesar de todo, Obama siguió impulsando el diálogo iniciado con los talibán, aunque intentando que éstos aceptaran la participación del gobierno de Kabul. La segunda ronda de conversaciones se produjo en Doha, capital de Qatar, en febrero de 2011. Agha volvió a ser el delegado talibán. Días después de este encuentro, Hillary Clinton declaraba públicamente que estaban tratando de encontrar un final político al conflicto, separando a los talibán de *Al Qaida*, poniendo fin a las actividades de la insurgencia y llegando a un acuerdo aceptable tanto para los afganos como para sus vecinos. En enero de 2012 se abrió la oficina política talibán en Doha.

Las conversaciones preliminares se centraron en el intercambio de prisioneros. El plan era liberar a cinco detenidos de Guantánamo a cambio del soldado estadounidense Bowe Bergdahl⁶⁷. Las conversaciones se rompieron en marzo de 2012 por considerar los talibán inasumibles las condiciones previas impuestas por Washington y porque se cruzó en el camino la campaña electoral de EEUU, momento poco adecuado para un intercambio de prisioneros. Desde entonces no se han producido avances conocidos, aunque EEUU sigue intentando reabrir un proceso que le permitiría retirar sus fuerzas en 2014 con una mayor garantía de estabilidad para el futuro.

Insistiremos en ello en el capítulo siguiente, dedicado a los Retos de Afganistán, pero es bueno tener ya en cuenta un dato fundamental: ninguna de las estrategias diseñadas por cualquiera de las organizaciones internacionales implicadas en Afganistán tendrá éxito si no es asumida como propia por los afganos y su Gobierno. Y tampoco tendrá éxito si no es puesta en práctica por ellos, con ayuda internacional, pero bajo su responsabilidad. Ello implica la existencia de un gobierno y una administración suficientemente desarrollados, responsables y comprometidos; y una población que mayoritariamente crea en ellos y los apoye. Si además se quiere un desarrollo basado en una paz duradera, parece que será inevitable un proceso negociador que permita, si no a todos, por lo menos a una parte importante de la insurgencia abandonar las armas y reintegrarse en la nueva sociedad afgana. Éstos son los retos de Afganistán.

67. Soldado norteamericano capturado por los insurgentes el 30 de junio de 2009 en la provincia de Paktika. Se cree que está en poder de la red Haqqani, probablemente en algún lugar de Paquistán. Desde entonces, los talibán han emitido cinco videos mostrándole en cautiverio. Exigen por su liberación 1000.000 dólares y la liberación de 21 prisioneros afganos, casi todos de Guantánamo.

LOS RETOS DE AFGANISTÁN

2015 es otra de las fechas clave en la historia reciente de Afganistán; representa el momento a partir del cual, el protagonismo en la defensa y seguridad del país pasará a ser responsabilidad de los propios afganos, con apoyo internacional, pero bajo responsabilidad afgana⁶⁸. Esta fecha fue anunciada por el presidente Obama en el mismo momento en el que anunciaba un incremento considerable de las fuerzas estadounidenses desplegadas en Afganistán y solicitaba un esfuerzo similar al resto de los aliados. Con este incremento pretendía dar un impulso definitivo a las operaciones que permitiera realizar el repliegue con la certeza de haber cumplido la misión. Como consecuencia de este incremento, las fuerzas de ISAF alcanzaron en 2010 un techo de 130.000 hombres, 90.000 de ellos procedentes de EEUU. De acuerdo con la estrategia impulsada por el General McChrystal, este incremento de fuerzas estaba encaminado a producir un cambio decisivo en la situación que pusiera fin al estancamiento que había caracterizado hasta el momento el conflicto afgano. Paralelamente, se trataba de impulsar de modo decisivo el desarrollo de Afganistán, para hacerle capaz de irse independizando del apoyo exterior, no sólo en lo referente a la seguridad, sino también en los campos político y económico. Dada la importancia que la seguridad tiene en este proceso, una parte fundamental de la nueva estrategia pasaba por el fortalecimiento de las fuerzas de defensa y seguridad afganas, que deberían ir asumiendo paulatinamente la responsabilidad en el planeamiento y conducción de las operaciones.

La nueva estrategia parece que fue acertada y entre los años 2011 y 2013 se han podido apreciar avances significativos, aunque en el campo de la gobernanza el ritmo haya sido muy inferior al deseado. La corrupción, la debilidad del gobierno de Kabul y la falta de funcionarios debidamente preparados son las causas de ese lento progreso en la creación de una administración eficaz. El problema es que, debido a condicionantes políticos ajenos

68. Posteriormente se decidió adelantar esta fecha a junio de 2013. De esta forma que hubiera un tiempo entre la transferencia de la seguridad y la retirada de las fuerzas de la OTAN.

a Afganistán, la nueva estrategia no iba a disponer del tiempo que hubiera sido necesario para afianzar los logros. La crisis económica internacional y el cansancio de las opiniones públicas occidentales, unidos a la inminencia de unas elecciones presidenciales en EEUU en las que el conflicto afgano podría amenazar las expectativas del presidente Obama, forzaron a éste a poner fecha al final del esfuerzo en Afganistán. En 2009, quizá viéndose más como candidato que como presidente, anunció que para finales de 2014 se habría finalizado la transferencia de las responsabilidades en la seguridad a las autoridades afganas, replegándose la mayor parte del contingente militar. El resto de aliados se adhirió inmediatamente a este plan y comenzó a planear su propio repliegue. Aunque por parte de todos los gobiernos implicados en el conflicto se insistiera en que la retirada estaría condicionada al logro de determinados objetivos, que no se trataba de un abandono sino de un cambio en los roles respectivos y que después de 2014 Afganistán seguiría recibiendo apoyo militar y sobre todo político y económico, la sensación era que se abandonaba a los afganos a su suerte porque las economías y las opiniones públicas occidentales necesitan poner fin a la sangría en vidas humanas y en recursos económicos que el conflicto había supuesto durante cerca de diez años. Para que el proceso que habría de crear las condiciones necesarias para que la retirada de las fuerzas de ISAF no pudiera ser calificado como retirada o abandono, se le denominó Transición, para insistir en la idea de que no se trataba de un final, sino un cambio de escenario.

Las amenazas para el proceso no son pocas; limitándonos a las más significativas a la hora de desestabilizar Afganistán, una vez que el grueso de las fuerzas internacionales lo hayan abandonado, podemos citar entre los factores exógenos la falta de apoyo por parte de Paquistán y una reducción significativa en la ayuda económica internacional. Entre los factores internos podemos citar la corrupción y la falta de eficacia de la administración afgana, así como la falta de recursos suficientes para mantener las infraestructuras y servicios fundamentales, garantizar un crecimiento económico sostenido y financiar el volumen de fuerzas necesario para garantizar la seguridad del país. Todas estas amenazas van a girar en torno a dos cuestiones cruciales: la actitud de Paquistán y la continuidad del apoyo económico internacional. Un apoyo

sincero de Paquistán y un compromiso económico duradero por parte de la comunidad internacional son prerequisites indispensables para la consolidación de un Afganistán estable. Garantizados estos dos requisitos, es necesario contar con una administración realmente comprometida con el desarrollo de su país y capaz de administrarlo. Y todo ello debe producirse en el marco de una situación de seguridad que haga posible el desarrollo de una actividad política y económica normales. El problema es que la decisión de poner fecha a la transferencia de la seguridad a las autoridades afganas y la consecuente retirada de la mayor parte de las fuerzas internacionales deja un margen demasiado corto para garantizar el éxito.

Los retos a los que se enfrenta Afganistán van más allá de los problemas inmediatos relacionados con la Transición. Hay problemas de mayor calado, empezando por su consolidación como estado unitario, que exigiría la superación de las tensiones étnicas, religiosas y tribales; el desarrollo de una economía sostenible; el logro de un equilibrio aceptable con sus vecinos, especialmente con Paquistán; la búsqueda de un equilibrio entre tradición y modernidad en aspectos como el papel de la mujer; la reducción de la corrupción y la economía de la droga a límites aceptables,.... son todos problemas que deben encontrar una solución para que Afganistán pueda llegar a ser un estado estable, respetado por sus vecinos y capaz de atender a las necesidades básicas de su ciudadanos.

COHESIÓN NACIONAL

Al hablar de las etnias de Afganistán, hemos podido constatar que la identidad nacional afgana es un sentimiento débil, amenazado por sentimientos contrarios muy fuertes. De hecho, Afganistán apenas ha llegado nunca a consolidarse plenamente como una nación-estado. Unas fronteras políticas, una constitución, un gobierno y un parlamento, la celebración de elecciones, un himno y una bandera no son elementos suficientes para ello. El concepto de nación-estado es puramente occidental y su origen histórico está ligado al surgimiento de la Reforma Protestante. Las luchas que siguieron a ésta, unidas a un nuevo énfasis en el individualismo, los derechos individuales y la separación Iglesia-Estado condujeron finalmente al nacimiento de los Estados demo-

cráticos que caracterizan a Occidente. Pese a que varios estados musulmanes han intentado evolucionar hacia Naciones-Estado, ninguno lo ha conseguido plenamente, con la única excepción de Turquía, único país musulmán con un sistema democrático de corte Occidental. Otros países lo han intentado: Rezah Sha en Irán y el Rey Amanulá en Afganistán intentaron modernizar sus países siguiendo el modelo de Turquía; en ambos casos el intento les costó el trono, demostrando que en algunos países el concepto de Nación es algo muy ajeno a la mayoría de su población, que no se siente especialmente vinculada al Estado.

En el caso de Afganistán, ni siquiera el nombre es aceptado unánimemente. Afganistán significa «la tierra de los afganos», pero la palabra «afgano» no tiene el mismo significado para todos; así, entre los afganos no pastunes, es normal referirse a los pastunes como afganos, empleando ambos términos como sinónimos; incluso suelen referirse al *pashto*, el idioma de los pastunes, como *afgani*. Aunque los pastunes no equiparan los términos y se refieren a sí mismos como pastunes, algunos no pastunes rechazan la denominación de Afganistán porque para ellos significa «la tierra de los pastunes», prefiriendo la denominación más aséptica de Jorasán. Hace unos años, cuando el gobierno afgano lanzó un primer intento de dotar a sus ciudadanos con un documento de identidad, la Sociedad de Personas de Etnia Turca de Afganistán rechazó rotundamente la posibilidad de que sus miembros pudieran ser definidos como afganos en tal documento; este grupo declaraba no oponerse a que a los miembros de su etnia se les definiera por tener la nacionalidad de Afganistán, pero no aceptaba que fueran definidos como afganos ya que para ellos, afgano es sinónimo de pastún.

Las fronteras de Afganistán, como tantas otras, fueron en su día definidas en función de los intereses particulares de Gran Bretaña, que quería proteger las fronteras de su Imperio frente al expansionismo ruso. De esta forma, dentro de sus fronteras quedaron englobados grupos muy dispares, étnica y culturalmente diferenciados, con lenguas diferentes y que no sólo carecían de demasiados antecedentes como unidad nacional, sino que en casi todos los casos presentan afinidades étnicas, culturales y lingüísticas muy estrechas con pueblos situados en naciones vecinas. Pastunes, tayikos, uzbekos y baluchis se encuentran tanto

dentro como fuera de las fronteras de Afganistán; no nos puede extrañar que en muchas ocasiones se sientan más vinculados con sus vecinos de la misma etnia de estados vecinos, que con sus compatriotas afganos de etnia diferente. La consecuencia natural de estas fronteras impuestas y arbitrarias, que separan a grupos culturalmente homogéneos, es que el concepto de «identidad nacional» es muy débil entre los afganos, que tienden a identificarse por su pertenencia a un grupo étnico y a una tribu, más que por su condición de afganos. Un pastún afgano se sentirá, con toda probabilidad, más próximo a un pastún paquistaní que a un hazara de su misma provincia. Sólo en Kabul, y en menor medida en otros centros urbanos, donde las raíces tribales están más desdibujadas, el sentimiento nacional puede prevalecer sobre otros criterios. Sin embargo, sería erróneo pensar que el mero hecho de emigrar a las ciudades, hace que los afganos pierdan sus lazos tribales y étnicos. Lo normal será que, en la ciudad en la que se asienten, estos lazos sigan vivos y constituyan el único apoyo social del que dispongan los recién llegados. En muchos casos, por lejos que se encuentren del solar ancestral de su tribu, seguirán vinculados a ella en su nueva residencia. Cuando un afgano huye del medio rural hacia Kabul, normalmente lo hace acogándose al apoyo de otros miembros de su clan o tribu. Éstos se encargarán de facilitarle la búsqueda de vivienda y trabajo, en zonas étnicamente puras que van así consolidando esta "pureza". Este tipo de apoyo va consolidando los lazos de solidaridad, de forma que la emigración a la ciudad lejos de romper los lazos rivales, puede incluso reforzarlos.

Las ocasiones en las que, a lo largo de la historia los afganos han actuado de forma unánime, demostrando cierta clase de unidad frente a agresiones externas, en realidad no pasaron de ser casos puntuales que sólo afectaron a algunos segmentos de la población de áreas muy limitadas y en los que en realidad actuaban guiados por intereses más locales que nacionales. Hamid Karzai fue posiblemente el primer afgano que, en 2001, declaró que era primero afgano y después pastún; poco a poco, la realidad política ha ido imponiéndose y son cada vez más los afganos que comparten este sentimiento, sobre todo entre los grupos culturalmente más desarrollados. Cada vez son más los afganos que no encuentran ningún problema en considerar su pertenencia a un

determinado grupo étnico como algo fácilmente integrable en una realidad nacional superior. Pero el proceso es lento, de forma que a día de hoy, si hablamos de nacionalismo afgano, normalmente no hablamos de un sentimiento de lealtad hacia Afganistán, sino hacia un determinado grupo étnico. No es de extrañar que, a día de hoy, el nacionalismo afgano, entendido de la forma en que se ha descrito, constituya un obstáculo más al desarrollo de Afganistán como nación y que una de las hipótesis que se barajan sobre el futuro del país sea el de su partición según líneas étnicas. La afinidad de los pastunes de ambos lados de la frontera afgano-paquistaní alimenta este temor que desde Paquistán se ve como una amenaza real a su integridad territorial. El fantasma de Pastunistán está aún vivo en Karachi. Para el futuro de Afganistán, esta realidad supone un riesgo para su futuro ya que no nos permite descartar que una evolución negativa de la situación de seguridad a partir de 2015, se produjera un fraccionamiento del país según líneas étnicas.

GOBERNANZA Y DESARROLLO ECONÓMICO

El problema político

Cuando en 2001 la comunidad internacional se plantea apoyar al nuevo gobierno afgano para reconstruir el país, el panorama era desolador. Tras años de guerra en los que prácticamente nadie se preocupó por la economía del país, éste estaba completamente arruinado. Aunque sea un tópico muy repetido, es necesario repetirlo, más que reconstruir, había que construir un estado partiendo de la nada. Durante años, Afganistán había carecido de un gobierno capaz de atender las necesidades básicas de sus ciudadanos. Los líderes *muyahidines* y aún más los talibán, no se habían preocupado de mantener una estructura administrativa mínimamente funcional, ni de crear las condiciones para un cierto desarrollo económico. Así que había que construir un país, sin la ayuda de una administración propia, sin un tejido empresarial mínimo, sin una clase media formada,... En el campo de la gobernanza, los acuerdos de Bon, como ya hemos tenido oportunidad de ver, diseñaron un nuevo estado y un calendario para la creación de las principales instituciones que lo representarían. Desde entonces, el proceso

de crear una administración pública eficiente y responsable se ha encontrado con los problemas que ya hemos ido analizando a lo largo de los capítulos anteriores. Entre ellos desatacan por su trascendencia la corrupción y la falta de funcionarios competentes para poner en marcha las instituciones públicas requeridas por el nuevo sistema político.

El Marco de Mutua Responsabilidad, aprobado en la Conferencia de Tokio de 2012, condicionaba el pago de la ayuda prometida (16.000 millones de dólares hasta 2015) a la adopción de ciertas medidas por parte del gobierno afgano: La celebración de elecciones; una mejora en el acceso a la justicia y el respeto de los derechos humanos, en particular de mujeres y los niños; mejoras en la gestión financiera pública y del sector bancario privado; un sistema de ingresos públicos y una ejecución presupuestaria más eficientes. En parte para demostrar que Afganistán podía mantener esos compromisos, Karzai aprobó en julio de 2012 el Decreto de Reforma de la Administración Pública. En él se definen los pasos a dar para que la administración afgana sea finalmente capaz de ejercer un gobierno efectivo sobre todo el país. El decreto exige a cada ministerio y organismo gubernamental el desarrollo de un plan de trabajo para llevar a cabo las reformas específicas. Pero, a la hora de la verdad, los dos grandes problemas que hemos mencionado, la corrupción y la falta de personal preparado, amenazan la ejecución de cualquier reforma ya que cualquier avance significativo exige disponer de funcionarios preparados en todos los niveles de la administración y cargos públicos que guíen su actuación por el interés común. La incompetencia y la corrupción pueden entorpecer de manera notable la actuación administrativa e impedir que los afganos confíen en sus instituciones. De hecho, a día de hoy, así está sucediendo. A pesar de los avances conseguidos, la administración, sobre todo a nivel sub-nacional, es todavía muy poco efectiva o simplemente inexistente en muchas partes del país. Y todas las encuestas nos dicen que los afganos ven a sus administradores como mayoritariamente corruptos e incompetentes.

De la corrupción hemos hablado y hablaremos más adelante. En cuanto al problema de la preparación de los funcionarios, Afganistán cuenta actualmente con unos 150.000 (excluidos los cerca de 350.000 pertenecientes a la policía y las fuerzas armadas, entre los cuales se ha hecho un gran esfuerzo de alfabetización

y formación). Desde 2002 se han venido desarrollando programas, apoyados internacionalmente, para mejorar la educación en general y la preparación de los funcionarios en particular. El problema es que la materia prima era de ínfima calidad: el abandono sufrido por la enseñanza durante años hacía que fuera imposible disponer de candidatos con una mínima preparación. Adicionalmente, con demasiada frecuencia, se ha visto cómo el personal formado en estos programas utilizaba sus recién adquiridas capacidades para encontrar trabajo entre la miríada de organizaciones internacionales desplegadas por todo Afganistán, o en el extranjero ⁶⁹. En los próximos años, cuando comience a acceder al mercado de trabajo la generación que se ha beneficiado de las mejoras en el sistema educativo de los últimos años, el panorama podrá cambiar, pero a día de hoy el problema es de difícil solución. Mientras tanto, no es difícil encontrar afganos bien preparados trabajando en las oficinas del gobierno en Kabul. Pero es mucho más difícil contar con ellos para las administraciones provinciales y de distrito, especialmente en las zonas más peligrosas del país. Esta realidad dificulta que el gobierno extienda su autoridad fuera de Kabul, aunque la experiencia de los últimos años ha demostrado que para mejorar la gobernanza a nivel sub-nacional, más importante aún que contar con un cuerpo de funcionarios preparados, es contar con unos dirigentes comprometidos y capacitados. Allí donde ha habido gobernadores honestos y enérgicos, las condiciones han mejorado ostensiblemente, a pesar de las carencias derivadas de la falta de un cuerpo de funcionarios suficientemente preparados.

A finales de 2010, el gobierno instituyó un sistema de nombramientos de altos cargos basado en el mérito. Se trataba de emplear este procedimiento para el nombramiento de cargos como los gobernadores y subgobernadores provinciales y gobernadores de distrito, que dejaban de ser cargos políticos para convertirse en funcionarios. El sistema incluye unos requisitos mínimos de formación para cada puesto y un sistema de valoración de méritos. Aunque su

69. Esta realidad ha llevado al presidente Karzai a solicitar a los organismos internacionales que operan en Afganistán, que ajusten sus salarios a los existentes en el país.

aplicación diste mucho de ser perfecta, ha supuesto una mejoría notable en la calidad del personal destinado a estos cargos. Después de un inicio vacilante, este proceso se ha acelerado: en la primavera de 2013, el sistema se había aplicado ya para la selección de la mitad de los 34 gobernadores provinciales, 32 de los 34 subgobernadores provinciales y 189 de los 364 gobernadores de distrito. La institución responsable de estos nombramientos y de la normalización de las plantillas, salarios y beneficios es la Comisión Independiente para la Reforma de la Administración Pública. Para la mejora de la formación de los funcionarios, se creó el Instituto de la Administración Pública, que capacitó a más de 16.000 funcionarios administrativos durante el período 2010-2011. Esta organización ha puesto en marcha un programa de prácticas para 1.000 nuevos funcionarios de la administración pública nacional y 2.000 de las oficinas provinciales y de distrito. Adicionalmente, parte del personal funcionario recibe su formación en la India, Japón y Singapur.

Los últimos años nos han permitido ser testigos de cómo la administración afgana iba ganando en profesionalidad en Kabul y se iba extendiendo al resto del país. El reto es difícil, pero se han dado pasos de gigante. Lo visto en los últimos años hace pensar que es más un problema de voluntad que de capacidad. Si los líderes afganos siguen comprometidos en este esfuerzo y ponen el interés del país por encima de sus ambiciones personales o sectarias, no hay razón para negar la posibilidad de que, en unos años, los afganos gocen de una administración pública razonablemente eficiente. Corrupción y seguridad son las dos grandes amenazas al proceso.

Las elecciones de 2014

En 2014 vamos a tener la oportunidad de valorar ese compromiso de los líderes políticos con el futuro de su país. Los retos expuestos hasta aquí, junto con los que vamos a seguir analizando a lo largo de este capítulo, representan los caballos de batalla con los que Afganistán tendrá que lidiar durante años si quiere llegar a convertirse en un estado estable. Como mínimo, serán los protagonistas de lo que se ha denominado «La Década de la Transformación». Pero, a más corto plazo, hay un reto más puntual, cuya superación va a ser determinante para el futuro del país. Se trata de las elecciones presidenciales y legislativas

que deben celebrarse en 2014. La celebración en el plazo previsto de unas elecciones limpias, va ser determinante a la hora de garantizar el compromiso con el actual proceso político, tanto de la comunidad internacional como de los propios afganos. Las amenazas que penden sobre esta cita electoral son varias y proceden de diversos frentes: en el interno, no se puede descartar un intento por parte de Karzai de aplazarlas para perpetuarse en el poder, o de adulterar de forma fraudulenta su resultado para asegurar el triunfo de su candidato⁷⁰; un éxito de la insurgencia en su más que probable intento de impedir la celebración de unas elecciones justas; la ingobernabilidad derivada de un parlamento excesivamente fragmentado, polarizado u opuesto al presidente electo; la infrarepresentación de los pastunes derivada de las dificultades que puede implicar votar en las zonas más inseguras del país. En el plano externo, la no celebración en plazo o una celebración fraudulenta podría suponer una disminución drástica de la ayuda internacional. Una combinación de estos factores podría conducir a la ingobernabilidad del país, a su fraccionamiento, a una situación económica insostenible o a todo ello al mismo tiempo.

Con los antecedentes aportados por las anteriores citas electorales, no es de extrañar que las próximas citas electorales despierten ciertas inquietudes. Según el calendario anunciado por el presidente Karzai en octubre de 2012, las elecciones presidenciales deben celebrarse en abril de 2014 y en agosto del mismo año, debe volverse a las urnas para elegir a los miembros de la cámara baja. Durante el año 2012, se temía que Karzai modificara la constitución para poder presentarse a la reelección para un tercer mandato, algo que la actual redacción de la Carta Magna afgana no permite. También se temía que, de no lograr ese objetivo, alegara motivos de seguridad para declarar el estado de

70. En junio de 2013 todavía no se tenía constancia de cual pudiera ser el apadrinado de Karzai. Según algunas informaciones, podría ser uno de sus hermanos. Otro posible candidato podría ser el entonces embajador en Paquistán, Omar Daudzai, un pastún de Parwan que no negaba tal posibilidad, aunque la hacía depender del apoyo abierto de Karzai. Daudzai confesaba en junio de 2013 que sólo se presentaría si tuviera garantías razonables de ganar las elecciones.

emergencia y aplazara los comicios *sine die*⁷¹. Para conjurar estas posibilidades, desde la comunidad internacional se presionó a Karzai para que hiciera público cuanto antes el calendario electoral. Para forzarle a ello se le dejó claro que el apoyo económico internacional comprometido en la Conferencia de Tokio estaría supeditado a la celebración de unas elecciones justas y libres. Finalmente, para alivio de todos, en octubre Karzai anunció que las elecciones presidenciales se celebrarían en abril de 2014.

Despejado, al menos aparentemente, este problema, siguen en pie las demás amenazas al proceso. La primera, la derivada de la actuación de la insurgencia. Pese a las reiteradas invitaciones que Karzai ha hecho a los talibán en general y al *mulá* Omar en particular, para que dejen las armas y participen en las elecciones, no sólo parece más que improbable que vayan hacerlo, sino que cabe esperar que intenten por todos los medios boicotearlas, impidiendo el ejercicio del voto en todos los casos en que puedan hacerlo. Para abril de 2014 ISAF estará aún presente en Afganistán, si bien con unas fuerzas ya muy disminuidas, de forma que la seguridad será ya responsabilidad de los propios afganos, cuya capacidad para asegurar los 7.000 colegios electorales que se constituirán parece, al menos en algunas zonas del país, más que dudosa.

Sin embargo, no es de prever que las posibilidades de la insurgencia vayan mucho más allá de la comisión de algunos atentados de gran impacto y el boicot efectivo en algunas zonas del país, no demasiado pobladas y de mayoría pastún. Curiosamente, quien sí podría hacer fracasar el proceso es el propio Karzai, si orquestara una campaña de fraude masivo para asegurar el triunfo de «su» candidato. Los antecedentes hacen que no podamos considerar improbable que esto suceda. De entrada, los actores y su situación son análogos a los de 2009, lo que nos hace pensar que su actua-

71. De acuerdo con la Constitución, no es posible celebrar elecciones si previamente el presidente ha declarado el estado de emergencia. Apoyándose en la situación de seguridad, Karzai podría declarar dicho estado, haciendo imposible la celebración de elecciones. El aplazamiento sería temporal, pero se teme que un aplazamiento prolongado llevaría a que las elecciones se celebraran después de la retirada de ISAF, lo cual produce cierta preocupación. Aunque esta posibilidad no puede descartarse, parece que el compromiso de Karzai con la celebración de las elecciones en la fecha anunciada es sincero.

ción puede ser la misma. A pesar de los esfuerzos que se están haciendo para evitarlo, la posibilidad de un fraude masivo no puede descartarse. El hecho de que el actual presidente se haya preocupado tanto en que la Comisión Electoral Independiente éste bajo el control de sus fieles, no puede sino resultarnos sospechoso. Y para sembrar más dudas sobre sus intenciones, en los meses próximos al anuncio de la consulta electoral, Karzai se preocupó de nombrar gobernadores leales y eficaces en las provincias más conflictivas, todas ellas de mayoría pastún. Un análisis optimista de este movimiento llevaría a pensar que pretende que una mejoría en la situación de seguridad permita a los pastunes que habitan en estas zonas acudir a votar de manera masiva. Un enfoque menos optimista llevaría a pensar que con estos nombramientos Karzai podría manipular los resultados electorales con mucha mayor facilidad.

La cuestión es cuál sería la respuesta de la comunidad internacional y de los propios afganos si es evidente que tal fraude se ha cometido. O cuál sería la reacción en las áreas pastunes del país si el resultado de las elecciones lleva a la presidencia a un no pastún. Un fraude masivo en las elecciones podría tener consecuencias muy graves. En el plano externo podría marcar el inicio de un «desenganche» de muchos donantes, que optarían por cortar total o parcialmente sus contribuciones económicas. Un recorte significativo en la ayuda internacional tendría efectos dramáticos para Afganistán, que no estaría en condiciones de financiar su seguridad y de atender a las necesidades básicas de sus ciudadanos.

En el plano interno, un presidente elegido de forma fraudulenta generaría un rechazo popular que ahondaría el desapego de los afganos respecto a su gobierno, reforzaría la posición de la insurgencia, que tiene en este desapego su mejor baza y podría generar reacciones populares imprevisibles. Reacciones que podrían ser aprovechadas por algunos líderes regionales para independizarse de facto del gobierno de Kabul. Hay que tener en cuenta que un triunfo fraudulento del candidato de Karzai, sería visto por tayikos, hazaras y uzbekos como un intento de los pastunes para hacerse con el control del país. De la misma manera que el triunfo de un no-pastún también podría provocar una fuerte contestación en el sur y este del país. Vistas así las cosas parecería que sólo un triunfo limpio del candidato pastún garantizaría cierta estabilidad. A no

ser que se esté sobrevalorando el peso del factor étnico y que finalmente, un presidente no pastún fuera aceptado sin demasiados problemas en la totalidad del país, siempre y cuando su elección se considere justa y no tenga un perfil particularmente sectario. Yo me inclino por este último análisis. A la hora de la verdad, es muy posible que los afganos acepten cualquier resultado que salga de las urnas, siempre y cuando piensen que las elecciones han sido limpias y siempre y cuando, sea el que sea el resultado, el nuevo presidente siga manteniendo los equilibrios entre grupos étnicos que han permitido sobrevivir a Karzai durante esta última década.

Las elecciones de 2014. Perspectiva interna

Lo dicho hasta aquí sobre las elecciones de 2014 viene a resumir las preocupaciones que este proceso despierta fuera de Afganistán. También desde fuera, se piensa que, además de elegir un nuevo líder nacional, las elecciones deben servir para fortalecer el proceso de construcción nacional y legitimar al estado afgano; siempre y cuando se trate de unas elecciones libres y justas. Pero habría que preguntarse si las preocupaciones y las expectativas de los afganos coinciden con las de la comunidad internacional. Es fundamental que los afganos perciban las elecciones como libres y justas. Y también es fundamental que satisfagan sus aspiraciones. Pero la valoración sobre las elecciones la van a realizar según sus propios parámetros. Hay que tener en cuenta que los criterios que aplicamos los occidentales para definir la legitimidad de un proceso electoral, pueden diferir de los aplicados por los propios afganos; de hecho, todo parece indicar que difieren. En las democracias desarrolladas, arraigadas en la noción de Estado de Derecho, tendemos a juzgar los resultados de unas elecciones en función del respeto a los procedimientos y la equidad con que se haya procedido durante su desarrollo. Los afganos, por su parte, tienden a evaluar la legitimidad global del proceso en función de su juicio sobre el resultado. Más que los aspectos técnicos de la legitimidad electoral, les preocupa la necesidad de estabilidad. Si las elecciones producen un resultado aceptable en términos de equilibrio de poder y gobernabilidad, se darán por legítimas, sin pararse a pensar demasiado en la limpieza del proceso. Esta diferencia en los parámetros aplicados a la hora de analizar el desarrollo del proceso electoral,

puede conducir a que las conclusiones sobre su legitimidad sean muy distintas para unos y otros.

En otro orden de cosas, algunas encuestas vienen a demostrar que para muchos afganos, las elecciones anteriores habrían causado más perjuicios que beneficios⁷². En muchos casos, las elecciones se ven como un nuevo mecanismo ideado por las élites gobernantes para consolidar y extender su poder, a veces el uso de la violencia en los meses previos a las urnas es utilizado para demostrar el alcance de su control en un área determinada. El fraude que se produjo en las elecciones anteriores, sobre todo en las de 2009 y 2010, ha influido en gran medida en el concepto que los afganos tienen de su clase política.

Según parece desprenderse de las encuestas disponibles, los afganos distinguen entre dos tipos de actividades fraudulentas: las que se cometen a nivel local, que constituyen el fraude directamente observable, y la manipulación a nivel nacional de los resultados, la parte no directamente observable. A nivel local, el fraude observado se traduce principalmente en presiones para condicionar el voto o cambiar los resultados y en el ejercicio del voto múltiple por una misma persona⁷³. Curiosamente, la mayoría de los encuestados parece dar a entender que los casos de fraude a nivel local no constituyen un problema grave y son fáciles de solucionar. El fraude a nivel nacional, en cambio, se ve en términos totalmente diferentes. En este caso, se tiene la percepción de que los resultados se falsean en Kabul; e incluso de que los principales líderes políticos habrían llegado a un acuerdo previo, sobre el resultado de las elecciones. En este sentido, está muy extendida la sospecha de que ciertos líderes étnicos prometieron

72. Coburn, Noah y Larson, Anna. 2013.

73. La falta de un censo, hace que la legitimación para votar se derive de la obtención de una tarjeta electoral. Para obtenerla basta con presentar dos testigos que atestigüen la identidad y residencia del solicitante; este sistema permite que una sola persona pueda obtener fácilmente varias tarjetas. En 2013 se esperaba entregar tarjetas electorales a unos 4 millones de nuevos votantes. Estas tarjetas se añadirían a las cerca de 17 millones entregadas en procesos anteriores... para unos 14 millones de votantes potenciales. Esta disparidad entre el número de votantes y el de tarjetas da una idea de los niveles de fraude existentes.

su apoyo a Karzai a cambio de puestos en el gobierno; pero, para apuntalarle, no trataron de ganarse el voto de los afganos, sino de maquinar los procedimientos que garantizaran el resultado esperado. En este tipo de fraude, las acusaciones nunca van apoyadas de evidencias concretas. Son más bien acusaciones genéricas, sin una base fáctica real, pero vienen a evidenciar un escepticismo generalizado sobre el valor real del voto emitido y sobre la falta de confianza en los líderes políticos. A diferencia de lo que ocurría en el caso del fraude a nivel local, en este caso, la impresión generalizada es que es muy poco lo que se puede hacer para acabar con este tipo de fraude, que según la opinión más extendida, volverá a repetirse en 2014.

Pero, a pesar de estas percepciones negativas acerca de las elecciones pasadas, la impresión general sobre las elecciones no es lo pesimista que pudiera pensarse. De hecho, todas las encuestas realizadas parecen confirmar que son pocos los afganos que abogan porque las elecciones de 2014 no se celebren. En general, consideran que el hecho de que se celebren elecciones es un dato positivo en sí mismo y se muestran orgullosos por hecho de poder votar y de vivir en un país que elija a sus dirigentes de este modo. Aunque cuestionen el modo en que se celebraron las pasadas elecciones, no parecen tener dudas a la hora de reconocer que el actual sistema es el más libre y justo que ha conocido Afganistán. Quizá aquí este uno de los factores de discrepancia entre la opinión pública afgana y occidental. Nosotros comparamos el proceso afgano con nuestras propias elecciones; ellos las comparan con los sistemas que han tenido en el pasado.

En cuanto a la posible participación de los talibán más moderados en el proceso electoral, muy pocos la creen posible. La opinión más extendida es más bien que los grupos insurgentes se aprovecharán de la debilidad del nuevo gobierno y de la disminución en el número de tropas internacionales para hacer valer su poder. Más enraizado está el temor de que los líderes actualmente alineados con el gobierno de Karzai puedan abandonar esta alianza una vez que éste cese en el cargo, de forma que las elecciones de 2014 podrían incentivar la desintegración de las alianzas políticas existentes. Aunque desde occidente veamos con reparos este tipo de alianzas de interés, no cabe duda de que son, posiblemente, la única herramienta capaz de proporcionar estabilidad a Afganistán,

mientras no se desarrollen partidos multiétnicos capaces de movilizar a un porcentaje significativo de los votantes.

Karzai fue capaz de mantenerse en el poder porque logró establecer alianzas con líderes étnicos como Fahim, Ismail Kan, Mohaqeq y Dostum, que le aportaron los votos de tayikos, hazaras y uzbekos. Karzai pudo así sumar al apoyo de la comunidad internacional, el de la mayor parte de los grupos étnicos, aunque para ello hubiera de negociar contrapartidas con sus líderes. Ahora, de cara a la situación inmediatamente posterior a las elecciones presidenciales, se teme qué es lo que puede pasar cuando esta coalición comienza a resquebrajarse. Gran parte del poder de Karzai en las negociaciones mantenidas hasta la fecha derivaba de su capacidad para hacer nombramientos para los cargos de alto nivel, como gobernadores provinciales y ministros. Dado que la Constitución le prohíbe presentarse a la reelección, ha perdido este control sobre los nombramientos, lo que debilita notablemente su posición a la hora de abordar negociaciones preelectorales. Entre los afganos está muy extendida la idea de que la débil alianza que ha sostenido a Karzai se vendrá abajo tras las elecciones debido a que los líderes que la han sustentado no se muestran realmente comprometidos con semejante modelo, que ha sido utilizado más bien como un medio para mantener cuotas de poder. A los ojos de la mayoría, el sistema actual descansa demasiado en las redes personales tejidas por el presidente Karzai, como para que subsista a su cese, a no ser que su sucesor tenga la misma habilidad demostrada por Karzai para la negociación «multibanda». Lo que sí está claro para la mayoría de los afganos, es que cualquier combinación de alianzas que pueda surgir de las elecciones será mejor que la violencia que podría derivar de la falta del acuerdo político necesario para sostener al nuevo presidente. Si algo asusta a los afganos de cara a las próximas elecciones, es que su consecuencia sea un conflicto interétnico como el que vivieron en los años 90.

En cualquier caso, tanto para propios como para extraños, resulta evidente que es difícil exagerar la importancia de estos comicios de cara al futuro inmediato de Afganistán. Que las elecciones sean aceptadas como legítimas, tanto por los afganos como por la comunidad internacional; que el resultado haga posible un gobierno estable y que la transición de poder se haga de modo

pacífico. Son los requisitos indispensables; si cualquiera de ellos falla, será difícil apostar por el futuro del país.

El problema económico

Son ya diez años los que la comunidad internacional lleva volcando su esfuerzo en la reconstrucción y el desarrollo de Afganistán. Con todos los errores que hayan podido cometerse por parte de todos, donantes y donatarios, no podemos negar que semejante esfuerzo ha tenido un efecto positivo. El reto al que se enfrenta Afganistán en este campo es el de mantenerse en la senda del desarrollo económico a pesar de la reducción de la ayuda internacional que, inevitablemente, va a tener que afrontar. En los próximos años, el Gobierno afgano puede enfrentarse a importantes desafíos financieros si, como el Banco Mundial predice y todos los indicadores parecen señalar, la ayuda internacional disminuye de manera significativa.

Con un PIB per cápita de 528 dólares, Afganistán es a día de hoy uno de los diez países más pobres del mundo. Cerca de un tercio de la población vive por debajo del umbral de la pobreza y más de la mitad de la población se considera vulnerable. La mortalidad infantil (134 por 1.000 nacidos vivos) es la más alta del mundo, mientras la esperanza de vida es de 49,7 años y el 75% de la población es analfabeta. Con un crecimiento demográfico del 2,8%, Afganistán necesita mantener durante los próximos años un crecimiento económico sostenido próximo al 6% para reducir la pobreza y entrar en la senda del desarrollo. El crecimiento medio del PIB entre los años 2003 y 2011 fue del 9,1% (8,4% sin años atípicos); en 2012 fue del 7,25% y para 2013 se prevé que sea del 11%. Con una inversión privada y unas exportaciones muy limitadas (8,5% y 2,5% del PIB respectivamente), el crecimiento del PIB ha sido impulsado principalmente por el consumo. A pesar de estos datos que parecen llamar al optimismo y a pesar también de las posibilidades que ofrece la explotación de las riquezas minerales del país, subsisten amenazas muy serias que pueden impedir que pueda mantenerse este ritmo de crecimiento de forma sostenida: la situación de seguridad, la falta de acceso al mar y la pobreza de la base económica. La economía afgana es muy sensible a la sequía, la falta de seguridad y los cambios en los precios del combustible y los alimentos. Y por supuesto,

como cualquier otra economía, a la ausencia de un gobierno eficaz. En el escenario más favorable, se calcula que entre 2014 y 2018 la economía podría crecer entre un 4,5% y un 6,2% anuales, teniendo en cuenta que cualquier deterioro grave en la seguridad o la falta de avances significativos en la gobernanza, podrían conducir a un crecimiento mucho menor, e incluso negativo.

Además de generar riqueza, Afganistán se enfrenta al problema de traducir ese incremento en unos mayores ingresos para el estado. En los últimos años se ha producido un incremento notable en la capacidad del estado afgano a la hora de obtener ingresos mediante tasas e impuestos. De hecho, las previsiones del ministerio de hacienda para el año 1392 (marzo 2013-marzo 2014) prevén un aumento del 33% respecto al anterior, alcanzando los 2400 millones de dólares. Sin embargo, estos ingresos siguen siendo muy escasos si los comparamos con los cerca de 8.000 millones de gasto previstos para el mismo periodo. La debilidad de las estructuras administrativas, lagunas legales, corrupción y economía ilícita, particularmente la relacionada con la droga, son algunos de los factores que subyacen detrás de este problema.

En el año 1391 (marzo 2011-marzo 2012) los ingresos aduaneros suponían un 43% de los ingresos propios de la administración afgana, el resto correspondía a impuestos y tasas. Éstos últimos se vieron incrementados en un 16% ese año debido a un mejor control y a la creación de nuevos impuestos sobre la propiedad, las transacciones comerciales y los beneficios agrícolas. El sector de las telecomunicaciones, la minería y la agricultura parecen ser los más apropiados para incrementar estos ingresos en el futuro. En el caso de los ingresos aduaneros, el problema es que la corrupción y diferencias a la hora de determinar cuál es la autoridad responsable de la recaudación en los pasos fronterizos, hacen que los ingresos sean muy inferiores a los que podrían ser si se consiguiera un cierto grado de eficacia. Se calcula que en algunos de los pasos fronterizos, las «pérdidas» causadas por la corrupción alcanzan el 70% de los ingresos potenciales. Desgraciadamente, no parece que se pueda prever una gran mejoría en este campo a corto plazo, pese a los esfuerzos que ISAF está realizando para desarrollar las infraestructuras y las capacidades humanas necesarias para una eficaz gestión de los pasos fronterizos. En el año 2013, ISAF estaba empeñada en una serie de proyectos encaminados a la construcción de infraes-

estructuras y dotación de recursos materiales en los pasos fronterizos. Paralelamente, se trabajaba en la formación técnica del personal necesario para operar los pasos fronterizos y se reforzaban las capacidades de la Policía de Fronteras para vigilar los pasos fronterizos no autorizados. El problema sigue siendo acabar con las prácticas corruptas que pueden hacer inútil este esfuerzo.

En cualquier caso, aunque es previsible una sustancial mejoría en la capacidad de la administración afgana para generar ingresos propios, también es de esperar que se vean incrementados de forma considerable los gastos, a medida que el estado afgano se vaya haciendo cargo de funciones que hasta ahora asumía la comunidad internacional. Como esto va a suceder al tiempo que la ayuda internacional se va reduciendo, podría ser que el incremento de ingresos fuera insuficiente para asumir el de gastos.

Según el Banco Mundial, en 2012 la ayuda internacional suponía el 40% del presupuesto de gastos corrientes de Afganistán y el 100% del presupuesto de desarrollo ⁷⁴, por lo que el descenso previsto de los fondos de donantes extranjeros puede producir un déficit de financiación de alrededor del 25% del PIB, aproximadamente 7.200 millones de dólares al año ⁷⁵. Este déficit de

74. En 2010/11 la ayuda internacional rondaba los 15.7000 millones de dólares, aproximadamente el tamaño del PIB nominal. En esos mismos años, el gasto público total, alcanzaba los 17.100 millones, de los cuales 15.700 millones se financiaron con la ayuda. De ellos sólo 1.900 millones estaban incluidos en los presupuestos del gobierno afgano.

75. En lo referente a la ayuda internacional, conviene tener en cuenta que no todo el dinero «para» Afganistán se gasta «en» Afganistán. Por ejemplo, el gasto acumulado de EEUU para la misión en Afganistán se estima que alcanzaba en 2011 los 444.000 millones (118.600 millones sólo en el año fiscal 2011), pero la mayor parte de ese gasto no llega a Afganistán porque se destina principalmente a sueldos de sus tropas, compras de material militar y gastos similares. Y ni siquiera toda la ayuda «en» Afganistán alimenta a la economía nacional, ya que una gran parte se destina a importaciones de bienes y servicios, beneficios y remesas de expatriados. Según un informe Parlamento Europeo, un 40% de la ayuda destinada a Afganistán retorna a los países donantes en forma de salarios para los cooperantes u otros costes de gestión; adicionalmente, entre un 70 y un 80% de toda la asistencia destinada a Afganistán desde 2001 se habría perdido por la corrupción, el despilfarro o la mala gestión. (Citado por: Colin Cookman y Caroline Wadhams. *Governance in Afghanistan. Looking Ahead to What We Leave Behind*. Center for American Progress. Mayo 2010).

financiación tiene que colmarse a través de la ayuda internacional o, en caso contrario, serán necesarios recortes drásticos en los gastos. Una reducción significativa en los gastos de seguridad, conduciría probablemente a un deterioro de la situación que podría poner en peligro el desarrollo del sector privado y la inversión minera, reduciendo los ingresos. Si, por el contrario, los recursos nacionales se desplazan a la financiación de la seguridad, se verían reducidos los fondos disponibles para proyectos de desarrollo, prestación de servicios y funcionamiento de las administraciones, lo que se traduciría en un deterioro de la capacidad del gobierno y la calidad de los servicios públicos.

Un problema adicional lo constituye la falta de capacidad de las administraciones afganas para ejecutar su presupuesto; el ministerio de hacienda afgano siempre ha tenido problemas para gestionar los fondos que se canalizan a través de su presupuesto. Y estos fondos van a verse notablemente incrementados, ya que se pretende que la ayuda internacional se canalice cada vez más a través del presupuesto afgano, lo que supondrá para éste un incremento muy importante en sus necesidades de gestión. La capacidad del gobierno afgano para gestionar su presupuesto ha ido aumentando en términos absolutos, pero en el periodo 2008-2012 se ha estancado por debajo de 1.000 millones de dólares, cantidad muy inferior a la que debería gestionar en los próximos años. De hecho, el presupuesto aprobado en enero de 2013 para el año fiscal 1392 (marzo 2013-marzo 2014) incluía una previsión de gasto corriente de 3.780 millones de dólares (alrededor del 75% para gastos de personal) y de 3.030 para inversiones. Según el ministro de hacienda, los ingresos propios permitirían financiar un 56% del gasto corriente. Estos gastos pasarán a rondar los 4.800 millones en 2015/16. Invertir en incrementar la capacidad del gobierno en la gestión presupuestaria es por lo tanto una prioridad insoslayable en la línea de propiciar un estado autosuficiente.

Ante la falta de capacidad de gestión de las autoridades afganas, muchas veces se ha trabajado más en encontrar soluciones a corto plazo que en desarrollar estas capacidades a largo plazo. Las soluciones más fáciles han consistido en hacer las cosas por ellos o en contratar asesores que les ayuden a hacerlo. La primera solución podía ser muy apropiada en los momentos inmediatamente posteriores a la caída de los talibán, cuando no había una admi-

nistración en la que apoyarse y había que atender urgentemente a las necesidades de la población. Pero debía haber dado paso, inmediatamente, a un proceso encaminado a desarrollar capacidades propias entre los afganos; por desgracia, hubo que esperar unos años hasta que eso fuera así. En cuanto a la contratación de expertos para trabajar en el seno de los ministerios, esta solución ha permitido progresos evidentes en los últimos años, pero ha conducido a la aparición de un «servicio civil paralelo» en el que trabajan unos 7.000 técnicos que, aunque representan sólo el 5% de la plantilla total, suponen el 40% de los costes salariales. Se trata de una carga que las finanzas afganas no se pueden permitir, pero si se prescindiera de ellos a corto plazo, la capacidad de gestión de los ministerios se vería muy afectada. La solución pasa por una paulatina reducción de sus costes salariales y su integración en la estructura de los ministerios, lo que producirá con toda seguridad, una «fuga de cerebros» a puestos más lucrativos.

En cualquier caso, a los esfuerzos que se hagan por incrementar la capacidad de gestión y racionalizar el gasto, habrá que sumar un esfuerzo adicional para priorizar los gastos ante la previsible disminución de los ingresos procedentes de la ayuda internacional. Esta priorización obligará a tomar decisiones difíciles en cuanto a qué proyectos deberán abandonarse y cuáles financiarse. La sostenibilidad debe ser la clave de las nuevas inversiones, que deben dar prioridad al gasto social, a la prestación de servicios básicos (educación, salud, medio rural) y al mantenimiento de las infraestructuras ya ejecutadas. En este último apartado, el problema es particularmente grave; hasta el momento, por una especie de acuerdo tácito, las organizaciones que financiaban una infraestructura, se hacían responsables también de su mantenimiento, sin que en el seno de la administración afgana se hayan desarrollado capacidades ni se hayan previsto partidas presupuestarias para ello. Ahora, ante la inminente reducción de la ayuda internacional y la necesidad de «apropiación» de los proyectos por parte de la administración afgana, surge el problema del mantenimiento de las infraestructuras; de las carreteras construidas en los últimos años, por ejemplo. Su mantenimiento hace necesario crear una estructura administrativa que gestione este problema y dotarla de recursos financieros suficientes; en caso contrario, se corre el riesgo de echar a perder todo lo construido hasta hoy. Un ejemplo más de lo que va a suponer la

nueva situación para la administración de Kabul: menos ingresos y más gastos. Para lograr el equilibrio será necesario abordar las dos vertientes: reducir el gasto mediante la priorización y la mejora en la gestión e incrementar los ingresos, algo que a corto plazo sólo puede hacerse mediante impuestos y tasas.

Nadie duda de que en los próximos años vamos a asistir a una disminución en el volumen de la ayuda económica internacional. Lo que se discute es cuál va a ser el ritmo de esa disminución y las consecuencias que va a tener en el futuro de Afganistán. Hay varios factores a considerar en esta cuestión. En primer lugar, podemos esperar que su impacto sea desigual entre las provincias, siendo más acusado allí donde el conflicto ha sido más intenso y en los centros urbanos, que es donde se ha distribuido la mayor parte de la ayuda. Además, a pesar de lo que pudiera pensarse, el impacto directo de la disminución de la ayuda en la los pobres será probablemente modesto, por varias razones: en primer lugar, porque la mayoría de la ayuda no ha ido dirigida a la reducción de la pobreza, sino a mejorar la seguridad y la gobernanza y sólo una pequeña parte de la ayuda ha llegado a los pobres. En segundo lugar, porque los flujos de ayuda parecen haberse dirigido de manera desproporcionada a las provincias con menores índices de pobreza y a los hogares con mayores ingresos. Según todos los indicadores, la disminución de la ayuda agravaría el subempleo más que el desempleo, ya que la mayoría de los empleos financiados por la ayuda, son «informales» (duran menos de 6 meses). El efecto se haría sentir sobre todo entre los trabajadores poco cualificados, en la construcción, el transporte y el comercio minorista, así como entre los profesionales con conocimientos técnicos que trabajan directamente en proyectos de ayuda⁷⁶.

Ante la retirada de las fuerzas internacionales y la previsible disminución de la ayuda internacional que va a acompañarla, tanto el gobierno afgano como la comunidad internacional deben apresurarse a la hora de adoptar una serie de medidas que hagan posible un futuro estable. El Gobierno debe antes de nada establecer prioridades de gasto claras para ajustarse a los

76. Se calcula que el repliegue de ISAF y de un número significativo de ONG,s producirá la pérdida de unos 100.000 puestos de trabajo directos.

recursos disponibles, teniendo en cuenta el potencial para el sector privado que tiene el gasto en infraestructura; a la hora de acometer nuevas inversiones, deben tenerse en cuenta los gastos de funcionamiento que implican, evitando invertir en proyectos que no podrán sostenerse. Paralelamente, debe seguirse fortaleciendo los sistemas públicos de gestión financiera y el proceso presupuestario, claves para conseguir la confianza de los donantes y debe cambiarse el modelo actual en el que el crecimiento se basa en la inversión pública y el consumo derivados de la ayuda internacional, por un crecimiento basado en el fomento de un entorno favorable para la inversión y el consumo privados.

Los retos económicos a los que se enfrentará Afganistán a partir de 2015 quedan perfectamente resumidos en el informe emitido al Congreso de los EEUU, en enero de 2013, por el Inspector General para la Reconstrucción de Afganistán: «La voluntad internacional de proporcionar ayuda posiblemente se verá reducida a medida que los países donantes retiren sus tropas. Además, las previsiones afganas sobre el incremento de sus propios ingresos pueden ser demasiado optimistas... particularmente en el sector minero. Por ello, se teme que el Gobierno de Afganistán simplemente carezca de la capacidad fiscal, operativa y técnica suficientes para proporcionar seguridad y otras funciones gubernamentales básicas y mucho más para mantener y gestionar los cientos de programas y proyectos en marcha»⁷⁷.

Y, quizá por encima de todo, las autoridades afganas deben mostrar un firme compromiso de luchar contra la corrupción, percibida como uno de los mayores problemas del país tanto por los propios afganos como por la comunidad internacional, pero que no parece que sea una de las prioridades del gobierno. Según el Comité Conjunto de Evaluación y Control, establecido por Karzai en 2010 como una de las medidas estrella para luchar contra este problema, las autoridades de Afganistán no tienen un interés real en luchar contra la corrupción; esta falta de voluntad percibida en los niveles más altos de la administración, hace difícil el éxito

77. Quarterly Report to the United States Congress. Special Inspector General for Afghanistan Reconstruction. Enero 2013.

de cualquier esfuerzo que pueda acometerse en esta lucha, cuyo fracaso puede comprometer seriamente el futuro del país.

La comunidad internacional, por su parte, debe asegurarse de que las reducciones en la ayuda internacional son graduales, previsibles y ordenadas, ya que fuertes fluctuaciones de la ayuda, especialmente reducciones bruscas, pueden ser extremadamente perjudiciales y conducir a la desintegración del Estado. Es fundamental que se mantenga el compromiso con la financiación de la seguridad hasta que la situación mejore y permita reducir el volumen de las ANSF. Los acuerdos alcanzados en 2012 en las Cumbre de Chicago y Tokio, permiten cierto optimismo a este respecto. En estas cumbres la comunidad internacional comprometió fondos para sostener a las fuerzas afganas y apoyar el desarrollo socioeconómico del país hasta el año 2025. Mantener los compromisos alcanzados en estas cumbres será vital para el futuro de Afganistán.

EL PAPEL DE LA MUJER

El rol que el género juega en Afganistán no es en absoluto comparable al que juega en las sociedades occidentales de cultura cristiana. En Afganistán, el género define estrictamente los papeles de los individuos en la sociedad y la familia, donde el hombre ejerce una autoridad absoluta y es responsable de proteger a la mujer. En la sociedad afgana es particularmente importante preservar el honor de la mujer; si éste es menoscabado, se hace necesaria una reparación inmediata que restaure el honor del grupo. Esta reparación puede ser violenta, ya que los actos violentos derivados de afrentas al honor de la mujer son socialmente aceptados. Lo que en la mentalidad afgana no sería aceptado es que una afrenta al honor de una de las mujeres de un grupo determinado, no fuera debidamente respondida por los miembros de éste. Semejante posibilidad implicaría para el grupo un deshonor inimaginable. Demasiados ejemplos nos demuestran que si un padre tiene que elegir entre el honor de su familia y la vida de su hija, no dudará en sacrificarla él mismo. Si la reparación del honor familiar exige una satisfacción por parte del grupo al que pertenece el causante de la ofensa, la pedirá; si no la obtiene, se tomará la justicia por su mano, aunque ello le obligue a huir

de la justicia abandonando su hogar. Nótese que en todo caso se habla de afrenta al honor del grupo; de satisfacción por parte de otro grupo. Es necesario recordar que en la sociedad afgana tradicional el individualismo no tiene cabida; es el grupo el que sufre, siente y reacciona ante los actos de sus miembros.

La mujer, por su parte, debe caracterizarse sobre todo por su virtud, su obediencia al hombre, su capacidad de engendrar varones y su trabajo en el hogar. Desde 2001 la posición de las mujeres en Afganistán ha mejorado sustancialmente, aunque su situación varía según las zonas del país en las que habiten. En aquél momento, sólo alrededor de 5.000 niñas acudían a la escuela en el Afganistán controlado por los talibán. Hoy, más de cinco millones de niños asisten a la escuela, de los cuales más de un tercio son niñas y es posible encontrar enfermeras, fiscales y maestras. En las sucesivas elecciones presidenciales, parlamentarias y provinciales millones de mujeres han acudido a las urnas y miles han competido para ocupar puestos en el parlamento y los consejos provinciales. Sin embargo, aunque las mujeres tengan reconocida la igualdad derechos en el marco de la Constitución, siguen enfrentándose en la práctica a enormes obstáculos. Un sondeo de Reuters de junio de 2011 clasificó al país como el más peligroso del mundo para las mujeres, debido entre otros factores a la violencia y la limitada asistencia sanitaria. Además, surgen cada vez más dudas sobre si los avances de las mujeres en Afganistán se mantendrán en el futuro, a la vista de las conversaciones de paz que buscan llegar a un acuerdo político con los talibán. Aunque personajes como el ministro afgano Zalmay Rassoul y la secretaria de Estado Hillary Clinton se han comprometido públicamente a proteger los derechos de las mujeres afganas, las dudas no se han disipado, persistiendo en muchos la sensación de que los derechos de la mujer acabarán convirtiéndose en una víctima de la paz, como moneda de cambio para conseguir un acuerdo aceptable para los talibán. Pese a las peticiones realizadas al respecto, no está claro que las mujeres afganas vayan a jugar un papel sustancial y no meramente simbólico en las conversaciones de paz. Es cierto que en 2012 setenta de los miembros del Consejo Supremo para la Paz eran mujeres y era obligatorio que en los Consejos Provinciales hubiera al menos tres mujeres; pero hay quienes sostienen que su presencia es meramente «ornamen-

tal», sin que tengan capacidad real de influir en un proceso que se gestaría a sus espaldas. A ello ayuda el hecho de que muchos ancianos y líderes comunales sean reticentes a tratar con mujeres y el que se les aconseje no viajar a zonas dominadas por la insurgencia por motivos de seguridad.

Dada la actitud demostrada hacia las mujeres por los talibán y el peso que esta realidad tuvo en el apoyo internacional a la intervención estadounidense que provocó su caída, la protección de los derechos de la mujer dentro del proceso de paz y reconciliación es un hecho que merece especial atención. Durante la última década, el gobierno afgano ha adoptado diversas medidas jurídicas que protegen la igualdad de derechos de las mujeres como ciudadanas y como participantes en el sistema democrático del país. La Constitución de 2004 incorpora la igualdad de derechos para hombres y mujeres y establece una cuota del 25% para ellas en el parlamento nacional, así como en los consejos provinciales y las asambleas de distrito. Afganistán es también signatario de la Convención de las Naciones Unidas sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer y la Declaración Universal de los Derechos Humanos. En 2008, el Plan Nacional de Acción para las Mujeres de Afganistán estableció un marco operativo para promover la igualdad de género. Poco después de la caída del régimen talibán se creó el Ministerio de Asuntos de la Mujer responsable de abordar la formulación y ejecución de políticas de género. También está involucrado en la ejecución del Programa de Reconciliación y Reintegración, de forma que la directora de Asuntos de la Mujer de cada provincia se incluye automáticamente como miembro de las mesas de negociación. Además, el ministerio tiene un acuerdo con una serie de organizaciones no gubernamentales que se encargan de proporcionar refugio a mujeres maltratadas.

Pero, a pesar de los logros alcanzados por el estado afgano para incorporar a las mujeres a la política activa, hay indicios que reflejan una realidad social menos favorable que la que estos datos podrían hacer pensar. En general, se critica la falta de voluntad política para hacer efectivas unas medidas que son vistas con rechazo por muchos miembros del gobierno y que pueden entorpecer las negociaciones de paz. La realidad es que el Ministerio de Asuntos de la Mujer tiene un poder limitado y tanto la Misión de Asistencia de las Naciones Unidas en Afga-

nistán (UNAMA) como la agencia de las Naciones Unidas para asuntos de género, instaron al gobierno afgano a que aplicara plenamente y sin demora la Ley sobre la eliminación de la violencia contra la mujer, cuya aplicación se ha retrasado sin causa aparente.

La Ley para la eliminación de la violencia contra las mujeres es otro de los caballos de batalla en la lucha por mejorar la situación de las mujeres afganas. En agosto de 2009 Karzai aprobó un decreto para regular esta materia. De acuerdo con la Constitución afgana, los decretos presidenciales son inmediatamente ejecutivos, aunque deben ratificarse posteriormente por el parlamento. El problema es que, a pesar del tiempo transcurrido, el gobierno no ha logrado todavía la aprobación parlamentaria, lo cual dificulta en la práctica su aplicación por los tribunales. Según su propia exposición de motivos, el decreto se basa en la *Sharia*, la Declaración Universal de Derechos Humanos y la Constitución afgana. De acuerdo con ello prohíbe una serie de costumbres profundamente arraigadas en la sociedad afgana más tradicional, tales como la compraventa de mujeres bajo forma de matrimonio, el matrimonio infantil, la violación de la propia esposa o la entrega de mujeres en matrimonio como forma de compensación de ofensas (*Badal*). En aplicación del decreto, se han creado desde entonces casas de acogida para las mujeres que denuncien este tipo de violencia, se ha creado un fiscal especial y se ha comenzado a prestar asistencia legal a las mujeres denunciantes. Pero los progresos no han sido tan importantes como podría esperarse ya que la efectiva aplicación judicial de los preceptos del decreto se ve dificultada por su falta de aprobación parlamentaria.

Esta aprobación se ha ido retrasando porque las fuerzas más conservadoras del parlamento se oponen a algunos artículos del decreto, negándose a convalidarlo en su redacción actual. Se oponen especialmente a la posibilidad de que las mujeres que denuncien a sus maridos puedan buscar asilo en casas de acogida mientras se sustancia su caso, abandonando el hogar familiar. Por parte del gobierno, se teme que si se somete al trámite parlamentario, el texto sea modificado en perjuicio de los derechos de las mujeres. El asunto es seguido con mucha atención por sectores sociales favorables y contrarios a la ley, que han protagonizado varias manifestaciones en Kabul.

A principios de 2013 se decidió incluir la tramitación del decreto en la agenda del parlamento, programándose su discusión para el mes de abril. Posteriormente se aplazó al mes de mayo. Finalmente, ese mismo mes se eliminó de la agenda, alegando que los artículos más controvertidos debían volverse a discutir en varias comisiones parlamentarias. Se trataba posiblemente de evitar discutir un asunto tan polémico antes de las elecciones de 2014. De hecho, hay pocas posibilidades que el trámite parlamentario permita discutir el texto final antes de esa fecha, suponiendo que hubiera intención de hacerlo.

Este texto es especialmente sensible, no sólo por las pasiones encontradas que despierta entre los afganos, sino porque su posible modificación o problemas en su aplicación que afecten al efectivo ejercicio de derechos por las mujeres van a analizarse con lupa por los donantes internacionales, conscientes de que es uno de los aspectos en los que el gobierno afgano debe demostrar su determinación en la defensa de los derechos humanos, en este caso de las mujeres. Según los Acuerdos de Tokio, una de las condiciones para que Afganistán siga recibiendo el apoyo económico comprometido en la Conferencia es el respeto de los derechos humanos. Y es más que probable que por parte de muchos donantes se preste una especial atención a la situación de la mujer en este campo.

El texto regula una realidad que dista mucho de ser marginal. En 2012, un 87% de las mujeres afganas declaraba sufrir algún tipo de abuso en el ámbito doméstico: violencia física, sexual o psicológica o matrimonio forzado⁷⁸. Otro dato preocupante y significativo: En 2012, Fawzia Koofi, directora de la Comisión Parlamentaria de Derechos Humanos, Sociedad Civil y Asuntos de la Mujer, estimaba que el 70% de las mujeres encarceladas en Afganistán lo estaban por haber huido de sus hogares. El hecho de haberlo hecho huyendo del maltrato físico o de un matrimonio concertado a la fuerza, no supone un eximente para estas mujeres que, además de sufrir prisión en unas condiciones inhumanas,

78. House of Commons International Development Committee Afghanistan: Development progress and prospects after 2014. Sixth Report of Session 2012-13.

quedan estigmatizadas para toda su vida. Una mujer que ha sido condenada por huir de su hogar, ni será admitida en el seno de su familia, ni aceptada como esposa por un afgano.

El Consejo de Ulemas, órgano consultivo compuesto de 150 líderes religiosos designados por el gobierno, emitió una declaración en marzo de 2012 instando a la aplicación de una interpretación conservadora de la ley islámica en relación con las mujeres. El consejo pidió que la legislación afgana exigiera a las mujeres llevar el velo, les prohibiera que mezclarse con los hombres en los lugares de trabajo o en los centros de enseñanza y les impidiera viajar sin un acompañante masculino. Estas recomendaciones, cercanas a las antiguas regulaciones impuestas por los talibán, si se aplicaran impedirían a las mujeres actuar en política y ejercer puestos en la administración. A pesar de que las observaciones formuladas por el Consejo de los Ulemas no son jurídicamente vinculantes, su decreto fue aprobado posteriormente por el presidente Karzai, posiblemente en un intento de mostrarse conciliador con los talibán en el contexto de las negociaciones de paz, aunque esta actitud parecía contradecir declaraciones previas en las que manifestaba que una de las líneas rojas que no cruzaría en las negociaciones con los insurgentes sería la del respeto a los derechos de la mujer recogidos en la Constitución.

Otros incidentes relacionados con los derechos humanos y de las mujeres han hecho que aumente la preocupación sobre el compromiso del gobierno afgano en este campo. En primer lugar, las mujeres fueron excluidas de la delegación del gobierno designada para asistir a la Conferencia de Londres de 2010. Del mismo modo, según *Human Rights Watch*, el gobierno afgano trató de excluir a las mujeres de la delegación oficial en la Conferencia de Bonn de 2011 e impidió abordar cuestiones relativas a los derechos de las mujeres en un evento paralelo. En segundo lugar, en diciembre de 2011, el gobierno decidió no renovar la designación de la activista Nadery como miembro de la Comisión Afgana Independiente. Esta noticia se producía inmediatamente después de la publicación de un informe de la Comisión, defendido por Nadery, que detallaba atrocidades cometidas contra las mujeres en los últimos 30 años. En tercer lugar, funcionarios internacionales y afganos revelaban en 2012 que las mujeres que visitaban a sus familiares en una cárcel de hombres cerca de Kabul

se veían sometidas a inspecciones vaginales invasivas para impedir la entrada de contrabando, mientras que los visitantes masculinos accedían a la prisión sin someterse a prácticas similares. El ministro del interior Bismillah Mohammadi, que supervisa las cárceles del país, se negó a poner fin a tales prácticas. Ejemplos como éstos alimentan la incertidumbre en cuanto a lo que pueda traer el futuro a las mujeres afganas y están provocando una «fuga de cerebros», ya que cada vez son más las mujeres que están renunciando a su puesto de trabajo y a sus estudios debido a la inseguridad y al miedo a que los avances en derechos de las mujeres se pierdan en el proceso de transición. Una encuesta realizada por la ONG *Action Aid* reveló en 2012 que el 72% de las mujeres afganas consideraba que sus vidas eran mejores entonces que una década antes. Sin embargo, el 86% temía un retorno de las normas que en su día impusieron los talibán. Estos temores se originan sobre todo por lo que perciben como falta de compromiso del gobierno afgano con los derechos de las mujeres.

Pero no es sólo el gobierno el que tiene algo que decir en esta materia, hay otras instancias que también están influyendo en el debate sobre el papel de la mujer en el Afganistán del futuro. Algunas organizaciones civiles están presionando al gobierno y a la comunidad internacional para garantizar la protección de los derechos conquistados por las mujeres en estos años y para que puedan participar en el proceso de paz. Sus esfuerzos por preservar los derechos de las mujeres han recibido el apoyo de la comunidad internacional. Así, la Secretaria de Estado Hillary Clinton dijo que cualquier acuerdo de paz con los talibán debe incluir un reconocimiento de los derechos de las mujeres que consagra la Constitución afgana. En el campo contrario, también los talibán juegan su papel en este juego. Por una parte sus declaraciones pueden hacer pensar que están dispuestos a suavizar algo la postura que mantuvieron en el pasado y que hay sectores dentro del movimiento que han revisado su actitud al respecto. Por otra parte, debemos tener en cuenta la actitud que muestran en las zonas de Afganistán bajo su control, donde el trato que reciben las mujeres deja poco lugar a la esperanza.

Según parece, Rabbani, siendo jefe del Consejo de Paz, antes de ser asesinado, inició conversaciones con miembros de los tres grupos insurgentes más activos, los talibán, *Hezb-e-Islami* y la red

Haqqani⁷⁹, constatando que los representantes de los insurgentes con quienes se reunió no estaban interesados en volver a establecer un gobierno en la misma línea que el de la década de los 90. La postura oficial difundida por el *mulá* Mohammad Omar establece que los «talibán quieren participar en el gobierno» y que a las mujeres afganas «se les debe permitir el trabajo y la educación de acuerdo con el Corán» aunque «debe haber una separación entre los dos sexos». Varios informes sugieren que algunos comandantes del campo insurgente parecen estar menos ideologizados y ser más «pragmáticos» que en el pasado. Las declaraciones emitidas últimamente por los talibán sugieren que el grupo podría estar dispuesto a moderar algunas de sus posturas anteriores sobre temas sociales. Sin embargo, también hay que tener en cuenta que los talibán están hoy muy descentralizados y se debe tener precaución cuando se evalúan las tendencias o ideologías del conjunto. Es un dato

79. Entre los grupos insurgentes afganos, el segundo en importancia es la denominada «Red Haqqani». Se trata de un grupo familiar, fuertemente implantado en las provincias de Paktya, Paktyka y Jost y en el Waziristán paquistaní. Como tantos otros grupos insurgentes, la red Haqqani nació en los años 70, bajo los auspicios de los servicios secretos paquistaníes, que manejaban fondos procedentes de la CIA. Osama Bin Laden comenzó sus pasos en Afganistán luchando para Jalaludin Haqqani, líder del clan. La poderosa familia Haqqani está ligada al Mulá Omar por el juramento hecho en 1996 por Jalaludin Haqqani, una vez que los talibán se hicieron con el control de Kabul. Desde entonces el clan actúa como una facción talibán con personalidad propia. Pese a las disquisiciones que desde fuera puedan hacerse sobre su naturaleza, los «Haqqanis» se definen a sí mismos como talibán, sin matices, como uno más de los clanes familiares que actúan en el seno del movimiento. No parece que aspiren a lograr una independencia mayor que la que ya tienen respecto a la Shura de Quetta. El hecho de que la familia se asiente en Waziristán del Norte, en Miran Sha, tradicional punto de encuentro de todo tipo de combatientes en su ruta hacia Afganistán, ha favorecido que en este grupo sean más abundantes los combatientes no pastunes, lo que a su vez ha facilitado su infiltración en las provincias del norte de Afganistán. La presencia de árabes en sus filas es cada vez menor, por la poca valoración que merecen, debida a las dificultades de comunicación que conlleva colaborar con ellos, a la actitud arrogante tan característica en los miembros del pueblo del Profeta y a la atención que despiertan entre las fuerzas de la coalición internacional. Los uzbekos son numerosos y bien recibidos y la afluencia de punyabíes es tan grande, que la red se ve obligada a rechazar habitualmente a un número considerable de ellos.

más que podría demostrar que el ascendiente que los líderes talibán tienen sobre sus comandantes no es lo fuerte que podríamos imaginar; quizá, en caso de llegar a un acuerdo con el gobierno de Kabul, no fueran capaces de imponer el reconocimiento a las mujeres de unos derechos que en, determinados ambientes rurales podrían considerarse inaceptables. Quizá esta realidad pueda ayudar a entender las diferencias entre lo que declaran sus líderes por una parte y lo que hacen sus comandantes sobre el terreno por otra. Los datos existentes en 2012 muestran que los afganos, mayoritariamente, creen que los talibán han moderado sus posturas, lo que hace que el número de aquéllos que apoyan una final negociado del conflicto aumente. Según los resultados de una encuesta realizada por ACSOR/D3 Systems⁸⁰, la postura favorable a la negociación es mucho mayor entre quienes perciben a los talibán como más moderados que en el pasado.

Los estudios disponibles sugieren que la mayoría de los afganos ve con buenos ojos el proceso de paz. «Una encuesta de la población afgana», publicado por la Fundación Asia reveló que en el año 2011 el 82% de los afganos apoyaba el proceso de reconciliación liderado por el gobierno. En 2012, un estudio similar acometido por ACSOR/D3 Systems mostraba resultados similares, pero proporcionaba datos adicionales interesantes en el campo de los derechos de las mujeres; aunque la mayoría de los encuestados mostraban su disconformidad con un acuerdo que limitara de manera general los derechos de las mujeres, sí se mostraban receptivos a la posibilidad de aceptar algunas restricciones. En concreto, mientras prácticamente la mitad aceptaría que se les obligara a ir acompañadas en sus desplazamientos en su zona de residencia, el porcentaje se elevaría a cerca del 75% al tratarse de desplazamientos fuera de su área habitual.

Desde la perspectiva de las mujeres afganas, aparecen una serie de desafíos que deberían abordarse para garantizar que no serán ellas las víctimas del proceso. El primero es la seguridad: Según los datos disponibles en 2011 la violencia contra las muje-

80. Citado por: Cordesman, Anthony. Afghanistan from 2014-2014. Is a Successful Transition Possible? Centre for Strategic & International Studies. Washington. Junio 2012.

res afganas está en aumento y el Estado sigue siendo incapaz de protegerlas. Aunque en la mayoría de las comunidades se aprecia el trabajo que realizan las mujeres, todavía son frecuentes los informes de reacciones hostiles a la presencia de mujeres en actividades públicas. En algunas zonas controladas por los talibán, las mujeres reciben cartas con amenazas con textos del tipo: «Deje su trabajo de profesora tan pronto como sea posible, de otro modo vamos a cortar las cabezas de sus hijos y prender fuego a su hija».

También en el campo de la Justicia persisten los problemas. De acuerdo con el artículo 54 de la Constitución de 2004, el gobierno está obligado a adoptar medidas para erradicar las prácticas negativas que ponen en peligro «la integridad física y el bienestar psicológico de la familia.» Sin embargo el sector de la justicia sigue siendo muy débil y no es capaz de proporcionar a las mujeres la protección jurídica que las leyes le otorgan. La existencia de una corrupción generalizada en el sistema judicial significa que a menudo se prefieren las formas tradicionales e informales de justicia a los tribunales formales. Estos sistemas informales suelen asociarse con graves violaciones de derechos humanos, tales como matrimonios forzados y ejecuciones extrajudiciales. Negociar el matrimonio de una mujer como medio para resolver una disputa, sigue siendo una práctica frecuente en las zonas rurales de Afganistán.

Según la Fundación Asia en el 2011 el 79% de las mujeres encuestadas defendía que las mujeres deben ser autorizadas a trabajar fuera del hogar. Sin embargo, la libre circulación de niñas y mujeres es todavía muy limitada por la inseguridad que para ellas supone la actuación de grupos armados. Los problemas son aún mayores para las mujeres que se desplazan por causas relacionadas con su actividad política, algo mal visto por un porcentaje significativo de la población, lo que supone que en caso de sufrir agresiones verbales u otros actos hostiles, la mayoría de los testigos se muestren, en el mejor de los casos, indiferentes. Las mujeres que hacen campaña electoral son un buen ejemplo de ello. En el campo de la educación, estas agresiones son particularmente preocupantes por sus efectos. Entre 2006 y 2009 los insurgentes prendieron fuego a un 49% de las escuelas para niñas de Paktika, el 69% de las de Zabul y el 59% de las de Helmand. El miedo de los padres a las represalias ha persuadido a muchos de enviar a sus hijas a la

escuela. Todo ello hace difícil mejorar la educación de las niñas, comprometiendo así su futuro. En lo que respecta al empleo, las costumbres tradicionales con respecto a los movimientos de mujeres y los bajos niveles de empleo hacen que de hecho, las mujeres no puedan sobrevivir de forma independiente en de Afganistán.

Todo lo anterior no son sino ejemplos que permiten hacerse una idea de la situación a la que se enfrentan las mujeres afganas y de las incertidumbres que amenazan su futuro. Permiten también comprender que, a pesar de los esfuerzos del gobierno afgano y la comunidad internacional, las mujeres en este país se enfrentan a desafíos muy serios, derivados tanto de las costumbres ancestrales de la zona, como de los intentos de llegar a un final negociado con los talibán. La suma de ambos factores es suficientemente fuerte como para temer que la situación de las mujeres en Afganistán no será a medio plazo tan prometedora como pudiera parecerlo a día de hoy. Si el retroceso en cuanto al respeto a sus derechos es significativo, será imposible evitar entre las opiniones públicas occidentales, que en su día apoyaron una intervención internacional encaminada entre otras cosas a devolver su dignidad a las mujeres afganas, la sensación de que el esfuerzo ha sido baldío.

EL ENTORNO REGIONAL

A día de hoy, en Afganistán está jugándose una nueva versión del «Gran Juego», pero a diferencia de ocasiones anteriores, esta vez el futuro del país no va a jugarse entre dos grandes potencias; en esta nueva versión las potencias regionales tienen mucho que decir. Especialmente una vez que los EEUU y sus aliados retiren sus fuerzas y disminuyan su implicación en la zona. Lo que entonces pueda ocurrir vendrá en gran medida determinado por la situación en que los EEUU, la OTAN/ISAF y los principales donantes dejen Afganistán en 2015, una vez finalizada la «Transición». Esta Transición ya está en marcha, pero todavía no puede predecirse el efecto que producirá. A pesar de los acuerdos alcanzados en las conferencias de Chicago y Tokio de 2012, no está claro hasta qué punto los donantes mantendrán su compromiso con Afganistán después de 2014, o si los recortes ineludibles en el gasto militar y la ayuda al desarrollo darán lugar a una gran recesión en un momento en que las tropas extranjeras no estarán

presentes para apuntalar a un gobierno previsiblemente débil. Tampoco podemos olvidar que el compromiso adquirido por los donantes en Tokio no es incondicional, depende de los avances que Afganistán muestre en campos muy concretos, alguno de ellos especialmente complejos, como el de la corrupción. Un incumplimiento por parte de Kabul a la hora de asumir los compromisos adquiridos en Tokio podría conducir a una drástica reducción de la ayuda internacional.

Los EEUU y sus aliados están alentando un acuerdo negociado entre el gobierno afgano y los insurgentes. También es difícil predecir el resultado de este esfuerzo, aunque parece poco probable que las conversaciones entre el gobierno afgano y las distintas facciones insurgentes puedan producir un acuerdo decisivo y estable antes de 2015. ISAF está haciendo progresos tácticos significativos sobre todo en el sur y en la lucha contra *Al Qaida* y las redes insurgentes afincadas en Paquistán, pero no ha sido capaz de forzar a Paquistán a que neutralice los santuarios insurgentes en su territorio o de derrotar a los talibán, la red Haqqani o al grupo de Hekmatyar. En esta situación, los insurgentes pueden utilizar las negociaciones como una táctica dilatoria, o como un medio de ganar la guerra por medios políticos, ya que parece que no sienten que están siendo derrotados y tienen razones para creer que todo lo que tienen que hacer es esperar hasta que ISAF abandone el país, librando mientras tanto una batalla de desgaste político. Además, la inminencia de la retirada de las fuerzas de ISAF parece haber aconsejado a los insurgentes a aplazar la negociación al momento en que esta retirada se haya materializado.

Ante una situación tan incierta, las llamadas a la cooperación regional aparecen como una especie de remedio milagroso, capaz al parecer de solucionar el futuro de Afganistán. Sin embargo, es poco probable que esta cooperación pueda tener un impacto importante, si antes no se producen los grandes cambios políticos que permitirían a Kabul jugar un papel, aunque sea secundario, en el «Nuevo Gran Juego» de Asia Central y del Sur. En términos más generales, es igualmente imposible determinar la forma en que se desarrollará la lucha entre la India y Paquistán, o cómo Rusia, China y Estados Unidos jugarán en la región este «Nuevo Gran Juego», o el papel reservado a Paquistán e Irán. China y Rusia, las dos grandes potencias regionales, están llamadas a jugar

un papel relevante, pero tratando de no implicarse demasiado. La tensa relación entre los EEUU y Paquistán, condiciona la actitud de este último en el conflicto, aunque son sus propios problemas internos los que definirán su futuro papel en la región. Paquistán está atrapado en su propia política de seguridad y por los problemas políticos y económicos que le están llevando, según algunos, a convertirse en un candidato firme a la categoría de estado fallido. Sus profundas tensiones políticas con los EEUU continúan creciendo y parece empeñado en tratar de ampliar su influencia en Afganistán frente a la influencia india, tras la salida de EEUU. Al mismo tiempo, su gobierno tiene profundas tensiones con el ejército y está dividido por luchas políticas que limitan la eficacia de una débil estructura de gobierno que se enfrenta a una creciente violencia política en todo el país.

En algún momento de la próxima década, el resultado de la Transición producirá un nuevo equilibrio de poder regional entre Rusia, China, los EEUU, los principales estados europeos y poderes locales como Irán, los «Stans» y la India. Este equilibrio marcará un nuevo terreno de juego en el que cada uno de ellos tratará de defender sus propios intereses. Ante este escenario conviene no confundir deseos con realidades: la formulación de una nueva ronda de planes poco realistas sobre el futuro de Afganistán y su entorno regional es la peor de las recetas posibles. La realidad es tozuda: hay serias dudas sobre la capacidad de Afganistán a la hora de desarrollar antes del final del 2014 una reforma interna suficientemente efectiva como para hacerlo atractivo para la inversión extranjera. Tampoco es seguro que vaya a continuar recibiendo el nivel de ayuda externa que necesitaría durante la próxima década, para compensar la falta de inversión privada.

Ante esta realidad, resulta tentador invocar soluciones regionales, como si de alguna manera pudieran solucionar los problemas internos de cada estado. Muchos analistas se centran en la cooperación regional como vía para mejorar la estabilidad política y económica de los estados que cubren un arco que va de Irán y los estados del Caspio en el oeste hasta China en el este y desde el Océano Índico en el sur hasta Rusia en el Norte. De los estudios realizados por grupos como el FMI, el Banco Mundial y el Banco Asiático de Desarrollo se desprende que es posible aliviar el impacto de la transición en Afganistán mediante un mayor desarrollo regional y

a través de la cooperación en tres áreas diferentes: Asia Central y los «Stans» al norte, Afganistán y las zonas fronterizas de Paquistán al este y la India y Paquistán, con su interminable conflicto, en el extremo oriental. Hay desde luego motivos políticos y económicos para buscar una mayor cooperación entre todos los actores regionales; hay motivos para intentar desarrollar una «Nueva Ruta de la Seda», que puede ayudar a potenciar el comercio regional y a desarrollar y estabilizar Afganistán convirtiéndole en una importante ruta de tránsito económico y facilitándole la rentabilización de sus recursos; también está justificado el esfuerzo por buscar una solución regional al conflicto entre la India y Paquistán, que evitaría que Afganistán siga sirviendo de escenario para su enfrentamiento. El problema práctico en todos estos casos es que requieren cambios en el comportamiento de los estados involucrados, que no pueden darse de un día para otro y que difícilmente tendrán algún efecto a corto plazo, por lo que Afganistán debe forjar su propio destino al margen de estos hipotéticos cambios en el entorno regional.

Rusia y China, las grandes potencias de la zona, tienen intereses en Afganistán y están interesadas en su estabilidad, pero estos intereses son menores en relación con otros intereses prioritarios y son mucho más limitados que lo que su retórica diplomática a veces parece indicar, por lo que hay pocas probabilidades de que lleguen a producirse acuerdos regionales de la magnitud necesaria como para tener un impacto significativo en el futuro inmediato de Afganistán. Vendrán tiempos en los que las necesidades energéticas y de materias primas de China e India jueguen un papel decisivo en la seguridad, la estabilidad y el desarrollo de Afganistán, pero es imposible saber cuándo ocurrirá esto, especialmente antes de saber cuál va a ser el resultado final de la Transición. Guste o no guste a quienes quieren involucrar a las potencias regionales en la solución del conflicto afgano, Afganistán tiene una limitada importancia estratégica tanto para las potencias regionales como para sus vecinos menores, para los que es sólo una de sus muchas prioridades.

Afganistán no es un socio comercial fundamental para ningún Estado y su potencial económico a corto y medio plazo es muy limitado. Esto no significa que no haya oportunidades económicas en Afganistán o que la ayuda internacional no pueda impulsar su desarrollo económico. Es importante, sin embargo evitar fan-

tasías que exageran la rentabilidad de las posibles inversiones o proyectos de ayuda, olvidándose de los costes y los plazos; debe evitarse prometer beneficios económicos que no son realistas y debe evitarse pensar que los países vecinos se están centrando en Afganistán como un corredor comercial imprescindible, en un momento en que de hecho están invirtiendo en rutas muy diferentes. Es más realista suponer que Rusia, China, los EEUU, los países de la UE, las empresas privadas y las agencias de desarrollo harán en Afganistán inversiones suficientemente grandes a corto y medio plazo como para hacer frente al impacto de la Transición. Pero este nivel de inversión sólo se mantendrá en un Afganistán políticamente estable, capaz de gobernarse con eficacia y con niveles aceptables de corrupción y en el que esté asegurado el imperio de la ley de forma que las inversiones queden aseguradas.

Afganistán tiene aún la posibilidad de cambiar radicalmente su situación a través de un buen gobierno, una mejora en la seguridad y políticas centradas en el desarrollo y los incentivos a los donantes externos y a la inversión privada. Ni las conferencias internacionales, ni los planes regionales o los esfuerzos externos, pueden hacer gran cosa si no se producen cambios internos significativos, cambios que, siendo realista, es difícil imaginar que puedan llegar a materializarse en el escaso tiempo disponible. Esto implica que las grandes potencias y Europa deberán implicarse mucho más allá de 2014, cosa que han hecho ya en las conferencias de Chicago y Tokio de 2012. Sin embargo, persiste la necesidad de lograr una mayor implicación de potencias ajenas a la OTAN, como China y Rusia, cuyo papel a largo plazo puede ser decisivo. Desde la visita del Presidente Obama a Pekín en 2009, los EEUU han alentado tanto a Rusia como a China a desempeñar un papel mayor en Afganistán. Muchos expertos abogaban por alguna forma de participación de ambos en la cooperación económica regional y en el desarrollo de las nuevas rutas comerciales y de energía que involucran a Afganistán, sustituyendo como protagonistas del desarrollo afgano a los EEUU y sus aliados de la OTAN. Ambos países bien podrían desempeñar esa función, pero no es probable que su implicación alcance los niveles que se les pide. Mientras tanto, el carácter regional del conflicto que se vive en la zona hace que muchos analistas y organizaciones ya no hablen del conflicto afgano, sino del conflicto Afgano-paquistaní.

Pero los problemas de Afganistán no siempre vienen de fuera, como habitualmente quiere hacernos creer el presidente Karzai, que en los últimos años ha demostrado una actitud crecientemente agresiva con los EEUU y con Paquistán, a quienes culpa de todos los males de su país. Esta actitud ha acabado por despertar preocupación entre sus aliados. Inicialmente no se prestaba importancia a ciertos excesos, porque se atribuían a la necesidad que Karzai sentía de demostrar a la audiencia interna que no es un títere de los EEUU y sus aliados. Pero sucesos como la interrupción de las negociaciones del acuerdo estratégico con los EEUU como reacción ante la apertura de la oficina de los talibán en Qatar han hecho saltar algunas alarmas. Y este no es el único caso en que Karzai parece interesado en incrementar la tensión, realizando en público declaraciones incendiarias que parecen legitimarle ante los afganos, cansados de tanta injerencia extranjera en sus asuntos. Cuando el presidente hace este tipo de declaraciones, dice hablar «en nombre del pueblo de Afganistán», cosa que está por demostrar, pero que parece corroborar el silencio de la oposición. Aunque no se puede descartar que el inmenso poder que el presidente tiene a la hora de nombrar y cesar a todo tipo de cargos públicos, sea la causa de este silencio. Son muchos los analistas y diplomáticos que se preguntan qué hay detrás de esta actitud tan belicosa de Karzai. Parece que, por encima de todo, esta actitud vendría a demostrar que aún se cree imprescindible para sus aliados occidentales, que no tendrían más remedio que aguantar todos sus excesos verbales, dirigidos en realidad a su «clientela» local. Por otra parte, no puede resultarnos extraña la tendencia de Karzai a culpar de todos los males de Afganistán a Occidente, Paquistán o los talibán... cualquiera menos él mismo. El único aspecto positivo en esta «diplomacia de megáfono» esgrimida por Karzai es que tanto los EEUU, como ISAF y Paquistán están respondiendo con suma cautela a sus provocaciones. En Paquistán empieza a extenderse lentamente la idea de que un Afganistán estable sería un factor positivo para el desarrollo político y económico del país. Simultáneamente, el nuevo gobierno indio parece dispuesto a marcar distancias con Karzai en su confrontación con Paquistán, con quien busca puntos de encuentro que permitan reducir la tensión.

EL PROCESO DE TRANSICIÓN

El anuncio del Presidente Obama de que a finales de 2014 las fuerzas estadounidenses abandonarían Afganistán y transferirían la responsabilidad sobre la seguridad del país al gobierno afgano, suscitó dudas a todos los niveles sobre el futuro del país asiático una vez que las fuerzas multinacionales lo hayan abandonado⁸¹. A día de hoy todos los escenarios son posibles. En 2025, después de lo que se ha bautizado como la Década de Transformación, Afganistán podría ser un país dividido, en el que la mitad de la población volviera a estar sometido a la brutalidad de los talibán. O podría ser un país estable, en vías de desarrollo, con problemas de seguridad limitados a partes concretas del país. Que se avance en una u otra dirección depende en gran medida de los propios afganos, del grado de confianza que sus instituciones logren generar entre la población. Depende también del grado de compromiso que la comunidad internacional mantenga en los próximos años; compromiso cada vez menos militar y más económico. Algo especialmente complicado en un escenario de crisis económica, en el que la posibilidad de «desengancharse» del asunto resulta tentadora, especialmente en épocas electorales, en las que el compromiso con Afganistán resulta muchas veces complicado de justificar.

En este contexto todas las miradas están centradas en 2015, momento a partir del cual los afganos serán plenamente responsables de su seguridad, porque la seguridad se considera como el prerrequisito básico para poder avanzar en otros campos. El empleo de la palabra «Transición» para definir el proceso que debe llevarnos hasta esa fecha tiene un claro objetivo: dejar claro que 2015 no marca el final del compromiso occidental con Afganistán, sino un punto de inflexión en un compromiso que se materializará de una manera diferente. Si hubiera que resumir las claves de este cambio en tres ideas clave, éstas serían: paulatina asunción de responsabilidades por las administraciones civil y militar afganas, que deben ir apropiándose de su propio destino; compromiso

81. A mediados de junio de 2013, a punto de cerrar este libro, se anunció de forma oficial que el día 18 de ese mismo mes, se transferiría a las autoridades afganas la responsabilidad de la seguridad sobre los distritos todavía bajo responsabilidad de ISAF.

duradero con las autoridades afganas y búsqueda de una solución negociada al conflicto, que debe ser aceptable en Afganistán, en el ámbito regional y para los EEUU y sus socios.

En el fondo, lo que se pretende dejar claro es que ni la OTAN se retira, ni Occidente abandona a Afganistán sino que, cumplidos unos objetivos intermedios, se transfiere la responsabilidad de la seguridad a los afganos, que pasan a asumir el liderazgo en la lucha contra la insurgencia y el mantenimiento de la seguridad, mientras que el apoyo occidental se centra en el desarrollo socioeconómico y el asesoramiento y formación en el campo de la seguridad. Para ello, es imprescindible debilitar previamente a la insurgencia, para que vea su fuerza reducida a unos niveles que los propios afganos puedan neutralizar.

El papel de las ANSF en la transición

La clave del proceso, donde descansa su credibilidad y la posibilidad de que efectivamente sea un paso hacia una paz duradera y no un mero subterfugio para irse desenganchando de un problema que se alarga demasiado en el tiempo y que supone unos costes económicos y políticos excesivos, es la capacidad de las fuerzas afganas de garantizar la seguridad una vez que la ISAF pase a un segundo plano y se limite a instruir y asesorar. El discurso de la OTAN y sus socios al respecto es claro: las ANSF serán capaces de asumir la responsabilidad de la seguridad en el plazo exigido. Desde que el General McChrystal lanzara su nueva estrategia, las ANSF no sólo han visto incrementado su número y su preparación, han ido asumiendo paralelamente un protagonismo cada vez mayor en el planeamiento y conducción de la lucha contra la insurgencia. Hasta ese momento las fuerzas afganas actuaban como auxiliares en operaciones planeadas y dirigidas por ISAF; desde entonces la situación ha ido transformándose radicalmente: a día de hoy, casi todas las operaciones son planeadas por los afganos, auxiliados por asesores de ISAF, y las fuerzas afganas asumen un protagonismo cada vez mayor en su ejecución. En la primavera de 2013 más de un 80% de las operaciones eran ejecutadas exclusivamente por fuerzas afganas.

Esta transferencia de responsabilidad requiere que las ANSF evolucionen rápidamente mejorando en cuatro áreas fundamen-

tales: su número, su preparación, su fiabilidad y su sostenibilidad. En cuanto a los números, el objetivo de sumar unos 350.000 hombres entre policía y ejército puede darse por logrado. Todo un éxito si tenemos en cuenta que se partía de tan solo 6.000 hombres en 2003. El aspecto de la preparación es más difícil de evaluar, pero conviene hacer dos precisiones al respecto. La primera es que no estamos preparando un ejército para que pueda actuar, codo con codo, con los de la OTAN en cualquier parte del mundo. Esta sería una opción inasumible en la práctica e innecesaria por exceder las necesidades de Afganistán. Lo que Afganistán necesita son unas fuerzas capaces de hacer frente con éxito a los retos que su propia seguridad le plantea; sin olvidar el más crítico, la insurgencia. Es esta capacidad la que debe valernos para evaluar su idoneidad y no la comparación con los ejércitos occidentales. La segunda precisión hace referencia a la capacidad de actuación autónoma de las ANSF: en ningún caso se pretende que a partir de 2015 sean capaces de actuar sin ningún tipo de apoyo externo. A partir de ese momento asumirán la responsabilidad plena de la seguridad, pero seguirán recibiendo apoyo, aparte de en formación y asesoramiento, en otras áreas claves que pueden ser apoyo aéreo, inteligencia, apoyo logístico,... Teniendo en cuenta estas dos consideraciones, podríamos aceptar la premisa de que las ANSF estarán técnicamente preparadas para la misión que se les va a encomendar.

Aun más difícil de evaluar es la fiabilidad. Concretamente, es difícil saber hasta qué punto la insurgencia ha logrado infiltrarse en las ANSF y hasta qué punto se puede considerar que las ANSF son leales al gobierno de Kabul. Aunque ISAF no publica datos al respecto, parece evidente que los denominados incidentes *Green on Blue*, denominación con la que se conoce los casos en los que las fuerzas de la OTAN sufren ataques de sus presuntos aliados afganos, se han incrementado significativamente durante los dos últimos años. A principios de 2012 el *The New York Times* publicaba datos al respecto obtenidos de un informe clasificado de ISAF; el informe concluía que tal tipo de ataques «no son raros ni aislados» y «reflejan una amenaza sistemática creciente». Según el informe, entre 2007 y 2011 al menos 58 soldados de la OTAN perdieron la vida de esta forma. Hay un temor manifiesto a este tipo de actuaciones logre minar la confianza entre las ANSF y sus

socios occidentales, algo que ya se produjo en 2012 en el caso de Francia, que decidió abandonar Afganistán tras perder cuatro hombres en un ataque de estas características.

Existe una preocupación evidente tanto en el seno de ISAF como en el Ministerio de Defensa afgano, ante la evidencia de que una generalización de este tipo de ataques pondría en peligro la misión de formación y asesoramiento de las fuerzas afganas que se plantea durante la Transición y más allá de ella. Este tipo de misiones requieren que las fuerzas de ISAF responsables de estos cometidos tengan una confianza plena en sus colegas afganos; sin esta confianza, la tarea puede llegar a ser imposible. Conscientes de ello, se han adoptado medidas tanto por parte de ISAF, para mejorar la seguridad de sus miembros, como por parte de la policía y el ejército afgano, que tratan de luchar contra esta amenaza empleando procesos de selección más rigurosos e introduciendo personal de inteligencia en las unidades. También se han adoptado medidas para impedir que los soldados afganos mantengan a sus familias en Paquistán, lo que les hace más sensibles a influencias o amenazas de los grupos insurgentes allí asentados.

No se sabe en qué medida estos ataques son organizados desde la insurgencia o responden a otras motivaciones. El hecho de que pocos de los agresores sean capturados con vida hace difícil responder a esta pregunta. En unas declaraciones al *The Daily Telegraph* efectuadas en julio de 2012, el General Sher Mohammad Karimi, jefe del ANA, sostenía que el 70% se debe a decisiones individuales, motivadas por afrentas personales o motivaciones religiosas. El 30% restante estaría relacionado con la insurgencia. Para el General, el motivo principal que subyace detrás de estos ataques parece ser la falta de respeto hacia la religión y la cultura afganas mostrada por los occidentales, en una sociedad poco tolerante y acostumbrada a solucionar los problemas recurriendo a la fuerza. Un estudio encargado por el ejército de EEUU, aunque no aceptado en sus conclusiones, confirma esta idea, sosteniendo que son las diferencias culturales las que originan la mayor parte de estos incidentes. Según el estudio, los afganos ven a sus colegas occidentales como rudos, arrogantes y agresivos, mientras a la inversa, los afganos son vistos como vagos y drogadictos. En la misma línea, un informe emitido en 2012 por el Ministerio de Defensa Australiano tras el

asesinato de uno de sus soldados por un colega afgano, definía la relación entre los soldados afganos y sus mentores Australianos como «tensa pero manejable» y atribuía la mayor parte de los problemas a diferencias culturales entre unos y otros. Sean cuales sean las causas, las medidas adoptadas parecen haber dado sus frutos y en 2013 el número de ataques disminuyó de manera significativa. Pese a ello, el problema persiste y se teme que, a la vista de la efectividad de este tipo de ataques, la insurgencia esté incrementando su esfuerzo por infiltrar o cooptar soldados y policías, para romper la confianza entre los afganos y sus aliados.

Otro aspecto relevante relativo a la fiabilidad, es el de la corrupción. Si bien parece que no es éste un problema mayor en el caso del ejército, en el caso de la policía sí lo es, en parte posiblemente porque la naturaleza de sus cometidos, que implican un mayor grado de relación con la población civil, aumenta las posibilidades de actuaciones corruptas. Así al menos lo perciben los afganos según todas las informaciones disponibles, y así parecen confirmarlo todos los datos procedentes de fuentes oficiales y privadas. Ambos aspectos, la infiltración de insurgentes y la corrupción, pueden suponer un lastre para la eficacia de las ANSF y, sobre todo, para la confianza que la población pueda depositar en ellas, lo cual no es un problema menor ya que la falta de confianza de los afganos en sus propias instituciones, en su capacidad para generar bienestar y seguridad, es el arma principal de la insurgencia.

Hay aun otro problema referido a la fiabilidad de las ANSF; éste se refiere al grado de lealtad hacia el gobierno de Kabul sentido por sus miembros. Más concretamente, a la actitud que demostrarían en caso de un conflicto entre esta lealtad y la correspondiente a su etnia o tribu,... No hay datos oficiales ni estudios al respecto, por lo que lo único que podemos hacer es especular al respecto, analizar precedentes históricos y tomar en consideración lo ya expuesto sobre la cultura afgana. El problema se plantearía ante un hipotético colapso del gobierno de Kabul, que llevara a un resurgimiento de los líderes territoriales. Ante una situación como ésta, que obligara a los miembros de las ANSF a elegir entre la lealtad al gobierno de Kabul y las exigencias derivadas de su origen étnico o tribal, pocos dudan que la mayoría optaría por los segundo.

El último aspecto es el de la sostenibilidad. A medio plazo, no parece probable que Afganistán pueda asumir el coste de mantener 350.000 hombres en armas. A pesar del éxito que han supuesto las Conferencias de Chicago y Tokio de 2012 a la hora de comprometer fondos a largo plazo para Afganistán, parece que los cerca de 4.000 millones de dólares anuales que implica el sostenimiento de las ANSF con su actual volumen, superarán las posibilidades afganas una vez que la ayuda exterior empiece a decaer. Incluso en el caso más favorable, con las explotaciones mineras funcionando a pleno rendimiento, algo que en ningún caso ocurrirá antes de cuatro o cinco años, parece un coste excesivo para un país como Afganistán. Cálculos más realistas fijan el límite de lo sostenible en unos 150.000 hombres, que deberían invertir su actual distribución, de forma que el número de policías doblara al de militares. Esto sólo sería factible en un escenario en el que la insurgencia hubiera sido reducida a unos niveles muy inferiores a los actuales, algo que sólo puede conseguirse con una potente acción militar previa, para la que el tiempo se va agotando, o mediante un acuerdo de paz que incluya a cuantas facciones insurgente sea posible. O por una combinación de ambos.

En el incierto futuro al que se asoma Afganistán, la situación de sus fuerzas armadas es sin duda alguna una de sus mayores fortalezas. Sus dimensiones, su equipamiento y su nivel de profesionalidad son significativamente superiores a los correspondientes a cualquier otro campo de la administración afgana. El problema es que, si no se producen avances significativos en la gobernanza, podremos encontrarnos a unas fuerzas armadas perfectamente preparadas pero sin un estado al que servir... o sirviendo a distintas facciones en un estado en descomposición.

Todo lo dicho hasta ahora hace referencia exclusivamente a las fuerzas armadas y a la policía afganas, pero hay un tercer elemento a considerar aquí, la Policía Local Afgana (*Afghan Local Police*, ALP). Pese a lo que su nombre pueda dar a entender, se trata de una institución que no tiene nada que ver con lo que nosotros entendemos como policía local. La ALP es una solución de compromiso ideada para extender la seguridad a zonas en las que no llega el despliegue de las ANSF, responsabilizando a las propias comunidades locales. Para ello se ha optado por crear una serie de milicias locales armadas que actúan bajo dirección de las estructuras locales tradicionales;

es decir, son los líderes tribales o comunales los que seleccionan al personal y responden de su actuación, mientras unidades de operaciones especiales de EEUU se encargan de equiparlas y adiestrarlas. El experimento presenta aspectos muy positivos, sobre todo por lo que significa de concienciar a las comunidades locales de su responsabilidad a la hora de lograr la seguridad, no limitándose a ser espectadores de un conflicto en el que a veces no parecen ser parte. Pero también presenta problemas; a pesar de los intentos por evitarlo, no se puede descartar que de hecho se esté alentando la reaparición o fortalecimiento de milicias tribales, sectarias y al servicio de los tradicionales señores de la guerra; de hecho, hay evidencias de que en algunos casos, líderes como Mohammed Atta, gobernador de Balkh y posible candidato a la presidencia, están armando a sus seguidores mediante este sistema. Si esto fuera así, como muchos denuncian, lo que parece una buena solución a corto plazo no haría sino generar mayores problemas en el futuro. En el peor de los casos, se estaría facilitando una vuelta a la situación pre talibán, cuando el país estaba a merced de unos caciques locales, reacios a aceptar cualquier autoridad superior; no olvidemos que el rechazo hacia sus desmanes jugó un papel fundamental a la hora de aupar a los talibán al poder, en la medida en que prometían acabar con ellos. Otro inconveniente que algunos ven en este plan, es que se centra demasiado en las tribus, quizá por estar inspirado en experiencia previas en Irak. Pero la afgana no es una sociedad tan tribal como la iraquí; centrarse excesivamente en las tribus para implicar a los afganos en su propia seguridad, supone pasar por alto el hecho de que la tribal es sólo una de las formas de articularse socialmente que utilizan los afganos, particularmente los pastunes, pero no la única. El apoyo de las tribus no debería considerarse *per se* como sinónimo de apoyo de la comunidad en su conjunto⁸².

El mayor problema que plantean estas milicias, es el de su control, habida cuenta de que carecen de una estructura administrativa que permita responsabilizarse de las frecuentes denuncias por abusos que pesan sobre este tipo de policías o poner en prác-

82. Colin Cookman and Caroline Wadhams Governance in Afghanistan. Looking Ahead to What We Leave Behind. Center for American Progress. May 11, 2010.

tica políticas como las que hemos visto encaminadas a reducir los ataques de policías a sus aliados de la OTAN. Pero de momento el balance es positivo; la ALP es, en general, una manifestación de la voluntad de las comunidades rurales de responsabilizarse en la creación de un clima de seguridad que permita consolidar y aumentar los logros sociales y económicos logrados en los últimos años. Es por ello que los movimientos anti-talibán que están surgiendo en diferentes partes del país, están evolucionando en muchos casos hacia esta opción, consiguiendo con ello apoyo oficial en forma de dinero y armas.

LA INSURGENCIA

El estado de la insurgencia

Es evidente que entre los retos a los que debe enfrentarse Afganistán en la búsqueda de un futuro estable, la insurgencia ocupa un lugar destacado. La sostenibilidad de los avances en los campos de la gobernanza y el desarrollo estarán siempre supeditados al entorno de seguridad. Puede haber progresos a pesar de que en determinadas zonas del país se continúe combatiendo a la insurgencia, siempre y cuando los principales núcleos de población y líneas de comunicaciones permanezcan seguros. Pero si la insurgencia recupera terreno y el gobierno de Afganistán no es capaz de proporcionar un mínimo de seguridad a la mayoría de su población, no sólo será imposible avanzar en estos campos, sino que se irá perdiendo irremisiblemente lo conseguido hasta ahora. Así que no es de extrañar que, cuando se habla del conflicto afgano, la pregunta que más se repite sea: ¿Se está derrotando a la insurgencia? O incluso: ¿Es posible derrotar a la insurgencia? La respuesta es difícil y compleja. Por una parte porque puede ser diferente según las zonas del país de las que hablemos; por otra porque depende de en qué términos definamos una eventual victoria de los insurgentes.

El «nuevo impulso» ha supuesto un esfuerzo muy importante en la lucha contra la insurgencia. Impulso que no se ha limitado a actuar militarmente contra los combatientes, sino que ha incluido acciones encaminadas a debilitar sus finanzas, a sellar la frontera con Paquistán para evitar el tránsito de explosivos, armas y combatientes y a descabezar a la insurgencia, eliminando a sus líderes, sea en territorio afgano o paquistaní, utilizando para ello

aviones no tripulados o unidades de operaciones especiales. Otras dos armas que han cosechado un éxito notable en esta lucha han sido la Policía Local Afgana, milicias locales de autodefensa integradas en el Ministerio del Interior, y los movimientos anti-talibán que han ido surgiendo en numerosos puntos del país, donde el hartazgo de la población ante la presión de «los barbudos» ha desembocado en auténticas revueltas populares. El posterior apoyo de las autoridades afganas, en forma de fondos y armas, ha ayudado a consolidar unos movimientos que han nacido espontáneamente y que, en muchos casos, no pretenden tanto apoyar a las autoridades de Kabul, como expulsar de su territorio a unos elementos que sólo les generan problemas.

Pero, a pesar del esfuerzo realizado, la pregunta sigue en pie: ¿Va a ser posible derrotar a la insurgencia? Esta pregunta posiblemente requiera respuestas diferentes, según a qué parte de Afganistán nos refiramos. De hecho, la situación es muy diferente en las cuatro grandes áreas geográficas en que podemos dividir el país: el norte y el oeste, mayoritariamente no pastunes y contrarios a los talibán, frente al sur y al este, mayoritariamente pastunes y donde la insurgencia cuenta con un apoyo mayor. En el norte, los núcleos insurgentes localizados en las zonas de Kunduz y Badajshán, aunque persistentes y difíciles de erradicar, suponen una amenaza que las fuerzas de seguridad afganas podrán controlar con sus propios medios, como de hecho han comenzado a hacer en 2013. Se trata de núcleos pastunes aislados tanto de Paquistán como de las grandes zonas pastunes del sur y el este, lo que hace difícil que constituyan una amenaza seria para la estabilidad del país. Otra cosa es que no puedan ser erradicados totalmente y continúen realizando acciones de tipo terrorista de forma indefinida. En la zona oeste, el foco localizado en los valles de Bala Murghab y Moqur es difícil de catalogar. Lo mismo ocurre con el foco existente en la provincia de Farah. Muy persistente y más próximo a las zonas pastunes del sur. No es fácil determinar cuánto hay de insurgencia y cuánto de delincuencia ligada a la droga y al contrabando hay en estos grupos, ni el grado de connivencia con sus actividades de algunas autoridades afganas. En cualquier caso, aunque controlar estas zonas será una tarea costosa, no hay por qué pensar que los propios afganos, si tienen auténtica voluntad para ello, no vayan a ser capaces de hacerlo.

El caso del sur es más complejo. Las provincias de Kandahar y Helmand han sido testigos desde 2006 de las operaciones militares de mayor envergadura. Desde el punto de vista táctico, se puede decir que las acometidas en los años 2010 y 2011 han sido un éxito: han recuperado el control de las áreas más importantes de las anteriormente controladas por los talibán. Éstos han quedado reducidos a zonas rurales alejadas de los núcleos de población, desde las que, sin embargo, pueden hostigar tanto a éstos como a las líneas de comunicaciones que las unen. Aprovechando estos éxitos militares, en el año 2012 se inició un proceso de implantación de la autoridad de las autoridades afganas y de desarrollo económico de la zona; con ello se pretendía consolidar los avances logrados militarmente. A pesar de los innegables éxitos cosechados por estas iniciativas, la insurgencia sigue manteniendo el control de algunas zonas y mantiene la capacidad de realizar ataques, de tipo más bien terrorista, dirigidos cada vez más contra autoridades y fuerzas afganas. Es difícil predecir cuál será la evolución de esta zona tras la retirada de las fuerzas de ISAF. Si las autoridades formales seguirán ampliando su esfera de control y las fuerzas de seguridad mantendrán bajo control a la insurgencia; o si, por el contrario, veremos cómo la insurgencia va recuperando el control de las zonas de las que ha sido expulsada⁸³. Todo parece indicar que ésta es precisamente la primera prioridad para los jefes talibán, empeñados en recuperar el control de sus feudos tradicionales y, en el caso de Helmand, de su principal fuente de financiación, el opio. No se puede pasar por alto la importancia que la droga tiene en esta zona, donde se está produciendo un pulso entre la insurgencia, empeñada en

83. En la primavera de 2013, según las fuerzas de ISAF iban abandonando amplias zona del sur, se iba produciendo en algunas zonas un fenómeno muy interesante. Se trata de zonas tradicionalmente conflictivas, aisladas y que han quedado bajo control de las fuerzas afganas, aunque la amenaza insurgente sigue presente. En algunas de estas zonas, la ausencia de las fuerzas internacionales no ha conducido a una mayor inestabilidad, sino a una pacificación obtenida a partir de acuerdos entre las fuerzas afganas y los talibán. Auspiciados normalmente por los líderes locales, estos pactos de no agresión están aplicándose en algunas zonas rurales, que vuelven así a su estado tradicional de independencia de cualquier poder extraño.

mantener una fuente de ingresos vital para su supervivencia, y las autoridades afganas, apoyadas por ISAF, empeñadas a su vez en una campaña de erradicación muchas veces torpedeada por los propios funcionarios públicos. Otro dato relevante es la eficacia con que las fuerzas de seguridad afganas sean capaces de cerrar la frontera con Paquistán a los insurgentes. Si los proyectos en marcha para impermeabilizar la frontera tienen éxito, supondrán un golpe muy duro para los insurgentes de esta zona.

Pero es en el este del país donde la situación se muestra más compleja. Entre otras cosas, porque la insurgencia incluye aquí, aparte de a los talibán afganos, a sus homólogos paquistaníes y a los grupos de Haqqani y Hekmatyar, próximos a los talibán, asociados a ellos de una manera muy vaga, pero con su propia estructura de mando. De alguna manera, una gran parte de la actividad de la insurgencia en esta región gira en torno a Kabul: se trata de controlar las vías de acceso que conducen a la capital desde Paquistán, para poder cometer atentados de gran envergadura en ella. También se trata, por parte de la insurgencia, de impedir el uso normal de la carretera que une la capital con el sur, a través de Gazni y Zabul. Por último, se trata de mantener intactas determinadas zonas que constituyen los santuarios de la insurgencia, incluida la paquistaní, zonas fuera del control de Kabul, donde pueden mantener y preparar a sus combatientes entre ataque y ataque.

Dada la resonancia que adquiere cualquier acto terrorista ocurrido en la capital, es de vital importancia para los insurgentes mantener la capacidad de realizar en ella atentados de gran envergadura. Por el mismo motivo, para las fuerzas afganas y sus aliados, resulta prioritario blindar Kabul y evitar que lleguen a ella explosivos, armas o insurgentes. Las rutas empleadas por los insurgentes para llegar a Kabul, nacen en las provincias fronterizas de Paktika, Paktya y Jost y desde allí discurren por diferentes itinerarios hacia la capital. A lo largo de estas vías, principalmente en las provincias de Logar y Wardak, se produce una lucha sorda entre los insurgentes y las fuerzas combinadas afganas y de ISAF, cuyo resultado es incierto. Si atendemos a la tendencia en el número de ataques producidos en la ciudad en los últimos años, la conclusión parece ser que los insurgentes están perdiendo esta partida. A pesar de sus evidentes esfuerzos, no parecen ser capaces

de realizar ataques en la capital, que en 2013 se mantiene relativamente segura. Pero si atendemos a su capacidad para controlar amplias zonas de la región, los éxitos son menos evidentes.

Las zonas más calientes de esta región la constituyen las provincias limítrofes con Paquistán, en las que la presencia de la insurgencia es más persistente; se trata de una zona muy difícil, poblada por tribus pastunes tradicionalmente enfrentadas con Kabul entre las que los insurgentes gozan de un apoyo considerable. Es el feudo tradicional de los hombres de la conocida como Red Haqqani, que tienen que competir con los talibán, a veces de forma violenta, para mantener su tradicional supremacía. En esta zona se han hecho grandes esfuerzos por sellar la frontera y por mejorar las condiciones no sólo de seguridad, sino también de gobierno y desarrollo. Pero aquí el mayor problema reside precisamente en la cercanía con Paquistán, cuya frontera es muy difícil de sellar y de donde la insurgencia recibe nuevos reclutas, armas y explosivos. Jost, Paktya y Pakyika son los principales escenarios del enfrentamiento; en todas ellas, el control del gobierno se limita a las principales ciudades y a los corredores que las unen, quedando muchas áreas rurales a merced de la insurgencia, que goza aquí de un grado de apoyo considerable.

Las provincias más al norte, Kunar y Nuristán, por su inaccesibilidad y cercanía a Paquistán, han sido un santuario tradicional no sólo de los talibán afganos, sino también de sus primos paquistaníes y de *Al Qaida*. Aquí más que combatir, la insurgencia pretende mantener unas bases seguras desde las que atacar tanto en Paquistán como en Afganistán. La situación que se vivía a mediados de 2013 en este inaccesible noreste del país, es un claro ejemplo de lo complicado que resulta el escenario afgano en lo referente a la lucha contra la insurgencia. Las montañas de Nuristán y Kunar, difícilmente accesibles desde las provincias vecinas, están unidas a Paquistán por una serie de puertos cerrados durante el invierno y aptos sólo para transporte animal el resto del año. Precisamente por esas características, es uno de los últimos reductos de *Al Qaida* en Afganistán y es utilizada como refugio tanto por los talibán paquistaníes como por los afganos. Los paquistaníes utilizan la zona como base de partida para realizar incursiones en la vecina provincia de Bajaur; estas incursiones provocan en ocasiones represalias paquistaníes que afectan al lado afgano de la frontera. De la misma

manera, las acciones de las fuerzas afganas, en ocasiones acaban en territorio paquistaní, hacia donde huyen a refugiarse con frecuencia los talibán afganos cuando son hostigados. Lógicamente, este tipo de incursiones provocan tensiones entre las fuerzas armadas afganas y paquistaníes. Tensiones que en ocasiones desembocan en enfrentamiento como los ocurridos a primeros de mayo de 2013 en la provincia de Nangarhar, cuando las fuerzas de ambos países se enfrascaron en un intercambio de disparos de artillería, morteros y carros de combate que se prolongó durante dos horas, hasta que la mediación de ISAF puso fin al enfrentamiento. En total se dispararon cerca de 60 disparos de armas pesadas, que causaron heridas a cuatro soldados paquistaníes, sin que sea fácil determinar quién y cómo inició el fuego; este tipo de incidentes, producidos la mayoría de las veces cuando una de las partes responde a ataques de insurgentes procedentes del otro lado de la frontera, son relativamente frecuentes y encierran un riesgo de escalada difícil de controlar.

Pero éstos no son los únicos enfrentamientos entre presuntos aliados; entre los talibán afganos y paquistaníes existe una hostilidad evidente que, en ocasiones, lleva al enfrentamiento armado. Esta hostilidad se debe a que tanto unos como otros pretenden controlar esta zona, que resulta de importancia vital para ambos por su cercanía a Paquistán y su inaccesibilidad. También la red Haqqani, presente en la zona, se enfrenta en ocasiones a sus compatriotas talibán, con los que se disputa el control de determinadas zonas. La situación de inseguridad que provocan estos enfrentamientos a cuatro bandas entre insurgentes y militares de ambos países, ha terminado por provocar el hartazgo en la población de la zona que, como en otras partes del país, ha terminado por organizar milicias para combatir a quienes consideran responsables últimos de la falta de seguridad: los talibán. Estos grupos, alentados por el gobierno afgano, persiguen expulsar a los insurgentes de su territorio para poder disfrutar, por fin, de una vida pacífica. De forma que nos encontramos con un pequeño territorio en el que se enfrenta tres grupos terroristas o insurgentes diferentes que actúan a ambos lados de la frontera: frente a ellos, las fuerzas armadas de dos países que en su lucha contra esa amenaza, con frecuencia chocan entre sí; y a una población civil que decide armarse para expulsar a quienes considera responsables de la inseguridad que reina en la zona.

A la vista de lo expuesto hasta aquí, resulta fácil suponer que la evolución puede ser muy diferente en cada uno de esos escenarios, de forma que la insurgencia podría erradicarse o al menos neutralizarse en alguno, subsistir en forma de guerrilla en otros y controlar amplias zonas en el resto. ¿Supondría eso una victoria? Para valorar si la insurgencia tiene posibilidades de triunfar, primero tenemos que preguntarnos cuál es su objetivo; en qué condiciones podría considerarse victoriosa. Si su objetivo se limita a mantener el control de ciertas zonas rurales del país y desde allí realizar acciones terroristas sobre los núcleos de población y líneas de comunicación más importantes, tienen muchas posibilidades de conseguirlo. Pero no parece un objetivo muy ambicioso; una situación de tal naturaleza difícilmente podrían calificarla como una victoria, aunque suponga esquivar la derrota absoluta. Si su objetivo es derrotar al ejército afgano, derrocar al gobierno y volver a hacerse con el poder a nivel nacional, creo que podemos estar convencidos de que no lo van a conseguir. Los propios líderes talibán son conscientes de que no cuentan con apoyos suficientes, ni dentro ni fuera del país, como para hacerse con el poder. Podemos estar seguros de que los talibán no se conformarían con la primera opción; también podemos intuir que incluso ellos mismos son conscientes de que la segunda es imposible. Descartadas estas dos opciones, tenemos que tratar de imaginarnos cuáles pueden ser sus ambiciones.

Un posible efecto de la actuación persistente de la insurgencia podría ser la partición de Afganistán, quedando los talibán como señores de algunas zonas de mayoría pastún y el resto en una suerte de reedición de la Alianza del Norte. Esto significaría un fracaso absoluto para todos los que han apostado por un Afganistán estable y en paz; pero no significaría el triunfo de los talibán, que en ningún momento han defendido una partición del país. Ni guerrilla indefinida, ni partición del país, ni reedición del emirato afgano... Salvo para un puñado de iluminados que de verdad creen estar luchando una guerra santa, para los líderes más pragmáticos sólo una salida negociada puede permitirles alcanzar, si no todos, por lo menos alguno de sus objetivos. Pero para ello deben mantenerse fuertes hasta que las fuerzas de la coalición internacional abandonen el país. Éste será posiblemente el momento que elijan para sentarse a negociar con un gobierno que ellos esperan débil y más afín a su visión teocrática que los EEUU o cualquiera de sus aliados.

Ésta va a ser la batalla que va a librarse en los próximos meses: una puramente militar, para debilitar a la insurgencia lo más posible e impedir que, cuando finalmente se sienta a negociar, lo haga demasiado crecida. La otra batalla es la política: Cuando las negociaciones se produzcan, Afganistán necesita contar con un gobierno fuerte y reconocido como legítimo por los afganos. El desarrollo de las elecciones presidenciales en abril de 2014 será decisivo en este sentido. Si el fraude o el fraccionamiento político no permiten que de ellas salga un presidente capaz de liderar el país, los talibán habrán ganado su batalla más importante.

Resulta difícil hacer un pronóstico sobre cuál va a ser el futuro de la insurgencia a partir del 2015. Pero tengo la certeza de que esta evolución va a depender principalmente de factores no militares. Podemos contar que, si se consigue un mínimo de estabilidad política, las fuerzas armadas permanecerán leales al gobierno y serán capaces de mantener a la insurgencia confinada a las montañas más remotas del país. Si el gobierno de Kabul gana legitimidad frente a los afganos, reduce sensiblemente el nivel de corrupción e incrementa su eficiencia a la hora de atender a sus necesidades, hará perder a los insurgentes sus principales bazas y podrá conseguir, a la larga, convertirles en una fuerza marginal, capaz de causar mucho dolor, pero no de invertir el proceso en el que se ha embarcado Afganistán.

El fin de la insurgencia: Combate o acuerdo

En los primeros años de la campaña de Afganistán, el objetivo era derrotar militarmente a la insurgencia. Pese a que los talibán hicieron algunos intentos de abrir negociaciones, EEUU no se planteaba tal opción. Hoy la situación es completamente distinta y se ha pasado a reconocer que una paz duradera sólo se logrará a través de un acuerdo con todos o al menos parte de los insurgentes. El cambio en la actitud de EEUU a este respecto quedó meridianamente claro cuando a finales de 2011 el vicepresidente Biden declaraba: «Los talibán *per se* no son nuestro enemigo. Esto es crucial. En nuestras declaraciones políticas, el Presidente no ha hecho nunca una sola afirmación diciendo que los talibán son nuestros enemigos porque amenazan a los intereses de EEUU». El punto de partida para la apertura del diálogo con los talibán,

es el reconocimiento de que, a diferencia de los terroristas de *Al Qaida*, ellos representan a un sector de la sociedad afgana al que no se puede ignorar y con el que se puede llegar a acuerdos. En diciembre de ese mismo año, Karzai daba la bienvenida a este giro en la política de Washington: «Me siento muy contento de que el gobierno americano haya declarado que los talibán no son sus enemigos... Esperamos que este mensaje ayude a los afganos a lograr la paz y la estabilidad». Con este nuevo enfoque, la situación que se pretende alcanzar al final de la Transición no es la de una derrota completa de la insurgencia. Desde los EEUU y desde ISAF se ha cambiado el discurso y se ha pasado a resaltar que a este tipo de conflictos siempre se les ha puesto fin mediante una paz negociada y que solamente un acuerdo que integre a la mayor parte de los grupos insurgentes puede traer una paz duradera ⁸⁴.

Descartada una derrota absoluta de la insurgencia, el escenario más optimista de los que se barajan como posibles, supondría la desaparición o neutralización ⁸⁵ de los focos insurgentes de las provincias de Kunduz y Baghlan, en el norte y de Baghdis y Farah en el oeste. En estas zonas, el relativo aislamiento geográfico de los focos de inestabilidad haría posible que las ANSF los erradicaran o, al menos, los mantuvieran bajo control. Este escenario supondría la práctica neutralización de la insurgencia en el Sur,

84. Antes de analizar la historia y las posibilidades de los intentos negociadores con los talibán, es conveniente aclarar el contenido de tres conceptos que, sin serlo, a veces aparecen como sinónimos: reintegración, negociación y reconciliación. La reintegración, que no incluye negociaciones, pretende convencer a los insurgentes de que depongan las armas, dándoles para ello incentivos financieros y facilidades para iniciar una nueva vida integrados en sus comunidades de origen. La negociación implica la búsqueda de un compromiso por ambas partes para poner fin al conflicto; en el proceso, ambas partes deben estar dispuestas a renunciar a algunos de sus objetivos. El término reconciliación hace referencia a las medidas encaminadas a cerrar las heridas del conflicto, lo que implicaría incluir no sólo al gobierno y los insurgentes, sino a un amplio abanico de grupos sociales y políticos cuyo consenso es necesario para una verdadera reconciliación nacional.

85. Cuando se habla de neutralización se hace referencia a una situación en la que los insurgentes no son completamente eliminados, pero sus capacidades se reducen a un punto tal que no constituyen una amenaza seria para la estabilidad.

lograda en gran medida gracias al éxito logrado a la hora de aislarla del Baluchistán paquistaní y a las exitosas campañas ejecutadas por ISAF y las ANSF en los últimos meses, que han reducido notablemente la presencia de la insurgencia en la zona, a la vez que han permitido una notable mejoría en la gobernanza y el desarrollo. En el este, las características de la insurgencia en esta zona, en la que es prácticamente imposible aislarla de las zonas tribales de Paquistán, hacen muy difícil pensar en su total erradicación, pero no en una reducción a niveles manejables. Así parece reconocerlo la propia ISAF, que en sus documentos oficiales ya no marca como objetivo destruir a la insurgencia, sino más modestamente, neutralizarla, algo que en el *argot* militar quiere decir que se pretende circunscribirla a un área geográfica concreta, sin que tenga capacidad de desestabilizar al resto del país.

Con estas premisas, hay dos factores que son claves para el futuro del conflicto: los resultados de las campañas que se lleven a cabo contra la insurgencia hasta 2015, combinados con los de las negociaciones con los talibán y con otros grupos insurgentes. En cuanto a este último aspecto, hay que tener en cuenta que la insurgencia afgana no es ni mucho menos una entidad homogénea y jerarquizada. Se trata de multitud de grupos que actúan por motivaciones muy diferentes, de forma que cuando hablamos de acuerdos de paz, o de reintegración y reconciliación, debemos más bien pensar en un progresivo acercamiento de diversos grupos, que pueden ir abandonando las armas e incorporándose al proceso político, reduciendo paulatinamente el peso de la insurgencia⁸⁶. En este contexto, un acuerdo de paz que incluya a la totalidad de los grupos insurgentes no parece que sea muy previsible. De los que se trata es de que los elementos recalcitrantes sean los menos posibles. Para ello, es importante combinar éxitos militares con avances en el campo socioeconómico que permitan abordar las conversaciones desde una posición de fuerza y con un amplio respaldo popular. Es la estrategia definida con meridiana

86. El papel del Mulá Omar, aunque decisivo, no es tan determinante como pudiera pensarse. Podría haber grupos que llegaran acuerdos sin su consentimiento; y grupos que prosiguieran combatiendo a pesar de sus instrucciones en contra.

claridad por Hillary Clinton: Combatir, Construir y Dialogar. Todo al mismo tiempo.

El gobierno de Afganistán ha reconocido que a lo largo de la última década ha mantenido comunicaciones intermitentes con varios miembros de los talibán, con los que nunca se han cerrado completamente las vías de comunicación. Sin embargo, no fue sino hasta junio de 2010 que el presidente Karzai, convocó de manera formal una *yirga* para discutir las perspectivas de las negociaciones y la reconciliación con los talibán. Un mes más tarde, en julio de 2010, el Presidente presentó el Programa para la Paz y la Reintegración en la Conferencia de Kabul. El programa, desarrollado sobre la base de las recomendaciones de la *yirga*, pretende abordar tanto la reintegración de los combatientes a la vida civil, como las conversaciones de paz con los distintos grupos insurgentes. En octubre, Karzai estableció el Consejo Supremo de Paz (HPC) para guiar el proceso y designó a sus miembros, que incluían personalidades de diferentes grupos étnicos y políticos. Desde entonces el progreso ha sido lento, en parte porque, dado que el Presidente Karzai nombró a los miembros del Consejo, éste ha sido visto por muchos como una institución gubernamental y no como una instancia neutral, capaz de llevar al gobierno y a la insurgencia a la mesa de negociación. En un escrito en junio de 2011 Burhanuddin Rabbani, Jefe del HPC, declaraba a la Asamblea Nacional que las conversaciones con diversos grupos insurgentes estaban en marcha. Pero el esfuerzo de paz sufrió un golpe devastador el 20 de septiembre con el asesinato del propio Rabbani. Su hijo ha intentado desde entonces relanzar el proceso, tratando de evitar un acuerdo de EEUU con los insurgentes al margen del gobierno de Kabul.

El 2 de enero de 2012, los talibán, emitieron un comunicado declarando que habían decidido entablar negociaciones con los Estados Unidos, aumentando con ello las esperanzas de una solución negociada. Un portavoz talibán aseguraba que se había llegado a un acuerdo preliminar para establecer una oficina política en Qatar y que su grupo estaba pidiendo la liberación de algunos detenidos en poder del gobierno de Estados Unidos en Guantánamo. Posteriormente, las negociaciones han experimentado algunos reveses, como la suspensión de las conversaciones por parte de los talibán, por lo que ellos califican como falta de

voluntad negociadora por parte de EEUU. Esta falta de voluntad se habría puesto de manifiesto, según ellos, por la negativa a liberar en Qatar a determinados presos talibán, mientras no hubiera garantías suficientes por parte de este país de que se iba a garantizar que no volvieran a Afganistán. En cualquier caso, EEUU ha sostenido en todo momento que seguirá adelante con los intentos de negociación. El gobierno del presidente Karzai fue excluido de los primeros contactos, por negarle los talibán cualquier legitimidad. Aunque todo parece indicar que actualmente mantiene contactos con diversos grupos insurgentes, la situación al respecto es muy confusa, como demuestra el incidente ocurrido en Japón en junio de 2012, cuando Din Muhammad, miembro destacado del Consejo talibán, participó en la Universidad de Tokio en una conferencia sobre la paz en Afganistán. Este hecho fue celebrado como una muestra de la voluntad explícita de su voluntad de implicarse en el proceso de paz, sobre todo porque el portavoz de los talibán, Zabihullah Mujahid, reconoció que habían enviado Din Muhammad a la conferencia. Sin embargo, ante la euforia desatada en los medios de comunicación por la noticia, los talibán emitieron un comunicado aclarando que no habían enviado a un representante para hablar de conversaciones de paz, sino para exponer su postura, dejando claro una vez más que no consideran al gobierno de Karzai un interlocutor legítimo para ningún tipo de discusión y que su único interlocutor válido son los EEUU, con quienes decían en el comunicado haber interrumpido las conversaciones.

Los acontecimientos dieron un nuevo giro en junio de 2013, cuando tanto los EEUU como los talibán, anunciaron a bombo y platillo la apertura de la oficina talibán en Qatar, primer paso para reanudar las negociaciones. La noticia fue acogida con júbilo en occidente, júbilo que se vio ensombrecida ante la reacción del gobierno de Kabul. El presidente Karzai manifestó su malestar por el hecho de que se reanudaran las conversaciones al margen del gobierno afgano y por la parafernalia que acompañó a la apertura de la oficina insurgente, autodenominada representación del Emirato de Afganistán y presidida por la bandera talibán. Como respuesta a lo que desde Kabul se consideró como una intolerable falta de lealtad por parte de los EEUU, el 30 de junio Karzai anunciaba la interrupción de las negociaciones sobre el acuerdo

estratégico afgano-americano. Uno de los puntos de este acuerdo se refiere al estatuto jurídico de las tropas estadounidenses en Afganistán a partir de 2015; sin dicho acuerdo, quedarían sometidas a la jurisdicción afgana, algo que Washington no tolerará de ninguna manera. Parece ser que al órdago de Karzai, Obama habría respondido con el suyo propio: si no hay acuerdo, no habrá ni un soldado de EEUU en Afganistán el 1 de enero de 2015, lo que quiere decir que no habrá tampoco ni un soldado de la coalición y que con toda seguridad, la ayuda económica dejara de fluir. El tiempo dirá cuanto hay de gesto político en ambas posturas, pero de momento es difícil pensar en una inmediata reanudación de las negociaciones con los talibán.

Poco después, el 6 de julio, un portavoz presidencial declaraba que un grupo de líderes talibán, que venía manteniendo contactos con el gobierno afgano, decía no sentirse representado por la oficina abierta en Qatar y se declaraba interesado en iniciar negociaciones con el Consejo Supremo para la Paz, lo cual parecen confirmar informalmente algunos miembros del Consejo. Esta apertura de vías de negociación paralelas debe verse como un intento por eliminar influencias foráneas en unas conversaciones que Kabul quiere que sean entre afganos. Evidentemente, esta iniciativa puede entorpecer los esfuerzos que han conducido a la apertura de la oficina de Doha, a los que no parece que el gobierno de Kabul quiera sumarse, como parecen dejar claro estos movimientos paralelos.

Las negociaciones en curso podrían ser un paso fundamental en el logro de una paz duradera, pero plantean algunas dudas. En primer lugar, hay que ser realista a la hora de valorar hasta qué punto los talibán estarían dispuestos a renunciar a aspectos clave de su ideario en aras de una paz aceptable por otros grupos. Por ejemplo, no parece que en ningún momento hayan dado muestras de aceptar la actual constitución, algo que para muchos sería imprescindible para permitirles incorporarse a la vida pública. Ni que renuncien a su objetivo último: volver a convertir Afganistán en un emirato islámico regido por la *Sharia*. Algunos contactos mantenidos con representantes del denominado «Comité Político» de la *Shura* de Quetta, consejo presidido por el *mulá* Omar que parece constituir el principal centro de decisiones talibán, comenzaron a demostrar cierto interés negociador por parte de este

comité, más abierto al diálogo que el correspondiente «Comité Militar». Si estas discrepancias en el seno de la cúpula talibán son ciertas, como parecen serlo, no parece claro con cuál de las dos posturas estaría alineado el propio Omar, cuyo apoyo a cualquier eventual acuerdo es fundamental dado su ascendiente sobre gran parte de los insurgentes, más allá incluso de los talibán. Según se desprende de los contactos mantenidos con miembros del citado comité, que sostienen contar con el beneplácito del líder talibán, la postura de este grupo parece ser ahora más pragmática que en el pasado, conscientes de la impopularidad que sus posturas intransigentes les granjearon dentro y fuera de Afganistán. Según sus propios cálculos, bastante realistas, los talibán contarían con el apoyo de menos de un tercio de la población, lo cual hace prácticamente imposible pensar en un triunfo militar. La necesidad de ganarse cierto apoyo interno y respeto internacional les ha llevado a suavizar sus posiciones en cuanto a la aplicación estricta de la *Sharia*, particularmente en aspectos como los derechos de la mujer, la educación o la sanidad. En el campo de la educación, aceptan la necesidad de ampliarla más allá de los estudios coránicos, incluyendo materias como matemáticas o idiomas; aceptan también que las niñas estudien, aunque no aceptan la enseñanza mixta. Menos claros son respecto a la continuación de la enseñanza para las niñas una vez que alcanzan la pubertad.

La posición negociadora de los talibán podría resumirse en cuatro puntos: aceptación de la presencia americana en Afganistán, limitada a cinco bases ubicadas en las principales ciudades; abandono de su pasada alianza con *Al Qaida* de la que parecen estar sinceramente arrepentidos, conscientes de que fue lo que les llevó a ser arrojados del poder en 2001; rechazo de la actual Constitución y negativa a negociar con el gobierno de Karzai, de forma que cualquier acuerdo no pueda verse como una rendición; compromiso por parte de EEUU de no lanzar ataques contra territorio paquistaní o iraní desde Afganistán. Parece ser que un acuerdo en estos términos podría ser sancionado por el *mulá* Omar, algo que se considera imprescindible para que sea acatado por las bases insurgentes.

No es fácil ser optimista a la vista de los requisitos que debería satisfacer un acuerdo de paz para ser viable: por una parte debería ser inclusivo en el plano interno, de forma que sólo grupos

marginales o muy radicalizados quedaran descolgados; debería ser asumible tanto para las potencias regionales (particularmente Paquistán) como para los EEUU. Por último, no debería traspasar líneas rojas que lo hicieran inaceptable para las opiniones públicas occidentales: un acuerdo de paz que hiciera concesiones significativas en campos como la igualdad de derechos para la mujer, significaría para muchos que diez años de guerra y esfuerzos no habrían servido para nada. El propio Karzai ha manifestado en voz alta sus propias líneas rojas en este proceso: el respeto a la Constitución y a los derechos de las mujeres.

Otro aspecto clave, como siempre, es Paquistán. Parece que sólo su voluntad inequívoca forzaría a los talibán y a la red *Haqqani* a sentarse a la mesa de negociación y a plantear una auténtica negociación. La actitud de este país es, como siempre, incierta. Sin embargo hay un dato preocupante: al poco de iniciarse los contactos entre los EEUU y los talibán, Paquistán detuvo al líder talibán *mulá* Abdul Ghani Baradar. Todo parece indicar que su detención y la posterior negativa a entregarlo a Afganistán se deben a que el *mulá* había iniciado con representante de EEUU contactos no autorizados por el propio Paquistán. Tanto Rabbani padre, como su hijo y sucesor, han insistido desde entonces en la necesidad de que se libere a Baradar o se entregue a las autoridades afganas para facilitar el proceso de negociaciones. Pese a ello, no se encontraba entre los presos talibán que, como gesto de buena voluntad de cara a las negociaciones, Paquistán liberó en noviembre de 2012.

Pero aunque se consiguiera sentar a los insurgentes a la mesa de negociaciones. Una vez sentados, ¿Qué tipo de acuerdo podría alcanzarse a continuación? No parece que pudiera llegarse fácilmente a un acuerdo de paz aceptable, a no ser que concurrieran dos circunstancias que podrían debilitar la posición de los talibán: un éxito militar de las ANSF/ISAF en el Sur y una mejoría significativa en la gobernanza y el desarrollo en el conjunto del país⁸⁷.

87. En lo referente a la evolución de la situación de seguridad, cuya mejoría antes de 2014 es un prerrequisito para cualquier final negociado del conflicto, los datos no son claros. En septiembre de 2012, ISAF se felicitaba porque, por primera vez, se observaba un descenso sostenido en el número de ataques insurgentes. En

Estas dos circunstancias harían que parte de los insurgentes no adscritos al «núcleo duro» abandonaran la insurgencia, situando a los talibán más moderados en una posición suficientemente débil como para aceptar condiciones que serían impensables en otras circunstancias. Una negociación en otro contexto puede no ser más que una manera de ganar tiempo o de tratar de ganar por esta vía lo que no se consigue por la vía militar.

PAQUISTÁN

Dicen que una amistad que se ha echado a perder, cuando uno comienza a hacer chistes malos sobre su amigo frente a su peor enemigo. Y esto es lo que ocurrió cuando en la primavera de 2012 el Secretario de Defensa Leon Panetta en una reunión con funcionarios de la India en Nueva Delhi ironizó sobre la operación que causó la muerte de Bin Laden diciendo sobre los paquistaníes: «Ellos no tenían ni idea de nuestra operación. Ésa era la idea», levantando con ello las risas de la audiencia. La operación estadounidense que acabó con la vida de Bin Laden enfureció a los paquistaníes porque no se produjo ninguna notificación previa y fue vista por el poderoso ejército de Paquistán como una humillación. A este incidente debe añadirse el problema generado por la decisión de Paquistán de cerrar las rutas que atraviesan su territorio a todos los recursos destinados a ISAF. Este cierre se produjo como respuesta a la muerte de 24 soldados paquistaníes como consecuencia no perseguida de un ataque de EEUU en su territorio y se mantuvo hasta que a principios de julio de 2012, cuando tras recibir excusas oficiales de la Secretaria de Estado

los ocho primeros meses de 2012, este número habría disminuido en un 5% respecto al año anterior (Lo cual supone la nada desdeñable cantidad de 100 ataques diarios). Debe tenerse en cuenta que estas cifras no incluyen ni los ataques *green on blue* ni los dirigidos contra las ANSF, que cada vez con más frecuencia actúan en solitario. Tampoco es esperanzador el dato facilitado por ONU: Agosto de 2012 fue, con 374 muertos y 581 heridos, el mes con más muertes civiles en cinco años. Los propios talibán, culpan de la disminución en el número de ataques a una actitud mucho más conservadora, cobarde según ellos, de las fuerzas de ISAF, cada vez más encerradas en sus bases y más reacias a enfrentarse a ellos.

Hillary Clinton, el gobierno de Karachi reabrió la ruta⁸⁸. Este acuerdo cierra un largo período de siete meses en los que ISAF encontró serios problemas para sostener a sus fuerzas y ha amenazó los planes de repliegue, además de implicar un sobrecoste de alrededor 1.000 millones de dólares, derivados de la necesidad de emplear las rutas que acceden a Afganistán por el Norte. Pero se ha aprendido una lección muy importante: no se puede volver a depender de un aliado tan impredecible de la manera en la que se estaba haciendo, sobre todo cuando EEUU y Paquistán están empezando a parecer más enemigos que aliados, poniendo así en peligro los esfuerzos para estabilizar el vecino Afganistán antes de que las tropas estadounidenses y de la OTAN se retiren.

Parece que EEUU ha perdido la paciencia y no tiene reparo en exteriorizar su ira. Incluso con el problema del tránsito a través de Paquistán resuelto, parece que el deterioro en la relación es irreversible. La principal causa de la ira de EEUU es la falta de voluntad de Paquistán para perseguir a los militantes que utilizan su territorio para lanzar ataques contra las tropas estadounidenses en Afganistán. En el lado paquistaní, por su parte, están hartos de las constantes demandas de Washington, que se resiste a abordar las preocupaciones de Islamabad o a apreciar suficientemente su sacrificio. Paquistán ha perdido miles de hombres en su lucha interna contra los talibán, impulsada en parte por los EEUU. Muchos analistas creen que Paquistán se resiste a eliminar a los *Haqqanis* y otros militantes afganos porque podrían ser aliados útiles en Afganistán, una vez que las fuerzas extranjeras se retiren. No cabe duda de que el Gobierno de Karachi vive un dilema de difícil solución: debe elegir entre enfrentarse a los talibán, despertando la ira de su propia población que le acusa de ser un títere de los intereses de EEUU. O no hacerlo y enfrentarse a EEUU, su principal apoyo económico y su mejor baza a la hora de intentar sentar a la India a negociar sobre Cachemira. Mientras Paquistán niega estar proporcionando refugio a los insurgentes afganos,

88. El acuerdo incluye mantener las tasas a pagar a Paquistán en los actuales 250\$ por camión, no incrementándolas desorbitadamente como pretendía Karachi; a cambio, EEUU abonará 1200 millones de dólares a Paquistán como compensación por los 150.000 hombres que tiene luchando contra la insurgencia.

aunque con poca credibilidad, los EEUU han respondido con la amenaza de volcar su apoyo hacia la India, con una fuerte presión diplomática y cortando el grifo de la ayuda económica, vital para la supervivencia de Paquistán, ya que EEUU es el mayor donante de ayuda bilateral a Paquistán: 14.615 millones sólo en seguridad entre el año 2002 y el año 2011 y hasta 7.500 millones en ayuda económica en los últimos cinco años.

Mientras tanto, se ha llegado a una situación de auténtica guerra civil en zonas como Swat o Waziristán del Sur y la reacción de los talibán, sean afganos o paquistaníes, ha llevado a una curiosa inversión de papeles: en junio de 2012 el gobierno de Karachi se quejaba al afgano y al de EEUU tras ser atacadas sus fuerzas por grupos insurgentes provenientes de Afganistán. Ahora era Karachi quien pedía que se pusiera fin a los santuarios insurgentes en el país vecino,... esta vez Afganistán. Según todos los indicios, Afganistán apoya encubiertamente a los talibán paquistaníes, como respuesta al apoyo paquistaní a sus correligionarios afganos.

¿Qué podemos esperar de Paquistán? La mejor noticia sería que decidiera actuar con contundencia contra los grupos insurgentes afganos asentados en su territorio y usara su influencia para forzar a los talibán a alcanzar un acuerdo con el gobierno de Kabul. Pero Paquistán es más un problema en sí mismo, que una posible solución. Si decidiera actuar contra los talibán afganos y los hombres de *Haqqani*, podría desde luego hacerles mucho daño y rendiría un servicio inestimable a su vecino; pero el coste sería ahondar aun más su crisis interna. Si tratara de forzar a los talibán a negociar, es posible que se encontrara con la desagradable sorpresa de que su ascendiente sobre sus antiguos protegidos no es ya el que era ya que, según todos los indicios, los talibán ya no confían en el gobierno de Karachi; aunque hasta ahora les haya respetado, no pueden pasar por alto la guerra abierta que el ejército paquistaní sostiene contra los talibán paquistaníes y la alianza que, a juicio de ellos, mantiene con los EEUU. Pero, les guste o no, no pueden deshacerse del yugo de quien tiene en sus manos el poder de acabar con ellos. Los talibán afganos son conscientes de que dependen absolutamente del apoyo de Paquistán para sobrevivir, lo que les convierte más en rehenes que en aliados. En resumen: sin el apoyo Paquistaní, el conflicto afgano se prolongaría de forma indefinida, porque sería prácticamente

imposible eliminar definitivamente los focos insurgentes del este del país. Pero tal apoyo, si se produjera, tampoco sería la solución mágica que pondría fin al conflicto; aun sin contar con el santuario paquistaní, los talibán tratarían con toda seguridad de continuar su lucha contra el gobierno de Kabul. A cambio, podría desestabilizar aun más al débil estado paquistaní.

AFGANISTÁN TRAS EL 2014

Cuando se planteó la actual estrategia para Afganistán, no se planteaba la posibilidad de una negociación, porque todavía se consideraba factible derrotar militarmente a los talibán. Hoy parece que tal posibilidad se ha descartado y se vuelve los ojos a la negociación, alegando que es el hecho de disfrutar de una posición de fuerza sobre unos insurgentes acorralados lo que permite abordarla con ciertas garantías de éxito y que una paz duradera sólo puede resultar de un diálogo integrador. Y aquí es donde surgen algunas preguntas clave: Hasta qué punto se está derrotando militarmente a los insurgentes y cuál es la percepción que ellos mismos tienen de su situación, ya que su actitud ante la negociación depende fundamentalmente de la percepción que ellos mismos tengan de sus propias posibilidades de obtener un triunfo militar una vez que la ISAF se haya replegado. Por una parte, parece evidente que el tándem ANSF/ISAF ha cosechado éxitos tácticos muy relevantes, particularmente en el sur, donde la insurgencia ha sufrido reveses considerables y parece incapaz de recuperar el control sobre las zonas de las que ha sido expulsada. Sin embargo, no parece que los insurgentes sientan que están perdiendo la guerra. El hecho es que hay un temor generalizado en Afganistán a que, una vez que ISAF se haya retirado, las ANSF no sean capaces de plantar cara a los insurgentes, a los que muchos ven regresando triunfalmente a amplias zonas del país. Posiblemente sea éste el motivo de dos datos verificados al menos desde los inicios del 2011: el incremento en el número de afganos que abandonan el país y en el de salidas de capital, hechos que marcan un cambio de tendencia que parece ir asociado al anuncio de retirada hecho por el Presidente Obama y secundado por sus socios de la OTAN.

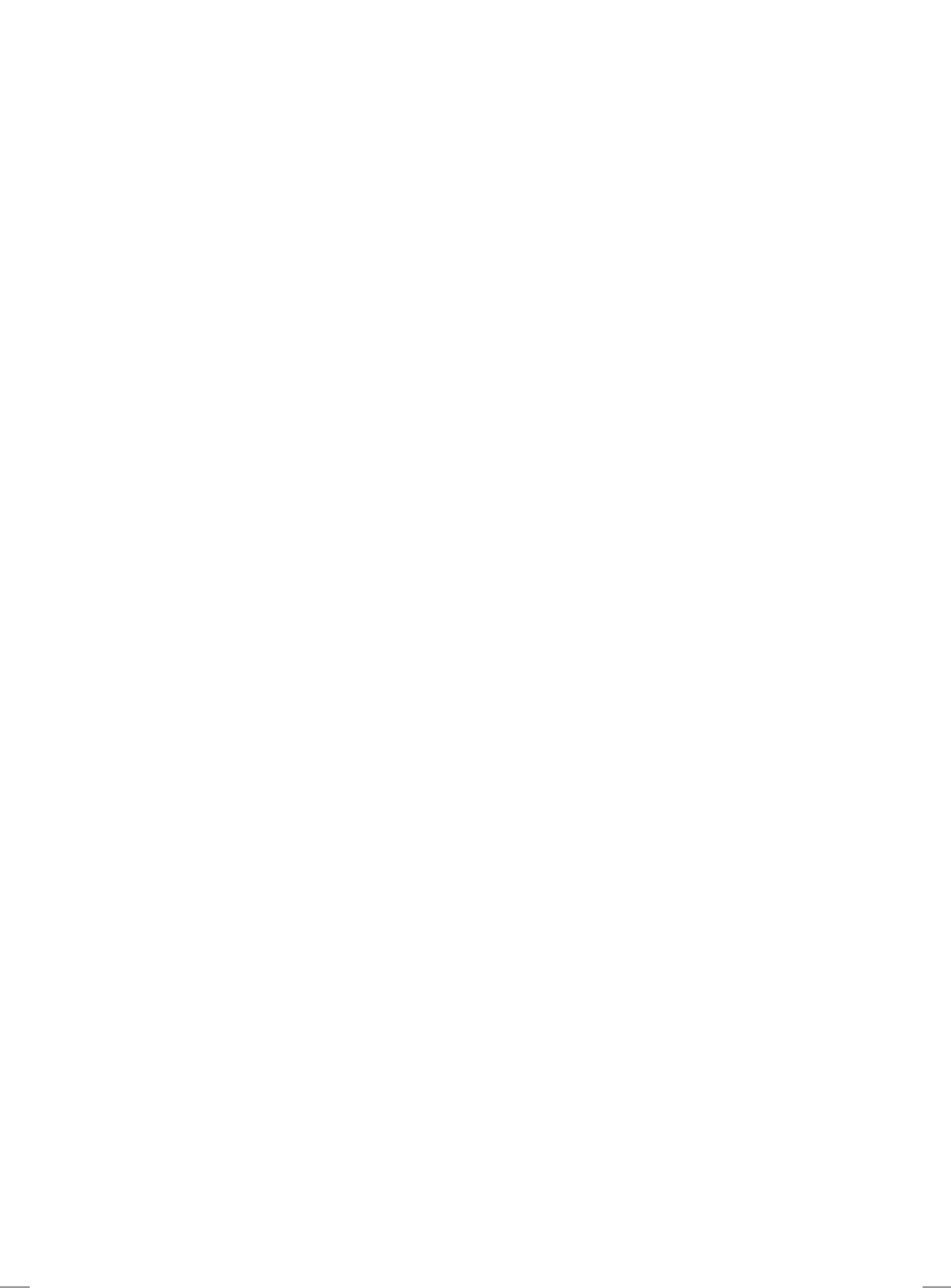
Estos temores se ven alimentados por lo que desde Afganistán muchos ven como una retirada en toda la regla no sólo de la

OTAN, sino de la comunidad internacional en su conjunto, que estaría abandonando al país a su propia suerte ante la evidencia de la imposibilidad de lograr una victoria real. Para evitar los catastróficos resultados que tendría la generalización de semejante estado de opinión, la comunidad internacional, EEUU, la ONU, la OTAN,... todos deben hacer un gran esfuerzo por mostrar que transición no es sinónimo de abandono. Que la presencia militar se reduce porque las ANSF son capaces de asumir las misiones que cumplían las fuerzas de ISAF, pero que el compromiso con el futuro del país permanece intacto. En Afganistán todos recuerdan que el régimen comunista de Nayibulá sobrevivió tres años a la partida de las tropas soviéticas, pero solo tres meses a la interrupción de la ayuda económica; de ahí el denominado «síndrome Nayibulá» que va cobrando fuerza y que refleja el temor a que la salida de las fuerzas de ISAF vaya seguida de una disminución en la ayuda económica internacional que implicaría el colapso del país. En la Conferencia de Berlín el Presidente Karzai pedía 10.000 millones de dólares anuales durante los 12 años siguientes, algo que permitiría que en 2015 se asumiera la responsabilidad de la seguridad, que en 2025 se autofinanciaran los sectores no relacionados con la seguridad y que en 2030 se hiciera lo propio con las ANSF.

Con casi absoluta seguridad, la falta de fondos suficientes produciría a medio plazo una profunda crisis económica y una situación de guerra civil enquistada, derivada tanto del malestar popular ante la ineficacia del gobierno, como de la falta de recursos suficientes para neutralizar a la insurgencia. En la peor de las hipótesis, un retorno victorioso de los talibán llevaría inexorablemente a una partición de hecho de Afganistán ya que, si bien cabría la posibilidad de que reafirmaran su poder en sus feudos tradicionales del Sur y Este del país, parece del todo improbable que lo logaran en zonas en las que nunca han gozado de predicamento, las zonas culturalmente más abiertas y de mayoría no pastún del Norte y Oeste del país, así como en la propia capital. El gobierno de Kabul quedaría posiblemente relegado a un papel meramente local, o al de árbitro en la renovada guerra civil entre los talibán y una renacida Alianza del Norte. Esta situación sería potencialmente desestabilizadora no sólo para Paquistán, que lo vería como un paso inaceptable hacia una hipotética creación del temido *Pastunistán*, sino para las repúblicas centroasiáticas, todas

ellas formadas por una mezcla más o menos heterogénea del tayikos, uzbekos, kirguises,... que podrían verse tentados a redefinir las fronteras de la región con criterios étnicos.

Si la comunidad internacional mantiene el compromiso adquirido en la Conferencia de Tokio, es razonable esperar que las fuerzas de seguridad afganas serán capaces de mantener a la insurgencia reducida a su papel actual: una amenaza capaz de controlar algunas áreas marginales del país y de realizar ataques terroristas con cierta frecuencia, pero no desestabilizar el país. Lo que no resulta tan claro es que el gobierno afgano sea capaz de asumir sus responsabilidades a la hora de atender a las necesidades de sus ciudadanos. Falta de personal preparado, desconexión entre Kabul y las provincias y corrupción son las amenazas a la gobernanza; si los afganos no son capaces de superarlas, todos los demás logros habrán sido inútiles.



EPÍLOGO

En el centro de Kabul hay una loma chata y alargada, no muy elevada, que divide la ciudad en dos. En Kabul hay pocos días claros: son cuatro millones de habitantes que utilizan para cocinar y calentarse todo tipo de combustibles, incluidos neumáticos, provocando un nivel de contaminación muy elevado. Esta contaminación es fácilmente perceptible desde lugares como éste: cuando uno mira alrededor desde esta elevación, lo que ve es una nube grisácea que flota sobre la ciudad e impide ver las montañas que rodean Kabul. Sólo los escasos días en que la lluvia o el viento han limpiado la atmósfera, puede verse cómo la ciudad se extiende alrededor de la loma, en todas direcciones. Esos días puede distinguirse una extensa ciudad parda, formada principalmente por pequeñas casas de adobe, muchas con patio, que van encaramándose sin orden ni concierto a las alturas que rodean la ciudad. La loma ha sido convertida en los últimos años en un parque público, rodeado de árboles y lleno de niños. Pero hay algo en ella que parece romper con todo el entorno que la rodea: En uno de sus extremos hay una piscina olímpica, con sus tres trampolines correspondientes... pero sin agua. Esta piscina encierra en sí misma un resumen de la historia reciente de Afganistán, con toda su crueldad y todas sus paradojas. Fue construida por los soviéticos, como uno más de sus intentos por modernizar el país; pero el proyecto no tuvo en cuenta los problemas que iba a implicar llevar el agua hasta ella, reto que se demostró imposible de superar: la piscina se finalizó, pero el agua nunca llegó a ella, quedando como un monumento a la planificación comunista. La piscina no tuvo uso alguno hasta que los Talibán se hicieron con el poder en Kabul. Ellos sí le encontraron una utilidad: fue utilizada para ejecutar todo tipo de «pecadores»

a los que se ejecutaba arrojándolos desde el trampolín más alto a la piscina vacía. No está claro si era por ahorrar munición o porque, más que ejecuciones, consideraban estos actos Juicios de Dios, en los que la muerte del arrojado al fondo seco de la piscina demostraba su culpabilidad. En cualquier caso, un uso muy diferente al inicialmente previsto. Hoy la piscina sigue sin contar con agua, pero está rodeada de una zona de ocio y la loma en la que descansa ha cambiado su nombre. Ahora se llama Rabbani, en honor al ex presidente *muyahidín* que fue asesinado por los Talibán cuando buscaba un acuerdo de paz con los Talibán, en su calidad de presidente del Consejo Supremo para la Paz.

Soviéticos, Talibán, *muyahidines*, toda la historia reciente de Afganistán está presente en esta piscina, que es también un recordatorio de tantas inversiones absurdas como se han hecho en Afganistán en las últimas décadas. Porque los comunistas no fueron los únicos en cometer este tipo de errores. En uno de sus informes trimestrales al Congreso de EEUU, el Inspector General para la Reconstrucción de Afganistán informaba de que un puesto construido por los EEUU para la Policía de Fronteras, con sus muros, torres de vigilancia y alojamiento para los policías, era empleado como gallinero¹. El loable intento de reconstruir el país, pero sin tener en cuenta la voluntad de los propios afganos, ha llevado en demasiadas ocasiones a situaciones no demasiado diferentes a la del fuerte-gallinero.

Hablar del pasado es siempre más fácil que tratar de predecir el futuro; en el caso de Afganistán esto es especialmente cierto, dada la enorme cantidad de incertidumbres que presenta su futuro y la dificultad que los occidentales tenemos para entender las motivaciones que subyacen bajo la aparentemente incomprensible actitud que los afganos muestran ante multitud de situaciones. Cuando escribo estas líneas, en junio de 2013, es fácil acumular datos sobre el pasado y el presente de este país. La atención de analistas políticos, estrategias militares, economistas, diplomáticos y todo tipo de analistas se concentra sobre Afganistán, de forma que la cantidad de información disponible a través de sus análisis, informes, artículos

1. Quarterly Report to the United States Congress. Special Inspector General for Asghanistan Reconstruction. Enero 2013.

y libros es abrumadora. Todos ellos aportan gran cantidad de datos sobre el pasado y sobre el presente de Afganistán: índices económicos de todo tipo, análisis sobre política exterior, estadísticas sobre sanidad o educación, informes sobre las capacidades del ejército afgano,... escribir un libro sobre Afganistán disponiendo de tal cantidad de datos resulta laborioso, pero no difícil. El problema es cuando uno acaba la exposición de datos y pretende darles un sentido; es decir, cuando pretende extraer de ellos consecuencias útiles para el futuro. Porque la pregunta que todos nos hacemos hoy respecto a este país no se refiere a su pasado; ni siquiera a su presente. La pregunta que todos nos hacemos se refiere a su futuro: ¿Qué va a pasar en Afganistán a partir del año 2015? Así de sencilla de formular y así de difícil de responder.

Antes de intentar predecir el futuro, es necesario hacer un comentario previo. Se puede estar en desacuerdo sobre muchos aspectos de la política que la comunidad internacional en general, o EEUU en particular, han seguido en Afganistán. Se puede criticar a su gobierno y a su clase dirigente. Se puede dudar de los motivos que han llevado a participar a España en esta tarea. Pero hay una realidad que sería bueno no pasar por alto. En 2001 la población afgana vivía una situación insostenible, que tenía más que ver con las políticas de los Talibán que con la pobreza del país. A día de hoy, a pesar de todos los errores y con todos los desequilibrios, los afganos viven mucho mejor que entonces: ha mejorado su acceso a la sanidad y a la educación; cada vez son menos los que pasan hambre o mueren de frío en invierno y más los que tienen acceso a algo tan sencillo como la electricidad; hoy son mucho más libres que entonces, especialmente las mujeres. Decir, sin más, que la intervención internacional ha sido inútil o contraproducente, o que nada ha cambiado desde 2001, es demostrar muy poco respeto por los afganos y por su derecho a una vida mejor. Ellos sí que son conscientes de ello y de lo que se juegan en el futuro. Posiblemente por ello, la presencia de fuerzas militares extranjeras en Afganistán cuenta con más apoyo aquí, en Afganistán, que en los países de origen de dichas tropas.

Haciendo una breve recapitulación de lo expuesto hasta ahora, si queremos que la retirada de las fuerzas de ISAF y la paulatina disminución de la ayuda internacional no hagan que se pierda todo lo logrado hasta ahora, es fundamental que las ANSF demuestren en breve plazo ser capaces de asumir el liderazgo en la lucha con-

tra la insurgencia y el gobierno afgano demuestre su voluntad y su capacidad a la hora de atender a las necesidades básicas de sus ciudadanos y de gestionar sus intereses. Es particularmente importante que las fuerzas combinadas de ISAF y las ANSF logren avances significativos antes de 2015, tras la partida de ISAF, las fuerzas afganas se enfrenten a una insurgencia a la medida de sus capacidades. En otro orden de cosas, es preciso que la sociedad afgana vea avances tangibles en sus condiciones de vida, algo que ya está ocurriendo; pero también que aumente su confianza en sus propios gobernantes, que deben mejorar ostensiblemente en eficacia, en profesionalidad y en honradez. Por último, la comunidad internacional debe demostrar, de modo inequívoco, su compromiso a largo plazo con Afganistán y su voluntad de no renunciar a conquistas sociales y políticas en aras de una paz que, en caso contrario, sería considerada por muchos como una traición o el reconocimiento de una derrota. Una insurgencia debilitada, una administración fortalecida y un nivel de desarrollo económico apreciable son las únicas vías para lograr una paz que integre a casi todos. Una paz que integre a todos es posiblemente un sueño inalcanzable.

Hay otro factor clave en el futuro de Afganistán: Paquistán. Hace ya tiempo que resulta evidente que su actitud ha resultado determinante en la evolución del conflicto; que sin su apoyo, ni los Talibán hubieran llegado al poder en su día, ni la insurgencia habría llegado a donde ha llegado. Todavía hoy, parece difícil imaginar a un Paquistán comprometido con una solución del conflicto aceptable para Occidente. Y sólo el apoyo incondicional de Paquistán haría posible pensar en una derrota total de la insurgencia. Suponiendo que el gobierno paquistaní fuera capaz de imponer una decisión de tal naturaleza a sus propias fuerzas armadas. La necesidad de un compromiso económico de una entidad y duración que quizá sean superiores a lo que cabe esperar; lo improbable de un punto de encuentro entre los Talibán y las autoridades de Kabul y lo difícil que es imaginar un cambio de actitud significativo por parte de Paquistán, que difícilmente sacrificará lo que considera sus intereses nacionales, dejan un margen reducido para el optimismo. El reto es muy difícil, pero no imposible.

Como aspectos positivos podemos citar el hecho de que, por primera vez en muchos años, la mayoría de los afganos recibe una

educación básica, incrementándose paulatinamente el número de afganos formados; la mayoría de las mujeres afganas de las nuevas generaciones, ha recibido un cierto nivel de formación, lo que posiblemente las convertirá en fermento de un cambio positivo en la arcaica sociedad afgana, dado el papel central que juegan en la educación de los niños durante sus primeros años de vida; su influencia en el progreso social y cultural de Afganistán será decisiva a largo plazo. En los últimos años, el contacto de muchos afganos con los actores empeñados en la reconstrucción de país, ha hecho que muchos aprendan todo tipo de profesiones y que adquieran ciertos hábitos organizativos y laborales fundamentales. Por todo el país, son millones los afganos que gozan de un nivel de vida que ni hubieran soñado en la época de los *Muyahidín* o de los Talibán. Y saben que todo ello pende de un hilo. Todos ellos son factores positivos de cara al futuro de Afganistán, aunque posiblemente no tengan la fuerza suficiente para contrarrestar los negativos si no son reforzados por un gobierno razonablemente eficiente y honrado. Los afganos rechazan mayoritariamente a los Talibán, pero necesitan tener confianza en su propio gobierno. Las capacidades de la administración afgana se han incrementado de forma más que notable en los últimos años. Pero no es la falta de capacidad de funcionarios y dirigentes políticos lo que amenaza el futuro de su país. Es su falta de honradez y de compromiso con sus compatriotas. La corrupción es el cáncer que gangrena la sociedad afgana, que impide que los afganos apoyen abiertamente a su gobierno y que lastra la actuación de todos los niveles administrativos. Y, por desgracia, no podemos decir que en los últimos años se hayan visto grandes avances en este campo. A pesar de presiones y promesas, la corrupción sigue siendo el gran problema de Afganistán y sus autoridades parecen carecer de la resolución necesaria para atajarlo.

Los afganos, sobre todo, están cansados de guerra y recuerdan con horror la época de los Talibán. Están ansiosos por ver a un gobierno en el que puedan confiar y al que apoyar. Si esta condición se cumpliera, sería fácil ser optimista de cara al futuro. Mientras no se de esa circunstancia, todos los esfuerzos que se hagan desde fuera no serán suficientes.

Kabul, 18 de julio de 2013



FUENTES

Las fuentes en las que me he basado para escribir este libro son muy variadas. Por una parte están las fuentes bibliográficas que cito a continuación. Ensayos, análisis y también novelas que me han ayudado a comprender la sociedad y la cultura afganas.

Paro además de estas fuentes, he utilizado también multitud de informes emitidos por numerosas organizaciones relacionadas, de alguna manera, con Afganistán: la Organización de las Naciones Unidas (*Afghanistan. Common Humanitarian Action Plan 2013; The situation in Afghanistan and its implications for international peace and security 2013*, informes trimestrales del Secretario General a la Asamblea General e informes del Representante especial para Afganistán) y su misión en Afganistán (UNAMA), por el *CIMIC Fusion Centre* de la OTAN, el *Asian Development Bank (Country Partnership Strategy, Afghanistan 2009-2013; Afghanistan: Country Operations Business Plan, 2013-2014)*, los informes trimestrales del Inspector General para la Reconstrucción de Afganistán de EEUU y multitud de trabajos de organizaciones como el CESEDEN, el Instituto de Estudios Estratégicos, el United States Institute for Peace, Intermon OXFAM, ACNUR, Comité Internacional de la Cruz Roja, Banco Mundial (*Country Update*, marzo 2013)... Sin olvidar las páginas *web* oficiales de instituciones públicas y privadas afganas: ministerios, Cámara de Comercio, Comisión Electoral Independiente,...

Y me han sido de mucha ayuda la multitud de conversaciones que he mantenido tanto en Europa como en Afganistán, con personas relacionadas de una u otra manera con este rincón del mundo. Militares, cooperantes, diplomáticos, académicos, funcionarios de organismos nacionales e internacionales, contratistas...

de todos los rincones del mundo, incluido Afganistán, me han aportado tanto visiones concretas, sobre parcelas específicas del problema, como análisis generales de tipo político o estratégico. El Embajador Turpin, el Coronel Herruzo, agregado militar en Kabul, Pablo Yuste y David Gervilla, responsables de AECID en Afganistán, el doctor Ziarmal, asesor cultural en el Cuartel General de ISAF, Don Dwyer, Gavino Rivas, Francesca Citossi, Ross Lightsey y muchos más que con sus opiniones han contribuido de manera sobresaliente a este libro.

BIBLIOGRAFÍA

No Ficción

- Afghanistan National Development Strategy 2008-2013. Gobierno de la República Islámica de Afganistán. Kabul 2007.
- Afghanistan. The Long, Hard Road to the 2014 Transition. International Crisis Group. Asia Report núm. 236. Octubre 2012.
- AZARBAIJANI-MOGHADDAM, Sippi. *A Study of Gender Equity through the National Solidarity Programme's Community Development Councils*. Danish Committee for Aid to Afghan Refugees (DACAAR). Kabul 2011.
- BERNABÉ, Mónica. *Afganistán, Crónica de una Ficción*. Debate. 2012.
- BARRINGTON, Nicholas; KENDRICK, Joseph y SCHLAGINTWEIT Reinhard. *A Passage to Nuristan. Exploring the Mysterious Afghan Hinterland*. Tauris. Nueva York. 1998.
- BOWDEN, Mark y HAYSOM, Nicholas. *Natural Resource Management and Peacebuilding in Afghanistan*. United Nations Environment Programme. Mayo 2013.
- BYRD, William. *Afghanistan And The International Drug Control Regime. Can The «Tail» Wag The «Dog»?* United States Institute for Peace. Abril 2013.
- COBURN, Noah, LARSON, Anna. *Justifying the Means. Afghan Perceptions of Electoral Processes*. United States Institute of Peace. Special Report 326. Marzo 2013
- CONSTABLE, Pamela. *Playing with Fire. Pakistan at War with Itself*. Random House. Nueva. York 2011.
- COOKMAN, Colin y WADHAMS, Caroline. *Governance in Afghanistan. Looking Ahead to What We Leave Behind*. Center for American Progress. Mayo, 2010.
- CORDESMAN, Anthony H. *Winning in Afghanistan: Creating Effective Afghan Security Forces*. Centre of Strategic and International Studies. Washington 2009.
- CORDESMAN, Anthony. *Afghanistan: Meeting the Real World Challenges of Transition*. Centre of Strategic and International Studies. Washington 2012.

- CORDESMAN, Anthony H. *Transition in the Afghanistan-Pakistan War. How does this War End?* Centre of Strategic and International Studies. Washington 2012.
- DORRONSORO, Gilles. *Waiting for the Taliban in Afghanistan.* Carnegie Papers. Septiembre 2012.
- ENTEZAR, Ehsan M. *Afghanistan 101. Understanding Afghan Culture.* Xlibris Corporation. 2007.
- EVANS, Alexander. *The United States and Asia After Afghanistan.* Asia Society Advisory Group on US Policy Towards South-Asia. Nueva York 2012.
- GASTON, Erica; SARWARI, Akbar y STRAND, Arne. *Lessons Learned on Traditional Dispute Resolution in Afghanistan.* United States Institute for Peace. Junio, 2013.
- GRANVILLE BROWNE, Edward. *Un año entre los persas.* El Cobre Ediciones. Barcelona 2004.
- HADLEY, Stephen. *Assessing the Transition in Afghanistan* Testimonio ante el Comité de Asuntos Exteriores del Senado. 11 de julio de 2013. Publicado por United States Institute of Peace.
- HOLT, Frank L. *Into the Land of Bones. Alexander the Great in Afghanistan.* University of California Press. Los Ángeles 2005.
- HOPKIRK, Peter. *The Great Game: On secret Service in High Asia.* Jhon Murray Ed. Londres. 2006.
- HUASENG, Zhao. *China and Afghanistan. China's Interests, Stances and Perspectives.* Centre for International Strategic Studies. Marzo. 2012.
- IBRAHIMI, Niamatullah. *Divide and Rule: State Penetration in Hazarajat from the Monarchy to the Taliban.* Crisis States Research Centre. Enero. 2009.
- JONES, Seth. *In the Graveyard of Empires. America's War in Afghanistan.* Norton & Company. Londres. 2010.
- KEDDIE, Nikkie R. *Las raíces del Irán Moderno.* Belacqva. Barcelona 2006.
- KENNETH KATZMAN. *Afghanistan: Politics, Elections, and Government Performance.* US Congressional Research Service. 23 de mayo 2013.
- LIEVEN, Anatol. *Pakistan. A Hard Country.* Public Affairs. Nueva York. 2011.
- MARDSSEN, Peter. *Afghanistan. Aid, Armies and Empires.* I.B. Tauris. Nueva York 2009.
- MENDOZA, Cristina. *Islam and Islamism in Afghanistan.* Harvard Law School. 2011.
- My Cousin's Enemy is my Friend: A Study of Pashtun «Tribes» in Afghanistan.* United States Army. Fort Lawmworth, Kansas. Septiembre 2009.
- RASANAYAGAM, Angelo. *Afghanistan, a Modern History.* Tauris. Nueva York. 2010.
- RASHID, Ahmed. *Descent into Chaos.* Viking 2008.

- RASHID, Ahmed. *Taliban. Militant Islam, Oil and Fundamentalism in Central Asia*. Tauris 2009.
- RASHID, Ahmed. *Pakistan on the Brink. The Future of America. Pakistan and Afghanistan*. Viking. 2012.
- REQUENA DEL RÍO, Pilar. *Paquistán, Esperanza al Borde del Abismo*. Instituto de Estudios Estratégicos. Madrid. 2013.
- RUBIN, Barnett. *The Search for Peace in Afghanistan: From Buffer State to Failed State*. Yale University Press. 1995.
- RUIZ ARÉVALO, Javier M.^a *Militares y OeNeGés. Reflexiones sobre una relación a veces tormentosa*. Coed. Universidad de Granada y MADOC. Granada 2011.
- SAMAD, Omar. *Perceptions of Politically Engaged, Influential Afghans on the Way Forward*. United States Institute of Peace.
- SHAHMAHMOOD, Miakhel, The Importance of Tribal Structures and Pakhtunwali in Afghanistan; Their role in security and governance. <http://pashtoonkhwa.com/files/articles/Miakhel%20-%20Importance%20of%20Tribal%20Structures%20in%20Afghanistan.pdf>
- SHEIKH, Mona K. y GREENWOOD, Maja, Ed. *Taliban Talks. Past, Present and Prospects for the US, Afghanistan and Pakistan*. Danish Institute for International Studies. 2013.
- STAPLETON, Barbara J. *A Means to what End? Why PRT Are Peripheral to the Bigger Political Challenges in Afghanistan*. Journal of Military and Strategic Studies, Fall 2007, Vol. 10, Issue 1. Centre for Military and Strategic Studies, 2007.
- SETH, Jones. *In the Graveyard of Empires. America's War in Afghanistan*. W.W. Norton y Cia. Nueva York 2009.
- SETH, Jones y MUÑOZ, Arturo. *Afghanistan's Local War. Building Local Defense Forces*. RAND National Defense Research Institute. 2010.
- TANNER, Stephen. *Afghanistan. A Military History from Alexander the Great to the War Against the Taliban*. Ed. Revisada. Da Capo Press. Filadelfia. 2009.

Ficción

A la hora de entender la mentalidad de los afganos, me han sido de gran ayuda algunas novelas ambientadas en Afganistán o su entorno. Las obras de ficción permiten acercarse a aspectos de la vida diaria y de la manera de pensar de las persona corrientes, difíciles de plasmar en un ensayo.

- Hosseini, Khaled. *Cometas en el Cielo*. Salamandra. 2003.
- Hosseini, Khaled. *Mil Soles Esplendidos*. Salamandra. 2009.
- Khadra, Yasmina. *Las Golondrinas de Kabul*. Alianza Editorial. 2009.
- Khaled, Abdola. *La Casa de la Mezquita*. Salamandra 2012.
- Sierstad, Asne. *El librero de Kabul*. Maeva. 2.



RESEÑA DEL AUTOR

Javier Ruiz Arévalo nació en Lesaca (Navarra) en 1964. Tras estudiar en San Sebastián y Valencia, ingresó en la Academia General Militar, obteniendo el empleo de Teniente en 1987. Posteriormente obtuvo la Licenciatura en Derecho. A lo largo de su carrera militar se ha especializado en los campos de la Logística Operativa y la Cooperación Cívico Militar, habiendo realizado numerosos cursos nacionales y extranjeros en estos campos. Dentro de su experiencia militar, cabe destacar su participación en las misiones de Bosnia-Herzegovina, Irak y Afganistán, donde ha realizado dos misiones (2006 y 2013), ambas en Kabul, en el área de Cooperación Cívico-Militar. Entre los años 2006 y 2011 ha sido analista en el Mando de Adiestramiento y Doctrina del Ejército (Granada) lo que le ha permitido colaborar con la Universidad de Granada en diversas actividades relacionadas con la Cooperación Cívico-Militar. Actualmente es jefe de Planes de la Sección de Cooperación Cívico-Militar del Cuartel General OTAN de Alta Disponibilidad en Italia. Además de haber publicado numerosos artículos y presentado diversas ponencias, es autor del libro *Militares y OeNeGes, Reflexiones sobre una relación a veces tormentosa*, publicado por la UGR y MADOC.

Octubre de 2013



OTROS TITULOS DE LA COLECCIÓN BIBLIOTECA CONDE DE TENDILLA

Guerra, Ejército y Sociedad en el nacimiento de la España contemporánea

BEATRIZ FREYRO DE LARA (COORD.)

Constitución y Fuerza Militar (1808-1978)

RAMÓN GÓMEZ MARTÍNEZ

El conde de Tendilla. Primer capitán general de Granada

JOSÉ SMOLKA CLARES

Manual militar para periodistas

JOSÉ LUIS SERRANO RAMÍREZ

Militares y Oenegés. Reflexiones sobre una relación a veces tormentosa

JAVIER RUIZ ARÉVALO

Defensa y Globalización

CARLOS DE CUETO NOGUERA, ADOLFO CALATRAVA (COORDS.)

La nueva política de seguridad de la Unión Europea

JAVIER ROLDÁN BARBERO (COORD.)

Género, conflictos armados y seguridad. La asesoría de género en operaciones

MARGARITA ROBLES CARRILLO (COORD.)

La conciencia intercultural (Cross-cultural awareness) en la resolución de crisis y conflictos

CONCEPCIÓN PÉREZ VILLALOBOS, HUMBERTO TRUJILLO MENDOZA (COORDS.)

Bioseguridad, Derecho y Defensa

M.^a ÁNGELES CUADRADO RUIZ Y ANTONIO PEÑA FREIRE (EDS.)

Derecho militar español

M.^a CONCEPCIÓN PÉREZ VILLALOBOS (COORD.)

Elementos de cultura y transculturalidad para usos militares y civiles

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD (DIR.)

Culturas cruzadas en conflicto

MARIÉN DURÁN CENIT, ANTONIO ÁVALOS MÉNDEZ

La dimensión psicosocial, política y jurídica de la consciencia transcultural: el caso de Afganistán

HUMBERTO M. TRUJILLO MENDOZA (COORD.)

Radicalización islamista y terrorismo. Claves psicosociales

MANUEL MOYANO Y HUMBERTO M. TRUJILLO MENDOZA

Ciberseguridad global. Oportunidades y compromisos del uso del ciberespacio

ANTONIO SEGURA SERRANO, FERNANDO GORDO GARCÍA (COORDS.)

Afganistán. Claves para entender el presente. Pistas para entender el futuro

JAVIER RUIZ ARÉVALO